

FREDERICK
FORSYTH



EL PUÑO DE DIOS

Lectulandia

Como respuesta a la invasión de Kuwait por las tropas de Saddam Hussein, Estados Unidos y Gran Bretaña lideran una amplia coalición internacional, con el objetivo de liberar al pequeño emirato petrolero e impedir que la ocupación se extienda a Arabia Saudita. Además se considera preciso acabar con el potencial bélico de Irak para impedir posteriores ataques.

Pero Saddam se guarda un as en la manga: una terrible arma secreta, a la que llama «El puño de Dios» y que podría otorgarle la victoria. Sin embargo, alguien de su círculo más cercano le traiciona, y se ofrece a informar a Occidente a cambio de dinero e impunidad.

Los servicios secretos deberán infiltrar un agente en Bagdad que contacte con el traidor y transmita la información obtenida. Mike Martin, comandante del SAS británico será el encargado de esta misión, prácticamente suicida.

Ésta es la novela más intensa y ambiciosa que se ha escrito sobre la primera guerra del Golfo. Con su indiscutible autoridad en temas militares y de alto espionaje, Forsyth nos lleva desde la planificación estratégica de Saddam Hussein hasta las arriesgadas misiones de comandos especiales tras las líneas iraquíes.

Lectulandia

Frederick Forsyth

El puño de Dios

ePub r1.0

Artifex 05.09.13

Título original: *The Fist of God*
Frederick Forsyth, 1994
Traducción: Berta Monturiol

Editor digital: Artifex
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A las viudas y huérfanos
del Regimiento del Servicio Aéreo Especial

Y para Sandy
sin cuya ayuda este empeño
habría sido mucho más duro.

Mi sincero agradecimiento a cuantos conocen lo que realmente ocurrió en el Golfo y me hablaron de ello. Sabéis quiénes sois; no hace falta decir más.

Aquella fría y lluviosa tarde del 22 de marzo de 1990, el hombre al que le quedaban diez minutos de vida estaba riendo.

La causa de su hilaridad era una anécdota que acababa de contarle su ayudante personal, Monique Jaminé, quien iba al volante del coche en que le conducía a casa desde la oficina.

La anécdota se refería a una colega de ambos que trabajaba en las oficinas de la Space Research Corporation, en la rue de Stalle, una mujer considerada como una verdadera vampiresa, una devoradora de hombres que había resultado ser lesbiana. El engaño estimulaba el sentido del humor escatológico del hombre.

La pareja había salido de las oficinas en el barrio residencial de Bruselas a las siete menos diez, con Monique al volante del Renault 21 familiar. Unos meses antes había vendido el Volkswagen de su jefe, porque este era un conductor tan pésimo que ella temía que acabara matándose.

El trayecto desde la oficina al piso, en el bloque central del complejo de tres edificios Cheridreu, frente a la rue François Folie, era solo de diez minutos, pero a medio camino hicieron un alto en una panadería. Entraron juntos y él compró una hogaza de su *pain de campagne* favorito. El viento estaba cargado de lluvia y ambos agacharon la cabeza, sin reparar en el coche que les seguía.

Semejante actitud no era extraña en absoluto, pues ninguno de los dos estaba adiestrado en el oficio. El coche, sin ninguna marca distintiva y a bordo del cual iban dos hombres de mejillas oscuras, llevaba semanas siguiendo al científico, sin perderle nunca, sin acercarse jamás, tan solo observando. Y él no se había dado cuenta. Otros lo habían visto, pero él no.

Salió de la tienda, situada delante del cementerio, echó la hogaza al asiento trasero y subió al coche para completar el trayecto hasta su casa. A las siete y diez Monique detuvo el vehículo delante del edificio, cuyas puertas de vidrio estaban separadas quince metros de la acera. Ella se ofreció a acompañar al científico hasta su apartamento, pero él rechazó el ofrecimiento. Monique sabía que esperaba a su amiga Helene y no quería que las dos se conocieran. Esa era una de las vanidades del científico que su personal femenino, que le idolatraba, le consentía: Helene no era más que una buena amiga que le hacía compañía mientras él estaba en Bruselas y su esposa en Canadá.

Bajó del coche, el cuello de su guerrera alzado como siempre, y se echó al hombro la gran bolsa de lona negra que casi nunca abandonaba. Pesaba más de quince kilos y contenía una masa de papeles: documentos científicos, proyectos, cálculos y datos. El científico desconfiaba de las cajas fuertes y creía, ilógicamente,

que todos los detalles de sus últimos proyectos estaban más seguros si los llevaba colgando del hombro.

Monique vio a su jefe por última vez de pie ante las puertas de vidrio, con la bolsa sobre un hombro y la hogaza de pan bajo el otro brazo, rebuscando las llaves. Vio cómo cruzaba las puertas y la lámina de vidrio cerrarse automáticamente tras él. Entonces Monique se alejó en el coche.

El científico vivía en el sexto piso del bloque de ocho plantas. Los dos ascensores estaban en la pared del fondo, rodeados por las escaleras con una puerta contra incendios en cada rellano. Subió al ascensor y bajó en el sexto piso. Las tenues luces a nivel del suelo del corredor se encendieron automáticamente en cuanto salió del camarín. Todavía haciendo tintinear las llaves, con el cuerpo algo ladeado a causa de la pesada bolsa y sujetando la hogaza, giró a la izquierda dos veces, avanzó por la moqueta de color bermejo oscuro e intentó introducir la llave en la cerradura de su puerta.

El asesino lo esperaba al otro lado del ascensor que sobresalía en el vestíbulo débilmente iluminado. Rodeó sigilosamente el hueco del ascensor empuñando su Beretta automática de 7.65 mm con silenciador, que llevaba envuelta en una bolsa de plástico para evitar que los cartuchos despedidos cayeran sobre la moqueta.

Cinco disparos, efectuados desde menos de un metro de distancia, todos ellos en la nuca y el cuello, fueron más que suficiente. El hombre alto y fornido cayó hacia delante, dio contra su puerta y resbaló hasta la moqueta. El pistolero no se molestó en examinarle; no era necesario. Era algo que había hecho antes, practicando con prisioneros, y sabía que su trabajo estaba concluido. Bajó rápidamente los seis tramos de escaleras, salió por la parte trasera del edificio, cruzó los jardines cuajados de árboles y llegó al coche que le aguardaba. Al cabo de una hora se hallaba en la embajada de su país, y al día siguiente habría abandonado Bélgica.

Helene llegó cinco minutos después. Al principio creyó que su amante había sufrido un ataque cardíaco. Presa del pánico, entró en el piso para llamar una ambulancia. Luego recordó que el médico personal de su amigo vivía en el mismo bloque y le llamó también. La ambulancia llegó primero.

Uno de los sanitarios intentó mover el pesado cuerpo, que aún estaba de bruces. El hombre retiró la mano empapada de sangre. Al cabo de unos minutos, él y el médico certificaron que la víctima estaba muerta. Solo había otro inquilino en los cuatro pisos de la planta, y asomó la cabeza por la puerta. Era una anciana que había estado escuchando un concierto de música clásica y no había oído nada detrás de su maciza puerta de madera. El Cheridreu era de esa clase de edificios muy discretos.

El hombre tendido en el suelo era el doctor Gerald Vincent Bull, un genio caprichoso, diseñador de armas para el mundo y, últimamente, armero del presidente de Irak, Saddam Hussein.

En los días posteriores al asesinato del doctor Gerry Bull empezaron a suceder ciertas cosas extrañas en toda Europa. En Bruselas, el servicio de contraespionaje belga admitió que durante algunos meses el científico había sido seguido casi a diario por una serie de coches sin identificación en los que viajaban dos hombres atezados, de mejillas oscuras y que parecían del oriente mediterráneo.

El 11 de abril, los funcionarios de las aduanas británicas capturaron en los muelles de Middlesborough ocho secciones de enormes tuberías de acero bellamente forjado y laminado, susceptibles de ser ensambladas mediante gigantescas pestañas en cada extremo, y perforadas para su fijación con potentes tornillos y tuercas. Los exultantes funcionarios anunciaron que aquellos tubos no estaban destinados a una planta petroquímica, como especificaban los conocimientos de embarque y los certificados de exportación, sino que eran piezas de un gran cañón diseñado por Gerry Bull y que su destino era Irak. Así nació la farsa del Supercañón, que se iría extendiendo y revelaría juegos dobles, las zarpas furtivas de varios servicios de Inteligencia, mucha ineptitud burocrática y cierta trapacería política.

Al cabo de unas semanas empezaron a aparecer, inesperadamente, fragmentos del Supercañón en toda Europa. El 23 de abril, Turquía anunció que había detenido un camión húngaro que transportaba un tubo de acero de diez metros de largo con destino a Irak, y se creía que era una parte integrante del arma. El mismo día, unos funcionarios griegos confiscaron otro camión con piezas de acero y retuvieron al desventurado conductor británico durante varias semanas, acusándole de complicidad.

En mayo los italianos interceptaron 75 toneladas de piezas, fabricadas por la Società della Fucine, en tanto que otras quince toneladas fueron confiscadas en los talleres que la Fucine poseía cerca de Roma. Estas últimas piezas eran de una aleación de acero y titanio y estaban destinadas a formar parte de la recámara del cañón, al igual que otros fragmentos y piezas encontrados en un almacén de Brescia, al norte de Italia.

Los alemanes también participaron, aportando hallazgos efectuados en Frankfurt y Bremerhaven, géneros manufacturados por Mannesmann AG y también identificados como piezas del ya mundialmente famoso Supercañón.

En realidad, Gerry había demostrado una gran pericia al efectuar los pedidos de material para su invento. En efecto, los tubos que formaban los cañones habían sido fabricados en Inglaterra por dos empresas, Walter Somers, de Birmingham, y la Fundición Sheffield. Pero las ocho interceptadas en abril de 1990 eran las últimas de 52 secciones, suficientes para construir dos cañones completos de 156 metros de longitud con un increíble calibre de un metro, capaz de disparar un proyectil del tamaño de una cabina telefónica cilíndrica.

Los muñones o soportes procedían de Grecia; las tuberías, bombas y válvulas que

formaban el mecanismo de retroceso eran de Suiza e Italia; el bloque de la recámara, de Austria y Alemania; el propulsor, de Bélgica. En total, ocho países estaban implicados como contratistas y ninguno de ellos sabía exactamente qué estaba fabricando.

La prensa popular tuvo un éxito enorme, así como los exultantes funcionarios de aduanas y el sistema legal británico, que empezó a encausar afanosamente a todas las partes inocentes implicadas. Lo que nadie señaló fue que el caballo se había desbocado. Las piezas interceptadas constituían los Supercañones segundo, tercero y cuarto.

En cuanto al asesinato de Gerry Bull, dio pie a ciertas extrañas teorías en los medios de comunicación. Como era previsible, el nombre de la CIA fue mencionado por aquellos que se encargan de hacerla responsable de todo, lo cual era otra tontería. Si bien es cierto que, en el pasado y bajo ciertas circunstancias, la agencia de Langley ha aprobado la eliminación de determinadas personas, estas pertenecían, casi siempre, a la misma esfera de actividad: directores de contratación que se volvían poco afables, renegados y agentes dobles. La idea de que resulta imposible caminar por el vestíbulo de Langley a causa de los cadáveres amontonados de ex agentes —abatidos por sus propios colegas cumpliendo órdenes de los directores genocidas instalados en el piso superior— es divertida pero absolutamente irreal.

Por otro lado, Gerry Bull no procedía de ese mundo secreto. Era un científico bien conocido, diseñador y contratista de artillería, tanto convencional como muy poco convencional; un ciudadano norteamericano que trabajó durante años para Estados Unidos y que hablaba por los codos con sus amigos del ejército norteamericano acerca de lo que tenía entre manos. Si cada diseñador o empresario de la industria armamentística que trabajaba para un país que, en aquel entonces, no era considerado un enemigo de Estados Unidos tenía que ser «desperdiciado», unos quinientos caballeros esparcidos por Norteamérica, Sudamérica y Europa habrían sido candidatos.

Finalmente, por lo menos en los últimos diez años, Langley se ha visto paralizada por la nueva burocracia de controles y comités de supervisión. Ningún oficial de Inteligencia profesional va a ordenar un «golpe sin una orden escrita y firmada, y para un hombre como Gerry Bull esa firma debería ser ni más ni menos que la del director de la Agencia Central de Inteligencia.

En aquella época, el director, o DCI, era William Webster, un ex juez de Kansas que se ceñía estrictamente a los reglamentos. Conseguir que Webster firmara una autorización de «golpe» era tan fácil como fugarse de la penitenciaría de Marion abriendo un túnel con una cucharilla de té.

Pero el organismo al que, muy por encima de los demás, apuntaban las conjeturas en torno al enigma de la muerte de Gerry Bull era, naturalmente, el Mossad israelí.

Toda la prensa, así como los amigos y familiares del científico, llegaron a la misma conclusión: Bull trabajaba para Irak, y este país era enemigo de Israel. Dos más dos suman cuatro. Lo malo es que, en ese mundo de sombras y espejos distorsionantes, lo que puede o no puede parecer dos, cuando se multiplica por un factor que puede o no puede ser dos, es posible que dé cuatro, aunque es muy probable que no lo dé.

El Mossad es el más pequeño, implacable y entusiasta de los principales servicios de Inteligencia del mundo. Es indudable que en el pasado ha cometido asesinatos, utilizando uno de los tres equipos *kidon*, palabra hebrea que significa «bayoneta». Los *kidonim* están bajo la jurisdicción de los Combatientes o División Komemiute, el grupo duro formado por hombres que permanecen en las sombras. Pero incluso el Mossad tiene sus reglas, aunque se las haya impuesto a sí mismo.

Las «eliminaciones» son de dos categorías. Una es el «requisito operativo», una emergencia imprevista en la que una operación que implica a personas amigas corre peligro, y en la que la persona que está en medio tiene que ser apartada del camino de una manera rápida y permanente. En tales casos, el *katsa* supervisor, u oficial encargado del asunto, tiene derecho a «desperdiciar» al oponente que hace peligrar toda la misión, para lo cual obtendrá en Tel Aviv el apoyo retroactivo de sus jefes.

La otra categoría corresponde a aquellos que ya están en la de los que han de ser ejecutados, una lista que se encuentra en dos lugares: la caja fuerte particular del primer ministro y la caja fuerte del jefe del Mossad. A cada nuevo primer ministro que ocupa el cargo se le pide que lea esa lista, que puede contener entre treinta y ochenta nombres. El primer ministro puede hacer dos cosas: o bien marcar con sus iniciales cada nombre, dando al Mossad su visto bueno para que actúe si lo cree conveniente y cuando lo decida, o bien insistir en que se le consulte antes de cada nueva misión. En cualquiera de los dos casos, debe firmar la orden de ejecución.

En términos generales, los que figuran en la lista son de tres clases. Están los pocos dirigentes nazis que aún siguen con vida, aunque esta clase casi ha dejado de existir. Años atrás, si bien Israel montó una gran operación para raptar y juzgar a Adolf Eichmann porque quería hacer de él un ejemplo internacional, otros nazis fueron sencillamente liquidados en silencio. La segunda clase está compuesta casi en su totalidad por terroristas contemporáneos, sobre todo árabes que ya han vertido sangre israelí o judía, como Ahmed Jibril o Abu Nidal, o que les gustaría verterla, con unos pocos elementos no árabes.

La tercera categoría, en la que podría haber figurado el nombre de Gerry Bull, es la de quienes trabajan para los enemigos de Israel y cuyas actividades comportan un gran peligro para Israel y sus ciudadanos si se les permite avanzar más.

El común denominador es que los señalados como objetivos deben tener las manos ensangrentadas, tanto de hecho como en perspectiva.

Si se solicita un «golpe», el primer ministro pasará el asunto a un investigador

judicial tan secreto que pocos juristas israelíes y, por supuesto, ningún ciudadano han oído jamás hablar de él. El investigador celebra un «juicio» en el que se lee la acusación en presencia de un fiscal y un defensor. Si la solicitud del Mossad se confirma, el asunto pasa de nuevo al primer ministro para que lo firme. El equipo *kidon* hace el resto... si puede.

El problema de la teoría según la cual el Mossad liquidó a Bull es que presenta defectos en casi todos los niveles. Es cierto que Bull trabajaba para Saddam Hussein y estaba diseñando una nueva artillería convencional (que no podía alcanzar a Israel), un programa de cohetes (que podrían alcanzarlo algún día) y un cañón gigante (que no preocupaba a Israel en absoluto). Pero había otros centenares de personas que trabajaban en la misma dirección. Media docena de empresas alemanas estaban detrás de la atroz industria del gas venenoso iraquí, con el que Saddam ya había amenazado a Israel. Alemanes y brasileños trabajaban a toda velocidad en los cohetes de Saad 16. Los franceses eran los primeros promotores y proveedores de la investigación iraquí para obtener una bomba nuclear.

No existe la menor duda de que Israel tenía un gran interés en las ideas, diseños, actividades y progresos de Bull. Inmediatamente después de su muerte, se dio mucha importancia al hecho de que en los meses anteriores le habían preocupado los repetidos allanamientos de que había sido objeto su piso mientras él estaba ausente. Aunque los intrusos nunca se llevaron nada, dejaron rastros: vasos cambiados de sitio, ventanas abiertas, una cinta de vídeo rebobinada y extraída de la consola. Esos incidentes le hicieron preguntarse si el Mossad estaría detrás de ellos y si pretendían hacerle una advertencia. Ambas cosas eran ciertas, pero por una razón que no era evidente ni mucho menos.

Posteriormente, los desconocidos de mejillas oscuras y acento gutural que le habían seguido por toda Bruselas fueron identificados por los medios de comunicación como los asesinos israelíes que se estaban preparando para el momento de entrar en acción. Para desgracia de esa teoría, los agentes del Mossad no van por ahí con el aspecto y la manera de actuar de Pancho Villa. Estaban allí, desde luego, pero nadie los había visto, ni Bull ni sus amigos o familiares ni la policía belga. Se encontraban en Bruselas con un equipo de hombres que parecían europeos y pasaban por belgas o norteamericanos o lo que quisieran. Fueron ellos quienes dieron a los belgas el soplo de que a Bull le estaba siguiendo *otro* equipo.

Por otro lado, Gerry Bull era un hombre de una indiscreción extraordinaria. Sencillamente, no podía resistirse a un reto. Había trabajado para Israel con anterioridad, le gustaba el país y su gente, tenía muchos amigos en el Ejército israelí y no era capaz de mantener la boca cerrada. Si le desafiaban con una frase como: «Gerry, apuesto a que nunca lograrás que funcionen esos cohetes en Saad 16...», Bull se embarcaba en un monólogo de tres horas y describía con exactitud lo que estaba

haciendo, cuánto había avanzado el proyecto, cuáles eran los problemas, cómo esperaba resolverlos... todo lo imaginable. Para un servicio de Inteligencia, aquel hombre era un modelo de indiscreción. Incluso en la última semana de su vida recibió en su despacho a dos generales israelíes a los que proporcionó una información totalmente actualizada y recogida por los aparatos de grabación que los militares guardaban en sus portafolios. ¿Por qué iban a destruir semejante cornucopia de información de primerísima mano?

Por último, el Mossad tiene otro hábito cuando trata con un científico o industrial, pero jamás con un terrorista. Siempre le da una advertencia final, que no es precisamente allanar la casa en que vive para cambiar vasos de sitio o rebobinar cintas de vídeo, sino una advertencia verbal directa. Ese procedimiento fue observado incluso con el doctor Yahia El Meshad, el físico nuclear egipcio que trabajaba en el primer reactor nuclear iraquí y que fue asesinado en su habitación del hotel parisiense Le Méridien, el 13 de junio de 1980. Un *katsa* que hablaba árabe acudió a su habitación y le dijo de modo terminante lo que iba a ocurrirle si no desistía. El egipcio replicó al desconocido que se perdiera... No fue la suya una reacción juiciosa. Decirle a un equipo *kidon* del Mossad que realice un acto nada práctico no es una táctica aprobada por las compañías de seguros. Dos horas después Meshad estaba muerto, pero había tenido su oportunidad. Al cabo de un año todo el complejo nuclear suministrado por los franceses en Osirak Uno y Dos saltó por los aires, bombardeado por la aviación israelí.

Bull era diferente; se trataba de un ciudadano estadounidense de origen canadiense, afable, abordable y con un formidable aguante como bebedor de whisky. Los israelíes podían hablar con él como a un amigo, cosa que hacían continuamente. Decirle sin ambages que debía interrumpir lo que estaba haciendo o tendría que vérselas con el grupo duro, habría sido lo más fácil del mundo: «No es nada personal, Gerry, pero así son las cosas.»

A Bull no le interesaba en absoluto ganarse una medalla del Congreso a título póstumo. Además, ya había dicho a los israelíes y a su amigo íntimo George Wong que deseaba abandonar Irak, irse físicamente y rescindir su contrato. Ya estaba harto. Lo que le sucedió al doctor Gerry Bull fue algo completamente diferente.

Gerald Vincent Bull nació en 1928 en North Bay, Ontario. Como estudiante, se reveló inteligente e impulsado por el deseo de tener éxito y ganarse la aprobación de todo el mundo. Habría podido graduarse a los dieciséis años, pero debido a su juventud el único centro dispuesto a aceptarle fue la Universidad de Toronto, concretamente su facultad de ingeniería. Allí demostró que no solo era inteligente, sino también brillante. A los veintidós años se convirtió en el doctor más joven jamás titulado. La rama científica que ocupaba su imaginación era la ingeniería aeronáutica y, en concreto, la balística, es decir, el estudio de los cuerpos, tanto proyectiles como

cohetes, en vuelo. Fue este interés el que le condujo por un largo camino hacia la artillería.

Tras doctorarse en Toronto, ingresó en el Organismo Canadiense de Investigación y Desarrollo Armamentístico, CARDE, cuya sede estaba en Valcartier, por entonces un pequeño y tranquilo municipio en las afueras de Quebec. Era a principios de los años cincuenta, y el hombre no solo alzaba sus ojos hacia los cielos sino que miraba más allá de ellos, al espacio. La palabra que estaba en labios de todo el mundo era «cohetes». Fue entonces cuando Bull demostró que era algo más que un técnico brillante. Era un rebelde: inventivo, anticonvencional e imaginativo. Durante los diez años que pasó en el CARDE desarrolló su idea, que sería el sueño de su vida durante el resto de sus días.

Como todas las ideas nuevas, la de Bull parecía muy sencilla. Cuando examinó la gama de cohetes estadounidenses que iban apareciendo a finales de los años cincuenta, se dio cuenta de que nueve décimas partes de aquellos cohetes, cuyo aspecto era entonces impresionante, correspondían tan solo a la primera fase. En el extremo superior, y ocupando únicamente una fracción de la longitud total, estaban las fases segunda y tercera y, más pequeño incluso, el minúsculo pezón de la carga útil.

La gigantesca primera fase tenía que elevar el cohete a través de los ciento cincuenta primeros kilómetros de aire, donde la atmósfera es más densa y la gravedad más intensa. Rebasados esos ciento cincuenta kilómetros, necesitaba mucha menos potencia para conducir el satélite hacia el espacio y ponerlo en órbita a una altitud de entre cuatrocientos y quinientos kilómetros por encima de la Tierra. Cada vez que un cohete ascendía, toda aquella voluminosa y carísima primera fase era destruida, se quemaba y sus fragmentos caían al océano, en cuyo fondo quedaban para siempre.

Bull reflexionó acerca de la posibilidad de agujinear las fases segunda y tercera, así como la carga útil, para que cubrieran esos primeros ciento cincuenta kilómetros, por medio de un cañón gigantesco. Cuando habló con quienes podrían financiar el proyecto, les dijo que, en teoría, era posible, más fácil y barato, y el cañón podría ser utilizado una y otra vez.

Aquel fue su primer encuentro serio con los políticos y los burócratas, y si fracasó se debió, sobre todo, a su personalidad. Les detestaba, y ellos le pagaron con la misma moneda. Pero en 1961 tuvo suerte.

La Universidad McGill intervino en el proyecto porque sus dirigentes previeron una publicidad interesante. El Ejército estadounidense intervino por razones que le incumbían directamente: como custodio de la artillería de su país, el Ejército mantenía un pulso de poder con la Fuerza Aérea, que luchaba por hacerse con el control de todos los cohetes o proyectiles que ascendieran a una altitud superior a los cien kilómetros. Con sus fondos combinados, Bull pudo crear un pequeño centro de

investigación en la isla Barbados. El Ejército estadounidense le proporcionó un equipo compuesto por un cañón naval de 16 pulgadas (el mayor calibre del mundo) que ya no hacía ninguna falta, un tubo de repuesto, un pequeño radar de persecución, una grúa y varios camiones. McGill montó un taller metalúrgico. Era como encargarse de la construcción de coches de carreras para un Gran Prix contando con las instalaciones de un taller de reparaciones vulgar y corriente. Pero lo consiguió. Su carrera como creador de inventos sorprendentes había comenzado y él solo tenía treinta y tres años. Era tímido, modesto, desaliñado, inventivo y todavía un rebelde.

HARP, las siglas de su proyecto de investigación en Barbados, correspondían al nombre que le puso: Proyecto de Investigación de Gran Altitud. El viejo cañón naval fue oportunamente instalado y Bull empezó a trabajar con proyectiles, a los que llamó Martlet, en alusión a la figura de pájaro que aparece en la insignia de la Universidad McGill.

Bull quería poner una carga útil de instrumentos en la órbita terrestre a un costo menor y con mayor rapidez que cualquier otro. Sabía muy bien que ningún ser humano podía resistir las presiones que supondría ser disparado desde un cañón, pero consideró acertadamente que en el futuro el noventa por ciento de la investigación científica y el trabajo en el espacio no sería realizado por máquinas, sino por hombres. Bajo la administración Kennedy, y espoleados por el vuelo espacial del ruso Gagarin, Estados Unidos continuaban desde Cabo Cañaveral con el más espectacular pero, en última instancia, prácticamente inútil ejercicio de enviar al espacio ratones, perros, monos y, finalmente, hombres.

Allá en Barbados, Bull proseguía a pesar de todo con su único cañón y sus proyectiles Martlet. En 1964 envió un Martlet a 92 kilómetros de altitud, y entonces añadió dieciséis metros más de tubo a su cañón, una mejora que solo costó 41.000 dólares. De ese modo el nuevo cañón de 36 metros se convirtió en el más largo del mundo. Con él alcanzó la altitud mágica de ciento cincuenta kilómetros con una carga útil de 180 kilos.

Fue resolviendo los problemas a medida que se presentaban. Uno de enorme importancia era el propulsor a utilizar. En un cañón pequeño, la carga da al proyectil un único y fuerte golpe al expandirse del estado sólido al gaseoso en un microsegundo. El gas intenta escapar de su compresión y no tiene más remedio que salir por el tubo, empujando de ese modo el proyectil. Pero en el caso de un tubo tan largo como el del cañón especial de Bull, era necesario un propulsor que quemara con lentitud, pues de lo contrario el tubo reventaría. Bull necesitaba una pólvora capaz de enviar el proyectil a lo largo del enorme tubo en una larga y continuamente acelerada «exhalación». Así pues, ideó ese propulsor.

También sabía que ningún instrumento podría resistir la fuerza de diez mil gravedades causada por la explosión de la carga propulsora, aunque esta quemara

lentamente, por lo que diseñó un sistema de absorción del choque para reducirla a doscientas gravedades. Un tercer problema era el retroceso. No se trataba de una pistola de aire comprimido y el retroceso sería enorme a medida que los tubos, cargas propulsoras y cargas útiles fuesen mayores. Entonces diseñó un sistema de muelles y válvulas para reducir el retroceso a unas proporciones aceptables.

En 1966, los antiguos adversarios de Bull entre los burócratas del Ministerio de Defensa canadiense se propusieron cargárselo, e insistieron a su ministro para que retirase la financiación. Bull protestó, asegurando que podría colocar una carga útil de instrumentos en el espacio por una fracción de lo que costaba Cabo Cañaveral. Su protesta fue en vano. A fin de proteger sus intereses, el Ejército estadounidense transfirió a Bull desde Barbados a Yuma, en el estado de Arizona.

Allí, en noviembre de aquel año, lanzó una carga útil a ciento ochenta kilómetros de altitud, un récord que permaneció imbatido durante veinticinco años. Pero en 1967 tanto el gobierno de Canadá como la Universidad McGill se retiraron del proyecto. El Ejército estadounidense siguió el ejemplo, y el proyecto HARP fue clausurado. Bull se estableció como mero asesor en una finca que había adquirido a caballo entre el norte de Vermont y su Canadá natal.

El asunto HARP tuvo dos posdatas. En 1990, enviar cada kilo de instrumental al espacio con el programa de la lanzadera espacial desde Cabo Cañaveral costaba diez mil dólares. Hasta el día de su muerte, Bull supo que él podría hacer lo mismo, a seiscientos dólares por kilo. Por otro lado, en 1988 se inició un nuevo proyecto en el Laboratorio Nacional Lawrence Livermore, de California. En el proyecto figura un cañón gigante, pero hasta la fecha con un tubo de solo 4 pulgadas de calibre y cincuenta metros de longitud. Finalmente, y a un coste de centenares de millones de dólares, se espera construir un cañón mucho mayor con el propósito de lanzar cargas útiles al espacio. Ese proyecto se denomina Proyecto de Investigación de Superaltitud, o SHARP.

Gerry Bull vivió en su complejo de Highwater, en la frontera entre Estados Unidos y Canadá, y lo dirigió durante diez años. A lo largo de ese tiempo abandonó su sueño irrealizado de un cañón capaz de disparar cargas útiles al espacio y se concentró en su segundo campo de experiencia: el más beneficioso de la artillería convencional.

El mayor problema surgió al principio mismo, cuando supo que casi todos los ejércitos del mundo basaban su potencial artillero en el obús del cañón de campaña de 155 mm. Bull sabía que en un combate de artillería, el hombre que dispone de un alcance más largo es el rey, pues puede quedarse sentado y bombardear al enemigo mientras él permanece completamente a salvo. Bull decidió ampliar el alcance y aumentar la precisión del cañón de campaña de 155 mm. Empezó por la munición. Esa modificación ya se había intentado antes, pero siempre sin éxito. Bull consiguió

realizarla en cuatro años.

En las pruebas de control, el proyectil de Bull cubrió una vez y media la distancia desde el mismo cañón estándar de 155 mm, fue más preciso y estalló con la misma fuerza en 4.700 fragmentos, frente a 1.350 de un proyectil de la OTAN. Pues bien, a la OTAN no le interesó ni, gracias a Dios, a la Unión Soviética.

Bull no se amilanó, siguió trabajando con ahínco y produjo un nuevo proyectil de gran calibre y alcance ampliado. Una vez más, la OTAN no mostró interés y prefirió seguir con sus proveedores tradicionales y el proyectil de corto alcance.

Pero si las grandes potencias no se interesaban, el resto del mundo sí lo hacía. Las delegaciones militares acudían en gran número a Highwater para consultar a Gerry Bull. Entre estas delegaciones figuraban las de Israel (fue entonces cuando Bull estrechó las amistades iniciadas en Barbados con grupos de observadores de ese país), Egipto, Venezuela, Chile e Irán. También asesoraba sobre otros aspectos militares a Gran Bretaña, Holanda, Italia, Canadá y Estados Unidos, cuyos científicos militares, si no el Pentágono, seguían estudiando con cierto temor reverencial lo que Bull estaba haciendo.

En 1972, Bull recibió discretamente la ciudadanía estadounidense. Al año siguiente empezó a trabajar en el cañón de campaña de 155 mm. Al cabo de un par de años había hecho otro descubrimiento importante, a saber, que la longitud perfecta de un tubo de cañón era ni más ni menos que 45 veces su calibre. Perfeccionó un nuevo diseño del cañón de campaña estándar de 155 mm y lo llamó GC (siglas de *Gun Calibre*) 45. La nueva arma, con sus proyectiles de alcance ampliado, podía superar a cualquier artillería del arsenal comunista en su totalidad. Pero si Bull esperaba que le ofrecieran contratos, se llevó una decepción. Una vez más el Pentágono sucumbió ante el *lobby* armamentístico y su nueva idea de proyectiles asistidos por cohetes que multiplicaban ocho veces el precio por proyectil. Las prestaciones de ambos tipos de proyectil eran idénticas.

La caída en desgracia de Bull comenzó de una manera bastante ingenua cuando, con el permiso tácito de la CIA, ayudó a mejorar la artillería y los proyectiles de Sudáfrica, que entonces luchaba contra los cubanos que combatían en Angola con el apoyo de Moscú.

Desde el punto de vista político, Bull era un ingenuo hasta extremos asombrosos. Fue allí y observó que los sudafricanos le gustaban y se llevaba bien con ellos. El hecho de que Sudáfrica fuese un paria internacional por su política de *apartheid* no le preocupaba. Les ayudó a diseñar de nuevo su parque artillero, basándose en su obús de largo alcance GC-45, cuya demanda era cada vez mayor. Más adelante los sudafricanos produjeron su propia versión, y fue ese cañón el que destrozó a la artillería soviética, haciendo retroceder a rusos y cubanos.

De regreso a Estados Unidos, Bull siguió enviando sus proyectiles a los

sudafricanos. El presidente Jimmy Carter había llegado al poder y la corrección política estaba a la orden del día. Bull fue detenido y acusado de exportaciones ilegales a un país con cuyo régimen tales relaciones estaban prohibidas. La CIA le abandonó como si fuese una patata caliente. Le persuadieron de que guardara silencio y se declarase culpable, diciéndole que era una formalidad y que se limitarían a darle un rapapolvo por haber cometido una infracción técnica.

El 16 de junio de 1980 un juez norteamericano le sentenció a un año de cárcel, con seis meses de suspensión de sus actividades y una multa de 105.000 dólares. En realidad, cumplió cuatro meses y diecisiete días en la cárcel de Allenwood, Pensilvania. Pero para Bull eso era lo de menos. Lo importante era la vergüenza y el oprobio que le había supuesto la condena, junto con la sensación de haber sido traicionado. En su opinión era increíble que le hubieran hecho una cosa así. Él había ayudado a Estados Unidos en la medida de sus posibilidades, había adoptado su ciudadanía y aceptado la petición de la CIA en 1976. Durante el tiempo que estuvo en Allenwood, su empresa, SRC, fue a la quiebra y cerró. Estaba arruinado.

Al salir de la cárcel abandonó Estados Unidos y Canadá para siempre, emigró a Bruselas y empezó una vez más desde cero, en una habitación con una cocina minúscula, en un edificio sin ascensor. Más adelante sus amigos asegurarían que después del juicio había cambiado y que ya nunca fue el mismo hombre. Jamás perdonó a la CIA ni a Estados Unidos, y, sin embargo, durante años se esforzó para lograr que se reabriera el caso y le absolvieran.

Volvió a su actividad como asesor y aceptó una oferta que le habían hecho antes del juicio: trabajar para China en la mejora de su artillería. En la primera mitad de los años ochenta Bull trabajó principalmente para Pekín y diseñó de nuevo su parque artillero basándose en su cañón GC-45, ahora vendido bajo licencia mundial por la empresa Voest-Alpine, de Austria, que le había comprado las patentes por un pago único de dos millones de dólares. Bull siempre fue un malísimo hombre de negocios, pues de lo contrario se habría hecho multimillonario.

Mientras Bull estuvo ausente, no dejaron de suceder cosas. Los sudafricanos tomaron sus diseños y los mejoraron mucho. A partir de su GC-45, crearon un obús remolcado, llamado G-5, y un cañón autopropulsado, el G-6. Los proyectiles de ambos cañones tenían un alcance ampliado de cuarenta kilómetros. Sudáfrica los vendía en todo el mundo. Debido a su inadecuado trato con los sudafricanos, Bull no obtuvo ni un céntimo.

Entre los clientes que adquirirían aquellos cañones se encontraba cierto Saddam Hussein, de Irak. Fueron esos cañones los que destrozaron las oleadas humanas de fanáticos iraníes durante la guerra de ocho años entre Irán e Irak, derrotándolos finalmente en las marismas de Fao. Pero Saddam Hussein había añadido un nuevo detalle, sobre todo en la batalla de Fao: introdujo gas venenoso en los proyectiles.

Bull trabajaba entonces para España y Yugoslavia. Convirtió la vieja artillería del ejército yugoslavo, de 130 mm y fabricación soviética, en el nuevo cañón de 155 mm con proyectiles de alcance ampliado. Aunque Bull no viviría para verlo, esos fueron los cañones que heredaron los serbios tras el derrumbe de Yugoslavia y con los que pulverizaron las ciudades de croatas y musulmanes en la guerra civil. En 1987 Bull se enteró de que Estados Unidos había decidido, finalmente, investigar el cañón para enviar cargas útiles al espacio, pero sin contar para nada con Gerry Bull.

Aquel invierno Bull recibió una extraña llamada telefónica de la embajada iraquí en Bonn. ¿Estaría dispuesto el doctor Bull a visitar Bagdad como invitado de Irak?

Lo que no sabía era que, a mediados de los años ochenta, Irak había sido testigo de la operación *Staunch*, un esfuerzo concertado estadounidense para cortar todas las fuentes de importaciones de armas destinadas a Irán. A esto siguió la masacre de los *marines* en Beirut, en un ataque apoyado por Irán contra su cuartel general, llevado a cabo por fanáticos de Hezbollah.

Aunque la operación *Staunch* beneficiaba a Irak en su guerra contra Irán, la reacción de los iraquíes fue la de considerar que si podían hacerle aquello a Irán también podían hacérselo a ellos. A partir de entonces, Irak decidió que no importaría las armas, sino que, siempre que fuese posible, se procuraría la tecnología para fabricarlas. Bull era ante todo un diseñador, y por ello les interesaba.

La misión de reclutarle recayó en Amer Saadi, el segundo de a bordo en el Ministerio de Industria e Industrialización Militar, conocido como MIMI. Cuando Bull llegó a Bagdad en enero de 1988, Amer Saadi, un científico y diplomático cosmopolita, afable, que hablaba inglés, francés y alemán además de árabe, desempeñó espléndidamente su papel. Le dijo que las autoridades iraquíes querían que les ayudara en su sueño de enviar pacíficos satélites al espacio: Para ello tenían que diseñar un cohete que pudiera colocar la carga útil allá arriba. Sus científicos egipcios y brasileños les habían sugerido que la primera etapa consistiría en unir cinco misiles Scud de los que Irak había adquirido novecientos a la Unión Soviética. Sin embargo, existían muchos problemas técnicos. Necesitaban disponer de un superordenador. ¿Podía Bull ayudarles?

A Bull le encantaban los problemas; eran su razón de ser. No tenía acceso a un superordenador, pero él mismo era lo que más se le aproximaba. Además, si Irak realmente quería ser la primera nación árabe en enviar satélites al espacio, existía otra manera... más barata, más sencilla, más rápida que los cohetes que empezaban de cero. El iraquí le pidió que se lo contara todo, y Bull le complació.

Le dijo a su anfitrión que, por solo tres millones de dólares, podría producir un cañón gigantesco que haría el trabajo. Se trataba de un programa a realizar en cinco años. Su método sería muy superior al de los americanos de Livermore, y el resultado

significaría un triunfo árabe. El doctor Saadi rebotaba de admiración. Sometería la idea a su gobierno y recomendaría enfáticamente su aprobación. Entretanto, ¿sería el doctor Bull tan amable de echar un vistazo a la artillería iraquí?

Hacia el final de su visita de una semana, Bull había accedido a solucionar los problemas que comportaba unir cinco Scud para formar la primera fase de un cohete de alcance intercontinental o espacial, diseñar dos nuevas piezas de artillería para el ejército y hacer una propuesta formal para su Supercañón capaz de poner en órbita una carga útil.

Como en el caso de Sudáfrica, Bull fue capaz de cerrar los ojos a la naturaleza del régimen al que estaba a punto de servir. Sus amigos le habían dicho que, de todos los dirigentes de Oriente Medio, Saddam Hussein era el que tenía las manos más ensangrentadas. Pero en 1988 había millares de respetables empresas y docenas de gobiernos que clamaban por hacer negocios con Irak, un país que gastaba dinero a espaldas.

El cebo para captar a Bull fue su cañón, su amado cañón, el sueño de su vida, que por fin tenía un patrocinador dispuesto a colaborar con él en su construcción, lo cual le permitiría ingresar en el panteón de los científicos.

En marzo de 1988 Amer Saadi envió un diplomático a Bruselas para hablar con Bull. El diseñador de armas afirmó que había avanzado en la solución de los problemas técnicos que presentaba la primera fase del cohete iraquí. Con mucho gusto les entregaría su proyecto, tras la firma de un contrato con su compañía, que volvía a ser Space Research Corporation. Cerraron el trato. Los iraquíes comprendieron que la oferta de un cañón de aquellas características por tres millones de dólares era una bobada. Elevaron la cifra a diez millones, pero pidieron más rapidez.

Cuando Bull trabajaba rápido lo hacía a una velocidad asombrosa. En un mes organizó un equipo de los mejores técnicos independientes que pudo encontrar. Al frente del equipo que en Irak se encargaría de la construcción del Supercañón estaba un ingeniero proyectista británico llamado Christopher Cowley. El mismo Bull bautizó el programa de cohetes con base en Saad 16, al norte de Irak, con el nombre de Proyecto Ave Iraquí. Los trabajos del Supercañón recibieron el nombre de Proyecto Babilonia.

En el mes de mayo ya habían sido calculadas las especificaciones exactas del Proyecto Babilonia. Sería una máquina increíble: un metro de ánima, un tubo de 156 metros de largo y un peso de 1.665 toneladas, es decir, el equivalente a la altura del monumento a Washington y más del doble de la longitud que tiene la columna de Nelson en Londres. Cuatro cilindros de retroceso, cada uno con un peso de sesenta toneladas y dos cilindros amortiguadores de siete toneladas. La recámara pesaría 182 toneladas.

El acero tenía que ser especial, a fin de resistir una presión interna de 35.000 kilos por 6.50 centímetros cuadrados y con una fuerza de tensión de 1.250 megapascales.

Bull ya había dicho claramente a las autoridades de Bagdad que debía fabricar un prototipo más pequeño, un Minibabilonia, de 350 mm de ánima y un peso de solo 113 toneladas, pero que le permitiría poner a prueba las cabezas separables que también serían útiles para el proyecto del cohete. A los iraquíes les gustó la idea, pues también necesitaban la tecnología de las cabezas separables.

Parece ser que en aquel entonces Gerry no entendió en absoluto el significado pleno del insaciable apetito que mostraban los iraquíes por las cabezas separables. Es posible que, en su ilimitado entusiasmo por ver finalmente realizado el sueño de su vida, prefiriera no verlo. Las cabezas separadas de diseño muy avanzado son necesarias para impedir que una carga útil se quemara a causa de la fricción cuando entra de nuevo en la atmósfera terrestre. Pero las cargas útiles que orbitan en el espacio no regresan, sino que permanecen allá arriba.

Hacia finales de mayo de 1988, Christopher Cowley efectuó los primeros pedidos a Walter Somers, de Birmingham, para adquirir las secciones de tubo que constituirían el cañón del Minibabilonia. Las secciones de gran envergadura para los Babilonia Uno, Dos, Tres y Cuatro serían solicitadas más adelante. Otros extraños pedidos de piezas de acero fueron efectuados a diversas empresas de toda Europa.

Bull trabajaba a un ritmo asombroso. En dos meses había hecho unos avances que a una empresa del gobierno le habrían llevado dos años. Hacia finales de 1988 había diseñado dos nuevos cañones para Irak, armas autopropulsadas en contraste con las máquinas remolcadas proporcionadas por Sudáfrica. Ambos cañones serían tan potentes que podrían desbaratar la artillería de las naciones vecinas —Irán, Turquía, Jordania y Arabia Saudí—, todas las cuales efectuaban sus compras a la OTAN y Estados Unidos.

Bull también consiguió solucionar los problemas que planteaba la unión de los cinco Scud a fin de formar la primera fase del cohete Ave, que recibiría el nombre de Al Abeid, es decir, «El Creyente». Había descubierto que los iraquíes y brasileños de Saad 16 estaban trabajando con unos datos defectuosos proporcionados por un túnel aerodinámico que funcionaba mal. Bull les entregó sus nuevos cálculos y dejó que los brasileños tuvieran éxito en su empresa.

En mayo de 1989 la mayor parte de la industria armamentística y la prensa mundiales, junto con observadores del gobierno y funcionarios del servicio de Inteligencia, asistieron a una gran exhibición de armas en Bagdad. Hubo un considerable interés por los prototipos a escala de los dos grandes cañones. En diciembre se hizo un lanzamiento de prueba del Al Abeid, que tuvo un gran eco en los medios de comunicación y fue motivo de seria preocupación para los analistas occidentales.

Minuciosamente seguido por las cámaras de la televisión iraquí, el gran cohete en tres fases se alzó rugiendo desde la base de investigación espacial de Al Anbar y ascendió hasta desaparecer. Tres días después Washington admitió que el cohete parecía, en efecto, capaz de colocar un satélite en el espacio.

Pero las conclusiones de los analistas no se detuvieron ahí. Si el Al Abeid podía realizar esa misión, también podría convertirse en un misil balístico intercontinental. De repente, las agencias de Inteligencia occidentales tuvieron que abandonar bruscamente su suposición de que Saddam Hussein no constituía ningún peligro real y aún faltaban muchos años para que se convirtiese en una amenaza seria.

Las tres agencias principales —la CIA en Estados Unidos, el SIS en Gran Bretaña y el Mossad israelí— consideraban que, de los dos sistemas, el cañón Babilonia era un juguete divertido y el cohete Al Abeid una verdadera amenaza. Los tres se equivocaban. El proyecto Al Abeid no funcionó.

Bull sabía por qué, y se lo dijo a los israelíes. El Al Abeid ascendió a una altitud de 12.000 metros y se perdió de vista. La segunda fase no quiso separarse de la primera. No existía tercera fase. En resumen, era una simulación. Él lo sabía porque le habían encargado que tratara de persuadir a los chinos de que proporcionaran una tercera fase, motivo por el cual viajaría a Pekín en febrero.

Allá fue, en efecto, y los chinos rechazaron de plano su petición. Mientras estaba en China encontró a su viejo amigo George Wong y habló largamente con él. Algo había salido mal en el asunto iraquí, algo que tenía preocupadísimo a Gerry Bull, y no se trataba de los israelíes. Varias veces insistió en que quería salir de Irak, y cuanto antes. Algo había sucedido, dentro de su propia cabeza, y quería marcharse de aquel país. Era una decisión del todo acertada, pero demasiado tardía.

El 15 de febrero de 1990 el presidente Saddam Hussein convocó en sesión plenaria a su grupo de asesores internos en su palacio de Sarseng, en lo alto de las montañas kurdas.

Sarseng le gustaba. El palacio se alza en una cima y desde él podía contemplar, a través de sus ventanas con triple vidrio, el campo circundante, donde los campesinos kurdos pasaban los crudos inviernos acurrucados en sus casuchas y chabolas. No estaba a mucha distancia de la aterrada población de Halabja donde, durante los días del 17 y 18 de marzo de 1988, ordenó que setenta mil ciudadanos fuesen castigados por su pretendida colaboración con los iraníes.

Cuando su artillería dejó de disparar, cinco mil perros kurdos habían muerto y siete mil habían quedado mutilados de por vida. Personalmente, le habían causado una gran impresión los efectos del ácido cianhídrico diseminado por los proyectiles. Las empresas alemanas que le habían ayudado aportando la tecnología para adquirir y fabricar el gas, además de los agentes nerviosos Tabun y Sarin, eran depositarias de

su gratitud. Se la habían ganado con su gas, enormemente similar al Zyklon-B que había sido utilizado tan adecuadamente contra los judíos unos años antes, y que muy bien podría volver a usarse.

Aquella mañana el presidente iraquí se hallaba ante las ventanas de su vestidor, mirando al otro lado. Desde hacía dieciséis años ostentaba un poder indiscutido, y durante todo ese tiempo se había visto obligado a castigar a mucha gente. Pero también era mucho lo que había conseguido.

Un nuevo Senaquerib había surgido de Nínive y otro Nabucodonosor de Babilonia. Algunos habían aprendido de la manera más sencilla, la sumisión. Otros lo habían hecho por el método duro, durísimo, y en su mayoría estaban muertos. Pero había otros, muchos, que aún tenían que aprender. Y lo harían, vaya si lo harían.

Oyó el ruido del convoy de helicópteros procedente del sur, mientras su ayudante se esforzaba por colocar bien el pañuelo verde que al presidente le gustaba ponerse sobre su jersey de cuello en V por encima de la guerrera para ocultar sus mandíbulas. Cuando todo estuvo dispuesto a su entera satisfacción, cogió su arma personal, una Beretta de fabricación iraquí chapada en oro, la enfundó y se abrochó el cinturón de la que pendía. La había usado antes contra un ministro del gobierno y tal vez desearía hacerlo de nuevo. Siempre la llevaba encima.

Un lacayo llamó a la puerta e informó al presidente de que los convocados le aguardaban en la sala de conferencias.

Cuando entró en la larga sala desde cuyos ventanales se dominaba el paisaje nevado, todos se levantaron al mismo tiempo. Su temor a que intentaran asesinarle solo disminuía allá arriba, en Sarseng. Sabía que el palacio estaba rodeado por tres líneas de los hombres más selectos de su Destacamento de Policía Presidencial, el Amn al Khass, a cuyo frente se hallaba su propio hijo Kusay, y que nadie podría aproximarse a los ventanales. Sobre el tejado habían sido emplazados misiles antiaéreos Crotale, de fabricación francesa, y sus cazas sobrevolaban constantemente las montañas.

Tomó asiento en la silla en forma de trono, en el centro de la mesa elevada que formaba la barra de una T. Flanqueándole, se sentaron cuatro de sus ayudantes de mayor confianza, dos a cada lado. Para Saddam Hussein existía una sola cualidad indispensable en un hombre al que favorecía: la lealtad. Una lealtad absoluta, total, servil. La experiencia le había enseñado que esa cualidad tenía diversos grados. En primer lugar estaba la familia, luego el clan y después la tribu. Un proverbio árabe dice: «Yo y mi hermano contra nuestro primo; yo y mi primo contra el mundo». Saddam creía en lo acertado de ese proverbio. Llevado a la práctica, surtía efecto.

Saddam Hussein había nacido en los barrios bajos de una pequeña ciudad llamada Tikrit y pertenecía a la tribu de los al-Tikriti. Un número extraordinario de miembros de su familia y de los al-Tikriti tenían altos cargos en Irak, y se les podía perdonar

cualquier brutalidad, fracaso o exceso personal siempre que le fuesen leales. ¿Acaso su segundo hijo, el psicópata Uday, no había golpeado a un sirviente hasta matarle y había sido perdonado?

A su derecha se sentaba Izzat Ibrahim, el primer vicepresidente, y más allá su cuñado, Hussein Kamil, jefe del MIMI, el hombre encargado de adquirir el armamento. A su izquierda se encontraba Taba Ramadan, el primer ministro, y al lado de este Sadoun Hammadi, viceprimer ministro y un devoto musulmán de la secta chiíta. Saddam Hussein era sunnita, pero las cuestiones religiosas eran el único aspecto en el que se mostraba tolerante. Como no era practicante, excepto cuando le parecía, no daba importancia al credo religioso. Su ministro de Asuntos Exteriores, Tariq Aziz, era cristiano. ¿Y qué? Hacía lo que él le ordenaba.

Los jefes militares estaban cerca del travesaño de la T. Eran los generales al mando de la Guardia Republicana, la infantería, los vehículos blindados, la artillería y el cuerpo de ingenieros. Más abajo se sentaban los cuatro expertos cuyos informes y experiencia eran el motivo de la reunión.

Dos de ellos estaban a la derecha de la mesa. Eran el doctor Amer Saadi, tecnólogo y ayudante de su cuñado, y, junto a él, el brigadier Hassan Rahmani, jefe del departamento de contraespionaje del Mukhabarat. Frente a ellos estaban el doctor Ismail Ubaidi, que controlaba la rama exterior del Mukhabarat, o servicio de Inteligencia, y el brigadier Omar Khatib, director general de la temida policía secreta, la Amn al Amm.

Los tres hombres del servicio secreto tenían unas tareas claramente definidas. El doctor Ubaidi se encargaba del espionaje en el extranjero; Rahmani contraatacaba el espionaje de otros países dentro de Irak; Khatib mantenía en orden a la población iraquí, aplastando toda posible oposición interna por medio de una combinación de su vasta red de observadores e informadores y del puro terror generado por los rumores de lo que hacía a los oponentes detenidos y llevados a la prisión de Abu Ghraib, al oeste de Bagdad, o a su centro de interrogatorios conocido jocosamente como el Gimnasio, en los sótanos del cuartel general de la AMAM.

Muchas habían sido las quejas presentadas a Saddam Hussein sobre la brutalidad del jefe de su policía secreta, pero él siempre se reía y hacía caso omiso. Se rumoreaba que había dado personalmente a Khatib el sobrenombre por el que se le conocía, Al Mu'zaib, *el Atormentador*. Por supuesto, Khatib era un al-Tikriti y leal hasta el fin.

Cuando hay que tratar de asuntos delicados, algunos dictadores prefieren que el número de asistentes a la reunión sea el menor posible. A Saddam le ocurría todo lo contrario. Si había que hacer un trabajo sucio, todos debían estar implicados. Ningún hombre podría decir luego que él tenía las manos limpias, que no se había enterado. De esta manera, todos cuantos le rodeaban recibían el mensaje: «Si yo caigo, vosotros

caéis conmigo».

Cuando todos se hubieron sentado de nuevo, el presidente dirigió un gesto de asentimiento a su cuñado Hussein Kamil, quien pidió al doctor Saadi que les informara. El tecnócrata leyó su informe sin levantar la vista. Ningún hombre prudente levantaba la vista para mirar a Saddam a la cara. El presidente afirmaba que podía leer el alma de un hombre a través de sus ojos, y muchos lo creían. Mirarle a la cara podía significar valor, desafío, deslealtad. Y si el presidente sospechaba esto último, el culpable de tamaña ofensa solía morir de una manera horrible.

Cuando el doctor Saadi terminó su lectura, Saddam permaneció un rato pensativo.

—Ese hombre, ese canadiense... ¿Cuánto sabe? —preguntó por fin.

—No todo, pero creo que lo suficiente para averiguarlo, sayidi.

Saadi utilizó el tratamiento honorífico árabe equivalente al «señor» occidental, pero más respetuoso. Un título alternativo y aceptable es sayid rais, o «señor presidente».

—¿Cuándo lo averiguará?

—Pronto, si no lo ha hecho ya, sayidi.

—¿Y ha hablado con los israelíes?

—Constantemente, sayid rais —respondió el doctor Ubaidi—. Es amigo suyo desde hace años. Estuvo en Tel Aviv y dio lecciones sobre balística a sus oficiales artilleros de estado mayor. Tiene muchos amigos allí, posiblemente entre el Mossad, aunque él quizá no lo sepa.

—¿Podríamos terminar el proyecto sin él? —inquirió Saddam Hussein.

Entonces intervino su cuñado, Hussein Kamil.

—Es un hombre extraño. Insiste en guardar todos sus documentos científicos más delicados en una gran bolsa de lona que lleva consigo a todas partes. He dado instrucciones al personal de contraespionaje para que echen un vistazo a esos documentos y saquen copias.

—¿Y eso se ha hecho? —El presidente miraba fijamente a Hassan Rahmadi, su director de contraespionaje.

—Inmediatamente, sayid rais. El mes pasado, cuando estuvo aquí de visita. Bebe whisky en grandes cantidades. Le drogaron y durmió larga y profundamente. Cogimos su bolsa y fotocopiarnos todos los documentos que contenía. También hemos grabado todas sus conversaciones de tipo técnico. Los papeles y las transcripciones han sido entregados a nuestro camarada Saadi.

La mirada presidencial se posó de nuevo en el científico.

—Así pues, una vez más te pregunto: ¿podéis completar el proyecto sin él?

—Sí, sayid rais, creo que podemos. Algunos de los cálculos solo tienen sentido para él, pero nuestros mejores matemáticos los están estudiando desde hace un mes y pueden entenderlos. Los ingenieros harán el resto.

Hussein Kamil lanzó a su segundo una mirada de advertencia, como diciéndole: «Será mejor que estés en lo cierto, amigo mío».

—¿Dónde está ahora? —preguntó el presidente.

—Ha viajado a China, sayidi —respondió Ubaidi, el hombre del servicio de Inteligencia en el extranjero—. Está intentando conseguirnos una tercera fase para el cohete Al Abeid. Por desgracia, fracasará. Se espera que esté de regreso en Bruselas a mediados de marzo.

—¿Tenemos hombres allí, buenos hombres?

—Sí, sayidi. He hecho que le vigilen en Bruselas durante diez meses. Por eso sabemos que en su despacho ha recibido a delegaciones israelíes. También tenemos llaves para entrar en el edificio donde está su piso.

—Entonces que se haga. Cuando regrese.

—Sin tardanza, sayid rais.

Ubaidi pensó en los cuatro hombres que tenía en Bruselas, encargados de vigilar al ingeniero a una distancia prudente. Uno de ellos ya había hecho antes ese trabajo. Se llamaba Abdelrahman Moyeddin. Le encargaría la misión.

Los tres hombres del servicio de Inteligencia y el doctor Saadi fueron despedidos. Los demás se quedaron. Cuando estuvieron solos, Saddam Hussein se volvió hacia su cuñado.

—Y en cuanto al otro asunto... ¿Cuándo lo tendremos?

—Me han asegurado que antes de que finalice el año, Abu Kusay.

Como era de la «familia», Kamil podía usar ahora el título más íntimo de «Padre Kusay», lo cual servía también para recordar a los presentes quién era de la familia y quién no. El presidente soltó un gruñido.

—Necesitaremos un sitio nuevo, una fortaleza. No uno ya existente, por secreto que sea. Un lugar nuevo y secreto que solo unos pocos, ni siquiera todos los aquí presentes, conocerán. Y no se tratará de un proyecto de ingeniería civil, sino militar. ¿Podéis hacerlo?

El general Ali Musuli, del cuerpo de ingenieros militares, enderezó la espalda y no levantó la mirada más arriba del pecho del presidente.

—Será un orgullo, sayid rais.

—El hombre encargado tiene que ser el mejor, sin ápice de duda al respecto. Ha de ser insuperable.

—Conozco al hombre, sayidi. Es un coronel, brillante tanto en la construcción como en el engaño. El ruso Stepanov dijo que era el mejor estudiante de la *mashirovka* al que había enseñado jamás.

—Entonces tráemelo. Pero no aquí, sino a Bagdad, dentro de un par de días. Yo mismo le haré el encargo. ¿Es un buen baasista ese coronel? ¿Leal al partido y a mí?

—Absolutamente, sayidi. Moriría por ti.

—Confío en que todos vosotros haríais lo mismo. —Hubo una pausa, y entonces añadió en voz baja—: Esperemos que no se llegue a eso.

Esa última frase surtió efecto y puso fin a la conversación. Por fortuna, la reunión ya había acabado de todos modos.

El doctor Gerry Bull regresó a Bruselas el 17 de marzo, exhausto y abatido. Sus colegas supusieron que su depresión se debía a la negativa de los chinos. Pero eso no era todo.

Desde su llegada a Bagdad, hacía de eso más de dos años, se había dejado persuadir, porque era lo que deseaba creer, de que el programa del cohete y el cañón Babilonia estaban destinados a lanzar pequeños satélites portadores de instrumentos que debían ser puestos en órbita terrestre. Él, por lo menos, comprendía los enormes beneficios que, desde el punto de vista del amor propio y el orgullo, supondría para todo el mundo árabe el que Irak lograra hacerlo.. Además, sería lucrativo, pues apenas Irak lanzase satélites de comunicaciones y meteorológicos para otros países, los gastos se amortizarían.

Tal como él lo entendía, se había planeado que el cañón Babilonia lanzase su misil portador de un satélite apuntando al sudeste, a lo largo de Irak, y pasando sobre Arabia Saudí y el sur del océano Índico, hasta entrar en órbita. Para eso lo había diseñado.

Se había visto obligado a convenir con sus colegas que ninguna nación occidental lo vería de esa manera, sino que supondrían que se trataba de un arma militar. De ahí el subterfugio al pedir las piezas del tubo, la recámara y el mecanismo de retroceso.

Solo él, Gerald Vincent Bull, conocía la verdad, que era muy sencilla: no podía ser usado como un arma para lanzar proyectiles explosivos convencionales, por muy gigantescos que fueran.

En primer lugar, el cañón Babilonia, con su tubo de 156 metros, no podía permanecer rígido sin soportes. Necesitaba un muñón, o soporte, en una de cada dos de sus 26 secciones de tubo, aun cuando, como él preveía, el cañón subiera por la ladera de una montaña con una inclinación de 45 grados. Sin esos apoyos, el cañón se caería, desmembrándose a medida que se rompieran las juntas.

En consecuencia, no podía aumentar o disminuir su elevación, ni moverse de un lado a otro. Así pues, no estaba en condiciones de apuntar a una diversidad de blancos. Para cambiar de ángulo, arriba, abajo o de un lado a otro, tendría que ser desmantelado, cosa que requeriría semanas. Incluso limpiarlo y recargarlo entre una y otra descarga requeriría un par de días.

Además, los disparos repetidos desgastarían aquella arma carísima. Finalmente, un cañón como el Babilonia no podía ser ocultado en caso de que al enemigo se le ocurriese contraatacar.

Cada vez que disparase, el tubo despediría una llamarada de noventa metros de longitud que sería fácilmente localizable por todos los aviones y satélites. En cuestión de segundos los norteamericanos tendrían sus coordenadas en el mapa. Además, las ondas de choque reverberantes serían registradas hasta por los sismógrafos de lugares tan lejanos como California. Por ese motivo Bull aseguraba a todo el que le escuchaba: «No puede utilizarse como un arma.»

Su problema consistía en que, al cabo de dos años en Irak, se había dado cuenta de que para Saddam Hussein la ciencia tenía una sola aplicación: las armas de guerra y el poder que le proporcionaban, y *nada más*. En ese caso, ¿por qué diablos estaba financiando el proyecto Babilonia? Solo podría dispararlo una sola vez, en un acceso de cólera, antes de que los bombarderos contraatacaran y lo redujesen a fragmentos, y únicamente podía disparar un satélite o un proyectil convencional.

Cuando lo comprendió estaba en China, en compañía del amable George Wong. Sería la última ecuación que resolvería en su vida.

El gran Ram Charger avanzaba a buena velocidad por la principal carretera de Qatar en dirección a Abu Dhabi, en los Emiratos Árabes Unidos. El aire acondicionado mantenía el interior fresco, y el conductor disponía de varios casetes de su música country favorita, los cuales llenaban el interior del vehículo con melodías que le recordaban su hogar.

Más allá de Ruweis se encontraron en el campo abierto, con el mar a su izquierda, solo visible a intervalos entre las dunas, y a su derecha el gran desierto que se extendía a lo largo de centenares de kilómetros de arena y desolación, hacia Dhofar y el océano Índico.

Sentada al lado de su marido, Maybelle Walker contemplaba excitada el desierto pardo y ocre que brillaba tenuemente bajo el sol de mediodía. Su marido, Ray, no apartaba la vista de la carretera. Durante toda su vida se había dedicado a la industria petrolífera, y no era la primera vez que veía un desierto. «Visto uno, vistos todos», gruñía cuando su esposa lanzaba una de sus frecuentes exclamaciones de asombro ante el panorama y los sonidos que eran tan nuevos para ella.

Pero para Maybelle Walker todo era nuevo y, aunque antes de salir de Oklahoma había incluido en el equipaje suficientes medicamentos para abrir una farmacia, su entusiasmo durante la gira de dos semanas por la costa del mar de Omán no decaía en absoluto.

Habían partido del norte de Kuwait en el todoterreno que les había facilitado la empresa, se habían internado en Arabia Saudí por Khafji y Akl Khobar, cruzado la calzada elevada que conectaba con Bahrein y luego retrocedido, atravesado Qatar y entrado en los Emiratos. Cada vez que se detenían en un lugar, Ray Walker efectuaba una «inspección» rutinaria de las oficinas de la delegación de su compañía, lo cual constituía la razón aparente del viaje, mientras ella tomaba como guía a uno de los empleados y exploraba la localidad. Se sentía muy valerosa caminando por las calles estrechas con un solo hombre blanco por escolta, sin darse cuenta de que habría corrido más peligro en cualquiera de cincuenta ciudades estadounidenses que entre los árabes del Golfo.

Todo lo que veía en su primer y, quizá, último viaje fuera de Estados Unidos, la entusiasmaba. Admiraba los palacios y los minaretes, se asombraba ante el torrente de oro puro exhibido en los zocos del oro y experimentaba un temor reverencial ante la marea de rostros oscuros y túnicas multicolores que se arremolinaban alrededor de ella en los barrios viejos.

Había tomado fotografías de todo y de todos, a fin de poder mostrarlas en el Club de Damas cuando regresase a casa, para que supieran dónde había estado y qué había

visto. Se había tomado a pecho la advertencia que le hiciera el representante de la compañía en Qatar cuando le dijo que no fotografiara a un árabe del desierto sin su permiso, pues algunos aún creían que al hacerles una foto les extraían una parte de su alma.

Como a menudo se recordaba a sí misma, era una mujer feliz y tenía muchos motivos para sentirse así. Casi al terminar la escuela secundaria se había casado con el joven con quien salía desde hacía dos años. Su marido era un hombre bueno y capaz que trabajaba en una compañía petrolífera y había progresado en la empresa a medida que esta se expandía, hasta acabar siendo uno de los vicepresidentes.

La pareja tenía un bonito hogar en las afueras de Tulsa y una casa para pasar las vacaciones veraniegas en Hatteras, entre el Atlántico y Pamlico Sound, en Carolina del Norte. El suyo era un matrimonio bien avenido que duraba ya treinta años y que había sido recompensado con un hijo encantador. Y ahora esto... una gira de dos semanas a expensas de la compañía por la costa arábiga del mar de Omán, llena de paisajes, sonidos y olores exóticos, de experiencias que parecían de otro mundo.

—Es una buena carretera —observó la mujer mientras coronaban una elevación y la cinta de asfalto rielaba y se estremecía delante de ellos. Si la temperatura dentro del vehículo era de veintiún grados, fuera, en el desierto, se aproximaba a los cincuenta.

—Tiene que serlo —gruñó su marido—. Nosotros la construimos.

—¿La compañía?

—No, mujer, el Tío Sam, coño.

Ray Walker tenía la costumbre de añadir la palabra «coño» cada vez que ofrecía alguna información. Permanecieron unos momentos en agradable silencio mientras la voz melodiosa de Tammy Wynette la instaba a permanecer al lado de su hombre, cosa que ella siempre había hecho y se proponía seguir haciendo una vez se jubilase.

Ray Walker frisaba los sesenta años y estaba a punto de retirarse con una buena pensión y una tentadora opción para la compra de acciones de la empresa. La compañía, agradecida, le había ofrecido un viaje de primera clase por el Golfo, durante dos semanas y con todos los gastos pagados, para que «inspeccionase» sus diversas instalaciones a lo largo de la costa. Aunque él tampoco había estado nunca allí, tenía que admitir que se sentía menos entusiasmado que su esposa, pero le satisfacía que ella lo estuviese pasando tan bien.

Por su parte, anhelaba terminar el recorrido en Abu Dhabi y Dubai, y luego subir a la sección de primera clase de un avión que le conduciría directamente a Estados Unidos vía Londres. Por lo menos podría pedir una lata de cerveza fría sin tener que esconderse en la oficina de la compañía para tomarla. Reflexionó en que el Islam puede estar bien para algunos, pero tras haberse alojado en los mejores hoteles de Kuwait, Arabia Saudí y Qatar, en todos los cuales le dijeron que no tenían ni una gota

de alcohol, se preguntaba qué clase de religión era aquella que impedía a un hombre tomarse una cerveza fría en un día caluroso.

Vestía de la manera que consideraba apropiada para un hombre dedicado al negocio petrolífero en el desierto: botas altas, tejanos, cinturón, camisa y sombrero Stetson, nada de lo cual era del todo necesario para un químico que, como él, trabajaba en el control de calidad.

Echó un vistazo al cuentakilómetros. Faltaban 128 kilómetros para llegar al desvío de Abu Dhabi.

—Tengo que bajar y hacer pis, cariño —musitó.

—Bueno, pero ten cuidado —le advirtió Maybelle—. Ahí fuera hay escorpiones.

—Pero no pueden dar saltos de más de medio metro —replicó él, y su propio chiste le hizo desternillarse de risa.

Que te pique en la picha un escorpión saltarán... Esa sí que era una buena historia para contársela a su hijo cuando estuviese de regreso en casa.

—Eres terrible, Ray —replicó Maybelle, y se rió también.

Walker dirigió el Ram Charger hasta el borde de la desierta carretera, apagó el motor y abrió la portezuela. Tuvo la sensación de que acababa de abrir un horno. Bajó del vehículo y se apresuró a cerrar la puerta para impedir que saliese el restante aire fresco.

Maybelle permaneció en el asiento del acompañante mientras su marido se dirigía a la duna más próxima y se bajaba la cremallera del pantalón. Entonces miró a través del parabrisas y musitó:

—Oh, Dios mío, pero qué estampa. —Cogió su Pentax, abrió la portezuela y se apeó—. Oye, Ray, ¿crees que se molestará si le hago una foto?

Ray estaba mirando en la otra dirección, absorto en uno de los mayores placeres que puede encontrar un hombre de edad mediana.

—Ya voy, cariño. ¿Quién es?

El beduino estaba al otro lado de la carretera, a la altura de su marido, y al parecer había salido de entre dos dunas. Un instante antes no había rastro de él, y ahora... allí estaba. Maybelle Walker permaneció junto al guardabarros delantero del todoterreno, cámara en mano, vacilante. Su marido se dio la vuelta y se subió la cremallera. Miró al hombre inmóvil al otro lado de la calzada.

—No sé —dijo a su mujer—. Supongo que no le importará, pero no te acerques demasiado. Probablemente tiene pulgas. Pondré el motor en marcha. Tú saca la foto rápido y, si se pone desagradable, sube enseguida.

Walker se sentó al volante y encendió el motor. El acondicionador de aire se puso en marcha de modo automático, lo que era un alivio.

Maybelle Walker se adelantó varios pasos y levantó la cámara.

—¿Puedo hacerle una foto? —le preguntó al beduino—. Cámara. Foto. *Clic clic*.

Para mi álbum, la enseñaré en casa.

El hombre siguió inmóvil, mirándola fijamente. Su chilaba, en otro tiempo blanca y ahora manchada y cubierta de polvo, le caía desde los hombros hasta la arena del suelo. Llevaba el *keffiyeh* moteado de blanco y rojo sujeto a la cabeza por medio de un cordón negro doble; uno de los ángulos colgantes estaba metido bajo la sien opuesta, de modo que el paño le cubría la cara desde el puente de la nariz hacia abajo. Por encima de la tela moteada los ojos oscuros observaban detenidamente a la mujer. El *keffiyeh* dejaba al descubierto parte de la frente y una estrecha franja de piel alrededor de los ojos, quemada por el sol del desierto. Maybelle tenía ya muchas fotos destinadas al álbum que confeccionaría una vez que llegase a casa, pero ninguna de un miembro de una tribu beduina con el inmenso desierto saudí a sus espaldas.

Alzó la cámara. El hombre no se movió. Miró a través del visor, enmarcando la figura en el centro del espacio oblongo, preguntándose si llegaría a tiempo al coche en caso de que el árabe corriera tras ella. *Clic*.

—Muchísimas gracias —le dijo, pero el hombre siguió allí, quieto e imperturbable.

Ella retrocedió hacia el vehículo, con una ancha sonrisa en el rostro. Recordó el consejo que dio cierta vez el *Reader's Digest* a los estadounidenses que han de enfrentarse a alguien que no entiende el inglés: «Sonríe siempre».

—¡Sube al coche, querida! —le gritó su marido.

—No te preocupes, creo que este buen hombre no tiene nada que objetar —dijo ella al tiempo que abría la portezuela.

La cinta del casete se había terminado mientras ella estaba haciendo la foto, y entonces se oyó la radio. Ray Walker tendió la mano e hizo subir bruscamente a su esposa. El coche se puso en marcha con un chirrido de neumáticos.

Tras contemplar cómo se alejaban, el árabe se encogió de hombros y rodeó la duna, detrás de la cual estaba aparcado su Land Rover. Al cabo de unos segundos también él partió en dirección a Abu Dhabi.

—¿A qué viene tanta prisa? —se quejó Maybelle Walker—. No iba a atacarme.

—No se trata de eso, cariño. —Ray Walker estaba taciturno y tenía el aspecto del hombre que domina la situación, capaz de enfrentarse a una emergencia internacional—. Nos vamos a Abu Dhabi y una vez allí tomaremos el primer vuelo a casa. Parece ser que esta mañana Irak ha invadido Kuwait, coño. Pueden presentarse aquí de un momento a otro.

Eran las diez de la mañana, hora del Golfo, del 2 de agosto de 1990.

Doce horas antes el coronel Osman Badri aguardaba, tenso y excitado, junto a la oruga de un carro de combate T-72 estacionado cerca de un pequeño aeródromo

llamado Safwan. Aunque entonces no podía saberlo, la guerra de Kuwait había empezado allí y terminaría allí, en Safwan.

Cerca del aeródromo, que tenía pistas de aterrizaje pero ningún edificio, se extendía la carretera principal, que corría hacia el norte y hacia el sur. Hacia el norte, por donde el coronel había viajado tres días antes, estaba el cruce donde los viajeros podían girar hacia el este, en dirección a Basora, o hacia el noroeste, en dirección a Bagdad.

Hacia el sur la carretera conducía directamente hasta el puesto fronterizo de Kuwait, a ocho kilómetros de distancia. El coronel se encontraba mirando hacia el sur, y desde allí podía ver el tenue resplandor de Jahra y después, más al este, al otro lado de la bahía, el brillo de las luces de Kuwait City.

Estaba excitado porque para su país había llegado la hora. Era el momento de castigar a la chusma kuwaití por lo que le había hecho a Irak, por la guerra económica no declarada, por los perjuicios financieros y su altiva arrogancia.

Durante ocho sangrientos años Irak había contenido a las hordas de Persia, impidiéndoles penetrar en el norte del Golfo y poner fin al lujoso estilo de vida de los kuwaitíes. ¿Y ahora su recompensa debía consistir en permanecer sentados y en silencio mientras los kuwaitíes seguían robando su parte de petróleo que ambos países extraían en el campo compartido de Rumailah? ¿Iban a verse ahora en la miseria mientras Kuwait producía más de la cuenta y hacía que el precio del petróleo bajara? ¿Tenían que sucumbir dócilmente mientras los perros de Al Sabah insistían en el reintegro del miserable préstamo de quince mil millones de dólares que hicieran a Irak durante la guerra?

No, el rais tenía razón, como de costumbre. Históricamente, Kuwait era la decimonovena provincia de Irak; siempre lo había sido hasta que los británicos trazaran su condenada línea en la arena, en 1913, creando de ese modo el emirato más rico del inundo. Ahora recuperarían Kuwait, aquella misma noche, y Osman Badri tomaría parte en la operación.

Como ingeniero del Ejército, él no estaría en primera línea, pero iría detrás, muy cerca, con sus unidades de instaladores de puentes, zapadores, bulldozers y excavadoras, para abrir el camino en caso de que los kuwaitíes lo bloquearan. Cierto que la vigilancia aérea no había descubierto ninguna obstrucción, ni terraplenes ni bermas de arena ni trincheras anticarro ni trampas de hormigón. Pero, por si acaso, los ingenieros estarían allí, bajo el mando de Osman Badri, para despejar la carretera a los carros de combate y la infantería mecanizada de la Guardia Republicana.

A pocos metros de donde se encontraba se alzaba la tienda de campaña del mando; dentro de ella, los oficiales superiores estaban inclinados sobre sus mapas, efectuando modificaciones de última hora a su plan de ataque. Las horas y los minutos iban pasando mientras aguardaban la orden final de avance dada por el rais

en Bagdad.

El coronel ya se había entrevistado con su general en jefe Ali Musuli, encargado de todo el cuerpo de ingenieros del Ejército iraquí y con el que se sentía profundamente agradecido por haberle recomendado para la «misión especial» en febrero pasado. Badri había podido asegurar a su jefe que sus hombres estaban perfectamente equipados y preparados para iniciar la marcha.

Mientras conversaba con Musuli, otro general había entrado y su jefe efectuó las presentaciones. Se trataba de Abdullah Kadiri, jefe de la división acorazada. Desde lejos había visto entrar en la tienda al general Saadi Tumah Abbas, jefe del cuerpo de élite de la Guardia Republicana. Como miembro leal del partido y adorador de Saddam Hussein, se había sentido perplejo al oír que el general de la división acorazada, Kadiri, mascullaba las palabras «mierda de políticos». ¿Cómo era posible semejante cosa? ¿No era Tumah Abbas íntimo de Saddam Hussein y no había sido recompensado por vencer en la crucial batalla de Fao que supuso la derrota definitiva de los iraníes? El coronel Badri había desechado los rumores de que la batalla de Fao había sido ganada, en realidad, por el general Maher Rashid, ahora desaparecido.

A su alrededor, hombres y oficiales de las divisiones de la Guardia de Tawakkulna y Medina se movían en la oscuridad. Sus pensamientos se remontaron a aquella noche memorable de febrero, cuando el general Musuli le ordenó que abandonara su tarea, consistente en dar los últimos toques a la instalación de Al Qubai, y se presentase en el cuartel general de Bagdad. Supuso que iban a darle un nuevo destino.

—El presidente quiere verte —le había dicho Musuli bruscamente—. Enviaré a alguien a buscarte. Trasládate a los aposentos de los oficiales y permanece disponible día y noche.

Badri se mordió el labio. ¿Qué había hecho? ¿Qué había dicho? Nada desleal, pues eso sería imposible. ¿Habría sido objeto de una falsa denuncia? No, el presidente no enviaría a buscar a un hombre así. El malhechor sería sencillamente detenido por los gorilas de la Amn al Amm del brigadier Khatib, quienes se lo llevarían para darle una lección. Al ver la expresión de su rostro, Musuli se echó a reír y sus dientes destellaron bajo el espeso bigote negro que tantos oficiales superiores llevaban para imitar a Saddam Hussein.

—No te preocupes, tiene una tarea para ti; una tarea especial.

Y así era. Aún no habían transcurrido veinticuatro horas cuando Badri fue convocado al vestíbulo del edificio de los oficiales, donde un largo coche negro le estaba esperando con dos hombres de la Amn al Khass, la guardia personal del presidente. Le llevaron directamente al palacio presidencial, donde tendría el encuentro más emocionante y trascendental de su vida.

El palacio estaba entonces situado en el ángulo que formaban las calles Kindi y

Catorce de Julio, cerca del puente del mismo nombre, en conmemoración de la fecha en que tuvo lugar el primero de los dos golpes de julio de 1968 que llevaron al poder al partido Baas poniendo fin al dominio de los generales. Condujeron a Badri hasta una sala de espera donde aguardó durante dos horas. Le registraron minuciosamente dos veces antes de llevarle a presencia del presidente.

En cuanto los guardias que le acompañaban se detuvieron, él los imitó, hizo un tembloroso saludo militar y lo mantuvo durante tres segundos antes de quitarse la gorra y colocársela bajo el brazo izquierdo. Entonces permaneció en posición de firmes.

—¿De modo que eres el genio de la *mashirovka*?

Le habían dicho que no mirase al rais directamente a los ojos, pero cuando él le habló no pudo evitarlo. Saddam Hussein estaba de buen humor. Los ojos del joven oficial brillaban de amor y admiración. No tenía nada que temer. Con tono mesurado, el presidente le dijo al ingeniero lo que quería. El pecho de Badri se hinchó de orgullo y admiración.

Durante cinco meses trabajó contra reloj, acuciado por un plazo imposible, y al finalizar su cometido aún le quedaron unos días libres. Había contado con todas las facilidades que el rais le prometió. Todo el mundo y todo el material estuvieron a su disposición. Si necesitaba más hormigón o acero le bastaba con marcar el número telefónico personal de Kamil y el cuñado del presidente se lo proporcionaba en el acto, recurriendo al Ministerio de Industria. Si precisaba más mano de obra, llegaban centenares de obreros, siempre coreanos o vietnamitas bajo contrato de aprendizaje. Durante aquel verano cortaron, cavaron, vivieron en míseras barracas temporales y luego se los llevaron de allí, sin que Badri supiera a qué lugar.

Aparte de los peones, nadie acudía allí por carretera, pues la única y áspera pista, que finalmente sería arrasada, solo era para los camiones que transportaban acero y otros materiales, y para las hormigoneras. Todos los demás seres humanos, a excepción de los camioneros, eran trasladados por vía aérea, en uno de los helicópteros MIL rusos, y solo cuando llegaban les quitaban la venda de los ojos, vendas que volvían a ser puestas cuando se marchaban. Esta medida se aplicaba a todo iraquí sin distinción alguna, desde el de mayor rango al más humilde.

El mismo Badri había escogido el emplazamiento, tras explorar durante varios días la zona montañosa en helicóptero. Finalmente se decidió por aquel lugar en lo alto de Jebal Hamreen, al norte de Kifri y más hacia las montañas, donde las colinas de la sierra de Hamreen se convierten en montañas sobre las carreteras de Sulaymaniyam.

Había trabajado veinte horas al día, durmiendo precariamente y en cualquier sitio; había intimidado, amenazado, engatusado con halagos y obtenido, mediante sobornos, una producción asombrosa por parte de sus hombres. Finalmente, antes de

que finalizara el mes de julio, había cumplido con su objetivo. Todos los rastros de una obra —cada ladrillo y trozo de hormigón, cada pieza de acero que pudiera destellar al sol, cada raspadura y marca en las rocas— habían sido eliminados.

Se levantaron tres aldeas que harían las veces de puestos de vigilancia, con sus habitantes, sus cabras y sus ovejas. Por fin, la única pista fue arrasada y una excavadora retrocedió pesadamente y arrojó los cascotes y guijarros al valle que se extendía debajo. Los tres valles y la montaña violada fueron restaurados y quedaron como eran antes... o casi.

Aquel hombre, Osman Badri, coronel de ingenieros, heredero de la pericia constructora que erigió Nínive y Tiro, alumno del gran Stepanov de Rusia, el maestro de la *mashirovka*, el arte de disimular algo para que pase inadvertido o parezca otra cosa, había construido para Saddam Hussein la Qa'ala, la Fortaleza. Nadie podía verla y nadie sabía dónde estaba.

Antes de que la cerraran, Badri observó a los demás, los montadores de cañones y los científicos, que construían aquel tremendo cañón cuyo tubo parecía llegar hasta las mismas estrellas. Cuando todo estuvo terminado se marcharon y solo la guarnición permaneció atrás. Vivirían allí, ninguno de ellos se iría por tierra. Los que tuvieran que llegar o partir lo harían en helicóptero, y ninguno de los aparatos aterrizaría, sino que se cernería sobre una pequeña parcela de hierba a cierta distancia de la montaña. Los pocos que llegasen o partieran lo harían siempre con los ojos vendados.

Los pilotos y las tripulaciones estarían encerrados en una sola base aérea sin visitantes ni teléfono. Una vez que se esparcieron las últimas semillas de hierba silvestre y se plantaron los últimos arbustos, la Fortaleza quedó absolutamente aislada.

Aunque Badri no lo sabía, a los obreros que habían llegado en camiones finalmente se los llevaron y los transfirieron a unos autobuses con las ventanas pintadas de negro. Lejos de allí, en una quebrada, los autobuses que transportaban a los tres mil obreros asiáticos se detuvieron y los guardianes echaron a correr. Cuando las detonaciones derrumbaron la ladera de la montaña todos los autobuses quedaron sepultados para siempre. Entonces los guardianes fueron abatidos por otros guardianes que nunca habían visto la Qa'ala.

La ensoñación de Badri fue interrumpida por un griterío procedente de la tienda de mando, y entre la multitud de soldados que aguardaban se difundió velozmente la noticia: había llegado la orden de avanzar.

El ingeniero corrió a su camión y subió al asiento del acompañante mientras el conductor ponía el motor en marcha. Permanecieron a la espera mientras las tripulaciones de los tanques de las dos divisiones de la Guardia Republicana, que serían la vanguardia de la invasión, llenaban el aire con un ruido ensordecedor y los

T-72 rusos partían del aeródromo y enfilaban la carretera que conducía a Kuwait.

Más adelante, Badri le contaría a su hermano Abdelkarim, piloto de caza y coronel de la Fuerza Aérea, que la invasión fue como tirar al blanco contra unos patos. El pequeño puesto policial fronterizo fue empujado a un lado y aplastado. Alrededor de las dos de la madrugada la columna había cruzado la frontera y avanzaba hacia el sur. Si los kuwaitíes se engañaron a sí mismos creyendo que aquel ejército, el cuarto ejército regular más grande del mundo, avanzaría hasta la sierra de Multa y haría ruido de sables hasta que Kuwait accediera a las exigencias del rais, no tuvieron suerte. Si los gobiernos de Occidente creyeron que Irak se limitaría a capturar las deseadas islas de Warbah y Bubiyan, obteniendo de ese modo su tan anhelado acceso al Golfo, también tomaron el rábano por las hojas. La orden de Bagdad era terminante: «Conquistadlo todo».

Poco antes del amanecer hubo un enfrentamiento de carros de combate en la pequeña ciudad petrolífera kuwaití de Jahra, al norte de Kuwait City. La única brigada acorazada kuwaití había sido enviada precipitadamente al norte, después de que durante la semana anterior a la invasión hubiese sido mantenida a distancia a fin de no provocar a los iraquíes.

Fue un combate desproporcionado. Los kuwaitíes, considerados unos meros mercaderes y acaparadores de petróleo, lucharon con denuedo. Tuvieron a raya a la flor y nata de la Guardia Republicana durante una hora, permitiendo así que algunos de sus cazas Skyhawk y Mirage, estacionados más al sur, en la base de Ahmadi, levantaran vuelo, pero no tenían ninguna posibilidad de vencer. Los enormes carros T-72 soviéticos aplastaron a los más pequeños T-55 chinos usados por los kuwaitíes. Los defensores perdieron veinte tanques en otros tantos minutos, y finalmente los supervivientes desistieron y se retiraron.

Osman Badri, que observaba desde cierta distancia cómo los mastodontes viraban bruscamente y disparaban entre nubes de polvo y humo mientras una línea rosada teñía el cielo por encima de Irán, no podía saber que un día aquellos mismos T-72 de las divisiones de Medina y Tawakkulna serían destrozados por los Challenger y Abrams de británicos y norteamericanos.

Al amanecer, las primeras unidades decisivas pasaban con estruendo por las afueras de Kuwait City, dividiendo sus fuerzas para cubrir las cuatro carreteras que daban acceso a la ciudad desde el noroeste: la carretera de Abu Dhabi a lo largo de la costa; la carretera de Jahra entre los barrios residenciales de Granada y Andalus, y los cinturones quinto y sexto, más al sur. Tras esa división, las cuatro columnas se dirigieron al centro de Kuwait.

El coronel Badri no era necesario, pues no había zanjas que sus zapadores tuviesen que rellenar ni obstrucciones a las que fuese necesario volar con dinamita ni bolardos de hormigón que tuvieran que ser retirados con bulldozers. Solo en una

ocasión el coronel se vio obligado a saltar precipitadamente para salvar la vida.

Camino de Sulaibikhat, muy cerca (aunque él lo ignoraba) del cementerio cristiano, un solitario Skyhawk que parecía salir del sol viró y disparó sus cuatro cohetes aire-tierra contra el tanque que iba delante. El blindado traqueteó, perdió una oruga y empezó a arder. La aterrada tripulación salió por la torreta. Entonces el Skyhawk regresó en busca de los camiones que seguían al tanque, vomitando llamaradas por el morro. Badri vio que el asfalto estallaba delante de él y se arrojó desde la portezuela en el mismo momento en que el conductor gritaba, el vehículo se salía de la carretera, caía en una zanja y volcaba.

Nadie resultó herido, pero Badri estaba furioso. Aquel perro insolente... Finalizó el viaje en otro camión.

Durante toda la jornada hubo fuego artillero esporádico, mientras las dos divisiones, los carros blindados, la artillería y la infantería mecanizada avanzaban a través de la extensa Kuwait City. Un grupo de oficiales kuwaitíes se encerró en el Ministerio de Defensa dispuesto a luchar contra los invasores con unas pocas armas de pequeño calibre que encontraron allí.

Uno de los oficiales iraquíes, de talante razonable, les señaló que si abría el ministerio con el cañón de su tanque serían hombres muertos. Mientras algunos resistentes kuwaitíes discutían con él antes de rendirse, los demás se cambiaron los uniformes por otras ropas y salieron sigilosamente por la parte trasera. Uno de ellos sería más adelante el dirigente de la resistencia kuwaití.

La principal oposición tuvo lugar en la residencia del emir Al Sabah, aun cuando este y su familia habían huido bastante antes hacia el sur, buscando refugio en Arabia Saudí. El conato de oposición fue aplastado.

Cuando se ponía el sol, el coronel Osman Badri estaba de espaldas al mar en la parte más septentrional de Kuwait City, en la calle del Golfo Árabe, contemplando la fachada de aquella residencia, el palacio Dasman. Unos pocos soldados iraquíes ya estaban dentro del edificio y de vez en cuando uno de ellos salía cargado con algún objeto de valor incalculable arrancado de las paredes, evitando pisar los cadáveres amontonados en las escaleras y el césped para depositar el botín en un camión.

Badri se sintió tentado de participar en el saqueo, para llevar un buen regalo a su anciano padre que vivía en Qadisiyah, pero algo le retuvo. Sin duda se trataba de la herencia de aquella condenada escuela inglesa a la que había asistido en Bagdad, hacía ya tantos años, debido a la amistad de su padre con el inglés Martin y su admiración por todo lo británico.

«Saquear es robar, muchachos, y robar está mal. La Biblia y el Corán lo prohíben, así que no lo hagáis.»

A pesar del tiempo transcurrido, todavía recordaba al señor Hartley, el director de la Escuela Preparatoria Adisiya (Fundación), bajo la supervisión del British Council,

enseñando a sus alumnos, ingleses e iraquíes, sentados juntos en el aula.

¿Cuántas veces había razonado con su padre desde que se afiliara al partido Baas, diciéndole que los ingleses siempre habían sido unos agresores imperialistas que tuvieron a los árabes encadenados durante siglos para obtener beneficios?

Y su padre, ahora setentón y mucho más viejo, porque Osmán y su hermano eran el fruto de su segundo matrimonio, siempre sonreía a su razonamiento y le decía:

—Puede que sean extranjeros e infieles, pero son corteses y tienen valores morales. ¿Y qué valores morales tiene tu señor Saddam Hussein, eh, quieres decírmelo?

A Osman le resultó imposible convencer al viejo de lo importante que el partido era para Irak y cómo su dirigente llevaría el país a la gloria y el triunfo. Finalmente puso fin a esa clase de conversaciones, para evitar que su padre dijera algo inconveniente sobre el rais que fuese oído por algún vecino y les causara problemas. Ese era el único aspecto en que no estaba de acuerdo con su padre, al que por otra parte quería mucho.

Así pues, debido a un director de escuela que había tenido un cuarto de siglo antes, no participó en el saqueo del palacio de Dasman, aun cuando eso figuraba en la tradición de todos sus antepasados y los ingleses eran unos necios.

Por lo menos los años que había pasado en la Escuela Preparatoria Adisiya le sirvieron para dominar con fluidez la lengua inglesa, lo cual resultó de mucha utilidad, ya que era el idioma en que mejor podía comunicarse con el coronel Stepanov, quien durante mucho tiempo fue el oficial superior de ingenieros en el grupo de asesores millares soviéticos antes de que la guerra fría llegara a su fin y el ruso regresara a Moscú.

Osman Badri tenía treinta y cinco años y 1990 se estaba revelando como el año más importante de su vida. Como más adelante le diría a su hermano:

—Me quedé allí de pie, de espaldas al Golfo y ante el palacio Dasman, y pensé: «Lo hemos hecho, por el Profeta. Por fin hemos tomado Kuwait, y en un solo día.» Y así terminó todo.

En eso se equivocaba. Aquello no era más que el principio.

Mientras Ray Walker, según sus propias palabras, «perdía el culo» corriendo por el aeropuerto de Abu Dhabi y aporreaba el mostrador de ventas para insistir en el derecho constitucional de todo estadounidense a obtener de inmediato un pasaje aéreo, varios de sus compatriotas estaban llegando al final de una noche pasada en blanco.

A siete husos horarios de distancia, en Washington, el Consejo de Seguridad Nacional había estado trabajando toda la noche. Años atrás solían reunirse personalmente en el *Situation Room*, la sala de reuniones para situaciones de crisis

ubicada en los sótanos de la Casa Blanca. Ahora, gracias a la nueva tecnología, podían conferenciar desde el lugar en que se encontraran gracias a un seguro enlace visual.

La tarde anterior, todavía 1 de agosto en Washington, los primeros informes indicaron que se habían producido algunos disparos a lo largo de la frontera septentrional de Kuwait. No era nada inesperado. Desde hacía varios días los pases de los grandes satélites KH-11 sobre el norte del Golfo habían revelado una concentración de fuerzas iraquíes, informándole a Washington más de lo que el embajador norteamericano en Kuwait sabía realmente. El problema consistía en conocer las verdaderas intenciones de Saddam Hussein: ¿amenazar o invadir?

El día anterior se habían enviado frenéticas solicitudes al cuartel general de la CIA en Langley, pero la agencia no había sido de ninguna ayuda y había rechazado los análisis de la «posible» situación basándose en las imágenes recogidas por el Departamento Nacional de Reconocimiento y el sentido común político de la división de Oriente Medio del Departamento de Estado.

—Cualquier bicho puede hacer eso —gruñó Brent Scowcroft, presidente del Consejo de Seguridad Nacional—. ¿No tenemos a nadie dentro del régimen iraquí?

Le respondieron con una apesadumbrada negativa. Durante meses, ese sería un problema recurrente.

La solución del enigma llegaría antes de las diez de la noche, cuando el presidente George Bush se retiró a su dormitorio y no recibió más llamadas de Scowcroft. Había amanecido en el Golfo y los tanques iraquíes estaban más allá de Jahra y penetraban en los barrios residenciales al noroeste de Kuwait City.

Los participantes recordarían más adelante que fue una noche de tremenda agitación. Eran ocho en el enlace visual: representantes del Consejo de Seguridad Nacional, el Tesoro Público, el Departamento de Estado, la CIA, la junta de jefes de Estado Mayor y el Departamento de Defensa. Las órdenes se sucedían velozmente y del mismo modo eran cumplidas. Una serie similar procedía de una apresurada reunión del comité COBRA (Oficina Anexa de Información del Gabinete) en Londres, donde la diferencia horaria con Washington era de cinco horas, pero solo de dos con el Golfo.

Todos los bienes financieros iraquíes situados en el extranjero fueron congelados por ambos gobiernos, como también lo fueron (con la anuencia de los embajadores kuwaitíes en ambas ciudades) todos los bienes de Kuwait, de modo que ningún gobierno títere que trabajara para Bagdad pudiera poner las manos en los fondos. Estas decisiones congelaron miles y miles de millones de petrodólares.

El presidente Bush fue despertado a las cinco menos cuarto de la mañana del 2 de agosto para que firmara los documentos. En Londres, la señora Margaret Thatcher, en pie desde hacía ya largo rato y armando gran alboroto, había hecho lo mismo antes de

abordar su avión con destino a Estados Unidos.

Otro paso esencial fue el de convocar apresuradamente al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en Nueva York para que condenara la invasión y exigiese la retirada inmediata de Irak. Esto se logró con la resolución 660, firmada a las cuatro y media de aquella misma mañana.

Poco antes de que amaneciese finalizó la conferencia por enlace visual, y los participantes tuvieron dos horas para ir a sus casas, lavarse, cambiarse, afeitarse y estar de regreso a la Casa Blanca a las ocho de la mañana a fin de asistir a la reunión plenaria del Consejo Nacional de Seguridad, presidido por Bush en persona.

Los recién llegados a la reunión eran Richard Cheney, de Defensa; Nicholas Brady, del Tesoro Público, y el fiscal general, Richard Thornburgh. Bob Kimmitt seguía representando al Departamento de Estado porque el secretario James Baker y el vicesecretario Lawrence Eagleburger estaban fuera de la ciudad.

El presidente de la junta de jefes de Estado Mayor, Colin Powell, había regresado de Florida, acompañado por el general que estaba al frente del Mando Central, un hombretón del que más adelante se hablaría mucho. Cuando los generales entraron, Norman Schwarzkopf iba al lado del general Powell.

George Bush abandonó la reunión a las nueve y cuarto de la mañana, cuando Ray y Maybelle Walker sobrevolaban aliviados los cielos de Arabia, en dirección al noroeste, hacia su hogar y la seguridad. El presidente subió a un helicóptero que aguardaba en el césped sur de la Casa Blanca y voló rumbo a la base de la Fuerza Aérea en Andrews, donde abordó el avión presidencial y partió hacia Aspen, Colorado. Allí tenía que pronunciar un discurso sobre las necesidades de la defensa estadounidense. Resultó un tema de lo más oportuno, pero la jornada sería mucho más ajetreada de lo previsto.

En pleno vuelo recibió una larga llamada del rey Hussein de Jordania, monarca del más pequeño y eclipsado de los países vecinos de Irak. El rey hachemita estaba en El Cairo, conferenciando con el presidente egipcio Hosni Mubarak.

El rey Hussein deseaba desesperadamente que Estados Unidos diera a los estados árabes unos pocos días para tratar de solucionar las cosas sin necesidad de una guerra. Hussein propuso una conferencia entre cuatro estados, con la asistencia del presidente Hosni Mubarak, Saddam Hussein y, actuando como presidente de la conferencia, el rey Fahd de Arabia Saudí. Confiaba en que esa conferencia conseguiría persuadir al dictador iraquí de que se retirara pacíficamente de Kuwait. Pero el rey Hussein necesitaba tres, quizá cuatro días y ninguna condena pública de Irak por parte de las naciones participantes en la conferencia.

El presidente Bush accedió a su petición y delegó el asunto en el monarca hachemita. El desdichado George todavía no se había reunido con la señora procedente de Londres que le estaba esperando en Aspen. Se encontraron aquella

noche.

La Dama de Hierro tuvo la impresión de que su buen amigo estaba a punto de titubear una vez más. Antes de que transcurrieran dos horas le había convencido de que era necesaria una respuesta drástica.

—No se puede permitir de ninguna manera que se salga con la suya, George.

Enfrentado a aquellos ojos azules relampagueantes y el tono afilado que parecía cortar el zumbido del acondicionador de aire, George Bush admitió que esa no era, en modo alguno, la intención de Estados Unidos. Más tarde sus íntimos tuvieron la impresión de que le preocupaba menos Saddam Hussein con su artillería y sus tanques que aquel bolso intimidante.

El 3 de agosto, las autoridades estadounidenses sostuvieron una discreta conversación con las egipcias. Recordaron al presidente Mubarak hasta qué punto sus fuerzas armadas dependían del armamento norteamericano, lo mucho que debía Egipto al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional y cuánta ayuda norteamericana recibía. El 4 de agosto, el gobierno egipcio hizo una declaración pública en la que condenaba tajantemente la invasión de Saddam Hussein.

El rey de Jordania se sintió consternado, pero no sorprendido, cuando el déspota iraquí se negó en redondo a asistir a la conferencia de Jeddah y sentarse al lado de Hosni Mubarak bajo la presidencia del rey Fahd.

Para el monarca de Arabia Saudí se trataba de un desaire brutal perpetrado contra una cultura que se precia de una cortesía exquisita. El rey Fahd, que tras su apariencia de hombre indulgente ocultaba una astuta mentalidad política, no estaba complacido.

Ese fue uno de los factores que dieron al traste con la conferencia de Jeddah. El otro fue el hecho de que habían mostrado al monarca saudí fotografías tomadas desde el espacio que revelaban que el ejército iraquí, lejos de detenerse en su avance, seguía en orden de batalla completo y avanzando hacia el sur, en dirección a la frontera saudí en el límite meridional de Kuwait.

¿Se atreverían realmente a seguir desplegándose e invadir Arabia Saudí? La aritmética así lo hacía temer. Arabia Saudí tiene las mayores reservas petrolíferas del mundo. En segundo lugar está Kuwait, con unas reservas para más de cien años en los niveles actuales de producción. El tercer país es Irak. Al invadir Kuwait, Saddam Hussein había invertido el equilibrio. Además, el noventa por ciento de los pozos de petróleo y las reservas saudíes están localizados en el ángulo nordeste del reino, alrededor de Dharan, Al-Khobar, Dammam y Jubail, tierra adentro desde esos puertos. El triángulo se encontraba directamente en el camino de las divisiones de guardias republicanos que avanzaban, y las fotografías demostraban que seguían entrando más divisiones en Kuwait.

Afortunadamente, el rey Fahd nunca descubrió que las fotos habían sido manipuladas. Las divisiones cercanas a la frontera se estaban atrincherando, pero los

bulldozers habían sido borrados para dar la impresión de que en realidad las tropas avanzaban.

El 6 de agosto, el reino de Arabia Saudí pidió formalmente a las fuerzas armadas de Estados Unidos que entraran en el país para defenderlo.

Las primeras escuadrillas de cazabombarderos salieron hacia Oriente Medio el mismo día. Había comenzado la operación Escudo del Desierto.

El brigadier Hassan Rahmani saltó de su coche oficial y subió corriendo las escaleras del hotel Hilton, que había sido requisado rápidamente para utilizarlo como cuartel general de las fuerzas de seguridad iraquíes en el Kuwait ocupado. Al cruzar las puertas de vidrio y entrar en el vestíbulo, aquella mañana del 4 de agosto, pensó en lo divertido que era que el Hilton estuviese al lado mismo de la embajada estadounidense, ambos sobre la playa con encantadoras vistas de las brillantes aguas azules del Golfo.

Ese panorama era todo lo que el personal de la embajada obtendría durante cierto tiempo. Por sugerencia del brigadier, el edificio había sido rodeado inmediatamente por guardias republicanos y esas fuertes medidas de seguridad seguirían en vigor. No podía impedir que los diplomáticos extranjeros transmitieran mensajes a sus gobiernos desde el interior de su territorio soberano, y sabía que no tenía a su alcance los superordenadores necesarios para descifrar los complicados códigos que utilizarían británicos y estadounidenses. Pero, como jefe del servicio de contraespionaje de la Mukhabarat, podía asegurarse de que dispusieran de muy poca información de interés que enviar a sus países, limitando sus observaciones a lo que veían desde las ventanas de las embajadas.

Por supuesto, existía la posibilidad de que obtuvieran información por vía telefónica, proporcionada por compatriotas que todavía andaban a sus anchas por Kuwait. Otra prioridad máxima era asegurar que todas las líneas telefónicas con el exterior fuesen cortadas o interceptadas. Esto último sería lo mejor, pero la mayoría de sus mejores hombres estaban muy ocupados realizando esa misma tarea en Bagdad.

Entró en la suite que había sido destinada al equipo de contraespionaje, se quitó su chaqueta militar, la arrojó al sudoroso ayudante que había traído sus dos maletas repletas de documentos y se acercó a la ventana para mirar la piscina del Hilton Marina. Pensó que no estaría mal darse un chapuzón más tarde, pero entonces vio que dos soldados estaban llenando sus cantimploras con el agua de la piscina y que otros dos orinaban en ella. Suspiró.

Rahmani era un hombre de treinta y siete años, apuesto, pulcro, bien afeitado, y su rostro no lucía el consabido bigote a lo Saddam Hussein. Sabía que había llegado adonde estaba porque era un buen profesional y no debido a alguna influencia

política, por pequeña que fuese. Era un tecnócrata en un mundo de cretinos ascendidos políticamente.

Sus amigos extranjeros solían preguntarle por qué servía a semejante régimen. Normalmente lo hacían después de que él los emborrachara en el bar del hotel Rashid o un lugar más privado. Sus superiores le permitían que se mezclara con los extranjeros porque eso formaba parte de su trabajo, pero él siempre permanecía totalmente sobrio. No tenía ninguna objeción contra el alcohol por motivos religiosos, y pedía un gin tonic, pero el barman sabía que solo debía servirle tónica.

Así pues, cuando le hacían esa pregunta se limitaba a sonreír y responder que era iraquí y estaba orgulloso de serlo. ¿A qué gobierno pretendían que sirviese?

En su fuero interno sabía perfectamente por qué colaboraba con un régimen del que despreciaba a la mayoría de sus lumbreras. Si era capaz de sentir alguna emoción, cosa que a menudo negaba, se trataba de un verdadero afecto por su país y su pueblo, la gente común y corriente a la que el partido Baas había dejado de representar hacía mucho tiempo.

Pero la razón principal era su deseo de prosperar en la vida. Para un iraquí de su generación las opciones eran escasas. Podía oponerse al régimen y abandonarlo, sobrevivir en el extranjero esquivando a los pistoleros de su país y manteniéndose precariamente con traducciones del árabe al inglés y viceversa, o quedarse en Irak.

Si se quedaba, tenía tres opciones: oponerse al régimen de nuevo y acabar en una de las cámaras de tortura de aquel animal, Omar Khatib, un ser con el que compartía un mutuo sentimiento de odio personal; intentar sobrevivir como hombre de negocios independiente en una economía sistemáticamente arruinada, o seguir sonriendo a los idiotas y ascender dentro de sus filas gracias a su habilidad y talento.

En esto último no veía nada de malo. Era como un jugador de ajedrez, al igual que Reinhard Gehlen, que sirvió primero a Hitler, luego a los estadounidenses y finalmente a los alemanes occidentales, o que Marcus Wolf, quien trabajó para los comunistas de la Alemania Oriental sin creer una sola palabra de lo que decían. Vivía para el juego y le atraían los intrincados movimientos del espionaje y el contraespionaje. Irak era su tablero de ajedrez. Sabía que otros profesionales de todo el mundo lo comprenderían perfectamente.

Hassan Rahmani se apartó de la ventana, se sentó en el sillón detrás de la mesa y empezó a tomar notas. La tarea sería ingente si, como cabía suponer, Kuwait se convertía algún día en la decimonovena colonia de Irak.

Su primer problema residía en que ignoraba el tiempo que Saddam Hussein pretendía quedarse en Kuwait. Dudaba de que el propio presidente lo supiera. Si Irak iba a retirarse, no tenía ningún sentido organizar una formidable operación de contraespionaje, cerrando herméticamente, hasta donde le fuera posible, todas las filtraciones y grietas peligrosas para la seguridad.

En su fuero interno, creía que Saddam podría salirse con la suya, pero sería necesario hacer fintas inteligentes, llevar a cabo los movimientos acertados, decir las cosas apropiadas. La primera estratagema debía consistir en asistir al día siguiente a la conferencia de Jeddah, halagar todo lo necesario al rey Fahd, y afirmar que Irak no deseaba más que un tratado justo sobre el petróleo, el acceso al Golfo y el préstamo pendiente de pago, luego de lo cual regresaría a Bagdad. De esa manera, dejando todo el asunto en manos árabes y manteniendo a toda costa a estadounidenses y británicos al margen, Saddam podría confiar en la tendencia árabe a seguir hablando hasta que el infierno se congele.

En cuanto a Occidente, que no podía mantener su atención concentrada en un punto más de unas pocas semanas, se hartaría y dejaría el asunto en manos de los cuatro dirigentes árabes, dos reyes y dos presidentes, y mientras el petróleo siguiera fluyendo para crear la niebla contaminante que les estaba ahogando, los anglosajones se darían por satisfechos. A menos que Kuwait recibiera un trato brutal, los medios de comunicación dejarían de lado el tema. El régimen de Al Sabah, exiliado en algún lugar de Arabia Saudí, sería olvidado, los kuwaitíes seguirían viviendo bajo un nuevo gobierno y la conferencia para tratar de la retirada de Kuwait podría alargarse durante una década, hasta que la invasión hubiese dejado de importar.

Podía hacerse, pero necesitaría el toque apropiado, el toque de Hitler... «Tan solo pretendo una satisfacción pacífica de mis justas exigencias, esta es, absolutamente, mi última ambición territorial.» El rey Fahd se lo tragaría. Al fin y al cabo, nadie sentía el menor afecto hacia los kuwaitíes, y no digamos los indolentes cortesanos de Al Sabah. El rey Fahd y el rey Hussein los abandonarían, de la misma manera que Chamberlain había abandonado a los checos en 1938.

El verdadero problema consistía en que Saddam era listo cómo el diablo, pues de lo contrario ya no estaría vivo; pero desde los puntos de vista estratégico y diplomático se trataba de un bufón. Rahmani razonó que de alguna manera el rais se equivocaría; retirarse o seguir avanzando hasta apoderarse de los pozos de petróleo saudíes y presentar a Occidente un hecho consumado no serviría más que para destruir el petróleo y la prosperidad derivada de este durante una generación.

Occidente significaba Estados Unidos, con los británicos a su lado, y todos ellos eran anglosajones, a los que él conocía bien. Cinco años en la Escuela Preparatoria Adisiya del Hartley no solo habían hecho que hablase un inglés perfecto, sino que le permitían comprender a los británicos y precaverse contra ese hábito tan anglosajón de darte un puñetazo en la mandíbula sin advertencia previa.

Se frotó el mentón, donde en el pasado recibiera uno de tales golpes, y se echó a reír. Su ayudante, al otro lado de la habitación, se sobresaltó. Aquel condenado Mike Martin... ¿Dónde estaría ahora?

Hassan Rahmani, inteligente, culto, cosmopolita, educado y refinado, un vástago

de la clase alta que servía a un régimen de matones, se aplicó a su tarea. Una tarea descomunal. Del millón ochocientas mil personas que componían la población de Kuwait aquel mes de agosto, solo seiscientas mil eran kuwaitíes. A ellos había que sumar otros tantos palestinos, parte de los cuales se mantendrían leales a Kuwait, mientras que otros se pondrían del lado de Irak porque la OLP lo había hecho, en tanto que la mayoría adoptaría una actitud discreta y procuraría sobrevivir. Había trescientos mil egipcios; entre ellos, algunos sin duda trabajarían para El Cairo, lo que en las presentes circunstancias equivalía a hacerlo para Washington o Londres. El resto de la población foránea estaba compuesto por doscientos cincuenta mil indios, bangladeshes y filipinos, en su mayoría obreros o personal doméstico... Como iraquí, Rashmani creía que los kuwaitíes eran incapaces de rascarse una picadura de pulga en el trasero sin llamar a un criado extranjero para que lo hiciera.

Finalmente había cincuenta mil ciudadanos del Primer Mundo: británicos, norteamericanos, franceses, alemanes, españoles, suecos, daneses y de otras nacionalidades. Y el cometido de Rashmani consistía en eliminar el espionaje extranjero... Suspiró pensando en los días en que los mensajes significaban mensajeros o teléfonos. Como jefe del servicio de contraespionaje podía cerrar herméticamente las fronteras y cortar las líneas telefónicas. Ahora cualquier idiota con un satélite a su disposición estaba en condiciones de marcar unos números en un teléfono celular o activar el modem conectado al ordenador y hablar con California. Era difícil interceptar o localizar la fuente, excepto con el mejor equipo, que no estaba a su alcance.

No tenía ningún sentido intentar lo imposible, aunque se vería obligado a fingir que lo había hecho, y con éxito. El objetivo principal sería la prevención del sabotaje activo, los atentados mortales contra iraquíes y la destrucción de su equipo; en suma, evitar la formación de un auténtico movimiento de resistencia. También debería evitar que esta resistencia recibiera ayuda desde el exterior, ya fuera en forma de personal, conocimientos técnicos o equipo.

En el desempeño de su cometido tendría que habérselas con sus rivales de la AMAN, la policía secreta, que estaban instalados dos pisos más abajo del suyo. Aquella mañana se había enterado de que Khatib había nombrado al matón Sabaawi, un palurdo tan brutal como Khatib, al frente de la AMAN en Kuwait. Si los resistentes kuwaitíes caían en sus manos, aprenderían a gritar con tanta fuerza como los disidentes en Irak. Así pues, él, Rahmani, se limitaría a ocuparse de los extranjeros. Cumpliría estrictamente sus órdenes.

Aquella mañana, poco antes del mediodía, el doctor Terry Martin dio fin a su clase en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos, una facultad de la Universidad de Londres, frente a la calle Gowen, y se retiró a la sala de profesores. Nada más entrar

se encontró con Mabel, la secretaria que compartía con otros dos profesores de estudios árabes.

—Ah, doctor Martin, hay un mensaje para usted. —Apoyó su maletín en una rodilla cubierta por la falda de tweed, rebuscó en su interior y sacó una hoja de papel —. Le ha llamado este caballero. Ha dicho que tenga la amabilidad de comunicarse con él y que es muy urgente.

El profesor dejó las notas de que se servía para sus lecciones sobre el califato abásida y utilizó un teléfono de pago que colgaba de la pared. Le respondieron al segundo timbrado. Una clara voz femenina se limitó a repetir el número del teléfono. No dijo el nombre de ninguna empresa, solo el número.

—¿Está el señor Stephen Laing? —preguntó Martin.

—¿Puedo preguntarle quién es usted?

—Eeh... el doctor Martin. Terry Martin. Él me ha llamado.

—Ah, sí, doctor Martin. Aguarde un momento, por favor.

Martin frunció el entrecejo. La mujer estaba enterada de la llamada y conocía su nombre. En cuanto a él, no tenía la menor idea de quién podía ser aquel Stephen Laing. Un hombre se puso al aparato.

—Aquí Stephen Laing. Oiga, es estupendo que haya respondido a mi llamada con tanta rapidez. Sé que esto es extremadamente precipitado, pero usted y yo coincidimos hace algún tiempo en el Instituto de Estudios Estratégicos. En esa ocasión nos leyó usted un brillante informe sobre la maquinaria iraquí para la obtención de armamento. Dígame, ¿tiene algún plan para almorzar?

Quienquiera que fuese aquel Laing, había adoptado esa manera de manifestar el propio carácter, a la vez tímido y persuasivo, a la que resulta tan difícil responder con una negativa.

—¿Hoy? ¿Ahora?

—A menos que tenga usted algún compromiso. ¿Qué pensaba hacer?

—Iba a tomar unos bocadillos en la cantina —respondió Martin.

—¿Me permite que le invite a un buen lenguado a la *meunière* en Scott's? Ya lo conoce. Está en la calle Mount.

Martin lo conocía. Era uno de los mejores y más caros restaurantes londinenses especializados en pescado, y estaba a veinte minutos en taxi de donde él se hallaba. Eran las doce y media... le encantaba el pescado... y Scott's no estaba al alcance de su salario académico. ¿Sabría Laing por casualidad esas cosas?

—Dígame, ¿pertenece usted al ISS? —le preguntó.

—Se lo explicaré mientras almorzamos, doctor. Digamos a la una. Le estaré esperando. —La comunicación se interrumpió.

Cuando Martin entró en el restaurante el *maître* se adelantó para saludarle personalmente.

—¿Doctor Martin? El señor Laing lo espera en su mesa. Sígame, por favor.

La mesa estaba situada en un rincón muy discreto, de modo que permitía hablar sin temor a que nadie se enterase de nada. Laing se levantó para saludarle, y Martin tuvo entonces la seguridad de que jamás le había visto antes. Era un hombre delgado, huesudo, de cabello ralo y gris, y vestía un traje oscuro y una sobria corbata. Ofreció una silla a su invitado y, enarcando una ceja, señaló una botella de Meursault frío dentro de un cubo de hielo. Martin asintió.

—Usted no pertenece al Instituto, ¿no es cierto, señor Laing?

Laing no se mostró en absoluto desconcertado. Observó cómo vertía el camarero el vino fresco y, tras darles una carta a cada uno, se marchaba. Alzó su copa para brindar.

—En realidad trabajo para Century House. ¿Le incomoda, quizá?

El servicio secreto de Inteligencia británico tiene su sede en Century House, un edificio bastante destartalado al sur del Támesis, entre el Elephant and Castle y Old Kent Road. No es un edificio nuevo y, desde luego, no parece a la altura de la actividad que se desarrolla en él. Su interior es tan laberíntico que los visitantes no necesitan pases de seguridad, pues al cabo de unos segundos se pierden y acaban pidiendo a gritos misericordia.

—No, en absoluto. Solo me interesa —replicó Martin.

—La verdad es que somos nosotros los interesados. Soy un gran admirador de usted. Procuero mantenerme al día, pero no dispongo de tanta información.

—Me resulta difícil creer eso —dijo Martin, aunque se sentía halagado. A un académico le satisface que alguien le exprese su admiración.

—Es del todo cierto —insistió Laing—. ¿Lenguado para dos? Excelente. Creo que he leído todos los informes que ha escrito para el Instituto, los Servicios Unidos y Chatham. Aparte, claro está, de esos dos artículos publicados en *Survival*.

Durante los últimos cinco años, y a pesar de su juventud pues solo tenía treinta y cinco, el doctor Martin había estado cada vez más solicitado para presentar informes eruditos en organismos como el Instituto de Estudios Estratégicos, el Instituto de Servicios Unidos y ese otro centro dedicado al estudio intensivo de los asuntos exteriores, Chatham House. *Survival* es la revista del ISS, y veinticinco ejemplares de cada número son enviados automáticamente al Ministerio de Asuntos Exteriores británico, ubicado en la calle King Charles. Cinco de esos ejemplares son filtrados a Century House.

El interés de Terry Martin por esas instituciones no tenía nada que ver con el hecho de que fuese una autoridad reconocida en historia de la Mesopotamia medieval, sino que se debía a su segunda afición. Era, en efecto, un interés puramente personal el que años atrás le había hecho dedicarse al estudio de las fuerzas armadas en Oriente Medio, asistir a exhibiciones de defensa, cultivar amistades entre

fabricantes y sus clientes árabes, con quienes había establecido muchos contactos debido a su dominio de la lengua árabe. Al cabo de diez años era una enciclopedia ambulante en el tema de su afición, y los profesionales de alta categoría lo escuchaban con el mismo respeto con que consideran al novelista estadounidense Tom Clancy un experto mundial en equipos de defensa de la OTAN y del antiguo Pacto de Varsovia.

Llegaron los dos lenguados a la *meunière* y los dos hombres comenzaron a dar cuenta de ellos visiblemente complacidos.

Un par de meses antes, Laing, por entonces director de operaciones de la división para Oriente Medio en Century House, pidió un informe detallado de Terry Martin al personal de investigación, y cuando se lo facilitaron quedó impresionado por lo que leyó.

Nacido en Bagdad, criado en Irak y luego escolarizado en Inglaterra, Martin salió de Hailybury con tres Niveles Avanzados, todos ellos con mención honorífica, en lengua inglesa, lengua francesa e historia. En Hailybury fue considerado un alumno brillantísimo y merecedor de una beca para estudiar en Oxford o Cambridge.

Pero el muchacho, que ya hablaba el árabe con fluidez, quería proseguir los estudios árabes, por lo que solicitó plaza como graduado en la SOAS de Londres, y se presentó a la entrevista de candidatos efectuada en la primavera de 1973. Fue aceptado de inmediato e ingresó en la escuela en el otoño de aquel mismo año para estudiar historia de Oriente Medio.

En tres años obtuvo un diploma de primera clase y luego dedicó otros tres años a preparar el doctorado. Se especializó en el Irak de los siglos VIII al XV, con especial referencia al califato abásida desde el 750 al 1258. Obtuvo el doctorado en 1979 y luego se tomó un año sabático. En 1980 se encontraba en Irak cuando este país invadió Irán desencadenando la guerra de ocho años; esta experiencia despertó su interés por las fuerzas militares en Oriente Medio.

A su regreso, y con solo veintiséis años de edad, le ofrecieron un puesto de profesor adjunto, todo un honor en la SOAS, que es una de las mejores y, por lo tanto, más exigentes escuelas de estudios árabes del mundo. Como reconocimiento a la excelencia de sus investigaciones fue promovido a profesor titular, cargo que ocupó cuando contaba treinta y cuatro años de edad. Era evidente que hacia los cuarenta sería catedrático de historia de Oriente Medio.

Tal era el currículum que había leído Laing. Lo que más le interesaba era el segundo aspecto, es decir, los conocimientos que poseía sobre los arsenales de Oriente Medio. Durante años había sido un tema periférico, empequeñecido por la guerra fría, pero ahora...

—Se trata de ese asunto de Kuwait —dijo Laing por fin.

Retiradas las sobras del pescado, ambos hombres habían rechazado el postre. El

Meursault era un vino que entraba muy bien y Laing se había encargado de que Martin bebiera la mayor parte de la botella. De pronto aparecieron, como salidas de la nada, dos copas de oporto añejo.

—Como puede usted imaginar, en los últimos días se ha dicho una infinidad de tonterías.

Laing acababa de exponer la realidad con demasiada modestia. Lo cierto era que la Dama había regresado de Colorado en un estado de ánimo que los mandarines denominaban «de Boadicea», en alusión a aquella antigua reina británica que cortaba las piernas de los romanos por las rodillas con las espadas que sobresalían de las ruedas de su carro si aquellos se interponían en su camino. Se decía que el ministro de Asuntos Exteriores, Douglas Hurd, estaba pensando en ponerse un yelmo de acero, y las peticiones de iluminación instantánea habían llovido sobre los agentes secretos de Century House.

—La cuestión es que nos gustaría introducir a alguien en Kuwait para descubrir exactamente qué está ocurriendo.

—¿Bajo la ocupación iraquí? —preguntó Martin.

—Me temo que sí, puesto que los iraquíes parecen dominar la situación.

—¿Por qué han pensado en mí?

—Permítame que le sea franco —dijo Laing, que pretendía ser cualquier cosa menos eso—. Tenemos verdadera necesidad de saber lo que ocurre dentro. Cuántos efectivos constituyen el ejército de ocupación iraquí, su nivel de pericia, su equipamiento. Pero también cómo están reaccionando nuestros propios compatriotas, si corren peligro, si es posible, siendo absolutamente realistas, evacuarlos de allí con seguridad. Necesitamos un hombre que sea un experto y esté sobre el terreno. Esta información es vital. Bueno... alguien que hable árabe como un árabe, un kuwaití o un iraquí. Usted se ha pasado la vida entre gente que habla árabe, al menos mucho más que yo...

—Pero es indudable que aquí, en Inglaterra, hay centenares de kuwaitíes que podrían regresar directamente —sugirió Martin.

Laing succionó despacio un trocito de lenguado que se le había quedado atascado entre dos dientes.

—La verdad es que preferiría que se tratase de un compatriota nuestro —murmuró.

—¿Un británico? ¿Que se pueda hacer pasar por árabe en medio de ellos?

—Eso es lo que necesitamos. Por desgracia, dudamos de que exista alguno.

Debió de ser el vino, o el oporto. Terry Martin no tenía por costumbre beber Meursault y oporto en las comidas. Más tarde habría estado dispuesto a cortarse la lengua con los dientes si así hubiera conseguido que el reloj retrocediera unos segundos. Pero lo dijo, y luego fue demasiado tarde.

—Conozco a alguien... mi hermano Mike. Es comandante del SAS y puede pasar por árabe.

Laing ocultó su excitación mientras apartaba el mondadientes y el ofensivo pedacito de lenguado.

—¿Podrá hacerlo? —preguntó casi en un murmullo.

Steve Laing regresó a Century House en taxi. Se sentía eufórico, pero también un tanto sorprendido. Había organizado el almuerzo con el académico arabista con la esperanza de reclutarle para otra tarea, que aún estaba pendiente, y solo había mencionado el tema de Kuwait como una argucia para conversar.

Años de práctica le habían enseñado que lo mejor era comenzar con una pregunta o una petición que el entrevistado no estaba en condiciones de responder o satisfacer, y entonces pasar al verdadero asunto a tratar. Según esta teoría, el experto, ante el reto que suponía la primera solicitud, y estimulado por su amor propio, estaría más dispuesto a aceptar la segunda.

Resultó que la sorprendente revelación del doctor Martin respondía a un interrogante que ya había sido planteado durante una conferencia de alto nivel en Century House el día anterior. En su momento había sido considerado, en general, como un deseo sin esperanza de realización. Pero si el joven doctor Martin estaba en lo cierto... Un hermano que hablaba árabe incluso mejor que él, que pertenecía al Regimiento del Servicio Aéreo Especial y, en consecuencia, estaba acostumbrado a vivir en la clandestinidad... Era interesante, muy interesante.

Al llegar a Century House, Laing se dirigió enseguida a su superior inmediato, el controlador de Oriente Medio. Tras conversar durante una hora, ambos subieron al piso de arriba para entrevistarse con uno de los dos subdirectores.

El Servicio Secreto de Inteligencia, o SIS, conocido también popular pero erróneamente como MI-6, sigue siendo, incluso en una época de gobiernos «abiertos», una organización en la sombra que protege su secretismo. Solo en años recientes un gobierno británico ha admitido formalmente su existencia. Y fue en fecha tan tardía como 1991 cuando el mismo gobierno nombró públicamente a su director, una medida que la mayoría del personal consideró estúpida y corta de miras, pues no serviría más que para obligar al infortunado caballero a la desagradable novedad de necesitar guardaespaldas, pagados por el erario público. Tales son las frivolidades de la corrección política.

La relación del personal del SIS no se encuentra en ningún manual, pero aparecen, aunque no siempre, como funcionarios públicos en las listas de una variedad de ministerios, principalmente el de Asuntos Exteriores, bajo cuyos auspicios actúa el Servicio. Su presupuesto no aparece en ninguna cuenta, pues se camufla en los presupuestos de una docena de ministerios.

Incluso durante años se supuso que su destartalada sede era un secreto de Estado, hasta que resultó evidente que cualquier taxista londinense, si un pasajero le pedía que lo llevase a Century House, replicaba: «Ah, se refiere a la casa de los agentes

secretos, ¿verdad, jefe?» A estas alturas se admitía que si los taxistas de Londres sabían dónde estaba, el KGB también podría haberlo averiguado.

Aunque mucho menos famosa que la CIA, infinitamente más pequeña y con unos fondos reducidos hasta el extremo de que algunos los considerarían producto de la cicatería, la «Firma» se había ganado una sólida reputación entre amigos y enemigos por la calidad de su «producto» (datos vitales recogidos en secreto). Entre los principales servicios de Inteligencia del mundo, solo el Mossad israelí es más pequeño e incluso más intangible.

El hombre que dirige el SIS es conocido oficialmente como «el jefe», y jamás, a pesar de los interminables errores cometidos por la prensa, como el director general. Es la organización hermana MI-5, o Servicio de Seguridad, responsable de la contrainteligencia en las fronteras del Reino Unido, la que tiene un Director General.

Dentro de la casa, al jefe se le conoce como «C». Aunque parezca la inicial de la palabra *chief* (jefe), no lo es. El primer jefe fue el almirante sir Mansfield Cummings, y la «C» procede del apellido de ese caballero fallecido hace largo tiempo.

Del jefe dependen dos subjefes y de estos cinco jefes auxiliares. Estos hombres dirigen los cinco departamentos principales: Operaciones (recoge la información secreta); Inteligencia (la analiza con la esperanza de obtener una visión de conjunto significativa); Técnico (responsable de los informes falsos, cámaras en miniatura, escritura secreta, comunicaciones ultracompactas y todos los demás adminículos metálicos necesarios para hacer algo ilegal y salir bien librado en un mundo hostil); Administrativo (se ocupa de salarios, pensiones, listas de personal, contabilidad presupuestaria, asuntos legales, registro central, etcétera) y, por último, Contrainteligencia (intenta mantener el Servicio libre de penetración hostil mediante revisiones y comprobaciones).

Del departamento de Operaciones dependen los controladores, que trabajan con las diversas divisiones del globo: Hemisferio Occidental, Bloque Soviético, África, Europa, Oriente Medio y Australasia, con una oficina adicional de Enlace, que se encarga de la espinosa tarea de intentar cooperar con las agencias «amigas».

A decir verdad, las cosas no son tan nítidas (nada británico lo es), pero, aunque a duras penas, esos profesionales secretos parecen salir del paso.

Aquel mes de agosto de 1990 el foco de atención era Oriente Medio y, en especial, la «mesa de Irak», sobre la que todo el mundo político y burocrático de Westminster y Whitehall parecía haberse abatido como un ruidoso y molesto club de admiradores.

El subjefe escuchó atentamente lo que el controlador de Oriente Medio y el director de operaciones en aquella región tenían que decirle, y asintió en diversas ocasiones. Pensaba que era, o podría ser, una opción interesante.

No es que no se recibiera información procedente de Kuwait. En las primeras

cuarenta y ocho horas, antes de que los iraquíes clausurasen las líneas telefónicas internacionales, cada empresa británica con oficina en Kuwait había telefoneado, enviado un télex o un fax a su representante en la zona. La embajada de Kuwait había fastidiado concienzudamente al Ministerio de Asuntos Exteriores británico con los primeros relatos de horror y sus exigencias de una liberación inmediata.

El problema residía en que prácticamente ninguna de las informaciones era de la clase que el jefe pudiera presentar al consejo de ministros como absolutamente digna de confianza. En los días que siguieron a la invasión, Kuwait era un gigantesco «revoltijo de mierda», como dijera mordazmente el ministro de Asuntos Exteriores seis horas antes.

Incluso el personal de la embajada británica estaba ahora recluido en su sede, a orillas del Golfo, casi a la sombra de las puntiagudas Torres de Kuwait, tratando de establecer contacto telefónico con los ciudadanos británicos que constaban en una lista, muy incompleta, para ver si estaban bien. Lo más creíble de cuanto decían aquellos asustados ingenieros y hombres de negocios era que de vez en cuando oían fuego de artillería... «Decidme algo que yo no sepa», replicó el encargado de la zona en Century House ante tales perlas de inteligencia.

Ahora bien, un hombre sobre el terreno y una penetración profunda lograda gracias a su adiestramiento, un hombre de operaciones encubiertas que pudiera hacerse pasar por árabe... eso sí resultaba sumamente interesante. Aparte de algunas informaciones de contrastada solvencia sobre qué demonios estaba pasando allí, existía la posibilidad de demostrar a los políticos que realmente se estaba haciendo algo y conseguir que allá en la CIA William Webster se atragantara con los caramelos de menta que solía chupar después de la cena.

El subjefe no se hacía ilusiones acerca de la estima casi coquetona, y correspondida, de Margaret Thatcher por el SAS desde aquella tarde de mayo de 1980, cuando hicieron volar a unos terroristas en la embajada iraní en Londres y se pasó la noche con el equipo en su cuartel general de Albany Road bebiendo whisky y escuchando el relato de sus intrépidas aventuras.

—Creo que será mejor que tenga una charla con el DSF.

Oficialmente, el regimiento del Servicio Aéreo Especial no tiene nada que ver con el SIS. Las cadenas de mando son del todo diferentes. El 22 SAS en servicio activo, en contraste con el 23 SAS que actúa solo esporádicamente, tiene su base en un edificio llamado Stirling Lines, en las afueras de la ciudad condal de Hereford, al oeste de Inglaterra. Su comandante jefe depende del director de las Fuerzas Especiales, cuya sede se encuentra en un amplio conjunto de edificios situado al oeste de Londres. Las oficinas están en el piso superior de una casa con columnas que en otro tiempo fue elegante, rodeada, al parecer a perpetuidad, por una cubierta de andamios y parte de una conejera de pequeñas habitaciones cuya carencia de

esplendor contradice la importancia de las operaciones que allí se planean.

El DSF depende del director de Operaciones Militares, que es un general, quien a su vez está a las órdenes del jefe de estado mayor (un general de más alta graduación), y el estado mayor depende del Ministerio de Defensa.

Pero el adjetivo «especial» en el título del SAS obedece a un motivo. Desde 1941, cuando fue fundado por David Stirling en el desierto occidental de Libia, el SAS ha operado de una manera encubierta. Sus tareas siempre han incluido la penetración profunda, con el objetivo de permanecer escondidos y observar los movimientos del enemigo; la penetración profunda con fines de sabotaje, asesinato y violencia general; eliminación de terroristas; liberación de rehenes; protección estricta —un eufemismo para designar el trabajo de los guardaespaldas de grandes personalidades— y, finalmente, misiones de adiestramiento en el extranjero.

Como miembros de cualquier unidad de élite, los oficiales y demás miembros del SAS tienden a vivir discretamente dentro de su propio círculo, no pueden hablar de su trabajo fuera del mismo, se niegan a ser fotografiados y pocas veces salen de las sombras.

Así pues, debido a que el estilo de vida de los miembros de ambas organizaciones secretas tenía mucho en común, el SIS y el SAS se conocían mutuamente por lo menos de vista, y en el pasado habían cooperado con frecuencia, ya fuese en operaciones conjuntas o bien con el «préstamo», por parte del personal de Inteligencia, de un soldado especialista del regimiento para una tarea determinada. En algo de esta índole pensaba el subjefe del SIS (que había obtenido de sir Colin el visto bueno para su visita) cuando aceptó el vaso de whisky de malta que le ofrecía el brigadier J. P. Lovat en el disimulado cuartel general londinense aquella tarde, hacia la puesta del sol.

El inconsciente objeto de tales conversaciones y reflexiones privadas en Londres y Kuwait estaba en aquellos momentos inclinado sobre un mapa en otro acuartelamiento, a muchos kilómetros de distancia. Durante los ocho últimos meses él y su equipo de doce instructores habían vivido en una sección del cuartel asignada a la guardia personal del jeque Zayed bin Sultan, de Abu Dhabi.

Se trataba de una misión que el regimiento había hecho infinidad de veces. A lo largo de la costa occidental del Golfo, desde el sultanato de Omán al sur hasta Bahrein al norte, se extiende una cadena de sultanatos, emiratos y dominios de jeques donde durante siglos los británicos se han ocupado en fruslerías. Los estados de la Tregua, que ahora son los Emiratos Árabes Unidos, recibieron ese nombre porque Gran Bretaña firmó cierta vez una tregua con sus dirigentes para protegerlos con la Armada Real contra los piratas merodeadores a cambio de privilegios comerciales. La relación prosigue y muchos de esos dirigentes tienen espléndidas unidades de guardia adiestradas por equipos visitantes de instructores del SAS en las tácticas más

sutiles de la protección estricta. Los emiratos pagan una tarifa, por supuesto, pero lo hacen al Ministerio de Defensa en Londres.

El comandante Mike Martin tenía un gran mapa del Golfo y la mayor parte de Oriente Medio extendido sobre la mesa del comedor y lo estaba estudiando, rodeado por varios de sus hombres. A sus treinta y siete años, no era el mayor de los que asistían a aquella reunión. Dos de sus sargentos eran cuarentones, soldados endurecidos, delgados y membrudos y en tan buena forma física que un hombre veinte años más joven cometería una gran estupidez si se le ocurría enfrentarse a alguno de ellos.

—¿Hay aquí algo para nosotros, jefe? —preguntó uno de los sargentos.

Como en todas las unidades pequeñas y compactas, en el regimiento se usan ampliamente los nombres de pila, pero los oficiales suelen ser tratados de «jefe» por sus subordinados.

—No lo sé —respondió Martin—. Saddam Hussein se ha metido en Kuwait, y la cuestión es saber si saldrá por su propia voluntad. Si no lo hace, ¿autorizarán las Naciones Unidas que una fuerza vaya a la zona y le desaloje? En caso afirmativo, creo que nosotros tendríamos algo que hacer allí.

—Estupendo —dijo el sargento con satisfacción, y los otros seis hombres que se encontraban alrededor de la mesa hicieron gestos de asentimiento. A su modo de ver, había pasado demasiado tiempo desde la última vez que participaron en un verdadero combate, de esos que provocan una gran secreción de adrenalina.

En el regimiento se practican cuatro disciplinas básicas, y todo recluta debe dominar al menos una de ellas. Se trata de los expertos en caída libre, especializados en saltos con paracaídas desde gran altura; los montañeros, cuyo terreno preferido son las superficies rocosas y los altos picos; los tripulantes de vehículos de exploración blindados, que conducen y operan sobre terreno abierto con los Land Rover desguarnecidos de chasis largo y con fuerte blindaje, y, finalmente, los anfibios, hábiles en el manejo de canoas, balsas hinchables preparadas para navegar sin emitir ningún ruido y en actividades subacuáticas.

En su equipo de doce hombres, Martin contaba con cuatro expertos en caída libre, incluido él mismo, cuatro conductores de blindados de exploración, que enseñaban a los alumnos de Abu Dhabi los principios del ataque y el contraataque rápido en terreno desértico, y, puesto que Abu Dhabi se encuentra a orillas del Golfo, cuatro instructores en actividades subacuáticas.

Además de su propia especialidad, los hombres del SAS deben poseer un conocimiento suficiente de las demás disciplinas, de manera que a menudo intercambian sus tareas. También tienen que dominar más cosas; como equipos de radiofonía, primeros auxilios e idiomas.

La unidad de combate básica está formada solo por cuatro hombres. Si alguno de

ellos queda fuera de combate, sus tareas deben ser compartidas rápidamente por los tres supervivientes, tanto si están operando la radio como si han de formar una unidad médica.

Esos hombres se enorgullecen de tener un nivel educativo muy por encima del de cualquier otra unidad del Ejército, y como viajan mucho tienen que conocer una variedad de idiomas. Cada soldado ha de aprender uno, aparte del inglés. Durante años el ruso fue el favorito, pero desde el fin de la guerra fría está pasando de moda. El malayo es muy útil en el Lejano Oriente, donde el regimiento luchó durante años en Borneo. El español está en alza desde las operaciones encubiertas en Colombia contra los cárteles de la cocaína de Medellín y Cali. El francés se aprende... por si acaso.

Y como el regimiento ha ayudado durante años al sultán Qaboos, de Omán, en su guerra con los infiltrados comunistas desde Yemen del Sur al interior de Dhofar, más otras misiones de adiestramiento a lo largo del Golfo y en Arabia Saudí, muchos miembros del SAS hablan un árabe aceptable. El sargento que había pedido un poco de acción era uno de ellos, pero tuvo que admitir:

—El jefe te deja boquiabierto. Nunca he oído a nadie hablar como él. Hasta parece uno de ellos.

Mike Martin se enderezó y se pasó una mano de color marrón claro por el cabello negro azabache.

—Es hora de ir a la cama.

Eran poco más de las diez. Se levantarían antes del alba para su habitual carrera de quince kilómetros cargados con sus pertrechos antes de que el sol calentara demasiado. Era una tarea que los hombres de Abu Dhabi detestaban, pero en la que su jefe insistía. Si aquellos peculiares soldados ingleses decían que era bueno para ellos, era bueno y no había más que hablar. Además, pagaba por el adiestramiento y quería que su inversión rindiera sus frutos.

El comandante Martin se retiró a su habitación y se durmió rápida y profundamente. El sargento tenía razón. Parecía uno de ellos. A menudo sus hombres se preguntaban si debía su pelo tan negro, su piel olivácea y sus ojos oscuros a unos antepasados mediterráneos. Él nunca se lo dijo, pero estaban equivocados.

El abuelo materno de los hermanos Martin había sido un plantador de té británico en la región de Darjeeling, en la India. Cuando niños habían visto fotografías de él: un hombre alto, de rostro rosado y bigote rubio, con la pipa en la boca, el rifle en la mano y un pie sobre un tigre abatido. Tenía todo el aspecto del *pukka sahib*, el representante del Imperio británico en la India.

En 1928 Terrence Granger hizo lo impensable: se enamoró de una muchacha india e insistió en casarse con ella. Era una mujer hermosa y de buena cuna, pero no importaba. El matrimonio interracial era algo que, sencillamente, no se hacía. La

compañía de té no le despidió, pues eso habría dado publicidad al asunto, con el consiguiente escándalo. Le enviaron al exilio interior (así era como realmente lo llamaban), a una plantación aislada en el remoto Assam.

Sus superiores lo consideraban un castigo, pero no les salió bien. A Granger y a su mujer, la ex señorita Indira Bohse, les encantó aquel lugar agreste lleno de barrancas y rebosante de caza y tigres, las laderas de cuyas montañas estaban cubiertas de arbustos de té de un verde intenso, el clima, la gente. Y allí nació Susan en 1930. Allí criaron a la niña angloindia con compañeros de juego indios.

En 1943 la guerra amenazaba a la India, pues los japoneses avanzaban hacia la frontera a través de Birmania. Granger era lo bastante mayor para no tener que servir como voluntario, pero insistió y, tras un adiestramiento básico en Nueva Delhi, fue destinado como comandante al regimiento de Fusileros de Assam. Todos los cadetes británicos fueron promovidos directamente al grado de comandante, pues no habría sido decoroso que sirvieran a las órdenes de un oficial indio, pero no había ningún inconveniente en que los indios fuesen tenientes o capitanes.

En 1945 Granger murió en el cruce del Irrawaddy. Su cuerpo nunca fue encontrado, se desvaneció en aquellas húmedas junglas de Birmania, uno más de las decenas de millares que vivieron algunos de los más encarnizados combates cuerpo a cuerpo de la guerra.

La viuda, que recibía una pequeña pensión de la compañía, se sumió de nuevo en su cultura propia. Dos años después hubo más problemas. En 1947 la India fue dividida. Los británicos se marchaban. Ali Jinnah insistía en su Pakistán musulmán al norte, en tanto que el Pandit Nehru se establecía al sur del país, donde la población era mayoritariamente hindú. Oleadas de refugiados de ambas religiones se dirigieron al norte y al sur, y estalló la lucha. Más de un millón de seres humanos perdieron la vida. La señora Granger, temerosa por la seguridad de su hija, la envió a Inglaterra para que completase su educación, y la muchacha vivió en casa del hermano menor de su padre, un excelente arquitecto que residía en Haslemere, Surrey. Seis meses después la madre murió en los disturbios.

Con diecisiete años de edad, Susan Granger llegó a Inglaterra, la tierra de su padre, en la que nunca había estado. Pasó un año en una escuela femenina cerca de Haslemere y luego dos años como aprendiz de enfermera en el Hospital General de Farnham, tras lo cual trabajó otro año como secretaria de un abogado de la misma localidad.

A los veintiún años, la edad mínima permitida, presentó una solicitud para ingresar como azafata en la British Overseas Airways Corporation. Se adiestró con las demás jóvenes en la escuela de la BOAC, el antiguo convento restaurado de St. Mary, en Heston, en las afueras de Londres. Su experiencia como enfermera fue decisiva, en tanto que su aspecto y sus modales constituyeron una ventaja adicional.

Era una joven hermosa, con una espléndida cabellera de color castaño, ojos de color avellana y la piel como la de una europea que luciera un bronceado permanente. Al graduarse la asignaron a la Línea 1, que cubría la ruta entre Londres y la India; se trataba de la elección evidente para una muchacha que hablaba el hindi con fluidez.

En aquellos días, el viaje en el Argonaut cuatrimotor a hélice era larguísimo. La ruta era Londres-Roma-El Cairo-Basora-Bahrein-Karachi y Bombay. Luego seguía a Nueva Delhi, Calcuta, Colombo, Rangún, Bangkok y, finalmente, Singapur, Hong Kong y Tokio. Por supuesto, una sola tripulación no podía estar de servicio durante tanto tiempo, y la primera escala con cambio de tripulantes era Basora, al sur de Irak, donde la tripulación se «escabullía» mientras otra ocupaba su lugar.

Fue allí cuando una tarde de 1951 en que se hallaba en el Port Club con una copa en la mano, conoció a un joven y más bien tímido contable de la Irak Petroleum Company, una empresa de propiedad y dirección británicas. Se llamaba Nigel Martin, y la invitó a cenar. Le habían advertido que durante las escalas tuviese cuidado con los tenorios, que abundaban entre la tripulación y los pasajeros. Pero aquel joven era muy amable y ella aceptó. Cuando la llevó de regreso al edificio de la BOAC donde la azafata se alojaba, le retuvo la mano. Ella se sorprendió tanto que la retiró bruscamente. Luego se pasó la noche despierta, en aquel tremendo calor, preguntándose cómo sería besar a Nigel Martin.

En la siguiente escala que hizo en Basora, él estaba allí de nuevo. Solo después de que se hubieran casado Nigel Martin admitió que estaba tan enamorado que, a través de un empleado de la BOAC, Alex Reid, averiguó cuándo estaba previsto que ella volviera. Aquel otoño de 1951 jugaron al tenis, nadaron en el Port Club y pasearon por los bazares de Basora. Siguiendo la sugerencia de él, la joven pidió un permiso y le acompañó a Bagdad, donde residía.

Susan pronto descubrió que era un lugar donde podía establecerse. La abigarrada muchedumbre con sus túnicas de brillantes colores, las escenas y los olores de la calle, las carnes asadas a orillas del Tigris, la miríada de tiendecillas donde se vendían hierbas y especias, oro y joyas... todo le recordaba su India natal. Cuando Nigel Martin le propuso matrimonio, ella aceptó de inmediato.

Se casaron en 1952, en la catedral de San Jorge, la iglesia anglicana frente a la calle Haifa, y aunque a la ceremonia no asistió ningún familiar de la novia, estuvieron presentes muchos compañeros de la IPC y personal de la embajada, que llenaron por completo ambas filas de bancos.

Era una buena época para vivir en Bagdad. La vida era lenta y fácil, el joven rey Feisal estaba en el trono y Nuri, en calidad de said, dirigía el país. La influencia de Gran Bretaña era abrumadora, lo cual se debía en parte a la poderosa contribución de la IPC a la economía, y en parte a que la mayoría de los oficiales de las fuerzas armadas habían sido adiestrados por los británicos, pero sobre todo porque toda la

clase alta había sido introducida en el uso del orinal por almidonadas institutrices inglesas, lo cual siempre deja una impresión duradera.

Los Martin tuvieron dos hijos, nacidos en 1953 y 1955 respectivamente. Recibieron los nombres de Michael y Terry, y eran tan diferentes como la tiza y el queso. En Michael habían prevalecido los genes de la señorita Indira Bohse; tenía el cabello negro, los ojos oscuros, la piel olivácea. Los bromistas de la comunidad británica decían que parecía árabe. Terry, nacido dos años después, salió a su padre, y era bajo, robusto, con la piel rosada y el pelo rojizo.

A las tres de la madrugada un ordenanza sacudió al comandante Martin hasta despertarle.

—Hay un mensaje, sayidi.

Se trataba de un mensaje muy sencillo, pero el código de urgencia era «devastación» y procedía personalmente del director de las Fuerzas Especiales. No pedía ninguna respuesta. Solo le ordenaba que regresara a Londres en el primer avión disponible.

Delegó sus tareas en el capitán del SAS que estaba en su primer turno de servicio en el regimiento y era el segundo jefe en la actividad de adiestramiento, y corrió al aeropuerto vestido de civil.

El avión de las tres menos cinco de la madrugada con destino a Londres salía con retraso. Más de cien pasajeros roncaban o gruñían a bordo mientras las azafatas anunciaban sonrientes que la «razón operativa» de la demora de noventa minutos se solucionaría enseguida.

Cuando la puerta volvió a abrirse para admitir a un solo hombre delgado, con tejanos, botas para el desierto, camisa y guerrera, más una bolsa de lona al hombro, varios de los que todavía estaban despiertos le dirigieron miradas furibundas. Acompañaron al recién llegado a un asiento vacío en la clase Club. El hombre se acomodó y unos minutos después del despegue echó el respaldo del asiento hacia atrás y se durmió profundamente.

Un hombre de negocios sentado a su lado, que había cenado opíparamente y bebido en abundancia vino y licores ilícitos para luego esperar dos horas en el aeropuerto y otras dos a bordo del avión, se tomó otra tableta antiácido y miró irritado al pasajero que dormía apaciblemente junto a él.

—Puñetero árabe —musitó, y trató en vano de dormir.

Dos horas después amaneció sobre el Golfo, pero el avión de la British Airways volaba hacia el noroeste, aterrizando en Heathrow poco antes de las diez de la mañana, hora local. Mike Martin fue de los primeros en pasar por la aduana porque no llevaba más equipaje que el de mano. Nadie había acudido a recibirle, cosa que él ya sabía. También sabía adónde tenía que dirigirse. Cogió un taxi.

En Washington aún no había amanecido, pero los primeros signos del sol naciente teñían de rosa las lejanas colinas del condado de Georges, donde el río Patuxent baja para unirse al Chesapeake. En los pisos sexto y último del gran edificio oblongo entre la serie que forma el cuartel general de la CIA y que se conoce sencillamente como Langley, las luces aún estaban encendidas.

El juez William Webster, director de la Agencia Central de Inteligencia, se restregó los ojos fatigados con la yema de los dedos y se acercó a los ventanales. La arboleda de abedules plateados que ocultaba el Potomac cuando, como ahora, tenían todas sus hojas, permanecía envuelta en la oscuridad. Antes de una hora el sol naciente revelaría su verde pálido. El director había pasado otra noche de insomnio. Desde que Irak invadiera Kuwait solo había dado unas cabezadas entre llamadas del presidente, el Consejo de Seguridad Nacional, el Departamento de Estado y, por lo que parecía, casi todo el mundo que conocía su número.

A sus espaldas, tan cansado como él, se sentaba Bill Stewart, su subdirector de operaciones, y Chip Barber, jefe de la división de Oriente Medio.

—¿De modo que eso es todo? —preguntó el director de la CIA, como si formular de nuevo la pregunta pudiese producir una respuesta mejor.

Pero no había cambio alguno. La posición era que el presidente, el Consejo de Seguridad Nacional y el Departamento de Estado clamaban por una información ultrasecreta obtenida de los mismos centros vitales de Bagdad, de los consejeros más íntimos del mismísimo Saddam Hussein. ¿Iba a quedarse en Kuwait? ¿Se retiraría bajo la amenaza de las resoluciones tomadas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas? ¿Doblarían las rodillas ante el embargo petrolífero y el bloqueo comercial? ¿Qué pensaba? ¿Cuáles eran sus planes? ¿Dónde diablos estaba toda esa información imprescindible?

Pero la Agencia no lo sabía. Por supuesto, tenían un delegado en Bagdad, pero desde hacía semanas su información había sido suspendida. Naturalmente, aquel cabrón de Rahmani, director del servicio de contraespionaje iraquí, conocía al hombre de la Agencia, y ahora resultaba evidente que los datos suministrados al delegado durante semanas no eran más que memeces. Al parecer, sus mejores «fuentes» trabajaban para Rahmani y le habían contado mentiras.

Desde luego, habían visto fotos suficientes para ahogarse en ellas. Los satélites KH-11 y KH-12 pasaban sobre Irak cada pocos minutos, fotografiando alegremente todo el país. Los analistas trabajaban durante las veinticuatro horas del día para identificar lo que *podría* ser una fábrica de gas venenoso, lo que quizá fuese una instalación nuclear... aunque los iraquíes asegurasen que se tratase de un taller de bicicletas.

Era realmente admirable. Los analistas del Departamento Nacional de Reconocimiento, un organismo que dependía en parte de la CIA y en parte de la

Fuerza Aérea, junto con los científicos expertos del ENPIC, el Centro Nacional de Interpretación Fotográfica, estaban ensamblando una imagen que algún día sería completa. Este es un puesto de mando importante, aquí tenemos un emplazamiento de misiles SAM, esto es una base de cazas. Estupendo, porque las fotos así nos lo indican. Y un día, tal vez, habría que bombardearles y hacerles volver a la edad de piedra. Pero ¿qué más tenía aquel hombre? ¿Qué había oculto, almacenado profundamente en el subsuelo?

Se estaban pagando las consecuencias de haber hecho caso omiso de Irak durante años. Los hombres repantigados en los sillones alrededor del director de la CIA eran espías veteranos que ya merodeaban el muro de Berlín antes de que el cemento se secase. Su experiencia era anterior a la época en que los chismes electrónicos empezaron a ocuparse de la recogida de datos secretos que antes se hacía personalmente.

Le habían dicho que las cámaras del NRO (el Departamento Nacional de Reconocimiento) y las escuchas de la Agencia Nacional de Seguridad en Fort Meade no podían revelar planes, espiar intenciones ni penetrar en la cabeza del dictador.

Así pues, el NRO hacía fotos y los escuchas de Fort Meade prestaban oídos y grababan cada palabra de cada conversación telefónica y mensaje radiofónico que se recibía en Irak o era enviado desde allí, y sin embargo no había ninguna respuesta.

La misma Administración, el mismo Capitolio, que se habían quedado hipnotizados por tanto artefacto electrónico, que habían invertido miles de millones de dólares en el desarrollo y lanzamiento al espacio de cualquier artilugio que la ingeniosa mente humana fuese capaz de inventar, clamaban ahora pidiendo respuestas que los artilugios no parecían darles.

Y los técnicos que los manejaban les decían que el «elint», nombre con que se conocía la inteligencia electrónica, era un apoyo y un complemento del «humint», o recogida personal de datos secretos, pero no un sustituto. Resultaba agradable saber tal cosa, pero no daba ninguna solución al problema planteado.

El problema consistía en que la Casa Blanca exigía respuestas que solo podían ser fidedignas si procedían de una fuente —una persona muy útil, un agente secreto, un espía, un traidor, lo que fuera— que estuviese muy bien situada dentro de la jerarquía iraquí. Y el director de la CIA no tenía a esa persona.

—¿Han preguntado a Century House?

—Sí, director. Están en la misma situación que nosotros.

—Dentro de dos días iré a Tel Aviv —dijo Chip Barber—. Me entrevistaré con Yaacov Dror. ¿Se lo planteo?

El director asintió. El general Yaacov *Kobi* Dror era el jefe del Mossad, el menos cooperador de todos los servicios secretos «amistosos». El director de la CIA aún estaba dolido por el caso de Jonathan Pollard, infiltrado por el Mossad en Estados

Unidos a fin de que espíara para Israel. Vaya amigos. Detestaba tener que pedir favores al Mossad.

—Confíe en él, Chip. Esta no es una cuestión de poca monta. Si él tiene una fuente dentro de Bagdad, la necesitamos. Ese producto nos hace falta. Entretanto, será mejor que regrese a la Casa Blanca y me enfrente de nuevo a Scowcroft.

La reunión finalizó de una manera muy poco provechosa.

Los cuatro hombres que aguardaban en el cuartel general londinense del SAS aquella mañana del 5 de agosto habían estado ocupados la mayor parte de la noche.

El director de las Fuerzas Especiales, el brigadier Lovat, había estado continuamente al teléfono, y solo se había permitido descabezar un sueño de un par de horas entre las dos y las cuatro de la madrugada. Como tantos otros soldados curtidos en el combate, hacía mucho tiempo que había adquirido la capacidad de echar un sueñecito dondequiera que fuese y siempre que la situación lo permitiera. Uno nunca sabía cuándo iba a tener la siguiente oportunidad de recargar las baterías. Antes de que amaneciera se había lavado y afeitado y estaba dispuesto a emprender otra jornada de trabajo a pleno rendimiento.

Su llamada a medianoche (hora de Londres) a un contacto que tenía en la British Airways había sido la causa de que el avión despegase con retraso de Abu Dhabi. Cuando la administración británica quiere moverse con rapidez y reducir el papeleo, conocer a un «tipo» en el sitio adecuado puede resultar extremadamente útil. El ejecutivo de la British Airways, a cuyo domicilio telefoneó, no preguntó por qué debía retener la salida de un avión de línea que estaba a 4.500 kilómetros de distancia hasta que un pasajero más subiera a bordo. Conocía a Lovat porque eran miembros del Club de Fuerzas Especiales en Herbert Crescent, tenía una idea aproximada de cuál era su trabajo y le hizo el favor sin preguntarle nada.

Durante la hora del desayuno el sargento ordenanza se había puesto en contacto con Heathrow y comprobado que el vuelo procedente de Abu Dhabi había reducido la tercera parte de su retraso de noventa minutos y aterrizaría hacia las diez. El comandante llegaría al cuartel cerca de las once de la mañana.

Un motorista había traído a toda velocidad cierto expediente personal que procedía de Browning Barracks, cuartel general del regimiento de paracaidistas, en Aldershot. El ayudante regimental lo había sacado del archivo poco después de medianoche. Era la hoja de servicios de Mike Martin desde el día en que ingresara en el cuerpo de paracaidistas cuando era un estudiante de dieciocho años, y cubría los diecinueve años en los que había sido soldado profesional, a excepción de dos largos períodos que pasó transferido al regimiento del SAS.

El comandante en jefe del 22 SAS, coronel Bruce Craig, otro escocés, había conducido de noche desde Hareford, llevando consigo el expediente que cubría esos

dos períodos. Se presentó poco antes del amanecer.

—Buenos días, J. P. ¿A qué viene tanta excitación?

Los dos se conocían bien. Lovat, conocido como J. P. o Jeypi, era el hombre que había estado al frente del grupo encargado de recapturar la embajada iraní tomada por los terroristas diez años antes, y en esa época Craig era el jefe de una unidad bajo sus órdenes. Trabajaban juntos desde hacía mucho tiempo.

—Century quiere situar un hombre en Kuwait —le dijo. Eso pareció bastar. Los largos discursos no le apasionaban.

—¿Uno de los nuestros? ¿Martín? —El coronel arrojó sobre la mesa el expediente que había traído.

—Eso parece. Le he hecho venir desde Abu Dhabi.

—Que se vayan a hacer puñetas. ¿Piensas consentirlo?

Mike Martin era uno de los oficiales de Craig y también trabajaban juntos desde hacía largo tiempo. No le hacía ninguna gracia que Century House le «birlara» hombres bajo sus mismas narices. Lovat se encogió de hombros.

—Si Martin es la persona adecuada, tendremos que aceptarlo. Probablemente tocarán las teclas más importantes.

Craig emitió un gruñido y tomó el café fuerte que le servía el sargento ordenanza, al que saludó llamándole Sid. Habían luchado juntos en Dhofar. Cuando se trataba de política, el coronel estaba al cabo de la calle. El SIS podría actuar con desconfianza, pero cuando querían hacer uso de las influencias eran capaces de llegar tan alto como quisieran. Ambos soldados conocían muy bien a Margaret Thatcher y eran entusiastas admiradores suyos. Sabían también que, como Churchill, la Dama prefería el principio de «la acción hoy mismo». Era probable que esta vez Century House, si se lo proponía, se saliese con la suya. El regimiento tendría que cooperar, aun cuando Century tuviera el control general bajo el disfraz de «misión conjunta».

Los dos hombres de Century llegaron poco después del coronel y se hicieron las presentaciones. El mayor de ellos era Steve Laing, a quien acompañaba Simon Paxman, jefe de la sección o «mesa» de Irak. Les invitaron a sentarse en una sala de espera, les sirvieron café y les ofrecieron los dos expedientes para que los leyeran. Ambos hombres se sumieron en los antecedentes de Mike Martin desde sus dieciocho años en adelante. La noche anterior Paxman había pasado cuatro horas con su hermano menor, informándose sobre su familia, su educación en Bagdad y el tiempo que había pasado en la escuela pública Haileybury.

En el verano de 1971, durante su último trimestre escolar, Martin escribió una carta personal dirigida al regimiento de paracaidistas. En septiembre de ese año fue convocado a una entrevista que tuvo lugar en el cuartel de Aldershot, junto al viejo avión Dakota desde el cual los paracaidistas británicos saltaron cierta vez para tratar de apoderarse del puente de Arnhem.

Los paracaidistas (conocidos como Paras) siempre lo investigan todo, y se enteraron de que en la escuela era considerado un estudiante correcto pero un atleta soberbio, lo cual era perfecto para ellos. Aceptaron al muchacho y el mismo mes empezaron a adiestrarle. Fueron veintidós duras semanas, y los supervivientes del curso se diplomaron en abril de 1972.

Había comenzado con cuatro semanas de instrucción, manejo básico de armamento y entrenamiento físico. Siguieron dos semanas de lo mismo más primeros auxilios, señales y estudio de las precauciones contra la NBC (guerra nuclear, bacteriológica y química). La séptima semana estuvo dedicada a más entrenamiento físico; la dificultad de las pruebas era cada vez mayor, pero no tanto como en la octava y novena semanas, con marchas de resistencia a través de la sierra de Brecon, en el País de Gales, donde hombres fuertes y en buena forma han muerto de hipotermia, fatiga o frío.

Durante la décima semana el curso se llevó a cabo en Hythe, Kent, donde los alumnos dispararon en el campo de tiro. Allí Martin, que acababa de cumplir diecinueve años, se clasificó como un tirador de primera. Las semanas undécima y duodécima se dedicaron a «pruebas» realizadas a campo abierto cerca de Aldershot; se trataba de subir y bajar corriendo unas colinas de arenisca cargados con troncos de árbol, con las piernas hundidas en el barro y bajo la lluvia y el granizo de mediados del invierno.

—¿Semana de prueba? —musitó Paxman, volviendo la hoja—. ¿Y qué demonios han sido las anteriores?

Tras las semanas de prueba los jóvenes obtuvieron lo que tanto codiciaban: su boina roja y su mono de paracaidista. Sin embargo, siguieron otras tres semanas en la sierra de Brecons para realizar ejercicios de defensa, patrulla y tiro con «fuego real». Por entonces, a finales de enero de 1972, esta sierra era un paraje absolutamente desolado y gélido. Los hombres dormían sobre terrenos húmedos y escabrosos, sin siquiera un fuego para calentarse.

Las semanas decimosexta y decimoséptima fueron dedicadas al curso básico de paracaidismo de la RAF en Abingdon, donde unos pocos más cayeron, y no solo desde el avión. Al final llegó el «desfile de las alas», cuando les prendieron en el uniforme de paracaidista las insignias en forma de alas. Aunque en el informe no constaba, aquella noche se consumieron muchas cervezas en el viejo Club 101.

Al cabo de otras dos semanas dedicadas a un ejercicio de campaña llamado «la última valla» y cierto perfeccionamiento de las habilidades de desfile, en la vigésima semana tuvo lugar el gran desfile de graduación en el que por fin se permitió que los orgullosos padres vieran a los jóvenes que les habían dejado seis meses antes.

El soldado Mike Martin estaba considerado desde hacía tiempo como posible candidato a oficial, y en mayo de 1972 ingresó en la Real Academia Militar de

Sandhurst, para estudiar el primero de los nuevos cursos de un año que habían empezado a sustituir a los anteriores cursos de dos años.

El resultado fue que el desfile de graduación de aquella primavera de 1973 fue el mayor jamás celebrado en Sandhurst, con una participación de 490 cadetes, pues los pertenecientes a los cursos más antiguos, correspondientes a las quintas de 1951 y 1952, se unieron a los hombres que siguieron el primer curso de un año. Presidió el desfile el general sir Michael Carver, quien más adelante sería el mariscal de campo lord Carver, jefe del estado mayor de Defensa.

El nuevo teniente Martin ingresó directamente en Hythe y se puso al frente de un pelotón sometido a adiestramiento preparatorio para ir a Irlanda del Norte. Mandó el pelotón durante doce tristes semanas, la mayor parte de las cuales la pasó agazapado en un puesto de observación llamado Flax Mill («la hilandería de lino»), que cubría el enclave ultrarrepúblicano de Ardoyne, en Belfast. Sin embargo, aquel verano la vida era tranquila en Flax, pues desde el Domingo Sangriento de enero de 1972, el IRA tendía a evitar a los Paras como si fuesen la peste.

Martin había sido asignado al tercer batallón, conocido como Para Tres, y después de su servicio en Belfast regresó a Aldershot para ponerse al mando de un pelotón de reclutas y hacer pasar a los recién llegados por el mismo purgatorio que él mismo había sufrido. En el verano de 1977 regresó a Para Tres, que desde el pasado mes de febrero tenía su base en Osnabruck, formando parte del ejército británico en el Rin.

Aquel fue otro período deprimente. El personal de Para Tres se alojaba en el cuartel Quebec, un antiguo y feo campamento de personas expatriadas. Los Paras fueron asignados a la «modalidad pingüino», lo cual significaba que tres años de cada nueve, o un turno de servicio de cada tres, dejaban de lado su actividad como paracaidistas y eran utilizados como infantería ordinaria transportada. Todos los Paras odiaban la «modalidad pingüino». La moral era baja, se producían peleas entre paracaidistas e infantes y Martin se veía obligado a castigar a hombres con los que simpatizaba. Aguantó ese estado de cosas durante un año, y en noviembre de 1977 se ofreció voluntario para ser transferido al SAS.

Un número considerable de miembros del SAS procedían del cuerpo de paracaidistas, tal vez debido a que el adiestramiento presenta similitudes, aunque el SAS asegura que el suyo es más duro. El expediente de Martin llegó a las oficinas del regimiento, en Hereford, donde repararon en el hecho de que hablaba el árabe con fluidez, y fue invitado a participar en el curso de selección que tuvo lugar en el verano de 1978.

El SAS acepta hombres en muy buena forma y se ocupa de prepararlos a fondo. Martin realizó el curso inicial estandarizado de selección en seis semanas, entre otros paracaidistas, *marines* y voluntarios de infantería, fuerzas blindadas, artillería e incluso ingenieros. Es un curso sencillo que se basa en un simple precepto.

El primer día un sonriente instructor les dijo a todos:

—En este curso no intentaremos adiestraros, sino mataros.

No exageraba. Solo el diez por ciento de los alumnos pasan el curso inicial del SAS, lo cual ahorra tiempo más adelante. Martin superó las pruebas. Siguió una prolongación del adiestramiento en la jungla de Belice y, una vez de vuelta a Inglaterra, un mes dedicado por entero a resistir los interrogatorios. «Resistir» significa tratar de mantenerse en silencio mientras uno es sometido a prácticas en extremo desagradables. Hay un solo alivio, y es que tanto el miembro del regimiento como el voluntario tienen derecho cada hora a solicitar un RAU, es decir el «regreso a la unidad».

—Están locos —dijo Paxman, arrojando el expediente sobre la mesa. Se sirvió más café—. A todos les falta un tornillo.

Laing le respondió con un gruñido. Estaba absorto en el segundo expediente, el que relacionaba las experiencias de su hombre en Arabia. Eso era lo que necesitaba para la misión que había ideado.

Durante su primer turno de servicio, Martin había pasado tres años en el SAS con el grado de capitán y en calidad de jefe de tropa. Había optado por el escuadrón A, el de los técnicos en caída libre (los escuadrones son A, B, C y G), la elección natural de un hombre que, cuando estaba en los Paras había saltado con su equipo de exhibición de caída libre, los Diablos Rojos, desde gran altura.

Si los Paras no tenían necesidad de sus conocimientos de árabe, para el regimiento, en cambio, eso era esencial. Entre los años 1979 y 1981, Martin había servido en las fuerzas del sultán de Omán, al oeste de Dhofar, había sido instructor de métodos de protección de altas personalidades en dos emiratos del Golfo, enseñado a la Guardia Nacional Saudí en Riad y aleccionado a los guardaespaldas personales del jeque Isa, de Bahrein. Tras estos datos, en su expediente del SAS figuraban unas observaciones: que había reanudado el fuerte vínculo que tuviera en su infancia con la cultura árabe, que hablaba el idioma mejor que ningún otro oficial del regimiento y que tenía el hábito de dar largos paseos por el desierto cuando quería reflexionar a fondo en un problema, sin que le afectaran en absoluto el calor y las moscas.

Según el expediente, había regresado a los Paras después de su traslado temporal de tres años al SAS en el invierno de 1981, y se había alegrado al ver que los Paras tomaban parte en la operación Rocky Lance en los meses de enero y febrero de 1982... y precisamente en Omán. Así pues, regresó al Jebel Akdar durante ese período, antes de tomar un permiso en marzo. En abril le convocaron apresuradamente: Argentina había invadido las Malvinas.

Aunque la agrupación Para Uno permanecía en el Reino Unido, la Dos y la Tres partieron hacia el Atlántico Sur. Zarparon en el transatlántico *Canberra*, modificado a toda prisa para que sirviera como transporte de tropas, y desembarcaron en San

Carlos. Mientras el grupo Para Dos desalojaba a los argentinos de Ganso Verde —operación en la que el comandante en jefe, coronel H. Jones, obtuvo la Cruz de la Victoria—, la agrupación Para Tres cruzó a trompicones la isla Soledad bajo la cellisca y la lluvia, en dirección a Puerto Stanley.

—¿A trompicones? Creía que lo llamaban trajinar —observó Laing dirigiéndose al sargento Sid, que estaba llenándole de nuevo la taza de café. El sargento frunció los labios, como si pensara: «Puñeteros civiles».

—Los *marines* lo llaman trajinar, señor. Los Paras y el regimiento lo llaman trompicar.

En cualquier caso, esos términos se referían a la marcha forzada en condiciones meteorológicas adversas acarreado sesenta kilos de equipo.

La agrupación Para Tres se acuarteló en una granja solitaria llamada Estancia House y se preparó para el asalto final a Puerto Stanley, lo cual significaba tomar primero el monte Longdon, fuertemente defendido. En aquella noche atroz entre el 11 y el 12 de junio el capitán Mike Martin recibió un balazo.

Comenzó como un silencioso ataque nocturno contra las posiciones argentinas, que resultó muy ruidoso cuando el cabo Milne pisó una mina que le destrozó el pie. Las ametralladoras argentinas abrieron fuego, el fulgor iluminó la montaña como si fuese de día y a la agrupación Para Tres se le presentaron dos alternativas: o retroceder para ponerse a cubierto o avanzar hacia el fuego y tomar Longdon. Se decantaron por la segunda y tomaron Longdon, con unas bajas de veintitrés muertos y más de cuarenta heridos. Uno de los heridos era Mike Martin, quien recibió un impacto en una pierna que le hizo lanzar un torrente de insultos y maldiciones, afortunadamente en árabe.

Tras haber pasado la mayor parte del día en la ladera de la montaña, encañonando a ocho temblorosos prisioneros argentinos y esforzándose por no desmayarse, fue recogido y llevado al puesto de primeros auxilios en Ajax Bay, donde le sometieron a una cura de urgencia para enviarlo en helicóptero al buque hospital *Uganda*. Allí se encontró en una litera al lado de un teniente argentino. Durante la travesía hasta Montevideo se hicieron buenos amigos, y aún mantenían correspondencia.

El *Uganda* hizo escala en la capital uruguaya para desembarcar a los argentinos; Martin se encontraba en el grupo de los que estaban lo bastante restablecidos para regresar a Brize Norton en un avión civil. Entonces los Paras le dieron tres semanas de permiso en Headley Court, Leatherhead, para que completase su convalecencia.

Fue allí donde conoció a la enfermera Susan, que se convertiría en su esposa tras un breve noviazgo. Tal vez a ella le gustara el encanto de aquel hombre, pero se equivocó. Fueron a vivir a una casa de campo, cerca de Chobham, conveniente para ambos porque estaba a poca distancia de sus trabajos respectivos en Leatherhead y Aldershot. Pero al cabo de tres años, durante los cuales ella no le vio en total más que

cuatro meses y medio, Susan le planteó una comprensible alternativa: o se quedaba con los Paras y su puñetero desierto, o se quedaba con ella. Martin lo pensó a fondo y prefirió el desierto.

Susan acertó al separarse de él. En el otoño de 1982 Martin comenzó a estudiar para ingresar en la escuela del cuerpo de oficiales administrativos, la puerta hacia una alta graduación y un buen despacho, tal vez en el ministerio. En febrero de 1983 suspendió el examen.

—Lo hizo a propósito —dijo Paxman—. Su comandante en jefe anota aquí que podría haber pasado tranquilamente si hubiera querido.

—Lo sé —replicó Laing—. Lo he leído. Ese hombre es... poco corriente.

En el verano de 1983 Martin fue nombrado oficial de estado mayor y asignado al cuartel general de las fuerzas terrestres del sultán de Omán, en Muscat, un traslado temporal que duró otros dos años. Conservó su insignia de paracaidista, pero estaba al frente del Regimiento Fronterizo del Norte, en Muscat. En el verano de 1986 fue ascendido a comandante en Omán.

Los oficiales que han realizado un turno de servicio en el SAS pueden volver para un segundo, pero solo si son invitados a ello. Aterrizó en Inglaterra en el invierno de 1987, la época en que se formalizó el divorcio al que él no se había opuesto, y de inmediato recibió la invitación desde Hereford. Regresó como jefe de escuadrón en enero de 1988 y sirvió en el Flanco Septentrional (Noruega), luego con el sultán de Brunei y seis meses con el equipo de seguridad interna en el edificio Lines, de Jereford. En junio de 1990 fue enviado con su equipo de instructores a Abu Dhabi.

El sargento Sid llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—El brigadier pregunta si quieren reunirse con él. El comandante Martin está en camino.

Cuando Martin entró en la estancia, Laing reparó en el rostro tostado por el sol, el cabello y los ojos, y lanzó una mirada a Paxman. Uno de los interrogantes acababa de ser despejado, y quedaban dos por responder. Sí, parecía uno de ellos. Ahora bien, ¿estaría dispuesto a hacer el trabajo y realmente hablaría árabe tan bien como decían?

J. P. se adelantó y estrechó la mano de Martin como si quisiera triturarle los huesos.

—Es un placer verle de regreso, Mike.

—Gracias, señor. —Estrechó la mano del coronel Craig.

—Permítame que le presente a estos dos caballeros —le dijo el director de las Fuerzas Especiales—. El señor Laing y el señor Paxman, ambos de Century. Les gustaría... bueno, quieren hacerle una propuesta. Adelante, caballeros. ¿O prefieren hablar en privado con el comandante Martin?

—Oh, no, por favor —se apresuró a decir Laing—. El jefe confía en que si esta reunión llega a un resultado positivo, sea definitivamente una operación conjunta.

«Buena jugada —pensó J. P.—. Tenía que mencionar a sir Colin solo para demostrar cuánta influencia política se proponen ejercer estos cabrones si es necesario.»

Los cinco se sentaron y Laing habló por los codos: explicó el trasfondo político, la incertidumbre acerca de si Saddam Hussein se retiraría de Kuwait con rapidez, lentitud, o si no se retiraría en absoluto a menos que le echaran de allí. Pero según el análisis político, Irak primero despojaría a Kuwait de todos sus bienes y luego se quedaría y exigiría concesiones que las Naciones Unidas no estaban dispuestas a aceptar. Cabía esperar que el conflicto se alargase durante meses y meses.

Las autoridades británicas necesitaban saber qué ocurría en el interior de Kuwait, no a través de chismorreos o rumores, ni de los espeluznantes relatos que difundían los medios de comunicación, sino de una información absolutamente fidedigna sobre los ciudadanos británicos que seguían bloqueados allí, sobre las fuerzas de ocupación y, en caso de que finalmente hubiera que recurrir a la fuerza, sobre si una resistencia kuwaití sería útil para inmovilizar un número creciente de tropas de Saddam que, de otro modo, estarían en primera línea.

Martin asentía y escuchaba. Hizo algunas preguntas pertinentes, pero por lo demás permaneció callado. Los dos oficiales superiores miraban por la ventana. Laing terminó su exposición poco después de las doce.

—Eso es todo, comandante. No espero que responda ahora mismo, pero desde luego el tiempo es un factor esencial.

—¿Le importa que cambie unas palabras con nuestro colega en privado? —preguntó J. P.

—Por supuesto que no. Mire, Simon y yo regresaremos a la oficina. Ya tiene usted mi número telefónico. ¿Podría decirme algo esta tarde?

El sargento Sid acompañó a los dos civiles al exterior y los escoltó hasta la calle. Esperó a que cogieran un taxi y entonces subió a su nido de águila bajo las vigas del tejado, detrás del andamio.

J. P. se acercó a un pequeño frigorífico y sacó tres latas de cerveza. Una vez abiertas, los tres hombres bebieron un trago.

—Mire, Mike, usted conoce bien el asunto. Eso es lo que quieren. Si cree que es una locura, aceptaremos su postura sin rechistar.

—Puede estar seguro de ello —dijo Craig—. En el regimiento no tiene usted ninguna mancha negra por haber dado una negativa. Esta idea no es nuestra sino de ellos.

—Pero si decide aceptar —dijo J. P.—, cruzar la puerta, por así decirlo, entonces estará bajo su mando hasta que regrese. Nos veremos implicados, desde luego, pues probablemente no podrán llevar a cabo la operación sin nosotros, pero usted dependerá de ellos. Cuando la misión haya terminado, volverá con nosotros como si

hubiera estado de permiso.

Martin sabía cómo funcionaban aquellas cosas. Se lo habían contado otros que habían trabajado para Century House. Sencillamente, dejabas de existir para el regimiento hasta que regresabas. Entonces todos te decían: «Cuánto me alegro de volver a verte», y jamás mencionaban ni te preguntaban dónde habías estado.

—Aceptaré —dijo.

El coronel Craig se levantó. Tenía que volver a Hereford. Le tendió la mano.

—Buena suerte, Mike.

—Por cierto —dijo el brigadier—, está citado para almorzar. Es cerca de aquí, en esta misma calle. Century lo ha organizado.

Entregó a Martin un papel con las señas y se despidió de él. El comandante bajó las escaleras y salió a la calle. El papel ponía que el almuerzo sería en un pequeño restaurante a cuatrocientos metros de distancia, y que su anfitrión era el señor Wafic-al-Khourí.

Aparte del MI-5 y el MI-6, el tercer brazo principal del servicio de Inteligencia británico es la Dirección General de Comunicaciones Gubernamentales, conocido por las siglas GCHQ, un complejo de edificios en un recinto vigilado en las afueras de la sosegada ciudad de Cheltenham, en Gloucestershire.

La GCHQ es la versión británica de la Agencia Nacional de Seguridad estadounidense (NSA), con la que coopera muy estrechamente; se trata de los oyentes cuyas antenas captan furtivamente casi todas las emisiones de radio y conversaciones telefónicas del mundo si se lo proponen.

Gracias a su cooperación con la GCHQ, la NSA posee una serie de estaciones en el interior de Gran Bretaña, además de sus otros puestos de escucha en todo el mundo. Por su parte, el GCHQ tiene sus propias estaciones en ultramar, entre las que destaca una de grandes dimensiones en el territorio bajo soberanía británica de Akrotiri, en Chipre.

Dada su proximidad a la región, la estación de Akrotiri controla el Oriente Medio, pero transmite todas sus grabaciones a Cheltenham para su análisis. Entre los analistas hay una serie de expertos que, aunque árabes de nacimiento, están acreditados en un nivel muy alto. Uno de ellos era el señor Al-Khourí, quien mucho tiempo atrás había sido elegido para instalarse en Gran Bretaña, donde acabó naturalizándose y contrayendo matrimonio con una inglesa.

Aquel afable diplomático ex jordano trabajaba ahora como analista superior en la división para los Países Árabes del GCHQ, donde, aunque hay muchos conocedores ingleses de la lengua árabe, a menudo él podía interpretar un significado oculto detrás del sentido aparente de un discurso dado por un dirigente del mundo árabe. Era él quien, a petición de Century, estaba esperando a Mike Martin en el restaurante.

Tuvieron un agradable almuerzo que duró dos horas, y solo hablaron en árabe.

Cuando se despidieron, Martin regresó paseando al edificio del SAS. Tendría que recibir instrucciones durante horas antes de que estuviese preparado para volar a Riad con un pasaporte que, como bien sabía, Century tendría listo con sus correspondientes visados y un nombre falso.

Antes de salir del restaurante, el señor Al-Khoury hizo una llamada desde el teléfono de pared en el tocador de caballeros.

—No hay ningún problema, Steve. Es perfecto. La verdad es que nunca había oído hablar a nadie como él. No es un árabe académico, ¿sabes?, es incluso mejor, desde tu punto de vista. Árabe de la calle, juramentos, jerga... No, ni rastro de acento... Sí, puede pasar perfectamente por árabe... en cualquier calle de Oriente Medio. No, no, en absoluto, amigo mío. Me alegro de poder ayudados.

Media hora más tarde había recogido su coche y estaba en la autopista M4 en dirección a Cheltenham. Antes de entrar en el cuartel general, Mike Martin también hizo una llamada a un número de la calle Gowe. El hombre con quien quería comunicarse respondió porque estaba en su despacho de la Escuela de Estudios Orientales y Africanos, donde trabajaba con unos documentos aprovechando que esa tarde no tenía que impartir clases.

—Hola, chico, soy yo.

El militar no tuvo necesidad de presentarse. Desde que estudiaban juntos en la escuela preparatoria en Bagdad, siempre había llamado «chico» a su hermano menor. Oyó un grito sofocado al otro extremo de la línea.

—¿Martin? ¿Dónde diablos estás?

—En Londres, en una cabina telefónica.

—Te creía en algún lugar del Golfo.

—He vuelto hoy por la mañana. Es probable que me marche esta misma noche.

—Oye, Martin, no vayas. Todo esto es culpa mía... Debería haber mantenido cerrada mi puñetera boca...

La risa profunda de su hermano le llegó al profesor a través de la línea.

—Me tenía intrigado por qué esos maricones se interesaban por mí de repente. Te invitaron a almorzar, ¿no es cierto?

—Sí, estábamos hablando de otra cosa. El tema surgió de repente y... se me escapó. Mira, no tienes obligación de ir. Diles que ha sido un error...

—Es demasiado tarde. De todos modos, ya he aceptado.

—Dios mío... —En su despacho, rodeado de tomos sobre la Mesopotamia medieval, al hermano menor se le llenaron los ojos de lágrimas—. Cuídate, Mike. Rezaré por ti.

Mike permaneció pensativo un momento. Sí, Terry siempre había sido un tanto religioso. Probablemente rezaría.

—Te lo agradezco, chico. Bueno, nos veremos a mi regreso.

Colgó el auricular. A solas en su despacho, el académico de cabello rojizo que adoraba como a un héroe a su hermano militar, apoyó la cabeza en las manos.

Cuando el vuelo de la British Airways de las nueve menos cuarto partió hacia Arabia Saudí, Mike Martin viajaba en él, con un pasaporte perfectamente visado a otro nombre. Poco antes del amanecer, el jefe del puesto de Century le recibiría en la embajada británica en Riad.

Don Walker pisó ligeramente el freno y el Corvette Stingray modelo 1963 se detuvo un momento en la entrada principal de la base Seymour Johnson de la Fuerza Aérea para dejar que pasaran un par de remolques antes de entrar en la autopista.

Hacía calor. El sol de agosto caía a plomo sobre la pequeña población de Goldsboro, en Carolina del Norte, y delante de él el asfalto parecía rielar como agua en movimiento. Era agradable viajar con la capota bajada y notar que el viento, por caliente que fuese, surcaba su cabello corto y rubio.

Manióbró el coche deportivo clásico, al que prodigaba tantas atenciones, a través de la pequeña ciudad dormida hasta la autopista 70 y luego entró en la autopista 13 en dirección nordeste.

Aquel tórrido verano de 1990, Don Walker era un hombre soltero de veintinueve años, de profesión piloto de combate, y acababa de enterarse de que se iba a la guerra gracias, al parecer, a cierto árabe misterioso llamado Saddam Hussein.

Esa misma mañana el coronel en jefe del ala, que no tardaría en ser ascendido a general, Hal Hornburg, se lo había explicado: dentro de tres días, el 9 de agosto, su escuadrilla, la 336 Rocketeers de la 9.^a Fuerza Aérea del Comando Aéreo Táctico (TAC), sería transportada al golfo Pérsico. Las órdenes procedían de la jefatura de la TAC en la base Langley de la Fuerza Aérea, en Hampton, Virginia. Así pues, la operación estaba en marcha, y el júbilo de los pilotos era enorme. ¿Para qué servían tantos años de adiestramiento si uno nunca tenía oportunidad de entrar en acción?

A solo tres días de la partida era mucho lo que quedaba por hacer, y para él, como oficial de armamento de la escuadrilla, todavía más, pero había rogado que le concedieran un permiso de veinticuatro horas para ir a despedirse de su familia; el teniente coronel Steve Turner, jefe de armamento, le había dicho que si el 9 de agosto, fecha en que los F-15 Eagle se pondrían en marcha, faltaba algún detalle, por pequeño que fuese, él personalmente le daría una patada en el culo. Entonces sonrió y dijo a Walker que si quería estar de vuelta a primera hora de la mañana sería mejor que se marchara cuanto antes.

Así pues, a las nueve de aquella mañana Walker avanzaba a toda velocidad por Snow Hill y Greenville, rumbo a la cadena de islas al este de Pamlico Sound. Era una suerte que sus padres no hubieran regresado a Tulsa, Oklahoma, pues en este caso no habría podido verles. Como era agosto, estaban veraneando en la casa que tenían en la playa, cerca de Hatteras, a cinco horas en coche desde la base.

Don Walker sabía que era un piloto competente y se recreaba en ello. Tener veintinueve años, hacer lo que más te gusta en el mundo y hacerlo, además, de maravilla, produce una agradable sensación. Le gustaba la base, le gustaban sus

compañeros y le encantaba la potencia del McDonnell Douglas F-15 Strike Eagle que pilotaba, la versión de ataque contra tierra del avión de combate aéreo 15C. Tenía la seguridad de que era el mejor modelo de avión de toda la Fuerza Aérea de Estados Unidos, y enviaba mentalmente a hacer puñetas a los pilotos de los Fighting Falcons, quienes aseguraban que sus aparatos eran los mejores. Solo el F-18 Hornet de la Armada podía compararse al suyo, o eso decían, pero él nunca había pilotado un Hornet ni le apetecía, pues el Eagle le iba de maravilla.

Al llegar a Bethel viró hacia el este, en dirección a Columbia y Whalebone, que era donde la carretera entraba en la cadena de islas, pasaba por Kitty Hawk y Nag's Head hasta que terminaba en Hatteras y uno se veía rodeado de mar por todas partes. Durante su adolescencia había pasado en Hatteras hermosas vacaciones, y hasta que su abuelo enfermó, se hacía a la mar con él muy temprano por la mañana para pescar.

Ahora que su padre se había jubilado de su cargo en la compañía petrolífera de Tulsa, tal vez pudiese pasar con su madre más tiempo en la casa veraniega, adonde él iría más a menudo a visitarlos. Era lo bastante joven para no permitir que ni siquiera le cruzara por la mente la posibilidad de que, si había una guerra, tal vez no regresara del Golfo.

A los dieciocho años, Walker finalizó la enseñanza media en Tulsa, con buenas notas y una sola ambición: volar. Hasta donde alcanzaba su memoria, siempre lo había deseado. Pasó cuatro años en la Universidad Estatal de Oklahoma y se licenció en ingeniería aeronáutica en junio de 1983. Sirvió en el Cuerpo de Adiestramiento de Oficiales de Reserva, y en otoño de ese año se incorporó a la Fuerza Aérea.

Llevó a cabo su adiestramiento de piloto en la base Williams de la Fuerza Aérea, cerca de Phoenix, Arizona, pilotando los T-33 y T-38, y al cabo de once meses, en el desfile de graduación, supo que se había distinguido en la superación de las pruebas, siendo el cuarto de cuarenta alumnos. Para su enorme satisfacción, los cinco primeros fueron enviados a la escuela de instrucción para pilotos de cazas de combate en la base de Holloman, cerca Alamogordo, Nuevo México. Con la suprema arrogancia de un joven destinado a pilotar cazas, pensó que los demás compañeros de curso serían destinados a manejar bombarderos o transportes de víveres y material bélico.

En la Unidad de Adiestramiento de Relevo, en Homestead, Florida, abandonó por fin el T-38 y pasó al F-4 Phantom, un avión de grandes dimensiones, pesado y potente, pero por fin un verdadero avión de combate.

Los nueve meses en Homestead finalizaron con su primer destino como integrante de una escuadrilla, a Osan, en Corea del Sur, donde pilotó los Phantom durante un año. Era bueno y lo sabía, cosa que, al parecer, también sabían los peces gordos. Después de Osan le enviaron a la escuela de armamento para cazas de combate en la base McConnell, en Wichita, Kansas.

En la escuela de armamento para cazas se imparte el curso considerado por

muchos como el más difícil de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. De ahí salen los pilotos de élite, los que conocen más a fondo los entresijos del oficio. La tecnología de las nuevas armas inspira un temor reverencial. Los graduados de McConnell tienen que comprender la finalidad de cada tornillo y cada tuerca, de cada chip de silicio y microcircuito en el asombroso despliegue de artillería que un avión de combate moderno puede lanzar contra el enemigo, en el aire o contra el suelo. Walker volvió a coronar el curso con mención honorífica, lo cual significaba que toda escuadrilla de combate de la Fuerza Aérea se alegraría de contar con él en sus filas.

En el verano de 1987 ingresó en el 336 de Goldsboro y pilotó aviones Phantom durante un año. Siguió cuatro meses en la base aérea Luke, en Phoenix, Arizona, adaptándose al modelo Strike Eagle con el que estaban renovando el equipo de los Rocketeers. Hacía más de un año que pilotaba el Eagle cuando Saddam Hussein invadió Kuwait.

Poco antes de mediodía, el Stingray llegó a la cadena de islas y pasó ante el monumento que se alza en Kitty Hawk, donde Orville y Wilbur Wright remontaron el vuelo a lo largo de unos metros con su cacharro de cuerdas y alambres para demostrar que el hombre realmente podía volar en un avión con motor. Si supieran lo que había ocurrido desde entonces...

A través de Nag's Head siguió la caravana de furgonetas y remolques de los campistas hasta que estos por fin se disgregaron y la carretera quedó vacía más allá del cabo Hatteras y hacia el extremo de la isla. Poco antes de la una, enfiló el sendero de acceso a la casa de madera de sus padres. Los encontró en el porche, frente al sereno mar azul.

Ray Walker fue el primero en ver a su hijo y lanzó una exclamación de placer. Maybelle salió de la cocina, donde había estado preparando el almuerzo y corrió a abrazarle. El abuelo estaba sentado en su mecedora, mirando el mar. Dan se acercó a él.

—Hola, abuelo, soy yo, Don.

El anciano alzó la vista y asintió con una sonrisa. Entonces su mirada volvió a perderse en el océano.

—No está muy bien —dijo Ray—. Unas veces te reconoce y otras no. Bueno, siéntate y cuéntanos. Eh, Maybelle, ¿hay un par de cervezas para dos hombres sedientos?

Mientras bebía su cerveza, Don informó a sus padres de que se iría al Golfo dentro de cinco días. Maybelle se cubrió la boca con la mano. El padre tenía una expresión grave.

—Bueno, supongo que para eso te has entrenado tanto —dijo por fin.

Don bebió un trago de cerveza y se preguntó una vez más por qué los padres siempre tienen que preocuparse tanto. El abuelo le miraba fijamente, y había alguna

clase de reconocimiento en sus ojos acuosos.

—Don se va a la guerra, abuelo —le gritó Ray Walker. Los ojos del viejo se animaron.

El abuelo había sido *marine* de profesión, un cuerpo en el que se había alistado nada más salir de la escuela, muchos años antes. En 1941 dio a su mujer un beso de despedida y la dejó con sus padres en Tulsa, junto con su hija recién nacida, Maybelle, para irse a la guerra del Pacífico. Estuvo con MacArthur en Corregidor y le oyó pronunciar aquella célebre palabra: «Volveré». Y cuando el general regresó, en efecto, él estuvo a veinte metros de él.

Entretanto se había abierto paso luchando a brazo partido por una docena de atolones desolados en las Marianas y había sobrevivido al infierno de Iwo Jima. Su cuerpo presentaba diecisiete cicatrices, todas ellas de heridas recibidas en combate, y tenía derecho a llevar las cintas de una Estrella de Plata, dos Estrellas de Bronce y siete Corazones Púrpura en el pecho.

Siempre se había negado a ascender, contento con su grado de sargento mayor, pues sabía dónde radicaba el verdadero poder. Desembarcó en la playa de Inchon, en Corea, y cuando finalmente le enviaron como instructor a la isla de Parris para que finalizara allí su carrera en el cuerpo, su uniforme de gala tenía más condecoraciones que cualquier otra prenda usada en la base. Cuando por fin se retiró tras dos aplazamientos, cuatro generales estuvieron presentes en su último desfile, una asistencia superior a la normal en la despedida de otro general.

El anciano hizo una seña a su nieto para que se acercara. Don se levantó de la mesa y se inclinó hacia él.

—Ten cuidado con los japoneses, muchacho —le susurró—, o te alcanzarán.

Don rodeó con un brazo los hombros delgados y reumáticos del anciano.

—No te preocupes, abuelo, que no tendrán oportunidad de acercarse a mí.

El viejo asintió y pareció satisfecho. Tenía ochenta años. Al final no habían sido los japoneses ni los coreanos quienes habían alcanzado al sargento inmortal, sino el viejo señor Alzheimer. En aquellos días se pasaba la mayor parte del tiempo sumido en un sueño placentero, cuidado por su hija y su yerno, porque no tenía ningún otro lugar donde ir.

Después de comer, los padres de Don le contaron su viaje por el golfo Pérsico, del que habían regresado cuatro días antes. Maybelle fue en busca de sus fotografías, que acababan de llegarle del laboratorio de revelado.

Don se sentó al lado de su madre, y ella fue seleccionando entre el montón de fotos, identificando los palacios y las mezquitas, las fachadas marítimas y los mercados de cada uno de los emiratos y dominios de jeques que había visitado.

—Debes tener mucho cuidado cuando estés allí —advirtió a su hijo—. Esta será la clase de gente a la que te enfrentarás. Son peligrosos, fíjate, solo tienes que mirar

esos ojos.

Don Walker observó la foto que su madre sostenía. El beduino estaba entre dos dunas, con el desierto detrás de él y el *keffiyeh* cubriéndole parte del rostro. Solo los ojos oscuros miraban con suspicacia a la cámara.

—No te preocupes, que estaré al acecho por si me topo con él —le prometió. Su madre no reparó en la ironía y pareció satisfecha.

A las cinco de la tarde dijo a sus padres que ya era hora de que regresase a la base. Le acompañaron a la parte delantera de la casa, donde había estacionado el coche. Maybelle estrechó a su hijo y le repitió que tuviera cuidado. Ray le dio un abrazo y le dijo que estaban orgullosos de él. Don subió al coche y retrocedió para virar hacia la carretera. Miró atrás.

Su abuelo, apoyado en dos bastones, salió a la terraza. Lentamente dejó los bastones a un lado y se enderezó, esforzándose por superar al reumatismo que le atenazaba la espalda y los hombros, hasta que estuvieron erguidos. Alzó la mano, con la palma hacia abajo, hasta lo alto de su gorra de béisbol, y la mantuvo allí: un viejo guerrero saludaba a su nieto, que partía hacia una guerra más...

Desde el coche, Don respondió al saludo. Luego pisó el acelerador y se alejó rápidamente. No volvió a ver a su abuelo. A finales de octubre, el anciano murió mientras dormía.

A aquella hora en Londres ya había oscurecido. Terry Martin se había quedado trabajando hasta muy tarde, pues aunque los alumnos estaban ausentes, pasando las largas vacaciones estivales, tenía que preparar sus conferencias y, además, le tenían muy ocupado los cursos especializados que la escuela impartía incluso durante las vacaciones de verano. Pero aquella noche, incluso después de haber trabajado tanto, intentaba encontrar algo que hacer para alejar la preocupación que embargaba su mente.

Sabía adónde había ido su hermano e imaginaba los peligros que comportaba el intento de penetrar clandestinamente en el Kuwait ocupado por los iraquíes.

A las diez de la noche, mientras Don Walker conducía hacia el norte desde Hatteras, salió de la escuela, deseó cortésmente las buenas noches al anciano portero que echó el cerrojo tras él, y caminó por la calle Gower y St. Martin's Lane hacia Trafalgar Square. Se dijo que, tal vez, las luces brillantes le animarían. La noche era cálida y fragante.

Al pasar por delante de St. Martin-in-the-Fields observó que las puertas estaban abiertas y hasta la calle llegaban las notas de los himnos religiosos. Entró, se sentó en un banco cerca del fondo y escuchó ensayar al coro. Pero las claras voces de este no hicieron más que aumentar su depresión. Pensó en la infancia que había compartido con Mike treinta años atrás, en Bagdad.

Nigel y Susan Martin vivían entonces en una antigua casa de dos plantas, sólida y espaciosa, en Saadun, un elegante distrito en la mitad de la ciudad llamada Risafa. Mike había nacido en 1953 y él dos años después, en 1955. Su primer recuerdo se remontaba a cuando tenía dos años y observaba cómo vestían de punta en blanco a su hermano de cabellos oscuros para asistir a su primer día en el parvulario de la señorita Saywell. Le pusieron camisa y pantalones cortos, zapatos y calcetines, el típico uniforme de un escolar inglés, y Mike protestó a gritos porque le separaban de su habitual túnica de algodón blanco que le daba libertad de movimientos y mantenía su cuerpo fresco.

En los años cincuenta, la vida era cómoda y elegante para la comunidad británica en Bagdad. Eran miembros del Club Mansour y del Alwiya, con sus pistas de tenis y squash y su piscina, donde los empleados de la Irak Petroleum Company y el personal de la embajada se reunían para jugar, nadar, entretenerse ociosamente o tomar bebidas en el bar.

Recordaba a Fátima, la *dada* o niñera que se ocupaba de él y su hermano, una muchacha rolliza y amable, procedente de un pueblo del interior, que ahorraba todo lo que podía a fin de llegar a tener una dote que le permitiera casarse con un hombre joven cuando regresara a su tribu. Él solía jugar con Fátima en el jardín, hasta que iban en busca de Mike a la escuela de la señorita Saywell.

Antes de cumplir los tres años los dos niños eran bilingües en inglés y árabe, idioma este último que aprendían de Fátima, el jardinero y la cocinera. Mike fue especialmente rápido en el aprendizaje de la lengua, y como su padre era un gran admirador de la cultura árabe, tenía numerosos amigos iraquíes que a menudo visitaban su casa.

En cualquier caso, los árabes tienden a ser muy cariñosos con los niños pequeños y les tienen mucha más paciencia que los europeos. Cuando Mike correteaba por el jardín con su pelo negro y sus ojos oscuros, enfundado en la túnica blanca y charlando en árabe, los amigos de su padre se reían con placer y exclamaban:

—¡Este Terry se parece mucho más a uno de nosotros!

Algunos fines de semana acudían a ver la cacería real Harithiya, una especie de caza del zorro inglesa transplantada a Oriente Medio en la que se cazaban chacales bajo la dirección del arquitecto municipal, Philip Hirst. Después de la cacería había una comida a base de *kuzi* y verduras. Hacían también deliciosas excursiones río abajo, a la isla del Cerdo, situada en medio del lento Tigris que dividía la ciudad.

Al cabo de dos años, al igual que hiciera Mike, Terry fue al parvulario de la señorita Saywell, pero gracias a su gran inteligencia adelantó tanto que los dos hermanos fueron juntos a la Escuela Preparatoria de la Fundación, dirigida por el señor Hartley.

Terry contaba seis años y su hermano ocho cuando asistieron por primera vez a la

escuela, situada en Tasisiya, donde había algunos alumnos ingleses pero también chicos iraquíes de familias acomodadas.

Por entonces ya se había producido en el país un golpe de estado. El joven rey y Nuri as Said habían sido asesinados y el general neocomunista Kassem se había hecho con el poder absoluto. Aunque los dos jóvenes hermanos ingleses no sabían nada de ello, la inquietud de sus padres, como la de toda la comunidad inglesa, iba en aumento. Kassem, que favorecía al partido comunista de Irak, estaba realizando un atroz asesinato en masa de los nacionalistas pertenecientes al partido Baas, quienes, a su vez, intentaron asesinar al general. Uno de los miembros del grupo que trató sin éxito de ametrallar al dictador era un joven revolucionario llamado Saddam Hussein.

Durante su primer día en la escuela preparatoria, Terry se vio rodeado por un grupo de muchachos iraquíes.

—Es un gusano —dijo uno de ellos.

—No soy un gusano —replicó Terry entre sollozos.

—Sí, lo eres —insistió el chico más alto—. Eres gordo y blanco, y mírate el pelo. Pareces un gusano. Gusano, gusano, gusano.

Entonces todos se sumaron a la salmodia. Mike apareció por detrás de su hermano. Naturalmente, todos hablaban en árabe.

—No llaméis gusano a mi hermano —les advirtió.

—¿Tu hermano? No parece tu hermano, pero sí que parece un gusano.

El uso del puño cerrado no forma parte de la cultura árabe. De hecho, es ajeno a la mayor parte de las culturas, con excepción de ciertas regiones del Lejano Oriente. Incluso al sur del Sahara el puño cerrado no es un arma tradicional. A los negros de África y sus descendientes tuvieron que enseñarles a apretar el puño y dar un golpe con él. Entonces se convirtieron en los mejores del mundo en esa práctica. El puñetazo es una tradición del Mediterráneo occidental y, en especial, de la cultura anglosajona.

El diestro puñetazo de Mike Martin dio de lleno en la mandíbula del chico iraquí que fastidiaba más a Terry, y le derribó al suelo. La sorpresa del muchacho fue muy superior al daño recibido, pero nadie volvió a llamar a Terry gusano.

Curiosamente, Mike y aquel chico iraquí luego se hicieron grandes amigos. Durante los años de la escuela preparatoria fueron inseparables. El iraquí se llamaba Hassan Rahmani. El tercer miembro de la pandilla de Mike era Abdelkarim Badri, quien tenía un hermano menor llamado Osman, de la misma edad que Terry. Así pues, Terry y Osman también se hicieron amigos, lo cual resultaba útil porque el Badri mayor se encontraba a menudo en casa de sus padres. Era médico y a los Martin les satisfacía mucho tenerle como médico de cabecera. Fue él quien atendió a Mike y Terry Martin cuando sufrieron las enfermedades propias de la infancia, como el sarampión, las paperas y la varicela.

Terry recordaba que al Bradi mayor le fascinaba la poesía; siempre estaba enfrascado en un libro de algún poeta inglés y había ganado premios de rapsodia incluso compitiendo con chicos ingleses. Osman, el menor, destacaba en matemáticas y decía que quería llegar a ser ingeniero o arquitecto y construir cosas hermosas. Aquella cálida noche de 1990, Terry, sentado en el banco de la iglesia, se preguntaba qué habría sido de ellos.

Mientras estudiaban en la Tasisiya empezaron a cambiar las cosas a su alrededor. Cuatro años después de que llegara al poder tras haber asesinado al rey, el mismo Kassem fue derribado y liquidado por unas fuerzas armadas a las que preocupaban sus coqueteos con el comunismo. Siguieron once meses de gobierno compartido entre el ejército y el partido Baas, durante los cuales los baasistas se vengaron salvajemente de sus antiguos perseguidores, los comunistas.

Entonces las fuerzas armadas expulsaron al Baas, obligándolo a exiliarse, y los militares gobernaron solos hasta 1968.

Pero en 1966, cuando contaba trece años, Mike había sido enviado a una escuela pública inglesa llamada Haileybury para que completara su educación. Terry siguió sus pasos en 1968. A finales de junio de aquel año, sus padres le llevaron a Inglaterra para que pudieran pasar juntos las largas vacaciones antes de que Terry se reuniese con Mike en Haileybury. Fue así, casualmente, como se perdieron los dos golpes de estado, del 14 y el 30 de julio, que derrocaron al gobierno militar y dieron el poder al partido Baas, bajo el presidente Bakr, con un vicepresidente llamado Saddam Hussein.

Nigel Martin sospechó que algo grave se preparaba e hizo planes. Abandonó la compañía petrolera IPC e ingresó en otra radicada en Gran Bretaña, la Burmah Oil. Dispuso el envío de las posesiones familiares en Bagdad e instaló a su familia en las afueras de Hertford, desde donde podría trasladarse diariamente a Londres y su nuevo empleo.

El padre de los hermanos Martin se aficionó mucho al golf. Los fines de semana, a menudo les pedía a sus hijos que hicieran de *caddies* cuando jugaba con un colega de la Burmah Oil, cierto ejecutivo llamado Denis Thatcher, cuya esposa se interesaba mucho por la política.

A Terry le encantaba la escuela de Haileybury, cuyo director era entonces el señor Bill Stewart. Ambos hermanos estaban en la subdivisión Melvill House, cuyo profesor encargado era Richard Rhodes-James. Como era de prever, Terry resultó ser el erudito y Mike el atleta. Si la actitud protectora de Mike hacia su hermano más bajo y rechoncho había empezado en Bagdad cuando asistían a la escuela del señor Hartley, en Haileybury se confirmó, así como la adoración del hermano menor por el mayor.

Mike no quiso presentarse al examen de selectividad universitaria y anunció

enseguida que deseaba dedicarse a una carrera militar. El señor Rhodes-James aceptó satisfecho esa decisión.

Cuando el coro dejó de ensayar, Terry Martin abandonó la iglesia a oscuras, cruzó Trafalgar Square y abordó un autobús que le condujo a Bayswater, donde él e Hilary compartían un piso. Al pasar por Park Lane recordó aquel partido final de rugby contra Tonbridge con el que Mike daba por concluidos sus cinco años en Haileybury.

El encuentro con Tonbridge era siempre el más difícil, y aquel año el partido tuvo lugar en casa, en el campo llamado The Terrace. Mike era defensa, quedaban cinco minutos de juego y Haileybury estaba dos puntos por debajo. Terry estaba en la línea lateral, como un fiel perro de presa, contemplando el juego de su hermano.

La pelota oval salió de una *melé* y cayó en manos del medio de Haileybury, quien se desvió alrededor de un jugador contrario e hizo un pase al zaguero centro más cercano. Mike echó a correr detrás de ellos. Solo Terry advirtió sus intenciones. Aceleró a toda velocidad, atravesó derechamente la línea de su propio zaguero interceptando un pase dirigido al extremo, se abrió paso a través de la defensa de Tonbridge y se dirigió a la línea de toque. Terry daba brincos y gritaba como un loco. Habría dado todos los aprobados de sus exámenes y los papeles de su beca a cambio de estar en aquel campo corriendo al lado de su hermano, aunque sabía que sus blancas y cortas piernas, cubiertas de aquel vello rojizo que parecía los pelos de una grosella silvestre, no le sostendrían a lo largo de diez metros en el terreno de juego antes de que la jauría de Tonbridge cayera sobre él.

Hubo una pausa en el griterío cuando el defensa del Tonbridge se disponía al placaje. Los dos estudiantes de dieciocho años tuvieron un encontronazo tremendo; el de Tonbridge rebotó a un lado, sin resuello y Mike siguió adelante y marcó los tres puntos necesarios.

Cuando los dos equipos abandonaron el campo, Terry esperaba, con una amplia sonrisa en los labios, junto al pasillo delimitado por cuerdas. Mike extendió la mano y le revolvió el cabello.

—Bueno, chico, lo hemos conseguido.

Y ahora, por haberse portado como un estúpido cuando debería haber mantenido la boca cerrada, había sido el causante de que enviasen a su hermano al Kuwait ocupado. Sentía deseos de verter lágrimas de inquietud y frustración.

Bajó del autobús y cruzó a toda prisa los jardines de Chepstow. Pensó que Hilary, que durante tres días había estado ausente por motivos de trabajo, ya debía de estar de vuelta. Él así lo esperaba, pues necesitaba su consuelo. La llamó nada más abrir la puerta, y oyó con alegría que ella le respondía desde la sala de estar.

Fue al encuentro de Hilary y le contó precipitadamente la estupidez que había cometido. Entonces se sintió rodeado por el consolador abrazo de la amable y comprensiva agente de bolsa con quien compartía su vida.

Mike Martin había pasado dos días con el jefe de estación que el servicio secreto tenía en Riad, estación cuyos efectivos habían sido incrementados con otros dos hombres de Century House.

La estación de Riad trabaja normalmente desde la embajada, y puesto que Arabia Saudí está considerado un país de lo más amistoso y favorable a los intereses británicos, nunca se ha creído necesario un puesto «duro», de los que requieren un personal considerable e instalaciones complejas. Pero la crisis en el Golfo, que duraba ya diez días, había cambiado las cosas.

La recientemente creada coalición de naciones occidentales y árabes, que se oponía de manera inflexible a que continuara la ocupación de Kuwait, había nombrado ya dos jefes supremos, el general Norman Schwarzkopf, de Estados Unidos, y el príncipe Khaled bin Sultan bin Abdulaziz, un soldado profesional de cuarenta y cuatro años, adiestrado en Sandhurst, Inglaterra, y en Estados Unidos, sobrino del rey e hijo del ministro de Defensa, príncipe Sultan.

El príncipe Khaled respondió a la solicitud británica con su amabilidad acostumbrada y, con notable celeridad, la embajada británica obtuvo, bajo régimen de alquiler, una gran finca aislada en las afueras de la ciudad.

Un grupo de técnicos procedentes de Londres comenzó a instalar receptores y transmisores con sus inevitables máquinas codificadoras para que el uso de tales artefactos fuese completamente seguro, y el edificio estaba a punto de convertirse en el cuartel general del servicio secreto británico mientras durase la emergencia. En algún lugar al otro lado de la ciudad, los estadounidenses estaban haciendo algo muy parecido para la CIA, la cual se proponía, con toda evidencia, tener una representación muy importante. Aún no había comenzado la animosidad que más tarde surgiría entre las autoridades militares estadounidenses y los civiles de la Agencia.

Entretanto, Mike Martin se había alojado en la casa particular del jefe de estación, Julian Gray. Ambos hombres acordaron que no sería nada conveniente que Martin se dejara ver en la embajada. La encantadora señora Gray, dedicada por entero a sus tareas de ama de casa, fue su anfitriona y jamás se le ocurrió preguntar quién era o qué estaba haciendo en Arabia Saudí. Martin no hablaba en árabe con el personal saudí, y se limitaba a aceptar el café que le ofrecían con una sonrisa y dando las gracias en inglés.

La noche del segundo día, Gray estaba dándole las instrucciones finales. Al parecer, y hasta donde les había sido posible, la cobertura era perfecta, al menos desde Riad.

—Volará usted a Dharran mañana por la mañana, en un vuelo civil de la línea Saudia. El vuelo directo a Khafji ha sido suspendido. Allí le estarán esperando. La Firma ha establecido un contacto en Khafji: se reunirá con usted y le llevará al norte.

Por cierto, creo que ese contacto ha pertenecido al regimiento. Se llama Sparky Low... ¿le conoce?

—Sí, le conozco —respondió Martin.

—Él tiene todo cuanto usted ha dicho que necesitaba. Y ha encontrado un joven piloto kuwaití con quien tal vez le gustaría hablar. Le proporcionaremos las últimas imágenes de los satélites americanos que muestran la zona fronteriza y las principales concentraciones de tropas iraquíes que es preciso evitar, más cualquier otra cosa que podamos facilitarle. Por último, aquí tenemos estas fotos que acaban de llegar de Londres.

Extendió una hilera de grandes y satinadas fotos sobre la mesa del comedor.

—Parece ser que Saddam aún no ha nombrado un gobernador general iraquí. Todavía sigue empeñado en organizar una administración de kuwaitíes traidores a su patria, pero no está llegando a ninguna parte. Ni siquiera la oposición kuwaití está dispuesta a seguirle el juego. Pero parece ser que ya hay allí una notable presencia de la policía secreta. Mire, se cree que este hombre es el jefe local de la AMAM, un tal Sabaawi, un cabrón redomado. Su jefe en Bagdad, que podría venir de visita, es el director de la Amn al Amm, Omar Khatib. Aquí lo tiene.

Martin examinó la fotografía; era un rostro adusto, que reflejaba una mezcla de crueldad y astucia campesina en los ojos y la boca.

—Tiene fama de sanguinario, lo mismo que su compinche de Kuwait, Sabaawi. Khatib tiene unos cuarenta y cinco años, procede de Tikrit y pertenece al clan de Saddam, de quien es secuaz desde hace mucho tiempo. No sabemos gran cosa de Sabaawi, pero se hará notar más.

Gray separó otra fotografía.

—Aparte de la AMAM, Bagdad ha enviado un equipo del departamento de contraespionaje, el Mukhabarat, probablemente para que se ocupe de los extranjeros y de cualquier intento de espionaje o sabotaje dirigido desde el exterior de Kuwait. El jefe de contraespionaje es este de aquí... tiene reputación de astuto y de que nadie le engaña. Puede que sea de él de quien debemos cuidarnos más.

Era el 8 de agosto. Otro Galaxy C-5 atronaba en el aire, a punto de aterrizar en el cercano aeropuerto militar, parte de la vasta maquinaria logística americana que ya estaba en funcionamiento entregando ingentes cantidades de material a un reino musulmán extremadamente tradicionalista que miraba todo aquello con nerviosidad y extrañeza.

Mike Martin bajó la vista y observó fijamente el rostro de Hassan Rahmani.

Steve Laing volvía a estar al teléfono.

—No quiero hablar —dijo Terry Martin.

—Creo que debería hacerlo, doctor Martin. Oiga, está usted preocupado por su

hermano, ¿no es cierto?

—Muchísimo.

—No hay motivos para ello, ¿sabe? Es un hombre de gran fortaleza y tenacidad y sabrá cuidar de sí mismo. Quería ir, de eso no le quepa duda. Podía rechazar nuestra proposición sin ningún problema.

—Debería haber mantenido la boca cerrada.

—Procure verlo de esta manera, doctor. Si ocurre lo peor, es posible que tengamos que enviar a muchos otros hermanos, maridos, hijos, tíos y novios al Golfo. Si podemos hacer algo para limitar las bajas, ¿por qué no hemos de intentarlo?

—De acuerdo. ¿Qué desea usted?

—Pues... creo que comer otra vez juntos. Es más fácil hablar de hombre a hombre. ¿Conoce el hotel Montcalm? ¿Le parece bien a la una?

Poco antes, aquella misma mañana, Laing había hecho a Simon Paxman una observación sobre Terry Martin: «A pesar de su inteligencia, es un tipo muy emotivo.» Paxman replicó: «Dios mío», como un entomólogo a quien le dicen que debajo de una roca ha sido descubierta una nueva especie.

El jefe de espías y el académico dispusieron de un tranquilo reservado en el restaurante... El señor Costa se había encargado de ello. Una vez servidos los barquillos de salmón ahumado, Laing abordó su tema.

—La cuestión es que hay muchas probabilidades de que tengamos una guerra en el Golfo. Todavía no, desde luego, pues hará falta tiempo para reunir las fuerzas necesarias. Pero los estadounidenses tienen el bocado entre los dientes. Están absolutamente decididos, con el apoyo total de nuestra buena señora de la calle Downing, a echar a Saddam Hussein y sus matones de Kuwait.

—Supongamos que se marcha de manera espontánea —sugirió Martin.

—Pues muy bien, entonces no hará falta una guerra —replicó Laing, aunque en su fuero interno pensaba que esa opción podía no ser tan buena. Corrían rumores que eran muy inquietantes, y esa era la verdadera causa de que estuviese almorzando con el arabista—. Pero si no lo hace, no tendremos más remedio que ir allí y echarle a puntapiés, bajo los auspicios de las Naciones Unidas.

—¿Nosotros?

—Bueno, principalmente los estadounidenses. Nosotros enviaremos fuerzas que se unirán a las suyas, de tierra, mar y aire. Ahora mismo tenemos barcos en el Golfo, y escuadrillas de cazas y cazabombarderos que se dirigen al sur. Así están las cosas. La señora Thatcher no desea que parezcamos tibios. Por el momento solo se trata de la operación Escudo del Desierto, para impedir que a ese cabrón se le ocurra avanzar al sur e invadir Arabia Saudí. Pero las cosas podrían complicarse mucho más. Supongo que habrá oído hablar de las WMD, ¿verdad?

—Por supuesto. Son las siglas con que se conocen las armas de destrucción

masiva.

—Ese es el problema. La guerra NBC, nuclear, química y bacteriológica. Durante un par de años nuestros hombres de Century han procurado, a título personal, advertir a los dirigentes políticos de la posibilidad de que ocurriera una cosa así. El año pasado el jefe presentó un informe sobre los servicios de Inteligencia en los años noventa. En él se advertía que desde el final de la guerra fría la gran amenaza es y será la proliferación nuclear. Dictadores llegados bruscamente al poder y de aspecto muy inestable acceden a un armamento de muy alta tecnología y luego posiblemente lo usen. A todos les parecía de perlas. Estupendo, que se armen. No movieron un dedo para impedirlo. Ahora, por supuesto, todos están preocupados y temerosos.

—Pues Saddam Hussein se ha hecho con un armamento formidable —observó el doctor Martin.

—Exactamente, mi querido amigo. Calculamos que Saddam ha invertido en armamento cincuenta mil millones de dólares en la última década. Por eso está en bancarrota... debe quince mil millones a los kuwaitíes, otros quince mil a los saudíes, y eso solo por los préstamos que le concedieron durante la guerra entre Irán e Irak. Ha invadido Kuwait porque los kuwaitíes se han negado a cancelar esas deudas y prestarle otros treinta mil millones para sacar a su economía del atolladero.

»Ahora, el meollo del problema es que un tercio de esos cincuenta mil millones, la increíble cifra de diecisiete mil millones de machacantes, la ha gastado en WMD o en los medios para fabricarlas.

—¿Y Occidente ha despertado por fin?

—Así es, totalmente. Está en marcha una impresionante operación. Langley ha recibido el encargo de investigar en todo el globo, tratando de localizar a cada uno de los gobiernos que vendieron algo a Irak y estudiando los permisos de exportación. Nosotros estamos haciendo lo mismo.

—No se tardaría mucho tiempo si todos cooperasen, y probablemente lo harán —dijo Martin, mientras llegaba a la mesa su aleta de raya.

—No es tan fácil —replicó Laing—. Aunque esto recién comienza, ya está muy claro que el yerno de Saddam, Kamil, ha montado una maquinaria diabólicamente inteligente para la obtención de armamento. Centenares de pequeñas empresas falsas en toda Europa y América del Norte, Central y del Sur, las cuales compran piezas que, por separado, parecen totalmente inofensivas. Falsifican las solicitudes de exportación, manipulan los detalles del producto, mienten acerca del verdadero uso que les darán, desvían las compras a través de países que constaban en el certificado de exportación y destino final. Pero si juntamos todas esas piezas de aspecto inocente, obtenemos algo realmente desagradable.

—Sabemos que tiene gas —dijo Martin—. Lo usó contra los kurdos y los iraníes en Fao. Fosgeno, gas mostaza... Pero tengo entendido que también dispone de

agentes nerviosos, sin olor, sin señales visibles, letales y de vida muy corta.

—Lo sabía, mi querido amigo. Es usted una mina de información.

Laing estaba perfectamente enterado de la existencia de gas venenoso, pero más sabía de los halagos.

—Luego está el ántrax —añadió Martin—. Ha experimentado con eso, y quizá con una epidemia de neumonía. Pero, mire, uno no puede ocuparse de esas cosas con un par de guantes de cocina. Hace falta un equipo químico muy complejo, y eso debería constar en las licencias de exportación.

Laing asintió y exhaló un suspiro de frustración.

—Debería constar, en efecto. Pero los investigadores ya han tropezado con dos problemas. Un muro de ofuscación por parte de ciertas empresas, sobre todo en Alemania, y la cuestión del uso dual. Alguien envía una carga de pesticida... ¿qué podría ser más inocente en un país que trata de estimular su producción agrícola? O por lo menos eso es lo que arguye. Otra empresa de otro país envía un producto químico diferente... por la misma razón aparente. Entonces un químico inteligente mezcla los dos productos y, ¡bingo!, ya tenemos un gas venenoso. Ambos proveedores replican gimoteando que ellos no sabían nada.

—La clave radicará en el equipo necesario para mezclar los productos —dijo Martin—. Se trata de una química de otra tecnología. No es posible mezclar esas cosas en una bañera. Encuentre a la gente que suministra las fábricas de llave en mano y a los hombres que las han instalado. Puede que se indignen mucho, pero sabían exactamente qué estaban haciendo cuando lo hacían, y para qué servía.

—¿Fábricas de llave en mano ha dicho usted? —preguntó Laing.

—Plantas enteras, construidas totalmente por empresas extranjeras contratadas. El nuevo propietario solo tiene que hacer girar la llave y entrar. Pero nada de esto explica el hecho de que estemos aquí hablando. Usted debe de tener acceso a químicos y físicos. Si estoy enterado de esas cosas, se debe a un puro interés personal. ¿Por qué me ha elegido?

Laing revolvió su café con semblante pensativo. Ahora tenía que andarse con pies de plomo.

—Sí, tenemos químicos y físicos, científicos de todas clases. Y sin duda aportarán algunas respuestas. Entonces traduciremos las respuestas al inglés corriente. En este asunto trabajamos en total cooperación con Washington. Los estadounidenses harán lo mismo y entonces compararemos nuestros análisis. Obtendremos algunas respuestas, pero no todas. Creemos que usted tiene algo diferente que ofrecer, y ese es el motivo por el que le haya invitado hoy a almorzar. ¿Sabía usted que nuestros altos mandos siguen aferrados a la idea de que los árabes serían incapaces de montar una bicicleta infantil, y no digamos inventarla?

Había tocado una fibra sensible, y lo sabía. El retrato psicológico del doctor Terry

Martin que había solicitado estaba a punto de demostrar su valor. Las mejillas del académico adquirieron una tonalidad rosa intensa, pero enseguida se dominó.

—La verdad es que me siento desconcertado cuando mis compatriotas insisten en que los árabes no son más que un puñado de camelleros aficionados a llevar paños de cocina en la cabeza —respondió—. Sí, realmente lo he oído expresado de esa manera. El hecho es que construían palacios de complejidad extrema, mezquitas, puertos, carreteras y sistemas de irrigación cuando nuestros antepasados corrían por ahí vestidos con pieles de oso. Tenían dirigentes y legisladores asombrosamente sabios cuando nosotros estábamos sumidos en la oscuridad medieval. —Se inclinó hacia delante y apuntó al hombre de Century con la cucharilla de café—. Créame, los iraquíes cuentan con algunos científicos brillantes, y como constructores son incomparables. Sus ingenieros de construcción son los mejores en un radio de dos mil kilómetros alrededor de Bagdad, y eso incluye a Israel. Es posible que muchos hayan sido adiestrados por la Unión Soviética u Occidente, pero han absorbido nuestro conocimiento como esponjas y luego han hecho un enorme esfuerzo propio...

Hizo una pausa y Laing aprovechó la oportunidad.

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted, doctor Martin. Solo llevo un año en la división para Oriente Medio de Century House, pero he llegado a la misma conclusión que usted: los iraquíes son un pueblo de mucho talento. Pero los gobierna un hombre que se ha revelado como un genocida. Todo ese dinero y todo ese talento van a ser utilizados para matar a miles, quizá centenares de miles de personas. ¿Va a aportar Saddam gloria al pueblo de Irak o va a llevarlos al matadero?

Martin suspiró.

—Está usted en lo cierto. Ese hombre es una aberración. No lo fue en el pasado, hace mucho tiempo, pero ha degenerado. Inspirándose en Adolf Hitler, ha pervertido el nacionalismo del viejo partido Baas convirtiéndolo en un nacionalsocialismo. ¿Qué quiere usted de mí?

Laing permaneció pensativo unos instantes. Ahora estaba cerca, demasiado cerca de la posibilidad de perder a su hombre.

—George Bush y la señora Thatcher han acordado que nuestros dos países creen un cuerpo dedicado a la investigación y el análisis de las WMD de Saddam Hussein. Los investigadores aportarán los hechos a medida que los descubran, los científicos nos dirán qué significan. ¿Con qué cuenta? ¿Cómo lo ha desarrollado? ¿De qué cantidades dispone? ¿Tenemos que protegernos de ello si hay guerra? ¿Máscaras antigás? ¿Trajes espaciales? ¿Antídotos inyectables? Todavía desconocemos lo que tiene y lo que nosotros necesitamos...

—Pero yo no sé nada de eso —le interrumpió Martin.

—Así es, pero conoce algo que nosotros ignoramos: la mente árabe, la mentalidad de Saddam. ¿Usará lo que tiene, se mantendrá testarudamente en Kuwait o se retirará,

qué inducciones le obligarán a marcharse, llegará hasta el final? Los nuestros sencillamente no comprenden ese concepto árabe del martirio.

Martin se echó a reír.

—El presidente Bush y cuantos le rodean actuarán de acuerdo con su educación, que se basa en la filosofía moral judeocristiana apoyada por el concepto grecorromano de la lógica. Y Saddam reaccionará sobre la base de la visión que tiene de sí mismo.

—¿Como árabe y musulmán?

—Qué va. El Islam no tiene nada que ver con ello. A Saddam le tienen sin cuidado las *hadith*, las enseñanzas codificadas del Profeta. Reza delante de las cámaras cuando le conviene. No, tiene usted que retroceder a Nínive y Asiria. No le importa cuántos mueran, mientras él crea que puede vencer.

—Pero no puede. Nadie puede vencer a Estados Unidos.

—Se equivoca. Usted utiliza el término «vencer» como lo haría un británico o un americano, como lo usan incluso ahora Bush, Scowcroft y los demás. Él lo verá de una manera diferente. Si abandona Kuwait porque el rey Fahd le paga para ello, cosa que podría haber sucedido si se hubiera celebrado la conferencia de Jeddah, puede vencer con honor. Pagar para que se marche es aceptable, y en ese caso vence. Pero Estados Unidos no permitirá tal cosa.

—Desde luego.

—Pero si abandona bajo amenaza, pierde, y todo el mundo árabe lo verá así. Perderá y probablemente morirá. Así pues, no se marchará.

—¿Y si los americanos lanzan contra él su maquinaria bélica? —replicó Laing—. Le harán polvo.

—No importa. Él tiene su búnquer. Su gente morirá, pero eso no es lo importante. Si puede perjudicar a Estados Unidos, saldrá victorioso. Si puede hacerle daño de veras, se cubrirá de gloria, muerto o vivo. Vencerá.

—Uf, es una cuestión complicada —suspiró Laing.

—No tanto. Cuando uno cruza el río Jordán, se produce un salto cuántico en la filosofía moral. Permítame que le pregunte de nuevo: ¿qué desea usted de mí?

—Se está formando un comité que tiene por fin asesorar a nuestros dirigentes sobre ese armamento de destrucción masiva. Los cañones, tanques, aviones... de eso se ocuparán los ministros de Defensa. El armamento convencional no es ningún problema. No es más que quincalla y podemos destruirla desde el aire.

»En realidad, hay dos comités, uno en Washington y otro aquí, en Londres, con observadores británicos en el suyo y estadounidenses en el nuestro. Habrá personal del Ministerio de Asuntos Exteriores, Aldermaston, Porton Down... Century tiene adjudicadas dos plazas. Voy a enviar a Simon Paxman, y quisiera que usted le acompañase, para cerciorarnos de que no hay ningún aspecto de la interpretación que

se nos pueda pasar por alto porque se trata de un aspecto peculiarmente árabe. Ese es su punto fuerte, y es precisamente ahí donde usted puede colaborar.

—Muy bien, si puedo contribuir en algo... aunque es posible que no sea nada. ¿Cómo se llama ese comité? ¿Cuándo se reúne?

—Ah, sí, Simon le telefoneará para darle los detalles. La verdad es que le han puesto un nombre apropiado. Se llama Medusa.

Aquella tarde del 10 de agosto un suave y cálido crepúsculo iba avanzando hacia la base de la Fuerza Aérea en Seymour Johnson, Carolina, anunciando la clase de noche idónea para poner una jarra de ponche de ron en el cubo del hielo y un filete de ternera alimentada con maíz en la parrilla.

Los hombres del escuadrón táctico de cazas 334 que todavía no operaban los F-15E, y los de la 335 TFS, los jefes, que volarían al Golfo en diciembre, permanecían inmóviles, a la espera. Con el escuadrón 336 componían la 4.^a Ala Táctica de Cazas de la 9.^a Fuerza Aérea. Era el 336 el que estaba en movimiento.

Dos días de actividad frenética llegaban a su fin; dos días de preparación de los aviones, planificación de la ruta, elección del equipo y almacenamiento de los manuales secretos y el ordenador del escuadrón cuyo banco de datos contenía todas las tácticas de combate, todo lo cual sería cargado en aviones de transporte. Trasladar un escuadrón de aviones de combate no es como trasladar una casa, lo que ya de por sí puede ser bastante complicado, sino como trasladar una pequeña ciudad.

Los veinticuatro Eagle permanecían estacionados sobre el asfalto, como bestias temibles que esperaran, agazapadas y en silencio, a que las pequeñas criaturas de la misma especie de aquellas que los habían diseñado y construido, subieran a bordo y, con una leve presión de la yema de sus dedos, desencadenaran su terrible poder.

Los aparatos estaban equipados para efectuar el largo vuelo alrededor del mundo, hasta la península de Arabia, en una sola jornada. Cada Eagle disponía de depósitos internos de combustible con 6.000 litros de gasolina de aviación. A lo largo de sus flancos llevaba dos depósitos adicionales, semejantes a ampollas de bajo perfil diseñados de modo que, una vez en vuelo, ofrecieran la menor resistencia posible al aire. Estos depósitos adicionales iban cargados con 2.500 litros de combustible cada uno. Debajo del fuselaje colgaban tres depósitos externos en forma de torpedo, cada uno de los cuales contenía 2.000 litros. Solo el peso del combustible, de trece toneladas y media, constituía la carga útil de cinco bombarderos de la Segunda Guerra Mundial... Y el Eagle es un caza.

El equipo personal de la tripulación iba empaquetado en vainas de viaje —en el pasado vainas de napalm a las que ahora se daba un uso más humano—, unos recipientes bajo las alas que contenían camisetas, calcetines, pantalones cortos, jabón, utensilios para el afeitado, uniformes, amuletos y revistas eróticas. Por lo que se

sabía, el camino hasta el bar para solteros más cercano podía ser muy largo.

Los grandes KC-10, aviones nodriza que abastecerían a los cazas a través del Atlántico y en la península de Arabia, eran cuatro en total y cada uno de ellos abastecía a seis Eagle. Ya estaban en el aire, aguardando sobre el océano.

Más adelante, una caravana aérea de Starlifter y Galaxie llevarían el resto, formado por un pequeño ejército de montadores y ajustadores, técnicos electrónicos y personal de apoyo, más la artillería y las piezas de repuesto, los elevadores eléctricos y los talleres, las máquinas, las herramientas y los bancos de trabajo. Podían contar con que al llegar a su destino no encontrarían nada, de modo que todo lo necesario para mantener a dos docenas de los cazabombarderos más sofisticados del mundo en perfecto estado y listos para el combate tendría que ser transportado en aquella misma odisea alrededor de medio mundo.

Cada uno de los Strike Eagle aparcados en la pista aquella tarde, representaba cuarenta y cuatro millones de dólares en cajas negras, aluminio, compuestos de fibra de carbono, ordenadores y mecanismos hidráulicos, junto con un trabajo de diseño verdaderamente genial. Si bien ese diseño se remontaba a treinta años atrás, el Eagle era un nuevo avión de caza, lo cual es una muestra del largo tiempo que requieren la investigación y el desarrollo de tales aparatos.

A la cabeza de la delegación cívica de Goldsboro estaba el alcalde de la comunidad, Hal K. Plonk. Este excelente funcionario goza del sobrenombre Kerplunk (juego de palabras entre su nombre y la expresión coloquial *kerflumixed*, que significa perplejo, confuso), apodo otorgado por sus agradecidos veinte mil conciudadanos debido a su capacidad para divertir a las arrogantes delegaciones de la políticamente correcta Washington con su acento sureño y su reserva de chistes. Se sabe que algunos habitantes de la capital han tenido que someterse a terapia traumática tras escuchar durante una hora las desternillantes bromas del alcalde. Naturalmente, cuando finaliza su período en el cargo de alcalde, Plonk es reelegido una y otra vez por una mayoría cada vez más amplia.

Junto al comandante del ala, Hal Hornberg, la delegación cívica contemplaba con orgullo cómo los Eagle, remolcados por tractores, salían de los hangares y las tripulaciones subían a bordo, el piloto en el asiento delantero de la doble carlinga y su oficial de sistemas de armamento, o «mago», detrás. Cada aparato estaba rodeado de un grupo de técnicos que efectuaban las comprobaciones necesarias antes del despegue.

—¿Le he contado alguna vez la anécdota del general y la furcia? —preguntó jovialmente el alcalde al serio oficial de la Fuerza Aérea que estaba a su lado.

Afortunadamente, en aquel momento Don Walker puso en marcha los motores de su avión y el aullido de los dos turbojets Pratt and Whitney F100-PW-220 ahogó los detalles de las desdichadas experiencias de la dama a manos del general. El F100 es

capaz de convertir el combustible líquido en un ruido y un calor tremendos, y 12.000 kilos de fuerza propulsora estaban a punto de hacerlo.

Uno tras otro, los veinticuatro Eagles del escuadrón 336 se pusieron en marcha y empezaron a recorrer los dos kilómetros hasta el extremo de la pista. Unas banderolas rojas que flameaban bajo las alas indicaban la ubicación de las espigas que sujetaban a sus pilones bajo las alas los misiles Stinger y Sidewinder. Estas espigas solo se extraían un momento antes del despegue. Su viaje a Arabia podría ser pacífico, pero poner en vuelo un Eagle sin ningún medio de autodefensa sería impensable.

A lo largo de la pista de rodaje hacia el punto de despegue se alineaban grupos de guardias armados y miembros de la policía de la Fuerza Aérea. Unos agitaban las manos, otros hacían el saludo militar. Poco antes de llegar a la pista de despegue, los Eagle volvieron a detenerse y fueron sometidos a las últimas atenciones por parte de un enjambre de técnicos artilleros y de tierra. Estos aseguraron las ruedas con cuñas y procedieron a examinar un motor tras otro, buscando filtraciones, accesorios o paneles sueltos, cualquier cosa que pudiera motivar un fallo mientras el avión rodara por la pista. Finalmente extrajeron las espigas de los misiles.

Entretanto, los Eagle aguardaban pacientemente. Sus medidas eran de 19,20 metros de largo, 5,5 metros de altura y 12,20 metros de envergadura; pesaban 18 toneladas sin combustible y 36 como máximo al despegar, cosa que iban a hacer enseguida. La carrera para realizar esta operación sería larga.

Finalmente los Eagle se dirigieron a la pista de despegue, viraron bajo la ligera brisa y aceleraron sobre el asfalto. Cuando los pilotos introdujeron las válvulas reguladoras a través de la «puerta», los quemadores auxiliares entraron en acción y unas llamaradas de diez metros brotaron de las tuberías de cola. Junto a la pista de despegue, los jefes de tripulación, protegidos del tremendo ruido mediante cascos, saludaron a sus bebés que partían para cumplir una misión en el extranjero. No volverían a verlos hasta que llegaran a Arabia Saudí.

Luego de recorrer un kilómetro y medio de pista a una velocidad de 185 nudos, las ruedas se alzaron del asfalto y los Eagle remontaron el vuelo. Subieron ruedas y alerones, las válvulas reguladoras se retiraron de los quemadores auxiliares y quedaron establecidas de modo que el vuelo procediera con potencia militar. Los veinticuatro Eagle dirigieron sus morros hacia el cielo, a una velocidad ascensional de 5.000 mil pies por minuto, y desaparecieron en el crepúsculo.

Llegaron al techo máximo de 25.000 pies y, al cabo de una hora, vieron las luces de posición y la luz estroboscópica de navegación del primer transporte de combustible KC-10. Era hora de llenar los depósitos a tope. Los dos motores F100 son terriblemente sedientos. Cuando funcionan los quemadores auxiliares cada uno consume 20.000 litros de combustible por hora, por cuyo motivo el motor auxiliar solo se usa para el despegue, en combate o cuando han de realizarse maniobras de

emergencia para salir inmediatamente de una zona peligrosa. Incluso cuando funcionan con la potencia normal, los motores necesitan ser llenados cada hora y media. Para llegar a Arabia Saudí era imprescindible la presencia de los KC-10, las «gasolineras celestes».

El escuadrón estaba ahora en amplia formación de frente, con una distancia de unos dos kilómetros entre los extremos de las alas de uno y otro avión. Don Walker, con su mago Tim detrás, echó un vistazo para ver si su piloto de flanco permanecía donde debía estar. Como volaban hacia el este, estaban ahora a oscuras sobre el Atlántico, pero el radar mostraba la posición de cada aparato y sus luces de navegación indicaban su localización.

En la cola del KC-10 que volaba por encima y delante de él, el operador del brazo alimentador abrió el panel que protegía su ventana al mundo exterior y contempló el mar de luces que tenía detrás. El brazo conector para trasvasar el combustible se extendió, esperando al primer cliente.

Cada grupo de seis Eagle ya había identificado al transporte de combustible que le correspondía, y Walker maniobró cuando le tocó su turno. Un toque del regulador y el Eagle se situó velozmente bajo el avión nodriza, al alcance del brazo alimentador. El operador dirigió el brazo hacia la espita que sobresalía del borde delantero del ala izquierda del caza. Una vez encajado el instrumento, el combustible empezó a fluir, 2.000 litros de JP4 por minuto. El Eagle bebía insaciablemente.

Una vez hubo repostado, Walker se retiró y su piloto de flanco ascendió para cargar combustible. Otros tres aviones nodriza hacían lo mismo con cada uno de sus seis pupilos.

Volaron durante toda la noche, que fue corta porque avanzaban en la dirección del sol a 350 nudos calibrados, es decir, el equivalente a unos ochocientos kilómetros por hora en el suelo. Al cabo de seis horas, el sol salió de nuevo y cruzaron la costa española, volaron al norte de la costa africana, evitando Libia, y se aproximaron a Egipto, que participaba en la coalición de fuerzas. El escuadrón 336 viró entonces al sudeste, sobrevoló el mar Rojo y tuvo el primer atisbo de esa enorme losa de grava y arena, color pardo y ocre, denominada desierto de Arabia.

Después de quince horas de vuelo, fatigados y rígidos, los cuarenta y ocho jóvenes americanos aterrizaron en Dhahran, Arabia Saudí. Al cabo de unas horas habían sido trasladados a su destino final, la base aérea omaní de Thumrait, en el sultanato de Muscat y Omán.

Allí vivirían en unas condiciones que más adelante recordarían con nostalgia, a 112 kilómetros de la frontera iraquí y la zona de peligro, durante cuatro meses, hasta mediados de diciembre. Cuando llegara su equipo de apoyo realizarían misiones de adiestramiento sobre el interior omaní, nadarían en las azules aguas del océano Índico y esperarían aquello que el buen Dios y Norman Schwarzkopf les tuvieran reservado.

En diciembre serían situados de nuevo en Arabia Saudí, y uno de ellos, aunque nunca lo sabría, alteraría el curso de la guerra.

El aeropuerto de Dhahran estaba atestado. Cuando Mike llegó allí procedente de Riad, tuvo la impresión de que la inmensa mayoría de la población del litoral se disponía a marcharse. Situado en el centro de la gran cadena de pozos petrolíferos que aportaron a Arabia Saudí su fabulosa riqueza, hacía mucho tiempo que conocía la presencia de americanos y europeos, al contrario de Taif, Riad, Yenbo y las demás ciudades del reino.

Ni siquiera el bullicioso puerto de Jeddah estaba acostumbrado a tantas caras anglosajonas en sus calles, pero en la segunda semana de agosto Dhahran estaba aturrida a causa de la invasión.

Algunos intentaban huir del país. Muchos habían recorrido en automóvil la autopista elevada que conectaba con Bahrein para una vez allí coger un avión. Otros estaban en el aeropuerto de Dhahran, sobre todo las esposas y familiares de los empleados de compañías petrolíferas, que se dirigían a Riad para enlazar con otro vuelo que les llevara a sus países.

Mientras esto ocurría, otros llegaban: un torrente de estadounidenses con su armamento y sus pertrechos. El avión civil en el que iba Martin se movía entre dos pesados Galaxy C-5, perteneciente a un convoy aéreo cuyos aparatos casi se rozaban morro con cola; habían sido enviados por Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos para participar en los trabajos que convertirían el nordeste de Arabia Saudí en un gran campamento militar.

Aquello no era la operación Tormenta del Desierto, la campaña para liberar Kuwait que tendría lugar cinco meses después, sino solo la denominada Escudo del Desierto, destinada a impedir el avance hacia el sur del ejército iraquí, que ahora había aumentado a catorce divisiones desplegadas a lo largo de la frontera y en todo Kuwait.

A un observador que estuviese en el aeropuerto de Dhahran podría parecerle impresionante, pero un estudio más minucioso revelaría que la piel protectora era delgada como el papel. Aún no habían llegado los carros blindados, y la artillería estadounidense (los primeros envíos estaban saliendo de la costa de Estados Unidos) y los pertrechos que transportaban los Galaxy, Starlifter y Hércules solo eran una fracción de la carga que podía transportar un barco.

Los Eagle que habían establecido su base en Dhahran y los Hornet de los *marines* en Bahrein, más los Tornado británicos que acababan de llegar de Dhahran y cuyos motores apenas se habían enfriado tras el vuelo desde Alemania, tenían suficientes pertrechos entre todos ellos para realizar media docena de misiones antes de que se agotaran.

Pero es necesario contar con más efectivos si se pretende detener un ataque decidido de una masa de blindados. A pesar de la impresionante exhibición de material militar en unos pocos aeropuertos, el nordeste de Arabia Saudí seguía desnudo bajo el sol.

Martin, con una bolsa de lona al hombro, se abrió paso entre la multitud que pululaba en el vestíbulo de llegadas, y distinguió un rostro familiar entre la muchedumbre agolpada frente a la barrera.

Cuando en su primer curso de selección para el SAS le dijeron que no tratarían de adiestrarle sino de matarle, no habían exagerado, pues a punto estuvieron de conseguirlo. Un día recorrió cincuenta kilómetros por los Brecons, uno de los terrenos más inhóspitos de Gran Bretaña, bajo una lluvia helada, con cincuenta kilos de equipo en su mochila Bergen. Al igual que sus compañeros, se encontraba más allá del cansancio, encerrado en un mundo particular donde toda la existencia era una emanación de dolor y solo sobrevivía la voluntad.

Entonces vio el camión, aquel hermoso camión que aguardaba. Era el fin de la marcha y, desde el punto de vista de la resistencia humana, el final de la línea. Cien metros, ochenta, cincuenta... el final del insoportable sufrimiento de su cuerpo iba acercándose mientras sus piernas insensibilizadas le llevaban, a él y a la pesada mochila Bergen, a lo largo de aquellos últimos metros.

En la caja del camión había un hombre sentado que contemplaba el rostro azotado por la lluvia y contorsionado por el dolor que avanzaba tambaleándose hacia él. Cuando la compuerta de cola estaba a pocos centímetros de los dedos extendidos, el hombre saltó a tierra, dio unos golpes en la parte trasera de la cabina y el camión se alejó. No recorrió unos centenares de metros más, sino otros quince kilómetros. Sparky Low era el hombre que estaba en el camión.

—Hola, Mike, me alegro de verte.

Cuesta mucho olvidar esa clase de cosas.

—Qué hay, Sparky, ¿cómo anda todo?

—Bastante complicado, ya que lo preguntas.

Sparky sacó del aparcamiento su jeep todoterreno sin ninguna señal distintiva y al cabo de media hora habían salido de Dhahran en dirección norte. Había unos trescientos kilómetros hasta Khafji, un trayecto de tres horas, pero después de que a su derecha dejaran atrás el aeropuerto de Jubail disfrutaron al menos de cierta intimidad. La carretera estaba vacía, nadie tenía deseos de visitar Khafji, una pequeña comunidad petrolífera en la frontera de Kuwait, ahora reducida a la condición de ciudad fantasma.

—¿Todavía llegan refugiados? —preguntó Martin.

—Algunos —respondió Sparky—, pero ya muy pocos. La oleada más importante llegó y se marchó. Los que vienen por la carretera principal son en su mayoría

mujeres y niños con pases... Los iraquíes les dejan marchar para librarse de ellos. Como ves, son bastante listos. Si yo dirigiera Kuwait también querría librarme de los expatriados. Llegan algunos indios, pero los iraquíes parecen ignorarlos. En ese aspecto no son tan listos. Los indios tienen buena información y he persuadido a un par de ellos para que desanden el camino y regresen con mensajes para nuestra gente.

—¿Has conseguido el material que te pedí?

—Sí. Gray debe de haber tocado algunos resortes. Llegó ayer, en un camión con inscripciones saudíes. Lo he dejado en la habitación de invitados. Esta noche cenaremos con ese joven piloto de la Fuerza Aérea kuwaití de quien te hablé. Afirma que tiene contactos con el interior, gente de confianza que podría ser útil.

Martin gruñó.

—No quiero que me vea la cara, podrían derribarle y someterle a un interrogatorio persuasivo.

—De acuerdo —dijo Sparky después de reflexionar un momento.

Martin pensó que la finca requisada para Sparky Low no estaba nada mal. Pertenecía a un ejecutivo estadounidense de la compañía petrolífera Aramco, que había retirado de allí a su hombre y le había dado instrucciones de que regresase a Dhahran.

Sabía que no era prudente preguntarle a Sparky Low qué estaba haciendo en aquel lugar. Resultaba evidente que también él había sido «tomado en préstamo» por Century House y su tarea parecía ser la de interceptar a los refugiados que se filtraban por el sur y, si hablaban, someterles a un interrogatorio sobre lo que habían visto y oído.

Khafji estaba prácticamente vacía, a excepción de los efectivos de la Guardia Nacional Saudí que permanecían atrincherados ocupando posiciones defensivas en la ciudad y sus alrededores. Pero aún quedaban unos pocos saudíes desconsolados que deambulaban de un lado a otro. En un puesto del mercado, cuyo vendedor no podía creer que tuviera realmente un cliente, Martin compró las ropas que necesitaba.

A mediados de agosto aún había corriente eléctrica en Khafji, lo cual significaba que el aire acondicionado funcionaba, así como la bomba del pozo y el calentador de agua. Había un baño disponible, pero Martin sabía que no debía utilizarlo.

No se había lavado, afeitado ni cepillado los dientes en los tres últimos días. Si la señora Gray, su anfitriona en Riad, había notado el creciente mal olor que despedía su invitado, como ciertamente ocurrió, era demasiado bien educada para mencionarlo. Para su higiene dental Martin se limitaba a utilizar una astilla de madera con la que se escarbaba los dientes después de las comidas. Sparky Low tampoco lo mencionó, pero conocía el motivo de aquella conducta.

El oficial kuwaití resultó ser un apuesto joven de veintiséis años desbordante de ira por lo que habían hecho a su país, y apoyaba sin reservas a los miembros de la

derrocada dinastía real Al Sabah, ahora alojados en un lujoso hotel de Taif como huéspedes del rey Fahd de Arabia Saudí.

También se quedó perplejo al ver que, si bien su anfitrión era, tal como había esperado, un oficial británico con informales ropas civiles, la tercera persona sentada a la mesa parecía ser un árabe; vestía un *thob* blancuzco y sucio y un *keffiyeh* moteado, uno de cuyos extremos le cubría la parte inferior de la cara. Low les presentó.

—¿Es usted realmente británico? —le preguntó el joven, sorprendido. Le explicaron por qué Martin vestía de aquella manera y mantenía su rostro cubierto. El capitán Al Khalifa asintió—. Le pido disculpas, comandante. Lo comprendo, desde luego.

Su relato fue claro y directo. La noche del 1 de agosto le llamaron a su casa y le pidieron que se presentase en la base aérea Ahinadi, donde estaba destinado. Durante la noche él y sus compañeros escucharon los informes radiofónicos de la invasión de su país desde el norte. Al amanecer, los cazas Skyhawk de su escuadrón fueron cargados de combustible, armados y preparados para el despegue. Aunque no era precisamente un avión moderno, el Skyhawk estadounidense aún podía resultar muy útil en un ataque contra efectivos estacionados en tierra. Nunca estaba a la altura de los Mig 23, 25 o 29 con que contaban las fuerzas iraquíes, o del Mirage de fabricación francesa, pero afortunadamente en su única misión de combate hasta la fecha no se había encontrado con ninguno de ellos.

Encontró sus blancos en los barrios residenciales al norte de la ciudad, poco después del amanecer.

—Alcancé uno de sus tanques con mis cohetes —contó excitado—. Lo sé porque lo vi arder. Entonces solo me quedaba el cañón, así que fui por los camiones que iban detrás. Le di al primero... viró bruscamente, se metió en una zanja y volcó. Se me acabaron las municiones y tuve que regresar, pero al pasar sobre Ahmadi la torre de control nos dijo que siguiéramos al sur, hacia la frontera, y salvásemos los aviones. Tenía el combustible justo para llegar a Dhahran.

»Hemos logrado sacar más de sesenta de nuestros aviones, ¿saben? Skyhawk, Mirage y los British Hawk de adiestramiento, además de helicópteros Gazelle, Puma y Super Puma. Ahora lucharé desde aquí y regresaré cuando mi país sea liberado. ¿Cuándo creen que empezará el ataque?

Sparky Low sonrió cautamente. La certidumbre de aquel muchacho era conmovedora.

—Me temo que todavía no. Debe usted ser paciente, pues hay que llevar a cabo una tarea de preparación. Háblenos de su padre.

Al parecer, el padre del piloto era un comerciante extremadamente rico, amigo de la familia real y con mucha influencia en el país.

—¿Favorecerá a las fuerzas invasoras? —le preguntó Low.

—Jamás, jamás hará tal cosa —replicó con vehemencia el joven Al Khalifa—, sino todo cuanto pueda por ayudar a la liberación. —Volvió sus ojos azules hacia el rostro cubierto por el paño moteado—. ¿Verá usted a mi padre? Puede confiar en él.

—Posiblemente —dijo Martin.

—¿Le dará un mensaje de mi parte?

Durante varios minutos escribió en una hoja de papel y luego se la dio a Martin. Cuando le condujeron de regreso a Dhahran, Martin quemó el papel en un cenicero, pues no podía entrar en Kuwait City llevando encima algo que pudiese incriminarlo.

A la mañana siguiente, con ayuda de Low colocó en la parte trasera del jeep el equipo que había pedido y se dirigieron de nuevo hacia el sur, hasta Manifah, donde giraron al oeste a lo largo de la carretera Tapline, que sigue el trazado de la frontera iraquí a través de Arabia Saudí. La llamaban así porque las siglas TAP corresponden a Trans Arabian Pipeline, y la carretera era esencial para el mantenimiento del oleoducto que transportaba una gran parte del crudo saudí hacia el oeste.

Más adelante, la carretera Tapline se convertiría en la principal arteria de transporte del mayor ejército terrestre jamás visto en movimiento, cuando cuatrocientos mil estadounidenses, setenta mil británicos, diez mil franceses y doscientos mil saudíes y otros soldados árabes avanzaran en masa para invadir Irak y Kuwait desde el sur. Pero aquel día estaba vacía.

Cuando había recorrido unos pocos kilómetros, el jeep viró de nuevo al norte, de regreso a la frontera entre Arabia Saudí y Kuwait, pero hacia un lugar diferente, tierra adentro. Cerca del viejo villorrio desértico de Hamatiyat, en el lado saudí de la frontera, esta se encuentra en su punto más próximo a Kuwait City.

Por otro lado, las fotografías de reconocimiento obtenidas por Gray en Riad mostraban que la masa de las fuerzas iraquíes estaba agrupada precisamente por encima de la frontera, pero cerca de la costa. Cuanto más se internaba uno en el país, más escasos y diseminados eran los puestos de avanzada iraquíes. Estaban concentrando sus fuerzas entre la intersección de Nuwaisib, en la costa, y el punto fronterizo de Al-Wafra, sesenta kilómetros tierra adentro.

La aldea de Hamatiyat se encontraba a ciento sesenta kilómetros, en pleno desierto, encajada en un pliegue de la línea fronteriza que acorta la distancia a Kuwait City.

Los camellos que Martin había solicitado les esperaban en una pequeña granja en las afueras del pueblo. Era una hembra joven, larguirucha y esbelta, y su vástago todavía de teta, también hembra y de color cremoso, con un morro aterciopelado y ojos de dulce mirada. Cuando creciera tendría un temperamento tan abominable como el de sus congéneres, pero por el momento era un encanto.

—¿Para qué sirve la cría? —preguntó Low. Estaban sentados en el jeep,

contemplando a los animales en el corral.

—Es una tapadera. Si alguien nos pregunta, diré que la llevo a las granjas que hay en las afueras de Sulaibiya, para venderla. Allí los precios son más altos.

Bajó del jeep y se dirigió arrastrando los pies calzados con sandalias, a despertar al camellero que dormitaba a la sombra de su chamizo. Durante media hora ambos hombres estuvieron de cuclillas en el suelo polvoriento, regateando el precio de los dos animales. Al camellero no se le ocurrió ni por un momento que aquel hombre de rostro oscuro, dientes manchados y barba cerdosa, vestido con una túnica sucia y que, por el olor que despedía, debía de hacer días que no se bañaba, no fuera otra cosa que un tratante beduino con dinero para invertir en un par de buenos camellos.

Una vez cerrado el trato, Martin pagó al camellero con un fajo de dinares saudíes que Low le había dado y que mantuvo durante un rato bajo un sobaco hasta que los billetes estuvieron lo bastante húmedos. Luego, condujo al par de camellos a lo largo de dos kilómetros y se detuvo cuando las dunas les resguardaban de posibles miradas indiscretas. Low llegó a su lado en el jeep.

Había permanecido sentado a unos centenares de metros del corral del camellero, observando. Aunque conocía bien al árabe peninsular, nunca había trabajado con Martin, y estaba impresionado. Aquel hombre no fingía meramente ser un árabe: a partir del momento en que bajó del jeep se había transformado por completo en un auténtico beduino, con su mismo porte y sus mismos gestos.

Aunque él no estaba enterado, el día anterior dos ingenieros británicos que intentaban escapar de Kuwait habían abandonado su piso vestidos con el típico *thob* kuwaití y el turbante llamado *guthra*. Antes de que hubiesen recorrido la mitad de la distancia que los separaba de su coche, un pillete de la calle les gritó: «Podéis vestiros como árabes, pero seguís andando como ingleses». Los ingenieros regresaron a su piso y no se movieron de él.

Sudando bajo el sol pero fuera de la vista de cualquiera que pudiese sorprenderse de que semejante tarea se hiciera cuando apretaba el calor del día, los dos hombres del SAS trasladaron el equipo a los grandes cestos que colgaban en los costados de la camella. Esta se había arrodillado, pero seguía protestando por el peso adicional, escupiendo y gruñendo a los hombres que tanto la molestaban.

Colocaron los cien kilos de explosivo Semtex-H en uno de los cestos, cada bloque de cinco kilos envuelto en un paño y con unos sacos de arpillera llenos de café encima, por si algún curioso soldado iraquí insistía en mirar el contenido. En el otro cesto cargaron metralletas, munición, detonadores, temporizadores y granadas, junto con un pequeño pero potente transmisor-receptor, con su antena plegable en forma de plato, capaz de captar transmisiones emitidas vía satélite, y sus baterías de repuesto de cadmio y níquel. Encima de este material también había sacos de café.

—¿Hay algo más que pueda hacer? —le preguntó Low una vez hubieron

terminado.

—No, eso es todo, gracias. Me quedaré aquí hasta la puesta del sol. No es necesario que esperes.

Low le tendió la mano.

—Siento lo que pasó en los Brecons.

Martin se la estrechó.

—No te preocupes. Sobreviví.

Low rió breve y ruidosamente.

—Sí, eso es lo que hacemos, arreglárnoslas por jodidos que estemos para sobrevivir. Te deseo que sigas teniendo suerte, Mike.

Low se alejó en el jeep. La camella eructó, regurgitó un bolo alimenticio y empezó a mascar. La cría trató de llegar a sus ubres, pero no lo consiguió y se tendió a su lado.

Martin se apoyó en la silla de montar, se apartó el *keffiyeh* de la cara y pensó en los días venideros. El desierto no representaría problema alguno, pero la frenética actividad que se desarrollaba en la ocupada capital de Kuwait tal vez lo fuese. ¿Hasta qué punto serían estrictos los controles, qué dificultades presentarían los que se hubiesen dispuesto en las carreteras, hasta dónde llegaría la astucia de los soldados encargados de ellos? Century House le había ofrecido la posibilidad de obtener documentos falsos, pero él la había rechazado, pues los iraquíes podían cambiar los documentos de identidad.

Confiaba en que la tapadera que había elegido fuese una de las mejores que se podían utilizar en el mundo árabe. Los beduinos iban y venían a su aire. No presentaban ninguna resistencia a los ejércitos invasores, pues habían visto demasiados: sarracenos y turcos, cruzados y caballeros templarios, alemanes y franceses, británicos y egipcios, israelíes e iraquíes. Habían sobrevivido a todas las invasiones porque siempre se mantenían al margen de los asuntos políticos y militares.

Muchos regímenes han intentado domarlos y ninguno lo ha conseguido. El rey Fahd de Arabia Saudí, tras decretar que todos sus ciudadanos debían tener una casa, levantó un hermoso pueblo llamado Escan, equipado con modernas instalaciones: piscina, lavabos, baños, agua corriente. Se procedió entonces a la recogida de unos cuantos beduinos y se les hizo vivir allí.

Bebían de la piscina —que parecía un oasis—, hacían sus necesidades en el patio y jugaban con los grifos. Finalmente se marcharon, explicando cortésmente a su monarca que preferían dormir bajo las estrellas. Escan fue sometido a una limpieza a fondo y utilizado por los estadounidenses durante la crisis del Golfo.

Martin sabía también que su verdadero problema radicaba en su estatura. Medía cerca de metro ochenta, y la mayoría de los beduinos son bastante más bajos. Siglos

de enfermedades y malnutrición han causado que sean, en general, canijos y enfermizos. En el desierto el agua solo es para beber, y eso es lo único que hacen con ella hombres, cabras y camellos. De ahí que Martin hubiera evitado bañarse. Sabía que el encanto de la vida en el desierto es algo exclusivo de los occidentales.

Carecía de papeles, pero eso no era ningún problema. Varios gobiernos han intentado proporcionar a los beduinos documentos de identidad, cosa que suele satisfacer sobremanera a los hombres de las tribus, porque esos documentos son muy útiles como papel higiénico, mejores que un puñado de grava. Que un policía o soldado insista en ver la documentación de un beduino es una pérdida de tiempo, y ambas partes lo saben. Desde el punto de vista de las autoridades, lo más importante es que los beduinos no provocan dificultades. Jamás se les ocurriría mezclarse con algún movimiento de resistencia kuwaití. Martin lo sabía, y confiaba en que los iraquíes lo supieran también.

Dormitó hasta la puesta del sol, y luego montó. Cuando le dijo «Hut, hut, hut», la camella se levantó. Martin esperó a que su cría mamara un rato, luego la ató detrás de la madre y emprendieron la marcha a un ritmo cómodo y oscilante que parece muy lento pero que cubre distancias asombrosas. La camella había comido y bebido bien en el corral y no se cansaría durante varios días.

Cuando poco antes de las ocho cruzó la frontera, Martin se hallaba al noroeste del puesto policial de Rugaifah, por donde una ancha trocha enlaza Kuwait con Arabia Saudí. La noche habría sido totalmente negra de no ser por el leve brillo de las estrellas. A su izquierda veía el tenue resplandor del campo petrolífero kuwaití de Manageesh, en el que probablemente habría una patrulla iraquí, pero el desierto que tenía por delante estaba vacío.

Según el mapa, había una distancia de cincuenta kilómetros hasta las granjas de camellos situadas al sur de Sulaibiya, el distrito en las afueras de Kuwait City donde se proponía dejar sus animales en un establo de alquiler hasta que volviera a necesitarlos. Pero antes enterraría el equipo en el desierto y señalaría el lugar. A menos que le obligaran a detenerse y sufriera un retraso, enterraría su carga en la oscuridad antes de que amaneciese, para lo que aún faltaban nueve horas. En la hora décima llegaría a las granjas de camellos.

Cuando el campo petrolífero de Manageesh quedó atrás, se orientó mediante su brújula de mano en línea recta hacia su destino. Como había supuesto, los iraquíes podían patrullar las carreteras, incluso las trochas y caminos, pero nunca el desierto. Ningún refugiado trataría de huir por allí ni enemigo alguno intentaría entrar.

Sabía que, cuando saliera el sol, desde las granjas de camellos podría subir a bordo de un camión que se dirigiera al centro de la ciudad, treinta kilómetros más adelante.

Allá en lo alto, silencioso en el cielo nocturno, se deslizaba un satélite KH-11 del

Departamento Nacional de Reconocimiento. Años antes, otras generaciones de satélites espías estadounidenses tenían que hacer fotos y desprender las cápsulas a intervalos en los vehículos de reingreso, para ser recuperados laboriosamente y procesar la película.

Los KH-11, de veinte metros de largo y con un peso de trece toneladas y media, son más listos. Cuando toman las imágenes procedentes de la Tierra, las codifican automáticamente en una serie de pulsaciones electrónicas que envían *hacia arriba*, a otro satélite situado a mayor altura.

El satélite receptor es uno de los que forman una red situada en una órbita geosincrónica, lo cual significa que giran en el espacio a una velocidad y con un rumbo que los mantiene siempre sobre el mismo punto de la Tierra. En realidad, puede decirse que se ciernen sobre esta.

Tras haber recibido las imágenes del KH-11, el satélite cernido puede enviarlas directamente a Estados Unidos o bien, si la curva de la tierra se interpone, hacerlas rebotar a través del espacio a otro «pájaro» cernido que enviará las imágenes a su destino final. De esta manera el Departamento Nacional de Reconocimiento está en condiciones de recoger su información fotográfica en «tiempo real», solo unos segundos después de que hayan sido tomadas las fotos.

La tecnología de los satélites actuales proporciona enormes ventajas en caso de guerra. Significa que el KH-11 puede ver, por ejemplo, un convoy enemigo en movimiento con la suficiente antelación para ordenar un ataque aéreo que pulverice los camiones. Los desdichados soldados que viajan en estos jamás sabrán cómo los han descubierto los cazabombarderos, pues los KH-11 pueden trabajar de día y de noche, sin importar que haya nubes o niebla.

Se ha dicho de ellos que lo ven todo, pero esto tiene más de ilusión que de verdad. Aquella noche, el KH-11 pasó por encima de Arabia Saudí y Kuwait, pero no vio al solitario beduino que penetraba en territorio prohibido, ni se habría preocupado si lo hubiese visto. Recorrió el espacio de Kuwait y entró en el de Irak. Vio muchos edificios y pequeñas ciudades industriales diseminados alrededor de Al Hillah y Tarmiya, Al Atheer y Tuwaitha, pero no vio lo que encerraban aquellas edificaciones, no vio las cubas de gas venenoso en preparación ni el hexafluoruro de uranio destinado a las centrifugadoras de difusión gaseosa de la planta separadora de isótopos.

El satélite siguió hacia el norte, observando los aeródromos, las autopistas y los puentes. Incluso vio el parque de vehículos auxiliares de Al Qubai, pero no reparó en él. Vio los centros industriales de Al Quaim, Jazira y Al Shirqat, al oeste y el norte de Bagdad, pero no los artefactos de destrucción masiva que se fabricaban en su interior. Pasó sobre Jebel Al Hamreen, pero no vio la Fortaleza, que había sido construida por el ingeniero Osman Badri. No era más que una montaña entre otras montañas, una

especie de aldea elevada entre otras aldeas también a considerable altitud. Entonces siguió su camino sobre el Kurdistán y Turquía.

Mike Martin proseguía lentamente pero sin pausa su camino rumbo a Kuwait City, amparado por las sombras y por aquel atuendo que no había llevado durante casi dos semanas. Sonrió al recordar el momento en que, cuando regresaba a su Land Rover tras un recorrido por el desierto en las afueras de Abu Dhabi, se sorprendió al verse interceptado por una rolliza dama estadounidense que señalaba su cámara y le gritaba «*Clic, clic*».

Se había convenido que el comité Medusa se reuniese para su conferencia preliminar en una sala ubicada en los sótanos de las dependencias ministeriales de Whitehall. La razón principal era la seguridad del edificio, registrado con regularidad en busca de posibles teléfonos intervenidos, aunque parecía que últimamente los rusos eran buenos chicos y por fin habían dejado de intentar unas prácticas tan fatigosas.

La sala a la que fueron conducidos los ocho invitados estaba dos plantas por debajo del nivel del suelo. Terry Martin había oído hablar de las cámaras selladas a prueba de escuchas clandestinas donde podía hablarse de los más delicados asuntos de Estado con una discreción absoluta bajo el edificio de aspecto inocente que se alzaba frente al Cenotafio.

Sir Paul Spruce presidía la reunión. Era un burócrata cortés y experimentado, con categoría de subsecretario permanente del gabinete ministerial. Se presentó a sí mismo y luego hizo lo propio con el resto de las personas allí reunidas. La embajada estadounidense estaba representada por el agregado auxiliar de Defensa y Harry Sinclair, un astuto y experto funcionario de Langley que desde hacía tres años se encontraba al frente de la delegación londinense de la CIA.

Sinclair era un hombre alto y anguloso a quien le gustaban las chaquetas de tweed, frecuentaba la ópera y se llevaba perfectamente bien con sus colegas británicos.

El hombre de la CIA asintió y guiñó un ojo a Simon Paxman, con quien había coincidido cierta vez en Londres en una reunión del Comité de Inteligencia Conjunta, en el que la CIA tenía un asiento permanente.

La tarea de Sinclair consistiría en anotar todo aquello de interés que pudieran presentar los científicos británicos y transmitir la información a Washington, donde la sección estadounidense, considerablemente mayor, del comité Medusa también celebraba sesión. Todos los hallazgos serían entonces cotejados y comparados para analizar el potencial con que contaba Irak para causar un número de bajas espeluznante.

Estaban presentes dos científicos de Aldermaston, el Centro de Investigación Armamentística situado en Berkshire. Les gustaba poner la palabra «atómico» delante

de sus siglas, WRE, pero en realidad en Aldermaston solo se llevan a cabo investigaciones sobre armamento convencional. El trabajo de aquellos científicos consistiría en tratar de elucidar, a partir de la información procedente de Estados Unidos, Europa y otros países, y de las fotografías aéreas de posibles instalaciones de investigación nuclear iraquíes, hasta qué punto Irak había avanzado en su intento de dominar la tecnología necesaria para fabricar una bomba atómica, en el caso de que lo hubiera hecho.

Había otros dos científicos, procedentes de Porton Down. Uno de ellos era químico, el otro un biólogo especializado en bacteriología.

Con frecuencia la prensa de izquierdas ha acusado a Porton Down de llevar a cabo investigaciones sobre armamento químico y bacteriológico para uso británico. De hecho, su investigación se ha centrado durante años en la búsqueda de antídotos para todas y cada una de las formas de ataque con gas y gérmenes que pudieran perpetrarse contra las tropas británicas y aliadas. Por desgracia, es imposible desarrollar antídotos contra cualquier germen sin estudiar primero las propiedades de la toxina. En consecuencia, los dos científicos de Porton tenían bajo su égida, y en condiciones de extrema seguridad, algunas sustancias francamente repulsivas. Claro que, aquel 13 de agosto, también las tenía el señor Saddam Hussein. La diferencia residía en que Gran Bretaña no se proponía usarlas contra los iraquíes, pero se temía que el señor Hussein no fuese tan considerado.

La tarea de los hombres de Porton consistiría en intentar deducir, mediante las listas de productos químicos adquiridos por Irak durante varios años, lo que tenía, en qué cantidades y los daños que podría causar si estuviera en condiciones de uso. También estudiarían las fotografías aéreas de una serie de fábricas y plantas industriales de Irak para detectar, en caso de que existieran, signos reveladores en la forma y tamaño de diversas estructuras (unidades de descontaminación, depuradores de emisiones) que pudieran identificar las fábricas de gas venenoso.

—Ahora, caballeros —empezó sir Paul dirigiéndose a los cuatro científicos—, la carga principal pesa sobre ustedes. Los demás les ayudaremos y apoyaremos en todo cuanto esté a nuestro alcance. Tengo dos volúmenes de informes enviados hasta ahora por nuestros agentes en el extranjero, personal de embajadas, misiones comerciales y los... caballeros del servicio secreto. Todavía estamos en una fase temprana. Estos son los primeros resultados tras seleccionar las licencias de exportación a Irak durante la pasada década, y, ni que decir tiene, proceden de gobiernos que no han dudado un instante en prestarnos su ayuda.

»Hemos lanzado la red lo más lejos que hemos podido. En estos informes se hace referencia a la exportación de productos químicos, materiales de construcción, equipo de laboratorio, productos de ingeniería especializados... casi todo excepto paraguas, lana para tejidos de punto y juguetes blandos. Algunas de estas exportaciones,

probablemente la mayor parte, resultarán ser compras normales de un país árabe en vías de desarrollo con propósitos pacíficos, y pido disculpas porque su estudio puede acabar siendo una pérdida de tiempo. Pero les ruego que no solo se concentren en las compras especializadas para la fabricación de armas de destrucción masiva, sino también en las adquisiciones de doble uso, géneros que podrían ser adaptados o desmontados para emplearlos con una finalidad distinta a la declarada.

»Bien, creo que nuestros colegas estadounidenses también han estado trabajando.

Sir Paul entregó uno de sus expedientes a los hombres de Porton Down y otro a los de Aldermaston. A su vez, el agente de la CIA sacó otro par de expedientes e hizo lo mismo. Los perplejos científicos se encontraron ante un grueso rimerero de papeles.

—Hemos procurado que entre los estadounidenses y nosotros no hubieran duplicaciones —explicó sir Paul—, pero me temo que algunas han sido inevitables. Una vez más, reciban mis disculpas. Y ahora les hablará el señor Sinclair.

El director de la representación de la CIA en Londres fue conciso y al grano, al contrario que el funcionario de Whitehall, que casi había hecho dormir a los científicos con su verborrea.

—La cuestión, caballeros, es que probablemente tendremos que luchar contra esos cabrones.

Esa manera de referirse al asunto resultaba más apropiada. Sinclair hablaba como a los británicos les gustaba pensar que son los estadounidenses: directos y sin miedo de morderse la lengua. Los cuatro científicos le escucharon con mucha atención.

—Si llega ese día, primero lanzaremos un ataque aéreo. Al igual que los británicos, deseamos que el número de nuestras bajas sea mínimo. Así pues, nuestro objetivo será destruir su infantería, artillería, tanques y aviones. Apuntaremos a sus emplazamientos de misiles SAM, enlaces de comunicaciones y centros de mando. Pero si Saddam utiliza armas de destrucción masiva, ustedes y nosotros sufriremos cuantiosas bajas. Por eso necesitamos saber dos cosas.

»En primer lugar, con qué material cuenta. De ese modo podremos planificar las necesidades de máscaras antigás, capotes herméticos y antídotos químicos. En segundo lugar, ¿dónde diablos lo oculta? Entonces podremos tomar como blanco las fábricas y los almacenes, y destruirlos antes de que haya podido usarlos. Así pues, estudien las fotos con lupa y busquen los signos reveladores. Nosotros seguiremos buscando y entrevistando a los contratistas que construyeron esas fábricas y a los científicos que equiparon sus interiores. Así obtendremos mucha información. Pero los iraquíes pueden haber hecho ciertas modificaciones, de modo que la tarea vuelve a recaer en ustedes, los analistas.

»Pueden salvar muchas vidas, de manera que pongan todo su empeño en esta labor. Identifiquen las WMD y nosotros iremos allí y bombardearemos las instalaciones hasta que no quede rastro de ellas.

Los cuatro científicos estaban entusiasmados. Tenían un trabajo que hacer y sabían cuál era. Sir Paul parecía sufrir ligeramente los efectos de una neurosis de guerra.

—Sí, bueno, todos estamos profundamente agradecidos al señor Sinclair por su... explicación. ¿Puedo sugerir que volvamos a reunirnos cuando Aldermaston o Porton tengan algo para nosotros?

Cuando salieron del edificio, Simon Paxman y Terry Martin pasearon bajo el cálido sol de agosto desde Whitehall a la plaza del Parlamento, atestada como de costumbre de autocares turísticos. Encontraron un banco vacío cerca del marmóreo pedestal de Winston Churchill, quien parecía contemplar furibundo a los impúdicos mortales agrupados a sus pies.

—¿Han visto las últimas noticias de Bagdad? —inquirió Paxman.

—Naturalmente.

Saddam Hussein acababa de ofrecer que se retiraría de Kuwait si Israel se retiraba de la Cisjordania y Siria del Líbano. Pretendía vincular las tres cosas. Las Naciones Unidas habían rechazado de plano esa oferta y el Consejo de Seguridad seguía aprobando resoluciones que interrumpían el comercio, las exportaciones de crudo, los movimientos de divisas, el transporte aéreo y los recursos de Irak. Pero la destrucción sistemática de Kuwait por parte del ejército de ocupación seguía adelante.

—¿Tiene eso alguna importancia?

—No, solo la indignación habitual. Era predecible. Es un numerito de cara al público. A la OLP le ha gustado, claro, pero eso es todo. No es un juego limpio.

—¿Acaso es capaz de jugar limpio? —preguntó Paxman—. Si así fuese, nadie puede averiguarlo. Los americanos creen que está loco.

—Lo sé. Anoche vi a Bush en la tele.

—¿De verdad está loco?

—Es taimado como un zorro.

—Entonces no entiendo por qué no avanza hacia el sur, en dirección a los campos petrolíferos saudíes, cuando todavía tiene oportunidad de hacerlo. La acumulación de fuerzas estadounidenses solo está empezando, y la nuestra también. En el Golfo hay unos pocos escuadrones y portaaviones, pero nada en tierra. La Fuerza Aérea por sí sola no puede detenerle. Ese general americano que acaban de nombrar...

—Schwarzkopf —dijo Martin—. Norman Schwarzkopf.

—Exacto. Él calcula que necesitará dos meses enteros antes de disponer de las fuerzas necesarias para detener y repeler una invasión a gran escala. En esas condiciones, ¿por qué Saddam no ataca ahora?

—Porque eso sería atacar a un estado árabe hermano con el que no tiene ningún pleito. Sería una ignominia que le enemistaría con el resto del mundo árabe. Es algo que va contra su cultura. Él desea dirigir el mundo árabe, que este le aclame, no que

le denigre.

—Pero ha invadido Kuwait —señaló Paxman.

—Eso ha sido diferente. Ha podido decir que corregía una injusticia imperialista, porque históricamente Kuwait siempre formó parte de Irak. Como Nehru cuando invadió la Goa portuguesa.

—Oh, vamos, Terry. Saddam ha invadido Kuwait porque estaba en bancarrota. Todos lo sabemos.

—Sí, esa es la verdadera razón. Pero el pretexto es que reclamaba un territorio iraquí al que tiene derecho. Mira, eso es algo que sucede en todo el mundo. India se apoderó de Goa, China del Tíbet, Indonesia ha invadido Timor Oriental. Argentina intentó hacerse con las Malvinas. En cada ocasión se aduce que el motivo de la invasión es recuperar un territorio propio que había sido arrebatado. Eso goza de enorme popularidad entre los súbditos del invasor.

—Entonces ¿por qué sus amigos árabes se vuelven contra él?

—Porque creen que no se saldrá con la suya —respondió Martin.

—Y no se saldrá, desde luego. Tienen razón.

—Solo a causa de Estados Unidos, no del mundo árabe. Para obtener la aclamación de este, debe humillar a Estados Unidos, no a su vecino árabe. ¿Ha estado usted en Bagdad?

—Hace mucho tiempo —dijo Paxman.

—Ahora está lleno de fotos de Saddam en las que aparece como el guerrero del desierto en un caballo blanco y con la espada alzada. Tonterías, por supuesto, pues ese hombre es un pistolero de barrio bajo. Pero así es como se ve a sí mismo.

Paxman se levantó.

—Todo esto es muy teórico, Terry, pero de todos modos le agradezco sus observaciones. El problema es que he de enfrentarme a hechos incontestables. En cualquier caso, nadie cree que pueda llegar a humillar a Estados Unidos. Los yanquis tienen en sus manos el poder y la tecnología. Cuando estén preparados, pueden ir allí y destrozarse por completo el Ejército y la Fuerza Aérea iraquíes.

Terry Martin entrecerró los ojos para protegerlos del sol.

—Las bajas, Simon, las bajas. Estados Unidos puede encajar muchas cosas, pero no una pérdida masiva de vidas humanas, al contrario de Saddam. A él no le importan las bajas.

—Pero allí todavía no hay suficientes americanos.

—Precisamente.

El Rolls Royce en el que viajaba Ahmed al Khalifa viró hacia el edificio de oficinas que se anunciaba en inglés y árabe como la sede de la Al Khalifa Trading Corporation Ltd., y se detuvo con un siseo.

El conductor, un sirviente corpulento, chófer y guardaespaldas, bajó del vehículo y se apresuró a abrir la puerta a su señor.

Tal vez fuese estúpido acudir allí en el Rolls, pero el millonario kuwaití había hecho caso omiso de las súplicas para que usara el Volvo por temor a ofender a los soldados iraquíes en los controles de carreteras.

—Que se pudran en el infierno —había farfullado mientras desayunaba.

De hecho, el viaje desde su suntuoso hogar —rodeado de un jardín vallado en el lujoso barrio residencial de Andalus— hasta el edificio de oficinas en Shamiya se había desarrollado sin incidentes.

Transcurridos diez días desde la invasión, los disciplinados soldados profesionales de la Guardia Republicana iraquí habían sido retirados de Kuwait City y sustituidos por la chusma reclutada que formaba el Ejército Popular. Si Al Khalifa había odiado a los primeros, por los segundos no sentía más que un profundo desprecio.

Durante los primeros días los guardias habían saqueado la ciudad de una manera sistemática y planeada. Él los había visto entrar en el Banco Nacional y extraer los lingotes de oro por valor de cinco mil millones de dólares que constituían la reserva nacional. Pero no se trataba de un saqueo con fines de lucro personal. Los lingotes habían sido guardados en contenedores herméticamente cerrados, introducidos en camiones y enviados a Bagdad. El Zoco del Oro había producido otros mil millones de dólares en objetos de oro, que habían seguido el mismo camino.

Los controles de carreteras de los guardias republicanos, distinguibles por sus boinas negras y su porte, habían sido estrictos y profesionales. Entonces, repentinamente, fueron enviados más al sur y apostados en la frontera meridional con Arabia Saudí.

En su lugar había llegado el Ejército Popular, formado por hombres andrajosos, sin afeitar, indisciplinados y, por esa misma razón, más impredecibles y peligrosos. Testimonio de ello era la muerte ocasional de algunos kuwaitíes por negarse a entregar su reloj o su coche.

Hacia mediados de agosto, el calor cayó como un martillo sobre un yunque. Los soldados iraquíes, en busca de refugio, destrozaron las calzadas, arrancando trozos de pavimento para construirse pequeñas chozas de piedra en las calles de cuya vigilancia estaban encargados. Al amanecer y por la noche, cuando refrescaba, salían de las chozas para fingir que eran soldados. Entonces vejaban a los civiles y se dedicaban al saqueo de alimentos y objetos valiosos bajo el pretexto de registrar los coches en busca de contrabando.

Normalmente, al señor Al Khalifa le gustaba estar en su lugar de trabajo a las siete de la mañana, pero al retrasar su salida hasta las diez, cuando el calor ya era muy intenso, había pasado ante los vivacs de piedra en los que se refugiaban los

soldados del Ejército Popular sin que nadie le detuviera. Dos soldados, desaliñados y sin gorra, habían hecho un desgarbado saludo militar al paso del Rolls Royce, suponiendo que en él viajaba algún notable de su propio bando.

Aquello no podía durar, desde luego. Más tarde o más temprano algún matón robaría el Rolls a punta de pistola. Pero ¿qué más daba? Cuando los hubieran echado del país, pues estaba convencido de que, aunque no supiera cuándo, así sería, se compraría otro.

El comerciante se apeó. Vestía una túnica de un blanco deslumbrante, y el liviano *ghutra* de algodón sujeto alrededor de la cabeza con dos cordones negros le caía sobre la cara. El conductor cerró la portezuela y regresó al coche para llevarlo al aparcamiento de la empresa.

—Una limosna, sayidi, por caridad, para uno que lleva tres días sin comer.

Solo había visto a medias al hombre que estaba en cuclillas en la acera, cerca de la puerta, al parecer durmiendo al sol, lo cual era una estampa corriente en cualquier ciudad de Oriente Medio. Ahora el hombre, un beduino con una túnica sucia, estaba a su lado y tendía la mano hacia él.

El chófer gritó al mendigo que se marchara, dirigiéndole un torrente de maldiciones. Ahmed al Khalifa alzó la mano; él era un musulmán practicante que intentaba regirse por las enseñanzas del sagrado Corán, una de las cuales es que uno ha de dar limosnas con tanta generosidad como le sea posible.

—Aparca el coche —ordenó al chófer.

Del bolsillo lateral de la túnica sacó su cartera y extrajo un billete de diez dinares. El beduino cogió el billete con ambas manos, indicando con este gesto que la dádiva de su benefactor pesaba tanto que necesitaba todas sus fuerzas para sostenerla.

—*Shukran, sayidi, shukran* —dijo el mendigo. Entonces, sin cambiar el tono de su voz, añadió—: Cuando esté en su despacho, envíe a alguien a buscarme. Tengo noticias de su hijo, que está en el sur.

El comerciante creyó haber oído mal. El hombre se apartó de él arrastrando los pies y se metió el billete en el bolsillo. Al Khalifa entró en el edificio, saludó con un gesto de la cabeza al portero uniformado y, un tanto aturdido, subió a su despacho, situado en el último piso. Una vez sentado ante su mesa, pensó un momento y luego pulsó el botón del intercomunicador.

—Fuera, en la acera, hay un beduino. Deseo hablar con él. Hágale subir, por favor.

Si su secretaria particular creía que su patrono se había vuelto loco, no lo evidenció. Solo su nariz arrugada mientras acompañaba al beduino al fresco despacho, cinco minutos después, indicaba lo que pensaba del olor corporal del sorprendente visitante de su jefe.

Cuando la secretaria se hubo marchado, el comerciante señaló un sillón.

—¿Dice usted que ha visto a mi hijo? —le preguntó sin preámbulos. Había pensado en la posibilidad de que el hombre estuviera allí en busca de una limosna todavía mayor.

—Sí, señor Al Khalifa. Estuve con él hace dos días en Khafji.

Al Kuwaití le dio un vuelco el corazón. Habían transcurrido dos semanas y aún no tenía ninguna noticia suya. Se había enterado indirectamente de que su único hijo había emprendido el vuelo desde la base aérea de Ahmadi, y luego... nada. Ninguno de sus contactos parecía saber qué había ocurrido. Aquel 2 de agosto la confusión había sido tremenda.

—¿Me trae usted un mensaje de él?

—Sí, sayidi.

Al Khalifa tendió la mano.

—Démelo, por favor. Le recompensaré bien.

—Lo tengo en la cabeza. No podía traer ningún papel encima, así que lo memoricé.

—Muy bien. Por favor, dígamelo.

Mike Martin enunció, palabra por palabra, la carta de una página que había escrito el piloto del Skyhawk.

—«Mi querido padre, a pesar de su aspecto, el hombre que tienes delante es un oficial británico...»

Al Khalifa se estremeció y miró fijamente a Martin. Le resultaba un tanto difícil dar crédito a lo que veía y oía.

—«Ha entrado clandestinamente en Kuwait. Ahora que lo sabes, tienes su vida en tus manos. Te ruego que confíes en él, como él debe confiar en ti ahora, pues te pedirá ayuda.

»"Estoy sano y salvo, en la base aérea saudí en Dhahran. Pude volar en una misión contra los iraquíes y destruí un tanque y un camión. Volaré con la Real Fuerza Aérea Saudí hasta la liberación de nuestro país.

»"Ruego a diario a Alá para que pasen rápidamente las horas hasta que pueda regresar y abrazarte de nuevo. Tu obediente hijo, Khaled."

Martin se interrumpió. Ahmed al Khalifa se puso de pie, fue hasta la ventana y miró hacia fuera. Aspiró hondo varias veces. Una vez se hubo recuperado, volvió a su silla.

—Gracias, muchas gracias. Dígame qué desea.

—La ocupación de Kuwait no durará unos pocos días, sino que se alargará varios meses, a menos que sea posible persuadir a Saddam Hussein de que se retire...

—¿Los americanos no vendrán pronto?

—Los americanos, británicos, franceses y demás países integrantes de la Coalición necesitarán tiempo para reunir sus fuerzas. Saddam dispone del cuarto

ejército permanente más grande del mundo, con más de un millón de hombres. Esa fuerza de ocupación no será desalojada por un puñado de soldados.

—Muy bien, lo comprendo.

—Entretanto, se considera que cada soldado, tanque y cañón iraquíes que puedan ser inmovilizados en el Kuwait ocupado, no podrán ser utilizados en la frontera...

—Está usted hablando de resistencia, una resistencia armada, de defendernos —dijo Al Khalifa—. Algunos muchachos impetuosos lo han intentado, han disparado contra las patrullas iraquíes, y han sido abatidos como perros.

—Sí, eso creo. Fueron valientes pero atolondrados. Existen maneras adecuadas de hacer estas cosas. La cuestión no reside en matar a unos centenares y en que te maten. Lo importante es lograr que el ejército de ocupación iraquí esté constantemente nervioso, siempre atemorizado, que sea necesario escoltar a cada oficial adondequiera que vaya, que nunca puedan dormir en paz.

—Mire, señor inglés, sé que tiene usted las mejores intenciones, pero sospecho que es un hombre acostumbrado a estas cosas y hábil en ellas, mientras que a mí me sucede lo contrario. Esos iraquíes son un pueblo cruel y salvaje. Los conocemos desde antiguo. Si hacemos lo que usted dice, habrá represalias.

—Es como una violación, señor Al Khalifa.

—¿Una violación?

—Cuando una mujer va a ser violada, puede defenderse o sucumbir. Si es dócil, será violada, probablemente golpeada y quizá asesinada. Si se defiende, también será violada, ciertamente golpeada y tal vez asesinada.

—Kuwait es la mujer e Irak el violador. Eso ya es sabido. Así pues, ¿para qué defenderse?

—Porque hay un mañana. Mañana Kuwait se mirará en el espejo. Su hijo verá el rostro de un guerrero.

Ahmed al Khalifa miró fijamente la cara morena y barbuda del inglés durante largo rato, y entonces dijo:

—Lo mismo hará su padre. Que Alá tenga misericordia de mi pueblo. ¿Qué necesita? ¿Dinero?

—No, gracias. Tengo dinero.

Disponía de diez mil dinares kuwaitíes que le había dado el embajador en Londres después de retirarlos del Banco de Kuwait situado en la esquina de las calles Baker y George.

—Necesito casas en las que alojarme. Seis en total...

—No hay ningún problema. Ya hay miles de pisos abandonados.

—Pisos no, sino casas independientes. En los edificios de pisos hay vecinos. En cambio, nadie investigará a un pobre hombre encargado de cuidar un chalet abandonado.

—Los encontraremos.

—También necesitaré documentos de identidad, auténticos documentos kuwaitíes. Tres en total. Uno para un médico kuwaití, otro para un contable indio y un tercero para un hortelano de fuera de la ciudad.

—De acuerdo. Tengo amigos en el Ministerio del Interior. Creo que ellos todavía controlan las imprentas que confeccionan los documentos de identidad. ¿Y qué me dice de las fotos respectivas?

—Para la del hortelano, busque a un viejo de la calle y páguele. En cuanto al médico y al contable, elíjalos entre miembros de su personal que se parezcan más o menos a mí pero estén bien afeitados. Esas fotografías siempre son de muy mala calidad. Finalmente, necesitaré tres coches. Una furgoneta blanca, un jeep todoterreno y una camioneta de caja abierta vieja y maltrecha. Todos ellos en garajes cerrados y todos con matrículas cambiadas.

—De acuerdo, se hará como usted dice. ¿Dónde recogerá los documentos de identidad y las llaves de los garajes y las casas?

—¿Conoce usted el cementerio cristiano?

Al Khalifa frunció el entrecejo.

—He oído hablar de él, pero nunca he estado allí.

—Está en la carretera de Jahra en Sulaibikhat, junto al principal cementerio musulmán. Tiene una puerta muy oscura con un minúsculo letrero que dice: «Para cristianos». La mayor parte de las lápidas corresponden a libaneses y sirios, a excepción de algunos filipinos y chinos. En el extremo de la derecha se encuentra la tumba de un marino mercante llamado Shepton, cuya lápida de mármol está floja. Debajo de ella he hecho una cavidad en la grava. Déjelo allí y, si tiene un mensaje para mí, deposítelo en el mismo sitio. Revise la tumba una vez a la semana, por si hay algún mensaje mío.

Al Khalifa sacudió la cabeza, perplejo.

—No estoy hecho para esa clase de cosas.

Mike Martin desapareció en el torbellino de personas que pululaban por las calles estrechas y los callejones del distrito de Bneid-al-Qar.

Al cabo de cinco días, bajo la lápida de la tumba del marino Shepton, encontró tres tarjetas de identidad, tres juegos de llaves de garaje con la indicación de sus respectivas direcciones, tres juegos de llaves de vehículo y cinco juegos de llaves de casas con las direcciones en sus etiquetas.

Dos días después, un camión iraquí que regresaba a la ciudad desde el campo petrolífero de Umm Gudayr voló en pedazos a consecuencia de haber chocado con algo.

Chip Barber, el jefe de la división de la CIA para Oriente Medio, llevaba dos días en Tel Aviv cuando sonó el teléfono del despacho que le habían destinado en la embajada americana. Era el jefe del departamento, que llamaba desde Estados Unidos.

—Va bien, Chip. El hombre ha vuelto a la ciudad. He convenido un encuentro con él a las cuatro en punto. Así tendrás tiempo de tomar el último vuelo hacia Estados Unidos que salga del Ben Gurion. Los chicos dicen que pasará por la oficina y nos recogerá.

El jefe de estación se hallaba ausente de la embajada, por lo que Barber habló de generalidades por si la línea estaba intervenida. Así era, desde luego, pero solo por los israelíes, quienes estaban enterados de todos modos. «El hombre» era el general Yaakov Kobi Dror, director del Mossad, «la oficina» era la misma embajada y «los chicos» eran los dos agentes personales de Dror que llegaron en un coche sin distintivos a las tres y diez.

Barber pensó que cincuenta minutos era demasiado tiempo para ir desde la embajada hasta la sede del Mossad, que está situado en un alto bloque de oficinas llamado Edificio Hadar Dafna, en el bulevar de Rey Saúl.

Pero no era allí donde tendría lugar la reunión. El coche avanzó velozmente hacia el norte, alejándose de la ciudad, pasó junto al aeródromo militar Sde Dov y enfiló la autopista costera en dirección a Haifa.

A la entrada de Herzlia está situado un gran centro hotelero de lujo llamado The Country Club. Es un lugar donde algunos israelíes, pero sobre todo ancianos judíos procedentes del extranjero, acuden a relajarse y disfrutar de las numerosas instalaciones sanitarias y balnearias que el centro posee. Esas personas felices no suelen alzar la vista hacia la colina al pie de la cual se encuentra el lugar de recreo. Si lo hicieran, verían, encaramado en lo alto, un edificio bastante espléndido desde donde se domina un magnífico panorama del campo circundante y el mar. Si preguntaran qué es, les dirían que la residencia veraniega del primer ministro.

En efecto, al primer ministro de Israel se le permite acudir allí, y es uno de los pocos autorizados, pues ese lugar es la escuela de adiestramiento del Mossad, conocida dentro de la organización como la Midrasha.

Yaakov Dror recibió a los dos estadounidenses en su despacho del último piso, una habitación clara y aireada, con el aire acondicionado puesto al máximo. Era un hombre bajo y rechoncho, vestido con el atuendo reglamentario israelí, camisa de manga corta y cuello abierto, y que fumaba los reglamentarios sesenta cigarrillos al día.

Barber agradeció el aire acondicionado, pues el humo le fastidiaba.

El jefe de los espías israelíes se levantó de su sillón y se adelantó con andar pesado.

—Chip, mi viejo amigo, ¿qué tal está últimamente?

Dio un abrazo al americano, bastante más alto que él. Le agradaba comportarse como un mal actor judío y representar el papel de oso amistoso y afable. Todo era fingido. En misiones anteriores como agente operativo veterano o *katsa*, había demostrado ser muy inteligente y extremadamente peligroso.

Chip Barber le devolvió el saludo. Las sonrisas eran tan poco sinceras como lejana la época en que iniciaran su relación. Y no había pasado tanto tiempo desde que un tribunal estadounidense sentenciara a Jonathan Pollard, del servicio secreto de la Armada, a una condena muy larga por espiar a favor de Israel, una operación que sin duda dirigió contra Estados Unidos el afable Kobi Dror.

Al cabo de diez minutos fueron al grano: Irak.

—Permítame que se lo diga, Chip —dijo Dror al tiempo que servía a su invitado otra taza de café lo bastante fuerte para mantenerlo despierto durante días—. Creo que está usted haciendo las cosas exactamente como deben hacerse. —Apagó el tercer cigarrillo en un gran cenicero de cristal. Barber intentó contener la respiración, pero tuvo que dejarlo correr.

—Si hemos de entrar —dijo Barber—, si él no se marcha de Kuwait y tenemos que entrar, empezaremos con bombardeos aéreos.

—Naturalmente.

—E iremos por sus armas de destrucción masiva. Eso también les interesa a ustedes, Kobi. En ese aspecto necesitamos cierto grado de cooperación.

—Chip, hemos observado esas armas de destrucción masiva durante años. Maldita sea, les hemos advertido de su existencia. ¿A quién cree que está destinado todo ese gas venenoso y esas bombas llenas de gérmenes y sustancias patógenas? A nosotros. Nos cansamos de avisar y nadie nos hizo caso. Hace nueve años volamos sus generadores nucleares en Osirak, le hicimos retroceder diez años en su búsqueda de la bomba, y el mundo nos condenó. Estados Unidos también...

—Esa fue una condena cosmética. Todos lo sabemos.

—De acuerdo, Chip, de modo que como hay vidas americanas en peligro, ya no hay cosmética que valga. Podrían morir americanos de verdad.

—Vamos, Kobi, no deje traslucir su paranoia.

—Tonterías. Mire, nos conviene que destruyan todas sus plantas de gas venenoso y sus laboratorios de gérmenes y sus instalaciones nucleares. Nos va la mar de bien. E incluso nos mantenemos al margen del asunto porque ahora el Tío Sam tiene aliados árabes. Así pues, ¿quién se queja? Israel no. Le hemos transmitido cuanto sabemos sobre sus programas de armas secretas. Todo cuanto tenemos; no nos hemos reservado nada.

—Necesitamos más, Kobi. De acuerdo, es posible que hayamos descuidado un poco a Irak en los últimos años. Teníamos que ocuparnos de la guerra fría. Ahora se

trata de Irak y nos falta material. Necesitamos información, no basura de la que puede recogerse en la calle, sino verdaderos filones de alto nivel. Por eso se lo pregunto directamente. ¿Cuenta usted con algún hombre bien situado dentro del régimen iraquí? Hemos de hacer preguntas y necesitamos respuestas. Y pagaremos; conocemos las reglas.

Hubo una pausa. Kobi Dror contempló el extremo encendido de su cigarrillo. Los otros dos altos funcionarios contemplaban la mesa.

—Chip —dijo Dror lentamente—, le doy mi palabra. Si tuviéramos un agente con acceso a los consejos de Bagdad, se lo diría. Le transmitiría toda la información. No lo tenemos, créame.

Más tarde el general Dror explicaría a su primer ministro, un Itzhak Shamir muy irritado, que cuando dijo eso no mentía. Pero lo cierto era que debería haber mencionado a Jericó.

Si aquel día Mike Martin no hubiera visto primero al joven, este habría muerto. Conducía su desvencijada camioneta cuya caja iba cargada de sandías que había comprado en una de las granjas cercanas a Jahra, cuando vio el turbante de lino blanco que oscilaba arriba y abajo detrás de un montón de cascotes, junto a la carretera. Pero antes de que el muchacho desapareciera detrás de los cascotes, le dio tiempo de ver el extremo del fusil que llevaba.

El vehículo cumplía bien con su cometido. Lo había pedido en aquel estado porque suponía, acertadamente, que más tarde o más temprano, y lo más probable era que muy pronto, los soldados iraquíes empezarían a confiscar los coches de buen aspecto para su propio uso.

Miró por el espejo retrovisor, pisó el freno y se detuvo en el arcén. Detrás de él había un camión lleno de soldados del Ejército Popular.

El joven kuwaití estaba apuntando al camión, tratando de mantener el veloz vehículo en el punto de mira del fusil, cuando una mano le cubrió la boca y otra le arrebató el arma.

—No creo que tengas ganas de morir, ¿eh? —gruñó una voz junto a su oído.

El camión pasó de largo y el momento de disparar contra él, también. El chico, que ya estaba bastante asustado por lo que iba a hacer, tenía ahora verdadero pánico.

Cuando el camión desapareció, la mano que se había cerrado sobre su cara, inmovilizándole la cabeza, aflojó su presa. El joven se contorsionó hasta librarse por completo de la mano y quedó tendido boca arriba. Agazapado sobre él había un beduino alto y barbudo que le miraba severamente.

—¿Quién eres? —preguntó el muchacho con un hilo de voz.

—Alguien que sabe lo estúpido que es matar a un solo iraquí cuando hay veinte más en el mismo camión. ¿Dónde tienes el vehículo con el que pensabas escapar?

—Allá —dijo el muchacho, que aparentaba unos veinte años e intentaba dejarse una barba todavía reacia.

El vehículo era un escúter que estaba a unos veinte metros, cerca de unos árboles. El beduino suspiró. Dejó el fusil en el suelo, un viejo Lee Enfield de calibre 303, que el chico debía de haber conseguido en una tienda de antigüedades, y le condujo sin contemplaciones a su camioneta.

Ocultó el fusil debajo de las sandías, retrocedió la corta distancia que lo separaba del montón de cascotes y luego avanzó hasta el escúter, lo levantó y lo puso encima de la carga de fruta. Varias sandías se rompieron.

—Sube —le ordenó al muchacho.

Recorrieron un trecho y, al llegar a un lugar tranquilo cerca del puerto de

Shuwaikh, se detuvieron.

—Dime, ¿qué crees que estabas haciendo? —le preguntó el beduino.

El muchacho miró a través del parabrisas manchado por los insectos reventados. Tenía los ojos húmedos y le temblaban los labios.

—Violaron a mi hermana. Es enfermera del hospital Al Adan. Fueron cuatro... está destrozada.

El beduino asintió.

—Habrá muchas más violaciones —replicó—. Así pues, ¿quieres matar iraquíes?

—Sí, tantos como pueda antes de morir.

—Pero se trata de no morir. Si es eso lo que quieres, será mejor que te adiestre. De lo contrario, no vas a durar ni un día.

El muchacho soltó un bufido.

—Los beduinos no luchan.

—¿Has oído hablar de la Legión Árabe? —El chico guardó silencio—. ¿Y antes de ellos del príncipe Faisal y la revuelta árabe? Todos eran beduinos. ¿Hay muchos como tú?

El joven resultó ser un estudiante de derecho que antes de la invasión cursaba estudios en la Universidad de Kuwait.

—Somos cinco y todos queremos lo mismo. Decidí ser el primero en intentarlo.

—Memoriza esta dirección —le dijo el beduino.

La dirección que le dio era la de un chalet en una calle poco transitada de Yarmuk. El chico la repitió erróneamente dos veces, y a la tercera lo hizo bien. Martin le obligó a repetirla veinte veces.

—Esta noche a las siete. Ya habrá oscurecido, pero el toque de queda no es hasta las diez. Acudid por separado. Aparcad por lo menos a doscientos metros y haced el resto a pie. Entrad a intervalos de dos minutos. La verja y la puerta de la casa estarán abiertas.

Contempló al muchacho que se alejaba en su escúter y suspiró. Pensó que era un material demasiado tosco, pero por el momento era todo lo que tenía.

Los jóvenes llegaron puntualmente. Martin, tendido en un terrado al otro lado de la calle, los observó. Estaban nerviosos e inseguros, miraban por encima del hombro, se escondían en los portales y volvían a salir. Seguramente habían visto demasiadas películas de Bogart. No apareció ningún agente de seguridad iraquí. Martin bajó del terrado, cruzó la calzada y entró en la casa por la parte trasera. Estaban sentados en la sala con las luces encendidas y las cortinas sin correr. Eran cuatro hombres y una mujer, todos ellos de tez morena y mirada ardiente.

Miraban hacia la puerta que daba al vestíbulo cuando él entró desde la cocina. Había aparecido como por ensalmo. Los jóvenes tuvieron un atisbo de él antes de que apagara la luz.

—Corred las cortinas —ordenó en voz baja. La muchacha lo hizo, pues era una tarea femenina. Entonces él encendió nuevamente la luz—. Nunca estéis en una habitación iluminada con las cortinas descorridas —les dijo—. No es conveniente que os vean juntos.

Había dividido las seis residencias en dos grupos. Él vivía en cuatro, y se alojaba en una o en otra sin seguir ninguna pauta regular. Cada vez que salía dejaba pequeñas señales, una hoja en el quicio de la puerta, una lata en el escalón. Si alguna vez faltaban, sabría que alguien había visitado la casa. En las otras dos viviendas había almacenado el equipo que había desenterrado y traído desde el desierto. La vivienda que había elegido para reunirse con los estudiantes era la menos importante de todas, y ahora ya no podría volver a usarla para dormir.

Todos los jóvenes eran estudiantes excepto uno que trabajaba en un banco. Les pidió que se presentaran.

—Ahora necesitáis nuevos nombres. —Les proporcionó cinco nuevos nombres—. No debéis decírselos a nadie, ni amigos ni padres ni hermanos, a nadie en absoluto. Cada vez que los uséis, sabréis que el mensaje procede de uno de vosotros.

—¿Cómo te llamaremos? —le preguntó la muchacha, a quien había puesto el nombre de Rana.

—El Beduino —dijo él—. Será suficiente. A ver, repite la dirección de esta casa.

El joven al que había señalado se quedó un rato pensativo y luego sacó un trozo de papel. Martin se lo quitó.

—Nada de papeles. Hay que memorizarlo todo. Puede que los hombres del Ejército Popular sean estúpidos, pero la policía secreta no lo es. Si os registran, ¿cómo explicaréis esto?

Pidió a los tres que habían anotado la dirección que quemaran los trozos de papel.

—¿Conocéis bien la ciudad?

—Bastante bien —dijo el mayor, el empleado de banco, que tenía veinticinco años.

—Eso no es suficiente. Mañana comprad planos y estudiadlos como si tuvieseis que pasar un examen final. Aprenderéis todas las calles y callejones, las plazas y jardines, las avenidas, la situación de los principales edificios públicos, de todas las mezquitas y los juzgados. ¿Sabéis que están quitando los letreros de las calles?

Ellos asintieron. Apenas transcurridos quince días de la invasión, una vez se hubieron recobrado de la conmoción, los kuwaitíes estaban empezando a organizar una forma de resistencia pasiva, de desobediencia civil espontánea y sin coordinación, uno de cuyos aspectos era la eliminación de las placas con los nombres de las calles. Para empezar, Kuwait es una ciudad complicada: si se le priva de los nombres de las calles, se convierte en un laberinto.

Así pues, era comprensible que las patrullas iraquíes empezaran a perderse. Para

la policía secreta, encontrar la dirección de un sospechoso era una pesadilla. Por la noche se arrancaban las señalizaciones en los cruces principales, o se las intercambiaba.

La primera noche Martin impartió a los alumnos dos horas de adiestramiento en seguridad básica. Siempre debían tener una cobertura verificable para explicar cualquier viaje o cita. Jamás debían llevar encima papeles incriminatorios. Siempre debían tratar a los soldados iraquíes con un respeto rayano en la deferencia. No debían confiar en nadie.

—De ahora en adelante cada uno de vosotros será dos personas: la verdadera, la que todo el mundo conoce, el estudiante, el empleado. Esta persona es cortés, atenta, respetuosa de la ley, inocente, inocua. Los iraquíes le dejarán en paz porque no representa una amenaza para ellos, nunca insulta a su país ni a su bandera ni a su líder, nunca llama la atención de la AMAM. Se mantiene libre y con vida. La otra persona solo aparecerá en una ocasión especial, cuando deba realizar una misión. Entonces se volverá hábil y peligrosa, y seguirá con vida.

Les enseñó las normas de seguridad que debían observar cuando acudieran a una reunión o a una cita: presentarse pronto, aparcar a considerable distancia, ponerse a cubierto en las sombras, vigilar durante veinte minutos, examinar las casas circundantes, buscar cabezas en el tejado —las cabezas del grupo que aguarda para tender una emboscada—, tener el oído atento para captar el ruido de las botas de un soldado en la grava, el resplandor de un cigarrillo, el tintineo del metal al chocar contra el metal. Cuando todavía estaban a tiempo de regresar a sus casas antes del toque de queda, los despidió. Los jóvenes no podían ocultar su decepción.

—¿Y los invasores? ¿Cuándo empezamos a matarles?

—Cuando sepáis cómo hacerlo.

—¿Ahora no podemos hacer nada?

—Vamos a ver, cuando los iraquíes se mueven de un lado a otro, ¿lo hacen andando?

—No, usan camiones, furgonetas, jeeps, coches robados dijo el estudiante de derecho.

—Coches que tienen depósitos de combustible —dijo el Beduino—, cuyos tapones se pueden desenroscar fácilmente con un rápido movimiento. Terrones de azúcar... veinte terrones en cada depósito de combustible. El azúcar se disuelve en la gasolina, pasa a través del carburador y con el calor de la combustión se convierte en un caramelo duro que destroza el motor. Tened mucho cuidado de que no os sorprendan haciendo eso. Trabajad en parejas y de noche. Uno vigila mientras el otro echa el azúcar. No os olvidéis de enroscar de nuevo el tapón. Tardaréis unos diez segundos.

»Otro sistema: un trozo de madera contrachapada de diez centímetros de lado,

atravesada por cuatro clavos afilados. Dejádla deslizarse por debajo del *thob* hasta que caiga a vuestros pies. Empujádla con la punta del pie hacia el borde del neumático delantero de un vehículo aparcado.

»Un tercer sistema: como en Kuwait hay ratas, también hay tiendas donde se vende raticida. Comprad el que contiene estricnina. Luego comprad pasta de hornear en una panadería. Mezcladla con el veneno, usando guantes de goma, y luego destruid los guantes. Hornead el pan en el horno de la cocina, siempre que estéis solos en casa.

Los estudiantes le miraban boquiabiertos.

—¿Tenemos que dárselos a los iraquíes?

—No; lleváis las hogazas en cestos abiertos detrás de la moto, o en el maletero del coche. Ellos os detendrán en los controles de carreteras y os confiscarán el pan. Volveremos a encontrarnos aquí dentro de seis días.

Al cabo de cuatro días los camiones iraquíes empezaron a averiarse. Algunos eran remolcados y otros abandonados. En total, seis camiones y cuatro jeeps quedaron fuera de combate. Los mecánicos descubrieron el motivo, pero no pudieron descubrir cuándo había ocurrido ni quién era el culpable. Los neumáticos empezaron a estallar y los trozos de madera con clavos fueron entregados a la policía de seguridad, que se encolerizó y azotó a varios kuwaitíes detenidos al azar en las calles.

Los hospitales empezaron a llenarse de soldados enfermos que vomitaban y se quejaban de dolor de estómago. Como su propio ejército apenas les daba de comer y vivían al día en los bloqueos de carreteras y los chamizos de piedra a lo largo de las calles, se supuso que habían bebido agua contaminada.

Un día, en el hospital Amiri de Dasman, un técnico de laboratorio kuwaití llevó a cabo un análisis de una muestra de vómito de un enfermo iraquí. Se acercó al jefe de su departamento, lleno de perplejidad.

—Ha ingerido raticida, profesor, pero dice que en los últimos tres días solo ha comido pan y un poco de fruta.

El profesor parecía desconcertado.

—¿Pan del ejército iraquí?

—No, no le daban pan desde hacía días. Lo requisó a un chico kuwaití que pasaba con un cesto de panes.

—¿Dónde tienes las muestras?

—En el laboratorio. He pensado que sería mejor que usted las viera primero.

—Tienes razón. Has hecho bien. Destruyélas. No has visto nada, ¿comprendes?

El profesor regresó a su despacho sacudiendo la cabeza. Matarratas... ¿Quién demonios habría pensado en eso?

El comité Medusa volvió a reunirse el 30 de agosto, porque el doctor en bacteriología de Porton Down creía haber descubierto todo lo posible en aquellos momentos acerca del programa de guerra bacteriológica iraquí, tal como era o parecía ser.

—Me temo que disponemos de unos datos muy imprecisos —dijo el doctor Bryant a sus oyentes—. La razón principal es que el estudio de la bacteriología puede ser realizado apropiadamente en cualquier laboratorio forense o veterinario que utilice el mismo equipo disponible en un laboratorio químico, y eso no se reflejará en los permisos de exportación.

»Miren, la mayor parte del producto es beneficiosa para la humanidad, está destinada a curar enfermedades, no a extenderlas. Por ello nada podría ser más natural en un país que se encuentra en vías de desarrollo que mostrar deseos de estudiar la bilharzia, el beriberi, la fiebre amarilla, la malaria, el cólera, el tifus o la hepatitis. Todas ellas son enfermedades humanas. Existe otra gama de enfermedades animales que los colegas veterinarios tendrían, naturalmente, mucho interés en estudiar.

—Así pues, prácticamente no hay manera de establecer si hoy Irak está en condiciones de fabricar una bomba de gérmenes o no —dijo Sinclair, de la CIA—. ¿Es así?

—Prácticamente no hay manera de saberlo —respondió Bryant—. Tenemos constancia de que ya en 1974, cuando Saddam Hussein no estaba en el trono, por así decirlo...

—Entonces era vicepresidente y detentaba el verdadero poder detrás del trono —dijo Terry Martin. Bryant se aturrulló.

—Bien, comoquiera que sea... el caso es que Irak firmó un contrato con el Institut Merieux de París para que le diseñara un proyecto de investigación bacteriológica. Se suponía que sería utilizado para la investigación veterinaria de enfermedades animales, y es posible que así fuese.

—¿Y qué me dice de esos rumores sobre cultivos de ántrax para emplear contra seres humanos? —inquirió el estadounidense.

—Sí, es posible. El ántrax es una enfermedad particularmente virulenta. Afecta sobre todo a las vacas y otro ganado, pero puede infectar a las personas si manejan o ingieren productos de animales infectados. Recuerden que durante la Segunda Guerra Mundial el gobierno británico experimentó con el ántrax en la isla Grinard de las Hébridas. Todavía está fuera de control.

—Vaya que es malo. ¿De dónde sacaría Saddam ese germen?

—Esa es la cuestión, señor Sinclair. Difícilmente acudiría usted a un laboratorio europeo o americano prestigioso y dirá: «¿Pueden prepararme unos buenos cultivos de ántrax? Quiero arrojárselos a la gente». En cualquier caso, no tendría necesidad de hacer eso, pues existe ganado con esa enfermedad en todo el Tercer Mundo. Basta

con enterarse de que ha surgido un brote en tal o cual lugar y comprar un par de reses muertas a causa de la enfermedad. Pero de eso no habría constancia en el papeleo del gobierno.

—Así pues, podría disponer de cultivos de esa enfermedad para usarlos en bombas u obuses, pero no lo sabemos —resumió sir Paul Spruce—. ¿Esa es la situación? —Apoyó su pluma de oro laminado sobre el bloc de papel.

—Así es, en efecto —dijo Bryant—, esa es la mala noticia. El aspecto positivo es que dudo de que ese tipo de armamento surtiera efecto contra un ejército en marcha. Supongo que si tienes un ejército que avanza contra ti, y eres lo bastante temerario, querrás pararlo en seco.

—Eso es lo razonable —dijo Sinclair.

—Pues el ántrax no servirá para eso. Impregnaría el suelo si lo lanzaran desde el aire delante del enemigo. Todo lo que creciera en ese suelo, hierba, frutas y verduras, quedaría infectado. Todo animal que se alimentara de la hierba sucumbiría. Toda persona que comiera la carne, bebiera la leche o manipulara la piel de uno de esos animales, se contagiaría. Pero el desierto no es un buen vehículo para esos cultivos de esporas. Es de suponer que nuestros soldados tomarían comidas empaquetadas y beberían agua embotellada.

—Sí, ya lo están haciendo —dijo Sinclair.

—Entonces no tendría mucho efecto, a menos que aspirasen las esporas. Las personas se contagian por vía respiratoria o gástrica. Teniendo en cuenta el riesgo de gases letales, supongo que irán provistos de máscaras antigás.

—Sí, señor, eso tenemos planeado.

—Nosotros también —añadió sir Paul.

—Entonces no veo por qué habrían de usar el ántrax —dijo Bryant—. No detendría en seco a los soldados, como lo haría una variedad de gases, y quienes lo contrajeran se curarían con potentes antibióticos. Existe un período de incubación; y los soldados podrían ganar la guerra y enfermar después. Francamente, se trata de un arma más terrorista que militar. Ahora bien, si vertieran un frasco de concentrado de ántrax en el suministro de agua de una ciudad, podrían provocar una epidemia catastrófica que desbordaría los servicios médicos. Pero si yo tuviese que pulverizar a unos combatientes en el desierto, elegiría un gas nervioso de los muchos que hay disponibles. Son invisibles y rápidos.

—Así pues, ¿no hay ninguna indicación de dónde podría tener instalado Saddam un laboratorio para la guerra bacteriológica? —preguntó sir Paul Spruce.

—Miren —dijo Bryant—, creo que lo más acertado sería ponernos en contacto con todos los institutos y facultades de veterinaria, para averiguar si han enviado profesores o delegaciones visitantes a Irak en los diez últimos años. Luego preguntaría a quienes fueron allá si había alguna instalación a la que les estuviera

absolutamente prohibido acceder, o sometida a precauciones tales como cuarentenas. Si la hubo sería esa.

Sinclair y Paxman escribían frenéticamente. Otra tarea para los verificadores.

—Si eso no da resultado —concluyó Bryant—, podemos recurrir a la inteligencia humana. Por ejemplo, un científico iraquí que haya abandonado el país para establecerse en Occidente. Los investigadores en bacteriología son pocos y constituyen un grupo muy cerrado, realmente como un clan. Normalmente sabemos lo que sucede en nuestros países, incluso en una dictadura como Irak. Si Saddam hubiera montado una instalación de esas características, un hombre como el que acabo de mencionar podría haberse enterado de dónde está situada.

—Bien, le estamos profundamente agradecidos, doctor Bryant —le dijo sir Paul cuando se levantaron—. Más trabajo para los detectives de nuestros gobiernos, ¿eh, señor Sinclair? Tengo entendido que nuestro otro colega de Porton Down, el doctor Reinhart, podrá facilitarnos sus deducciones sobre la cuestión de los gases venenosos en un par de semanas. Naturalmente, nos mantendremos en contacto, caballeros. Gracias por su asistencia.

El grupo que estaba en el desierto permanecía en silencio, contemplando el amanecer que iba iluminando lentamente las dunas. Cuando la tarde anterior llegaron a la casa del Beduino, los jóvenes ignoraban que pasarían fuera toda la noche. Creían que iba a darles otra lección.

No llevaban ropa de abrigo y las noches en el desierto son muy frías, incluso a finales de agosto. Temblaban y se preguntaban qué explicación darían a sus afligidos padres. ¿Les había sorprendido el toque de queda? En ese caso, ¿por qué no les telefoneaban? Habían sufrido una avería... Eso tendría que servir.

De los cinco, tres titubeaban, preguntándose si habían acertado al ir allí, pero era demasiado tarde para retroceder. El Beduino se había limitado a decirles que era hora de que vieran un poco de acción, y les había conducido desde la casa a un destartado todoterreno aparcado dos calles más abajo. Salieron de la ciudad y enfilaron la carretera para internarse en el llano y duro desierto antes del toque de queda. Desde su llegada a aquellos áridos parajes no habían visto a nadie.

Habían avanzado treinta kilómetros hacia el sur a través de la arena hasta llegar al cruce con una carretera estrecha que, al parecer, procedía del campo petrolífero de Manageesh, al oeste, y enlazaba con la Autopista Exterior, en el este. Sabían que en todos los campos petrolíferos había una guarnición de soldados iraquíes y que las rutas principales estaban infestadas de patrullas. En algún lugar del sur se encontraban atrincheradas dieciséis divisiones del Ejército y los guardias republicanos, de cara a Arabia Saudí y la creciente concentración de americanos. Estaban nerviosos.

Tres miembros del grupo permanecían tendidos en la arena al lado del Beduino, observando la carretera a la luz creciente. Era muy estrecha, tanto que cuando un vehículo quería adelantar a otro tenía que hacerlo por el arcén de grava.

En medio de la calzada había una tabla llena de clavos. El Beduino la había sacado de su camioneta y dejado allí, oculta bajo unos viejos sacos de arpillera cosidos. Luego los estudiantes habían vertido arena sobre aquella manta de sacos, como si el viento hubiera arrastrado hasta aquel lugar arena del desierto.

Los otros dos, el empleado de banco y el estudiante de derecho, se encargaban de la observación. Cada uno estaba tendido en una duna, a cien metros arriba y abajo de la carretera, para observar los vehículos que se aproximaban. Su jefe les había dicho que tenían que agitar la mano de una manera determinada según se tratase de un camión iraquí grande o de una columna de varios camiones.

Poco después de las seis de la mañana el estudiante de derecho agitó el brazo. Su señal significaba: «Son demasiados para hacerles frente». El Beduino tiró del sedal cuyo extremo sujetaba y retiró la tabla tendida sobre la calzada. Medio minuto después dos camiones llenos de soldados iraquíes pasaron sin sufrir daño alguno. El Beduino corrió a la carretera y colocó de nuevo la tabla, la cubierta de sacos de arpillera y la arena.

Al cabo de diez minutos el empleado de banco hizo una señal. Esta vez era la adecuada. Por la dirección de la autopista venía un coche oficial a toda velocidad, hacia el campo petrolífero.

El conductor no pensó en desviarse para evitar aquel montón de arena en mitad de la carretera pero solo una de las ruedas delanteras alcanzó los clavos. Fue suficiente. El neumático estalló, la cubierta de sacos envolvió la rueda y el coche dio un violento bandazo. El conductor corrigió el viraje a tiempo, enderezó el vehículo y lo detuvo a medias en la calzada y a medias fuera de ella. El lado del coche situado fuera quedó atascado.

El conductor se apresuró a bajar y lo mismo hicieron los dos oficiales —un comandante y un joven teniente— que viajaban en la parte trasera. La emprendieron a gritos con el conductor, quien se encogió de hombros y masculló algo, señalando la rueda. Sería imposible colocar el gato debajo del coche, pues este había quedado en un ángulo absurdo.

Para asombro de sus alumnos, el Beduino musitó: «Quedaos aquí». Entonces se levantó y recorrió el trecho de arena hasta la carretera. Sobre el hombro derecho llevaba una manta beduina de piel de camello que le cubría el brazo. Saludó al oficial superior con una ancha sonrisa.

—*Salaam aleikhem*, sayidi comandante. Veo que tienen un problema, y tal vez pueda ayudarles. Mi gente está cerca de aquí.

El comandante se llevó la mano a la pistola, pero enseguida se tranquilizó. Hizo

un gesto de asentimiento, con expresión furibunda.

—*Aleikhem salaam*, beduino. Este hijo de una camella ha hecho salir mi coche de la carretera.

—Habrá que levantarlo, sayidi. Tengo muchos hermanos.

La distancia se había reducido a dos metros y medio cuando el beduino alzó el brazo. Al encargar pistolas ametralladoras o metralletas, había pedido la Heckler y Koch MP5 o la Mini-Uzi. Dado que esta última era de fabricación israelí, no se podía conseguir en Arabia Saudí, donde tampoco había HK. Así pues, se conformó con el Kalashnikov AK-47, la versión MS con culata plegable, fabricada por Omnipol en Checoslovaquia. Había extraído la culata y limado las puntas de la munición 7.62 hasta dejarla roma. No era necesario atravesar a un hombre y que la bala saliera por el otro lado.

Disparó a la manera del SAS, dos tiros, pausa, dos tiros, pausa... El comandante fue alcanzado en el corazón a una distancia de dos metros y medio. Un leve movimiento del AK a la derecha alcanzó al teniente en el esternón haciéndole desplomar sobre el conductor, que estaba inclinado junto a la rueda delantera destrozada. El hombre se enderezó justo a tiempo de recibir la tercera ráfaga en el pecho, que acabó instantáneamente con su vida.

El ruido de los disparos pareció reverberar en las dunas, pero el desierto y la carretera estaban vacíos. El Beduino llamó a los tres aterrados estudiantes y estos salieron de sus escondites.

—Meted los cuerpos en el coche, el conductor al volante y los dos oficiales detrás—dijo a los varones. Luego dio a la chica un destornillador corto con la hoja tan aguda como un punzón—. Clávalo tres veces en el depósito de gasolina.

Miró a los vigías. Estos hicieron una señal indicadora de que nadie se acercaba. El Beduino le pidió a la chica que envolviera una piedra con su pañuelo, lo anudara y lo empapase en petróleo. Cuando los tres cuerpos estuvieron de nuevo en el coche, encendió el pañuelo empapado y lo arrojó al charco de gasolina que brotaba del depósito.

—Ahora largo de aquí.

No fue necesario insistir. Echaron a correr por las dunas hasta el lugar donde estaba estacionada la camioneta, a cierta distancia de la carretera. Solo el Beduino pensó en recoger la tabla y llevársela. Cuando se volvió hacia las dunas, el fuego alcanzó la gasolina del depósito y se produjo una deflagración. El coche oficial desapareció bajo las llamas.

Regresaron a Kuwait en silencio, los jóvenes presa de un temor reverencial. Dos de los cinco viajaban delante con el Beduino, y los otros tres iban detrás.

—¿Lo habéis visto?—les preguntó Martin por fin—. ¿Habéis observado?

—Sí, Beduino.

—¿Qué os ha parecido?

—Ha sido tan... tan rápido —dijo la chica apodada Rana.

—A mí me ha parecido que tardabas mucho —dijo el empleado de banco.

—Ha sido rápido y brutal —replicó Martin—. ¿Cuánto tiempo creéis que hemos estado en la carretera?

—¿Media hora?

—Seis minutos. ¿Os ha impresionado?

—Sí, Beduino.

—Muy bien. Solo los psicópatas no se impresionan la primera vez. Hubo un general americano, se llamaba Patton... ¿habéis oído hablar de él?

—No, Beduino.

—Pues decía que su trabajo no consistía en asegurar que sus soldados muriesen por su patria, sino asegurarse de que los otros pobres cabrones murieran por las suyas. ¿Comprendéis?

La filosofía de George Patton no puede traducirse bien al árabe, pero la entendieron.

—Cuando uno va a la guerra —continuó Martin—, puede ocultarse hasta cierto punto. Después de ese punto ha de tomar una decisión. O mueres tú o muere el otro. Ahora todos vosotros tenéis que tomar esa decisión. Podéis volver a vuestros estudios o ir a la guerra.

Los jóvenes reflexionaron durante varios minutos. Rana fue la primera en hablar.

—Iré a la guerra si me enseñas a hacerlo, Beduino.

Entonces los muchachos tuvieron que mostrarse de acuerdo.

—Muy bien, pero primero os enseñaré a destruir, matar y conservar vuestra vida. Venid a mi casa dentro de dos días, al amanecer, cuando se haya levantado el toque de queda. Traed libros de texto, todos vosotros, incluido tú, Banquero. Si os detienen, actuaed con naturalidad: solo sois unos estudiantes que van a estudiar. En cierta manera, eso es cierto, aunque los estudios sean diferentes. Tenéis que bajar aquí. Tomad caminos diferentes para volver a la ciudad.

Habían llegado a las carreteras asfaltadas y alcanzado la autopista del Quinto Anillo. El Beduino señaló una estación de servicio en la que algunos de los conductores de los camiones que allí se detenían accederían a llevarlos. Cuando los muchachos se hubieran marchado, él regresaría al desierto, desenterraría la radio, recorrería cinco kilómetros, abriría la antena de conexión con el satélite y hablaría mediante su Motorola en clave con la casa designada en Riad.

Una hora después de la emboscada, la siguiente patrulla encontró el coche oficial quemado. Llevaron los cuerpos al hospital más cercano, Al Adan, que estaba en la costa, cerca de Fintas.

El patólogo forense que llevó a cabo la autopsia bajo la severa mirada de la

policía secreta AMAM descubrió los orificios de bala, reducidos a minúsculos pinchazos en la carne carbonizada. Era un padre de familia con hijas, y conocía a la enfermera que había sido violada.

Cubrió el tercer cadáver con la sábana y empezó a quitarse los guantes.

—Me temo que han muerto de asfixia cuando el coche se incendió después del accidente —informó al oficial—. Que Alá se apiade de ellos.

El coronel soltó un gruñido y se marchó.

En su tercer encuentro con su grupo de voluntarios el Beduino les llevó desierto adentro, a un lugar ubicado al oeste de Kuwait City y al sur de Jahra, donde podían estar completamente a solas. Sentados en la arena como si hubieran salido de excursión, los cinco jóvenes observaron a su maestro, quien extendió su manta de piel de camello en el suelo y sobre ella dispuso un surtido de extraños objetos que fue sacando de su mochila. Los identificó uno tras otro.

—Explosivo plástico. Fácil de manejar y muy estable.

Los cinco jóvenes palidecieron cuando apretó la sustancia entre sus manos como si fuese arcilla de modelar. Uno de los jóvenes, cuyo padre era propietario de un estanco, había traído una serie de viejas cajas de puros que el Beduino le había pedido.

—Esto es un detonador con temporizador combinado. Cuando tuerces este tornillo de mariposa que veis aquí arriba, se rompe una ampolla de ácido, y este empieza a abrirse camino corroyendo un diafragma de cobre. Lo hará en sesenta segundos. Entonces el fulminante de mercurio hará detonar el explosivo. Mirad.

Los chicos estaban totalmente absortos en sus explicaciones. Martin cogió una pieza de Semtex del tamaño de una cajetilla de tabaco, la introdujo en la pequeña caja de puros e insertó el detonador en medio de la masa.

—Ahora, cuando torcéis la mariposa, así, todo lo que debéis hacer es cerrar la caja y rodearla con una goma elástica... así... para que se mantenga cerrada. Solo haréis esto en el último momento. —Depositó la caja en el centro del círculo—. No obstante, sesenta segundos es un tiempo mucho más largo de lo que creéis. Podéis caminar hacia el camión iraquí, o el búnquer o el vehículo semioruga, echar dentro la caja y largaros. Caminad, no corráis nunca. Un hombre que corre siempre es motivo de alarma. Dejad suficiente tiempo para doblar una esquina y seguid caminando, no corriendo, incluso después de que oigáis la explosión.

Por el rabillo del ojo miraba su reloj de pulsera. Habían pasado treinta segundos.

—Beduino... —le dijo el Banquero.

—¿Qué?

—Esa no es real, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—A la bomba que acabas de preparar. Es falsa, ¿no es cierto?

Cuarenta y cinco segundos. El Beduino cogió la caja.

—Pues no, es auténtica. Solo quería mostraros lo largos que son en realidad sesenta segundos. Nunca dejéis que estas cosas os den pánico, porque el pánico os matará. Si os ven aterrados os pegarán un tiro. Tenéis que mantener la calma en todo momento.

Con un diestro movimiento de muñeca lanzó la caja de puros por encima de las dunas. Cayó detrás de una y estalló. La explosión hizo estremecer a los jóvenes sentados y el viento arrastró hacia ellos una fina nube de arena.

En las alturas, al norte del Golfo, un avión AWACS estadounidense captó la explosión con uno de sus sensores de calor. El operador llamó la atención del controlador de misiones, quien examinó la pantalla. El brillo de la fuente de calor se extinguía.

—¿Intensidad?

—Supongo que es del tamaño de un proyectil de tanque, señor.

—Muy bien. Nos limitaremos a anotar la incidencia.

En tierra, el Beduino dijo a sus alumnos:

—Hoy mismo seréis capaces de fabricar estas bombas. Usaréis esto para guardar y transportar los detonadores y temporizadores. —Cogió un envase de aluminio de cigarro puro, envolvió el detonador en algodón en rama, lo insertó en el tubo y enroscó el tapón—. El plástico lo llevaréis así. —Extrajo el envoltorio de una pastilla de jabón, enrolló cuatro onzas de explosivo dándole la forma de una pastilla y colocó el envoltorio del jabón, fijándolo con dos centímetros de cinta adhesiva—. Las cajas de puros las adquiriréis vosotros mismos. Que no sean de habanos grandes, sino de puritos. Llevad siempre un par de puritos en la caja, por si os detienen y registran. Si un iraquí se empeña en cogeros el tubo del cigarro, o la caja, o el jabón, dejad que lo haga.

Les hizo practicar bajo el sol hasta que pudieron desenvolver el «jabón», extraer los puritos, preparar la bomba y rodear la caja con la goma elástica en treinta segundos.

—Podéis hacerlo en la parte trasera de un coche, en los lavabos de un café, en un portal o, por la noche, detrás de un árbol —les explicó—. Primero elegid el blanco y aseguraos de que no hay otros soldados lo bastante apartados para que tengan posibilidad de sobrevivir. Entonces hacéis el tornillo de mariposa, cerráis la caja, ponéis la goma elástica, echáis a andar, arrojáis la bomba y seguís caminando. Desde el momento en que hagáis girar el tornillo, contad lentamente hasta cincuenta. Si al cabo de cincuenta segundos no os habéis desprendido de ella, arrojadla tan lejos como podáis. Bueno, como la mayoría de vosotros haréis esto a oscuras, eso es lo que vamos a practicar ahora.

Los miembros del grupo se turnaron vendándose los ojos unos a otros. Al

principio todos manejaban el material con torpeza y las cosas se les caían de las manos, pero al final de la tarde eran capaces de hacerlo a ciegas. Cuando oscureció, el Beduino les dio el restante contenido de la mochila —suficiente para que cada uno preparase seis pastillas de jabón—, y seis temporizadores en forma de lápiz. El hijo del estanquero accedió a proporcionar todas las cajitas y tubos de aluminio. Podían adquirir por sí mismos algodón en rama, envoltorios de jabón y gomas elásticas. Entonces los condujo de regreso a la ciudad.

Durante el mes de septiembre, el cuartel general de la AMAM en el hotel Hilton empezó a recibir un torrente de informes sobre una serie de ataques cada vez más frecuentes contra soldados y equipo militar iraquíes. La ira del coronel Sabaawi corría pareja con su frustración.

Las cosas no estaban saliendo como era de esperar. Les habían dicho que los kuwaitíes eran un pueblo cobarde que no les causaría problemas. Bastaría aplicar un poco los métodos de Bagdad para que hicieran lo que se les ordenase. Pero esta suposición se estaba revelando demasiado optimista.

Lo cierto era que había varios movimientos de resistencia, en su mayor parte aleatorios y sin coordinación alguna. En el distrito chiíta de Rumaithiya los soldados iraquíes desaparecían sin más. Los musulmanes chiítas tenían motivos especiales para odiar a los iraquíes, pues durante la guerra entre Irak e Irán cientos de miles de chiítas iraníes habían sido masacrados. Los soldados iraquíes que se aventuraban en el dédalo de callejones que formaban el distrito de Rumaithiya eran degollados y sus cuerpos arrojados a las alcantarillas. Nunca eran recuperados.

Entre los sunníes la resistencia se centraba en las mezquitas, donde los iraquíes no solían aventurarse. Allí se transmitían mensajes, se intercambiaban armas y se planeaban ataques.

La resistencia más organizada era la dirigida por los notables kuwaitíes, hombres cultivados y ricos. El señor Al Khalifa se convirtió en su banquero, utilizando sus fondos para conseguir alimentos a los kuwaitíes, así como otras cargas ocultas bajo los alimentos que llegaban del exterior.

La organización tenía seis objetivos, cinco de los cuales eran una forma de resistencia pasiva. Uno era la documentación: a cada resistente se le facilitaba una documentación perfecta fraguada por otros resistentes dentro del Ministerio del Interior. Un segundo objetivo eran los informes secretos: mantener una corriente de información sobre los movimientos iraquíes dirigida al cuartel general de la Coalición en Riad, especialmente sobre el potencial humano y armamentístico, las fortificaciones costeras y el despliegue de misiles. Una tercera meta consistía en mantener los servicios en funcionamiento, el agua, la electricidad, las brigadas de bomberos y la sanidad pública. Cuando, finalmente, el derrotado Irak se dirigió contra los pozos de petróleo y empezó a destruir el mismo mar, los ingenieros

petrolíferos kuwaitíes indicaron hacia qué válvulas debían dirigir los cazabombarderos estadounidenses sus cohetes a fin de interrumpir el flujo de crudo.

Por todos los distritos circulaban comités comunitarios de solidaridad, que a menudo entraban en contacto con europeos y otros residentes del Primer Mundo que aún permanecían refugiados en sus casas, evitando que cayeran en las redes de arrastre iraquíes.

Un sistema telefónico por medio de satélite fue introducido clandestinamente desde Arabia Saudí en el falso depósito de combustible de un jeep. No estaba codificado como el de Martin, pero si se lo mantenía continuamente en movimiento podía evitarse que los iraquíes lo detectaran. Con él la resistencia kuwaití se ponía en contacto con Riad cada vez que había algún mensaje que transmitir. Un anciano radioaficionado trabajó durante toda la ocupación enviando siete mil mensajes a otro radioaficionado de Colorado, quien los transmitió al Departamento de Estado.

Existía también una resistencia ofensiva, sobre todo a cargo de un teniente coronel kuwaití que había conseguido huir con otros del edificio del Ministerio de Defensa el primer día de la ocupación. Como tenía un hijo llamado Fouad, su nombre en clave era Abu Fouad, es decir, «padre de Fouad».

Finalmente Saddam Hussein abandonó su propósito de formar un gobierno títere, y nombró a su medio hermano Ali Hassan Majid como gobernador general.

La resistencia no era un mero juego. Se desencadenó una guerra clandestina de pequeño alcance pero sucia en extremo. La AMAM reaccionó estableciendo dos centros de interrogatorios, en el Centro Deportivo Kathma y en el estadio Qadisiya. Los métodos que el jefe de la AMAM, Omar Khatib, utilizaba en la prisión de Abu Ghraib, en las afueras de Bagdad, fueron importados y aplicados extensamente. Antes de la liberación murieron quinientos kuwaitíes, la mitad de los cuales fueron ejecutados, muchos de ellos después de una tortura prolongada.

El jefe del servicio de contraespionaje, Hassan Rahmani, estaba sentado en su despacho del hotel Hilton y leía los informes preparados por su personal sobre el terreno. El día 15 de septiembre, dejaría sus obligaciones en Bagdad para hacer una breve visita a Kuwait.

Se estaba produciendo un continuo aumento de ataques contra las avanzadas iraquíes en carreteras solitarias, casetas de guardias, vehículos y controles de carreteras. Ese era el principal problema de la AMAM, ya que la resistencia local estaba bajo su jurisdicción y, predeciblemente, en opinión de Rahmani, aquel patán brutal de Khatib estaba convirtiendo el asunto en un desayuno de camello.

Rahmani tenía poco tiempo para practicar la tortura de la que era tan partidario su rival en la organización de los servicios secretos iraquíes. Prefería confiar en una paciente labor de detección, deducción y astucia, aun cuando debía conceder que en Irak era el terror y nada más que el terror lo que había mantenido al Rais en el poder

durante tantos años. Incluso debía conceder, con toda su educación, que el listo y retorcido psicópata de las callejas de Tikrit le asustaba.

Había intentado persuadir a su presidente de que le permitiera hacerse cargo del servicio secreto interno en Kuwait, pero su petición había tropezado con una rotunda negativa. El ministro de Asuntos Exteriores, Tariq Aziz, le había explicado que se trataba de una cuestión de principios. Él, Rahmani, era el encargado de proteger al Estado del espionaje y el sabotaje realizados por los extranjeros. El Rais no estaba dispuesto a admitir que Kuwait era un país extranjero. Para él, se trataba de la decimonovena provincia de Irak. Así pues, la tarea de Omar Khatib consistía en asegurar la sumisión de los kuwaitíes.

Aquella mañana, mientras contemplaba el rimerero de informes en su despacho del Hilton, Rahmani se sentía bastante aliviado por no haberse encargado de la tarea. Era una pesadilla y, tal como predijera, Saddam Hussein había jugado mal sus cartas una y otra vez.

La toma de rehenes occidentales para usarlos como escudos humanos contra un ataque se estaba revelando totalmente contraproducente. El presidente había perdido la oportunidad de avanzar hacia el sur y tomar los pozos de petróleo saudíes para obligar al rey Fahd a sentarse a la mesa de conferencias, y ahora los americanos estaban llegando al teatro de operaciones.

Todos los intentos por asimilar Kuwait estaban fracasando, y al cabo de un mes, probablemente antes, Arabia Saudí sería inexpugnable, pues su frontera septentrional estaría protegida por un escudo estadounidense.

Rahmani creía que Saddam Hussein no podía retirarse de Kuwait sin sufrir una humillación, pero tampoco quedarse allí si le atacaban, ya que en ese caso la humillación todavía sería mayor. Sin embargo, el Rais aún se mostraba confiado, como si estuviera convencido de que surgiría alguna solución. ¿Qué demonios esperaba aquel hombre? ¿Que el mismo Alá bajara del cielo y abofeteara a sus enemigos?

Rahmani se levantó de su mesa y se acercó a la ventana. Le gustaba pasear mientras pensaba, eso disciplinaba su cerebro. Miró al exterior. El puerto deportivo, antes deslumbrante, era ahora un vertedero de basura.

En los informes apilados sobre su mesa había algo que le inquietaba. Los examinó una vez más. Sí, había algo extraño. Ciertos ataques contra los iraquíes habían sido perpetrados con pistolas y fusiles, otros con bombas fabricadas con TNT industrial. Pero había otra serie de casos en que estaba claro que se había utilizado un explosivo plástico. En Kuwait jamás había habido esa clase de explosivo, y menos aún el Semtex-H. Así pues, ¿quién lo estaba usando y de dónde lo había sacado?

Luego estaban los informes sobre la radio, un transmisor codificado en alguna parte del desierto que se movía constantemente y emitía a distintas horas, farfullaba

tonterías durante diez o quince minutos y se callaba, y siempre desde una ubicación distinta.

Finalmente, ciertos informes hablaban de un extraño beduino que parecía desplazarse como le daba la gana, aparecía, desaparecía, volvía a aparecer dejando tras él, invariablemente, un rastro de destrucción. Dos soldados malheridos habían declarado antes de morir que vieron al hombre; era alto, parecía muy seguro de sí e iba tocado con un *keffiyeh* a cuadros rojos y blancos, uno de cuyos extremos le cubría el rostro.

Dos kuwaitíes torturados habían mencionado la leyenda del beduino invisible, pero aseguraron que no lo habían visto personalmente. Los hombres de Sabaawi intentaron persuadir a los prisioneros, infligiéndoles aún más dolor, para que admitieran haberlo visto. Fue una estupidez. Claro que lo admitieron... habrían inventado cualquier cosa con tal de que no siguieran torturándose.

Cuanto más pensaba Hassan Rahmani en ello, tanto más se convencía de que se trataba de un infiltrado extranjero y que el caso estaba claramente bajo su jurisdicción. Le resultaba difícil creer que existiera un beduino que conociese el manejo de los explosivos plásticos y los transmisores-receptores dotados de codificador... si ambas cosas correspondían al mismo hombre. Podría haber adiestrado a un pequeño grupo de colocadores de bombas, pero también parecía llevar a cabo en persona muchos de los ataques.

No sería posible detener a cada beduino que deambulaba por la ciudad y el desierto. Ese era el método de la AMAM, pero aunque se pasaran años arrancando uñas no llegarían a ninguna parte.

Para Rahmani el problema presentaba tres alternativas: capturar al hombre durante uno de sus ataques, lo cual estaba librado por completo al azar y posiblemente nunca ocurriría; capturar a uno de sus cómplices kuwaitíes y seguir al hombre hasta su madriguera; o sorprenderle en el desierto cuando estuviera inclinado sobre su transmisor.

Rahmani se decidió por la última alternativa. Haría venir de Irak dos o tres de sus mejores equipos de detección de radios clandestinas, los apostaría en lugares diferentes e intentaría triangular la fuente de la emisión. También necesitaría que estuviera preparado un helicóptero militar con un equipo de las Fuerzas Especiales. En cuanto él regresara a Bagdad, pondría la operación en marcha.

Aquel día Hassan Rahmani no era el único hombre en Kuwait que se interesaba por el beduino. En una finca de las afueras, a varios kilómetros del hotel Hilton, un kuwaití apuesto y con bigote, enfundado en un *thob* de algodón, estaba sentado en un sillón y escuchaba a un amigo que había acudido a él para darle una información interesante.

—Me encontraba sentado en mi coche, esperando a que cambiara la luz del

semáforo y sin mirar nada en particular, cuando reparé en un camión del ejército iraquí al otro lado del cruce. Estaba aparcado allí, con un grupo de soldados alrededor del capó, comiendo y fumando. Entonces un joven, uno de los nuestros, salió de un café llevando en la mano algo que parecía una cajita. Era realmente pequeña. No vi en ello nada raro hasta que advertí que la arrojaba debajo del camión. Entonces dobló la esquina y desapareció. Cambió la luz del semáforo, pero me quedé donde estaba. Al cabo de cinco segundos el camión se desintegró. Quiero decir que estalló. Los soldados estaban en el suelo, con las piernas arrancadas de cuajo. Nunca había visto nada igual, que un paquete tan pequeño pudiera hacer tanto daño. Como puedes suponer, me apresuré a largarme antes de que llegara la AMAM.

—Plástico —musitó el oficial del Ejército—. Daría cualquier cosa por tener un poco. Debe de haber sido uno de los hombres del Beduino. Pero ¿quién será ese cabrón? Me encantaría conocerle.

—El caso es que reconocí al chico.

—¿Qué? —El joven coronel se inclinó hacia delante, rebosante de interés.

—No habría venido hasta aquí solo para decirte lo que ya sabes. Créeme, reconocí al que lanzó la bomba. Hace años que compro el tabaco a su padre, Abu Fouad.

Tres días después, cuando el doctor Reinhart se dirigió al comité Medusa reunido en Londres, parecía fatigado. Aun cuando había abandonado todos sus demás deberes en Porton Down, la documentación que se llevó tras la primera reunión y la información complementaria que llegó desde entonces le había dado un trabajo enorme.

—Es probable que el estudio aún sea incompleto —explicó—, pero disponemos de una visión de conjunto bastante amplia. En primer lugar, sabemos, desde luego, que Saddam Hussein tiene una gran capacidad de producción de gas venenoso, calculo que más de mil toneladas al año.

»Durante la guerra entre Irán e Irak algunos soldados iraníes que habían sido gaseados fueron tratados aquí, en Gran Bretaña, y tuve ocasión de examinarles. Ya entonces nuestros análisis nos permitieron reconocer fosgeno y gas mostaza. Lo peor del caso es que no tengo ninguna duda de que ahora Irak dispone de grandes cantidades de otros dos gases mucho más letales; se trata de los agentes nerviosos de invención alemana llamados sarin y tabun. Si esos gases hubieran sido usados en la guerra entre Irán e Irak, y existe la posibilidad de que así fuese, las víctimas no habrían sido tratadas en hospitales británicos, pues habrían muerto antes.

—¿Hasta qué punto son letales esos... esos agentes, doctor Reinhart? —preguntó sir Paul Spruce.

—¿Está usted casado, sir Paul?

Esta pregunta sobresaltó al cortés directivo.

—Pues sí, la verdad es que tengo esposa.

—¿Usa la señora Spruce perfume con atomizador?

—Sí, creo que la he visto alguna vez hacer eso.

—¿Ha observado lo fino que es el rocío de un atomizador, lo minúsculas que son las gotitas?

—Sí, claro, y teniendo en cuenta el precio del perfume me alegro de que así sea.

Era una salida jocosa. En cualquier caso, a sir Paul le gustaba.

—Dos de esas gotitas de sarin o tabun en su piel, y es usted hombre muerto —le dijo el químico de Porton.

Ninguno de los presentes sonrió.

—La investigación iraquí de gases nerviosos se remonta a 1976 —continuó el doctor Reinhart—. En ese año abordaron a la compañía británica ICI, explicando que querían construir una planta de pesticidas para fabricar cuatro clases de insecticidas, pero los materiales que pidieron eran tan sospechosos que la ICI rechazó de plano el pedido. Las especificaciones de los iraquíes eran recipientes de reactor, tuberías y bombas resistentes a la corrosión, lo cual convenció a la ICI de que el verdadero objetivo no era la producción de pesticidas químicos sino de gas nervioso. No hubo trato.

—Gracias a Dios por ello —dijo sir Paul, y tomó una nota.

—Pero no todo el mundo dio una negativa —añadió el ex refugiado vienés—. La excusa siempre era la misma: que Irak necesitaba producir herbicidas y pesticidas, y ambos productos, naturalmente, requieren veneno.

—¿No es posible que quisieran producir realmente esos productos químicos? —preguntó Paxman.

—De ninguna manera —respondió Reinhart—. Para un químico profesional, la clave radica en las cantidades y los tipos. En 1981 consiguieron que una empresa alemana les construyera un laboratorio con una disposición muy especial y fuera de lo corriente. Era para producir pentacloruro de fósforo, que es la sustancia química esencial del fósforo orgánico que, a su vez, es uno de los ingredientes del gas nervioso. Ningún laboratorio universitario normal tendría necesidad de utilizar unas sustancias tan terriblemente tóxicas, y eso es algo que sin duda sabían los ingenieros químicos implicados.

»Otras licencias de exportación posteriores evidencian pedidos de tiodiglicol, una sustancia que, mezclada con ácido hidroclicó, forma el llamado gas mostaza. En pequeñas cantidades, el tiodiglicol también puede ser usado para fabricar la tinta de los bolígrafos.

—¿Qué cantidad compraron? —preguntó Sinclair.

—Quinientas toneladas.

—Con eso pueden llenarse muchos bolígrafos —musitó Paxman.

—Eso fue a principios de 1983 —dijo Reinhart—. En el verano de ese año, su gran planta de gas venenoso instalada en Samarra empezó a funcionar, produciendo iperita, que es el gas mostaza. En diciembre empezaron a usarlo contra los iraníes.

»Durante los primeros ataques de las oleadas humanas iraníes, los iraquíes usaron una mezcla de lluvia amarilla, iperita y tabun. En 1985 habían mejorado la mezcla, formada ahora por ácido cianhídrico, gas mostaza, tabun y sarin, logrando así una mortalidad del sesenta por ciento entre la infantería iraní...

—¿Podríamos examinar los gases nerviosos, doctor? —inquirió Sinclair—. Ese parece ser el material realmente mortífero.

—En efecto —dijo el doctor Reinhart—. Desde 1984 las sustancias químicas que han comprado son el oxiclorigenato de fósforo, que es un importante precursor químico del tabun, y dos precursores del sarin: el fosfito trimetil y el fluoruro potásico. De la primera de esas tres, intentaron pedir 250 toneladas a una compañía holandesa. Eso es suficiente pesticida para matar a todos los árboles, arbustos y hierbas de Oriente Medio. Al igual que la ICI, los holandeses rechazaron el pedido, pero aun así los iraquíes adquirieron en esa época dos sustancias químicas sin control: la dimetilamina para fabricar el tabun y el isopropanol para el sarin.

—Si estaban descontrolados en Europa, ¿por qué no podían ser usadas para pesticidas? —preguntó sir Paul.

—Debido a las cantidades —respondió Reinhart—, la manufactura química, el equipo para el manejo y los trazados de la fábrica. Para un químico o ingeniero químico experimentado, ninguna de esas compras podía servir para otra cosa que fabricar gas venenoso.

—¿Sabe usted quién ha sido el principal suministrador a lo largo de los años, doctor? —preguntó sir Paul.

—Sí, claro. En los primeros tiempos hubo cierta participación científica de la Unión Soviética y Alemania Oriental, así como exportaciones desde unos ocho países, en la mayor parte de los casos, de pequeñas cantidades de sustancias químicas no controladas. Pero el ochenta por ciento de las plantas, trazados, maquinaria, equipo de manejo especial, sustancias químicas, tecnología y conocimientos técnicos procedían de Alemania Occidental.

—A decir verdad —dijo lentamente Sinclair—, nos hemos quejado a Bonn durante años, pero jamás nos han hecho caso. Doctor, ¿puede usted identificar las plantas de gas químico en esas fotos que le dimos?

—Sí, por supuesto. Algunas fábricas están identificadas en el papeleo burocrático, mientras que otras pueden verse con una lupa. —El químico extendió cinco grandes fotografías aéreas sobre la mesa—. Desconozco los nombres árabes, pero estos números identifican las fotografías, ¿no es así?

—En efecto, solo señalan los edificios —dijo Sinclair.

—Aquí, todo el complejo de diecisiete edificios... aquí, esta gran planta aislada... ¿ve el depurador de gases? Y aquí, mire esta... y todo ese complejo de ocho edificios... y también este.

Sinclair examinó una lista que había sacado de su maletín. Asintió con el semblante sombrío.

—Tal como pensábamos. Al Qaim, Fallujah, Al Hillah, Salman Pak y Samarra. Le estoy muy agradecido, doctor. Nuestros chicos de Estados Unidos averiguaron exactamente lo mismo. Estos serán los blancos de la primera oleada de ataques.

Cuando se levantó la reunión, Sinclair, Simon Paxman y Terry Martin pasearon hasta Piccadilly para tomar un café en el Richoux.

—No sé qué harán ustedes —dijo Sinclair mientras removía su *cappuccino*—, pero nosotros consideramos prioritaria la amenaza del gas. El general Schwarzkopf está convencido de que ese es lo que él llama el «marco de pesadilla». Ataques masivos con gas, una lluvia de proyectiles cargados con veneno cayendo sobre nuestras tropas. Si van allí llevarán máscaras antigás y capotes especiales, estarán protegidos de la cabeza a los pies. El aspecto positivo es que, una vez expuesto al aire, la actividad de ese gas es muy corta. Cuando cae en el desierto es inocuo. No parece convencido, Terry.

—Esa lluvia de proyectiles... —dijo Martin—. ¿Cómo suponen que los lanzará Saddam?

Sinclair se encogió de hombros.

—Supongo que mediante andanadas de artillería, como hizo contra los iraníes.

—¿Pero no van ustedes a destruir toda su artillería? Su alcance es de solo treinta kilómetros. Tiene que estar en algún lugar del desierto.

—Desde luego, disponemos de la tecnología necesaria para localizar todos los cañones y tanques desplegados en el desierto, a pesar del atrincheramiento y el camuflaje —dijo el estadounidense.

—Entonces, si su artillería queda destrozada, ¿de qué otro modo lanzará Saddam la lluvia de gas?

—Supongo que mediante cazabombarderos.

—Pero también los habrán destruido las fuerzas terrestres en su avance —señaló Martin—. A Saddam no le quedará ningún medio de ataque aéreo.

—Bueno, pues usará misiles Scud o lo que sea. Eso es lo que intentará, y los destruiremos uno tras otro. Lo siento, amigos, pero debo marcharme.

—¿Adónde quiere ir usted a parar, Terry? —le preguntó Paxman cuando se hubo ido el hombre de la CIA.

Terry Martin suspiró.

—La verdad es que no lo sé. Pero es evidente que Saddam y sus planificadores sabrán todo eso; no van a subestimar el poderío aéreo de Estados Unidos. Dígame,

Simon, ¿podría conseguirme copias de todos los discursos de Saddam en los seis últimos meses? En árabe, tiene que ser en árabe.

—Sí, supongo que sí. El GCHQ de Cheltenham los tendrá, o el servicio árabe de la BBC. ¿Los quiere en cinta o transcritos?

—En cinta, si es posible.

Durante tres días Terry Martin escuchó la voz gutural del presidente lanzando sus arengas desde Bagdad. Pasó las cintas una y otra vez y no pudo librarse de la inquietante sensación de que el déspota iraquí hablaba de una manera que no correspondía a un hombre sumido en unas dificultades tan enormes. Era como si ignorase o no estuviera dispuesto a admitir la gravedad de su situación. O tal vez supiese algo que sus enemigos desconocían.

El 21 de septiembre Saddam Hussein pronunció un nuevo discurso, o más bien fue una declaración del Consejo de Mando Revolucionario que usaba el propio vocabulario del presidente. Declaraba que no existía la menor probabilidad de una retirada iraquí de Kuwait, y que cualquier intento por expulsar a Irak desembocaría en «la madre de todas las batallas».

Así fue como se tradujo. A los medios de comunicación les encantó y esas palabras se convirtieron en una consigna.

El doctor Martin estudió el texto y luego telefoneó a Simon Paxman.

—He estado examinando los matices de la lengua hablada en el valle del Tigris superior —le dijo.

—Dios mío, menuda afición —replicó Paxman.

—Se trata de esa frase que ha usado, «la madre de todas las batallas».

—Sí, ¿qué tiene de particular?

—La palabra puede traducirse por «batalla». Pero en la región natal de Saddam también significa «víctimas» o «baño de sangre».

Su interlocutor permaneció un momento en silencio.

—No se preocupe por eso —le dijo al fin.

Pero a pesar de ello, Terry Martin estaba preocupado.

El hijo del estanquero estaba tan asustado como su padre.

—Por piedad, hijo mío, díles lo que sabes —rogó al muchacho.

Los dos hombres que formaban la delegación del Comité de Resistencia Kuwaití habían mostrado una cortesía exquisita cuando se presentaron al estanquero, pero insistieron con firmeza en que deseaban que su hijo fuese absolutamente sincero con ellos.

Aunque no le habían dado sus nombres reales sino dos seudónimos, el estanquero era lo bastante ingenioso para darse cuenta de que estaba hablando con miembros poderosos e influyentes de su propio pueblo. Más aún, saber que su hijo estaba implicado en la resistencia activa había sido una completa sorpresa para él.

Y lo peor de todo era que acababa de enterarse de que su vástago ni siquiera pertenecía a la resistencia oficial kuwaití, sino que le habían visto arrojar una bomba bajo un camión iraquí a petición de cierto extraño bandido del que nunca había oído hablar. Era suficiente para que cualquier padre sufriera un ataque cardíaco.

Los cuatro hombres estaban sentados en la sala de la cómoda casa del estanquero, en Keifan, mientras uno de los visitantes le explicaba que no tenían nada contra el beduino, sino que sencillamente deseaban entrar en contacto con él a fin de ofrecerle su colaboración.

Así pues, el muchacho les explicó lo que había sucedido desde el momento en que su amigo fue derribado detrás de un montón de cascotes cuando estaba a punto de disparar contra un camión iraquí que avanzaba velozmente por la carretera. Los hombres le escucharon en silencio: solo el que le interrogaba le interrumpía de vez en cuando para hacerle alguna pregunta. El que llevaba gafas oscuras y permanecía en silencio era Abu Fouad.

El interrogador estaba especialmente interesado en la casa donde el grupo se reunía con el Beduino. El muchacho les facilitó la dirección y añadió:

—No creo que os sirva de nada ir allá, porque él mantiene una vigilancia extrema. Uno de nosotros fue una vez con la intención de hablarle, pero la casa estaba cerrada. Estamos seguros de que no vive ahí, pero él supo que le habíamos visitado. Nos dijo que no volviéramos a hacerlo y que, si ocurría otra vez, rompería el contacto con nosotros y no le veríamos más.

Sentado en su rincón, Abu Fouad asentía. Al contrario que los demás, era un soldado adiestrado y creía reconocer en los hechos la mano de otro como él.

—¿Cuándo volveréis a verle? —preguntó serenamente.

Existía la posibilidad de que el muchacho lograra entregarle un mensaje, una invitación a parlamentar.

—Ahora es él quien se pone en contacto con nosotros. El contactado trae a los

demás. Puede requerir algún tiempo.

Los dos kuwaitíes se marcharon. Tenían la descripción de los dos vehículos: una desvencijada camioneta de caja abierta que en apariencia pertenecía a un hortelano que la utilizaba para transportar fruta desde el campo a la ciudad, y un poderoso todoterreno para viajar por el desierto.

Abu Fouad indicó las matrículas de ambos vehículos a un amigo que tenía en el Ministerio de Transportes, pero la investigación no condujo a nada, pues ambas matrículas eran falsas. Solo había otra pista, la de los carnets de identidad que el hombre necesitaría para pasar por los omnipresentes bloqueos de carreteras y puntos de control iraquíes.

Por medio de su comité entró en contacto con un funcionario del Ministerio del Interior. Tuvo suerte. Aquel hombre recordaba haber confeccionado un falso carnet de identidad para un hortelano de Jahra. Era un favor que le había hecho al millonario Ahmed al Khalifa hacía ya un mes y medio.

Abu Fouad estaba eufórico y a la vez intrigado. El comerciante era una figura influyente y respetada en el movimiento, pero siempre se había creído que se limitaba estrictamente al aspecto financiero, no combatiente, de la resistencia. ¿Qué diablos estaba haciendo como patrono del misterioso y letal beduino?

Al sur de la frontera kuwaití proseguía la acumulación de armamento estadounidense. Transcurrida la última semana de septiembre, el general Norman Schwarzkopf, enterrado en la conejera de cámaras secretas dos plantas por debajo del Ministerio de Defensa saudí, en la avenida del Antiguo Aeropuerto de Riad, se dio cuenta por fin de que disponía de fuerzas suficientes para declarar que Arabia Saudí no corría peligro de un ataque iraquí.

En cuanto a la protección aérea, el general Charles *Chuck* Horner había establecido un «paraguas» que patrullaba constantemente, compuesto por una escuadra rápida y bien aprovisionada de cazas imbatibles en vuelo, cazabombarderos para atacar objetivos en tierra, transportes de combustible para repostar en el aire, bombarderos pesados y suficientes Thunderbolt anticarro para destruir a los iraquíes que pretendieran invadir la península por tierra y aire.

Horner disponía de una tecnología aerotransportada capaz de cubrir mediante radar hasta el último centímetro cuadrado de Irak, así como de percibir cualquier movimiento de metal pesado que avanzase por las carreteras, recorriera el desierto o intentara alzar el vuelo. También estaba en condiciones de captar todas las conversaciones iraquíes a través de las ondas aéreas y localizar cualquier fuente de calor.

En tierra, Norman Schwarzkopf sabía que tenía suficientes unidades mecanizadas, vehículos acorazados ligeros y pesados, además de la artillería y la infantería necesarias para hacer frente a toda columna iraquí, retenerla, rodearla y aniquilarla.

En la última semana de septiembre se hicieron planes —tan en secreto que ni siquiera se informó a los aliados de Estados Unidos—, para pasar de la situación defensiva a la ofensiva. Se planeó el ataque contra Irak, aun cuando el mandato de las Naciones Unidas se limitaba exclusivamente a la seguridad de Arabia Saudí y los estados del Golfo.

Pero el jefe estadounidense también tenía problemas. Uno de ellos era que el número de tropas, cañones y tanques iraquíes desplegados era el doble del que había cuando llegó a Riad hacía mes y medio. Otro problema consistía en que para liberar Kuwait tendría que duplicar el volumen de las fuerzas aliadas necesarias para mantener la seguridad de Arabia.

Norman Schwarzkopf era un hombre que se tomaba muy en serio el aforismo de George Patton. Un solo estadounidense, británico, francés o cualquier otro soldado o piloto de la Coalición muerto, representaba un exceso de bajas. Antes de proceder al ataque terrestre quería dos cosas: duplicar el volumen de las fuerzas de que ya disponía, y un ataque aéreo que garantizara la «degradación» al cincuenta por ciento del potencial de las fuerzas iraquíes situadas al norte de la frontera.

Eso significaba más tiempo, más equipo, más almacenes, cañones, tanques, tropas, aviones, combustible, alimentos y muchísimo más dinero. Entonces dijo a los pasmados estrategas de salón que se sentaban en el Capitolio que si querían una victoria sería mejor que le facilitaran todo eso.

En realidad fue el cortés jefe de la junta de Estado Mayor Conjunto, general Colin Powell, quien transmitió el mensaje, pero suavizando un poco el lenguaje. A los políticos les encanta jugar a soldados, pero detestan que se dirijan a ellos en el lenguaje de estos.

Así pues, la planificación en aquella última semana de septiembre se hizo en absoluto secreto. Tal como se desarrollaron las cosas, ese secretismo resultó acertado. Las Naciones Unidas, con sus costuras reventando de planes de paz, aguardarían hasta el 29 de noviembre antes de dar el visto bueno para usar toda la fuerza necesaria a fin de expulsar a Irak de Kuwait salvo que se retirase antes del 16 de enero. Si los planes se hubieran iniciado a finales de noviembre, no habrían podido ser completados a tiempo.

Ahmed al Khalifa estaba profundamente desazonado. Conocía a Abu Fouad, desde luego, sabía quién era y a qué se dedicaba. Además, comprendía el motivo por el que se había puesto en contacto con él. Pero le explicó que había dado su palabra y no podía incumplirla.

Ni siquiera reveló a su compatriota y camarada de la resistencia que aquel a quien llamaban el Beduino era, en realidad, un oficial británico, pero accedió a dejar un mensaje en un lugar donde sabía que aquel hombre lo encontraría más tarde o más

temprano.

A la mañana siguiente se dirigió al cementerio cristiano y, bajo la lápida de mármol del marino Shepton, dejó una carta con su recomendación personal para que el Beduino accediese a reunirse con Abu Fouad.

El grupo estaba formado por seis soldados al mando de un sargento, y cuando el Beduino dobló la esquina se sorprendieron tanto como él.

Mike Martin había dejado su pequeño vehículo en el garaje y caminaba por la ciudad hacia la casa que había elegido para pasar aquella noche. Estaba cansado y, cosa rara en él, iba desprevenido. Cuando vio a los iraquíes y supo que ellos le habían visto, se maldijo a sí mismo. En su oficio, un hombre podía morir por bajar la guardia un solo instante.

Era bastante después del toque de queda, y aunque él estaba acostumbrado a moverse por la ciudad cuando los habitantes que respetaban la ley desaparecían y solo merodeaban las patrullas iraquíes, siempre se movía por calles secundarias mal iluminadas, oscuros terrenos baldíos y negros callejones, de la misma manera que los iraquíes mantenían su presencia en las arterias y cruces principales. De ese modo nunca había tropiezos.

Pero tras el regreso de Hassan Rahmani a Bagdad y su mordaz informe sobre la utilidad del Ejército Popular, se estaban produciendo ciertos cambios. Habían empezado a aparecer las boinas verdes de las Fuerzas Especiales.

Aunque no pertenecían a una élite, como la Guardia Republicana, los Boinas Verdes estaban por lo menos más disciplinados que la chusma de reclutas llamada Ejército Popular. Seis de ellos se hallaban ahora junto a su camión, en un cruce de calles donde normalmente no habría habido iraquíes.

Martin solo tuvo tiempo de apoyarse en el bastón que llevaba y adoptar la postura de un anciano. Era una actitud acertada, pues en la cultura árabe se respeta a los ancianos, o por lo menos se tiene compasión por ellos.

—Eh, tú —gritó el sargento—. Ven aquí.

Cuatro fusiles de asalto apuntaban al hombre solitario con la cara cubierta por un *keffiyeh* a cuadros. El viejo se detuvo y se aproximó cojeando.

—¿Qué haces en la calle a estas horas, beduino?

—Solo soy un viejo que intenta llegar a su casa antes del toque de queda, sayidi —gimió el hombre.

—Hace dos horas que ha comenzado el toque de queda, viejo idiota.

El anciano sacudió la cabeza, desconcertado.

—No lo sabía, sayidi, no tengo reloj.

En Oriente Medio los relojes no son indispensables, sino objetos muy caros, signo de prosperidad. Los soldados iraquíes que llegaron a Kuwait pronto adquirieron los

suyos: se limitaron a cogerlos. Pero la palabra beduino deriva de *bidun*, que significa «sin».

El sargento gruñó. La excusa era factible.

—A ver, tus documentos.

El anciano se palpó con la mano libre la sucia túnica.

—Parece que los he perdido —dijo en tono quejumbroso.

—Regístradle —ordenó el sargento.

Uno de los soldados se adelantó. Martin tenía la sensación de que la granada de mano fijada con cinta adhesiva en la cara interior de su muslo izquierdo era tan grande como una de las sandías de su camioneta.

—No te atrevas a tocarme los cojones —dijo severamente el viejo beduino. El soldado se detuvo. Uno de los soldados que estaban detrás soltó una risita. El sargento procuró mantenerse serio.

—Bien, adelante, Zuhair, regístrale.

El joven soldado Zuhair titubeó, azorado. Sabía que iban a reírse a su costa.

—Solo mi esposa puede tocarme los huevos —dijo el beduino. Dos de los soldados soltaron una carcajada y bajaron los fusiles. Los demás les imitaron. Zuhair seguía titubeando—. Claro que eso no le sirve de nada —añadió el anciano—. Ya hace mucho que no estoy para esas cosas.

Aquello fue demasiado. Los soldados se desternillaron de risa. Hasta el sargento sonrió.

—Bueno, anciano, sigue tu camino. Y no te quedes en la calle después de que oscurezca.

El beduino se dirigió cojeando hasta la esquina, rascándose bajo la ropa. Antes de doblar se volvió. La granada, con el cebo sobresaliendo toscamente a un lado, rodó sobre los adoquines y se detuvo ante los pies de Zuhair. Los seis la miraron fijamente. Entonces estalló. Fue el final de los seis soldados. También era el final de septiembre.

Aquella noche, lejos de allí, en Tel Aviv, el general Yaacov *Kobi* Dror, del Mossad, estaba sentado en su despacho del edificio Hadar Dafna, tomando un trago después del trabajo con un viejo amigo y colega, Shlomo Gershon, a quien todo el mundo conocía como Sami.

Sami Gershon era jefe de la División de Combatientes, o Komemiute, la sección responsable de dirigir a los agentes «ilegales», el peligroso filo cortante del espionaje. Era uno de los dos que se encontraban presentes cuando su jefe había mentado a Chip Barber.

—¿No crees que deberíamos habérselo dicho? —le preguntó, porque el tema había surgido de nuevo.

Dror agitó la botella de cerveza y bebió un sorbo.

—Que se jodan —gruñó—. Que recluten a sus puñeteros agentes.

Cierta vez, en la primavera de 1967, cuando era un soldado prácticamente adolescente, había estado en el desierto, esperando dentro de su tanque Patton mientras cuatro estados árabes se preparaban para ajustar las cuentas con Israel de una vez por todas. Todavía recordaba que el resto del mundo se había limitado a musitar: «¡Vaya, hombre!»

Con el resto de su tripulación, al frente de la cual estaba un joven de veinte años, fue uno de los que, bajo el mando de Israel Tal, abrieron una brecha a través del paso de Mitla e hicieron retroceder al ejército egipcio hasta el canal de Suez.

Y recordaba que, cuando Israel destruyó cuatro ejércitos y otras tantas fuerzas aéreas en seis días, los mismos medios de comunicación occidentales que se habían lavado las manos ante la inminente destrucción del país, en mayo acusaron a los israelíes de ganar empleando tácticas de matón de barrio.

Ese era el origen de la filosofía de Kobi Dror: que se fueran todos a hacer puñetas. Él era un *sabra*, nacido y criado en Israel, y no tenía la amplitud de miras ni la paciencia de David Ben Gurión.

Políticamente era leal al partido de extrema derecha Likud, a Menachem Begin, que había estado en el Irgun, y a Itzhak Shamir, un ex miembro de la «pandilla dura».

Una vez, sentado al fondo de la clase mientras escuchaba a un miembro de su personal que aleccionaba a los nuevos reclutas, oyó que el hombre decía «agencias de Inteligencia amigas». Entonces se levantó y siguió dando él mismo la clase.

—No existe ningún amigo de Israel excepto, tal vez, un judío de la diáspora —les dijo—. El mundo se divide en dos clases: nuestros enemigos y los neutrales. A nuestros enemigos sabemos cómo tratarlos. En cuanto a los neutrales, tomad todo de ellos y no les deis nada a cambio. Sonreídeles, dadles palmadas en la espalda, bebed con ellos, halagadlos, agradecedles sus soplos y no les digáis nada.

—Bueno, Kobi, confiemos en que nunca lo averigüen —le dijo ahora Gershon.

—¿Cómo podrían averiguarlo? Solo lo sabemos ocho, y todos pertenecemos a la Oficina.

Tal vez fuese a causa de la cerveza, pero lo cierto es que estaba pasando por alto a alguien.

En la primavera de 1988 un hombre de negocios británico llamado Stuart Harris asistía a una feria industrial en Bagdad. Era director de ventas de una empresa de Nottingham que fabricaba y vendía equipos para diversos tipos de construcciones. La feria se celebraba bajo los auspicios del Ministerio de Transportes iraquí. Como a la mayoría de los occidentales, le habían alojado en el hotel Rashid de la calle Yafa, construido principalmente para extranjeros y sometido siempre a vigilancia.

El tercer día de la feria, al regresar a su habitación, Harris encontró un sobre sin

membrete que había sido introducido por debajo de la puerta. No constaba en él nombre alguno, tan solo el número de la habitación, que era el correcto.

El sobre contenía una sola hoja de papel y otro sobre, este de correo aéreo, y también sin indicación alguna. En la hoja de papel, y en letras mayúsculas, decía en inglés: «A su regreso a Londres entregue este sobre sin abrir a la embajada israelí.»

Eso era todo. Stuart Harris se sintió aterrado. Conocía la reputación de Irak y de su temida policía secreta. El contenido de aquel sobre, fuera lo que fuere, podría hacer que le detuvieran, torturasen, incluso asesinaran.

Cabe decir en su favor que no perdió la cabeza, sino que se sentó y trató de entender aquello. Por ejemplo, ¿por qué le habían elegido a él? Había docenas de hombres de negocios británicos en Bagdad. ¿Por qué tenía que ser Stuart Harris? No podían saber que era judío, que su padre, Samuel Horowitz, había llegado a Inglaterra en 1935 procedente de Alemania. ¿Cómo iban a enterarse de esas cosas?

Aunque él nunca lo sabría, dos días antes había tenido lugar una conversación en la cantina de la feria entre dos funcionarios del Ministerio de Transportes iraquí. Uno de ellos le había hablado al otro de su visita a la fábrica de Nottingham el otoño anterior. Le contó que Harris había sido su anfitrión durante los dos primeros días, luego desapareció un día entero y al siguiente regresó. El iraquí preguntó si Harris había estado enfermo. Un colega se rió y le dijo que se había ausentado para el Yom Kippur.

Aunque los dos funcionarios iraquíes no pensaron más en ello, alguien que estaba en la mesa de al lado sí que lo hizo, y habló de la conversación con su superior. Este no pareció darle importancia, pero más tarde se quedó pensativo y pidió los datos del señor Stuart Harris, de Nottingham. Se enteró de que se alojaba en el Rashid y obtuvo su número de habitación.

Harris seguía sentado, preguntándose qué debía hacer. Razonó que, aunque el anónimo remitente de la carta hubiera descubierto que era judío, había una cosa que era imposible que supiera. Por una extraña coincidencia, Stuart Harris era un *sayan*.

El Instituto Israelí de Inteligencia y Operaciones Especiales, fundado en 1951 por orden de Ben Gurión, es conocido fuera de sus propios muros como Mossad, palabra hebrea que significa «instituto». De muros adentro nunca se lo llama así, sino siempre «la Oficina». Entre los principales servicios secretos del mundo es, con mucho, el más pequeño. A juzgar por su personal en nómina, es diminuto. En la sede de la CIA en Langley, Virginia, hay unos 25.000 empleados, sin contar el personal destinado en el exterior. En su época de mayor apogeo, el Primer Directorado del KGB, responsable como la CIA y el Mossad de recoger informes secretos en el exterior, contaba con 15.000 agentes en todo el mundo y unos 3.000 en la sede de Yazenevo.

El Mossad solo tiene entre 1.200 y 1.500 agentes y menos de cuarenta oficiales de caso, llamados *katsas*.

La posibilidad de operar con un presupuesto tan reducido y un personal tan escaso y, no obstante, asegurar la obtención del «producto», depende de dos factores. Uno es la capacidad de obtener cuantos datos deseen de la población israelí, que sigue siendo sorprendentemente cosmopolita y en la que se da una asombrosa variedad de talentos, lenguas y orígenes geográficos.

El otro factor es una red internacional de ayudantes o auxiliares, en hebreo *sayanim*. Se trata de judíos de la diáspora (deben ser totalmente judíos, por el lado paterno y el materno), quienes, aunque probablemente serán leales al país en el que residen, también simpatizarán con el Estado de Israel.

Solo en Londres hay dos mil de esos auxiliares, cinco mil en el resto de Gran Bretaña y diez veces esa cifra en Estados Unidos. Nunca se les hace intervenir en operaciones, sino que todo lo que se les pide son favores, y deben estar convencidos de que la ayuda que se les solicita no es para una operación contra su país natal o de adopción. No se permiten los conflictos de lealtades. Esas personas permiten reducir hasta la décima parte los costes de las operaciones.

Por ejemplo: un equipo del Mossad llega a Londres para montar una operación contra un grupo palestino clandestino. Necesitan un coche. A un *sayan* que trabaja en el ramo automovilístico se le pide que deje un coche de segunda mano con documentación legal en cierto lugar y con las llaves bajo la esterilla. Lo devuelven más tarde, después de la operación. El *sayan* nunca sabe para qué ha sido usado. En su registro consta que se lo dejó a un posible cliente.

El mismo equipo necesita una tapadera. Un *sayan* propietario de locales comerciales les presta un local vacío, y otro dedicado a la confitería les surte de los caramelos y chocolate necesarios para llenar la tienda. Si precisan una dirección a la que enviar correo, un *sayan* que trabaja en el ramo inmobiliario les presta las llaves de una oficina que consta como vacía en su registro.

Stuart Harris estaba veraneando en la localidad turística israelí de Eilat cuando, en el bar del Roca Roja, trabó conversación con un agradable joven israelí que hablaba un inglés excelente. Volvieron a verse y esta vez el joven acudió acompañado de un amigo, un hombre mayor que el otro y que discretamente averiguó cuáles eran los sentimientos de Harris hacia Israel. Al final de las vacaciones Harris había convenido que, si había algo que él pudiera hacer...

Regresó a su casa y reanudó su vida ordinaria, tal como le habían aconsejado. Durante dos años esperó la llamada, pero esta nunca se produjo. Sin embargo, un amistoso visitante siempre se mantenía en contacto con él... Una de las tareas más fatigosas de los *katsas* destinados al extranjero es la de echar un ojo a los *sayanim* de su lista.

Así pues, Stuart Harris, presa de creciente pánico, permanecía sentado en una habitación del hotel de Bagdad, preguntándose qué debía hacer. La carta podía ser

una provocación, y tal vez le interceptarían en el aeropuerto cuando tratase de sacarla subrepticamente. ¿Introducirla en el bolso de otra persona? Sabía que era incapaz de hacer eso. Además, ¿cómo la recuperaría cuando llegase a Londres?

Finalmente se serenó, ideó un plan y lo llevó minuciosamente a la práctica. Quemó el sobre externo y la nota en un cenicero, machacó las cenizas y las hizo desaparecer por el desagüe del lavabo. Entonces escondió el otro sobre bajo la manta de repuesto en el estante superior del armario, tras haberlo limpiado.

Si registraban su habitación se limitaría a afirmar que no había necesitado la manta ni tocado nunca el estante superior, y que la carta debía de haber sido dejada allí por un ocupante anterior.

En una papelería compró un sobre de papel manila, una etiqueta y cinta adhesiva. En una oficina de correos adquirió suficientes sellos para enviar una revista de Bagdad a Londres. Sustrajo de la feria comercial una revista de promoción que ensalzaba las virtudes de Irak e incluso hizo que sellaran el sobre vacío con el logotipo de la feria.

El último día, poco antes de salir hacia el aeropuerto con sus dos colegas, se retiró a su habitación. Deslizó la carta dentro de la revista y metió ambas en el sobre. Escribió la dirección de un tío suyo en Long Easton y pegó la etiqueta y los sellos. Sabía que en el vestíbulo había un buzón y que la próxima recogida del correo sería al cabo de cuatro horas. Razonó que aunque los agentes secretos abrieran el sobre con vapor, para entonces él estaría sobrevolando los Alpes en un avión británico.

Dicen que la suerte favorece a los osados, a los imprudentes o a ambos. El vestíbulo del hotel estaba vigilado por hombres de la AMAM cuya misión era ver si a cualquier extranjero que salía se le acercaba un iraquí tratando de entregarle algo. Harris llevaba el sobre bajo la chaqueta y debajo del brazo izquierdo. Un hombre sentado en un rincón con la cara oculta tras un periódico le estaba observando, pero un carrito de equipaje se interpuso entre ellos en el momento en que Harris metía el sobre en el buzón. Cuando el hombre que vigilaba le vio de nuevo, Harris estaba ante el mostrador de recepción, entregando la llave.

La revista llegó a casa de su tío una semana después. Harris sabía que su tío estaba ausente de vacaciones y, como él tenía una llave por si se producía un incendio o un robo, la utilizó para entrar y recoger el sobre. Entonces lo llevó a la embajada israelí en Londres y pidió ver a su contacto. Le hicieron pasar a una salita y le dijeron que esperase.

Entró un hombre de edad mediana, le preguntó su nombre y por qué deseaba ver a «Norman». Él se lo explicó, extrajo del bolsillo el sobre de correo aéreo y lo depositó sobre la mesa. El diplomático israelí palideció, le dijo que esperase de nuevo y se marchó.

El edificio de la embajada, en el número 2 de Palace Green, tiene una hermosa

estructura, pero sus líneas clásicas no dan indicio alguno de la enorme cantidad de fortificaciones y tecnología que el puesto londinense del Mossad oculta en el sótano. El joven que fue requerido con urgencia se hallaba en aquella fortaleza subterránea. Harris esperó durante largo rato.

Aunque no lo sabía, estaba siendo observado a través de un cristal que, por el lado que daba a la sala de espera, era un espejo. También le estaban fotografiando allí sentado, con el sobre encima de la mesa, mientras se comprobaban los archivos para asegurarse de que efectivamente se trataba de un *sayan* y no de un terrorista palestino. Cuando la foto de Stuart Harris, de Nottingham, que constaba en los archivos coincidió con el hombre sentado detrás del espejo, el joven *katsa* entró por fin en la sala.

Sonrió, se presentó como Rafi e invitó a Harris a contarle su historia desde el principio, desde su llegada a Eilat. Harris así lo hizo. Rafi sabía todo lo de Eilat, pues acababa de leer de cabo a rabo el expediente de aquel hombre, pero necesitaba cotejar la información. Cuando el otro le habló de Bagdad, su interés se avivó. Al principio le interrumpía poco, dejando que Harris le contase a su aire lo ocurrido. Entonces empezó el bombardeo de preguntas, hasta que Harris hubo revivido varias veces todo cuanto había hecho en Bagdad. Rafi no tomaba notas, pues la entrevista se estaba grabando. Finalmente utilizó un teléfono de pared para intercambiar unas frases en hebreo con un colega de mayor rango que estaba en la habitación contigua.

Rafi le agradeció efusivamente a Harris lo que había hecho, le felicitó por su valor y serenidad, le pidió que no mencionara absolutamente a nadie el incidente y le deseó un buen viaje de regreso a su casa. Entonces se marchó y otro funcionario acompañó a Harris al exterior.

Un hombre enfundado en un traje especial con casco y guantes a prueba de explosiones se llevó la carta. La fotografiaron y sometieron a rayos X. La embajada israelí ya había perdido un hombre a causa de una carta bomba y no estaban dispuestos a que algo así ocurriera de nuevo.

Finalmente abrieron la carta. Contenía dos hojas de papel cebolla llenas de escritura árabe. Rafi no hablaba árabe y mucho menos lo leía, como tampoco ninguno de los miembros de la estación de Londres. Por lo menos ninguno tenía la habilidad suficiente para comprender la compleja caligrafía árabe. Rafi envió por radio un largo informe en clave a Tel Aviv y luego escribió un informe aún más completo en el estilo formal y uniforme que en el Mossad se conoce con el nombre de NAKA. La carta y el informe salieron por valija diplomática en el vuelo nocturno de El Al desde Heathrow a Ben Gurión.

Un motorista con escolta armada recibió el correo en la escalerilla del avión y cogió la saca destinada al gran edificio del bulevar Rey Saúl, donde, poco después de la hora del desayuno, quedó depositada sobre la mesa del jefe de la sección de Irak,

un joven *katsa* muy capacitado llamado David Sharon.

Aquel funcionario hablaba y leía el árabe a la perfección, y lo que leyó en aquel par de hojas de papel cebolla le dejó con la misma sensación que experimentó la primera vez que se lanzó desde un avión sobre el desierto del Neguev cuando se adiestraba en el cuerpo de paracaidistas.

Prescindiendo de su secretaria y del procesador de textos, utilizó su propia máquina de escribir y mecanografió una traducción literal de la carta en hebreo. Entonces llevó ambos documentos, más el informe de Rafi sobre cómo aquella carta había llegado a poder del Mossad, a su superior inmediato, el director de la división de Oriente Medio.

La carta decía que su autor era un funcionario de alto rango que participaba en los consejos superiores del régimen iraquí y que estaba dispuesto a trabajar para Israel por dinero, pero solo por dinero.

Decía algo más, e incluía el número de un apartado de correos en la oficina principal de correos de Bagdad, pero ese era el meollo del asunto.

Aquella noche tuvo lugar una reunión de alto nivel en el despacho privado de Kobi Dror. Estuvieron presentes este, Sami Gershon, jefe de los Combatientes, y Eitan Hadar, el superior inmediato de Sharon como director de la división de Oriente Medio, a quien aquella mañana había entregado la carta procedente de Bagdad. Llamaron a David Sharon.

Gershon se mostró receloso desde el principio.

—Es un camelo —dijo—. Nunca había visto un intento de tender una trampa tan flagrante, torpe y evidente. Mira, Kobi, no voy a enviar a ninguno de mis hombres más allá para que lo compruebe. Sería como enviarlo a una muerte segura. Ni siquiera mandaría un *oter* a Bagdad para que intentara establecer contacto.

Un *oter* es un árabe utilizado por el Mossad para establecer un contacto preliminar con un compatriota árabe, un mensajero de bajo nivel y mucho más prescindible que un auténtico *katsa* israelí.

El punto de vista de Gershon parecía prevalecer. La carta era una locura, un intento, al parecer, por atraer a Bagdad a un *katsa* veterano para detenerlo, torturarlo, juzgarlo y ejecutarlo públicamente. Finalmente Dror se volvió hacia David Sharon.

—Bueno, David, también tienes lengua. ¿Qué opinas de esto?

Sharon asintió, pesaroso.

—Casi tengo la certeza de que Sami está en lo cierto. Enviar allí a un buen elemento sería absurdo.

Eitan Hadar le dirigió una mirada de advertencia. Entre las divisiones existía la rivalidad habitual. No era necesario servirle a Gershon una victoria en bandeja de plata.

—Hay un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que se trate de una trampa.

—¿Solo el noventa y nueve por ciento? —replicó Dror, jocosamente—. ¿Y la única posibilidad restante, mi joven amigo?

—Ah, no es más que una idea alocada que se me acaba de ocurrir. Podría ser que nos hubiera caído del cielo un nuevo Penkovsky.

Todos guardaron silencio. La palabra se cernió en el aire como un desafío abierto. Gershon exhaló el aire con un largo siseo. Kobi Dror miró al jefe de su división de Irak. Sharon se contemplaba la punta de los dedos.

En el mundo del espionaje solo existen cuatro maneras de reclutar a un agente para que se infiltre en los consejos superiores de un país tomado como objetivo.

El primero es, con mucho, el más difícil. Consiste en usar a uno de tus propios compatriotas, al que se ha adiestrado hasta niveles extraordinarios para que se infiltre en el corazón mismo del país objeto del espionaje y se haga pasar por nativo. Por supuesto, semejante cosa es casi imposible a menos que el infiltrado haya nacido y se haya criado en el país-objetivo, y pueda introducirse de nuevo en él con facilidad con una tapadera que explique su ausencia. Incluso así, deberá esperar mucho tiempo hasta que tenga un cargo útil con acceso a los secretos; el período de «letargo» puede llegar a diez años.

No obstante, los israelíes fueron en el pasado maestros en esta técnica. Eso se debía a que, cuando Israel era un país recién creado, en los albores de su existencia como país, a Israel llegaban judíos provenientes de todo el mundo. Había judíos que podían pasar por marroquíes, argelinos, libios, egipcios, sirios, iraquíes o yemeníes, aparte de todos los que procedían de Rusia, Polonia, Europa Occidental y América del Norte y del Sur.

Quien tuvo más éxito entre todos ellos fue Elle Cohen, nacido y criado en Siria, quien fue introducido de nuevo en Damasco como un sirio que se había ausentado del país durante años y ahora regresaba. Con su nombre sirio, Cohen se hizo amigo íntimo de políticos de alto rango, funcionarios y generales que hablaban libre e interminablemente a su generoso anfitrión en las fiestas suntuosas que este daba. Todo cuanto decían, incluido el plan de combate sirio al completo, fue transmitido a Tel Aviv y llegó a tiempo para la Guerra de los Seis Días. Cohen fue descubierto, torturado y ahorcado públicamente en la Plaza de la Revolución de Damasco. Tales infiltraciones eran peligrosas en extremo y muy infrecuentes.

Pero transcurrieron los años y los inmigrantes originales israelíes envejecieron. Sus hijos *sabra* no estudiaban el árabe y no estaban en condiciones de intentar lo que Elle Cohen había hecho. Por ese motivo, hacia 1990, el Mossad tenía muchos menos arabistas brillantes de lo que podría haberse imaginado.

Pero existía una segunda razón. La penetración de los secretos árabes se logra

mucho más fácilmente en Europa o Estados Unidos. Si un estado árabe compra un caza estadounidense, los detalles pueden ser robados con más facilidad y mucho menos riesgo en Norteamérica. Si un pez gordo árabe parece susceptible de abordaje, ¿por qué no hacerlo cuando visita los antros de placer de Europa? Ese es el motivo de que, hacia 1990, casi todas las operaciones del Mossad tuvieran lugar en Europa y Estados Unidos, que presentaban un riesgo muy bajo, en lugar de los estados árabes de alto riesgo.

Sin embargo, el rey de todos los infiltrados fue Marcus *Mischa* Wolf, quien durante años dirigió la red de Inteligencia en Alemania Oriental. Tenía una gran ventaja, y era que un alemán oriental puede hacerse pasar por un alemán occidental.

En su época, Wolf infiltró docenas y docenas de sus agentes en Alemania Occidental, y uno de ellos llegó a ser secretaria personal del mismísimo canciller Willy Brandt. La especialidad de Wolf era la secretaria solterona, gazmoña y poco atractiva que se hacía indispensable para su jefe, un ministro alemán occidental, y que estaba en condiciones de copiar todo documento que pasaba por su mesa para transmitirlo a Berlín Oriental.

El segundo método de infiltración consiste en usar a un miembro de la agencia agresora, pero haciéndose pasar por alguien procedente de una tercera nación. El país-objetivo sabe que el infiltrado es extranjero, pero está persuadido de que se trata de un extranjero amistoso y simpatizante.

Una vez más el Mossad aplicó con brillantez ese método, utilizando a un hombre llamado Ze'ev Gur Arieh. Su nombre verdadero era Wolfgang Lotz, y había nacido en Mannheim, Alemania, en 1921. Wolfgang medía más de metro ochenta de estatura, era rubio, de ojos azules y sin circuncidar, y, no obstante, era judío. Llegó a Israel de muchacho, se crió allí, adoptó su nombre hebreo, luchó con la Haganah clandestina y llegó a comandante del Ejército israelí. Entonces el Mossad se hizo cargo de él.

Le enviaron a Alemania durante dos años para que perfeccionara su alemán natal y «prosperase» con dinero del Mossad. Entonces, con una nueva esposa alemana, emigró a El Cairo y estableció una escuela de equitación.

Tuvo un gran éxito. A los jefes militares egipcios les encantaba relajarse con sus caballos, ayudados por Wolfgang, un buen alemán de derechas y antisemita que les servía champán y en el que podían confiar. Y, en efecto, confiaron. Todo lo que le decían era transmitido a Tel Aviv. Lotz fue finalmente capturado, tuvo la suerte de que no le ahorcaran y, después de la Guerra de los Seis Días, fue intercambiado por prisioneros egipcios.

Pero un impostor que aún tuvo más éxito fue un alemán de una generación anterior. Antes de la Segunda Guerra Mundial, Richard Sorge era un corresponsal extranjero en Tokio que hablaba japonés y sostenía contactos de alto nivel con el

gobierno de Hideki Tojo. Ese gobierno tenía un buen concepto de Hitler y suponía que Sorge era un alemán leal al régimen nazi, cosa que él ciertamente afirmaba ser.

A las autoridades de Tokio jamás se les ocurrió que Sorge no era nazi sino un comunista al servicio de Moscú. Durante años facilitó los planes de guerra del gobierno japonés a Moscú para que una vez allí fuesen estudiados. Su gran golpe fue el último. En 1941 los ejércitos de Hitler estaban ante Moscú. Stalin necesitaba saber con urgencia si Japón organizaría una invasión de la URSS desde sus bases en Manchuria. Sorge averiguó que tal cosa no ocurriría, y de ese modo Stalin pudo transferir cuarenta mil soldados mongoles desde el Extremo Oriente a Moscú. La carne de cañón asiática mantuvo a raya a los alemanes durante unas semanas más, hasta que llegó el invierno y Moscú se salvó.

No le sucedió lo mismo a Sorge, que fue desenmascarado y ahorcado. Pero antes de que muriese, su información probablemente había cambiado el curso de la historia.

El método más corriente de asegurar un agente en el país objetivo es el tercero: sencillamente, reclutar a ese hombre cuando ya está «en el sitio». El reclutamiento puede ser tediosamente lento o de una rapidez sorprendente. A tal fin, los «observadores de talentos» patrullan la comunidad diplomática en busca de un alto cargo «del otro lado» que parezca desencantado, resentido, insatisfecho, amargado o susceptible, en cualquier caso, de ser reclutado.

Se estudia a las delegaciones visitantes para ver si es posible separar a alguno de sus miembros, agasajarle y abordarle para intentar que cambie la lealtad. Cuando el observador de talentos ha encontrado uno «posible», los reclutadores se ponen en acción, y normalmente empiezan con una amistad informal que se hace más profunda y afectuosa. Finalmente el «amigo» sugiere al otro que podría hacerle un pequeño favor proporcionándole una información menor y sin trascendencia que necesita.

Una vez que el nuevo recluta ha caído en la trampa, le resulta imposible retroceder, y cuanto más implacable es el régimen al que sirve, menos probable será que lo confiese todo y se someta a la inexistente misericordia de ese régimen.

Los motivos por los que alguien es reclutado para servir a otro país varían. El reclutado puede tener deudas, graves problemas matrimoniales, haber sido postergado en la promoción, estar asqueado de su propio régimen o, sencillamente, anhelar una nueva vida y mucho dinero. Puede ser captado gracias a sus propias debilidades, sexuales u homosexuales, o simplemente mediante palabras almibaradas y halagos.

No han sido pocos los soviéticos, como Penkovsky y Gordievsky, que cambiaron de bando por auténticos motivos de «conciencia», pero la mayoría de los espías que se vuelven contra su propio país lo hacen porque tienen una vanidad monstruosa y están convencidos de que son realmente importantes para el país que los recluta.

Pero el más raro de todos los reclutamientos es el conocido simplemente como «entrar sin llamar». Tal como la frase indica, el recluta se presenta inesperadamente y

sin anunciarse, y ofrece sus servicios.

Cuando es abordada de este modo, la agencia siempre reacciona con extremo escepticismo, pues teme que el hombre sea un «colocado» del otro bando. Así ocurrió cuando, en 1960, un alto cargo ruso abordó a los estadounidenses en Moscú, declaró que era coronel del brazo de la Inteligencia militar soviética, el GRU, y se ofreció para espiar a favor de Occidente. Fue rechazado.

Desconcertado, el hombre abordó a los británicos, quienes lo pusieron a prueba. Oleg Penkovsky resultó ser uno de los agentes más asombrosos que jamás han existido. En su breve carrera de treinta meses entregó más de 5.500 documentos al grupo operativo angloestadounidense que le utilizaba, y todos ellos pertenecían a las categorías de «secreto» o «máximo secreto». Durante la crisis de los misiles en Cuba, el mundo no se dio cuenta de que el presidente Kennedy conocía absolutamente todas las cartas de Nikita Kruschev, como un jugador de póquer con un espejo detrás de la espalda de su adversario. El espejo era Penkovsky.

El ruso corrió unos riesgos absurdos, negándose a viajar a Occidente cuando aún tenía la oportunidad de hacerlo. Después de la crisis de los misiles fue desenmascarado por los servicios de contraespionaje soviéticos, juzgado y fusilado.

Ninguno de los otros tres israelíes que estaban reunidos aquella noche en la habitación de Kobi Dror necesitaba que se le dijese nada acerca de Oleg Penkovsky. En su mundo, formaba parte de una leyenda. Parecía un sueño. ¿Un auténtico traidor vivo y chapado en oro de veinticuatro kilates en Bagdad? ¿Podía ser cierto? ¿Existía una mínima posibilidad de que lo fuese?

Kobi Dror dirigió a Sharon una larga y dura mirada.

—¿En qué estás pensando, muchacho?

—Era una simple idea —dijo Sharon con fingida timidez—, una carta... sin riesgos para nadie... una simple carta... haciendo algunas preguntas, preguntas difíciles, cosas que nos gustaría saber... Y él se presenta o no lo hace.

Dror lanzó una mirada a Gershon. El hombre que dirigía a los agentes «ilegales» se encogió de hombros. Su gesto parecía decir: «Yo coloco hombres sobre el terreno; las cartas me tienen sin cuidado».

—Muy bien, joven David. Le contestaremos, haciéndole unas cuantas preguntas. Entonces veremos. Eitan, trabaja con David en este asunto. Dejadme ver la carta antes de enviarla.

Eitan Hadar y David Sharon salieron juntos.

—Espero que sepas qué diablos estás haciendo —musitó a su protegido el jefe de la división de Oriente Medio.

La carta fue redactada con extremo cuidado. Varios expertos de la casa trabajaron en ella, por lo menos en la versión hebrea. La traducción al árabe vendría más tarde.

Nada más empezar, David Sharon se presentó solo con su nombre de pila.

Agradeció al remitente la molestia que se había tomado y le aseguró que la misiva había llegado sin problemas al destino que sin duda él se había propuesto.

La respuesta seguía diciendo que el remitente comprendería, naturalmente, el hecho de que su carta hubiera despertado sorpresa y sospechas, tanto por su fuente como por su método de transmisión. Sabía que el remitente no era ningún necio y, en consecuencia, sabría que «mi gente» tenía necesidad de establecer la autenticidad de la oferta. David aseguraba al remitente que si era posible establecer esa autenticidad, el requisito de pago no representaría problema alguno, pero desde luego el producto debería justificar la remuneración que «mi gente» estuviera dispuesta a pagar. Así pues, ¿sería el remitente tan amable de responder a las preguntas que figuraban en la hoja adjunta?

La carta completa era más larga y complicada, pero esa era su esencia. Sharon terminaba facilitando al remitente una dirección postal en Roma para que enviara su respuesta.

La dirección era en realidad la de un piso franco que había dejado de ser utilizado y que la estación de Roma había ofrecido a instancias urgentes de Tel Aviv. En lo sucesivo, la estación de Roma seguiría vigilando la casa abandonada. Si los agentes de seguridad iraquíes aparecían en ella, serían observados y el asunto quedaría interrumpido.

La lista de veinte preguntas fue también cuidadosamente elegida después de mucha reflexión. El Mossad ya sabía las respuestas a ocho de las preguntas, pero no podía esperarse que las conociera. Por ello, un intento de engañar a Te] Aviv no surtiría efecto.

Otras ocho preguntas concernían a hechos cuya veracidad podía comprobarse después de que hubieran ocurrido. Cuatro de las preguntas se referían a cosas que Tel Aviv deseaba saber de verdad, en especial acerca de las intenciones de Saddam Hussein.

—Veamos hasta qué altura llega realmente este cabrón —dijo Kobi Dror cuando leyó la lista.

Finalmente llamaron a un profesor de la facultad de árabe de la Universidad de Tel Aviv para que redactara la carta en el ornado y florido estilo del lenguaje escrito. Sharon la firmó en árabe con la versión en esa lengua de su propio nombre: Daoud.

El texto contenía un punto más. A David le gustaría darle un nombre al remitente de Bagdad, y si este no tenía nada que objetar, ¿le importaría que le conocieran simplemente como Jericó?

La carta fue enviada desde El Cairo, la capital del único país árabe donde Israel tenía embajada.

Tras enviar la carta, David Sharon reanudó su trabajo y esperó. Cuanto más pensaba en ello, tanto más absurdo le parecía el asunto. Un apartado postal en un país

donde la red de contraespionaje estaba dirigida por un tipo tan listo como Hassan Rahmani era atrozmente peligroso. No lo era menos redactar una información secreta en prosa normal y corriente, y no existía indicación alguna de que Jericó conociera la escritura secreta. Si el asunto seguía adelante, también sería imposible utilizar los servicios de correos ordinarios. No obstante, razonó, la cosa no prosperaría.

Pero prosperó. Al cabo de un mes la respuesta de Jericó llegó a Roma y fue llevada sin abrir a Tel Aviv, dentro de una caja blindada. Se tomaron precauciones extremas. El sobre podía estar conectado a explosivos o untado con una toxina letal. Cuando los científicos declararon por fin que estaba «limpio», lo abrieron.

Para su gran sorpresa, Jericó se revelaba como un filón. Las respuestas a las ocho preguntas ya conocidas por el Mossad eran rigurosamente exactas. Otras ocho, sobre movimientos de tropas, promociones, despidos y viajes al extranjero de luminarias reconocibles del régimen, tendrían que esperar a ser verificadas cuando ocurriesen, si es que ocurrían. En cuanto a las cuatro últimas preguntas, las autoridades de Tel Aviv no podían saber si eran acertadas ni comprobar su veracidad, pero todas las respuestas parecían absolutamente factibles.

David Sharon se apresuró a responder, con un texto que no causaría problemas de seguridad si fuese interceptado: «Querido tío, muchas gracias por tu carta que acaba de llegar. Es estupendo saber que estás bien y gozas de buena salud. Algunas de las cosas que planteas requerirán tiempo, pero si todo va bien, volveré a escribirte pronto. Tu sobrino que te quiere, Daoud.»

En el edificio Hadar Dafna empezaba a crecer la certidumbre de que, al fin y al cabo, aquel hombre, Jericó, podía ir en serio. En tal caso, era necesaria una acción urgente. Un intercambio de dos cartas era una cosa, pero enviar un agente clandestino a un país gobernado por una dictadura brutal era otra. De ninguna manera podía continuar la comunicación epistolar en escritura normal, mediante correos públicos y apartados postales, ya que eso era una receta para un seguro desastre.

Sería necesario introducir en Bagdad un oficial de caso para que viviese allí y dirigiera a Jericó utilizando todos los medios habituales del oficio: escritura secreta, códigos, los llamados «buzones muertos», que eran escondrijos de correo secreto, y los medios para sacar el producto de Bagdad sin que fuese interceptado y enviarlo a Israel.

—De ninguna manera —repitió Gershon—. No enviaré a un *katsa* israelí veterano a una misión «negra» para una estancia prolongada en Bagdad. O lo hace bajo cobertura diplomática, o no va.

—De acuerdo, Sami —dijo Dror—, que sea cobertura diplomática. A ver qué tenemos ahí.

La insistencia en la cobertura diplomática se debía a que un agente «negro» puede ser detenido, torturado, ahorcado... cualquier cosa, mientras que un diplomático

acreditado, incluso en Bagdad, está en condiciones de evitar situaciones tan desagradables. Si le sorprenden espiando, será declarado persona no grata y le expulsarán del país. Es algo que se hace continuamente.

Aquel verano varias de las principales divisiones del Mossad trabajaron a toda marcha, especialmente Investigación. Gershon pudo decirles que no contaba con ningún agente entre el personal de las embajadas acreditadas en la capital de Irak, por cuyo motivo ya estaba bastante irritado. Así pues, se iniciaron las investigaciones para encontrar un diplomático apropiado.

Se identificó a quienes trabajaban en cada una de las embajadas extranjeras en Bagdad, para lo que se adquirió, en la capital de cada país, una lista completa de su personal. Nadie correspondía a las especificaciones, ningún miembro del personal diplomático en Bagdad había colaborado antes con el Mossad, de modo que no existía posibilidad alguna de «reactivarlo». Ni siquiera había un solo *sayan* en aquellas listas.

Entonces, uno de los empleados tuvo una idea: las Naciones Unidas. En 1990 el organismo mundial disponía de una sola agencia radicada en Bagdad, la Comisión Económica de la ONU para Asia Occidental.

El Mossad tenía un gran nivel de penetración en la sede neoyorquina de las Naciones Unidas, y adquirió una lista del personal. Uno de los nombres respondía a los requisitos: se trataba de un joven diplomático judío de nacionalidad chilena llamado Alfonso Benz Moncada. No se había adiestrado como agente pero era un *sayan* y, por lo tanto, presumiblemente estaría dispuesto a ayudar.

Los datos facilitados por Jericó se revelaron exactos uno tras otro. Las comprobaciones determinaron que las divisiones militares que según él se moverían, se habían movido; y que los ascensos y los despidos que había predicho se produjeron en su momento.

—O bien Saddam Hussein en persona está detrás de este fárrago, o bien Jericó está traicionando a su país de un modo excelente —observó Kobi Dror.

David Sharon envió una tercera carta, también redactada de la manera más inocente. Para esta misiva y la anterior el profesor de árabe no había sido necesario. La tercera se refería a un pedido del cliente de Bagdad, consistente en cristalería y objetos de porcelana sumamente delicados. David decía que, sin duda, habría que tener un poco más de paciencia hasta que se pudiera idear un medio de envío que garantizara la imposibilidad de que la carga sufriera un desastre accidental.

Un *katsa* que hablaba español y ya tenía su base en Sudamérica fue enviado a toda prisa a Santiago, donde persuadió a los padres del señor Benz para que instaran a su hijo a que regresase a casa de inmediato pues su madre estaba muy enferma. Fue el padre quien telefoneó a su hijo a Bagdad. Preocupado, este solicitó tres semanas de permiso para volver a Chile, lo que le fue concedido enseguida.

Pero allí no encontró a su madre enferma, sino a todo un equipo de oficiales de adiestramiento del Mossad, quienes le rogaron que accediera a su petición. Él habló del asunto con sus padres y estos estuvieron de acuerdo. Nunca habían visto Israel, pero eran judíos y el compromiso emocional con las necesidades de aquella tierra era muy fuerte.

Otro *sayan* que vivía en Santiago prestó su casa, sin necesidad de saber qué iban a hacer en ella. Era un chalet veraniego rodeado de un jardín vallado, en las afueras de la ciudad, cerca del mar. Una vez instalado allí, el equipo de adiestramiento empezó a trabajar.

Para que un *katsa* sepa cómo dirigir a un agente clandestino en territorio hostil son necesarios, al menos, dos años de adiestramiento. El equipo solo disponía de tres semanas. Trabajaron dieciséis horas al día. Instruyeron al chileno de treinta años en la escritura secreta y los códigos básicos, la fotografía en miniatura y la reducción de fotografías a micropuntos. Salieron a las calles y le enseñaron la manera de descubrir si alguien le seguía. Le advirtieron que nunca debía quitarse de encima a un perseguidor, salvo en un caso de absoluta emergencia, si llevaba consigo un material altamente incriminatorio. Le dijeron que aunque solo pareciera que le estaban siguiendo, cancelase la cita o la recogida de material y volviera a intentarlo más tarde.

Le mostraron cómo utilizar las sustancias combustibles almacenadas en una falsa estilográfica para destruir pruebas acusatorias en cuestión de segundos, al abrigo de un lavabo o simplemente a la vuelta de una esquina.

Le llevaron en coche para enseñarle a detectar un seguimiento en vehículo: uno de ellos actuaba como instructor y los restantes miembros del equipo como «hostiles». Absorbía sus instrucciones hasta que los oídos le zumbaban, los ojos le dolían e imploraba que le dejaran dormir.

Entonces le informaron acerca de los escondrijos de correo secreto, los buzones muertos, unos compartimientos secretos donde podía dejar o recoger un mensaje. Le enseñaron a preparar uno, en un hueco detrás de un ladrillo suelto en una pared, o bajo la lápida de una tumba, en una grieta de un viejo árbol o bajo una losa.

Al cabo de tres semanas Alfonso Benz Moncada se despidió de sus entristecidos padres y regresó a Bagdad en avión, con escala en Londres. En el chalet, el instructor jefe se retrepó en su sillón, se pasó una mano por la frente con gesto de cansancio y dijo al equipo:

—Si ese maricón consigue salir libre y con vida, haré un peregrinaje a la Meca.

Los demás se echaron a reír. Su jefe era un judío absolutamente ortodoxo. Durante todo el tiempo que dedicaron a la instrucción de Moncada, ninguno de ellos supo qué iba a hacer en Bagdad. Su tarea no consistía en saberlo. Tampoco lo sabía el chileno.

Durante la escala en Londres le llevaron al hotel Heathrow Penta, cercano al aeropuerto. Allí conoció a Sami Gershon y David Sharon, quienes le pusieron al corriente.

—No intentes identificarle —advirtió Gershon al joven—. Eso corre de nuestra cuenta. Limítate a establecer los escondrijos del correo secreto y usarlos. Te enviaremos las listas de las cosas cuyas respuestas necesitamos. No las entenderás, porque estarán escritas en árabe. No creemos que Jericó tenga muchos conocimientos de inglés, y es posible que no lo hable en absoluto. Jamás intentes traducir lo que te enviemos. Déjalo en uno de los escondrijos y haz la marca apropiada con tiza para que sepa que ha de recoger material. Cuando veas su marca de tiza, haz lo mismo y recoge la respuesta.

En una habitación independiente hicieron entrega a Alfonso Benz Moncada de su nuevo equipaje. Había una cámara que parecía una Pentax común y corriente pero que admitía un carrete con más de cien exposiciones, más un codal de aluminio y aspecto inocente para sujetar la cámara a la distancia exactamente apropiada sobre la hoja de papel. La cámara ya había sido preparada de antemano para fotografiar a esa distancia.

En su bolsa de aseo había varias clases de tinta invisible y sustancias químicas combustibles disfrazadas como loción para después del afeitado. Una cartera contenía papel de cartas tratado especialmente para la escritura secreta. Finalmente le explicaron la manera de comunicarse con ellos mediante un método que habían establecido durante el período de adiestramiento en Chile.

Podía escribir cartas relativas a su pasión por el ajedrez —que era su afición favorita—, a Justin Bokomo, un amigo ugandés con el que mantenía correspondencia que trabajaba en el Secretariado General del edificio de las Naciones Unidas en Nueva York. Sus cartas *siempre* saldrían de Bagdad en la valija de correo diplomático con destino a Nueva York. Las respuestas también serían enviadas por Bokomo desde Nueva York.

Aunque Benz Moncada no lo sabía, en Nueva York había un ugandés llamado Bokomo. En la sala de correo también había un *katsa* del Mossad que interceptaría la correspondencia.

Cuando el dorso de las cartas de Bokomo fuese tratado químicamente, aparecería la lista de preguntas del Mossad. Esta debía ser fotocopiada cuando nadie mirase y pasada a Jericó depositándola en uno de los escondrijos convenidos. Probablemente la respuesta de Jericó estaría escrita en el aracnoide alfabeto árabe. Cada página debía ser fotografiada diez veces, por si alguna imagen salía borrosa, y la película enviada a Bokomo.

De regreso a Bagdad, el joven chileno, con el corazón en la garganta, estableció seis escondrijos para el correo, sobre todo detrás de ladrillos sueltos en viejos muros

o casas en ruinas, debajo de losas en callejones poco transitados y uno de ellos bajo el alféizar de una ventana en una tienda abandonada.

En cada una de las ocasiones temió verse rodeado por los terribles hombres de la AMAM, pero los ciudadanos de Bagdad parecían tan corteses como siempre y ninguno reparó en él cuando merodeaba, con la apariencia de un turista extranjero curioso, por los callejones y callejas laterales del barrio antiguo, el barrio armenio, el mercado de frutas y verduras de Kasra y los viejos cementerios. Por todas partes había viejos muros en ruinas y losas sueltas donde a nadie se le ocurriría mirar.

Anotó las ubicaciones de los seis escondrijos, tres de los cuales contendrían sus mensajes para Jericó mientras los otros tres serían para las respuestas de este. También buscó seis lugares, en paredes, portales y persianas, donde una inocente marca de tiza pudiera alertar a Jericó de que había un mensaje para él, o bien indicarle a él mismo que su contacto tenía una respuesta a punto aguardando a ser recogida en un buzón muerto.

Cada marca de tiza respondía a un escondrijo diferente. Anotó la ubicación de estos, así como los lugares donde estaban las marcas de tiza, con la precisión necesaria para que Jericó pudiera encontrarlas contando únicamente con la descripción por escrito.

Permanecía continuamente alerta a fin de detectar la presencia de cualquier perseguidor en vehículo o a pie. Una sola vez estuvo bajo vigilancia, pero fue torpe y rutinaria, pues la AMAM parecía elegir ciertos días al azar para seguir a diplomáticos extranjeros escogidos también al azar. Al día siguiente nadie lo siguió, y reanudó la tarea.

Cuando lo tuvo todo preparado, memorizó cada detalle, los mecanografió, destruyó la cinta, fotografió las hojas de papel, las destruyó también y envió el carrete de película al señor Bokomo. A través de la sala de correo del edificio de Naciones Unidas junto al East River, Nueva York, el pequeño paquete terminó en manos de David Sharon, en Tel Aviv.

Lo más arriesgado era hacer llegar toda esa información a Jericó. Significaba enviar una última carta a aquel condenado apartado de correos de Bagdad. Sharon escribió a «su amigo» que los documentos que necesitaba serían depositados exactamente a mediodía, al cabo de catorce días, el 18 de agosto de 1988, y deberían ser recogidos no más de una hora después.

Las instrucciones precisas, escritas en árabe, estuvieron en poder de Moncada el día 16. A las doce menos cinco del día 18 entró en el edificio de correos, se dirigió al apartado postal y depositó en él un voluminoso paquete. Nadie le dijo nada ni le arrestó. Una hora después Jericó abrió el apartado y retiró el paquete. Tampoco a él le dijeron nada ni le detuvieron.

Ahora que se había establecido un contacto seguro, el tráfico empezó a fluir.

Jericó insistía en que pondría «precio» a cada envío de información que Tel Aviv deseara, y que si el dinero era depositado, enviaría la información. Indicó un banco muy discreto de Viena, el Winkler Bank, en la Ballgasse, frente a la Franziskanerplatz, y dio un número de cuenta.

Tel Aviv estuvo de acuerdo y procedió de inmediato a investigar el banco. Era pequeño, de una discreción absoluta y prácticamente inexpugnable. El número de cuenta coincidía, desde luego, ya que los primeros veinte mil dólares transferidos desde un banco de Tel Aviv no fueron devueltos con el argumento de que debía de tratarse de un error.

El Mossad sugirió a Jericó la conveniencia de que se identificase «para su propia protección, en caso de que algo saliera mal, pues sus amigos occidentales podrían ayudarle». Jericó respondió con una rotunda negativa, y fue aún más allá: si intentaban vigilar las entregas y recogidas de correo secreto, acercarse a él de alguna manera, o si alguna vez el dinero no llegaba, interrumpiría de inmediato su actividad.

El Mossad estuvo de acuerdo, pero probó otras vías. Se hicieron psicorretratos, se estudió su caligrafía y se confeccionaron y estudiaron listas de notables iraquíes; todo indicaba que Jericó era de mediana edad, había recibido una educación de tipo medio, probablemente hablaba un inglés escaso o vacilante y se desenvolvía en un entorno militar o cuasimilitar.

—O sea, que puede ser cualquier miembro del condenado alto mundo iraquí, uno de los cincuenta principales del Partido Baas o el primo de Fulano de Tal —farfulló Kobi Dror.

Alfonso Benz Moncada «dirigió» a Jericó durante dos años, y el producto fue oro de veinticuatro quilates. Concernía a la política, las armas convencionales, el progreso militar, los cambios en el mando, la forma de conseguir armamento, cohetes, gas, la guerra bacteriológica, además de dos intentos de golpe contra Saddam Hussein. Sin embargo, había un aspecto en el que Jericó se mostraba vacilante: los progresos de Irak en materia nuclear. Le preguntaron al respecto, naturalmente. Era algo tan secreto que solo lo conocía el equivalente iraquí de Robert Oppenheimer, el doctor en física Jaafar al Jaafar. Jericó informó que presionar demasiado sería invitar a que les descubrieran.

En el otoño de 1989 dijo a Tel Aviv que Gerry Bull era sospechoso y estaba siendo vigilado en Bruselas por un equipo de la Mukhabarat iraquí. El Mossad, que por entonces estaba utilizando a Bull como otra fuente para el avance del programa de cohetes iraquí, intentó advertirle tan sutilmente como pudo. De ninguna manera habrían podido decirle cara a cara lo que sabían, pues sería tanto como revelarle que tenían un agente secreto en Bagdad, y ninguna agencia descubría jamás la existencia de semejante agente.

Así pues, el *katsa* que controlaba la importante estación de Bruselas hizo que sus

hombres allanaran el piso de Bull en varias ocasiones, durante el otoño y el invierno, dejando mensajes indirectos: una cinta de vídeo rebobinada, las copas de vino cambiadas de sitio, una ventana del patio abierta, incluso una larga hebra de cabello femenino sobre su almohada.

El científico armamentístico se sintió preocupado, desde luego, pero no lo suficiente. Cuando llegó el mensaje de Jericó que hablaba del intento de liquidar a Bull, ya era demasiado tarde. El «golpe» había sido realizado.

La información de Jericó permitió al Mossad tener una visión general casi completa de Irak mientras este país preparaba la invasión de Kuwait en 1990. Lo que les dijo sobre las armas de destrucción masiva que poseía Saddam confirmaba y ampliaba las pruebas gráficas que les había pasado Jonathan Pollard, por entonces en prisión condenado a cadena perpetua.

Teniendo en cuenta lo que el Mossad sabía, y lo que suponían que debía de saber Estados Unidos, supusieron que los americanos reaccionarían. Pero mientras progresaban los preparativos químicos, nucleares y bacteriológicos en Irak, la apatía de Occidente continuaba, por lo que Tel Aviv permaneció en silencio.

Para agosto de 1990 ya habían pasado dos millones de dólares del Mossad a la cuenta de Jericó en Viena. Resultaba caro, pero era bueno y Tel Aviv reconocía que valía la pena. Entonces se produjo la invasión de Kuwait y sucedió lo imprevisto. Naciones Unidas, tras haber aprobado la resolución del 2 de agosto exigiendo que Irak se retirase de inmediato, consideró que no podía seguir apoyando a Saddam mediante su presencia en Bagdad. Bruscamente, el 7 de agosto, la Comisión Económica para Asia Oriental fue cerrada y se repatrió a sus diplomáticos.

Benz Moncada todavía pudo hacer una última cosa. Dejó un mensaje en un escondrijo secreto diciéndole a Jericó que le expulsaban y el contacto quedaba interrumpido. No obstante, existía la posibilidad de que regresara, y Jericó debía seguir examinando los lugares donde estaban las marcas de tiza. Entonces se marchó. En Londres, el joven chileno fue interrogado extensamente, hasta que no hubo nada más que pudiera decirle a David Sharon.

Así pues, Kobi Dror pudo mentir a Chip Barber sin cambiar de expresión. Ya no tenía un agente en Bagdad. Sería demasiado embarazoso admitir que no había llegado a descubrir el nombre del traidor y que ahora incluso había perdido el contacto. No obstante, como Sami Gershon había dejado claro, si los estadounidenses llegaban a descubrirlo... En retrospectiva, tal vez debería haber mencionado a Jericó.

El 1 de octubre, Mike Martin visitó la tumba del marino Shepton en el cementerio de Sulaibikhat, donde encontró la súplica de Ahmed al Khalifa.

No se sorprendió especialmente: si Abu Fouad había oído hablar de él, también habría oído hablar del movimiento de resistencia kuwaití que aumentaba y se extendía constantemente, y de su luz orientadora que permanecía oculta. Quizá era inevitable que acabaran encontrándose.

En el transcurso de seis semanas, la posición de las fuerzas de ocupación iraquíes había cambiado de manera espectacular. La invasión fue un paseo e iniciaron la ocupación con una confianza que les hizo descuidarse, convencidos de que su estancia en Kuwait sería tan cómoda como la conquista.

El saqueo había sido fácil y provechoso, la destrucción divertida y el uso de las mujeres placentero. Era un método de conquista que se remontaba a los tiempos de Babilonia.

Al fin y al cabo, Kuwait era una paloma cebada, a punto para desplumarla. Pero, transcurridos seis meses, la paloma había empezado a dar picotazos y arañar. Entre desaparecidos y víctimas halladas muertas, las bajas ascendían ya a un centenar de soldados y ocho oficiales. Las desapariciones no podían atribuirse sin más a desertiones. Por primera vez, las fuerzas de ocupación se sentían atemorizadas.

Los oficiales ya no viajaban en un solo vehículo, sino que insistían en que les escoltara un camión cargado de soldados. Era preciso vigilar día y noche los edificios del cuartel general, hasta el extremo de que los oficiales iraquíes habían empezado a disparar por encima de las cabezas de sus centinelas adormilados para despertarles.

De noche no se aventuraban por las calles, a menos que se tratase de importantes movimientos de tropas. Cuando oscurecía, los equipos encargados de los bloques de carreteras se acurrucaban en sus reductos. Y aun así las minas estallaban, los vehículos ardían o sus motores estropeados los inmovilizaban, alguien arrojaba granadas y los soldados degollados desaparecían en las alcantarillas o los contenedores de basura.

La resistencia, cada vez mayor, había obligado al alto mando a sustituir el Ejército Popular por las Fuerzas Especiales, buenas tropas de combate que deberían estar en el frente en el caso de que llegaran los americanos. Parafraseando a Churchill, los primeros días de octubre no fueron el principio del fin sino el fin del principio.

Martin no tenía manera de responder al mensaje de Al Khalifa cuando lo leyó en el cementerio, por lo que no depositó la respuesta hasta el día siguiente. En ella decía que aceptaba el encuentro, pero de acuerdo con sus propias condiciones. A fin de

tener la ventaja de la oscuridad pero evitar el toque de queda que comenzaba a las diez de la noche, convocaba una reunión a las siete y media. Daba instrucciones precisas sobre el lugar donde Abu Fouad debía aparcar el coche y el bosquecillo en que se reunirían. El lugar indicado se encontraba en el distrito de Abrak Kheitan, cerca de la autopista principal que enlazaba la ciudad con el aeropuerto, ahora destrozado y fuera de servicio.

Martin sabía que se trataba de una zona de casas tradicionales, de piedra y con terrado. En uno de aquellos terrados él esperaría durante las dos horas anteriores a la cita, para asegurarse de que nadie seguía al oficial kuwaití o, en caso contrario, de que se trataba de sus propios guardaespaldas y no de los iraquíes. En un entorno hostil, el oficial del SAS seguía libre y activo porque evitaba minuciosamente todos los riesgos.

Ignoraba qué concepto tenía Abu Fouad de la seguridad, y no estaba dispuesto a dar por sentado que era brillante. Estableció el encuentro para la tarde del 7 de octubre y dejó su respuesta bajo la lápida de mármol. Ahmed al Khalifa la retiró el día 4.

Cuando el doctor John Hipwell se presentó de nuevo ante el comité Medusa, nadie le habría tomado, durante un encuentro informal, por un físico nuclear, y no digamos uno de esos científicos que se pasan los días laborables detrás de las ingentes medidas de seguridad del Establecimiento de Armas Atómicas de Aldermaston, diseñando cabezas nucleares del plutonio para ser instaladas cuanto antes en los misiles Trident.

Un observador superficial habría supuesto que se trataba de un campechano granjero de los condados próximos a Londres, más a sus anchas examinando con ojo diestro un corral de gordos corderos en el mercado local que supervisando el revestimiento con oro puro de una serie de letales discos de plutonio.

Aunque el tiempo aún era templado vestía, lo mismo que en agosto, su camisa a cuadros, corbata de lana y chaqueta de tweed. Sin esperar a que le dieran permiso para hacerlo, movió ágilmente sus grandes y rojizas manos para llenar y apisonar la cazoleta de su pipa de brezo, antes de iniciar su informe. Sir Paul Spruce arrugó la nariz con repugnancia e hizo un gesto para que subieran un poco el aire acondicionado.

—Bien, caballeros, la buena noticia es que nuestro amigo, el señor Saddam Hussein, no tiene una bomba atómica a su disposición —dijo Hipwell mientras desaparecía detrás de una nube de humo azulado—. Todavía no, ni mucho menos.

Hubo una pausa mientras el científico cuidaba de su hoguera personal. Terry Martin pensó que si uno se arriesgaba a diario absorbiendo una dosis de rayos de plutonio letales, una pipa de tabaco de vez en cuando no tenía la menor importancia. El doctor Hipwell consultó sus notas.

—Irak ha intentado obtener su propia bomba nuclear desde mediados de los años setenta, cuando Saddam Hussein llegó realmente al poder. Parece ser la obsesión de ese hombre. En esos años Irak compró un sistema completo de reactor nuclear a Francia, que no se hallaba ligada por el Tratado de No Proliferación Nuclear de 1968 con ese mismo propósito.

Aspiró el humo con satisfacción y apisonó de nuevo las brasas que ardían en lo alto de la cazoleta. Unas pavesas cayeron sobre sus notas.

—Perdone —le dijo sir Paul—. ¿Tenía ese reactor el objetivo de generar electricidad?

—Así se supuso —convino Hipwell—. Eso era una tontería, desde luego, y los franceses lo sabían. Los depósitos petrolíferos iraquíes son los terceros más grandes del mundo, y podían disponer de una planta eléctrica que funcionara por medio de petróleo a un precio muchísimo más bajo. No, se trataba de utilizar como combustible del reactor uranio de baja calidad, llamado «pasta amarilla» o «caramelo», que alguien se dejaría persuadir para vendérselo. Tras usarlo en un reactor, el producto final es lo que conocemos por plutonio.

Hubo gestos de asentimiento alrededor de la mesa. Todo el mundo sabía que el reactor británico de Sellafield generaba electricidad para el consumo y vomitaba el plutonio que luego el doctor Hipwell utilizaba para sus cabezas nucleares.

—Así pues, los israelíes se pusieron manos a la obra —continuó Hipwell—. Primero, uno de sus comandos hizo volar la enorme turbina en Toulon antes de que fuese enviada, con lo cual el proyecto retrocedió un par de años. Luego, en 1981, cuando las preciosas plantas de Saddam Osirak Uno y Dos estaban a punto de ser puestas en funcionamiento, los cazabombarderos israelíes las redujeron a escombros. Desde entonces, Saddam nunca ha logrado comprar otro reactor. Al cabo de un tiempo, dejó de intentarlo.

—¿Por qué diablos hizo eso? —preguntó Harry Sinclair desde su lugar en un extremo de la mesa.

—Porque cambió de dirección —respondió Hipwell con una ancha sonrisa, como quien ha resuelto el crucigrama del *Times* en media hora—. Hasta entonces había seguido el camino del plutonio para conseguir una bomba atómica. Desde entonces ha seguido el camino del uranio, y con algún éxito, por cierto, pero no el suficiente. Sin embargo...

—No comprendo —dijo sir Paul Spruce—. ¿Cuál es la diferencia entre una bomba atómica basada en el plutonio y otra en el uranio?

—El uranio es más simple —dijo el físico—. Miren... existen varias sustancias radiactivas que pueden utilizarse para una reacción en cadena, pero si se quiere obtener una bomba atómica sencilla, básica y eficaz, el uranio es el material indicado. Eso es lo que Saddam ha estado buscando desde 1982: una bomba atómica básica que

utilice uranio. Aún no la tiene, pero sigue intentándolo y algún día la conseguirá.

El doctor Hipwell volvió a sentarse, sin dejar de sonreír, como si hubiera resuelto el enigma de la Creación. Al igual que la mayoría de los reunidos, sir Paul Spruce seguía perplejo.

—Si puede comprar ese uranio para su reactor destruido, ¿por qué no puede hacer una bomba con él? —preguntó

El doctor Hipwell se abalanzó sobre la pregunta como un granjero sobre una ganga.

—Hay diferentes clases de uranio, mi querido amigo. El uranio es una sustancia curiosa, sumamente rara. De mil toneladas de mineral de uranio, todo lo que se consigue es un trozo del tamaño de una caja de puros. Pasta amarilla. Se le llama «uranio natural», y su número de isótopo es el 238. Con él es posible hacer funcionar un reactor industrial, pero no fabricar una bomba, porque no es lo bastante puro. Para una bomba hace falta un isótopo más ligero, el uranio 235.

—¿Y ese de dónde sale? —preguntó Paxman.

—Está dentro de la pasta amarilla. En ese trozo de uranio del tamaño de una caja de puros hay suficiente uranio 235 para meterlo bajo la uña de un dedo sin que moleste. El problema consiste en separar los dos. Es lo que se llama «separación de isótopos». Muy difícil, muy técnico, muy caro y muy lento.

—Pero ha dicho usted que Irak está en camino de conseguirlo —señaló Sinclair desde su extremo de la mesa.

—En efecto, pero aún no lo ha logrado —dijo Hipwell—. Solo existe una manera viable de purificar y refinar la pasta amarilla hasta que cumpla con el requisito de ser pura en un noventa y tres por ciento.

»Hace años, los chicos del proyecto Manhattan intentaron varios métodos. Estaban experimentando, ¿comprenden? Ernest Lawrence fue por un lado y Robert Oppenheimer por otro. En aquellos días utilizaron ambos métodos de una manera complementaria y crearon suficiente uranio 235 para fabricar la bomba *Little Boy*.

»Después de la guerra se inventó y perfeccionó lentamente el método centrífugo, que en la actualidad es el único utilizado. Básicamente consiste en poner el material en una centrifugadora que gira a tal velocidad que requiere un espacio vacío, pues de lo contrario los cojinetes se convertirían en jalea.

»Lentamente, los isótopos más pesados, aquellos que no hacen falta, son atraídos a la pared exterior de la centrifugadora y extraídos. Lo que queda es un poco más puro que al principio, pero solo un poco más. Hay que repetir la operación una y otra vez, durante miles de horas, solo para conseguir una oblea de uranio apto para la bomba del tamaño de un sello de correos.

—¿Y él lo está haciendo? —insistió sir Paul.

—Sí, lleva haciéndolo más o menos un año. Esas centrifugadoras... Para ahorrar

tiempo las enlazamos en series llamadas «cascadas». Pero hacen falta miles de centrifugadoras para formar una cascada.

—Si han seguido ese camino desde 1982, ¿por qué ha tardado tanto? —preguntó Terry Martin.

—Bueno, uno no entra en una ferretería y coge del estante una centrifugadora de difusión gaseosa de uranio —señaló Hipwell—. Al principio lo intentaron, pero, según prueban los documentos, su pedido fue rechazado. Desde 1985 se han dedicado a comprar los componentes para construirse la maquinaria *in situ*. Consiguieron unas quinientas toneladas de uranio básico, esa pasta amarilla, la mitad de ellas de Portugal. Adquirieron en Alemania Occidental gran parte de la tecnología de centrifugación...

—Creía que Alemania había firmado una serie de acuerdos internacionales que limitan la proliferación de tecnología para la fabricación de armamento nuclear —protestó Paxman.

—Es posible que lo hicieran, desconozco los aspectos políticos —dijo el científico—. Pero lo cierto es que disponen de todo el material... Hacen falta tornos de diseño, acero de una aleación especial extra fuerte, recipientes anticorrosión, válvulas especiales, hornos de alta temperatura llamados «calavera», porque eso es lo que parecen, más bombas y fuelles de vacío... Estamos hablando de una tecnología seria, y gran parte de la misma, más los conocimientos técnicos, procedían de Alemania.

—Permítanme que aclare esto —dijo Harry Sinclair—. ¿Ya tiene Saddam en funcionamiento alguna centrifugadora de separación de isótopos?

—Sí, una cascada que lleva funcionando cosa de un año. Y otra empezará a hacerlo dentro de poco.

—¿Sabe usted dónde se encuentra ese material?

—La planta de montaje de centrifugadoras está en un lugar llamado Taji... aquí. —El científico le pasó al estadounidense una foto aérea muy ampliada y señaló una serie de edificios industriales—. La cascada en funcionamiento parece estar en alguna parte bajo tierra, no lejos de Tuwaitha, donde se encontraba el antiguo reactor francés bombardeado, el Osirak. No sé si alguna vez podrán ustedes localizarlo desde el aire... desde luego, es subterráneo y está camuflado.

—¿Y la nueva cascada?

—Ni idea —respondió Hipwell—. Podría estar en cualquier parte.

—Probablemente esté en más de un lugar —sugirió Terry Martin—. Los iraquíes han practicado la duplicación y la dispersión, ya que cuando tenían todos los huevos en una sola cesta los israelíes la hicieron volar.

Sinclair soltó un gruñido.

—¿Cómo está usted tan seguro de que Saddam Hussein aún no está en

condiciones de disponer de la bomba? —preguntó sir Paul.

—Es fácil —respondió el físico—. Se trata de una cuestión de tiempo, y todavía no ha tenido el suficiente. Para construir una bomba básica utilizable necesitará entre treinta y treinta y cinco kilos de uranio 235 puro. Entró en funcionamiento hace un año, y aun suponiendo que la cascada en activo pudiera funcionar durante veinticuatro horas al día, cosa que no es posible, un programa de rotación requiere como mínimo doce horas por cada centrifugadora.

»Son necesarias mil rotaciones para pasar de una pureza del cero por ciento a la del noventa y tres por ciento requerida. Eso significa quinientos días de rotación. Pero luego está la limpieza, el mantenimiento, las averías. Incluso con un millar de centrifugadoras operando en una cascada ahora y durante el año pasado, serían necesarios cinco años. Si introducen otra cascada el año que viene, acortarán ese tiempo a tres años.

—¿Significa eso que no dispondrá de sus treinta y cinco kilos hasta 1993 como muy pronto? —le interrumpió Sinclair.

—En efecto. No puede tenerlos antes.

—Una última pregunta. Si consigue el uranio, ¿cuánto tiempo tardará en disponer de una bomba atómica?

—No mucho, unas pocas semanas. Miren, un país que se embarca en la fabricación de su propia bomba seguramente dispone de la ingeniería nuclear necesaria trabajando en paralelo. La ingeniería de la bomba no es tan complicada, siempre que uno sepa qué está haciendo. Y Jafaar al Jafaar lo sabe... Sabrá construirla y hacerla estallar. Maldita sea, le adiestramos en Harwell.

»Pero la cuestión es que, solo desde el punto de vista temporal, Saddam Hussein todavía no puede disponer de suficiente uranio puro. Diez kilos como mucho. Le faltan por lo menos tres años.

Los presentes agradecieron al doctor Hipwell las semanas que había dedicado al análisis y la reunión se dio por concluida.

Sinclair regresaría a su embajada y redactaría sus abundantes notas que transmitiría a Estados Unidos en código ultrasecreto. Sus datos serían comparados con los análisis de sus colegas americanos, los físicos de los laboratorios de Sandia, Los Álamos y, sobre todo, Lawrence Livermore, en California. En este último, una sección secreta llamada sencillamente departamento Z había estado controlando durante dos años, a instancias del Departamento de Estado y el Pentágono, la constante expansión de la tecnología nuclear alrededor del mundo.

Aunque Sinclair no podía saberlo, los equipos británico y estadounidense confirmaron mutuamente sus hallazgos en un grado considerable.

Terry Martin y Simon Paxman abandonaron la reunión y caminaron por Whitehall bajo el benigno sol de octubre.

—Me siento muy aliviado —dijo Paxman—. El viejo Hipwell se ha mostrado firme y, al parecer, los americanos están totalmente de acuerdo. Ese cabrón todavía está muy lejos de conseguir su bomba atómica. Una pesadilla menos de la que preocuparnos.

Se separaron en la esquina. Paxman cruzó el río Támesis en dirección a Century House, Martin se encaminó a Trafalgar Square y avanzó por St. Martin's Lane hacia la calle Grower.

Establecer lo que Irak tenía, o incluso podría llegar a tener, era una cosa; descubrir con precisión dónde estaba situado era otra. El flujo de fotografías era incesante. Los satélites KH-11 y KH-12 recorrían los cielos fotografiando todo lo que veían en suelo iraquí.

En octubre otro artefacto había empezado a cruzar los cielos; se trataba de un nuevo avión estadounidense de reconocimiento, tan secreto que en el Capitolio no sabían nada de él. Su nombre en código era Aurora, volaba en los límites del espacio interior y alcanzaba velocidades de Mach 8, casi 7.500 kilómetros por hora. Era como un meteoro que, por el efecto del estatorreactor, quedaba muy lejos de los radares o los misiles de intercepción iraquíes. Ni siquiera la tecnología de la moribunda Unión Soviética podía descubrir al Aurora, que había sustituido al legendario SR-71 Blackbird.

Irónicamente, aquel otoño, mientras el Blackbird era retirado de servicio, otro «viejo fiel», de más edad todavía, cumplía con su cometido sobre Irak. Con casi cuarenta años y el sobrenombre de *Dragon Lady*, el U-2 seguía volando y tomando fotografías. En 1960 Gary Powers había sido derribado en un U-2 sobre Sverdlovsk, en Siberia, y de ese mismo modelo U-2 era el avión que descubrió los primeros misiles soviéticos desplegados en Cuba en el verano de 1962, aun cuando fue Oleg Penkovsky quien los identificó como armas ofensivas y no defensivas, aventando así las falsas protestas de Kruschev y sembrando las simientes de su propia destrucción eventual.

El U-2 de 1990 había sido equipado para que sirviese como «escucha» más que como «observador», y una vez más había sido designado como TR-1, aunque seguía tomando fotografías. Toda esta información, de los profesores y científicos, analistas e intérpretes, seguidores de pistas y observadores, entrevistadores e investigadores, dio como resultado que en el otoño de 1990 se tuviese una visión general de Irak, y era una visión que daba miedo.

La información procedente de un millar de fuentes fue finalmente canalizada a una sola y muy secreta habitación dos plantas por debajo del Ministerio del Aire saudí, en la carretera del Antiguo Aeropuerto. La sala, donde los altos mandos militares celebraban sus conferencias y discutían sus planes —no autorizados por las

Naciones Unidas— para la invasión de Irak, era conocida sencillamente como el Agujero Negro.

En el Agujero Negro, los establecedores de objetivos, procedentes de los tres ejércitos y de todos los grados, desde soldado a general, señalaban los lugares que deberían ser destruidos. Finalmente confeccionarían el mapa de combate aéreo del general Chuck Horner, que llegaría a contener setecientos objetivos. Seiscientos de ellos eran militares, pues se trataba de centros de mando, puentes, aeródromos, arsenales, depósitos de municiones, emplazamientos de misiles y concentraciones de tropas. Los cien restantes concernían a las armas de destrucción masiva: instalaciones de investigación, plantas de montaje, laboratorios químicos, depósitos de almacenaje, etcétera.

La fábrica de centrifugadoras de Taji constaba en la lista, así como la posición aproximada, pues solo podía suponerse, de la cascada de centrifugadoras subterránea ubicada en algún lugar del complejo de Tuwaitha.

Pero la planta embotelladora de agua en Tarmiya no figuraba, como tampoco Al Qubai. Nadie conocía su existencia.

Una copia del extenso informe que Harry Sinclair redactara en Londres se unió al resto de informes procedentes de diversos lugares de Estados Unidos y otros países. Finalmente, una síntesis de todos esos análisis en profundidad llegó a un pequeño y muy discreto grupo de científicos del Departamento de Estado, conocido tan solo por un puñado de personas selectas en Washington como el Grupo de Inteligencia y Análisis Político (PIAG). Se trata de una especie de invernadero analítico de asuntos exteriores y produce informes que no son, en modo alguno, para consumo público. En realidad, el grupo solo rinde cuentas al secretario de Estado, que en aquella época era James Baker.

Dos días después, Mike Martin estaba tendido sobre un terrado desde el que abarcaba el sector de Abrak Kheitan donde había convenido su cita con Abu Fouad.

Casi exactamente a la hora señalada, observó que un solo coche salía de la autopista del Rey Faisal que conducía al aeropuerto y entraba en una calle lateral. El vehículo avanzó lentamente por la calle, alejándose de las luces brillantes de la autopista y del escaso tráfico, y se sumió en la oscuridad.

Martin observó que la silueta del coche se detenía en el lugar descrito en su mensaje a Al Khalifa. Bajaron dos personas, un hombre y una mujer. Miraron a su alrededor, comprobaron que ningún otro coche les había seguido desde la autopista y siguieron avanzando poco a poco hacia el lugar en que una arboleda ocultaba un solar vacío.

Según las instrucciones, Abu Fouad y la mujer tenían que esperar un máximo de media hora. Si el Beduino no se presentaba, debían dar por cancelado el encuentro y

regresar a su casa. En realidad esperaron cuarenta minutos antes de volver al coche. Ambos se sentían frustrados.

—Deben de haberle detenido —dijo Fouad a su compañera—. Tal vez ha sido una patrulla iraquí. ¿Quién sabe? En fin, maldita sea, tendré que empezar de nuevo.

—Creo que estás loco al confiar en él —dijo la mujer—. No tienes idea de quién es.

Hablaban en voz baja, y el líder de la resistencia kuwaití exploraba la calle arriba y abajo para asegurarse de que no habían aparecido soldados iraquíes mientras él estaba ausente.

—Es un hombre de éxito, astuto, y trabaja como un profesional. Eso es todo lo que necesito saber. Me gustaría colaborar con él, si está dispuesto.

—Entonces no tengo objeciones que poner.

La mujer lanzó un breve grito. Abu Fouad se sobresaltó detrás del volante.

—No os volváis y seguid hablando —dijo la voz desde el asiento trasero. Por el espejo retrovisor el kuwaití vio el vago contorno de un *keffiyeh* beduino y percibió el olor de alguien que vive a salto de mata. Soltó el aire que había retenido en una larga exhalación.

—Te mueves en silencio, Beduino.

—No hay necesidad de hacer ruido, Abu Fouad. Eso atrae a los iraquíes y no me gusta, excepto cuando estoy preparado.

Los dientes de Abu Fouad destellaron bajo su bigote negro.

—Muy bien, ya nos hemos encontrado. Ahora hablemos. Por cierto, ¿por qué te has escondido en el coche?

—Si este encuentro hubiera sido una trampa, tus primeras palabras cuando subieras de nuevo al coche habrían sido diferentes.

—Reveladoras.

—Claro.

—¿Y entonces...?

—Estarías muerto.

—Comprendido.

—¿Quién es tu compañera? No mencioné a ningún acompañante en mi mensaje.

—Tú conviniste la cita, y yo también tenía que confiar en ti. Es una colega de confianza, Asras Qabandi.

—Muy bien. Se la saluda, señorita Qabandi. ¿De qué queréis hablar?

—De armas, Beduino. Pistolas ametralladoras Kalashnikov, granadas de mano modernas, Semtex-H. Mi gente podría hacer mucho más con esa clase de material.

—A tu gente la capturan, Abu Fouad. Diez fueron rodeados en la misma casa por toda una compañía de infantería iraquí al mando de la AMAM. Todos abatidos, y todos jóvenes.

Abu Fouad guardó silencio. Aquel había sido un gran desastre.

—Nueve —dijo por fin—. El décimo se hizo el muerto y más tarde pudo huir. Está herido y cuidamos de él. Fue quien nos lo contó.

—¿Qué?

—Que fueron traicionados. Si hubiese muerto no lo habríamos sabido.

—Ah, la traición. Siempre el peligro en todo movimiento de resistencia. ¿Y el traidor?

—Le conocemos, naturalmente. Creíamos poder confiar en él.

—¿Pero es culpable?

—Así lo parece.

—¿Solo lo parece?

Abu Fouad suspiró.

—El superviviente jura que solo el undécimo hombre sabía que se encontrarían y dónde lo harían. Pero existe la posibilidad de que alguien haya filtrado la información, o de que uno de ellos haya sido seguido...

—En ese caso, el sospechoso debe ser puesto a prueba. Y si es culpable, castigarle. Señorita Qabandi, sea tan amable de dejarnos un momento a solas, por favor.

La joven miró a Abu Fouad, quien asintió. Ella bajó del coche y regresó al bosquecillo. El Beduino le dijo a Abu Fouad cuidadosamente y con detalle lo que quería que hiciera.

—No saldré de la casa hasta las siete —concluyó—. Así pues, bajo ninguna circunstancia debes hacer la llamada telefónica hasta las siete y media. ¿Entendido?

El Beduino bajó del coche y desapareció por los oscuros callejones entre los chalets. Abu Fouad puso el vehículo en marcha, recogió a la señorita Qabandi y juntos se alejaron.

El Beduino nunca volvió a ver a la mujer. Antes de la liberación de Kuwait, Asrar Qabandi fue capturada por la AMAM, torturada rigurosamente, violada por sus torturadores, fusilada y decapitada. No lograron que confesase nada.

Terry Martin hablaba por teléfono con Simon Paxman, quien seguía inundado de trabajo y lo que menos necesitaba era que lo interrumpieran. Solo debido a la simpatía que sentía por el nervioso profesor de estudios árabes, aceptó la llamada.

—Sé que soy un pelma, pero ¿tiene usted algún contacto en el GCHQ?

—Sí, claro —respondió Paxman—. Sobre todo en el Servicio Árabe. La verdad es que conozco al director.

—¿Podría preguntarle si me recibiría?

—Bueno, sí, supongo que sí. ¿Qué se propone?

—Se trata del material que nos llega últimamente de Irak. He estudiado todos los

discursos de Saddam, claro, y observado los anuncios sobre rehenes y escudos humanos. He visto sus repugnantes intentos de relaciones públicas en la televisión. Pero quisiera ver si han recogido algo más, cosas que no han sido aireadas por su Ministerio de Propaganda.

—Bueno, eso es lo que hace el GCHQ —admitió Paxman—. No veo por qué no. Si ha estado usted sentado en el comité Medusa, tiene la aprobación para consultar ese material. Le llamaré.

Aquella tarde, tras concertar una cita, Terry Martin viajó en coche hasta Gloucestershire y se presentó ante el bien defendido portal de la extensión de edificios y antenas que conforman el tercer brazo principal de la Inteligencia británica junto con el MI-6 y el MI-5, la sede de Comunicaciones del Gobierno conocida por las siglas GCHQ.

El director del Servicio Árabe era Sean Plummer, a cuyas órdenes trabajaba aquel mismo señor Al Khouri que había examinado los conocimientos de árabe de Mike Martin en el restaurante de Chelsea casi tres meses antes, aunque eso no lo sabían ni Terry Martin ni Plummer.

El director había aceptado ver a Martin en medio de una jornada de intensa labor porque, como colega de estudios árabes, había oído hablar del joven erudito de la SOAS y admiraba su original investigación del califato abásida.

—Bueno, ¿en qué puedo servirle? —le preguntó cuando los dos estuvieron sentados ante una taza de té de menta, un lujo que Plummer se permitía para rehuir el atroz café que servían en la institución.

Martin le explicó que le sorprendía la escasez de las interceptaciones procedentes de Irak.

—Tiene usted razón, desde luego —convino Plummer—. Como sabe, en los circuitos abiertos nuestros amigos árabes tienden a charlar como cotorras. Durante los dos últimos años el tráfico interceptable ha sufrido un enorme bajón. Así pues, o bien ha cambiado el carácter nacional en su conjunto o...

—Cables enterrados —dijo Martin.

—Precisamente. Parece ser que Saddam y sus muchachos han enterrado más de setenta mil kilómetros de cables de comunicación de fibra óptica. Eso es lo que dicen. Para mí es una absoluta cabronada. ¿Cómo puedo seguir facilitando a los servicios secretos de Londres más informes meteorológicos de Bagdad y las condenadas listas de lavandería de mamá Hussein?

Martin se dio cuenta de que esa era una manera de hablar. El servicio de Plummer entregaba muchos más datos.

—Por supuesto, los ministros, funcionarios y generales siguen hablando. Incluso nos llega la cháchara entre los comandantes de carros blindados en la frontera saudí. Pero las conversaciones telefónicas serias, de alto secreto, no están en el aire y nunca

lo han estado. ¿Qué quiere usted ver?

Durante las cuatro horas siguientes Terry Martin examinó una serie de interceptaciones. Las emisiones de radio eran demasiado evidentes; buscaba algo en una llamada telefónica inadvertida, un desliz, un error. Finalmente cerró las carpetas de compilaciones.

—Le agradecería que esté al tanto por si surge algo realmente raro —pidió al director del departamento—, cualquier cosa que no tenga sentido.

Mike Martin estaba empezando a pensar que algún día escribiría una guía turística de los terrados de Kuwait City. Le parecía haber pasado una impresionante cantidad de tiempo tendido en ellos, vigilando la zona que se extendía debajo. Por otro lado, los terrados eran magníficas posiciones para permanecer camuflado.

Llevaba en aquel terrado casi dos días, vigilando la casa cuya dirección había dado a Abu Fouad. Era una de las seis que le había prestado Ahmed al Khalifa, y una que no volvería a usar jamás.

Aunque habían transcurrido dos días desde que diera la dirección a Abu Fouad y no esperaba que ocurriera nada aquella noche del 9 de octubre, seguía vigilando noche y día, alimentándose de pan y fruta.

Si antes de las siete y media de la tarde del día 9 llegaban soldados iraquíes, sabría quién le había traicionado: el mismo Abu Fouad. Consultó su reloj. Eran las siete y media. El coronel kuwaití debería estar haciendo su llamada, de acuerdo con las instrucciones que le había dado.

Al otro lado de la ciudad, Abu Fouad estaba, en efecto, cogiendo el teléfono. Marcó un número y le respondieron al tercer timbrazo.

—¿Salah?

—Sí, ¿quién es?

—No nos conocemos, pero he oído muchas cosas buenas de ti... que eres leal y valiente, uno de los nuestros. La gente me conoce como Abu Fouad.

Al otro lado de la línea se oyó una exclamación ahogada.

—Necesito tu ayuda, Salah. ¿Puede el movimiento contar contigo?

—Oh, sí, Abu Fouad. Por favor, dime qué deseas.

—No se trata de mí, sino de un amigo. Está herido y enfermo. Sé que eres farmacéutico. Tienes que llevarle enseguida medicinas: vendas, antibióticos, analgésicos. ¿Has oído hablar de ese hombre al que llaman el Beduino?

—Sí, claro, pero ¿quieres decir que le conoces?

—Hemos trabajado juntos durante semanas. Ese hombre tiene una importancia enorme para nosotros.

—Bajaré enseguida a la tienda, seleccionaré lo que me pides y se lo llevaré. ¿Dónde le encontraré?

—Está escondido en una casa de Shuwaikh y no puede moverse. Coge papel y lápiz.

Abu Fouad dictó la dirección que le había dado el Beduino. Su interlocutor la anotó.

—Iré enseguida, Abu Fouad —dijo el farmacéutico Salah—. Puedes confiar en mí.

—Eres un buen hombre. Serás recompensado.

Abu Fouad colgó. El Beduino le había dicho que telefonaría al amanecer si nada sucedía y el farmacéutico quedaría libre de sospechas.

Poco antes de las ocho y media Mike Martin vio, más que oyó, el primer camión. Rodaba por su propia inercia, con el motor apagado para no hacer ruido. Pasó por el cruce de la calle antes de detenerse unos metros más allá y perderse de vista. Martin hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

El segundo camión hizo lo mismo instantes después. De cada vehículo bajaron silenciosamente veinte hombres. Boinas Verdes que sabían lo que estaban haciendo. Los hombres se movieron en columna calle arriba, encabezados por un oficial que agarraba a un civil. La blanca túnica del hombre resplandecía débilmente en la semioscuridad. Como todos los letreros de las calles habían sido arrancados, los soldados necesitaban un guía civil para encontrar la calle que buscaban. Pero los números de las casas seguían en su sitio.

El civil se detuvo delante de una casa, examinó la placa con el número y señaló. El capitán al mando de la fuerza intercambió rápidos susurros con su sargento, quien llevó quince hombres a un callejón para cubrir la parte trasera.

Seguido por los soldados restantes, el capitán empujó la puerta de acero que daba acceso al pequeño jardín. Se abrió y los hombres entraron.

Desde el jardín el capitán vio que en una habitación del piso superior brillaba una luz mortecina. Gran parte de la planta baja estaba ocupada por el garaje, que se hallaba vacío. Una vez delante de la puerta principal, los iraquíes abandonaron toda pretensión de sigilo. El capitán intentó abrir la puerta, comprobó que estaba cerrada e hizo un gesto al soldado que se encontraba detrás de él. El hombre disparó una breve ráfaga de su fusil automático contra el cerrojo rodeado de madera, y la puerta se abrió.

Con el capitán al frente, los Boinas Verdes se apresuraron a entrar. Algunos fueron a las habitaciones a oscuras de la planta baja, mientras que el capitán y los demás se dirigían directamente al dormitorio principal.

Desde el rellano el capitán podía ver el interior de la habitación débilmente iluminada, el sillón con el respaldo hacia la puerta y el *keffiyeh* a cuadros que asomaba por la parte superior. No disparó. El coronel Sabaawi de la AMAM había sido concreto: quería vivo a aquel hombre para interrogarle. Al avanzar bruscamente,

el joven oficial notó el tirón del sedal contra sus espinillas.

Oyó que sus hombres entraban por la parte trasera mientras otros subían ruidosamente las escaleras. Vio la forma repantigada, enfundada en una sucia túnica rellena de cojines, y la gran sandía envuelta en el *keffiyeh*. Su rostro se contorsionó de ira y tuvo tiempo de lanzar un insulto al tembloroso farmacéutico que estaba en el umbral.

Dos kilos de Semtex-H pueden parecer poca cosa, un paquete de discretas proporciones. Las casas de la vecindad, algunas de las cuales estaban ocupadas por kuwaitíes, eran de piedra y hormigón, lo cual salvó a sus moradores, que solo sufrieron daños superficiales. Pero la casa que había sido ocupada por los soldados prácticamente desapareció. Más tarde se encontraron algunas de sus tejas a varios centenares de metros de distancia.

El Beduino no se había quedado para ver el resultado de su obra artesanal. Se encontraba ya a dos calles de distancia —pensando en sus propios asuntos mientras caminaba arrastrando los pies—, cuando oyó la explosión apagada, semejante a un portazo brusco, luego un instante de silencio y finalmente el estrépito de la mampostería al derrumbarse.

Al día siguiente ocurrieron tres cosas, y todas ellas después de que oscureciera. En Kuwait, el Beduino tuvo su segundo encuentro con Abu Fouad. Esta vez el kuwaití acudió solo a la cita, a la sombra de un hondo portal arqueado, a solo doscientos metros del hotel Sheraton, que había sido ocupado por docenas de oficiales iraquíes de alta graduación.

—¿Te has enterado, Abu Fouad?

—Desde luego. En la ciudad no se habla de otra cosa. Han perdido más de veinte hombres y los demás están heridos. —Exhaló un suspiro—. Habrá más represalias al azar.

—¿Deseas que nos detengamos ahora?

—No, no podemos, pero, ¿cuánto más hemos de sufrir?

—Algún día vendrán los americanos y los británicos.

—Alá quiera que sea pronto. ¿Estaba Salah con ellos?

—Él los condujo hasta allí. Había un solo civil. ¿No se lo dijiste a nadie más?

—No, solo a él. No puede haber sido otro. Las muertes de nueve jóvenes pesaban sobre su conciencia. No verá el Paraíso.

—Bien. ¿Qué más quieres de mí?

—No te pregunto quién eres ni de dónde vienes. Soy un oficial adiestrado y sé que no puedes ser un simple camellero beduino del desierto. Tienes suministros de explosivos, armas, munición, granadas. Mi gente también podría hacer mucho con ese material.

—¿Y tu oferta?

—Únete a nosotros y trae tus suministros, o bien sigue actuando por tu cuenta pero comparte tus suministros. No estoy aquí para amenazar, sino solo para pedir. Pero si quieres ser de ayuda a nuestra resistencia, esa es la manera de hacerlo.

Mike Martin permaneció pensativo un momento. Al cabo de dos meses le quedaban la mitad de sus existencias, todavía enterradas en el desierto, o diseminadas en las dos fincas que no usaba para vivir sino para almacenaje. De sus otras cuatro casas, una había sido destruida y la otra, donde se había reunido con sus discípulos, estaba comprometida. Podía entregar el material restante y enviar un mensaje secreto pidiendo más... Era arriesgado pero factible, siempre que sus mensajes a Riad no fuesen interceptados, cosa que no podía saber. O bien podía efectuar otro viaje en camello a través de la frontera y regresar con otras dos cestas cargadas. Ni siquiera eso sería fácil, pues ahora había dieciséis divisiones iraquíes alineadas a lo largo de aquella frontera, tres veces el número que había cuando él la cruzara.

Era hora de entrar de nuevo en contacto con Riad y pedir instrucciones. Entretanto, le entregaría a Abu Fouad casi todo lo que tenía. Había más al sur de la frontera; solo tenía que encontrar la manera de recogerlo.

—¿Dónde quieres que lo entregue? —le preguntó.

—Tenemos un almacén de pescado en el puerto de Shuwaikh. Es muy seguro. El propietario es uno de los nuestros.

—Dentro de seis días —dijo Martin.

Convinieron la hora y el lugar donde un ayudante de confianza de Abu Fouad se reuniría con el Beduino y le conduciría durante el resto del recorrido hasta el almacén. Martin le describió el vehículo que conduciría y el aspecto que tendría.

Aquella misma noche, pero dos horas más tarde debido a la diferencia horaria, Terry Martin estaba sentado en un restaurante tranquilo, no lejos de su piso, y hacía girar una copa de vino en una mano. El invitado al que esperaba entró unos minutos después. Se trataba de un hombre entrado en años, de cabello gris, con gafas y una pajarita a topos. Miró a su alrededor inquisitivamente.

—Aquí, Moshe.

El israelí se apresuró a ir al encuentro de Terry Martin y le saludó efusivamente.

—Terry, mi querido muchacho, ¿cómo estás?

—Ahora que te veo, mucho mejor, Moshe. No podía permitir que pasaras por Londres sin que por lo menos cenásemos y tuviéramos ocasión de charlar.

El israelí era lo bastante mayor para ser el padre del doctor Martin, pero su amistad se basaba en un interés común. Ambos eran académicos y estudiosos entusiastas de las antiguas civilizaciones del Oriente Medio árabe, sus culturas, arte e idiomas.

El profesor Moshe Hadari tenía un largo historial. En su juventud había excavado

gran parte de Tierra Santa con Yigal Yadin, que, además de profesor, era general del Ejército. Su gran pesar era que, como israelí, gran parte de Oriente Medio le estaba prohibido, ni siquiera podía visitarlo como estudioso. No obstante, era uno de los mejores en su campo y, puesto que se trataba de un campo reducido, era inevitable que los dos estudiosos se encontraran en algún seminario, como había sucedido diez años atrás.

Fue una buena cena, y charlaron sobre las últimas investigaciones acerca de cómo había sido la vida en los reinos de Oriente Medio diez siglos antes.

Terry Martin sabía que estaba supeditado a la Ley de Secretos Oficiales y no podía comentar sus recientes actividades para Century House, pero mientras tomaban café su conversación versó naturalmente sobre la crisis del Golfo y las posibilidades de que hubiera una guerra.

—¿Crees que se retirará de Kuwait, Terry? —preguntó el profesor.

Martin sacudió la cabeza.

—No, no puede hacerlo a menos que le proporcionen un camino claramente señalizado, unas concesiones que pueda usar para justificar la retirada. Si se retira sin nada, caerá.

Hadari suspiró.

—Qué tremenda pérdida —dijo—. El empeño de toda mi vida, totalmente perdido. Tanto dinero, suficiente para hacer de Oriente Medio un paraíso en la Tierra; tanto talento, tantas vidas jóvenes... ¿Y para qué? Terry, si llegase la guerra, ¿lucharían los británicos con los americanos?

—Naturalmente. Ya hemos enviado la 7.^a Brigada Blindada y creo que le seguirá la 4.^a. Eso constituye una división, aparte de los cazas y los barcos de guerra. No te preocupes por ello. Esta es una guerra de Oriente Medio en la que Israel no solo puede, sino que debe quedarse cruzado de brazos.

—Sí, lo sé —dijo el israelí sombríamente—. Pero muchos más jóvenes tendrán que morir.

Martin se inclinó hacia delante y dio unas palmaditas a su amigo en el brazo.

—Mira, Moshe, hay que detener a ese hombre, más tarde o más temprano. Israel es el país que mejor debe saber hasta qué punto ha llegado en el desarrollo de su armamento de destrucción masiva. En cierto sentido, nosotros solo hemos averiguado la verdadera escala de lo que posee.

—Pero los nuestros han ayudado, naturalmente. Probablemente somos su blanco principal.

—En el análisis de objetivos, sí —convino Martin—. Nuestro problema principal son los servicios secretos de alto nivel sobre el terreno. Sencillamente, no disponemos de esa clase de informes directamente desde Bagdad. Ni los británicos ni los americanos, ni siquiera los tuyos.

Veinte minutos después la cena finalizó y Terry Martin despidió al profesor Hidari, quien tomó un taxi de regreso a su hotel.

Alrededor de la medianoche, y siguiendo órdenes de Hassan Rahmani desde Bagdad, fueron implantadas en Kuwait tres estaciones de triangulación.

Eran antenas parabólicas de radio destinadas a localizar la fuente de una emisión de ondas de radio y determinar sus coordenadas. Una de ellas era una estación fija, montada en el tejado de un alto edificio en el distrito de Ardiya, en las afueras meridionales de Kuwait City. La antena estaba encarada al desierto.

Las otras dos eran estaciones móviles, grandes furgones con las antenas sobre el techo, un generador empotrado para el suministro eléctrico y un interior a oscuras donde los exploradores se sentaban ante sus consolas para rastrear las ondas aéreas en busca del transmisor requerido, el cual, según les habían dicho, probablemente estaría emitiendo desde algún lugar del desierto entre la ciudad y la frontera saudí.

Uno de los furgones se hallaba en las afueras de Jahra, muy al oeste de sus colegas en Ardiya, en tanto que la tercera estación estaba en la costa, en los terrenos del hospital Al Adan, donde la hermana del estudiante de derecho había sido violada en los primeros días de la invasión. El rastreador de Al Adan podía obtener una marcación transversal completa con respeto a las indicadas por los exploradores ubicados más al norte, estableciendo la fuente de la transmisión en un cuadrado de unos pocos centenares de metros de diámetro.

En la base aérea de At Ahamadi, de donde meses atrás Khaled al Khalifa partiera con su Skyhawk, un helicóptero artillado Hind de fabricación soviética permanecía las veinticuatro horas del día listo para despegar. La tripulación del Hind era de la Fuerza Aérea, una concesión que a Rahmani le había costado obtener del general en jefe de la Fuerza Aérea iraquí. Los equipos de rastreo radiofónico pertenecían al propio servicio de contraespionaje de Rahmani. Habían sido seleccionados en Bagdad y eran los mejores técnicos de que disponía.

Aquella noche, el profesor Hadari no podía dormir. Algo que le había dicho su amigo le preocupaba profundamente. Se consideraba un israelí de lealtad a toda prueba, nacido en el seno de una antigua familia sefardí que había emigrado a principios de siglo junto con hombres como Ben Yehuda y David Ben Gurión. Había nacido en las afueras de Yaffa cuando este era aún un bullicioso puerto de los árabes palestinos, y en su niñez había aprendido el árabe.

Había tenido dos hijos y presenciado cómo uno de ellos moría en una desgraciada emboscada al sur del Líbano. Era el abuelo de cinco nietos pequeños. ¿Quién iba a decirle que no amaba a su país?

Pero había algo que no estaba bien. Si llegaba la guerra, morirían muchos jóvenes, como su Ze'ev había muerto, y poco importaba que fuesen británicos, americanos y franceses. ¿Era acaso el momento de que Kobi Dror mostrara un vengativo chovinismo de pequeña potencia?

Se levantó temprano, pagó la cuenta, hizo el equipaje y pidió un taxi para ir al aeropuerto. Antes de abandonar el hotel, permaneció un rato delante de los teléfonos públicos que había en el vestíbulo, pero cambió de idea.

A medio camino del aeropuerto, pidió al taxista que se desviara de la M4 y buscara una cabina telefónica. Gruñendo por el tiempo y la molestia que eso suponía, el taxista hizo lo que deseaba el pasajero y finalmente encontró una cabina en una esquina de Chiswick. Hadari tuvo suerte. Fue Hilary quien se puso al teléfono en el piso de Bayswater.

—Espere un momento —le dijo—. Acaba de entrar ahora mismo.

Terry Martin se puso al aparato.

—Soy Moshe. No dispongo de mucho tiempo, Terry. Comunique a su gente que el Instituto tiene una fuente superior de información en Bagdad. Dígales que pregunten qué le ocurrió a Jericó. Adiós, amigo mío.

—Un momento, Moshe, ¿está seguro? ¿Cómo lo sabe?

—No importa. Yo no le he dicho nada. Adiós.

La comunicación se cortó. En Chiswick, el viejo académico subió de nuevo a su taxi y prosiguió su viaje a Heathrow. Temblaba por la enormidad de lo que acababa de hacer. ¿Y cómo podría decirle a Terry Martin que era él, el profesor de árabe de la universidad, quien había redactado aquella primera respuesta a Jericó?

Poco después de las diez, Terry Martin llamó a Century House, donde encontró a Simon Paxman en su despacho.

—¿A comer? Lo siento, pero no puedo. He tenido un día terrible. Tal vez mañana.

—Demasiado tarde, Simon. Es urgente.

Paxman suspiró. Sin duda aquel tedioso académico había encontrado alguna nueva interpretación de una frase en una emisión radiofónica iraquí que supuestamente cambiaría el significado de la vida.

—De todas maneras no puedo ir a comer. He de asistir a una conferencia de alto nivel que tendrá lugar aquí. Mire, tomemos un trago rápido. El Hole-in-the-Wall es un pub debajo del puente de Waterloo, muy cerca de aquí. ¿Le parece bien a las doce en punto? Solo puedo dedicarle media hora, Terry.

—Será más que suficiente —dijo Martin—. Hasta luego.

Poco después de mediodía estaban bebiendo en el pub por encima del cual los trenes de la Región Meridional pasaban atronando en dirección a Kent, Sussex y Hampshire. Sin revelar su fuente, Martin narró lo que le habían dicho aquella mañana.

—Por todos los diablos —dijo Paxman en voz baja, pues había gente en el reservado contiguo—. ¿Quién se lo ha dicho?

—No puedo decírselo.

—Tiene que hacerlo.

—Mire, se ha puesto en una situación peligrosa. Le he dado mi palabra. Es un académico y un hombre muy bien situado. Eso es todo.

Paxman reflexionó. Académico y mezclado con Terry Martin. Desde luego, debía de tratarse de otro arabista. Podría haber trabajado para el Mossad. Fuera como fuere, era preciso informar a Century sin dilación. Dio las gracias a Martin, dejó su cerveza a medio tomar y se escabulló para regresar al destartalado edificio llamado Century.

Debido a la conferencia que tendría lugar a la hora de comer, Steve Laing no había abandonado el edificio. Paxman le llevó a un aparte y le contó lo ocurrido. Laing fue directamente a ver al jefe.

Sir Colin, que nunca era dado a exagerar, aseguró que el general Kobi Dror era un «individuo de lo más inaguantable», prescindió del almuerzo, ordenó que le llevaran algo a su mesa y se retiró al piso superior. Entonces, utilizando una línea extremadamente segura, hizo una llamada personal al juez William Webster, director de la CIA.

Solo eran las ocho y media en Washington, pero el juez era un hombre al que le gustaba levantarse con las gallinas y ya estaba en su despacho cuando se produjo la llamada. Preguntó a su colega británico un par de cosas sobre la fuente de la información, gruñó al enterarse de que no se sabía, pero estuvo de acuerdo en que se trataba de algo que no podía dejarse de lado.

Webster se lo dijo a su subdirector de operaciones, Bill Stewart, quien se puso como una fiera y entonces conferenció durante media hora con Chip Barber, el director de operaciones para Oriente Medio. Barber se enfadó incluso más, pues era él quien se había sentado delante del general Dror en la iluminada habitación en lo alto de una colina fuera de Herzlia y, al parecer, el general le había mentido.

Entre ambos decidieron lo que habría de hacerse, y comunicaron su idea al director de la Agencia.

A media tarde William Webster celebró una conferencia con Brent Scowcroft, presidente del Consejo de Seguridad Nacional, y llevó el asunto al presidente Bush. Webster le pidió lo que deseaba y recibió plena autorización para seguir adelante.

Buscaron la cooperación del secretario de Estado, James Baker, quien la ofreció de inmediato. Aquella noche el Departamento de Estado envió una solicitud urgente a Tel Aviv, que fue presentada a su destinatario a la mañana siguiente, solo tres horas después debido a la diferencia horaria.

El viceministro de Asuntos Exteriores de Israel era Benyamin Netanyahu, un diplomático apuesto, elegante, de cabello gris, y hermano de aquel Jonathan

Netanyahu que fuera el único israelí muerto durante el ataque contra el aeropuerto Entebbe de Idi Amin en el que los comandos israelíes rescataron a los pasajeros de un avión francés secuestrado por terroristas palestinos y alemanes.

Benyamin Netanyahu era un sabra de tercera generación, parcialmente educado en Estados Unidos. Debido a su elocuencia y a su apasionado nacionalismo, era miembro del gobierno Likud de Itzhak Shamir y, a menudo, el persuasivo portavoz de Israel en las entrevistas con los medios de comunicación occidentales.

Dos días después, el 14 de octubre, el viceministro llegó al aeropuerto Dulles de Washington; estaba un tanto perplejo por la invitación que le había hecho el Departamento de Estado para que viajara a Estados Unidos a fin de hablar de unos asuntos de considerable importancia.

Todavía se quedó más perplejo cuando dos horas de conversación privada con el subsecretario Lawrence Eagleburger no revelaron más que una visión global de los acontecimientos que venían desarrollándose en Oriente Medio desde el 3 de agosto. Al terminar la conversación se sentía absolutamente frustrado, y aún debía enfrentarse a un vuelo nocturno de regreso a Israel.

Cuando abandonaba el Departamento de Estado, un ayudante depositó una lujosa tarjeta en su mano. La tarjeta estaba encabezada por un blasón personal y el firmante, en una elegante caligrafía cursiva, le pedía que no abandonara Washington sin haber pasado antes por su casa a fin de comentar un asunto de cierta importancia «para nuestros dos países y toda nuestra gente».

El israelí conocía la firma, conocía al hombre, así como el poder y la riqueza de la mano que la había trazado. La limusina del firmante esperaba a la puerta. El viceministro israelí tomó una decisión: ordenó a su secretario que regresara a la embajada para recoger el equipaje y se reuniera con él en una casa de Georgetown dos horas después. Desde allí se dirigían al aeropuerto Dulles. Entonces subió a la limusina.

Nunca hasta entonces había estado en la casa, pero era mejor de lo que había esperado, un suntuoso edificio en la mejor parte de la calle M, a menos de trescientos metros del campus de la Universidad de Georgetown. Le hicieron pasar a una biblioteca con las paredes forradas de madera noble, cuadros y libros de rareza y buen gusto superlativos, y poco después entró su anfitrión, avanzando por la alfombra de Kashan con la mano extendida.

—Mi querido Bibi, qué amable ha sido al dedicarme algún tiempo.

Saul Nathanson era banquero y financiero, profesiones que le habían hecho rico en extremo sin las trampas y embustes que habían echado a perder Wall Street durante los reinados de Boesky y Milken. Su verdadera fortuna era objeto de conjeturas, y el banquero era lo bastante educado para no hablar del tema. Pero los Van Dyke y Breughel que colgaban de sus paredes no eran copias y sus donativos

para obras de caridad, incluidas algunas en el estado de Israel, eran legendarios.

Al igual que el político israelí, tenía el cabello gris y vestía con elegancia, pero al contrario que el hombre algo más joven, los trajes se los hacía a medida un sastre londinense de Savile Row, y sus camisas de seda eran de Sulka.

Condujo a su invitado a un par de sillones de cuero ante un auténtico fuego de leños, y entró un mayordomo inglés con una botella y dos copas en una bandeja de plata.

—He pensado que esto podría agradarle mientras charlamos, amigo mío.

El mayordomo vertió el vino tinto en las dos copas de cristal de Lalique, y el israelí tomó un sorbo. Nathanson enarcó una ceja, con expresión inquisitiva.

—Soberbio, desde luego —le dijo Netanyahu. El Chateau Mouton Rothschild de 1961 no es un vino fácil de encontrar y no debe tomarse con precipitación.

El mayordomo dejó la botella al alcance de la mano y se retiró.

Saul Nathanson era demasiado sutil para entrar de inmediato en el meollo de lo que deseaba exponer. Primero se sirvieron unos entremeses de conversación ligera y luego vino el plato fuerte de Oriente Medio.

—Va a haber una guerra, ¿sabe usted? —dijo tristemente.

—No tengo ninguna duda —convino Netanyahu.

—Antes de que termine, muchos jóvenes estadounidenses pueden haber perdido la vida, buenos muchachos que no merecen morir. Debemos hacer cuanto esté en nuestra mano para que ese número sea el más bajo humanamente posible, ¿no le parece? ¿Un poco más de vino?

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted.

¿Adónde diablos quería ir a parar aquel hombre? El viceministro de Asuntos Exteriores israelí no tenía la menor idea.

Nathanson miró fijamente el fuego.

—Saddam es una amenaza y hay que detenerle. Probablemente representa una amenaza mayor para Israel que para cualquier otro Estado vecino.

—Eso es lo que hemos dicho durante años, pero cuando bombardeamos su reactor nuclear, el gobierno de Estados Unidos nos condenó.

Nathanson hizo un gesto con la mano, como si no tomara eso en serio.

—La gente de Carter... Tonterías, por supuesto, tonterías cosméticas que solo afectaban a la superficie de las cosas. Ambos lo sabemos, y no somos tan tontos como para creer en la seriedad de aquella condena. Tengo un hijo sirviendo en el Golfo.

—No lo sabía. Dios quiera que regrese sano y salvo.

Nathanson se sintió auténticamente conmovido.

—Gracias, Bibi, gracias. Ruego por ello a diario. Mi primogénito, mi único hijo. Creo que... en estos momentos... la cooperación entre nosotros no debe tener

restricciones.

—Eso es indiscutible. —El israelí tenía la incómoda sensación de que el momento de la mala noticia se estaba aproximando.

—Para que el número de bajas sea el menor posible, ¿sabe? Por eso le pido su ayuda, Benyamin, para que las bajas sean mínimas. Estamos en el mismo bando, ¿no es cierto? Soy estadounidense y judío.

El orden de precedencia que había utilizado quedó colgando en el aire.

—Y yo soy un israelí y un judío —murmuró Netanyahu. También él tenía su orden de precedencia. El financiero no se sintió en absoluto molesto.

—Precisamente por eso. Pero, dada la educación que usted recibió aquí, comprenderá... bueno, ¿cómo podría decirlo? Lo emotivos que a veces pueden ser los americanos. ¿Puedo serle franco?

El israelí pensó que esa petición de franqueza era un alivio.

—Si pudiera hacerse algo para reducir el número de bajas, aunque solo fuese un puñado, yo y mis compatriotas estaríamos eternamente agradecidos a todo aquel que hubiera contribuido a ello en cualquier medida.

No expresó la otra mitad de su sentimiento, pero Netanhayu era un diplomático demasiado experto como para que le pasara por alto. Y si se hacía o no hacía algo que pudiera aumentar ese número de bajas, la memoria de Estados Unidos sería larga y su venganza desagradable.

—¿Qué quiere usted de mí? —le preguntó.

Saul Nathanson tomó un sorbo de vino y contempló los troncos chisporroteantes.

—Parece ser que en Bagdad hay un hombre cuyo nombre en clave es Jericó...

Cuando terminaron de hablar, el viceministro de Asuntos Exteriores, que avanzaba a toda velocidad para abordar su avión en el aeropuerto Dulles, parecía profundamente pensativo.

El control militar con que tropezó estaba situado en la esquina de la calle Mohammed ibn Kassem y el cuarto cinturón. Cuando los vio a lo lejos, Mike Martin se sintió tentado de dar media vuelta y regresar por donde había venido. Pero los soldados iraquíes estaban apostados a cada lado de la calzada en las proximidades del control, al parecer solo con esa finalidad, y habría sido una locura tratar de rehuir el fuego de sus fusiles a la velocidad lenta necesaria para volver sobre sus pasos. No tenía otra alternativa que seguir adelante y unirse a la cola de vehículos que esperaban para pasar el control.

Como era a media mañana, también había esperado perderse en la confusión del tráfico o encontrar a los iraquíes resguardados del calor dentro de sus chamizos. Pero a mediados de octubre el tiempo había refrescado y los Boinas Verdes de las Fuerzas Especiales se revelaban mucho más competentes que los inútiles miembros del Ejército Popular. Así pues, Martin permaneció al volante de la furgoneta Volvo blanca y aguardó.

Todavía era noche cerrada cuando condujo el todoterreno hacia el sur, al interior del desierto, y desenterró los restantes explosivos, armas y municiones que le había prometido a Abu Fouad. Antes de que amaneciera había pasado todo el equipo del jeep a la furgoneta en el garaje bajo llave situado en una discreta calle de Firdous.

Entre la transferencia de un vehículo a otro y el momento en que juzgó que el sol estaría lo bastante alto para que los iraquíes buscaran refugio a la sombra, incluso logró echar una siesta de un par de horas al volante de la furgoneta, dentro del garaje. Entonces sacó la furgoneta y guardó el todoterreno, pues sabía que semejante vehículo en la calle pronto sería confiscado. Finalmente se mudó de ropa, cambiando las sucias vestiduras propias de un beduino del desierto por la limpia túnica blanca de un médico kuwaití.

Los coches que estaban delante del suyo avanzaban centímetro a centímetro hacia el grupo de infantería iraquí que rodeaba unos barriles rellenos de hormigón. En algunos casos los soldados se limitaban a echar un vistazo a los documentos de identidad del conductor y le hacían una seña de que siguiera adelante. En otros, apartaban los coches a un lado para registrarlos. Normalmente, los vehículos que llevaban carga recibían la orden de desviarse al bordillo.

Martin se sentía incómodo. Detrás de él, en el suelo de la zona de carga, había dos grandes baúles de madera que contenían el «género suficiente para asegurar su detención inmediata y su entrega a los tiernos cuidados de la AMAM.

Finalmente el último coche que iba delante se alejó y él avanzó hasta los barriles. El sargento al mando del control no se molestó en pedirle la documentación. Al ver

las grandes cajas en la parte trasera del Volvo, el militar se apresuró a hacerle una seña de que se pusiera a un lado de la carretera y gritó una orden a sus colegas que allí aguardaban.

Un uniforme verde oliva apareció junto a la ventanilla, cuyo cristal Martin ya había bajado. El uniforme se agachó y un rostro con barba de varios días quedó enmarcado por la ventanilla.

—Salga —dijo el soldado.

Martin bajó y se enderezó. Sonreía cortésmente. Un sargento de rostro duro, con marcas de viruela, se aproximó a él. El soldado rodeó el vehículo y miró las cajas.

—Documentos —dijo el sargento.

Examinó el carnet de identidad que Martin le tendía, y su mirada pasó del rostro borroso bajo la superficie de plástico al del hombre que tenía delante. Si veía alguna diferencia entre el oficial británico ante el que estaba y el empleado de la Al Khalifa Trading Company cuya foto había sido usada para el carnet, no lo evidenció en absoluto.

El documento de identidad había sido fechado y emitido un año antes, y en un año a un hombre podía crecerle una corta barba negra.

—¿Es usted médico?

—Sí, mi sargento. Trabajo en el hospital.

—¿Dónde?

—En la carretera de Jahra.

—¿Adónde se dirige?

—Al hospital Amiri, en Dasman.

El sargento no era, evidentemente, un hombre muy educado, y desde su punto de vista un médico era un hombre de considerable cultura y posición social. Soltó un gruñido y se dirigió a la parte trasera del vehículo.

—Abra —le ordenó.

Martin abrió la portezuela trasera, que quedó alzada por encima de sus cabezas. El sargento contempló las dos cajas.

—¿Qué lleva ahí?

—Son muestras, mi sargento. Las necesitan en el laboratorio de investigación del Amiri.

—Ábralas.

Martin se sacó un manojito de llaves del bolsillo de su túnica. Los baúles eran del tipo de los que se usan en las travesías marítimas y los había adquirido en una tienda de equipajes; cada uno tenía dos cerrojos metálicos.

—¿Sabía usted que estos baúles están refrigerados? —dijo Martin en tono familiar, mientras manoseaba las llaves.

—¿Refrigerados? —La palabra confundía al suboficial.

—Sí, mi sargento. Los interiores están fríos, a fin de mantener los cultivos a unas temperaturas constantemente bajas. Eso garantiza que permanezcan inertes. Me temo que si los abro, el aire frío se escapará y se volverán muy activos. Será mejor que retroceda.

Al oír la palabra «retroceda», el sargento frunció el entrecejo y empuñó la carabina que llevaba colgada al hombro. Apuntó a Martin, sospechando que las cajas debían de contener alguna clase de arma.

—¿Qué quiere decir? —gruñó.

Martin se encogió de hombros, con un gesto de disculpa.

—Lo siento, pero no puedo impedirlo. Los gérmenes escaparán al aire que nos rodea.

—¿Gérmenes? ¿Qué gérmenes? —El sargento estaba confuso y airado, tanto por su propia ignorancia como por los modales del doctor.

—¿No le he dicho dónde trabajo? —inquirió Martin suavemente.

—Sí, en el hospital.

—Así es. El hospital de aislamiento. Estas cajas están llenas de muestras de viruela y cólera para analizarlas.

Esta vez el sargento retrocedió un buen medio metro. Los hoyos de su cara no eran ningún accidente. De niño había estado a punto de morir a causa de la viruela.

—Llévese eso de aquí, maldita sea.

Martin volvió a disculparse, cerró la portezuela trasera, se puso al volante y se alejó. Una hora después le orientaron sobre el almacén de pescado en el puerto de Shuwaikh y entregó su carga a Abu Fouad.

De: Grupo de Inteligencia y Análisis Político, Departamento de Estado, Washington, D. C.

Para: James Baker, secretario de Estado.

Fecha: 16 de octubre, 1990.

Clasificación: Estrictamente confidencial.

En las diez semanas transcurridas desde la invasión del emirato de Kuwait por Irak, tanto nosotros como nuestros aliados británicos hemos llevado a cabo una investigación rigurosa del tamaño preciso, la naturaleza y el estado de los preparativos de la maquinaria bélica actualmente a disposición del presidente Saddam Hussein.

Sin duda los críticos dirán, con el habitual beneficio que proporciona la visión retroactiva, que ese análisis debería haberse realizado antes de esta fecha. Sea como fuere, ahora tenemos ante nosotros los hallazgos de los diversos análisis, y presentan una situación general muy inquietante.

Solo las fuerzas convencionales de Irak, con su ejército permanente de 1.250.000 hombres, sus cañones, tanques, baterías de cohetes y moderna aviación, se combinan

para hacer que en estos momentos Irak posea, con mucho, la fuerza militar más poderosa de Oriente Medio.

Hace dos años se calculaba que si el efecto de la guerra con Irán hubiera sido el de reducir la maquinaria bélica iraní hasta el punto de que ya no pudiera constituir una amenaza realista para sus vecinos, los daños infligidos por Irán a la maquinaria bélica iraquí sería de similar importancia.

Ahora resulta evidente que, en el caso de Irán, el severo embargo a sus compras creado deliberadamente por nosotros y los estadounidenses ha hecho que su situación siga siendo en gran parte la misma. Sin embargo, en el caso de Irak, en los dos años transcurridos se ha llevado a cabo un programa de rearme de un vigor apabullante.

Recordará usted, señor secretario, que la política occidental en la zona del Golfo, e incluso en todo Oriente Medio, se ha basado desde hace mucho tiempo en el concepto del equilibrio, la noción de que la estabilidad y, por ende, el statu quo, únicamente pueden mantenerse si a ninguna nación de la zona se le permite adquirir un poder tal que amenace con someter a todos sus vecinos y establezca así su dominio.

Solo en el frente bélico convencional está ahora claro que Irak ha adquirido semejante poder y que se propone llegar a imponer su dominio.

Pero este informe concierne más a otro aspecto de los preparativos iraquíes: el establecimiento de una imponente cantidad de armas de destrucción masiva, junto con planes continuados de acumular todavía más, y sus apropiados sistemas de entrega internacionales y, posiblemente, intercontinentales.

En resumen, a menos que se proceda a la destrucción absoluta de esas armas, las que están todavía en desarrollo y sus sistemas de entrega, el futuro inmediato presenta una perspectiva catastrófica.

Según los estudios presentados al comité Medusa y con los que los británicos están totalmente de acuerdo, dentro de tres años Irak poseerá su propia bomba atómica y la capacidad de lanzarla a cualquier lugar dentro de un radio de dos mil kilómetros de Bagdad.

A esta perspectiva debe añadirse los miles de toneladas de gas venenoso y el potencial bélico bacteriológico que supone la utilización de ántrax, tularemia y, posiblemente, peste bubónica y neumonía.

Si Irak estuviera gobernado por un régimen benigno y razonable, la perspectiva seguiría siendo amedrentadora, pero la realidad es que Irak se encuentra bajo el poder absoluto del presidente Saddam Hussein, quien está claramente atezado por dos condiciones psiquiátricas identificables: megalomanía y paranoia.

A menos que se emprenda una acción preventiva, dentro de tres años Irak será capaz de dominar, solo mediante la amenaza, todo el territorio que va desde la costa

norte de Turquía hasta el golfo de Adén, desde el mar frente a Haifa hasta las montañas de Kandahar.

El efecto de estas revelaciones debe ser el de cambiar de manera radical la política de Occidente. La destrucción de la maquinaria de guerra iraquí y, en particular, de las armas de destrucción masiva, debe constituir una prioridad absoluta de la política occidental. La liberación de Kuwait se ha convertido en irrelevante y sirve tan solo como justificación.

Ahora el objetivo deseado solo se puede frustrar mediante una retirada unilateral de Kuwait por parte de Irak, y es preciso hacer todos los esfuerzos para evitar que suceda tal cosa.

En consecuencia, la política de Estados Unidos, conjuntamente con nuestros aliados británicos, debe dedicarse a cuatro objetivos:

a) En la medida en que sea posible, presentar secretamente provocaciones y argumentos a Saddam Hussein destinados a asegurar que se niegue a retirarse de Kuwait.

b) Rechazar cualquier compromiso que pueda ofrecer como un trueque para abandonar Kuwait, eliminando así la justificación de nuestra planeada invasión y la destrucción de su maquinaria bélica.

c) Instar a las Naciones Unidas para que aprueben sin más dilación la resolución 678 del Consejo de Seguridad, autorizando a las fuerzas aliadas a iniciar la guerra aérea en cuanto estén preparadas.

d) Aparentar que es bien recibido, pero frustrar de hecho cualquier plan de paz que pudiera permitir a Irak salir indemne de su actual dilema. En este aspecto, es evidente que el secretario general de las Naciones Unidas, París y Moscú son los principales peligros, pues es probable que propongan de un momento a otro algún plan ingenuo que podría impedir lo que debe hacerse. Por supuesto, el público seguirá convencido de lo contrario.

Sometido respetuosamente por el PIAG.

—En este asunto, Itzhak, tenemos que estar de acuerdo con ellos.

El primer ministro de Israel parecía, como siempre, empequeñecido por el gran sillón giratorio y la mesa ante la que se sentaba, cuando su viceministro de Asuntos Exteriores se enfrentaba a él en el despacho particular fortificado del dirigente, en los sótanos del Knesset de Jerusalén. Los dos paracaidistas armados con sendas Uzi que montaban guardia al otro lado de la pesada puerta de madera forrada de acero no podían oír nada de lo que se decía dentro.

Itzhak Shamir estaba furibundo; sus cortas piernas se balanceaban por encima de la alfombra, aunque disponía de un apoyo especial para los pies si lo necesitaba. Su cara llena de surcos y de expresión pugnaz bajo el cabello gris canoso, incrementaba su aspecto de gnomo del norte.

El viceministro de Asuntos Exteriores se diferenciaba de él en todo. Era alto, mientras que el dirigente nacional era de baja estatura; elegante, al contrario que el desaliñado Shamir; comedido, cuando el primer ministro era colérico. No obstante, se llevaban extremadamente bien, entre otras cosas porque compartían la misma visión inflexible de su país y de los palestinos, de manera que el primer ministro, nacido en Rusia, no había vacilado ni un segundo al elegir y promover al diplomático cosmopolita.

Benyamin Netanyahu había presentado bien su caso. Israel necesitaba a Estados Unidos; necesitaba su buena voluntad, que en otro tiempo había estado garantizada por el poder del *lobby* judío, pero que ahora estaba asediada por el Capitolio y los medios de comunicación, sus donaciones, su armamento, su veto en el Consejo de Seguridad. Todo eso era demasiado para arriesgarlo por un supuesto agente iraquí dirigido por Kobi Dror allí, en Tel Aviv.

—Dejemos que se queden con ese Jericó, quienquiera que sea —le instó Netanyahu—. Si les ayuda a destruir a Saddam Hussein, tanto mejor para nosotros.

El primer ministro soltó un gruñido, asintió y pulsó el intercomunicador.

—Localice al general Dror y dígame que necesito verle en mi despacho —pidió a su secretaria particular—. No, no cuando esté libre. Ahora mismo.

Cuatro horas después Kobi Dror abandonaba el despacho de su primer ministro. Estaba furioso. En realidad, se dijo a sí mismo cuando su coche salía de Jerusalén y tomaba la ancha autopista de Tel Aviv, no recordaba cuándo había estado tan enfadado.

Que tu propio primer ministro te diga que te has equivocado ya es bastante malo. Pero podía haberse ahorrado el resto; no había necesidad de que lo llamara «estúpido gilipollas».

Normalmente le complacía mirar los pinares donde, durante el asedio de Jerusalén, cuando la actual autopista no era más que una pista llena de baches, su padre y otros habían luchado hasta abrir una brecha en las líneas palestinas y conquistar la ciudad. Pero aquel día no estaba de humor para solazarse en esa contemplación.

Una vez en su despacho, llamó a Sami Gershon y le dio la noticia.

—¿Cómo diablos lo saben los yanquis? —gritó—. ¿Quién ha dado el soplo?

—Nadie de la oficina —afirmó rotundamente Gershon—. ¿Qué me dices de ese profesor? Veo que acaba de regresar de Londres.

—Maldito traidor —dijo gruñendo Dror—. Acabaré con él.

—Probablemente los británicos le emborracharon —sugirió Gershon—, y cuando estaba colocado fanfarroneó. Déjalo estar, Kobi. El daño ya está hecho. ¿Qué debemos hacer?

—Decírselo todo acerca de Jericó —respondió bruscamente Dror—. Yo no voy a

hacerlo. Envía a Sharon, que lo haga él. El encuentro será en Londres, donde tuvo lugar la filtración.

Gershon permaneció un rato pensativo y sonrió.

—¿Qué encuentras tan divertido? —le preguntó Dror.

—Pues que ya no podemos entrar en contacto con Jericó. Que lo intenten ellos. Todavía no sabemos dónde está ese cabrón. A ver si ellos lo averiguan. Con un poco de suerte, no conseguirán nada.

Dror reflexionó y finalmente sus labios esbozaron una sonrisa taimada.

—Envía a Sharon esta misma noche —le dijo—. Luego pondremos en marcha otro proyecto, en el que vengo pensando desde hace algún tiempo. Lo llamaremos operación Josué.

—¿Por qué? —preguntó Gershon, perplejo.

—¿No recuerdas exactamente lo que Josué hizo a Jericó?

La reunión de Londres fue considerada lo bastante importante para que Bill Stewart, el subdirector de Operaciones de Langley, cruzara personalmente el Atlántico, acompañado por Chip Barber, de la división de Oriente Medio. Se alojaron en uno de los pisos francos de la Agencia, un apartamento no lejos de la embajada, en Grosvenor Square, y cenaron con un subdirector del SIS y Steve Laing. La presencia del subdirector era protocolaria, dado el rango de Stewart. En el interrogatorio de David Sharon sería sustituido por Simon Paxman, encargado de Irak, cuando este regresase de su misión especial.

David Sharon voló desde Tel Aviv bajo otro nombre y en Palace Areen fue recibido por un *katsa* de la embajada israelí. El servicio de contraespionaje del MI-5, al que no le gusta que los agentes extranjeros, ni siquiera los amistosos, hagan jugarretas en el puerto de entrada, había sido alertado por el SIS y localizó al *katsa* de la embajada que aguardaba. En cuanto saludó al recién llegado «señor Eliyahu», procedente de Tel Aviv, el grupo del MI-5 se puso en acción, dieron una calurosa bienvenida a Londres al señor Sharon y le ofrecieron todas las facilidades para que su estancia fuese agradable.

Los dos airados israelíes fueron escoltados a su coche, les despidieron a la entrada de la terminal y luego les siguieron tranquilamente hasta el centro de Londres. Las tupidas columnas de la Brigada de Guardias no podrían haber hecho un trabajo mejor.

A la mañana siguiente comenzó el interrogatorio de David Sharon, que se prolongó durante toda la jornada y la mitad de la noche. El SIS seleccionó uno de sus propios pisos francos, un apartamento bien protegido y eficazmente «conectado» en South Kensington.

Era, y sigue siendo, un piso grande y espacioso, cuyo comedor hizo las veces de sala de conferencias. En uno de los dormitorios estaban las baterías de magnetófonos

y dos técnicos que grababan todo cuanto se decía. Una esbelta y joven dama, traída desde Century House, se encargaba de la cocina y dirigía magistralmente un convoy de bandejas con tazas de café y bocadillos para los seis hombres agrupados alrededor de la mesa redonda.

Los dos hombres de aspecto robusto que estaban en el vestíbulo del edificio se pasaban el día fingiendo reparar el ascensor, que de hecho funcionaba perfectamente, pero lo que en realidad hacían era asegurarse de que solo los inquilinos conocidos pasaran de la planta baja.

Ante la mesa del comedor estaban sentados David Sharon y el *katsa* de la embajada londinense —de todos modos, se trataba de un agente «declarado»—, los dos hombres de Langley, Stewart y Barber, y los dos del SIS, Laing y Paxman.

A petición de los americanos, Sharon empezó su relato por el principio y lo contó todo tal como había sucedido.

—¿Un mercenario? —preguntó Stewart en un momento determinado—. ¿Un hombre que se ofrece sin que le llamen? ¿No me está usted engañando?

—Tengo instrucciones de serle absolutamente sincero. Así es como sucedió.

Los americanos no tenían nada contra un mercenario, pues en realidad era una ventaja. Todo agente reclutador sabe que el dinero es el motivo más simple y sencillo para traicionar al propio país. Con un mercenario uno sabe el terreno que pisa. No hay torturados arrepentimientos, angustia o asco hacia uno mismo, no hay un ego frágil que necesite ser masajeado y halagado ni plumas encrespadas que deban ser alisadas. En el mundo de los agentes secretos, un mercenario es como una puta. No son necesarias fatigosas cenas a la luz de las velas y dulces naderías. Un puñado de dólares sobre el tocador servirá a la perfección.

Sharon describió la búsqueda frenética de alguien que pudiera vivir en Bagdad bajo cobertura diplomática, durante una estancia prolongada, y la selección final —la «elección de Hobson»— de Alfonso Benz Moncada, su adiestramiento intensivo en Santiago y su nueva infiltración para «dirigir» a Jericó durante dos años.

—Espere un momento —dijo Stewart—. ¿Ese aficionado dirigió a Jericó durante dos años? ¿Hizo setenta recogidas de datos secretos y no le echaron el guante?

—Así es —dijo Sharon—. Se lo juro por mi vida.

—¿Qué le parece eso, Steve?

Laing se encogió de hombros.

—La suerte del principiante. No le habría gustado intentarlo en Berlín Este o Moscú.

—Cierto —dijo Stewart—. ¿Y nunca le siguieron cuando iba a recoger una entrega? ¿Nunca se vio comprometido?

—La verdad es que le siguieron algunas veces —dijo Sharon—, pero siempre de una manera esporádica y torpe. Cuando iba o venía de su casa al edificio de la

Comisión Económica. Y una vez cuando iba a recoger una entrega, pero se dio cuenta y canceló la recogida.

—Hagamos una suposición —dijo Laing—. Imaginemos que un equipo de observadores le siguió realmente hasta el lugar de una recogida. Los chicos del contraespionaje de Rahmani vigilan el escondrijo y al final empapan a Jericó. Este, sometido a persuasión, tiene que cooperar...

—Entonces el producto habría bajado de valor —dijo Sharon—. La verdad es que Jericó estaba haciendo mucho daño, y Rahmani no habría permitido que eso siguiera. Habríamos visto un juicio y ejecución públicos de Jericó, y Moncada, con suerte, habría sido expulsado del país.

»Parece ser que le seguían miembros de la AMAM, aunque se supone que los extranjeros corresponden a Rahmani. Sea como fuere, actuaron con la torpeza acostumbrada y Moncada les descubrió fácilmente, ¡Ya saben que la AMAM siempre intenta meterse en el terreno del contraespionaje...!

Los demás asintieron. La rivalidad entre departamentos no era nada nuevo. Era algo que sucedía incluso en sus propios países.

Cuando Sharon contó que Moncada fue retirado bruscamente de Irak, Bill Stewart soltó una imprecación.

—¿Quiere decir que ha quedado fuera de contacto...? ¿Me está diciendo que Jericó anda suelto sin nadie que lo controle?

—Esa es la cuestión —respondió Sharon, pacientemente, y se volvió hacia Chip Barber—. Cuando el general Dror dijo que no dirigía a ningún agente en Bagdad, hablaba en serio. El Mossad estaba convencido de que Jericó, como operación en marcha, estaba acabada.

Barber dirigió al joven *katsa* una mirada irónica. Le parecía demasiado increíble que semejante fuente de información se hubiera agotado de ese modo.

—Queremos establecer de nuevo el contacto —dijo Laing suavemente—. ¿Cómo lo hacemos?

Sharon les indicó las seis localizaciones de los buzones muertos. Durante sus dos años en activo, Moncada había cambiado un par de ellos; en un caso porque uno de los lugares fue derruido y el terreno nivelado para levantar una nueva construcción, y en otro porque la tienda abandonada fue restaurada y ocupada de nuevo. Pero los seis escondrijos en funcionamiento y los seis lugares donde debían colocarse las señales de tiza alertadoras estaban al día, y eran los mismos que Moncada había revelado durante su interrogatorio tras ser expulsado de Irak.

Anotaron minuciosamente la localización exacta de los escondrijos y las marcas de tiza.

—Tal vez —sugirió Barber— podríamos conseguir que un diplomático amigo le abordase en el curso de un acto oficial, le dijera que vuelve a estar activo y que hay

mucho más dinero, y prescindir de esta tontería de los ladrillos y las losas.

—No —dijo Sharon—. O utiliza los escondrijos, o no podrá ponerse en contacto con él.

—¿Por qué? —preguntó Stewart.

—Esto le resultará difícil de creer, pero le juro que es cierto. Nunca hemos descubierto quién es.

Los cuatro agentes se quedaron mirando a Sharon durante varios minutos.

—¿No le han identificado? —inquirió Stewart lentamente.

—No. Lo hemos intentado, le hemos pedido que se identifique por su propia seguridad. Se negó, amenazándonos con retirarse si insistíamos. Efectuamos retratos psicológicos y analizamos su caligrafía. Hicimos un índice de referencia sistemática de la información que él podía facilitar y el material al que tenía acceso. Terminamos con una lista de treinta o cuarenta hombres, todos ellos del entorno de Saddam Hussein, pertenecientes al Consejo del Mando Revolucionario, el alto mando militar o los cargos superiores del partido Baas.

»Eso fue lo más cerca que estuvimos de él. Por dos veces deslizamos en nuestras peticiones un término técnico en inglés, y en ambas nos preguntó qué era. Parece ser que sólo sabe decir «no», o que su inglés es muy limitado. Pero también podía hacerlo para despistar. Es posible que lo hable con fluidez, pero si tuviéramos esa certeza las posibilidades de localizarle aumentarían considerablemente. Por eso siempre escribe a mano y en árabe.

Stewart mostró su convencimiento con un gruñido.

—Se parece al caso de Garganta Profunda.

Recordaron el confidente secreto del asunto Watergate, que filtró información confidencial al *Washington Post*.

—Pero sin duda Woodward y Bernstein identificaron a Garganta Profunda... —sugirió Paxman.

—Eso afirman ellos, pero lo dudo —dijo Stewart—. Supongo que el tipo se mantuvo bien oculto, como Jericó.

Hacía largo rato que había oscurecido cuando por fin los cuatro dejaron que el exhausto David Sharon regresara a su embajada. Si había algo más que pudiera haberles dicho, no conseguirían sonsacárselo; sin embargo, Steve Laing estaba seguro de que esta vez el Mossad no tenía nada que ocultar. Bill Stewart le había hablado del grado de presión que habían ejercido en Washington.

Los dos agentes secretos británicos y los dos estadounidenses, cansados de bocadillos y café, se trasladaron a un restaurante que estaba a kilómetro y medio de distancia. Allí Bill Stewart, a cuya úlcera no habían contribuido a mejorar aquellas doce horas a base de bocadillos y con una fuerte tensión nerviosa, jugueteó con un plato de salmón ahumado.

—Es una cabronada, Steve, una cabronada con todas las de la ley. Al igual que el Mossad, tendremos que encontrar un diplomático acreditado y ya adiestrado en el oficio que quiera trabajar para nosotros. Le pagaremos si es necesario. Langley está dispuesto a invertir mucho dinero en esto. La información de Jericó podría ahorrarnos muchas vidas cuando empiece la lucha.

—Entonces ¿quién nos queda? —dijo Barber—. La mitad de las embajadas de Bagdad ya están cerradas, y las restantes deben de encontrarse bajo vigilancia. ¿Los irlandeses, suizos, suecos, finlandeses...?

—Los neutrales no querrán intervenir —replicó Laing—, y dudo de que dispongan de un agente adiestrado en Bagdad. Olvídate de las embajadas del Tercer Mundo... eso significaría iniciar todo un programa de reclutamiento y adiestramiento.

—No tenemos tiempo, Steve. Esto es urgente. No podemos seguir el mismo camino que los israelíes. Tres semanas... es absurdo. Puede que entonces funcionara, pero ahora Bagdad está en pie de guerra, y las cosas han de ser mucho más difíciles allí. Si empezamos de cero, quiero como mínimo tres meses para adiestrar a un diplomático en el oficio.

Stewart hizo un gesto de asentimiento.

—Si eso no es posible, tiene que ser alguien con acceso legítimo. Hay hombres de negocios que todavía entran y salen, sobre todo alemanes. Podríamos conseguir un alemán convincente, o un japonés.

—El problema reside en que las estancias de esos caballeros son breves. Lo ideal sería alguien que pudiera servir como gallina clueca de Jericó durante los próximos... digamos cuatro meses. ¿Qué me dices de un periodista?

Paxman sacudió la cabeza.

—He hablado con todos los que han estado allí. Como son periodistas, se ven sometidos a una vigilancia absoluta. Husmear por los callejones apartados no es algo apropiado para un corresponsal extranjero... Constantemente tienen un guardián de la AMAM pisándoles los talones. Además, no olvides que si no disponemos de un diplomático acreditado estamos hablando de una operación negra. ¿Alguien desea recordar lo que le ocurre a un agente que cae en manos de Omar Khatib?

Los cuatro hombres sentados a la mesa habían oído hablar de la brutal reputación de Khatib, jefe de la AMAM, conocido por el sobrenombre de al-Mu'azib, el Atormentador.

—Habría que correr riesgos —observó Barber.

—Me refería más bien a la aceptación —señaló Paxman—. ¿Qué hombre de negocios o periodista aceptaría, sabiendo lo que le aguarda si le capturan? Yo preferiría el KGB a la AMAM.

El frustrado Stewart dejó el tenedor a un lado y pidió otro vaso de leche.

—Bueno, esas son todas las posibilidades, a menos que lleguemos a encontrar un agente adiestrado que pueda pasar por un iraquí.

Paxman dirigió una mirada a Steve Laing quien, luego de reflexionar un momento, asintió lentamente.

—Tenemos un hombre que puede hacerlo —dijo Paxman.

—¿Un árabe domesticado? —inquirió Stewart—. El Mossad los tiene, y nosotros también, aunque no a ese nivel. Hombres que llevan mensajes, recaderos. Pero esta es una operación de alto riesgo y mucho valor.

—No, me refiero a un británico, un comandante del SAS.

Stewart hizo una pausa, su vaso de leche a medio camino de la boca. Barber soltó el tenedor y el cuchillo y dejó de masticar su bistec.

—Hablar árabe es una cosa, pero hacerse pasar por un iraquí dentro de Irak es un juego totalmente diferente —dijo Stewart.

—Tiene la piel oscura, el cabello negro, los ojos marrones, pero es británico de pura cepa. Nació y se crió allí. Puede pasar por uno de ellos.

—¿Y está completamente adiestrado para operaciones secretas? —inquirió Barber—. Mierda, ¿dónde diablos está?

—En estos momentos se encuentra en Kuwait —dijo Laing.

—Maldita sea. ¿Quiere decir que está ahí inmovilizado, escondido?

—No, la verdad es que parece moverse con entera libertad.

—Entonces, si puede salir, ¿qué diablos está haciendo?

—Se dedica a matar iraquíes.

Stewart reflexionó y asintió lentamente.

—Qué cojones —murmuró—. ¿Puede sacarle de allí? Quisiéramos que nos lo prestaran.

—Supongo que sí, la próxima vez que se ponga en contacto por radio. Pero lo dirigiremos nosotros, y compartiremos el producto.

Stewart asintió de nuevo.

—Claro, es natural. Ustedes nos han informado sobre Jericó. Trato hecho. Hablaré del asunto con el juez.

Paxman se levantó y se limpió la boca.

—Será mejor que haga una llamada a Riad —dijo.

Mike Martin era un hombre acostumbrado a crearse su propia suerte, pero aquel mes de octubre salvó la vida por chiripa.

Tenía que establecer contacto radiofónico con la casa del SIS designada en las afueras de Riad durante la noche del 19, la misma noche en que los cuatro directivos de los servicios de Inteligencia de la CIA y Century House estaban cenando en South Kensington.

De haberlo hecho, su mensaje habría estado en el aire, debido a las dos horas de diferencia, antes de que Simon Paxman regresara a Century House y alertara a Riad de que deseaban hablar con él.

Peor aún, habría estado en el aire durante cinco o diez minutos, tratando con Riad las maneras de asegurar un nuevo suministro de armas y explosivos.

En realidad, poco antes de medianoche se encontraba en el garaje en que guardaba el jeep cuando descubrió que el vehículo tenía un neumático pinchado. Tras soltar un juramento, pasó una hora con el jeep levantado sobre el gato, esforzándose en extraer las tuercas de la rueda, atascadas debido a una mezcla de grasa y arena. A la una menos cuarto salió del garaje, y apenas había recorrido un kilómetro cuando observó que también el neumático de recambio tenía un pequeño pinchazo por donde el aire escapaba lentamente.

No tenía más remedio que regresar al garaje y prescindir de comunicarse por radio con Riad.

Tardó dos días en reparar ambos neumáticos, y hasta la noche del 21 no se encontró en el desierto, muy al sur de la ciudad, donde ajustó la pequeña antena parabólica en dirección a la capital saudí, a varios centenares de kilómetros, utilizando el botón de «envío» para transmitir una serie de rápidas señales electrónicas indicadoras de que estaba llamando y a punto de salir «al aire».

—Dos, cero, dos grados magnéticos.

Su radio era un aparato básico con circuito de cuarzo de diez canales, cada uno de los cuales estaba asignado a cada día del mes en rotación. El día 21 usaba el canal uno. Tras haberse identificado, cambió a «recepción» y esperó. Al cabo de unos segundos, una voz baja replicó:

—Montaña Rocosa, Oso Negro, te recibo en el cinco.

Los códigos que identificaban a Riad y Martin se correspondían con la fecha y el canal, por si alguien hostil trataba de invadir la banda de ondas.

Martin pasó a «envío» y pronunció varias frases.

Al norte, en las afueras de Kuwait City, un joven técnico iraquí fue alertado por una luz pulsátil en la consola que controlaba. Estaba en un piso requisado en la última planta de un edificio residencial. Uno de sus detectores había captado la transmisión y la había seguido.

—Capitán —llamó urgentemente. Un oficial de la sección de señales de contraespionaje de Hassan Rahmani se acercó enseguida a la consola. La luz seguía pulsando, y el técnico movía un cuadrante para establecer la dirección—. Alguien acaba de salir al aire.

—¿Dónde?

—En el desierto, señor.

El técnico escuchó a través de sus auriculares mientras sus detectores de dirección

establecían la fuente de la transmisión.

—Es una transmisión cifrada electrónicamente, señor.

—Entonces tiene que ser él. El jefe estaba en lo cierto. ¿Cuál es la orientación?

El oficial se dispuso a coger el teléfono para alertar a sus otras dos unidades de control, los camiones con remolque aparcados en Jahra y en el hospital Al Adan, cerca de la costa.

Dos, cero, dos grados eran 22 grados al oeste yendo en línea recta hacia el sur, y no había absolutamente nada en esa dirección, salvo el desierto kuwaití que se extendía hasta fusionarse con el desierto saudí en la frontera.

—¿Frecuencia? —gritó el oficial cuando el operador del camión de Jahra entró en la línea.

El rastreador se la dio: se trataba de un canal raro en la gama de frecuencia más baja.

—Teniente —dijo por encima del hombro—. Llame a la base aérea de Ahmadi. Dígalos que envíen el helicóptero. Lo hemos localizado.

Lejos, en pleno desierto, Martin terminó su transmisión y pasó a «recepción» para obtener la respuesta de Riad. No fue la que había esperado. Él mismo solo había hablado durante quince segundos.

—Montaña Rocosa, Oso Negro, regresa a la cueva. Repito, regresa a la cueva. Extrema urgencia. Cambio y fuera.

El capitán iraquí facilitó la frecuencia a sus otras dos estaciones controladoras. En Jahra y en el terreno del hospital otros técnicos hicieron girar sus rastreadores de fuentes hasta la frecuencia indicada y, por encima de sus cabezas, las antenas parabólicas de un metro de diámetro giraron de un lado a otro. La que estaba en la costa cubría la zona que iba desde la frontera norte de Kuwait e Irak hasta el límite con Arabia Saudí. Los rastreadores de Jahra barrieron de este a oeste, desde el mar en el este al desierto iraquí en el oeste.

Entre los tres pudieron triangular una fuente emisora dentro de un radio de cien metros, y transmitieron la dirección y la distancia al helicóptero Hind y sus diez soldados armados.

—¿Todavía está ahí? —preguntó el capitán.

El técnico examinó la pantalla circular que tenía delante, calibrada alrededor de su borde con los puntos de la brújula. El centro del disco representaba el punto donde él se hallaba. Unos segundos antes una brillante línea cruzaba la pantalla, desde el centro a la gradación dos, cero, dos de la brújula. Ahora la pantalla estaba en blanco. Solo se iluminaría cuando el hombre que estaba allí volviera a transmitir.

—No, señor, ha desaparecido del aire. Probablemente está escuchando la respuesta.

—Volverá —dijo el capitán.

Pero se equivocaba. Oso Negro había fruncido el entrecejo al escuchar las repentinas instrucciones de Riad, había desconectado el aparato, cerrado el transmisor y plegado la antena.

Los iraquíes controlaron la frecuencia durante el resto de la noche hasta el amanecer, cuando el Hind en Al Ahmadi detuvo sus rotores y los soldados, rígidos y exhaustos, saltaron a tierra.

Simon Paxman estaba durmiendo en un sofá cama en su despacho, cuando sonó el teléfono. Era un experto en mensajes cifrados de la sección de Comunicaciones, que se hallaba en el sótano.

—Enseguida bajo —dijo Paxman.

Se trataba de un mensaje muy breve, enviado desde Riad, que acababa de ser descifrado. Se habían puesto en contacto con Martin y este había recibido sus órdenes. Desde su despacho, Paxman telefoneó a Chip Barber, quien se encontraba en su piso de la CIA frente a Grosvenor Square.

—Va camino de regreso —le dijo—. No sabemos cuándo cruzará la frontera. Steve quiere que vaya allá. ¿Viene usted conmigo?

—De acuerdo —dijo Barber—. Mi colega volverá a Langley en el vuelo de la mañana, pero yo iré con usted. Tengo que ver a ese hombre.

Durante el día 22 la embajada estadounidense y el Ministerio de Asuntos Exteriores británico se dirigieron a la embajada saudí a fin de que les proporcionara una acreditación urgente para un nuevo diplomático en Riad. No hubo problema alguno. Dos pasaportes, en ninguno de los cuales figuraban los nombres de Barber o Paxman, fueron visados sin tardanza, y los dos hombres tomaron el vuelo de las nueve menos cuarto de la noche que salía de Heathrow y llegaron al aeropuerto internacional Rey Abdulaziz, de Riad, poco antes del amanecer.

Un coche de la embajada estadounidense esperaba a Chip Barber y le llevó de inmediato a la misión de Estados Unidos, donde tenía su base el nutrido personal de la CIA, mientras que un turismo más pequeño y sin marcas de identificación llevaba a Paxman a la finca donde se había acuartelado el SIS británico. La primera noticia que tuvo Paxman fue que, al parecer, Martin aún no había cruzado la frontera.

Desde el punto de vista de Martin, la orden de Riad de que volviera a la base no era tan fácil de cumplir. Había regresado del desierto bastante antes del amanecer del día 22 y, al parecer, se había pasado la jornada reorganizando sus centros operativos.

Dejó un mensaje bajo la lápida del marinero Shepton en el cementerio cristiano, explicando al señor Al Khalifa que, lamentablemente, tenía que marcharse de Kuwait. Otra nota dirigida a Abu Fouad explicaba dónde y cómo recoger las restantes existencias de armas y explosivos que seguían almacenados en las dos casas que le quedaban de las seis que había tenido en su momento.

A primera hora de la tarde había terminado y se dirigió con su desvencijada camioneta a la granja de camellos más allá de Sulaibiya, donde terminaban los últimos suburbios de Kuwait City y empezaba al desierto.

Sus camellos seguían allí, y en buen estado. La cría estaba destetada e iba camino de convertirse en un animal valioso, por lo que Martin la usó para saldar su deuda con el propietario de la granja que había cuidado de ella.

Poco antes del anochecer, montó y se encaminó al sudoeste, de modo que cuando anocheció y le envolvió la fría oscuridad del desierto, Martin se hallaba lejos de las últimas señales de presencia humana.

Al contrario de la vez anterior, esta vez no tardó una hora sino cuatro en llegar al lugar donde había enterrado su radio, un emplazamiento señalado por la oxidada chatarra de un coche que mucho tiempo atrás se había averiado para ser abandonado allí.

Ocultó la radio en los cestos, debajo de una carga de dátiles. El peso era mucho más ligero para la camella de cuando acarreaba los explosivos y armas a Kuwait, seis semanas antes.

Si el animal estaba agradecido, no dio señal alguna de ello, y se limitó a gruñir y escupir con disgusto por haber sido desalojada de su cómodo corral en la granja. Pero avanzó sin reducir el ritmo de su marcha bamboleante a lo largo de muchos kilómetros a oscuras.

Sin embargo, era un viaje diferente al de mediados de agosto. A medida que se encaminaba hacia el sur, Martin veía signos crecientes del enorme ejército iraquí que ahora infestaba la zona al sur de la ciudad y que se extendía más y más al oeste hacia la frontera iraquí.

Normalmente podía ver el resplandor de las luces de los diversos pozos de petróleo que tachonaban el desierto en aquella región y, como sabía que probablemente estaban ocupados por los iraquíes, se internaba en las arenas para evitarlos.

En otras ocasiones olía el humo de sus fogatas justo a tiempo para rodear el campamento. Una vez estuvo a punto de tropezar con un batallón de tanques, ocultos tras parapetos de arena en forma de herradura, de cara a los estadounidenses y los saudíes, al otro lado de la frontera, hacia el sur. Oyó a tiempo el sonido metálico, tiró con fuerza de la brida a la derecha y se escabulló entre las dunas.

Cuando entró en el país, solo había dos divisiones de la Guardia Republicana al sur de Kuwait, y estaban más al este y el sur de Kuwait City. Ahora la división Hammurabi se había unido a las otras dos, y Saddam Hussein había ordenado que otras once divisiones, sobre todo del Ejército regular, se dirigieran al sur de Kuwait para equilibrar sus fuerzas con las de los estadounidenses y efectivos de la Coalición al otro lado.

Catorce divisiones suponen una gran cantidad de hombres, incluso desplegadas en un desierto. Para suerte de Martin, no parecían haber apostado centinelas y dormían profundamente debajo de sus vehículos, pero su mismo número le empujaba cada vez más hacia el sur.

No había manera de que pudiese efectuar el breve recorrido de cincuenta kilómetros desde el pueblo saudí de Hamatiyyat hasta la granja de camellos kuwaití. Lo estaban obligando a dirigirse hacia el oeste, en dirección a la frontera iraquí, señalada por la profunda hendidura del Wadi al Batin, que Martin no quería verse obligado a cruzar.

Al amanecer se encontraba bastante al oeste del campo petrolífero de Manageesh y todavía al norte del puesto policial de Al Mufrad, que señala la frontera en uno de los puntos de cruce de emergencia.

El terreno se había vuelto más accidentado, pero por fin encontró un agrupamiento de rocas entre las que podría pasar el día. Cuando el sol se alzaba, condujo allí a la camella (que husmeó la arena y las piedras con aversión pues no encontró ni un sólo arbusto espinoso para desayunar), se envolvió en la manta de piel de camello y se echó a dormir.

Poco después del mediodía le despertó el estrépito de los tanques que pasaban a muy poca distancia, y se dio cuenta de que estaba demasiado cerca de la carretera principal que parte de Jahra, en Kuwait, se dirige al sudoeste y penetra en Arabia Saudí por el puesto aduanero de Al Salmi. Después de la puesta del sol aguardó allí hasta poco antes de medianoche. Luego reanudó la marcha. Sabía que la frontera no podía encontrarse a más de doscientos metros al sur de donde él estaba.

Su salida tardía le permitió moverse entre las últimas patrullas iraquíes hacia las tres de la madrugada, esa hora en que la vitalidad humana está en su punto más bajo y los centinelas tienden a adormilarse.

A la luz de la luna vio el puesto policial de Qaimat Subah a un lado, y tres kilómetros más allá supo que había cruzado la frontera. A fin de mantenerse en el lado seguro, siguió avanzando hasta llegar a la carretera lateral que va de este a oeste entre Hamatiyyat y Ar Ruqi. Allí se detuvo y desplegó la antena del radiotransmisor.

Debido a que los iraquíes situados en el norte se habían atrincherado a lo largo de varios kilómetros en el lado kuwaití de la frontera, y a que, según el plan del general Schwarzkopf, las fuerzas de Escudo del Desierto también tendrían que mantenerse rezagadas para asegurarse de que, en caso de ser atacadas, supiesen que los iraquíes realmente habían invadido Arabia Saudí, Martin se encontraba ahora en una desierta tierra de nadie. Un día esa tierra solitaria se convertiría en un impetuoso torrente de fuerzas saudíes y estadounidenses avanzando hacia el norte en dirección a Kuwait. Pero en la oscuridad previa al amanecer del 24 de octubre, Martin la tenía toda para él solo.

Un joven miembro del equipo de Century House instalado en la casa despertó a Simon Paxman.

—Oso Negro está en el aire, Simon. Ha cruzado la frontera.

Paxman saltó de la cama y corrió en pijama a la sala de la radio. Un operador estaba en un sillón giratorio ante una consola que ocupaba toda una pared de lo que había sido un elegante dormitorio. Como era el día 24, los códigos se habían cambiado.

—Corpus Cristi a Texas Ranger, ¿dónde estás? Repito, indica tu posición, por favor.

La voz era tenue cuando surgió del altavoz de la consola, pero perfectamente clara.

—Al sur de Qaimat Subah, en la carretera de Hamatyyat a Ar Ruqi.

El operador dirigió una mirada a Paxman. El hombre del SIS pulsó el botón de envío y dijo:

—Quédate ahí, Ranger. Un taxi va a buscarte. ¿Has entendido?

—Comprendido —dijo la voz—. Esperaré al taxi negro.

No era realmente un taxi negro, sino un helicóptero estadounidense Blackhawk que dos horas después sobrevolaba la carretera. El copiloto explorador, sujeto con los cinturones de seguridad junto a la puerta abierta, examinaba con unos gemelos la pista polvorienta que pretendía ser una carretera. A sesenta metros distinguió al hombre que se hallaba al lado del camello, y estaba a punto de proseguir el vuelo cuando el hombre agitó los brazos.

El Blackhawk redujo la velocidad hasta cernirse y los tripulantes observaron al beduino con cautela. En opinión del piloto, estaban incómodamente cerca de la frontera. No obstante, la posición en el mapa que le había dado el oficial de Inteligencia de su escuadrón era exacta y allí no había nadie más a la vista.

Era Chip Barber quien había solicitado al Ejército estadounidense estacionado en el aeropuerto de Riad que prestaran un Blackhawk para recoger a un británico que iba a cruzar la frontera de Kuwait. El helicóptero tenía la suficiente autonomía de vuelo para llegar allí. Pero nadie le había hablado al piloto militar de un beduino con un camello.

Mientras los aviadores estadounidenses observaban desde sesenta metros de altura, el hombre en el suelo colocó una serie de piedras de una manera determinada. Cuando hubo terminado, retrocedió. El explorador centró sus gemelos en la disposición de las piedras. Eran unas letras y decían sencillamente: «Eh, hola».

El explorador dijo a través de su mascarilla:

—Debe de ser el tipo que buscamos. Vamos por él.

El piloto asintió, el Blackhawk trazó una curva y descendió hasta posarse a veinte

metros del hombre y su animal.

Martin ya había librado a la camella de los cestos y la pesada silla, y estos descansaban a un lado de la carretera. El equipo de radio y su arma personal, la Browning automática de 9 mm y trece disparos preferida por los miembros del SAS, estaban en la bolsa que le colgaba del hombro.

Cuando el helicóptero descendió, la camella fue presa del pánico y huyó a medio galope. Martin la observó alejarse. Le había servido bien, a pesar de su mal carácter. Sola, en el desierto, no sufriría daño alguno. Vagaría libremente, encontraría por sí misma el forraje y el agua, hasta que algún beduino diera con ella y, al advertir que en su piel no había marca alguna de ganadería, se la apropiara.

Martin se agachó bajo las aspas giratorias del helicóptero y abrió la puerta. Por encima del rugido de los rotores, el copiloto explorador le gritó:

—Su nombre, señor.

—Comandante Martin.

Una mano salió por la abertura para ayudar a subir a Martin.

—Bienvenido a bordo, comandante.

En aquel momento el ruido del motor ahogó toda palabra, y el copiloto entregó a Martin un par de auriculares para protegerse los oídos del ruido. Empezaron el vuelo rumbo a Riad.

Cuando se aproximaban a la ciudad, el piloto recibió instrucciones por radio de que se dirigiera a una finca en las afueras. Junto a la casa había un terreno baldío donde alguien había colocado tres hileras de cojines de color anaranjado brillante en forma de H. Mientras el Blackhawk se cernía a un metro del suelo, el hombre con atuendo árabe saltó a tierra, se volvió para dar las gracias a la tripulación y se encaminó a la casa. El helicóptero remontó el vuelo. Dos sirvientes empezaron a recoger los cojines.

Martin cruzó el arco abierto en la pared y se encontró en un patio enlosado. Dos hombres salían de la casa. Reconoció a uno de ellos: se habían visto muchas semanas atrás en el cuartel general londinense del SAS.

—Simon Paxman —dijo el hombre más joven al tiempo que le tendía la mano—. Me alegro muchísimo de que esté de vuelta. Ah, le presento a Chip Barber, uno de nuestros primos de Langley.

Barber le estrechó la mano y, mientras lo hacía, le examinó de arriba abajo: el británico vestía una sucia túnica que iba desde el mentón hasta el suelo, llevaba sobre el hombro una manta a rayas doblada y en la cabeza un *keffiyeh* a cuadros blancos y rojos con dos cordones negros para mantenerlo en su sitio. El rostro era enjuto, duro, las mejillas estaban cubiertas por una negra barba de varios días.

—Es un placer conocerle, comandante. He oído hablar mucho de usted. —Arrugó la nariz—. Supongo que le irá bien un baño caliente, ¿eh?

—Oh, sí, ahora mismo encargaré que se lo preparen —dijo Paxman.

Martin asintió, les dio las gracias y entró en la fresca casa. Paxman y Barber le siguieron. Este último estaba jubiloso, pensando: «Coño, creo que este cabrón hasta podría conseguirlo».

Fueron necesarios tres baños seguidos en la bañera de mármol de la casa que el príncipe Khaled bin Sultan había puesto a disposición de los británicos para que Martin pudiera quitarse de encima la mezcla de polvo y sudor que se había ido acumulando sobre su piel a lo largo de aquellas semanas. Se sentó con una toalla alrededor de la cintura mientras un barbero llamado para ese fin le cortaba el cabello apelmazado y luego le afeitaba con el equipo de aseo personal de Paxman.

El *keffiyeh*, la manta, la túnica y las sandalias habían sido llevados al jardín, donde un sirviente saudí los convirtió en una fogata satisfactoria. Dos horas después, vestido con unos pantalones de algodón ligero de Paxman y camisa de manga corta, Mike Martin se sentó ante la mesa del comedor y contempló el almuerzo de cinco platos.

—¿Les importaría decirme por qué me han hecho venir? —preguntó.

—Buena pregunta, comandante —respondió Chip Barber—. Sí, una estupenda pregunta, y merece una no menos estupenda respuesta, ¿verdad? El hecho es que nos gustaría enviarle a Bagdad, la próxima semana. ¿Ensalada o pescado?

La CIA y el SIS tenían mucha prisa. Aunque tanto entonces como posteriormente apenas si se habló de ello, a finales de octubre ya había en Riad una considerable presencia operativa de la CIA.

No pasó mucho tiempo antes de que el personal de la Agencia estuviese de pique con los jefes militares, a unos dos kilómetros en la madriguera de salas de planificación bajo el Ministerio de Defensa saudí. Los generales del aire, sobre todo, estaban convencidos de que con el hábil uso del asombroso conjunto de geniales medios técnicos de que disponían, podían averiguar con precisión cuanto necesitaban saber sobre las defensas y los preparativos de Irak.

Era, desde luego, un conjunto asombroso. Aparte de los satélites espaciales que proporcionaban un continuo suministro de imágenes del país de Saddam Hussein, aparte del Aurora y los U-2 que hacían lo mismo pero desde más cerca, había otras máquinas de pasmosa complejidad dedicadas a proporcionar información desde el aire.

Aunque había otra serie de satélites que desde su posición geosincrónica se dedicaban a escuchar todo lo que decían los iraquíes siempre que hablaban en línea «abierta», no podían captar las conferencias de planificación a través de aquellos más de setenta mil kilómetros de cables de fibra óptica enterrados.

Entre los aviones, el principal era el AWACS, siglas que corresponden a la denominación Sistema Aerotransportado de Advertencia y Control. Se trataba de aparatos Boeing 707 provistos de un enorme radar en forma de cúpula instalado en el techo. Los AWACS trazaban lentos círculos sobre el norte del Golfo, en turnos rotatorios de veinticuatro horas, y podían informar a Riad en cuestión de segundos en caso de que se produjera cualquier movimiento en el espacio aéreo de Irak. Difícilmente podía despegar una escuadrilla, o siquiera un solo avión, sin que Riad conociera su número, velocidad, rumbo y altitud.

Los AWACS contaban con el apoyo de otra versión modificada del Boeing 707, el E8-A, conocido como J-STAR, que hacía lo mismo que aquel pero con respecto a los movimientos que se producían en tierra. Con su gran radar Norden que exploraba hacia abajo y lateralmente, de manera que podía abarcar Irak sin entrar nunca en su espacio aéreo, el J-STAR era capaz de captar casi cualquier trozo de metal que empezara a moverse.

La combinación de estos y muchos más milagros técnicos en los que Washington había invertido miles y miles de millones de dólares, convencía a los generales de que podían oír y ver cuanto decía y hacía el enemigo, por lo que al conocer sus intenciones estaban en condiciones de desbaratarlas. Además, podían hacerlo con

lluvia o niebla, de noche y de día. Jamás el enemigo podría ocultarse bajo un dosel de vegetación selvática y evitar ser detectado. Los ojos que se cernían sobre ellos lo veían todo.

Sin embargo, los funcionarios de los servicios secretos de Langley no podían ocultar su escepticismo. Las dudas eran cosa de civiles, y ante esta situación los militares se mostraban irritados. Tenían una tarea dura por delante, iban a llevarla a cabo y lo que menos necesitaban eran jarros de agua fría.

En el lado británico, la situación era diferente. La representación del SIS en el Golfo no era comparable a la de la CIA, pero de todos modos se trataba de una operación considerable según los parámetros de Century House y, de acuerdo al estilo de esta, más discreta y secreta.

Además, los británicos habían nombrado como comandante en jefe de todas las fuerzas del Reino Unido en el Golfo, y segundo jefe del general Schwarzkopf, a un militar poco corriente con unos antecedentes peculiares.

Norman Schwarzkopf era físicamente un hombretón, estaba dotado de una considerable destreza militar y era dado a confraternizar con sus tropas. Conocido ya como Norman *el Tormentoso*, ya como el Oso, su talante podía oscilar entre la afabilidad y los estallidos de mal genio, siempre de corta duración y a los que su personal se refería diciendo que el general se había vuelto «balístico». Su colega británico no habría podido ser más distinto.

El teniente general sir Peter de la Billière, que había llegado a principios de octubre para ponerse al frente de las fuerzas británicas, era un hombre de físico engañosamente débil, magro, anguloso, de modales tímidos y reacio a los discursos. El gran americano extrovertido y el delgado británico introvertido formaban una curiosa pareja, que solo tuvo éxito porque cada uno sabía lo suficiente del otro para reconocer lo que había detrás de la apariencia superficial.

Sir Peter, conocido por sus soldados como PB, era el soldado más condecorado del Ejército británico, un aspecto que él jamás mencionaba, bajo ninguna circunstancia. Solo quienes habían estado con él en sus diversas campañas hablaban en ocasiones, mientras bebían cerveza, de su aplomo y su sangre fría en el combate, virtudes que le habían valido toda aquella «chatarra» que llevaba prendida de la guerrera. También había sido comandante en jefe del SAS, cargo que le había proporcionado un utilísimo conocimiento del Golfo, la lengua árabe y las operaciones clandestinas.

Como el jefe británico había trabajado antes con el SIS, el equipo de Century House tenía en él a un interlocutor más acostumbrado a escuchar sus reservas que el grupo de la CIA.

El SAS disponía ya de una buena presencia en Arabia Saudí y sus miembros permanecían ocultos en su discreto campamento dentro de una gran base militar en

las afueras de Riad. En su condición de ex jefe de aquellos hombres, el general PB se preocupaba de que sus notables talentos no se malgastasen en tareas cotidianas que podían llevar a cabo la infantería o los paracaidistas. Aquellos hombres eran especialistas en la penetración profunda y la recuperación de rehenes.

Se había propuesto su utilización para liberar a los «escudos humanos» británicos, rehenes en manos de Saddam Hussein, pero el plan se abandonó cuando los rehenes fueron diseminados por todo Irak.

Durante la última semana de octubre el equipo de la CIA y el SIS ideó, en aquella finca en las afueras de Riad, una operación que estaba a la altura del talento fuera de lo corriente de los miembros del SAS. La operación fue sometida al visto bueno del jefe local del SAS, quien se puso a trabajar en su planificación.

Mike Martin dedicó la tarde de la primera jornada que pasó en la finca a ponerse en antecedentes del descubrimiento por parte de los aliados angloestadounidenses del renegado de Bagdad que recibía el nombre en código Jericó. Mike seguía teniendo el derecho a negarse y regresar al regimiento. Durante la noche lo pensó a fondo. Entonces dijo a los funcionarios de la CIA y el SIS que le informaban: «Iré allí, pero pondré mis condiciones y quiero que sean aceptadas».

Todos reconocieron que el principal problema consistía en su tapadera. Aquella no era una misión en la que se pudiese entrar y salir rápidamente del país después de resolver cómo burlar a la red de contraespionaje. Tampoco podría contar con el apoyo encubierto y la ayuda que había recibido en Kuwait, ni mucho menos deambular por el desierto fuera de la ciudad de Bagdad como un miembro de una tribu beduina errante.

Todo Irak era por entonces un gran campamento armado. Incluso zonas que, según el mapa, parecían desoladas y vacías, eran recorridas por las patrullas militares. Bagdad estaba llena de controles militares y de la AMAM; los primeros buscaban a los desertores y la segunda a cualquiera que resultase sospechoso.

El temor que inspiraba la AMAM era bien conocido por todos los presentes en la finca. Los informes de hombres de negocios y periodistas, así como de los diplomáticos británicos y estadounidenses antes de su expulsión, atestiguaban ampliamente la omnipresencia de la policía secreta que mantenía a los ciudadanos de Irak amedrentados y temblorosos.

Si Martin iba allí, tendría que quedarse. Dirigir a un agente como Jericó no sería fácil. En primer lugar, habría que localizar al hombre por medio de los buzones muertos y avisarle de que volvía a la actividad. Las cajas podían estar bajo vigilancia. Finalmente, existía la posibilidad de que Jericó hubiera sido capturado y obligado a confesar.

Más aún, Martin necesitaría un lugar donde vivir, una base desde la que pudiera enviar y recibir mensajes. Tendría que merodear por la ciudad y atender a los

escondrijos de material si se reanudaba el torrente de información secreta de Jericó, aunque ahora estuviese destinada a otros patronos.

Por último, y esto era lo peor, no podía haber una cobertura diplomática, ningún escudo protector que le ahorrara los horrores que seguirían a su captura y desenmascaramiento. Las celdas de interrogatorio de Abu Ghraib estarían preparadas para un hombre así.

—¿Qué es... qué es exactamente lo que ha pensado? —le preguntó Paxman cuando Martin habló de sus condiciones.

—Si no puedo ser un diplomático, quiero que me empleen en la vivienda de un diplomático.

—Eso no es fácil, amigo mío. Las embajadas están vigiladas.

—No he dicho embajada sino vivienda de un diplomático.

—¿Una especie de chófer? —le preguntó Barber.

—No, eso sería muy poco sutil. El conductor ha de permanecer al volante del coche. Lleva al diplomático de aquí para allá y le vigilan igual que a él.

—¿Entonces qué?

—A menos que las cosas hayan cambiado radicalmente, muchos de los diplomáticos veteranos viven fuera del edificio de la embajada, y cuando son de alto rango disponen de una finca independiente rodeada de un jardín vallado. En el pasado esas casas siempre disponían de un jardinero que era a la vez un factótum.

—¿Un jardinero? —inquirió Barber—. Por Dios, eso es un trabajo manual. Le cogerían y reclutarían para el Ejército.

—No. El jardinero y factótum hace todas las cosas fuera de la casa. Cuida del jardín, va a comprar en bicicleta al mercado de pescado, y se encarga también de traer las frutas y verduras, el pan y el aceite. Vive en una choza al fondo del jardín.

—¿Y cuál es su ventaja, Mike? —le preguntó Paxman.

—Que es invisible, tan normal y corriente que nadie repara en él. Si le detienen, su carnet de identidad está en regla y lleva una carta con membrete de la embajada y escrita en árabe, explicando que trabaja para el diplomático y está exento del servicio militar, y rogando a las autoridades que tengan la bondad de dejarle dedicarse a sus asuntos. A menos que cometa algún error, todo policía que arme escándalo por él tendrá que enfrentarse a una queja formal de la embajada.

Los funcionarios del servicio secreto reflexionaron.

—Podría salir bien —admitió Barber—. Vulgar e invisible. ¿Qué opina usted, Simon?

—Bueno —respondió—, el diplomático debería estar enterado del asunto.

—Solo parcialmente —dijo Martin—. Únicamente le haría falta una orden categórica de su gobierno diciéndole que acepte y emplee al hombre que se presentará, y entonces mirar al otro lado y no preguntar nada. Lo que sospeche es

asunto suyo. Si desea conservar su empleo y proteger su carrera, mantendrá la boca cerrada. Siempre que la orden proceda de las altas esferas, por supuesto.

—La embajada británica queda descartada —dijo Paxman—, pues los iraquíes harían lo imposible para ofender a nuestra gente.

—Lo mismo digo con respecto a nosotros —dijo Barber—. ¿En quién ha pensado, Mike?

Cuando Martin se lo dijo, le miraron incrédulos.

—No puede decirlo en serio —comentó el estadounidense.

—Pues lo digo —replicó Martin con calma.

—Diablos, Mike, una solicitud así tendría que elevarse a... bueno, a la primera ministra en persona.

—Y al presidente —añadió Barber.

—Bien, parece ser que hoy todos somos grandes amigos, así que, ¿por qué no? Quiero decir que si el producto de Jericó acaba por salvar vidas de los aliados, ¿es mucho pedir una llamada telefónica?

Chip Barber consultó su reloj. En Washington eran siete horas menos que en el Golfo. En Langley estarían terminando de almorzar. En Londres solo eran dos horas menos, pero los altos cargos probablemente aún estarían en sus despachos.

Barber se apresuró a regresar a la embajada estadounidense y envió un mensaje «relámpago» codificado al subdirector de Operaciones, Bill Stewart, quien, nada más leerlo, lo llevó al director, William Webster. Este, a su vez, telefoneó a la Casa Blanca y solicitó una reunión con el presidente.

Simon Paxman tuvo suerte. Su llamada telefónica codificada fue respondida por Steve Laing en su despacho de Century House. Tras consultar con el jefe de Operaciones para Oriente Medio, Laing llamó al domicilio particular del jefe.

Tras pensarlo a fondo, sir Colin llamó al secretario del Consejo de Ministros, sir Robin Butler.

Se acepta que el jefe del servicio secreto tiene el derecho, en casos que juzga como una emergencia, de solicitar y obtener una reunión personal con su primer ministro, y Margaret Thatcher siempre se había hecho notar por su accesibilidad a los hombres que dirigen los servicios de Inteligencia y las fuerzas especiales. Accedió a reunirse con el jefe en su despacho privado del número 10 de Downing Street a las ocho de la mañana siguiente.

Como de costumbre, la señora Thatcher estaba trabajando desde antes del amanecer y casi había terminado de examinar los asuntos que había sobre su mesa cuando hicieron entrar al jefe del SIS. Escuchó la extraña petición con el entrecejo fruncido, pidió varias explicaciones, lo pensó un momento y entonces, a su manera habitual, tomó una decisión sin tardanza.

—Hablaré con el presidente Bush en cuanto se levante y veremos qué se puede

hacer. Ese hombre... ¿va a hacerlo realmente?

—Esa es su intención, señora.

—¿Es uno de los suyos, sir Colin?

—No, es un comandante del SAS.

Ella se alegró perceptiblemente.

—Es un individuo notable.

—Así lo creo, señora.

—Cuando esto haya terminado, me gustaría conocerle.

—Estoy seguro de que podrá arreglarse, señora.

Cuando el jefe se hubo ido, el personal de Downing Street efectuó la llamada a la Casa Blanca, aunque todavía era plena noche, y dispusieron la conexión directa para las ocho de la mañana en Washington, la una de la tarde en Londres. El almuerzo de la primera ministra fue retrasado treinta minutos.

Al presidente George Bush, como a su predecesor Ronald Reagan, siempre le había resultado difícil rechazar algo que deseaba la señora Thatcher cuando esta empleaba toda su vehemencia.

—De acuerdo, Margaret —dijo el presidente al cabo de cinco minutos—. Haré esa llamada.

—Solo puede decir que no —señaló la señora Thatcher—, y no debería hacerlo. Después de todo, es mucho lo que hemos hecho por él.

—Sí, en efecto, hemos hecho muchísimo —dijo el presidente.

Los dos jefes de gobierno hicieron sus respectivas llamadas con una hora de diferencia, y la respuesta del perplejo hombre al otro extremo de la línea fue afirmativa. Recibiría en privado a los representantes de ambas partes en cuanto llegaran.

Aquella noche Bill Stewart partió hacia Washington y Steve Laing abordó el último vuelo del día desde Heathrow.

Si Mike Martin tenía alguna idea del frenesí de actividad que había desencadenado su petición, no lo evidenciaba en absoluto. Dedicó los días 26 y 27 de octubre a descansar, comer y dormir, pero dejó de afeitarse, de modo que una barba oscura volviera a cubrir sus mejillas. Sin embargo, en diferentes lugares se trabajaba intensamente para él.

El director del SIS en Tel Aviv había visitado al general Kobi Dror con una petición final. El jefe del Mossad miró asombrado al inglés.

—Va usted a seguir adelante con esto, ¿verdad? —le preguntó.

—Solo sé lo que me han dicho que le diga, Kobi.

—Un agente sin cobertura diplomática, maldita sea. Usted sabe que le capturarán, ¿no es cierto?

—¿Pueden ustedes hacerlo, Kobi?

—Claro que podemos.

—¿En veinticuatro horas?

Kobi Dror estaba representando de nuevo su papel de violinista en el tejado.

—Por usted daría mi brazo derecho, muchacho. Pero, mire, esto que me propone es una locura.

Se levantó, dio la vuelta a su mesa y rodeó los hombros del inglés con un brazo.

—¿Sabe una cosa? Hemos violado la mitad de nuestras reglas, y ha habido suerte. Normalmente, nunca dejamos que uno de los nuestros vaya a un escondrijo de informes secretos, porque podría ser una trampa. Para nosotros, esos buzones muertos son unidireccionales: del *katsa* al espía. En el caso de Jericó prescindimos de esa regla. Si Moncada recogía el producto de la forma que lo hacía era porque no había otra manera. Y tuvo suerte, sí, la tuvo durante años. Pero él disponía de cobertura diplomática. Ahora usted quiere... ¿esto?

Alzó la pequeña fotografía en la que aparecía un hombre de rasgos árabes y expresión triste, negros mechones y barba de varios días. El inglés acababa de recibir la foto que había sido llevada a Riad en el birreactor de comunicaciones HS-125, el avión personal del general De la Billière, puesto que entre ambas capitales no existía ninguna ruta comercial. El aparato se hallaba en el aeródromo militar de Sde Dov, donde sus señales distintivas estaban siendo extensamente fotografiadas.

Dror se encogió de hombros.

—De acuerdo, mañana por la mañana. Le doy mi palabra.

No cabe ninguna duda de que el Mossad dispone de algunos de los mejores servicios técnicos del mundo. Aparte de un ordenador central con casi dos millones de nombres y sus correspondientes datos, y de unos expertos excelentes en forzar cerraduras, en el sótano y subsótano de la sede del Mossad hay una serie de salas donde la temperatura está cuidadosamente controlada.

Esas salas contienen «papel», pero no sólo cualquier clase de papel antiguo, sino un papel muy especial. Ahí se conservan originales de casi todos los pasaportes que existen en el mundo, junto con una miríada de carnets de identidad, permisos de conducir, tarjetas de la seguridad social y documentos similares.

Luego están los «papeles en blanco», esto es, los carnets de identidad sin rellenar en los que expertos calígrafos pueden trabajar a discreción, utilizando los originales como una guía para producir falsificaciones de calidad soberbia.

Los carnets de identidad no son la única especialidad. Billetes de banco de un parecido casi absoluto pueden ser producidos en grandes cantidades, como de hecho ocurre, ya sea para ayudar a hundir la moneda de naciones vecinas hostiles, ya para financiar las operaciones «negras» del Mossad, aquellas de las que ni el primer ministro ni el Knesset saben ni quieren saber nada.

Solo tras cierto examen de conciencia, la CIA y el SIS habían accedido a pedir el favor al Mossad, pero no podían producir, sin más, el carnet de identidad de un obrero iraquí de cuarenta y cinco años con la certidumbre de que pasaría cualquier inspección en Irak. Pues nadie se había molestado en encontrar y sustraer un original para copiarlo.

Afortunadamente, el Sayret Matcal, un grupo de reconocimiento al otro lado de las fronteras y tan secreto que su nombre ni siquiera podía imprimirse en Israel, había hecho una incursión en Irak dos años antes para dejar a un *oter* árabe que debía efectuar allí cierto contacto a alto nivel. Mientras se hallaban en suelo iraquí habían sorprendido a dos trabajadores en el campo, los habían atado y despojado de sus documentos de identidad.

Tal como Dror había prometido, sus falsificadores trabajaron durante la noche y al amanecer habían producido un carnet de identidad iraquí, convincentemente sucio y borroso, como si hubiera sido muy usado, a nombre de Mahmoud al Khouri, de cuarenta y cinco años y natural de una aldea en las colinas al norte de Bagdad, quien trabajaba como jornalero en la capital.

Los falsificadores no sabían que Martin había adoptado el nombre del mismo señor Al Khouri que le había sometido a la prueba de árabe en un restaurante de Chelsea a principios de agosto, como tampoco podían saber que había elegido la aldea de la que era natural el jardinero de su padre, el hombre que, mucho tiempo atrás, en Bagdad, habló al chiquillo inglés del lugar donde había nacido, de su mezquita, su café y los campos de alfalfa y melones que lo rodeaban. Había una cosa más que los falsificadores desconocían.

Por la mañana Kobi Dror entregó el carnet de identidad al hombre del SIS con base en Tel Aviv.

—Con esto no se llevará un chasco. Pero permítame que le diga una cosa... — Dio unos golpecitos a la foto con un rollizo dedo índice—. Este hombre, su árabe domesticado, les traicionará o será capturado antes de una semana.

El directivo del SIS solo pudo encogerse de hombros, pues ni siquiera él sabía que el hombre de la foto borrosa no era en absoluto árabe. No tenía necesidad de saberlo, de modo que no se lo habían dicho. Él se limitaba a hacer lo que le ordenaban, y así llevó el carnet al HS 125 que lo trasladó a Riad.

También habían sido preparadas ropas: la sencilla túnica de un trabajador iraquí, un *keffiyeh* de color marrón apagado y unas fuertes sandalias de lona con suela de cáñamo.

Un tejedor de cestos, sin saber qué hacía ni para qué, estaba confeccionando una caja de mimbre de un diseño muy raro. Era un pobre artesano saudí y el extraño infiel estaba dispuesto a pagarle una considerable cantidad de dinero, por lo que trabajaba con ahínco.

Fuera de la ciudad de Riad, en una base militar secreta, estaban preparando dos vehículos bastante especiales. Habían sido traídos en un Hércules de la RAF desde la base principal del SAS más al sur de la península, en Omán, y los estaban desguarneciendo y equipando de nuevo para un largo y duro viaje.

La esencia de la conversión de los dos Land Rover de chasis largo no era el blindaje y la potencia de fuego, sino la velocidad y el radio de acción. Cada vehículo debería transportar su dotación normal de cuatro hombres del SAS, y uno de ellos llevaría un pasajero. El otro transportaría una motocicleta de motocross con grandes neumáticos, dotada de depósitos de combustible adicionales.

Una vez más, el Ejército estadounidense prestó el material que le solicitaban, esta vez dos de sus helicópteros birrotos Chinook de gran autonomía.

Mijaíl Sergeivitch Gorbachov estaba sentado como de costumbre ante la mesa de su despacho del séptimo y último piso del edificio del Comité Central en Novaya Ploshad, trabajando con dos secretarios, cuando sonó el intercomunicador para anunciarle la llegada de los emisarios de Londres y Washington.

Desde hacía veinticuatro horas le intrigaban las peticiones tanto del presidente estadounidense como de la primera ministra británica para que recibiera a un emisario personal de cada uno de ellos. No se trataba de un político ni de un diplomático, sino tan solo de un mensajero. En los tiempos que corrían, se preguntaba, ¿qué mensaje no podía ser transmitido a través de los canales diplomáticos normales? Incluso podían utilizar una línea directa que de ninguna manera podría ser interceptada, aun cuando intérpretes y técnicos tuvieran necesariamente acceso a ella.

Se sentía intrigado y curioso, y como la curiosidad era uno de sus rasgos más notables, estaba deseoso de resolver el enigma.

Diez minutos después hicieron pasar a los dos visitantes al despacho particular del secretario general del PCUS y presidente de la Unión Soviética. Era una habitación larga y estrecha con una única hilera de ventanas en el lado que daba a la Plaza Nueva. No había ventanas detrás del presidente, quien estaba sentado de espaldas a la pared en el extremo de una larga mesa de conferencias.

En contraste con el estilo sombrío y pesado grato a sus dos predecesores, Andropov y Chernenko, el joven Gorbachov prefería un decorado luminoso y ligero. La mesa era de clara madera de haya, y la flanqueaban sillas de respaldo recto pero cómodas. Las ventanas estaban cubiertas con visillos.

Cuando los dos hombres entraron hizo un gesto a sus secretarios de que salieran. Entonces se levantó de su mesa y fue hacia ellos.

—Hola, caballeros —dijo en ruso—. ¿Alguno de ustedes habla mi idioma?

Uno de ellos, al que juzgó inglés, respondió en un ruso vacilante:

—Sería aconsejable un intérprete, señor presidente.

—Vitali —dijo Gorbachov a uno de los secretarios que se retiraban—. Que venga Yevgeny.

Ya que no podían hablar de inmediato, sonrió e hizo un gesto a los visitantes de que se sentaran. Su intérprete personal acudió poco después y se sentó a un lado de la mesa presidencial.

—Mi nombre, señor, es William Stewart —dijo el estadounidense—. Soy subdirector de Operaciones de la Agencia Central de Inteligencia.

Los labios de Gorbachov se tensaron y frunció el entrecejo.

—Y yo, señor, soy Stephen Laing, director de Operaciones, división de Oriente Medio, del servicio secreto británico.

La perplejidad de Gorbachov se intensificó. Espías, *chekisti*, ¿qué diablos era todo aquello?

—Cada una de nuestras agencias ha pedido a su respectivo gobierno que le preguntara a usted si nos recibiría —dijo Stewart—. El caso, señor, es que Oriente Medio va hacia la guerra. Todos lo sabemos. Para tratar de evitarla, necesitamos saber qué se cuece en los consejos internos del régimen iraquí. Creemos que lo que dicen en público y lo que discuten en privado es radicalmente diferente.

—En eso no hay nada nuevo —replicó Gorbachov secamente.

—Nada en absoluto, señor —dijo Laing—. Pero ese es un régimen altamente inestable, peligroso... para todos nosotros. Si pudiéramos conocer lo que verdaderamente piensan hoy los miembros del gabinete de Saddam Hussein, tal vez seríamos más capaces de planear una estrategia que lograra evitar la guerra inminente.

—Sin duda para eso están los diplomáticos —señaló Gorbachov.

—Normalmente sí, señor presidente. Pero hay ocasiones en que incluso la diplomacia es un canal demasiado abierto, demasiado público para expresar los pensamientos más recónditos. ¿Recuerda usted el caso de Richard Sorge?

Gorbachov asintió. Todo ruso había oído hablar de Sorge. Su cara había aparecido incluso en sellos de correos. Era un héroe póstumo de la Unión Soviética.

—En aquel entonces —siguió Laing—, la información de Sorge de que Japón no invadiría Siberia fue absolutamente crucial para su país. Pero no podría haberle llegado a usted a través de la embajada.

»El caso, señor presidente, es que tenemos motivos para creer que en Bagdad existe una fuente, situada a un nivel excepcional, que está dispuesta a revelarnos lo que ocurre en los consejos más privados de Saddam Hussein. Ese conocimiento podría significar la diferencia entre una guerra y una retirada voluntaria de Kuwait.

Mijaíl Gorbachov asintió. Tampoco él era amigo de Saddam Hussein. Irak, que en otro tiempo había sido un cliente dócil de la URSS, se había vuelto cada vez más

independiente y, últimamente, su errático dirigente había ofendido gratuitamente a la URSS.

Además, el líder soviético era plenamente consciente de que si quería llevar a cabo sus reformas en el sistema soviético necesitaría apoyo financiero e industrial, y eso significaba buena voluntad por parte de Occidente. Que la guerra fría había terminado era una realidad. Por ese motivo él había implicado a la URSS en la condena que el Consejo de Seguridad de la ONU había hecho de la invasión iraquí de Kuwait.

—Entonces, caballeros, establezcan contacto con esa fuente. Consigan una información que las potencias puedan utilizar para reducir la tensión y les estaremos muy agradecidos. La URSS tampoco desea que haya una guerra en Oriente Medio.

—Nos gustaría establecer contacto, señor —dijo Stewart—, pero no es posible. La fuente se niega a revelarse, y es comprensible, pues debe de correr riesgos enormes. Para establecer contacto es imprescindible que evitemos la ruta diplomática. Ese hombre ha dejado bien claro que solo usará comunicaciones encubiertas con nosotros.

—Así pues, ¿qué desean ustedes de mí?

Los dos occidentales aspiraron hondo.

—Queremos introducir a un hombre en Bagdad para que actúe como conducto entre la fuente y nosotros —dijo Laing.

—¿Un agente?

—Sí, señor presidente, un agente que se hará pasar por iraquí.

Gorbachov apoyó la barbilla en la punta de los dedos. No sabía prácticamente nada de operaciones encubiertas. El propio KGB apenas si había organizado alguna. Ahora le pedían que ayudara a los antiguos adversarios del KGB a organizar una y prestar la embajada soviética como paraguas protector de su hombre. Era algo tan escandaloso que casi se echó a reír.

—Si capturan a ese agente suyo, mi embajada estará comprometida.

—No, señor, su embajada habrá sido cínicamente engañada por los tradicionales enemigos occidentales de Rusia —dijo Laing—. Saddam se lo creerá.

Gorbachov reflexionó en ello. Recordó el ruego personal de un presidente y una primera ministra. Era evidente que consideraban el asunto como de la mayor importancia, y él no tenía otra alternativa que considerar como importante su buena voluntad.

—Muy bien. Daré instrucciones al general Vladimir Kryuchkov para que coopere plenamente con ustedes.

En aquel entonces Kryuchkov era el presidente del KGB. Diez meses después, mientras Gorbachov estaba de vacaciones en el mar Negro, Kryuchkov, junto con el ministro de Defensa Dmitri Yazov y otros, daría un golpe de Estado contra su propio

presidente.

Los dos occidentales se removieron incómodos en sus asientos.

—Con el mayor respeto, señor presidente —dijo Laing—, ¿podríamos pedirle que confíe exclusivamente en su ministro de Asuntos Exteriores?

Eduard Schevardnadze era entonces ministro de Asuntos Exteriores y amigo fiel de Mijaíl Gorbachov.

—¿Solo en Schevardnadze?

—Sí, señor, si le parece a usted bien.

—Muy bien. Los preparativos solo se efectuarán a través del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Cuando los funcionarios de los servicios de Inteligencia occidentales se marcharon, Mijaíl Gorbachov permaneció sentado, sumido en sus pensamientos. Solo habían querido que él y Eduard estuvieran al corriente de su plan. No Kryuchkov. Se preguntó si sabrían algo que el presidente de la URSS desconocía.

Los agentes del Mossad eran once en total, dos equipos de cinco miembros cada uno y el controlador operativo, un hombre al que Kobi Dror había elegido personalmente, librándolo así de la aburrida tarea de instruir a los reclutas de la Escuela de Adiestramiento en las afueras de Herzlia.

Uno de los equipos pertenecía a la rama Yarid, una sección del Mossad encargada de la seguridad operativa y la vigilancia. La otra rama era la Neviot, cuya especialidad consiste en las escuchas clandestinas, el allanamiento de morada... en suma, todo aquello que requiere el uso de instrumentos electrónicos o mecánicos.

Ocho de los diez hombres hablaban un alemán bueno o pasable en tanto que el controlador de la misión dominaba esa lengua a la perfección. En cuanto a los otros dos... de todos modos eran los técnicos y no tenían necesidad de hablarlo bien. El grupo de vanguardia de la operación Josué estuvo tres días en Viena, adonde llegaron desde distintos puntos europeos, cada uno de ellos con pasaportes perfectos y tapaderas adecuadas.

Como en el caso de la operación Jericó, Kobi Dror estaba forzando algunas reglas, pero ninguno de sus subordinados discutiría sus decisiones. Josué había sido designado un asunto *ain efes*, que en hebreo significa «sin fracaso», lo cual, viniendo del mismo jefe, significaba que era de máxima prioridad.

Normalmente, los equipos Yarid y Neviot tienen entre siete y nueve miembros, pero como el objetivo fue considerado civil, neutral, aficionado y carente por completo de sospechas, el número de miembros había sido reducido.

El jefe de estación del Mossad en Viena había destinado tres de sus pisos francos; a fin de mantenerlos ordenados, limpios y aprovisionados en todo momento, asignó otros tantos *bodlim*.

Un *bodel*, en plural *bodlim*, suele ser un israelí joven, a menudo estudiante, utilizado como recadero tras una investigación minuciosa de sus antecedentes. Su trabajo consiste en hacer recados, realizar tareas rutinarias y no preguntar nada. A cambio se le permite vivir sin pagar alquiler en un piso franco del Mossad, una gran ventaja para un estudiante corto de dinero en una capital extranjera. Cuando llegan los «bomberos» visitantes, el *bodel* tiene que mudarse, pero puede ser retenido para que se encargue de la limpieza, la colada y la compra.

Aunque Viena no dé la impresión de ser una gran capital, para el mundo del espionaje siempre ha sido muy importante. El motivo se remonta a 1945, cuando Viena, como segunda capital del Tercer Reich, fue ocupada por los aliados victoriosos y dividida en cuatro sectores: francés, británico, estadounidense y ruso.

Al contrario de Berlín, Viena consiguió su libertad e incluso los rusos accedieron a marcharse, pero el precio fue una neutralidad completa para Viena y toda Austria. Cuando se inició la guerra fría durante el bloqueo de Berlín de 1948, Viena pronto se convirtió en un semillero de espías. Gratamente neutral, sin apenas una red de contraespionaje propia, cercana a las fronteras húngara y checa, abierta a Occidente pero rebosante de europeos orientales, Viena era una base perfecta para una variedad de agencias.

Poco después de su creación en 1951, el Mossad también vio las ventajas de Viena y se instaló allí, con una presencia tan considerable y selecta que el jefe de estación supera en rango al embajador.

La decisión estuvo más que justificada cuando la elegante y decadente capital del antiguo Imperio austrohúngaro se convirtió en un centro de banca ultradiscreta, la sede de tres agencias distintas de las Naciones Unidas y un punto de entrada preferido por palestinos y otros terroristas.

Fiel a su neutralidad, Austria tiene desde hace mucho tiempo un aparato de contrainteligencia y seguridad interna tan fácil de evadir que los agentes del Mossad se refieren a esos funcionarios bienintencionados como *fertsalach*, una palabra no excesivamente halagadora, pues significa «pedo».

El controlador elegido para la misión de Kobi Dror era un duro *katsa* que tenía a sus espaldas años de experiencia europea, en Berlín, París y Bruselas.

Gideon Barzilai también había servido en una de las unidades *kidon* de ejecución que persiguió a los terroristas árabes responsables de la masacre de atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Munich, en 1972. Afortunadamente para su carrera, no había estado implicado en uno de los mayores errores en la historia del Mossad, cuando una unidad *kidon* abatió a tiros a un inocente camarero marroquí en Lillehammer, Noruega, tras haberle confundido con Ali Hassan Salameh, el cerebro de aquella matanza.

Gideon *Gidi* Barzilai se llamaba ahora Ewald Strauss y era representante de un

fabricante de material sanitario en Frankfurt. No solo sus documentos estaban en perfecto orden, sino que el contenido de su maletín habría revelado los folletos apropiados, los libros de pedidos y la correspondencia en papel timbrado de la empresa.

Incluso una llamada telefónica a su oficina central en Frankfurt habría confirmado su tapadera, pues el número telefónico del membrete correspondía a una oficina de Frankfurt donde trabajaban los agentes del Mossad.

Los papeles de Gidi, así como los de los otros diez miembros de su equipo, eran el producto de otra división del Mossad que se ocupaba de los servicios de apoyo. En el mismo sótano de Tel Aviv que alberga el departamento de falsificaciones hay otra serie de salas dedicadas a almacenar detalles de un número asombroso de empresas, tanto reales como ficticias. Expedientes de las empresas, auditorías, registros y papel con membrete se almacenan en tal abundancia que cualquier *katsa* dedicado a una operación en el extranjero puede ser equipado con una identidad profesional prácticamente inexpugnable.

Tras establecerse en su propio piso, Barzilai celebró una extensa conferencia con el jefe de estación local e inició su misión con una tarea relativamente sencilla: la de descubrir todo cuanto pudiera sobre un banco privado discreto y ultratradicional, el Winkler Bak, frente a la Franziskanerplatz.

Esa misma semana dos helicópteros Chinook estadounidenses emprendieron el vuelo desde una base militar en las afueras de Riad y se dirigieron al norte siguiendo la ruta más corta, sobre la carretera del Oleoducto a lo largo de la frontera entre Arabia Saudí e Irak, desde Khafji hasta Jordania.

Apretado dentro del compartimiento de carga de cada helicóptero viajaba un solo Land Rover de chasis largo, despojado de todo cuanto no era esencial pero equipado con depósitos de combustible adicionales. Cuatro hombres del SAS trabajaban con cada vehículo, no menos apretados que estos en el reducido espacio que había detrás de la tripulación.

El destino final del helicóptero estaba más allá de lo que le permitía su autonomía normal, pero esperándoles en la carretera del Oleoducto había dos grandes camiones cisterna llegados desde Dammam, en la costa del Golfo.

Cuando los sedientos Chinook se posaron en la carretera, los operarios de los camiones cisterna pusieron manos a la obra, hasta que los depósitos de los helicópteros volvieron a estar rebosantes de combustible. Despegaron y se dirigieron a la carretera que llevaba a Jordania, manteniéndose a baja altura para evitar el radar iraquí situado al otro lado de la frontera.

Más allá de la ciudad saudí de Badanah, aproximándose al lugar donde convergen las fronteras de Arabia Saudí, Irak y Jordania, los Chinook aterrizaron de nuevo. Allí

había otros dos camiones cisterna para repostar, pero aquel era el punto donde debían descargar a los Land Rover y sus pasajeros.

Si los tripulantes americanos sabían adónde iban los silenciosos ingleses, no lo evidenciaron en absoluto, y si no lo sabían, no se molestaron en preguntarlo. Los copilotos hicieron descender los vehículos camuflados con pintura color arena, estrecharon las manos de los pasajeros y les desearon buena suerte. Entonces repostaron y partieron en la dirección por donde habían venido. Los camiones cisterna les siguieron.

Los ocho hombres del SAS les vieron alejarse y luego se encaminaron en la otra dirección, siguiendo carretera arriba hacia Jordania. A ochenta kilómetros al noroeste de Badanah se detuvieron y esperaron.

El capitán al mando de la misión comprobó la posición de los dos vehículos. En la época del coronel David Stirling, en el desierto occidental de Libia se orientaban por medio del sol, la luna y las estrellas. La tecnología con que contaban en 1990 hacía que todo fuese mucho más fácil y preciso.

El capitán sostenía un dispositivo no mayor que un libro de bolsillo, llamado Sistema de Posicionamiento Global (GPS) y conocido también por los nombres SATNAV o Magallanes. A pesar de su tamaño, el GPS puede situar a su poseedor en un cuadrado no mayor de diez metros de lado en cualquier lugar de la superficie terrestre.

El GPS que sostenía el capitán tenía dos posiciones: código Q y código P. La precisión de esta última correspondía al cuadrado de diez metros de lado, pero necesitaba que cuatro de los satélites estadounidenses NAVSTAR estuvieran sobre el horizonte al mismo tiempo. La posición código Q requería solo dos NAVSTAR sobre el horizonte, pero su precisión no era inferior a un cuadrado de cien metros de lado.

Aquel día solo estaban en funcionamiento dos satélites de rastreo, pero eran suficientes. Nadie dejaría de ver a otro a cien metros de distancia en aquel yermo de arena y esquistos azotado por el viento, a muchos kilómetros de cualquier parte entre Badanah y la frontera jordana. Una vez se hubo cerciorado de que se encontraba en el lugar de la cita, el capitán apagó el GPS y se introdujo a rastras bajo las redes de camuflaje extendidas por sus hombres entre los dos vehículos para protegerse del sol. Según el termómetro, la temperatura era de cincuenta y cuatro grados.

Al cabo de una hora llegó desde el sur un helicóptero británico Gazelle. El comandante Mike Martin había volado desde Riad en un avión de transporte Hércules de la RAF hasta la ciudad saudí de Al Jawf, el lugar más próximo a la frontera en aquel punto que tenía aeropuerto municipal. El Hércules había transportado el Gazelle con los rotores plegados, el piloto, los operarios de tierra y los depósitos de combustible adicionales necesarios para el vuelo desde Al Jawf hasta la carretera del Oleoducto y el regreso.

Por si incluso un lugar abandonado como aquel era rastreado por los radares iraquíes, el Gazelle avanzaba a vuelo rasante sobre el desierto, pero el piloto vio enseguida la bengala de estrella Very que el capitán del SAS disparó cuando oyó el ruido del helicóptero que se aproximaba.

El Gazelle se posó sobre la carretera a cincuenta metros de los Land Rover, y Martin saltó a tierra. Llevaba al hombro una bolsa con su equipo y en la mano izquierda un cesto de mimbre, cuyo contenido había hecho que el piloto del Gazelle se preguntara si aquel hombre se había enrolado en la Fuerza Aérea o en una filial de la Unión de Granjeros, pues en el cesto llevaba dos gallinas vivas.

Por lo demás, Martin vestía como los ocho hombres del SAS que le estaban esperando: botas apropiadas para el desierto, pantalones holgados de lona fuerte, camisa, suéter y guerrera de combate con camuflaje de desierto. Llevaba al cuello un pañuelo a cuadros que serviría para protegerle la cara del polvo arremolinado, en la cabeza un pasamontañas de lana y encima de este unas gafas de protección.

Que los hombres no se muriesen de calor con semejante equipo pasmaba al piloto. Claro que él nunca había experimentado el frío de las noches en el desierto.

Los hombres del SAS sacaron de la parte trasera del Gazelle los recipientes de plástico que habían dado al pequeño helicóptero de reconocimiento su peso máximo con carga, y llenaron de nuevo los depósitos. Tras repostar, el piloto saludó agitando la mano y despegó rumbo al sur, hacia Al Jawf, de regreso a Riad y a la cordura tras haber abandonado a aquellos locos en el desierto.

Solo cuando se hubo ido los hombres del SAS se sintieron a sus anchas. Aunque los ocho hombres de los Land Rover pertenecían al escuadrón D, de expertos en vehículos ligeros, y Martin era miembro del grupo de caída libre, les conocía a todos excepto a dos. Tras el intercambio de saludos, hicieron lo que hacen los soldados británicos cuando tienen tiempo: prepararon un té bien cargado.

El capitán había decidido cruzar la frontera de Irak en aquel punto yermo y desolado por dos razones. En primer lugar, cuanto más árido fuese el terreno, menos probabilidades habría de topar con una patrulla iraquí, y su misión no consistía en dejar atrás a los iraquíes en campo abierto sino en evitar por completo que detectaran su presencia.

La segunda razón era que tenía que depositar su carga lo más cerca posible de la larga carretera iraquí que serpentea desde Bagdad hacia el oeste a través de las grandes planicies desérticas hasta Ruweishid, en el cruce de la frontera jordana.

Aquella misérrima avanzada en el desierto se había vuelto familiar para los espectadores de televisión desde la conquista de Kuwait, porque era allí por donde solía cruzar la desventurada marea de refugiados filipinos, bengalíes, palestinos y de otras nacionalidades, tras huir del caos ocasionado por la invasión.

En esa esquina del extremo norte de Arabia Saudí, la distancia desde la frontera a

la carretera de Bagdad era la más corta. El capitán sabía que al este, desde Bagdad hacia la frontera saudí, el terreno era en general una planicie yerma, en su mayor parte tan liso como una mesa de billar, lo cual lo hacía apto para una rápida carrera desde la frontera hasta la carretera más próxima que enlazaba con Bagdad. Sin embargo, también era probable que estuviese ocupada por patrullas militares y ojos vigilantes. Allí, en el oeste de los desiertos de Irak, la superficie era más accidentada, pues estaba atravesada por quebradas que provocaban repentinas inundaciones durante la época de las lluvias e incluso debían ser salvadas con sumo cuidado en la época seca, pero, en compensación, se hallaba prácticamente libre de patrullas iraquíes.

El punto elegido para cruzar se encontraba a cincuenta kilómetros al norte de donde estaban y, más allá de la frontera sin señalizar, a solo otros cien kilómetros de la carretera entre Bagdad y Ruweishid. Pero el capitán calculó que necesitaría toda una noche, y permanecer bajo las redes de camuflaje durante el día y la noche siguientes, para que pudieran entregar su carga en un punto que se encontrara a una distancia de la carretera salvable a pie.

Partieron a las cuatro de la tarde. El calor del sol todavía era ardiente y los hombres que ocupaban los vehículos tenían la sensación de que estaban entrando en un horno. A las seis empezó a oscurecer y la temperatura comenzó a descender rápidamente. A las siete era totalmente de noche y hacía frío. Se les secó el sudor y agradecieron los gruesos jerséis de los que se había burlado el piloto del Gazelle.

El copiloto del vehículo que iba en cabeza comprobaba una y otra vez la posición y el rumbo. Cuando estaban en la base, él y el capitán habían pasado horas inclinados sobre varias fotografías de alta definición proporcionadas amablemente por la misión de los U-2 estadounidenses en su base de Taif. Las fotos, ampliadas a gran escala, ofrecían una imagen mejor que la de un simple mapa.

Conducían sin luces, pero con una pequeña linterna el copiloto controlaba sus desviaciones y corregía el rumbo cada vez que una hondonada o un desfiladero les obligaba a alejarse varios kilómetros al este o al oeste.

A cada hora se detenían para confirmar la posición con el Magallanes. El copiloto ya había calibrado los lados de sus fotografías con los minutos y segundos de longitud y latitud, de modo que las cifras ofrecidas por la pantalla digital del Magallanes les decía con exactitud en qué lugar se hallaban sobre las fotografías.

El avance era lento, porque en cada elevación uno de los hombres tenía que adelantarse y echar un vistazo para asegurarse de que no había ninguna sorpresa desagradable al otro lado.

Una hora antes de que amaneciera, encontraron un *uadi*, o curso de agua intermitente; bajaron a su cauce de paredes escarpadas y se refugiaron en él bajo las redes de camuflaje. Uno de los hombres subió a una prominencia cercana para

examinar desde allí el campamento y ordenar algunos ajustes, hasta cerciorarse de que un avión de reconocimiento prácticamente tendría que estrellarse en el *uadi* para verles.

Durante el día comían, bebían y dormían mientras dos de ellos siempre montaban guardia por si se acercaba un pastor errante u otro viajero solitario. Varias veces oyeron los reactores iraquíes en el cielo, y en una ocasión el balido de unas cabras en una colina cercana. Pero los animales, que no parecían tener pastor, se alejaron en la dirección opuesta. Tras la puesta del sol, los hombres reanudaron su camino.

Existe una pequeña población iraquí llamada Ar Rutba, que se extiende a ambos lados de la carretera, y poco antes de las cuatro de la madrugada vieron sus luces mortecinas a lo lejos. La pantalla del Magallanes confirmó que estaban donde quería estar, al sur de la ciudad y a ocho kilómetros de la carretera.

Cuatro de los hombres exploraron alrededor hasta que uno de ellos encontró un *uadi* de fondo blando y arenoso. Allí cavaron su refugio, silenciosamente, usando las herramientas fijadas a los lados de los Land Rover para quitar la arena que los cubría en parte. Enterraron la motocicleta de motocross con sus neumáticos reforzados y los recipientes adicionales de combustible para llevarla a la frontera, por si surgía la necesidad de utilizarla. Todo estaba envuelto en resistentes bolsas de polietileno que protegían de la arena y el agua, pues las lluvias aún estaban por llegar.

A fin de evitar que los objetos escondidos fuesen arrastrados por una riada, levantaron un túmulo de piedras que prevendría la erosión.

El copiloto trepó al risco por encima del *uadi* y estableció la dirección exacta desde allí hasta la torre de radio por encima de Ar Rutba, cuya luz roja de advertencia se veía a lo lejos.

Mientras trabajaban, Mike Martin se desnudó y de la bolsa en que llevaba su equipo sacó la túnica, el turbante y las sandalias de Mahmoud al Khouri, el bracero, jardinero y factótum iraquí. Provisto de una bolsa de paño que contenía pan, aceite, queso y aceitunas para desayunar, una raída cartera con el carnet de identidad y fotos de los ancianos padres de Mahmoud, y una abollada caja de hojalata con algún dinero y un cortaplumas, estaba preparado para partir. Hacía falta una hora para despejar el sitio donde los Land Rover pasarían el día ocultos.

—Salude de mi parte a Saddam —dijo el capitán.

—Buena cacería, jefe —añadió el copiloto.

—Por lo menos tendrá un huevo fresco para desayunar —terció otro, y sus compañeros rieron quedamente.

Los hombres del SAS nunca se deseaban unos a otros «buena suerte»... jamás. Mike Martin se despidió de ellos agitando la mano e inició su peregrinaje por el desierto en dirección a la carretera. Minutos más tarde, los Landrover habían desaparecido y el *uadi* volvía a estar vacío.

El jefe de estación en Viena tenía en sus registros a un *sayan* que era un alto ejecutivo de uno de los principales bancos de compensación del país. Le había encargado un informe lo más completo posible sobre el Winkler Bank, diciéndole tan solo que ciertas empresas israelíes habían iniciado relaciones comerciales con el Winkler y deseaban asegurarse de su solidez, antecedentes y prácticas bancarias. Últimamente, añadieron pesarosos quienes le encargaron el trabajo, había demasiado fraude.

El *sayan* aceptó los motivos que le dieron e hizo cuanto pudo, que no fue poco, habida cuenta de que su primer descubrimiento fue que el Winkler operaba con un secreto casi obsesivo.

El banco había sido fundado casi un siglo atrás por el padre del actual único propietario y presidente. El Winkler de 1990, hijo del fundador, tenía noventa y un años y era conocido en los círculos bancarios vieneses como *der Alte*, el Viejo. A pesar de su edad, se negaba a abandonar la presidencia o el control exclusivo de la mayor parte del paquete accionario. Era viudo y sin hijos, por lo que no había un sucesor familiar natural y habría que aguardar al día en que se leyera su testamento para saber quién le sucedería.

No obstante, la dirección cotidiana del banco dependía de tres vicepresidentes, Kessler, Gemütlich y Blei. No era un banco de compensación, desde luego, carecía de cuentacorrentistas y no entregaba talonarios de cheques. Su negocio consistía en ser depositario de los fondos de sus clientes, que podían ser empleados en inversiones sólidas y seguras, principalmente en el mercado europeo.

Lo de menos era que los intereses producidos por tales inversiones figuraran en la lista de los «diez primeros». Los clientes de Winkler no buscaban un rápido crecimiento ni unos intereses que subieran como la espuma. Lo que querían era seguridad y un anonimato total. Eso era algo que el Winkler garantizaba y cumplía.

Los criterios en los que hacía tanto hincapié Winkler eran una discreción absoluta con respecto a la identidad de los propietarios de sus cuentas numeradas, a lo que debía sumarse la garantía de que el banco no caería en lo que el Viejo denominaba «tonterías de moda».

La repugnancia que le causaban las modernas artimañas tecnológicas era el motivo de que en su entidad estuvieran prohibidos los ordenadores para almacenar información delicada o controlar las cuentas, los faxes y, hasta donde era posible, los teléfonos. El Winkler Bank aceptaba instrucciones e información por teléfono, pero nunca los divulgaba por el mismo medio. Siempre que las circunstancias lo permitían el banco prefería las entrevistas personales o el anticuado método de la correspondencia, para lo que utilizaba un caro papel de hilo de color crema.

En el área de Viena el mensajero del banco entregaba todas las cartas y estados de cuentas en sobres cerrados con un sello de lacre, y solo se confiaba en el correo

público para las cartas dirigidas al resto del país y al extranjero.

En cuanto a las cuentas numeradas propiedad de clientes extranjeros, sobre las que habían pedido al *sayan* que informara, nadie conocía su número con exactitud, pero se rumoreaba que había depósitos de centenares de millones de dólares. Si era así, y dado que un porcentaje de esos clientes secretos moriría sin revelar a nadie el modo de acceder a la cuenta, el Winkler Bank tenía unos muy jugosos beneficios.

Cuando Gidi Barzilai leyó el informe, soltó un largo y sonoro juramento. Winkler *el Viejo* podía desdeñar las técnicas más recientes de interceptación telefónica y manipulación informática, pero su instinto acertaba de pleno.

Durante los años en que Irak se dedicó a adquirir la tecnología para la fabricación del gas venenoso, todas las compras efectuadas a Alemania habían sido pagadas a través de uno de los tres bancos suizos. El Mossad sabía que la CIA había conectado subrepticamente con las redes informáticas de los tres bancos a fin de investigar los orígenes de ciertas cantidades de dinero procedente del narcotráfico, y esta información fidedigna había permitido a Washington efectuar su interminable sucesión de protestas ante el gobierno alemán acerca de las exportaciones. No podía achacarse a la CIA la culpa de que el canciller Kohl hubiera rechazado despectivamente cada una de las protestas, pues la información era del todo exacta.

Si Gidi Barzilai creía estar en condiciones de acceder al ordenador central del Winkler Bank, se equivocaba, pues tal ordenador no existía. Las alternativas se reducían, pues, a colocar micrófonos ocultos en las habitaciones, interceptar el correo y pinchar las líneas telefónicas, pero lo más probable sería que ninguno de esos métodos resolviera su problema.

Muchas cuentas bancarias requieren una *losungwort*, una consigna para operar con ellas a fin de efectuar reintegros y transferencias. Pero generalmente los propietarios de cuentas pueden usar esa palabra para identificarse por teléfono o fax, y no digamos en una carta. Tal como parecía operar el Winkler, una cuenta numerada de alto valor propiedad de un cliente extranjero, como lo era la de Jericó, tendría un sistema de operación mucho más complicado. O bien el propietario de la cuenta debía presentarse personalmente con toda la identificación necesaria, o bien era preciso un mandato por escrito redactado de una manera especial, con palabras y símbolos en clave colocados en lugares determinados de antemano.

Era evidente que el Winkler Bank aceptaría un ingreso de cualquiera, en todo momento y efectuado desde cualquier lugar. El Mossad lo sabía porque habían pagado a Jericó su dinero fruto de la traición por medio de transferencias a una cuenta identificada para ellos por un solo número. Persuadir al banco de que hiciera una transferencia sería un asunto totalmente distinto.

De alguna manera, desde la sala donde, enfundado en un batín, pasaba la mayor parte del tiempo escuchando música religiosa, Winkler *el Viejo* parecía haber

adivinado que la tecnología para la interceptación ilegal de información había superado a las técnicas normales de información de transferencia. Maldito vejestorio...

La única otra cosa que el *sayan* podía garantizar era que unas cuentas numeradas de alto valor serían manejadas personalmente por uno de los tres vicepresidentes y nadie más. El Viejo había elegido bien a sus subordinados. Los tres tenían fama de carecer de humor, eran duros y estaban bien pagados; en una palabra, eran inexpugnables. El *sayan* había añadido que Israel no tenía que preocuparse por el Winkler Bank. Naturalmente, había malentendido los motivos de sus superiores. Para cuando llegó la primera semana de noviembre, Gidi Barzilai ya estaba demasiado harto de aquel banco.

Una hora antes de que amaneciera pasó un autobús que aún no llevaba ningún pasajero y redujo la velocidad hasta detenerse al lado del hombre que había estado sentado sobre una roca junto a la carretera, a cinco kilómetros de Ar Rutba, y que, cuando vio aproximarse el vehículo, se levantó y agitó una mano. Pagó con dos sucios y arrugados billetes de un dinar, se sentó al fondo, acomodó el cesto con las gallinas en su regazo, y se quedó dormido.

En el centro de la ciudad había un control policial, ante el que el autobús frenó con un considerable chirrido de su vieja suspensión, y varios de los pasajeros bajaron para ir al trabajo o al mercado, mientras otros seguían adelante. Pero si bien los policías comprobaban los documentos de identidad de los que proseguían el trayecto, se limitaron a echar un vistazo a través de las polvorientas ventanas a los pocos que habían permanecido a bordo e hicieron caso omiso del campesino con el cesto de gallinas sentado al fondo. Estaban buscando subversivos, personas sospechosas.

Al cabo de otra hora, el autobús avanzaba con estrépito hacia el este, balanceándose y traqueteando, apartándose en ocasiones hacia la cuneta cuando pasaba a toda velocidad una columna de vehículos militares, con sus reclutas mal afeitados y malhumorados sentados en la parte trasera, contemplando las arremolinadas nubes de polvo que levantaban.

Mike Martin tenía los ojos cerrados y escuchaba la cháchara de alrededor, fijándose en una palabra desacostumbrada o un matiz de acento que pudiera haber olvidado. El árabe que se hablaba en aquella parte de Irak era muy distinto del de Kuwait. Si en Bagdad quería pasar por un *fellagha* analfabeto e inocuo, aquellos acentos y giros provincianos se revelarían sumamente útiles. Pocas cosas desarman más a un policía municipal que un acento rústico.

Las gallinas habían tenido un viaje duro dentro de su cesto de mimbre, aun cuando Martin les había dado granos de maíz que llevaba en el bolsillo y compartido con ellas el agua de su cantimplora, en aquel Land Rover que ahora se tostaba al sol

del desierto bajo una red de camuflaje. A cada bamboleo del autobús las aves expresaban su protesta cloqueando, o bien defecaban sobre la sucia paja que cubría el fondo del cesto.

Habría sido necesaria una excepcional capacidad de observación para ver que por fuera la base de la cesta tenía diez centímetros más que en el interior. El mullido colchón de paja sobre el que se acomodaban las gallinas solo tenía dos centímetros y medio de grosor, y servía para disimular la diferencia. La cesta, cuadrada y de medio metro de lado, ocultaba en su base varios artículos que a los policías de Ar Rutba les habrían parecido enigmáticos e interesantes.

Uno de ellos era una antena circular articulada para captar emisiones por satélite, convertida en una vara gruesa como si se tratara de un paraguas plegable. Otro era un transmisor-receptor, pero más potente que el que Martin había utilizado en Kuwait, ya que en Bagdad no tendría ocasión de transmitir mientras erraba por el desierto. Las transmisiones prolongadas estaban descartadas, lo cual explicaba, aparte de la batería recargable de cadmio y plata, el último artículo que contenía la cavidad: un magnetófono de características especiales.

Los adelantos tecnológicos tienden a ser, al principio, voluminosos, pesados y difíciles de manejar. Cuando los desarrollan, suceden dos cosas: las «entrañas» se vuelven cada vez más complicadas y, al mismo tiempo, más y más pequeñas, mientras que su manejo resulta más sencillo.

Los aparatos de radio llevados a Francia por los agentes del servicio de operaciones especiales británicos durante la Segunda Guerra Mundial eran, según el criterio moderno, una pesadilla. Ocupaban una maleta de gran tamaño, necesitaban una antena unida con cable de varios metros a una tubería de desagüe, tenían incómodas válvulas del tamaño de bombillas y solo podían transmitir mensajes en Morse. Esto obligaba al operador a pulsar la tecla durante un tiempo interminable, lo que hacía que las unidades de detección alemanas pudieran triangular la posición de la fuente emisora e ir por ella.

El magnetófono de Martin era de manejo simple pero contenía algunos elementos útiles. Un mensaje de diez minutos podía ser leído lenta y claramente ante el micrófono. Antes de que fuese grabado en la bobina, un chip de silicio lo habría codificado, transformándolo en una confusión que, aunque fuese interceptada, resultaría prácticamente imposible de decodificar.

Al apretar un botón la cinta se rebobinaría. Otro botón haría que volviese a grabar, pero en una fracción del tiempo inicial, reduciendo el mensaje a una «transmisión condensada» de tres segundos cuyo seguimiento sería imposible.

Era esa transmisión condensada lo que enviaría el transmisor cuando estuviera en conexión con la antena de satélite, la batería y el magnetófono. Cuando captasen el mensaje en Riad, lo pasarían lentamente, lo descifrarían y luego volverían a pasarlo

como un mensaje normal.

El autobús, llegó a Ramadi, Martin se apeó y abordó otro que seguía más allá del lago Habbaniyah y la antigua base de la Real Fuerza Aérea, ahora convertida en una moderna base de cazas iraquíes. Este segundo autobús se detuvo en las afueras de Bagdad, donde los policías examinaron los carnets de identidad de todos los pasajeros.

Martin permaneció humildemente en la cola, aferrando el cesto con sus gallinas, mientras los pasajeros se acercaban a la mesa ante la que estaba sentado un sargento de policía. Cuando le tocó el turno, dejó el cesto de mimbre en el suelo y mostró su documento de identidad. El sargento le echó un vistazo. Hacía calor y estaba sediento. La jornada había sido larga. Señaló con un dedo el lugar de origen del hombre al que estaba identificando.

—¿Dónde está esto?

—Es un pueblecito al norte de Baji, afamado por sus melones, *bey*.

El sargento hizo una mueca. *Bey* era una forma respetuosa de trato que se remontaba al Imperio turco y solo se oía rara vez, utilizada por personas procedentes de regiones remotas. Hizo un gesto con la mano para que se marchara. Martin recogió sus gallinas y regresó al autobús.

Poco antes de las siete el autobús llegó a la parada final y el comandante Martin bajó en la principal estación de autobuses de Kadhimiya, Bagdad.

Empezaba a oscurecer. El trayecto desde la estación de autobuses en el norte de la ciudad hasta la casa del primer secretario soviético en el distrito de Mansour era largo, pero Martin agradeció la caminata.

En primer lugar, había viajado hacinado en dos autobuses distintos durante doce horas, recorriendo 380 kilómetros desde Ar Rutba a la capital, y no habían sido precisamente vehículos de lujo. En segundo lugar, el paseo le daría la oportunidad de volver a «respirar» el ambiente de la ciudad después de veinticuatro años de ausencia, desde que regresara a Londres siendo un escolar de trece años.

Era mucho lo que había cambiado. La ciudad que recordaba era muy árabe, mucho más pequeña, agrupada alrededor de los distritos centrales de Shaikh Omar y Saadun, en la orilla noroccidental del Tigris, en Risafa, y el distrito de Aalam al otro lado del río, en Karch. La vida ciudadana transcurría sobre todo en esa zona interior de calles estrechas, callejones, mercados y mezquitas cuyos minaretes se alzaban por encima de los terrados para recordar al pueblo su sometimiento a Alá.

Veinte años de ingresos procedentes del petróleo habían proporcionado largas autopistas de dos carriles que cruzaban los espacios antes abiertos. Los automóviles habían proliferado y los rascacielos se alzaban en el cielo nocturno, como si Mammon diera codazos a su antiguo adversario.

Cuando llegó a Mansour por la larga calle Rabia, apenas pudo reconocer el barrio. Recordaba espacios muy amplios alrededor del Club Mansour, donde su padre solía llevar a la familia las tardes de los fines de semana. Era evidente que Mansour seguía siendo un distrito cotizado, pero los espacios abiertos habían sido ocupados por calles y edificios, residencias para quienes podían permitirse vivir lujosamente.

Martin pasó a pocos metros de la vieja escuela primaria del señor Hartley, donde recibiera sus lecciones y jugara en el recreo con sus amigos Hassan Rahmani y Abdelkarim Badri, pero en la oscuridad no reconoció la calle.

Sabía a qué se dedicaba ahora Hassan, pero de los dos hijos del doctor Badri no había oído una sola palabra en casi un cuarto de siglo. Se preguntó si el pequeño, Osman, tan aficionado a las matemáticas, habría llegado a ser ingeniero. Y Abdelkarim, que ganaba premios de rapsodia inglesa, ¿se habría convertido en poeta o escritor?

Si hubiera caminado a la manera del SAS, marchando con una oscilación de los hombros para ayudar al movimiento de las piernas, podría haber recorrido la distancia en la mitad del tiempo. También podrían haberle recordado, como les sucedió a aquellos dos ingenieros en Kuwait, que «puedes vestir como un árabe, pero sigues caminando como un inglés».

Sin embargo, no calzaba botas de marcha con cordones, sino sandalias de lona con suela de cáñamo, el calzado de un pobre *fellagha* iraquí, de modo que avanzaba con los hombros encorvados y la cabeza gacha.

En Riad le habían mostrado un mapa puesto al día de la ciudad de Bagdad, así como numerosas fotografías tomadas desde gran altura pero ampliadas hasta que, por medio de una lupa, se veían los jardines detrás de los muros, las piscinas e incluso los coches de los ricos y poderosos.

Había memorizado todos los detalles. Giró a la izquierda, entró en la calle de Jordania y, tras pasar por la plaza Yarmuk, volvió a girar a la derecha y tomó la avenida bordeada de árboles donde vivía el diplomático soviético.

En los años sesenta, cuando gobernaba Kassem y los generales que le siguieron, la URSS había ocupado una posición favorecida y prestigiosa en Bagdad, fingiendo abrazar la causa del nacionalismo árabe porque se le consideraba antioccidental, mientras trataba de convertir el mundo árabe al comunismo. En aquellos años la misión diplomática soviética adquirió varias residencias grandes aparte de la finca que ocupaba la embajada, la cual no podía albergar al personal cada vez más numeroso. Como concesión especial, a esas residencias se les había conferido la categoría de territorio soviético. Era un privilegio que ni siquiera Saddam Hussein había logrado rescindir, tanto más cuanto que, hasta mediados de los años ochenta, su principal suministrador de armas había sido Moscú y seis mil asesores militares soviéticos habían adiestrado y suministrado equipo a su Fuerza Aérea y a su Agrupación Acorazada.

Martin encontró la finca y la identificó por medio de la pequeña placa metálica que anunciaba que se trataba de una residencia perteneciente a la embajada de la URSS. Pulsó el timbre del portal y aguardó.

Al cabo de unos minutos se abrió el portal y apareció un ruso corpulento, con el pelo cortado al cero y vestido con la chaqueta blanca de un mayordomo.

—*Da?* —preguntó.

Martin le respondió en árabe, adoptando el tono quejumbroso de un suplicante que se dirige a un superior. El ruso frunció el entrecejo. Martin buscó en los recovecos de su túnica y extrajo su carnet de identidad, cosa que tenía sentido para el mayordomo, pues en su país utilizaban pasaportes internos. Cogió el carnet, le ordenó en árabe que esperase y cerró el portal.

Regresó al cabo de cinco minutos e indicó al iraquí de sucia túnica que pasara al antepatio. Precedió a Martin hacia los escalones que conducían a la puerta principal de la mansión. Cuando llegaron al pie de la escalera, un hombre apareció en lo alto.

—Es suficiente, yo me encargaré de este asunto —le dijo en ruso al sirviente, quien dirigió una última mirada furibunda al árabe y regresó a la casa.

Yuri Kulikov, primer secretario de la embajada soviética, era un diplomático

totalmente profesional y la orden recibida de Moscú le había parecido escandalosa pero inevitable. Debía de estar cenando, pues sostenía una servilleta con la que se limpiaba los labios mientras bajaba la escalera.

—De modo que está usted aquí —dijo en ruso—. Ahora escuche, si tenemos que llevar a cabo esta charada, así sea, pero personalmente no tengo nada que ver con ella. *Panimayesh?*

Martin, que no hablaba ruso, se encogió de hombros y, con una expresión de impotencia, replicó en árabe:

—¿Por favor, *bey?*

Kulikov tomó el cambio de idioma como una muestra de necia insolencia. Martin se dio cuenta de que la situación era deliciosamente irónica, pues el diplomático soviético había pensado realmente que su indeseado nuevo miembro del personal era un compatriota ruso que aquellos condenados espías de la Lubyanka en Moscú habían azuzado contra él.

—Ah, muy bien, pues en árabe si lo desea —dijo con irritación. También él conocía el árabe y lo hablaba con fuerte acento ruso. «Que me zurzan si dejo que este agente del KGB me avergüence», se dijo. Así pues, prosiguió en árabe—. Aquí tiene su carnet y la carta que me han ordenado prepararle. Bueno, vivirá usted en la choza que hay en el extremo del jardín, lo mantendrá ordenado y hará la compra siguiendo las instrucciones del *chef*. De las otras cosas que pueda hacer, no quiero enterarme. Si le capturan, no sabré nada, excepto que le acepté de buena fe. Ahora dedíquese a su cometido y líbrese de esas gallinas. Me sabría muy mal que destrozasen el jardín.

Mientras se volvía para reanudar su cena interrumpida, pensó amargamente en los riesgos que corría. Si aquel patán hacía alguna trastada y le detenían, la AMAM no tardaría en saber que era ruso, y la idea de que pertenecía, aunque fuese por accidente, al personal particular del primer secretario, sería tan verosímil como la posibilidad de esquiar sobre hielo en el Tigris. En su fuero interno, Yuri Kulikov estaba muy irritado con Moscú.

Mike Martin encontró su aposento junto al muro trasero del jardín; se trataba de un bungalow de una sola habitación con un camastro, una mesa, dos sillas, una hilera de ganchos en una pared y, sobre un estante en un rincón, una palangana y un jarro.

Un examen más detenido le reveló un cercano retrete de tierra y un grifo de agua fría en el muro del jardín. Estaba claro que los artículos de tocador serían elementales y, presumiblemente, le servirían la comida desde la cocina, una de cuyas puertas daba a la parte trasera de la casa. Suspiró. La casa en las afueras de Riad parecía ahora muy lejana.

A la luz mortecina de unas velas que encontró, colgó mantas ante las ventanas y se puso a trabajar con su cortaplumas en las ásperas losetas.

Tras raspar durante una hora el mohoso mortero, levantó cuatro losetas, y tras una

hora más de excavación con una llana que sacó del vecino cobertizo de macetas y utensilios de jardinería, hizo un agujero en el que ocultar el transmisor de radio, las baterías, el magnetófono y la antena de recepción por satélite. Una mezcla de barro y saliva con la que restregó las grietas entre las losetas sirvió para ocultar los últimos vestigios de la excavación.

Poco antes de medianoche utilizó la navaja para cortar el falso fondo de la cesta, echando los restos a la base verdadera, de modo que no quedara rastro de la cavidad de diez centímetros. Mientras trabajaba, las aves iban de un lado a otro, rascando el suelo, buscando esperanzadas un grano inexistente, hasta que encontraron unos insectos que llevarse al buche.

Martin terminó las aceitunas y el queso y compartió con sus compañeras de viaje las migajas de una pita y un cuenco de agua obtenida del grifo exterior.

Metió de nuevo las gallinas en la cesta y no parecieron molestarse por encontrar su hogar diez centímetros más hondo que antes. El día había sido largo, y se durmieron enseguida. Martin orinó sobre las rosas de Kulikov, al amparo de la oscuridad, luego apagó las velas, se arrebujó en su manta y se dispuso a descansar.

Su reloj corporal le hizo despertarse a las cuatro de la madrugada. Extrajo el equipo de transmisión de sus bolsas de plástico y grabó un breve mensaje para Riad, lo aceleró doscientas veces, conectó el magnetófono al transmisor y levantó la antena de recepción por satélite, la cual ocupaba gran parte del centro de la choza pero estaba orientada hacia la puerta abierta.

A las cinco menos cuarto envió una única transmisión condensada por el canal del día, desmanteló el equipo y volvió a esconderlo bajo el suelo.

Sobre Riad el cielo aún estaba negro como el carbón cuando una antena parabólica similar a la de Martin y ubicada en el terrado de la residencia del SIS captó la señal de un solo segundo y la transmitió a la sala de comunicaciones. La «ventana» temporal de transmisión era de cuatro y media a cinco de la madrugada, y el escucha de guardia estaba despierto.

Dos cintas giratorias captaron la transmisión «comprimida» procedente de Bagdad y se encendió una luz de advertencia que alertaba a los técnicos. Estos redujeron doscientas veces la velocidad del mensaje hasta que pudieron oírlo normalmente en sus audífonos. Uno de ellos lo anotó en taquigrafía, lo mecanografió y abandonó la sala.

A las cinco y cuarto despertaron a Julian Gray, el jefe de estación.

—Es Oso Negro, señor. Ha entrado.

Gray leyó la transcripción del mensaje con creciente excitación y fue a despertar a Simon Paxman. El director de la sección iraquí se hallaba ahora destinado en Riad, y su subordinado le sustituía en Londres. También él se incorporó, totalmente despierto, y leyó la hoja de papel cebolla.

—Estupendo, hasta ahora va a pedir de boca.

—El problema podría empezar cuando intente contactar con Jericó —replicó Gray.

Era una reflexión sensata. El ex espía a favor del Mossad en Bagdad llevaba tres meses fuera de contacto. Podía haberse visto comprometido, haber sido capturado o, sencillamente, cambiado de idea. También era probable que le hubiesen destinado a un lugar remoto, lo cual sería mucho más factible si se trataba de un general actualmente al mando de tropas en Kuwait. Podía haber sucedido cualquier cosa. Paxman se levantó.

—Será mejor que hablemos con Londres. ¿Hay café por casualidad?

—Le diré a Mohammed que lo prepare —dijo Gray.

A las cinco y media, cuando Mike Martin estaba regando los macizos de flores, empezó el movimiento en la casa. La cocinera, una rusa de pecho opulento, le vio a través de la ventana y, cuando el agua estuvo caliente, le llamó.

—*Kak naravitsya?* —le preguntó, y entonces pensó un momento y volvió a preguntarle cómo se llamaba, esta vez en árabe.

—Mahmoud —respondió Martin.

—Bien, toma una taza de café, Mahmoud.

Martin la aceptó encantado, inclinando la cabeza varias veces y musitando «*Shukran*» mientras cogía la taza caliente con ambas manos. No exageraba, pues el café era auténtico y delicioso, la primera bebida caliente que tomaba desde el té en el lado saudí de la frontera.

A las siete sirvieron el desayuno, que consistía en una pita y un cuenco de lentejas, que devoró. Al parecer, el portero de la noche anterior y su esposa, la cocinera, cuidaban del primer secretario Kulikov, que era soltero. Hacia las ocho Martin conoció al chófer, un iraquí que chapurreaba el ruso y era útil como intérprete de mensajes sencillos.

Martin decidió no acercarse demasiado al chófer, pues podía ser un agente de la policía secreta AMAM o incluso del contraespionaje de Rahmani. Permanecer lejos de aquel hombre no era difícil, pues, tanto si era un agente como si no, se comportaba como un perfecto esnob y trataba al nuevo jardinero con desprecio. Sin embargo, accedió a explicarle a la cocinera que Martin tenía que ausentarse brevemente porque su patrono le había ordenado que se librara de las gallinas.

Una vez en la calle, Martin se dirigió a la estación de autobuses y, de camino, liberó a sus gallinas en un terreno baldío.

Como en tantas ciudades árabes, la estación de autobuses de Bagdad no era simplemente un lugar para tomar los vehículos destinados a las provincias, sino un hirviente remolino de humanidad trabajadora donde la gente iba a vender y comprar.

A lo largo de la pared meridional se extendía un mercado de objetos usados. Fue allí donde Martin, tras el adecuado regateo, compró una desvencijada bicicleta que chirriaba penosamente al montarla pero que pronto agradeció un chorro de aceite.

No se le había ocultado que le estaría vedado circular en coche y que incluso una motocicleta sería demasiado lujosa para un humilde jardinero. Recordó al criado de su padre que pedaleaba por la ciudad de un mercado a otro para comprar las provisiones cotidianas, y por lo que podía ver la bicicleta seguía siendo un medio de desplazamiento perfectamente normal para la clase trabajadora.

Regresó pedaleando al centro de la ciudad y en una papelería de la calle Shurja frente a la iglesia católica de San José, donde se reunían los fieles cristianos caldeos, compró cuatro barras de tiza de distintos colores.

La zona le traía recuerdos de su infancia. Era la Agid al Nasara, o área de los cristianos, y las calles Shurja y de la Ribera estaban todavía llenas de coches mal aparcados y extranjeros que merodeaban entre las herboristerías y tiendas de especias.

Cuando él era niño solo había tres puentes tendidos sobre el Tigris: el puente del Ferrocarril al norte, el puente Nuevo en el centro y el puente del Rey Feisal al sur. Ahora había nueve. En el futuro próximo, cuatro días después de que empezara el ataque aéreo, no quedaría ninguno en pie, pues todos ellos habían sido fijados como blancos en el Agujero Negro de Riad y serían destruidos a su debido tiempo. Pero en aquella primera semana de noviembre la vida de la ciudad fluía a través de ellos incesantemente.

Martin reparó también en la omnipresencia de los miembros de la policía secreta AMAM, aunque en su mayoría no intentaban pasar desapercibidos. Vigilaban en las esquinas de las calles y desde coches aparcados. En dos ocasiones vio que detenían a extranjeros y les pedían que mostraran sus documentos de identidad, y en otras dos ocasiones vio que sucedía lo mismo con iraquíes. Los extranjeros reaccionaban con resignada irritación, pero la expresión de los iraquíes era de indisimulado temor.

Superficialmente, la vida urbana continuaba y los habitantes de Bagdad conservaban el buen humor que él recordaba, pero sus antenas le decían que, bajo la superficie, el río de temor impuesto por el tirano en el gran palacio río abajo, cerca del puente de Tamuz, era caudaloso y profundo.

Solo en una ocasión, aquella misma mañana, tuvo un atisbo de lo que muchos iraquíes sentían cada día de sus vidas. Estaba en el mercado de frutas y verduras de Kasra, también en la otra orilla del río con respecto a la zona donde se hallaba su nuevo hogar, regateando el precio de la fruta fresca con un anciano vendedor. Si los rusos iban a alimentarle con legumbres y pan, debería reforzar su dieta con algo de fruta. Cerca de él cuatro hombres de la AMAM registraron rudamente a un joven antes de decirle que siguiera su camino. El viejo frutero gargajeó y escupió en el

suelo, y estuvo en un tris de alcanzar con su escupitajo las mismas berenjenas que vendía.

—Un día volverán los Beni Naji y echarán a esta chusma —musitó.

—Ten cuidado, anciano, esas son palabras necias —susurró Martin mientras comprobaba la madurez de unos melocotones. El viejo le miró fijamente.

—¿De dónde eres, hermano?

—De lejos, de un pueblo del norte, más allá de Baji.

—Si quieres seguir el consejo de un viejo, vuelve allá. He visto mucho. Los Beni Naji vendrán del cielo, sí, y los Beni Kalb.

Volvió a escupir y esta vez las berenjenas no tuvieron tanta suerte. Martin compró melocotones y limones y se alejó pedaleando. A mediodía estaba de regreso en la casa del primer secretario soviético. Kulikov y su chófer hacía largo tiempo que habían partido hacia la embajada, y aunque la cocinera reprendió a Martin, lo hizo en ruso, por lo que él se encogió de hombros y se puso a trabajar en el jardín.

El incidente con el anciano vendedor de fruta le intrigaba. Al parecer, algunos preveían que su país sería invadido y no se oponían a ello. La frase «echarán a esta chusma» solo podía referirse a la policía secreta y, por inferencia, a Saddam Hussein.

En las calles de Bagdad se conoce a los británicos como los Beni Naji. Quién fue exactamente Naji es algo que sigue envuelto en las brumas del pasado, pero se cree que se trataba de un hombre prudente y santo. Los jóvenes oficiales británicos destinados en aquellos lugares del imperio solían visitarle, se sentaban a sus pies y escuchaban sus sabias palabras. Él los trataba como a sus hijos, aun cuando eran cristianos y, en consecuencia, infieles, por lo que la gente los llamaba los «hijos de Naji».

A los estadounidenses se les conoce como los Beni el Kalb. En árabe *kalb* significa «perro», y este animal, por desgracia, no está muy bien considerado en la cultura árabe.

El informe sobre el Winkler Bank proporcionado por el *sayan* dedicado a la banca que trabajaba para la embajada contenía, por lo menos, un aspecto positivo para Gideon Barzilai: le señalaba la dirección que debía seguir.

Lo primero que tenía que hacer era identificar cuál de los tres vicepresidentes, Kellner, Gumütlich o Plei, era el que controlaba la cuenta a nombre del renegado iraquí al que llamaban Jericó. La ruta más rápida sería una llamada telefónica, pero, a juzgar por el informe, Barzilai estaba seguro de que ninguno de ellos admitiría nada a través de una línea abierta.

Efectuó su petición mediante una señal codificada enviada desde el puesto subterráneo fortificado del Mossad, debajo de la embajada de Viena, y recibió la respuesta de Tel Aviv en cuanto la tuvieron preparada.

Se trataba de una carta, falsificada con auténtico papel de carta que ostentaba el membrete de uno de los bancos británicos de mayor solera, el Coutts of the Strand londinense, banqueros de Su Majestad la reina.

Incluso la firma era un facsímil perfecto de la de un verdadero directivo del Coutts que trabajaba en la sección Extranjero. El nombre del destinatario no constaba ni en el sobre ni en la carta, que comenzaba simplemente con «Muy señor mío...».

El texto de la misiva era sencillo e iba directamente al grano. Un importante cliente del Coutts no tardaría en efectuar una cuantiosa transferencia a la cuenta numerada de un cliente del Winkler Bank, es decir, la cuenta número tal. El cliente del Coutts ya les había advertido que, debido a inevitables razones técnicas, habría un retraso de varios días en la realización de la transferencia. Si el cliente del Winkler preguntaba si esta no llegaría a tiempo, el Coutts estaría eternamente agradecido si los señores Winkler le informaban de que la transferencia estaba, en efecto, siguiendo su curso y llegaría sin un momento de retraso innecesario. Finalmente, el Coutts apreciaría mucho el acuse de recibo de su misiva.

Barzilai calculaba que, como a los bancos les encanta la perspectiva de recibir dinero, y el Winkler Bank no iba a ser menos, el viejo y serio banco de la Ballgasse tendría la cortesía de responder por carta a los banqueros de la Real Casa de Windsor. No se equivocaba.

El sobre enviado desde Tel Aviv hacía juego con el papel de la carta y había sido franqueado con sellos británicos, al parecer dos días antes en la oficina de correos de Trafalgar Square. Iba dirigido, sencillamente, al «Director, Departamento de Cuentas de Clientes, Winkler Bank, etcétera», puesto que la tarea se repartía entre tres hombres.

En plena noche el sobre fue introducido en el buzón del banco. El equipo *yarid* de vigilancia llevaba una semana observando, anotando y fotografiando la rutina cotidiana del banco, sus horas de apertura y cierre, la llegada del correo, la partida del mensajero para hacer sus recados, la posición de la recepcionista detrás de su mesa en el vestíbulo y la del guardia de seguridad en una mesa más pequeña frente a ella.

El edificio del Winkler Bank no era nuevo. La Ballgasse, así como toda la zona de la Franziskanerplatz, se encuentra en el distrito antiguo, frente a la Singerstrasse. El edificio ocupado por la entidad bancaria debió de haber sido en otro tiempo la sólida morada vienesa de una rica familia de comerciantes, retirada detrás de una pesada puerta de madera que lucía una discreta placa metálica. A juzgar por la disposición de una casa similar sobre la misma plaza que el equipo *yarid* había examinado haciéndose pasar por clientes de la empresa de contabilidad allí radicada, solo contaba con seis plantas, cada una de las cuales tenía seis despachos.

El equipo también había observado que la correspondencia que el banco enviaba era llevada cada tarde, poco antes de la hora de cierre, a un buzón de la plaza. Esta

tarea era realizada por el portero y guardián, quien regresaba al edificio para mantener la puerta abierta mientras salía el personal. Finalmente, antes de marcharse a su casa, dejaba entrar al portero nocturno, que echaba a la puerta suficientes cerrojos para impedir el paso de un coche blindado.

Antes de introducir el sobre para el Coutts de Londres por la puerta del banco, el jefe del equipo técnico *neviot* había examinado el buzón de la Franziskanerplatz, soltando un bufido de disgusto. Aquello no era precisamente un desafío. Uno de los miembros de su equipo, muy hábil con la ganzúa, lo abrió y volvió a cerrarlo en tres minutos. Gracias a lo que pudo ver la primera vez que lo hizo, estuvo en condiciones de confeccionar una llave adecuada, la cual tras un par de pequeñas rectificaciones, funcionó tan bien como la llave del cartero.

La vigilancia continuada reveló que el guardián del banco se adelantaba siempre unos veinte minutos a la hora de recogida habitual del correo, las seis de la tarde, por la furgoneta del servicio postal.

El día en que llegó la carta del Coutts, el equipo *yarid* y el experto en abrir cerraduras trabajaron juntos. Mientras el guardián del banco regresaba por el callejón, el experto abrió la puerta del buzón. Encima estaban las veintidós cartas que salían del Winkler Banck. En treinta segundos extrajeron la destinada a los señores Coutts de Londres, restituyeron las restantes y volvieron a cerrar el buzón.

Los cinco miembros del equipo *yarid* habían sido apostados en la plaza por si alguien trataba de estorbar al «cartero», cuyo uniforme adquirido apresuradamente en una tienda de ropa de segunda mano, tenía un notable parecido con los verdaderos uniformes de los carteros vieneses.

Pero los buenos ciudadanos de Viena no están acostumbrados a que agentes de Oriente Medio profanen un buzón. En aquellos momentos solo había dos personas en la plaza, y ninguna de ellas reparó en el que parecía un empleado de correos cumpliendo con su cometido. Veinte minutos después los verdaderos carteros realizaron su trabajo, pero los transeúntes anteriores habían desaparecido y ya pasaban otros por la plaza.

Barzilai abrió la respuesta de Winkler a Coutts y vio que era un breve pero cortés acuse de recibo, escrito en un inglés aceptable y firmado por Wolfgang Gemütlich. Ahora el jefe del equipo del Mossad sabía exactamente cómo manejar la cuenta de Jericó. Lo único que quedaba por hacer era entrar en contacto con él. Lo que Barzilai ignoraba era que sus problemas acababan de empezar.

Había oscurecido ya cuando Mike Martin abandonó la finca del diplomático soviético en Mansour. No vio motivo alguno para molestar a los rusos cruzando la puerta principal. Había un portillo en el muro trasero, con una cerradura oxidada cuya llave le habían dado. Sacó la bicicleta al callejón, volvió a cerrar la puerta y empezó a

pedalear.

Sabía que la noche iba a ser larga. Moncada, el diplomático chileno, había descrito perfectamente a los agentes del Mossad que le interrogaron al término de su misión dónde estaban los tres buzones muertos en los que había introducido sus mensajes a Jericó, y dónde debía poner las marcas de tiza para indicar al invisible confidente que le esperaba un mensaje. Martin tenía la impresión de que no le quedaría más remedio que utilizar los tres a la vez, dejando un mensaje idéntico en cada uno de ellos.

Había escrito las misivas en árabe, en fino papel de correo aéreo, doblándolas después e introduciéndolas en bolsas cuadradas de siltano. Tenía las tres bolsas fijadas con cinta adhesiva a la cara interior del muslo, y en un bolsillo interior llevaba las barras de tiza.

Hizo el primer alto en el cementerio Alwazia, al otro lado del río, en Risafa. Ya lo conocía, tenía del lugar un recuerdo muy lejano y, en Riad, había examinado las fotos detenidamente. Encontrar un ladrillo suelto en la oscuridad sería otra cuestión.

En la penumbra del recinto, palpó las paredes con la yema de los dedos hasta que, al cabo de diez minutos, dio con el ladrillo que buscaba. Estaba exactamente donde Moncada había dicho. Retiró el ladrillo, depositó en el hueco una bolsa de siltano y volvió a colocar aquel en su lugar.

Su segundo destino era otro antiguo muro medio desmoronado, esta vez cerca de las ruinas de la ciudadela de Aadhamiya, donde un estanque de agua pútrida es todo lo que queda del viejo foso. No lejos de la ciudadela se encuentra el santuario de Aladham, y entre los restos se extiende un muro, tan antiguo y ruinoso como la misma ciudadela. Martin encontró el muro y el único árbol que crecía contra él. Extendió la mano por detrás del árbol y contó diez hileras verticales de ladrillos desde la parte superior. El décimo ladrillo se movía como un diente viejo. Martin metió en el hueco el segundo sobre y lo cubrió con el ladrillo. Echó un vistazo alrededor para ver si alguien estaba mirando y comprobó que se encontraba completamente a solas. A nadie se le ocurriría ir de noche a aquel lugar desierto.

Su tercer y último destino era otro cementerio, en Waziraya, cerca de la embajada de Turquía. Se trataba del cementerio británico, desde hacía largo tiempo en desuso. Al igual que en Kuwait, el escondrijo estaba en una tumba, pero no en un hueco detrás de la lápida de mármol, sino en el interior de un pequeño recipiente de piedra fijado en el lugar donde debía estar la lápida, en un extremo de la parcela abandonada desde mucho tiempo atrás.

—No te preocupes —murmuró Martin al fenecido guerrero del imperio que pudiera yacer allí desde épocas inmemoriales—. Tú sigue adelante, lo estás haciendo muy bien.

Como la base de Moncada había sido el edificio de las Naciones Unidas, a varios

kilómetros carretera abajo desde el aeropuerto Matar Sadam, había tenido la precaución de elegir los lugares marcados con tiza más cercanos a las anchas carreteras de Mansour, donde pudieran verse desde un coche en movimiento. La regla era que si tanto Moncada como Jericó veían una marca de tiza, debían anotar la ubicación del escondrijo y luego borrar la marca con un trapo húmedo. Al día siguiente, o poco más tarde, el que había dejado la señal vería que esta había desaparecido y sabría que su mensaje había sido recibido y, presumiblemente, retirado del lugar donde era ocultado.

De esta manera ambos agentes se habían comunicado durante dos años sin encontrarse jamás.

Al contrario de Moncada, Martin carecía de automóvil, por lo que efectuó en bicicleta todo el trayecto. Su primera señal, una cruz de San Andrés con figura de X, la trazó con tiza azul sobre el poste de piedra del portal de una mansión abandonada.

Trazó la segunda señal con tiza blanca sobre la oxidada puerta metálica de un garaje en la parte trasera de una casa, en Yarmuk. Tenía la forma de una cruz de Lorena. La tercera, con tiza roja, una media luna islámica con una raya horizontal en el medio, la hizo en la pared del edificio de la Unión de Periodistas Árabes, en el borde del distrito de Mutanabi. El régimen iraquí no estimula el espíritu investigador de sus periodistas, y una señal de tiza en la pared de su sede difícilmente merecería un titular.

Martin no podía saber si Jericó, a pesar de que Moncada le había advertido que podría regresar, seguía patrullando la ciudad, mirando desde la ventanilla de su coche para ver si había marcas de tiza en las paredes. Lo único que podía hacer era comprobar a diario si se producía alguna novedad y esperar.

El 7 de noviembre observó que la marca de tiza blanca había desaparecido. ¿Tal vez el propietario del garaje había decidido limpiar la puerta de metal oxidado?

Martin prosiguió su recorrido en bicicleta. La marca de tiza azul del poste en el portal tampoco estaba, como así tampoco la marca roja dejada en la pared del centro de periodistas.

Aquella noche acudió a los tres buzones muertos destinados a los mensajes de Jericó a su controlador.

Uno de ellos estaba detrás de un ladrillo suelto en la parte opuesta del muro que rodeaba el mercado de verduras, frente a la calle Saadun. Allí había una hoja de papel cebolla doblada. El segundo escondrijo, bajo el suelto alféizar de piedra de una casa abandonada, en aquel laberinto de humildes callejones que componía el zoco en la orilla norte del río cerca del puente de Shuhada, contenía una hoja similar. En el tercero y último, bajo la baldosa suelta de un patio abandonado frente a Abu Nawas, encontró un tercer cuadrado de papel fino.

Martin fijó los papeles con cinta adhesiva a su muslo izquierdo y regresó

pedaleando a Mansour.

Los leyó a la luz mortecina de una vela. El mensaje era el mismo. Jericó estaba vivo y bien, dispuesto a trabajar de nuevo para Occidente, y comprendía que los británicos y los estadounidenses eran ahora los receptores de su información. Pero el incremento de los riesgos era inconmensurable, por lo que también aumentarían paralelamente sus honorarios. Aguardaba la aceptación de ese particular y una indicación de lo que deseaban de él.

Martin quemó los tres mensajes y aplastó las cenizas hasta reducirlas a polvo. Conocía ya la respuesta a ambas preguntas. Si el producto era bueno, Langley estaba dispuesto a ser generoso en grado sumo. En cuanto a la información necesaria, Martin había memorizado una lista de preguntas relativas al estado de ánimo de Saddam, su concepto de la estrategia y la situación de los principales centros de mando y fábricas de armamento de destrucción masiva.

Poco antes del amanecer comunicó a Riad que Jericó volvía a estar en activo.

El 10 de noviembre el doctor Terry Martin regresó a su pequeño y desordenado despacho en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos, donde encontró, sobre el secante, un papel doblado que había dejado allí su secretaria.

El mensaje decía: «Ha llamado un tal señor Plummer. Ha dicho que usted tiene su número y que sabría de qué se trata».

La brusquedad del texto indicaba que la señorita Wordsworth se había molestado. Era una dama a quien agradaba proteger a los profesores que estaban a su cargo con la seguridad envolvente y posesiva de una gallina clueca, y sin duda eso implicaba estar siempre enterada de lo que ocurría. No daba su aprobación a quienes llamaban y no le decían por qué o cuál era el asunto del que deseaban tratar.

En pleno trimestre otoñal y teniendo que enfrentarse a una hornada de nuevos estudiantes, Terry Martin casi había olvidado su solicitud al director de los servicios árabes en el Centro Gubernamental de Comunicaciones.

Cuando le llamó, Plummer estaba ausente, almorzando. Las clases de la tarde mantuvieron a Martin ocupado hasta las cuatro. Su contacto en Gloucestershire encontró a su objetivo poco antes de que se marchara a casa, a las cinco.

—Ah, sí —dijo Plummer—. ¿Recuerda que me preguntó por algo extraño, cualquier cosa que no tuviera sentido? Ayer recogimos algo en nuestra estación de Chipre que tiene todo el aspecto de ser un problema endiablado. Puede usted escucharlo, si lo desea.

—¿Aquí en Londres? —inquirió Martin.

—Ah, no, me temo que no. Lo tenemos aquí grabado, por supuesto, pero, francamente, tiene usted que oírlo a través del gran aparato con todos los recursos que ofrece. Un magnetófono corriente no tiene suficiente calidad. El sonido está muy

amortiguado y por eso ni siquiera mi personal árabe puede descifrarlo.

Los dos tenían comprometido el resto de la semana. Martin accedió ir a verle el domingo y Plummer le dijo que le invitaría a comer en «un sitio muy decente a unos dos kilómetros de la oficina».

Los dos hombres vestidos con chaquetas de tweed no llamaron la atención al entrar en el hostel, y ambos pidieron el plato del día, consistente en carne asada y pudín de Yorkshire.

—Desconocemos la identidad de los que hablan —le dijo Plummer—, pero resulta evidente que se trata de altos cargos. Por alguna razón el que llama utiliza una línea telefónica abierta y parece haber regresado de una visita al cuartel general en Kuwait. Tal vez ha usado un teléfono móvil desde su coche. Sabemos que no hablaba a través de una red militar, por lo que probablemente la persona a la que se dirigía no perteneciese a las fuerzas armadas. Tal vez se trate de un burócrata importante.

Llegó la comida y dejaron de hablar mientras la camarera les servía la carne acompañada con patatas asadas y chirivías. Cuando la mujer se hubo alejado, Plummer siguió diciendo:

—El que ha llamado parece comentar unos informes de la Fuerza Aérea iraquí. Dice que americanos y británicos están efectuando vuelos cada vez más frecuentes, que agresivas escuadrillas de cazas llegan a la frontera iraquí y dan la vuelta en el último momento.

Martin asintió. Había oído hablar de esta táctica, cuya finalidad era la de controlar las reacciones de la defensa aérea iraquí ante la posibilidad de ataques en su espacio aéreo, obligándoles a «iluminar» sus pantallas de radar y avistadores de misiles SAM, con lo cual revelaban sus posiciones exactas a los AWACS que volaban en círculo sobre el Golfo.

—El hablante se refiere a los Beni al Kalb, los hijos de los perros, que son los americanos, y quien le escucha se ríe y sugiere que Irak se equivoca al responder a esas tácticas, cuyo propósito evidente es el de hacerles caer en una trampa para que revelen sus posiciones defensivas. Entonces el hablante dice algo que no podemos interpretar. Hay cierta confusión en ese punto, estática o algo parecido. Podemos intensificar la mayor parte del mensaje para eliminar la interferencia, pero en ese momento el hablante baja la voz. En cualquier caso, el que escucha se irrita mucho y le dice que se calle y corte la comunicación. Más aún, ese hombre, al que suponemos en Bagdad, cuelga bruscamente el aparato. Me gustaría que escuchara usted las dos últimas frases.

Después de comer Plummer condujo a Martin al centro de control, que seguía funcionando exactamente como en un día laborable. El GCHQ trabaja los siete días de la semana. En una habitación a prueba de ruidos, parecida a un estudio de grabación, Plummer pidió a uno de los técnicos que pusiera la misteriosa cinta. Los

dos hombres permanecieron sentados en silencio mientras las voces guturales iraquíes llenaban la estancia.

La conversación empezaba como Plummer había descrito. Hacia el final, el iraquí que había iniciado la conversación parecía excitarse. Su voz subía de tono: «No por mucho tiempo, *rafeek*. Pronto nosotros...». Entonces comenzó la confusión y las palabras se hicieron ininteligibles. Pero su efecto sobre el hombre de Bagdad fue eléctrico. Interrumpió al otro: «Guarda silencio, *ibn-al-gahba*», y colgó, como si hubiera sido súbita y atrozmente consciente de que la línea no era segura.

El técnico puso la cinta tres veces a velocidades ligeramente distintas.

—¿Qué opina usted? —preguntó Plummer a su invitado.

—Bueno, ambos son miembros del partido —dijo Martin—. Solo los jefes del partido se dan el tratamiento de *rafeek*, que significa «camarada».

—Muy bien, de modo que tenemos dos peces gordos hablando de los actos de provocación de la Fuerza Aérea estadounidense.

—Entonces el hablante se excita, probablemente esté enfadado, aunque con una pizca de júbilo. Dice «no por mucho tiempo».

—¿Indicará eso que van a hacer algunos cambios? —preguntó Plummer.

—Así parece —dijo Martin.

—A continuación viene la parte confusa. Pero fíjese en la reacción del oyente, Terry. No solo cuelga bruscamente el aparato, sino que llama a su colega «hijo de puta». Eso es muy fuerte, ¿no?

—Desde luego. Solo el más importante de los dos podría usar esa frase impunemente. ¿Qué diablos la ha provocado?

—Es la frase confusa. Escúchela de nuevo.

El técnico volvió a pasar aquella frase.

—¿Algo acerca de Alá? —sugirió Plummer—. ¿Pronto estaremos con Alá? ¿Estaremos en las manos de Alá?

—Parece decir «pronto nosotros tendremos... algo... algo... Alá».

—Muy bien, Terry. Guiémonos por eso. ¿Quizá «tendremos la ayuda de Alá...»?

—Entonces ¿por qué se encolerizaría tanto el otro? —replicó Martin—. Atribuir la buena voluntad del Todopoderoso a la propia causa no es nada nuevo ni especialmente ofensivo. No sé. ¿Puede darme una copia de la cinta para escucharla en casa?

—Desde luego.

—¿Ha preguntado al respecto a nuestros primos americanos?

A pesar de las pocas semanas que llevaba relacionado con aquel curioso mundo, Terry Martin ya había captado la jerga. Para la comunidad de los servicios secretos británicos, sus propios colegas son los «amigos», mientras que a sus colegas estadounidenses les llaman los «primos».

—Por supuesto. En Fort Meade captaron la misma conversación por medio de un satélite. Tampoco ellos pueden descifrarlo. De hecho, no le dan demasiada importancia; lo consideran secundario.

Terry Martin regresó a su casa con la pequeña cinta en el bolsillo. Hilary se irritó cuando él insistió en poner la cinta una y otra vez en su pequeño magnetófono, sobre la mesilla de noche. Ante sus protestas, Terry le dijo que ella a veces se preocupaba mucho cuando le faltaba una sola respuesta para resolver el crucigrama del *Times*. A Hilary le enfureció la comparación.

—Por lo menos yo tengo la respuesta a la mañana siguiente —respondió irritada, antes de darle la espalda para dormir.

Terry Martin no obtuvo la respuesta a la mañana siguiente ni a la otra. Ponía la cinta durante las pausas entre lecciones y cada vez que tenía un momento libre, anotando posibles alternativas de las palabras confusas. Pero el significado de estas siempre le eludía. ¿Por qué el interlocutor de aquel hombre se había enfadado tanto por una inofensiva referencia a Alá?

Cinco días después, los dos sonidos guturales y el sibilante que contenía la frase confusa aparecieron claros ante él.

Entonces intentó ponerse en contacto con Simon Paxman en Century House, pero le dijeron que su contacto estaba ausente y no sabían cuándo regresaría. Pidió que le pusieran con Steve Laing, pero el jefe de Operaciones para Oriente Medio tampoco estaba disponible.

Terry Martin no podía saberlo, pero Paxman se encontraba en el cuartel general del SIS en Riad, con la condición de residencia extendida, y Laing estaba de visita en la misma ciudad, participando en una importante conferencia con Chip Barber, de la CIA.

El hombre al que llamaban el «observador» voló a Viena desde Tel Aviv, vía Londres y Frankfurt. Nadie había acudido a recibirle al aeropuerto de Schwechat, donde tomó un taxi que le llevó al hotel Sheraton, en el que tenía habitación reservada.

El observador era un abogado neoyorquino rubicundo y jovial, ciento por ciento americano, con documentos que lo demostraban. Su inglés con acento estadounidense era impecable, lo cual no resultaba sorprendente, pues había pasado años en Estados Unidos. También hablaba un alemán aceptable.

Apenas llevaba unas horas en Viena y ya había empleado los servicios de secretaría del Sheraton para redactar una carta cortés en el papel con membrete de su bufete de abogados dirigida a cierto señor Gemütlich, vicepresidente del Winkler Bank.

El papel de cartas era auténtico y, si alguien efectuaba una llamada telefónica, comprobaría que el firmante era, en efecto, un socio de aquel prestigioso bufete

neoyorkino, aunque se hallaba de vacaciones, cosa que el Mossad había confirmado en Nueva York y, desde luego, no se trataba del mismo hombre que ahora estaba en Viena.

La carta, llena de excusas, era intrigante. El firmante representaba a un cliente de gran riqueza y alta posición que ahora deseaba colocar cuantiosas sumas en Europa. Era este quien había insistido personalmente, al parecer informado por un amigo, en que consultara al Winkler Bank y concretamente al buen herr Gemütlich.

El firmante habría pedido previamente una cita, pero tanto su cliente como el bufete al que representaba daban una enorme importancia a que se guardase la reserva más absoluta, evitando líneas telefónicas abiertas y faxes para tratar de los negocios de sus clientes, por lo que el firmante había aprovechado la circunstancia de una visita a Europa para personarse en Viena. Por desgracia, su apretada agenda solo le permitía pasar tres días en la ciudad, pero si herr Gemütlich era tan amable de concederle una entrevista al abogado estadounidense acudiría encantado al banco.

Aquella noche el americano echó personalmente la carta en el buzón del banco y al mediodía siguiente el mensajero de este dejó la respuesta en el Sheraton. Herr Gemütlich estaría encantado de ver al abogado americano a las diez de la mañana del día siguiente.

En cuanto hicieron pasar al observador, su mirada no perdió detalle de todo cuanto veía. No tomó notas, pero todo quedó perfectamente grabado en su mente. La recepcionista comprobó sus credenciales, telefoneó para confirmar que le esperaban e hizo que el conserje le acompañase arriba, hasta la austera puerta de madera que golpeó con los nudillos. En ningún momento perdió de vista al observador.

Al oír la orden «*Herein*», el conserje abrió la puerta e hizo pasar al visitante americano. Entonces se retiró y cerró la puerta tras él antes de regresar a su mesa, en el vestíbulo.

La palabra *gemütlich* significa en alemán «cómodo», con un atisbo de afabilidad. Jamás un hombre había tenido un apellido menos apropiado. Aquel Gemütlich era delgado hasta el extremo de parecer un cadáver, contaría poco más de sesenta años, vestía de gris, con corbata del mismo color, tenía el cabello escaso y el rostro enjuto. Exudaba grisura por todos sus poros. No había una pizca de humor en los ojos claros y la sonrisa con que recibió a su visitante era menos una sonrisa que una mueca de sus finos labios.

El despacho daba la misma sensación de austeridad que su ocupante: paredes forradas de madera oscura, diplomas enmarcados de estudios bancarios y una gran mesa sobre la que todo parecía escrupulosamente en orden.

Wolfgang Gemütlich no era banquero por diversión. Más aún parecía evidente que desaprobaba cualquier forma posible de diversión. La banca era algo muy serio; tan serio como la vida misma. Si había una sola cosa que deploraba de veras herr

Gemütlich, era gastar dinero. El dinero era para ahorrarlo, preferiblemente bajo la égida del Winkler Bank. Un reintegro podía ocasionarle trastornos gástricos, y una importante transferencia de una cuenta del Winkler a otra entidad bastaba para arruinarle la semana.

El observador sabía que estaba allí para fijarse en todo y luego hacer un informe. Su tarea principal, ya realizada, consistía en identificar personalmente a Gemütlich para informar al equipo *yarid* que estaba en la calle. Buscaba también la ubicación de una caja fuerte que pudiera contener los detalles operativos de la cuenta de Jericó, así como cerraduras y cerrojos de seguridad, sistemas de alarma... en una palabra, estaba allí para hacerse una composición de lugar por si era necesario recurrir a un robo con allanamiento.

El observador no dijo en concreto qué cantidades de dinero deseaba transferir su cliente a Europa, pero dio a entender que eran enormes, y se interesó por el nivel de seguridad y discreción que mantenía el Winkler Bank. Herr Gemütlich le explicó encantado que las cuentas numeradas de la institución eran inexpugnables y la discreción obsesiva.

Durante la conversación que mantuvieron solo fueron interrumpidos una vez. Se abrió una puerta lateral y entró una mujer de aspecto tímido que traía el correo para la firma. Gemütlich recibió la interrupción con expresión ceñuda.

—Dijo usted que eran importantes, herr Gemütlich —adujo la mujer—. De lo contrario...

Una mirada más detenida reveló que la secretaria no era tan mayor como aparentaba, y que debía de tener unos cuarenta años. El cabello recogido en un moño, el traje de tweed, las medias de hilo de Escocia y los zapatos de tacón bajo hacían que pareciese de más de edad.

—*Ja, ja, ja* —dijo Gemütlich, y tendió la mano para recoger las cartas—. *Entschuldigung...* —dijo dirigiéndose a su visitante.

El banquero y el observador hablaban en alemán, ya que había quedado claro que el inglés de Gemütlich era vacilante. El observador se puso de pie y saludó a la recién llegada con una ligera inclinación de cabeza.

—*Grüss Gott, Fräulein* —le dijo. La mujer pareció azorada, pues los visitantes de Gemütlich no solían levantarse cuando entraba una secretaria.

El gesto del americano obligó a Gemütlich a aclararse la garganta y murmurar:

—Ah, sí, es... mi secretaria particular, la señorita Hardenberg.

El observador memorizó el nombre mientras se sentaba.

Cuando terminó la entrevista, tras asegurar a su interlocutor que daría a su cliente de Nueva York el informe más favorable sobre el Winkler Bank, le acompañaron al exterior de la misma manera que antes. El directivo llamó al conserje que estaba en el vestíbulo y este se presentó en la puerta. El observador se despidió y siguió al

hombre.

Subieron al pequeño y ruidoso ascensor con puerta enrejada, y el observador preguntó al conserje si podía ir al servicio antes de salir. El conserje frunció el entrecejo, como si tales funciones corporales estuvieran fuera de lugar en el Winkler Bank, pero detuvo el ascensor en el entresuelo. Le indicó una puerta de madera sin ninguna señal, cerca del ascensor, y el observador entró allí.

Era sin duda un lavabo para los empleados masculinos del banco: un solo urinario, un solo inodoro, la pila, un rollo de toalla y un armario en la pared. El observador abrió los grifos para hacer ruido y examinó rápidamente la estancia. Tenía una ventana con barrotes y herméticamente cerrada, sobre la cual pasaban los cables de un sistema de alarma... Sería posible, pero no fácil. La aireación dependía de un ventilador automático. El armario contenía escobas, recogedores, líquidos de limpieza y una aspiradora. Así pues, tenían personal de limpieza. Pero ¿cuándo trabajaban? ¿Por las noches o los fines de semana? Si su propia experiencia servía de algo, incluso el encargado de la limpieza trabajaría dentro de los despachos solo bajo supervisión. Era evidente que podrían «encargarse» del conserje o el portero nocturno, pero esa no era la cuestión. Las órdenes de Kobi Dror eran concretas: no podían dejar detrás ninguna pista.

Cuando salió del lavabo, el conserje seguía allí. Al ver que los anchos escalones de mármol que conducían al vestíbulo estaban al final del corredor, el visitante sonrió, los señaló con un gesto y echó a andar por el pasillo en vez de tomar el ascensor para recorrer tan corta distancia.

El conserje corrió tras él, le escoltó hasta el vestíbulo y le acompañó a la puerta. El observador oyó el ruido del mecanismo de cierre automático. Entonces se preguntó cómo haría la recepcionista para hacer pasar a un cliente o a un mensajero si el conserje estaba arriba.

Pasó dos horas informando a Gidi Barzilai sobre el funcionamiento interno del banco, tal como había podido observarlo. El jefe del equipo *neviot* permaneció sentado, sacudiendo la cabeza; el informe era preocupante.

El observador dijo que no habría problema para entrar, pues todo dependía de encontrar el sistema de alarma y neutralizarlo. Pero lo más problemático sería no dejar rastro alguno. Había un portero nocturno que probablemente haría una ronda de vigilancia a intervalos. Y luego, ¿qué buscarían? ¿Una caja fuerte? ¿Dónde? ¿De qué tipo? ¿Con llave, combinación o ambas cosas? El trabajo llevaría horas, y tendrían que silenciar al portero nocturno, lo cual dejaría huellas, y eso era algo que Dror había prohibido terminantemente.

Al día siguiente, el observador regresó a Tel Aviv en avión. Aquella tarde le presentaron una serie de fotografías entre las que identificó a Wolfgang Gemütlich y, por si acaso, a *fräulein Hardenberg*. Cuando se marchó, Barzilai y el equipo *neviot*

conferenciaron de nuevo.

—Francamente, necesito más información interior, Gidi. Todavía es mucho lo que desconozco. Debe de guardar los documentos que necesitas en una caja fuerte. ¿Dónde? ¿Detrás del artonado de las paredes? ¿En el suelo? ¿En el despacho de la secretaria? ¿En una cámara acorazada en el sótano? Necesitamos información interior.

Barzilai soltó un gruñido. Mucho tiempo atrás, durante su adiestramiento, uno de los instructores le había dicho que todo hombre tiene un punto débil: «Encuentra ese punto, presiona el nervio y verás cómo coopera». A la mañana siguiente, el conjunto de los equipos *yarid* y *neviot* emprendieron una vigilancia intensiva de Wolfgang Gemütlich.

Pero el avinagrado vienés demostraría que el instructor estaba equivocado.

Steve Laing y Chip Barber tenían un problema considerable. Hacia mediados de diciembre Jericó había dado su primera respuesta a las preguntas que le habían hecho llegar a través de un buzón muerto en Bagdad. Su precio había sido alto, pero el gobierno estadounidense efectuó la transferencia a la cuenta vienesa sin rechistar.

Si la información de Jericó era exacta, y no había motivo para sospechar que no lo fuese, resultaba útil en extremo. No había respondido a todas las preguntas, pero sí que lo había hecho a algunas, confirmando otras ya respondidas a medias.

El problema consistía en decírselo a los militares sin revelar el hecho de que Langley y Century House tenían un agente de alto rango que estaba traicionando a Bagdad desde dentro.

No era que los profesionales del espionaje desconfiaran del estamento militar, ni mucho menos, pues por alguna razón eran oficiales de alta graduación. Pero en el mundo de los servicios secretos existe una vieja y bien probada regla: la «necesidad de conocer». Un hombre que no sabe nada no puede cometer un desliz, ni siquiera por inadvertencia. Si los hombres vestidos de paisano se limitaban a presentar una lista de nuevos objetivos salidos de la nada, ¿cuántos generales, brigadieres y coroneles imaginarían de dónde debía proceder?

En la tercera semana del mes Barber y Laing tuvieron una reunión privada en el sótano del Ministerio de Defensa saudí, con el general Buster Glosson, lugarteniente del general Chuck Horner, quien mandaba las acciones bélicas aéreas en el teatro de operaciones del Golfo.

Aunque debía de ser su nombre de pila, nadie se refería jamás al general de brigada Glosson por otro nombre que no fuese Buster, y era él quien había planeado y seguía planeando el eventual ataque aéreo masivo contra Irak que, como todo el mundo sabía, habría de preceder a la invasión por tierra.

Desde hacía largo tiempo, tanto Londres como Washington habían llegado a la

conclusión de que, al margen de Kuwait, era preciso destruir la maquinaria bélica de Saddam Hussein, gran parte de la cual consistía en su capacidad de fabricar gas, gérmenes y bombas atómicas.

Antes de que la operación Escudo del Desierto hubiera destruido finalmente cualquier posibilidad de un exitoso ataque iraquí contra Arabia Saudí, los planes para la eventual batalla aérea, bajo el nombre en código secreto de Trueno Instantáneo, estaban muy adelantados. El verdadero arquitecto de esa batalla aérea era Buster Glosson.

El 16 de noviembre las Naciones Unidas y diversas cancillerías de todo el mundo seguían buscando afanosamente un plan de paz que pusiera fin a la crisis sin disparar un solo tiro, arrojar una bomba o lanzar un cohete. Aquel día los tres hombres reunidos en la sala subterránea sabían que semejante plan para impedir las hostilidades no sería viable.

Barber fue conciso y al grano.

—Como usted sabe, Buster, nosotros y los británicos estamos haciendo grandes esfuerzos desde hace meses a fin de identificar las instalaciones de Saddam para la fabricación de armamento de destrucción masiva.

El general de la Fuerza Aérea estadounidense asintió con cautela. Tenía un mapa a lo largo del corredor con más alfileres que las púas de un puerco espín, y cada una de ellas era un objetivo independiente a bombardear. ¿Qué pretendían ahora?

—Así pues, comenzamos con las licencias de exportación y localizamos los países exportadores y luego las empresas radicadas en esos países que habían extendido los contratos. A continuación nos pusimos en contacto con los científicos que habían equipado esos centros, pero muchos de ellos fueron llevados a los emplazamientos en autobuses con las ventanas pintadas de negro, vivían en una base y nunca se enteraron de dónde habían estado en realidad.

»Finalmente, Buster, consultamos a las empresas de construcción, las que habían edificado la mayor parte de las Instalaciones dedicadas a fabricar el gas venenoso de Saddam. Y algunas de ellas nos han proporcionado una información valiosísima.

Barber extendió la nueva lista de blancos por encima de la mesa en dirección al general, y Glosson la examinó con interés. No estaban identificados con coordenadas geográficas, como las que serían necesarias para planear un bombardeo, pero las descripciones bastaban para reconocerlos a partir de las fotografías aéreas ya disponibles.

Glosson soltó un gruñido. Sabía que algunos de los lugares indicados ya eran objetivos; otros, hasta entonces señalados con interrogantes, se confirmaban, y finalmente había algunos nuevos. Alzó la vista.

—¿Es esto cierto?

—Totalmente —respondió el inglés—. Estamos convencidos de que la

información de las empresas constructoras es fidedigna, tal vez la mejor de todas, porque son técnicos que sabían lo que estaban haciendo cuando construyeron esos lugares y hablan sin tapujos, mucho más que los burócratas.

Glosson se levantó.

—Muy bien. ¿Tendrán algo más para mí?

—Seguiremos investigando en Europa, Buster —respondió Barber—. Si obtenemos algunos blancos fidedignos más, se lo comunicaremos. Han enterrado una inmensa cantidad de material, ¿sabe? A mucha profundidad bajo el desierto. Se trata de grandes proyectos de construcción.

—Ustedes díganme dónde los tienen y nosotros nos encargaremos de hundirles el tejado —dijo el general.

Más tarde, Glosson llevó la lista a Chuch Horner. El jefe de la Fuerza Aérea estadounidense era un hombre de aspecto sombrío, más bajo que Glosson, con cara de sabueso y la sutileza diplomática de un rinoceronte con hemorroides, pero adoraba a sus pilotos y personal de tierra, y ellos le respondían con la misma moneda.

Se sabía que les defendería contra los contratistas, los burócratas y los políticos, y para ello iría a la misma Casa Blanca si fuera preciso. Ni una sola vez moderaba su lenguaje; no tenía pelos en la lengua ni ocultaba sus pensamientos.

Cuando visitaba los estados del Golfo —Bahrein, Abu Dhabi y Dubai— donde estaban apostados algunos de sus equipos, evitaba la vida lujosa, rehuía los Sheraton y Hilton, donde la buena vida fluía literalmente, y prefería compartir el rancho con sus equipos de vuelo en la base y pernoctar en un camastro en el dormitorio común.

Los miembros de las fuerzas armadas no son proclives a la hipocresía, y saben rápidamente lo que les gusta y lo que detestan. Los pilotos de la Fuerza Aérea estadounidense habrían atacado Irak en biplanos de cuerdas y cables si Chuck Horner lo hubiese ordenado. Este examinó la lista del servicio secreto y refunfuñó. Al situarlos en los mapas, dos de los emplazamientos aparecían en medio del desierto.

—¿De dónde han sacado esto? —preguntó Glosson.

—Entrevistando a los equipos de construcción que los levantaron, o eso es lo que dicen.

—Chorradas —replicó el general—. Esos soplapollas tienen a alguien en Bagdad. No vamos a decir nada de esto, Buster, a nadie. Límitate a incluir estos objetivos en la lista de blancos. —Hizo una pausa, se quedó un rato pensativo y entonces añadió—: Me pregunto quién será el cabrón.

El día 18 Steve Laing regresó a Londres para encontrar la capital del Reino Unido envuelta en el frenesí y la confusión de la crisis que atenazaba al gobierno conservador, pues un diputado del Parlamento intentaba utilizar las reglas del partido para despojar a la señora Margaret Thatcher del cargo de primera ministra.

A pesar de su fatiga, Laing leyó el mensaje de Terry Martin que había sobre su mesa y le telefoneó a la escuela. Dada la excitación del académico, Laing accedió a verle para tomar una copa después del trabajo. Sería un encuentro breve, estaría con el profesor el menor tiempo posible antes de regresar a su casa en las afueras.

Cuando se sentaron a la mesa de un discreto bar del West End, Martin extrajo de su maletín un magnetófono y un casete. Se los mostró a Laing y le explicó la solicitud que hiciera unas semanas antes a Sean Plummer, y su encuentro la semana anterior.

—¿Quiere escucharlo? —le preguntó.

—Bueno, si los tipos del GCHQ no pueden entenderlo, es evidente que yo tampoco —replicó Laing—. Oiga, Sean Plummer tiene árabes en su personal, como Al Khouri. Si ellos no son capaces de descifrarlo...

No obstante, escuchó cortésmente.

—¿Lo oye? —le preguntó Martin, excitado—. ¿Percibe el sonido de la «k» después de la última palabra inteligible? Ese hombre no está invocando la ayuda de Alá en la causa iraquí, sino que está usando un título. Eso es lo que irritó tanto al otro. Está claro que nadie tiene derecho a usar ese título abiertamente. Debe de estar restringido a un círculo de personas muy reducido.

—Pero ¿qué dice realmente? —quiso saber Laing, perplejo. Martin le miró desconcertado. ¿Es que Laing no entendía nada?

—Dice que la gran acumulación progresiva de fuerzas norteamericanas no importa, porque «pronto tendremos el *Qubth ut Allah*». —Como Laing seguía sin entender, Martin dijo con vehemencia—: Un arma. Tiene que ser eso. Algo que estará pronto disponible y detendrá a los americanos.

—Perdóneme por mis escasos conocimientos de árabe —le dijo Laing—, pero ¿qué es ese *Qubth ut Allab*?

—Ah —replicó Martin—, significa «el puño de Dios».

Al cabo de once años en el poder, y tras haber ganado tres elecciones generales consecutivas, la primera ministra británica cayó finalmente el 20 de noviembre, aunque no anunció su decisión de dimitir hasta dos días después.

Su pérdida del poder se debió a una complicada regla de la constitución del Partido Conservador según la cual era necesaria la reelección nominal de la señora Thatcher como dirigente del partido a intervalos regulares. Tal intervalo se cumplía aquel mes de noviembre. Su reelección debería haber sido una mera formalidad, pero su ex ministro decidió oponerse a ella. Inconsciente del peligro, la señora Thatcher no se tomó el desafío en serio y encabezó una campaña sin brillo e incluso asistió a una conferencia en París el día de la votación.

A sus espaldas, toda una gama de antiguos resentimientos, egos ultrajados y temores nerviosos ante la posibilidad de que perdiera las próximas elecciones generales, se aglutinaron en una alianza contra ella, impidiéndole volver a la dirección del partido en la primera vuelta de la votación.

Si hubiera podido acceder a la primera vuelta, no habría habido una segunda y el político que la desafiaba se habría sumido en la oscuridad. En la vuelta del 20 de noviembre necesitaba una mayoría de dos tercios: solo le faltaron cuatro votos, lo cual obligó a una segunda y definitiva vuelta.

Al cabo de unas horas, lo que había comenzado como unos pocos guijarros que caían por una pendiente se había convertido en un corrimiento de tierras. Tras consultar a su gabinete, y ante la evidencia de que ahora podía perder, la primera ministra presentó su dimisión.

Para atajar al político que había presentado el reto, el ministro de Hacienda, John Major, se mocionó para ocupar el cargo supremo y ganó.

La noticia fue un duro golpe para los soldados que estaban en el Golfo, tanto británicos como estadounidenses. Al sur, en Omán, los pilotos de caza americanos que ahora coincidían a diario con los hombres del SAS destinados en la base cercana, preguntaron a los británicos qué ocurría, sin que estos pudieran responderles con algo más que impotentes encogimientos de hombros.

Extendidos a lo largo de la frontera entre Arabia Saudí e Irak, durmiendo bajo sus tanques Challenger en un desierto cada vez más frío a medida que se aproximaba el invierno, los hombres de la 7.^a Brigada de Blindados, las Ratas del Desierto, escuchaban sus transistores y lanzaban juramentos.

Mike Martin se enteró de la noticia cuando el chófer iraquí se le acercó contoneándose y se lo dijo. Martin permaneció unos instantes pensativo, se encogió de hombros y preguntó:

—¿Quién es esa?

—Idiota —le espetó el chófer—. Era la jefa de los Beni Naji. Ahora ganaremos. —Regresó a su coche para seguir escuchando la radio de Bagdad. Al cabo de unos instantes el primer secretario Kulikov salió a toda prisa de la casa y pidió al chófer que le llevara a la embajada.

Aquella noche Martin envió una larga transmisión condensada a Riad, que contenía la última hornada de respuestas de Jericó así como una solicitud de más instrucciones. De cuclillas delante de la entrada del cobertizo para impedir el paso de cualquier intruso, pues la antena de recepción por satélite estaba situada en el umbral, dirigida hacia él, aguardó una contestación. A la una y media de la madrugada, una luz tenue y pulsátil de la consola del pequeño transmisor-receptor le indicó que había llegado la respuesta.

Martin desmanteló la antena, la guardó bajo el suelo con las baterías y la radio, redujo la velocidad del mensaje y lo escuchó.

Había una nueva lista de solicitudes de información a Jericó y el visto bueno a su última petición de dinero, que ya había sido transferido a su cuenta. En menos de un mes, el renegado del Consejo del Mando Revolucionario había ganado más de un millón de dólares.

La transmisión contenía también otras dos instrucciones para Martin. La primera era que enviase a Jericó un mensaje que no era ninguna pregunta; se trataba de que las autoridades del régimen iraquí creyesen que las noticias procedentes de Londres probablemente significaban que el intento por parte de la Coalición de recuperar Kuwait sería cancelado si el rais se mantenía firme.

Nunca se sabrá si esta desinformación llegó a las esferas superiores de Bagdad, pero apenas había transcurrido una semana cuando Saddam Hussein afirmaba que la caída de la señora Thatcher se había debido a que el pueblo británico repudiaba que se hubiese puesto contra él.

La última instrucción en la cinta de Mike Martin era que aquella noche preguntara a Jericó si había oído hablar de un arma o un sistema defensivo al que se referían como El Puño de Dios.

A la luz de una vela, Martin se pasó la mayor parte del resto de la noche escribiendo las preguntas en árabe sobre fino papel de correo aéreo. Al cabo de veinte horas los papeles habían sido ocultados detrás del ladrillo suelto en el muro cercano al santuario del imán Aladham, en Aadhamiya.

Las respuestas tardaron una semana en llegar. Martin leyó la caligrafía de Jericó, semejante a patas de araña, y tradujo el texto al inglés. Desde el punto de vista militar, era interesante.

Las tres divisiones de la Guardia Republicana que se enfrentaban a británicos y estadounidenses a lo largo de la frontera, la Tawakkulna y la Medina, a las que ahora

se había unido la Hammurabi, estaban equipadas con una mezcla de carros de combate T54/55, T62 y T72, todos ellos de fabricación soviética.

Pero durante una gira reciente, el general Abdullah Kadiri, del Cuerpo de Blindados, había descubierto horrorizado que la mayor parte de las dotaciones habían extraído sus baterías y las utilizaban para accionar ventiladores, cocinas, radios y radiocasetes. Era dudoso que, en condiciones de combate, alguno de ellos pudiera ponerse en marcha. Hubo varias ejecuciones y dos jefes de alta graduación fueron destituidos y enviados a casa.

El medio hermano de Saddam, Ali Hassan Majid, ahora gobernador de Kuwait, había informado de que la ocupación se estaba convirtiendo en una pesadilla; aún no habían podido atajarse los ataques contra soldados iraquíes y el número de desertiones iba en aumento. El movimiento de resistencia no mostraba señales de remitir, a pesar de los vigorosos interrogatorios y las numerosas ejecuciones llevadas a cabo por el coronel Sabaawi de la AMAM y de dos visitas personales de su jefe, Omar Khatib.

Peor todavía era que la resistencia había adquirido de alguna manera un explosivo plástico llamado Semtex, que era mucho más poderoso que la dinamita industrial.

Jericó había identificado otros dos puestos de mando militar importantes, ambos contruidos en cavernas subterráneas e invisibles desde el aire.

En el círculo más próximo a Saddam Hussein se creía ahora, sin ninguna duda, que la propia influencia del rais había tenido una importancia primordial en la caída de Margaret Thatcher. Él había reiterado en dos ocasiones su negativa absoluta a considerar siquiera la posibilidad de retirarse de Kuwait.

Finalmente, Jericó nunca había oído hablar de algo llamado en clave El Puño de Dios, pero estaría atento por si lo mencionaban. Personalmente, dudaba de que existiese algún arma o sistema de armas que los aliados desconocieran.

Martin grabó el mensaje, lo aceleró y transmitió. En Riad fue recibido ávidamente, y los técnicos de radio anotaron su hora de llegada: las doce menos cinco de la noche del 30 de noviembre de 1990.

Leila al Hilla salió lentamente del cuarto de baño, se detuvo en el umbral y alzó los brazos, apoyándolos a los lados de la puerta.

La luz del baño brillaba a través del salto de cama revelando su silueta madura y voluptuosa. Debería surtir efecto: era negro, de finísimo encaje, y había costado una pequeña fortuna, pues era importado de París y lo había adquirido en una boutique de Beirut.

El hombre corpulento tendido en la cama la contempló con avidez, se pasó la lengua saburrosa por el grueso labio inferior y sonrió.

A Leila le gustaba demorarse en el baño antes de una sesión de sexo. Tenía que

lavarse y aplicarse unguento en determinados lugares, aplicarse rímel en los ojos, pintarse los labios y perfumarse con un aroma diferente para cada parte del cuerpo.

Era un buen cuerpo de treinta veranos, la clase de cuerpo que prefieren los clientes, sin obesidad pero bien curvado donde debía estarlo, de caderas y senos llenos, con músculo bajo las curvas.

Bajó los brazos y avanzó hacia la cama tenuemente iluminada, contoneándose. Los zapatos de tacón alto añadían diez centímetros a su estatura y exageraban el balanceo de las caderas.

Pero el hombre tendido boca arriba y desnudo en la cama, cubierto de vello como un oso desde el mentón a los tobillos, había cerrado los ojos.

«No te duermas ahora, zoquete —pensó ella—, no esta noche, cuando te necesito.» Leila se sentó en el borde de la cama y deslizó los dedos de uñas largas y rojas por el vello del vientre masculino hasta el pecho, pellizcó fuertemente cada pezón y deslizó de nuevo la mano más allá del estómago hasta la ingle.

Se inclinó y le besó en los labios, tratando de abrírselos con la lengua, pero los labios del hombre respondieron con indiferencia y ella notó el fuerte olor del *arak*.

Otra vez se había emborrachado. ¿Por qué no podía aquel necio prescindir del licor? De todos modos, una botella de *arak* cada noche tenía sus ventajas. A trabajar, se dijo la mujer.

Leila al Hilla era una buena cortesana y lo sabía. Algunos decían que era la mejor de Oriente Medio y, desde luego, figuraba entre las más caras.

Se había adiestrado años atrás, de niña, en una academia muy particular del Líbano, donde las astucias y mañas sexuales de las *ouled-nails* marroquíes, las muchachas *nautsh* de la India y las sutiles tecnócratas japonesas de Fukutomi-cho eran practicadas por las muchachas mayores mientras las niñas miraban y aprendían.

Tras quince años como profesional, sabía que el noventa por ciento de la habilidad de una buena puta no tenía nada que ver con el problema de enfrentarse a una virilidad insaciable. Eso era para las películas y revistas pornográficas.

Su talento consistía en halagar, acceder, alabar y mimar, pero sobre todo conseguir una auténtica erección masculina a partir de una interminable sucesión de apetitos agotados y potencia desvanecida.

Deslizó la mano por la ingle y palpó el pene del hombre. Suspiró internamente. Estaba blando como una esponja. Aquella noche, el general Abdullah Kadiri, jefe del Cuerpo de Blindados del Ejército de la República de Irak, necesitaría un poco de estímulo.

Anteriormente había escondido debajo de la cama una bolsa de paño, que ahora sacó para verter su contenido sobre la sábana, a su lado.

Embadurnándose los dedos con una jalea espesa y cremosa, lubricó un consolador vibratorio de tamaño mediano, alzó uno de los muslos del general y se lo deslizó

expertamente en el ano. El general Kadiri soltó un gruñido, abrió los ojos, miró a la mujer desnuda agachada al lado de sus genitales y sonrió de nuevo, los dientes relucientes bajo el espeso bigote negro.

Leila apretó el disco en la base del vibrador y la insistente pulsación empezó a expandirse por las entrañas del general. La mujer notó que el flácido órgano empezaba a crecer bajo su mano.

Se llevó a la boca un poco de vaselina inodora e insípida que extrajo de un frasco de cuyo cierre hermético sobresalía un tubo, se inclinó sobre el pene del hombre y comenzó a succionárselo. La combinación de la oleosa suavidad de la vaselina y la hábil exploración con la punta de la lengua empezaron a surtir efecto. Durante diez minutos, hasta que la mandíbula comenzó a dolerle, Leila acarició y succionó, y por fin la erección del general llegó a ser todo lo buena que era posible en su estado.

Antes de que el miembro pudiera perder su rigidez, la cortesana alzó la cabeza, se puso a horcajadas sobre el general y se introdujo el pene en la vagina. Había tenido dentro miembros más gruesos y mejores, pero aquel por lo menos funcionaba, aunque fuese precariamente.

Leila se inclinó hacia delante y balanceó los pechos sobre el rostro del general.

—Ah, mi grande y fuerte oso negro —le arrulló—. Estás soberbio, como siempre.

Él sonrió. La mujer empezó a moverse arriba y abajo, no demasiado deprisa, alzándose hasta que el glande estaba justo entre los labios y bajando poco a poco hasta engullir toda la verga. Al moverse, utilizaba los desarrollados y bien adiestrados músculos vaginales para aferrar y apretar, soltar y, de nuevo, aferrar y apretar.

Conocía el efecto de la doble incitación. El general Kadiri empezó a gruñir y luego a gritar, con breves y ásperos gritos arrancados por las sensaciones de la intensa vibración en la zona del esfínter y el deslizamiento de la mujer arriba y abajo de su verga con un ritmo cada vez más rápido.

—Sí, sí, oh sí, qué bueno, sigue, sigue, cariño —le decía ella, jadeando en su cara, hasta que él por fin experimentó el orgasmo.

Mientras él se corría dentro de la mujer, esta enderezó el torso, se irguió moviéndose espasmódicamente y dejó escapar un grito de placer fingiendo un orgasmo espléndido.

En cuanto hubo eyaculado, el pene del general se redujo nuevamente a su mínima expresión, y al cabo de unos segundos ella le extrajo el consolador y lo arrojó a un lado, a fin de que el hombre no se durmiera demasiado pronto. Eso era lo último que Leila deseaba después de tantos esfuerzos. Aún le quedaba trabajo por hacer.

Se tendió a su lado, cubrió a ambos con la sábana y se apoyó sobre un codo, dejando que un seno presionara la mejilla del hombre, al tiempo que le alisaba el pelo y le acariciaba la otra mejilla con la mano derecha.

—Mi pobre oso —murmuró—. ¿Estás muy cansado? Trabajas demasiado, mi

estupendo amante. Cómo te utilizan... Dime, ¿qué ha sido hoy? ¿Más problemas en el Consejo? ¿Y siempre eres tú quien ha de resolverlos? ¿Hummmm? Díselo a Leila, ya sabes que puedes contárselo todo a tu pequeña Leila.

Así pues, antes de dormirse, él se lo contó.

Más tarde, cuando el general Kadiri roncaba bajo los efectos del *arak* y el sexo, Leila se retiró al baño, donde, tras echar el pestillo, se sentó en el inodoro con una bandeja sobre el regazo y lo anotó todo en pulcra y compleja escritura árabe.

Ya por la mañana, cogió un támara e introdujo en el tubo las finas hojas de papel dobladas y enrolladas, a fin de evitar las comprobaciones de seguridad. Más tarde entregaría los papeles al hombre que le pagaba.

No se le ocultaba que era una actividad peligrosa, pero también era lucrativa, pues le permitía ganar el doble por el mismo trabajo, y ella se había propuesto llegar a ser rica algún día, lo bastante para abandonar definitivamente Irak y establecer su propia academia, tal vez en Tánger, con varias muchachas bonitas con las que dormir y criados marroquíes a los que azotar cuando le viniese en gana.

Si Gidi Barzilai se había sentido frustrado por los mecanismos de seguridad del Winkler Bank, el seguimiento de Wolfgang Gemütlich durante las dos últimas semanas le estaba volviendo loco. Aquel hombre era imposible.

Tras la identificación del observador, Gemütlich había sido seguido rápidamente a su casa, más allá del Prater Park. Al día siguiente, mientras el señor Gemütlich estaba en el trabajo, el equipo *yarid* vigiló la casa hasta que su esposa salió a hacer la compra. La muchacha del equipo fue tras ella, manteniéndose en contacto con sus colegas mediante un pequeño transmisor a fin de poder avisarles cuando la mujer regresara. Estuvo ausente dos horas, tiempo más que suficiente.

El allanamiento de la casa por parte del equipo *neviot* no presentó problema alguno, y se ocultaron rápidamente micrófonos en la sala de estar, el dormitorio y el teléfono. El registro, efectuado de un modo rápido, hábil y sin dejar rastro alguno, no reveló nada. Encontraron la documentación habitual: las escrituras de la casa, pasaportes, partidas de nacimiento, libro de familia e incluso una serie de extractos bancarios. Lo fotografiaron todo, pero un vistazo a la cuenta de banco personal no mostró la menor traza de desfalco al Winkler Bank... Incluso existía la horrible posibilidad de que el hombre fuese completamente honesto.

El guardarropa y los cajones del dormitorio no revelaron ninguna señal de curiosos hábitos personales, que siempre son un buen medio de chantaje entre las respetables clases medias, cosa que no sorprendió al jefe del equipo *neviot*, quien había observado a la señora Gemütlich cuando esta abandonaba la casa.

Si la secretaria personal del hombre era menuda y tímida, su esposa era como un trozo de papel desechado. El israelí pensó que raras veces había visto una mujer tan

alicaída.

Cuando la muchacha del *yarid* susurró por la radio que la señora Gemütlich regresaba, los expertos del *neviot* habían terminado y salido de la casa. Uno de los hombres, vestido con el uniforme de un empleado de teléfonos, cerró la puerta después de que los demás se hubieran escabullido por detrás a través del jardín.

A partir de entonces, el equipo *neviot* manejaría los magnetófonos dentro del furgón situado calle abajo; de esa manera se enterarían de lo que se decía en la casa.

Dos semanas después, el desesperado jefe del equipo *neviot* dijo a Barzilai que apenas habían llenado una cinta. La primera noche habían grabado dieciocho palabras. Ella había dicho: «La cena está servida, Wolfgang», sin obtener respuesta. Luego había pedido a su marido dinero para unas cortinas nuevas, y él se lo había negado. Finalmente, el hombre le había dicho: «Mañana he de levantarme temprano, me voy a la cama».

—Dice eso cada puñetera noche, es como si llevara treinta años diciendo lo mismo —se quejó el miembro del equipo *neviot*.

—¿Y qué me dices de las relaciones sexuales? —preguntó Barzilai.

—Debes de estar de broma, Gidi. Ni siquiera hablan, y no digamos joder...

Todas las demás posibilidades de hallar un punto flaco en el carácter de Wolfgang Gemütlich quedaron descartadas una tras otra. No jugaba, no tenía aficiones pederastas, se mantenía al margen de la vida social, no acudía a clubes nocturnos, no tenía querida ni frecuentaba prostitutas. En una ocasión salió de su casa y el equipo de seguimiento se animó.

Con abrigo oscuro y sombrero, Gemütlich partió a pie, después de cenar, cuando ya era de noche, y avanzó por el barrio a oscuras hasta llegar a una casa particular a cinco manzanas de distancia.

Llamó a la puerta y esperó. La puerta se abrió, le hicieron pasar y cerraron. Pronto se encendió una luz en el segundo piso, detrás de unas gruesas cortinas. Antes de que la puerta se cerrara, uno de los observadores israelíes tuvo un atisbo de una mujer de aspecto sombrío que llevaba una bata blanca de nailon.

¿Tal vez baños estéticos? ¿Duchas asistidas, sauna mixta con dos robustas mozas manejando las ramas de abedul? La comprobación efectuada a la mañana siguiente reveló que la mujer de la bata era una anciana pedicura que tenía un pequeño consultorio en su propia casa. Wolfgang Gemütlich había ido a que le quitara los callos.

El primer día de diciembre Gidi Barzilai recibió una reprimenda de parte de Kobi Dror desde Tel Aviv. Le advertía que aquella no era una operación sin límite temporal. Las Naciones Unidas habían dado a Irak de plazo hasta el 16 de enero para abandonar Kuwait. Después de esa fecha, habría guerra y podría suceder cualquier cosa. Era preciso llegar al final de aquel asunto.

—Gidi, no podemos seguir indefinidamente a este cabrón —dijeron los dos jefes de equipo a su controlador—. No hay nada sucio en su vida. No comprendo a ese tipo, no hace absolutamente nada que podamos usar contra él.

Barzilai se encontraba ante un dilema. Podían raptar a la esposa y amenazar al marido, diciéndole que sería mejor que cooperase pues de lo contrario... El problema era que aquel mezquino preferiría perder a su mujer antes que robar un vale de comida. Peor aún, llamaría a la policía.

Podían raptar a Gemütlich y trabajarlo. El problema, en ese caso, era que el hombre tendría que volver al banco para hacer la transferencia y cerrar la cuenta de Jericó. Una vez en el banco, se apresuraría a dar la voz de alarma, y Kobi Dror había dicho que no era admisible ningún fallo ni dejar la menor huella.

—Pasemos a la secretaria —dijo—. Las secretarias confidenciales suelen saber más de lo que sabe su jefe.

Así pues, los dos equipos dirigieron su atención a fräulein Edith Hardenberg, de aspecto no menos alicaído.

El seguimiento apenas requirió diez días. La siguieron hasta su casa, un pisito en un edificio antiguo y serio frente a la Trautenauplatz, un lugar alejado del centro, en el distrito 19, el suburbio noroccidental de Grinzing.

La mujer vivía sola. No tenía amante, ningún amigo, ni siquiera un animal doméstico. El registro de sus documentos personales reveló una modesta cuenta bancaria, una madre jubilada que vivía en Salzburgo... El piso había sido alquilado en otro tiempo por la madre, como mostraban los contratos de alquiler, pero la hija se había mudado allí siete años antes, cuando la madre regresó a su Salzburgo natal.

Edith conducía un pequeño Seat que aparcaba en la calle, frente a su casa, pero utilizaba el transporte público para ir al trabajo y volver, sin duda debido a lo difícil que resultaba encontrar un aparcamiento donde aparcar en el centro de la ciudad.

Sus cheques salariales revelaban unos emolumentos cicateros; cuando vio la suma, el miembro del *neviot* exclamó: «Cabrones tacaños». Su partida de nacimiento mostraba que tenía treinta y nueve años... «Y aparenta cincuenta», observó el investigador.

No había ninguna foto de hombres en el piso, tan solo una de su madre, otra de ambas durante unas vacaciones a orillas de un lago y una del padre, al parecer fallecido, con el uniforme del servicio aduanero.

Si había algún hombre en su vida, debía de tratarse de Mozart.

—Todo lo que sabemos es que es aficionada a la ópera —informó el jefe del equipo a Barzilai, tras haber dejado el piso exactamente tal como lo habían encontrado—. Tiene una gran colección de elepés, todavía no se ha decidido por el disco compacto, y todos son de ópera. Debe de gastarse en ella la mayor parte de lo que gana. Hay libros sobre ópera, cantantes y directores, y pósters de las

representaciones invernales en la Ópera de Viena, aunque ella no podría pagar una localidad...

—No hay ningún hombre en su vida, ¿eh? —musitó Barzilai.

—Podría enamorarse de Pavarotti, si logras dar con él y traerlo aquí. Aparte de eso, olvídate del asunto.

Pero Barzilai no lo olvidó. Recordaba un caso ocurrido en Londres, mucho tiempo atrás. Se trataba de una funcionaria de Defensa, toda una solterona. Entonces los soviéticos le presentaron un joven y guapísimo yugoslavo... Hasta el juez se mostró comprensivo durante el juicio.

Aquella noche Barzilai envió un largo cable codificado a Tel Aviv.

A mediados de diciembre la concentración de fuerzas de la Coalición al sur de la frontera kuwaití se había convertido en una oleada implacable de hombres y acero.

Trescientos mil hombres y mujeres de treinta naciones se habían desplegado en una serie de líneas a través del desierto saudí, desde la costa y hacia el oeste, a lo largo de más de 1.600 kilómetros.

En los puertos de Jubail, Dammam, Bahrein, Doha, Abu Dhabi y Dubai, los buques de carga llegaban con cañones, tanques, combustible, suministros, alimentos y ropa de cama, municiones y piezas de recambio en interminable sucesión.

Desde los muelles los convoyes avanzaban en dirección al oeste a lo largo de la carretera del Oleoducto para establecer las grandes bases logísticas que un día abastecerían al ejército invasor.

El piloto de un Tornado con base en Tabuq, que volaba hacia el sur tras un amago de ataque en la frontera iraquí, contó a sus compañeros de escuadrón que había sobrevolado un convoy de camiones de un extremo a otro. A ochocientos kilómetros por hora, había tardado seis minutos en llegar al extremo de la hilera de camiones, que tenía ochenta kilómetros de longitud y avanzaban casi pegados unos a otros.

En la base logística Alfa había un recinto de barriles de petróleo colocados en columnas de a tres, sobre palieres cuadrados de metro ochenta de lado, con pasillos entre las columnas de la anchura de una carretilla elevadora. El recinto también era cuadrado y medía kilómetros de lado.

Y eso era solo el combustible. Otros recintos en la base Alfa contenían obuses, cohetes, morteros, cajas de proyectiles de ametralladora, proyectiles anticarro y granadas. En otros había alimentos, agua, maquinaria y piezas de repuesto, baterías para tanques y talleres móviles.

En aquel entonces el general Schwarzkopf había confinado las fuerzas de la Coalición a la zona desértica que se extendía al sur de Kuwait. Lo que en Bagdad no podían saber era que, antes de atacar, el general estadounidense se proponía enviar más fuerzas a través del Wadi el Batin y otros 160 kilómetros más al oeste, en el

desierto, para invadir Irak, avanzando hacia el norte y luego hacia el este a fin de atacar por el flanco a la Guardia Republicana y destruirla.

El 13 de diciembre, los Rocketeers, el escuadrón 336 del Comando Aéreo Táctico de la Fuerza Aérea estadounidense, abandonó su base de Thumrait, en Omán, y fue transferido a Al Kharz, en Arabia Saudí. Era una decisión que se había tomado el 1 de diciembre.

Al Kharz era un aeródromo «pelado», que solo tenía pistas de rodaje y despegue. No había torre de control ni hangares ni talleres ni acomodo para nadie. No era más que una lámina llana en el desierto con franjas de hormigón armado.

Pero, de todos modos, era un aeródromo. Tiempo atrás el gobierno saudí había encargado y construido, con una previsión sorprendente, suficientes bases para contener una fuerza aérea que superase en más de cinco veces a la Real Fuerza Aérea Saudí.

Después del 1 de diciembre llegaron los constructores americanos y, en solo treinta días, alzaron una ciudad de tiendas de campaña capaz de albergar a cinco mil personas y cinco escuadrones de cazas.

Entre el personal figuraban, en lugar destacado, los ingenieros de obras pesadas, los llamados equipos Caballo Rojo, que utilizaban cuarenta enormes generadores eléctricos de la Fuerza Aérea. Parte del equipamiento a utilizar llegó por carretera, en remolques especiales, pero en general fue transportado por aire. De inmediato se procedió a la construcción de hangares en forma de concha, talleres, depósitos de combustible y artillería, salas de vuelo e instrucciones, la sala de operaciones, la torre de control, tiendas de almacenamiento y garajes.

Para las tripulaciones aéreas y equipos de tierra se trazaron calles con tiendas a ambos lados de la calzada, letrinas, casas de baño, cocinas, comedores y una torre de agua. El líquido elemento sería repuesto por medio de convoyes de camiones desde la fuente de agua más próxima.

Al Kharz se encuentra a ochenta kilómetros al sudeste de Riad, una posición que resultó estar a solo cinco kilómetros más allá del alcance máximo de los misiles Scud en posesión de los iraquíes. Las instalaciones serían utilizadas durante tres meses por cinco escuadrones: dos de Strike Eagle F-15E, los Rocketeers y los jefes, el escuadrón 335 procedente de Seymour Johnson que se incorporó allí, uno de cazas Eagle F-15 y dos de interceptores Fighting Falcon F-16.

Había incluso una calle especial para las 250 mujeres que figuraban entre el personal del ala: abogadas, jefas de equipos de tierra, camioneras, empleadas administrativas, enfermeras y dos escuadrones de agentes de Inteligencia.

Las tripulaciones aéreas llegaron desde Thumrait en sus aparatos, mientras que los equipos de tierra y el personal restante lo hicieron en aviones de carga. La totalidad del traslado requirió un par de días, y cuando arribaron los ingenieros aún

estaban trabajando y seguirían haciéndolo hasta Navidad.

Don Walker lo había pasado bien en Thumrait; en la relajada atmósfera de Omán, las condiciones de vida eran excelentes, e incluso se permitía el consumo de bebidas alcohólicas dentro de los límites de la base.

Por primera vez se había encontrado con el SAS británico, que tenía allí una base de adiestramiento permanente, y otros «oficiales contratados» que servían con las fuerzas omaníes del sultán Qaboos. Se celebraron algunas fiestas memorables, salir con miembros del sexo opuesto había sido muy sencillo y volar con los Eagle en misiones de «amago» hasta la frontera iraquí había sido muy satisfactorio.

Tras un viaje al desierto con miembros del SAS en vehículos ligeros de reconocimiento, Walker había observado al recién nombrado jefe de escuadrón, teniente coronel Steve Turner:

—Estos tipos están locos de atar.

Las cosas iban a ser diferentes en Al Kharz. Como hogar de los dos santos lugares, la Meca y Medina, Arabia Saudí obliga a una abstención estricta de alcohol, así como toda exposición de las formas femeninas por debajo del mentón, excepto manos y pies.

En su orden general número uno, el general Schwarzkopf había prohibido todas las bebidas alcohólicas para el conjunto de las fuerzas de la Coalición bajo su mando. Las unidades estadounidenses sin excepción cumplían la orden, la cual era aplicada de manera estricta en Al Kharz.

Sin embargo, en el puerto de Dammam, los estibadores americanos observaron perplejos la cantidad de champú destinado a la Real Fuerza Aérea británica. Descargaron caja tras caja del producto, las colocaron en camiones o aviones de carga Hércules C-130 y las llevaron a los escuadrones de la RAF.

A los estadounidenses que vieron aquello no dejó de extrañarles que, en un entorno donde el agua escaseaba, las tripulaciones aéreas británicas pudieran dedicar tanto tiempo a lavarse la cabeza. Fue un enigma que continuaría hasta el final de la guerra.

En el otro lado de la península, y en medio del desierto, se encontraba la base de Tabuc, que los Tornado británicos compartían con los Falcon americanos. Los pilotos de Estados Unidos no pudieron por menos de sorprenderse cuando vieron que sus colegas británicos se sentaban bajo sus toldos para protegerse del sol y escanciaban pequeñas porciones de champú en un vaso, que mezclaban con agua mineral.

En Al Kharz no surgió ese problema, pues allí no había champú. Además, en ese lugar el personal vivía más hacinado que en Thumrait. Aparte del comandante del ala, que tenía una tienda para él solo, los demás, desde el grado de coronel hacia abajo, compartían tiendas de dos, cuatro, seis, ocho y hasta doce plazas, según la graduación.

Peor todavía era el hecho de que no tenían acceso al personal femenino, un problema tanto más frustrante cuanto que las damas americanas, fieles a su cultura y sin Mutawa (policía religiosa) saudí que las viera, se dedicaban a tomar el sol en bikini detrás de unas vallas bajas que habían extendido alrededor de sus tiendas.

Esto hizo que los pilotos se agenciasen todos los vehículos con chasis alto, pues montados en ellos iban hasta las pistas de vuelo, pero dando un amplio rodeo para pasar entre las tiendas de las mujeres y comprobar si las damas estaban en buena forma.

Aparte de estas obligaciones cívicas, la mayoría tenía que contentarse con volver a la crujiente litera y el alivio solitario.

El estado de ánimo también era distinto por otra razón. El plazo que las Naciones Unidas habían dado a Saddam Hussein para que se retirase de Kuwait vencía el 16 de enero. Las declaraciones de Bagdad seguían siendo desafiantes. Por primera vez resultaba evidente que habría guerra. Las misiones de adiestramiento adquirieron un cariz nuevo y urgente.

Por alguna razón, el 15 de diciembre fue un día caluroso en Viena. El sol brillaba y la temperatura subió. A la hora de comer, *fräulein Hardenberg* salió del banco como de costumbre para tomar su modesto almuerzo y tuvo el capricho de comprar unos bocadillos e ir a comerlos al Stadpark, a poca distancia de la Ballgasse.

Era algo que acostumbraba hacer en verano e incluso en otoño, y siempre se traía los bocadillos de casa, algo que aquel 15 de diciembre no había hecho.

Iba vestida con su pulcro abrigo de tweed, de modo que al ver el brillante cielo azul en la Franziskanerplatz decidió que si la naturaleza ofrecía, aunque fuese por un solo día, un poco de *Altweibersommer* —«verano de señoras mayores» para los vieneses—, debía aprovecharlo y comer en el parque.

El pequeño parque al otro lado del Ring le gustaba por un motivo especial. En un extremo está el Hübner Kursalon, un restaurante con paredes de vidrio que parece un gran invernadero, donde, durante la hora del almuerzo, una orquestina suele tocar las melodías de Strauss, el más vienés de los compositores.

Quienes no están en condiciones de costearse la comida en ese restaurante, pueden sentarse en el recinto exterior y escuchar gratis la música. Además, en el centro del parque, protegida por un arco de piedra, se encuentra la estatua del gran Johann.

Edith Hardenberg compró los bocadillos en un bar, buscó un banco al sol y comió mientras escuchaba los valeses.

—*Entschuldigung*.

La secretaria se sobresaltó. La suave voz que le pedía disculpas la había hecho salir de su ensoñación.

Si había algo que la señorita Hardenberg detestaba sobre todas las cosas era que se dirigieran a ella perfectos desconocidos. Levantó la vista.

Era un hombre joven, de cabello oscuro y ojos castaños, y tenía acento extranjero. Estaba a punto de volver la cabeza cuando observó que el joven tenía un folleto ilustrado en la mano y señalaba una palabra en el texto. Ella miró a pesar suyo. El folleto era el programa ilustrado de la ópera *La flauta mágica*.

—Perdone, esta palabra no es alemana, ¿verdad?

El dedo índice del hombre señalaba la palabra *libretto*.

Ella debía cortar por lo sano en aquel mismo momento, naturalmente, tenía que levantarse y alejarse de allí. Empezó a envolver de nuevo sus bocadillos.

—No —replicó bruscamente—, es italiano.

—Ah —dijo el hombre con tono de disculpa—. Estoy aprendiendo el alemán, pero no entiendo el italiano. ¿Se refiere a la música?

—No, se refiere al texto, al argumento.

—Gracias —dijo él, con sincera gratitud—. Es tan difícil comprender sus óperas vienesas, pero me gustan muchísimo.

De pronto, la mujer pareció menos apresurada por envolver los bocadillos restantes y marcharse.

—Está ambientada en Egipto, ¿sabe? —le explicó el joven.

Qué tontería, decirle a ella tal cosa, ella que se sabía *Die Zauberflöte* palabra por palabra.

—Así es, en efecto —dijo ella. Pensó que aquello ya había ido demasiado lejos. Fuera quien fuese, era un joven muy descarado. Vamos, casi estaban conversando. La idea era estremecedora.

—Lo mismo que *Aida* —observó él, examinando de nuevo las notas del programa—. Me gusta Verdi, pero creo que prefiero Mozart.

Ella había envuelto de nuevo sus bocadillos y estaba a punto de irse. Solo tenía que levantarse y echar a andar. Se volvió a mirarle y él eligió aquel momento para alzar la vista y sonreírle.

Era una sonrisa muy tímida, casi suplicante. Tenía unos ojos de perrito de aguas, con unas pestañas que para sí habría querido una modelo.

—No hay comparación posible —le dijo—. Mozart es el maestro de todos ellos.

La sonrisa del joven se ensanchó, mostrando sus dientes blancos y parejos.

—Y vivió aquí, tal vez se sentó en este mismo banco para componer su música.

—Estoy segura de que no hizo tal cosa —replicó ella—. El banco no estaba aquí entonces.

Se puso de pie y se volvió. El joven se levantó también e hizo una corta reverencia al estilo vienes.

—Siento haberla molestado, *fräulein*, pero muchas gracias por su ayuda.

Ella emprendió el camino a través del parque, de regreso a su despacho para terminar de comer allí. Estaba furiosa consigo misma. Conversaciones con hombres jóvenes en los parques... ¿Qué haría a continuación? Por otro lado, solo era un estudiante extranjero que intentaba informarse sobre la ópera vienesa. Sin duda no había daño alguno en ello, pero todo tiene un límite. Pasó ante un cartel. Naturalmente, en la ópera de Viena se representaría *La flauta mágica* dentro de tres días. Tal vez formaba parte del curso al que el joven asistía.

A pesar de su pasión, Edith Hardenberg nunca había asistido a una representación en la Opernhaus. Desde luego, había merodeado alrededor del edificio cuando estaba abierto, de día, pero una localidad de platea siempre había estado más allá de sus posibilidades.

Era casi imposible adquirirla. Los abonos de temporada pasaban de una generación a otra, y su precio solo estaba al alcance de los ricos. El resto de las localidades únicamente podían adquirirse por influencias, de las que ella carecía por completo. Incluso las localidades ordinarias estaban más allá de sus medios. Suspiró y volvió a su trabajo.

Aquel único día cálido y soleado fue el último. Regresaron el frío y las nubes grises. La secretaria volvió a almorzar en su café y su mesa habituales. Era una dama muy pulcra, una persona de hábitos.

El tercer día después del encuentro en el parque, llegó a su mesa a la hora habitual y reparó a medias en que la mesa al lado de la suya debía de estar ocupada. Encima había un par de libros de texto, cuyos títulos no se molestó en leer, y un vaso de agua a medio beber.

Apenas ella había pedido el menú del día, el ocupante de la mesa regresó del lavabo. Una vez sentado, reconoció a su vecina y ahogó un grito de sorpresa.

—Oh, *Grüss Gott*... otra vez —dijo.

Ella tensó los labios, con una expresión de disgusto. Llegó la camarera y le sirvió la comida. Estaba atrapada. Aquel joven era irrefrenable.

—He terminado las notas del programa. Creo que ahora lo comprendo todo.

Ella asintió y empezó a comer con ademanes delicados.

—Excelente. ¿Estudia aquí?

¿Por qué le preguntaba tal cosa? ¿Qué locura se había apoderado de ella? Pero la cháchara del restaurante se alzaba a su alrededor. Se preguntó por qué se preocupaba tanto. Sin duda una conversación civilizada, incluso con un estudiante extranjero, no podía hacerle daño alguno. ¿Qué pensaría herr Gemütlich? Seguramente lo desaprobaba.

El joven moreno sonrió con satisfacción.

—Sí, estudio ingeniería en la Universidad Técnica. Cuando me licencie, volveré a mi país y ayudaré a su desarrollo. Me llamo Karim.

—Fräulein Hardenberg —dijo ella con gazmoñería—. ¿Y de dónde es usted, herr Karim?

—Soy de Jordania.

Un árabe, cielo santo. En fin, debía de haber muchos en la Universidad Técnica, a dos manzanas al otro lado del Kärntner Ring. La mayoría de los que ella veía eran vendedores callejeros, gente terrible que vendía alfombras y periódicos en las terrazas de los cafés y se negaba a marcharse. El joven que estaba a su lado parecía bastante respetable. Tal vez procedía de una familia mejor, pero, al fin y al cabo... un árabe. Terminó de comer e hizo una seña para que le trajeran la cuenta. Era hora de dejar la compañía de aquel joven, aun cuando fuese notablemente cortés... para ser árabe.

—De todos modos, no creo que pueda ir —dijo él en tono pesaroso.

Cuando llegó la cuenta, la secretaria sacó unos billetes del monedero.

—¿Ir adónde?

—A la ópera, a ver *La flauta mágica*. No tendría valor para ir solo, con tanta gente, sin saber qué hacer, cuándo aplaudir...

Ella le sonrió con una expresión tolerante.

—Oh, no creo que vaya, joven, porque no conseguirá localidad.

Él pareció perplejo.

—No, no se trata de eso.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó dos tiras de papel que depositó sobre la mesa de la secretaria, junto a su factura. Eran localidades para la segunda fila de platea, prácticamente a los pies de los intérpretes, al lado del pasillo central.

—Tengo un amigo en las Naciones Unidas. Ellos tienen una cuota, ¿sabe usted? Pero él no las quería, así que me las dio.

Se las dio. No se las vendió, se las dio. Dos localidades inapreciables... y se las dio.

El joven le preguntó con tono de súplica:

—¿Sería tan amable de llevarme con usted? Por favor...

Lo había dicho de una bonita manera, como si ella fuese a llevarle.

La señorita Hardenberg se imaginó sentada en aquel paraíso grande, abovedado, dorado y rococó; imaginó su espíritu elevándose con las voces de los bajos, barítonos, tenores y sopranos hasta el alto techo decorado con pinturas...

—De ninguna manera —le dijo.

—Oh, perdone, fräulein, la he ofendido.

El joven cogió las localidades y, sin pensarlo dos veces, empezó a rasgarlas.

—¡No! —exclamó ella, y puso su mano sobre la de él antes de que hubiera desgarrado más de un centímetro de papel—. No debe hacer eso.

La señorita Hardenberg estaba visiblemente sofocada.

—Pero no me sirven de nada...

—Bueno, supongo...

El rostro del joven se iluminó.

—¿Entonces me enseñará su Ópera? ¿Sí?

Enseñarle la ópera. Sin duda eso era diferente. No se trataba de salir con un hombre, no era la clase de chica de las que... aceptan citas. No, era más bien como una gira turística. Una muestra de cortesía vienesa para mostrar a un estudiante extranjero una de las maravillas de la capital austríaca. ¿Podía haber en ello algo de malo?

Convinieron en encontrarse a las siete y cuarto en los escalones de la Ópera. Ella acudió en coche desde Grinzing y consiguió sin dificultades un lugar donde aparcar. Se sumaron a la multitud que entraba al teatro, visiblemente animados ante la perspectiva del espectáculo que les aguardaba.

Si Edith Hardenburg, solterona desde hacía veinte veranos, tuvo jamás un atisbo del paraíso, fue aquella noche de 1990, cuando se sentó a escasa distancia del escenario y se sumió en la música. Si alguna vez conoció la sensación de la embriaguez, fue en aquella velada en que se abandonó por completo a la intoxicación del torrente de voces que subían y bajaban.

En la primera mitad, mientras Papageno cantaba y hacía cabriolas ante ella, notó una mano joven y seca sobre la suya. El instinto le hizo retirar la suya bruscamente. En la segunda mitad, cuando sucedió lo mismo, no hizo nada, y sintió, con la música, que el calor del cuerpo de otra persona se filtraba dentro de ella.

Cuando terminó la representación, seguía embriagada, de lo contrario jamás habría permitido que el joven la acompañase a través de la plaza hasta la vieja guarida de Freud, el café Landtmann, que después de ser restaurado había recuperado su esplendor de finales del siglo XIX. Allí, el magnífico *maître* Robert en persona les acompañó a una mesa donde tomaron una cena tardía.

—Me gustaría que me enseñase la Viena auténtica —le dijo Karim en voz baja—. Su Viena. La Viena de los conciertos y los hermosos museos. De lo contrario, nunca entenderé la cultura de Austria, al menos no de la manera como usted me la enseñaría.

—¿Qué está diciendo, Karim?

Estaban al lado de su coche. No, de ninguna manera ella le ofrecería que subiese a su piso, dondequiera que estuviese, y cualquier sugerencia por parte de él de ir a su casa revelaría exactamente la clase de granuja que era.

—Que me gustaría volver a verla.

—¿Por qué?

«Si me dice que soy guapa, le pego», pensó ella.

—Porque es usted amable.

—Oh.

La oscuridad ocultó su sonrojo. Sin decir más, él se inclinó hacia delante y la besó en la mejilla. Luego se marchó, cruzando la plaza a grandes zancadas. Ella regresó a casa sola.

Aquella noche Edith Hardenberg tuvo unos sueños turbadores. Soñó con Horst, quien la había amado aquel largo y lejano verano de 1970, cuando ella tenía diecinueve años y era virgen. Con Horst, que le arrebató su castidad, obligándola a amarle. Con Horst, que se marchó en invierno sin dejar una nota, sin darle una explicación, sin despedirse.

Al principio ella pensó que debía de tratarse de un accidente y telefoneó a todos los hospitales. Luego supuso que su profesión de viajante de comercio era la causa de su ausencia y que la llamaría. Más tarde supo que se había casado con la muchacha de Graz con la que también se había relacionado cuando sus negocios le llevaban a esa ciudad.

Lloró hasta la primavera, luego cogió todo aquello que pudiese recordárselo y lo quemó. Arrojó a las llamas los regalos y las fotos que se habían hecho durante sus paseos o mientras navegaban en los lagos del Schlosspark, en Laxenburg, y sobre todo quemó la foto del árbol bajo el cual él la amó por primera vez, la amó realmente, y la hizo suya.

No hubo más hombres en su vida. «Te traicionan y te dejan», le había dicho su madre, y tenía razón. Juró que nunca, jamás, habría más hombres.

Aquella noche, una semana antes de Navidad, los sueños menguaron antes del alba y se durmió con el programa de *La flauta mágica* aferrado contra sus pequeños senos. Mientras dormía, algunas arrugas parecieron desaparecer de las comisuras de sus ojos y los ángulos de la boca. Y sonreía al dormir. Sin duda no había mal alguno en ello.

El gran Mercedes gris avanzaba con dificultad a causa del tráfico. El conductor tocaba furiosamente el claxon, obligado a abrirse paso entre el torrente de coches, furgonetas, tenderetes de mercado y carretillas de mano que formaban una ruidosa maraña entre las calles Khufala y Rashid.

Era aquella la vieja Bagdad, donde los mercaderes, los vendedores de paños, oro y especias, los buhoneros y traficantes de los géneros más habituales se habían dedicado a sus actividades durante diez siglos.

El coche giró por la calle del Banco, repleta a ambos lados de vehículos aparcados, y finalmente enfiló la calle Shurja. Por delante del automóvil, el mercado de los vendedores de especias era impenetrable. El conductor volvió a medias la cabeza.

—No puedo pasar de aquí.

Leila al Hilla asintió y esperó a que le abrieran la portezuela. Al lado del conductor iba sentado Kemal, el macizo guardaespaldas personal de Kadiri, un pesado sargento del Cuerpo de Blindados que llevaba años al servicio de Kadiri. Ella le odiaba.

Tras una pausa, el sargento bajó del vehículo, enderezó su gran corpachón en la acera y abrió la portezuela de atrás. Sabía que ella le había humillado una vez más, y se le notaba en los ojos. La mujer bajó del coche sin darle las gracias ni mirarlo siquiera.

El principal motivo por el que odiaba al guardaespaldas era que la seguía a todas partes. En eso consistía su trabajo. Desde luego, se lo había asignado Kadiri, pero no por ello le desagradaba menos. Cuando estaba sobrio, Kadiri era un duro soldado profesional, y en el aspecto sexual era también demencialmente celoso. De ahí su deseo de que Leila jamás fuese sola por la ciudad.

El otro motivo por el que detestaba al guardaespaldas era el evidente deseo que despertaba en este. Ella era una mujer de gustos degradados desde hacía mucho tiempo y comprendía muy bien que cualquier hombre deseara su cuerpo. Si el precio era adecuado, no tenía inconveniente en satisfacer esa lujuria, aunque para ello tuviera que hacer cosas excéntricas. Pero Kemal representaba el peor de los insultos, pues era un sargento y, por lo tanto, pobre. Resultaba increíble que se atreviera a acariciar tales pensamientos, pero era evidente que lo hacía, con una mezcla de desprecio y brutal deseo. Siempre, por supuesto, que el general Kadiri no estuviese mirando.

Él, por su parte, conocía la repulsión que le inspiraba, y le divertía insultarla con sus miradas mientras verbalmente mantenía una actitud de formalidad.

Leila se había quejado a Kadiri de la estúpida insolencia del sargento, pero aquel se había limitado a reír. Sospechaba que cualquier hombre la deseaba, pero a Kemal le permitía muchas libertades porque el guardaespaldas le había salvado la vida en las marismas de Al Fao durante la guerra contra los iraníes, y había dado muestras suficientes de estar dispuesto a morir por él.

El sargento cerró bruscamente la portezuela y se ubicó al lado de Leila para seguir a pie por la calle Shurja.

Esa zona se conoce como Agid al Nasara, la Zona de los Cristianos. Aparte de la iglesia de San Jorge, al otro lado del río, construida por los británicos para ellos mismos y su credo protestante, hay tres sectas cristianas en Irak, que representan entre todas cerca del siete por ciento de la población.

La mayor es la secta asiria, o siria, cuya catedral se encuentra en la Zona de los Cristianos, frente a la calle Shurja. A poco más de kilómetro y medio de distancia está la iglesia armenia, cercana a otra enmarañada red de calles y callejones cuya historia se remonta muchos siglos atrás y es conocida como Camp el Arman, el antiguo barrio armenio.

Al lado de la catedral siria se alza San José, la iglesia de los cristianos caldeos, que es la secta más pequeña. Si el rito sirio se parece al griego ortodoxo, los caldeos son una rama colateral de la Iglesia católica.

El iraquí más notable de los cristianos caldeos era entonces el ministro de Asuntos Exteriores, Tariq Aziz, aunque en su entrega total a Saddam Hussein y su política de genocidio podría indicar que el señor Aziz se había desviado de las enseñanzas del príncipe de la Paz. Leila al Hilla también pertenecía, por su nacimiento, a la secta caldea, y ahora ese vínculo se revelaba útil.

La mal avenida pareja llegó a la puerta de hierro forjado que daba acceso al patio de adoquines frente a la puerta arqueada del templo caldeo. Kemal se detuvo. Como musulmán que era, no daría un paso más. Ella le hizo un gesto de asentimiento y cruzó la puerta. Kemal observó cómo la mujer compraba una velita en un puesto junto a la puerta, se cubría la cabeza con un chal de encaje negro y entraba en el interior oscuro e impregnado de olor a incienso.

El guardaespaldas se encogió de hombros y recorrió unos metros para comprar una lata de Coca-Cola y buscar un sitio desde el que vigilar la entrada. Se preguntó por qué su señor consentía semejante estupidez. Aquella mujer era una puta. El general se cansaría de ella algún día, y había prometido a Kemal que antes de despedirla le permitiría poseerla. Sonrió ante la perspectiva, y un reguero de refresco le corrió por el mentón.

Dentro de la iglesia, Leila hizo una pausa para encender la vela con la llama de otra entre los centenares que ardían junto a la puerta, y entonces, con la cabeza inclinada, se dirigió al confesionario ubicado en el extremo de la nave. Un sacerdote

con sotana negra pasó por su lado pero no le prestó atención.

Siempre utilizaba el mismo confesionario. Entró a la hora precisa, adelantándose a una mujer vestida de negro que también buscaba a un sacerdote que escuchara su letanía de pecados, probablemente más banales que los de la mujer más joven que la hizo a un lado y ocupó su lugar.

Leila cerró la puerta tras ella, se volvió y se sentó en el asiento del penitente. A su derecha había una rejilla ornamentada, detrás de la cual oyó un crujir de tela. Él estaría allí. Siempre lo hacía a la hora señalada.

Se preguntó quién sería. ¿Por qué le pagaba tan generosamente por la información que le llevaba? No se trataba de un extranjero, pues su árabe era demasiado correcto para ello, propio de alguien que ha nacido y se ha educado en Bagdad. Y su dinero era excelente.

—¿Leila?

La voz era un murmullo bajo y nivelado. Ella siempre tenía que llegar después de él y marcharse antes. Le había advertido que no se quedara fuera con la esperanza de verle, pero, de todos modos, ¿cómo podría quedarse, con Kemal acechándola? Si aquel patán advertía que ocurría algo raro informaría a su amo. Una cosa así podría costarle la vida.

—Identifíquese, por favor.

—Padre, he pecado contra la pureza y no soy digna de su absolución.

Era él quien había ideado esa frase, porque nadie más diría eso.

—¿Qué me traes?

Ella se puso la mano entre las piernas, apartó la parte inferior de las bragas y extrajo el falso támpax que él le había dado semanas atrás. Uno de los extremos se desenroscaba. Del interior extrajo un delgado rollo de papel que formaba un tubo no más ancho que un lápiz. Lo introdujo a través de la rejilla.

—Espera.

La mujer oyó el leve crujido de la hoja de fino papel mientras el hombre deslizaba su experta mirada por las notas que ella había tomado. Era un informe sobre las deliberaciones y conclusiones del consejo de planificación reunido el día anterior, presidido por Saddam Hussein en persona y en el que había estado presente el general Abdullah Kadiri.

—Bien, Leila, muy bien.

Aquel día el pago fue en francos suizos, unos billetes de valor muy elevados que el hombre le entregó a través de la rejilla. Ella los introdujo en el mismo lugar donde había guardado su información, un lugar que, como bien sabía, la mayoría de los musulmanes considerarían impuro en determinado período. Solo un médico o la temida AMAM encontraría allí lo que había ocultado.

—¿Hasta cuándo debe seguir esto? —preguntó Leila.

—No será demasiado tiempo. Pronto estallará la guerra, y cuando termine el rais caerá y otros se harán con el poder. Yo seré uno de ellos. Entonces serás recompensada de veras, Leila. Mantén la calma, haz tu trabajo y ten paciencia.

Ella sonrió. Recompensada de veras... Dinero, montones de dinero, suficiente para irse lejos y ser rica durante el resto de sus días.

—Ahora vete.

La mujer se levantó y abandonó el confesionario. La anciana de negro había buscado otro sacerdote que oyera su confesión. Leila cruzó de nuevo la nave y salió al exterior. Aquel palurdo de Kemal permanecía al otro lado de la puerta de hierro forjado, estrujando una lata con su gran puño, sudando bajo el sol. Muy bien, que sudara. Sudaría mucho más si supiera...

Sin mirarle siquiera, dobló por la calle Shurja y avanzó por el atestado mercado, hacia el coche que aguardaba. Kemal, furioso pero impotente, fue pesadamente tras ella. La mujer no reparó en absoluto en un pobre *fellagha* que empujaba una bicicleta con un cesto de mimbre abierto detrás del sillín, y él tampoco se fijó en ella. Había ido al mercado por encargo de la cocinera de la casa donde trabajaba, para comprar macis, coriandro y azafrán.

A solas en el confesionario, el hombre enfundado en la sotana negra de un sacerdote caldeo, permaneció allí un rato más para asegurarse de que su agente se había alejado. Era extremadamente improbable que le reconocieran, pero en aquella clase de juego incluso los riesgos marginales resultaban excesivos.

Había hablado en serio a la mujer. La guerra se aproximaba. Ni siquiera el hecho de que allá en Londres la Dama de Hierro hubiera perdido el poder lo impediría. Los americanos tenían el bocado entre los dientes y ahora no retrocederían.

Todo iría bien mientras aquel idiota que habitaba el palacio junto al río, a la altura del puente Tamuz, no lo estropeará retirándose unilateralmente de Kuwait. Por suerte, parecía totalmente decidido a labrar su propia destrucción. Los americanos ganarían la guerra y luego marcharían sobre Bagdad para terminar el trabajo. Sin duda no se limitarían a liberar Kuwait y creer que eso era el fin del asunto. Nadie podía ser tan poderoso y a la vez tan estúpido.

Cuando llegaran necesitarían un nuevo régimen. Como eran americanos, se inclinarían por alguien que hablase inglés con fluidez, que entendiera su manera de ser, su pensamiento y su lenguaje, alguien que supiese decir lo necesario para complacerles, convirtiéndose de ese modo en su candidato natural.

La misma educación, la misma urbanidad cosmopolita que ahora actuaban en su contra, le favorecerían. Por el momento, estaba excluido de los consejos superiores y las decisiones más recónditas del rais, porque él no pertenecía a la palurda tribu al Tikriti ni había sido durante toda su vida un fanático del partido Baas ni general o medio hermano de Saddam.

Pero Kadiri era de Tikrit, y gozaba de plena confianza. No se trataba más que de un mediocre general del Cuerpo de Blindados y con los gustos de un camello en celo, pero en su infancia había jugado con Saddam y los chiquillos de su clan en las polvorientas callejas de Tikrit, y eso bastaba. Kadiri estaba presente en todas las reuniones en las que se tomaban decisiones, conocía todos los secretos. Y el hombre que estaba en el confesionario también necesitaba enterarse de esas cosas, a fin de efectuar sus preparativos.

Tras una prudente espera, el hombre se levantó y salió. En vez de cruzar la nave, entró por una puerta lateral en la sacristía, saludó con una inclinación de cabeza a un verdadero sacerdote que se estaba vistiendo para un servicio y salió de la iglesia por una puerta trasera.

El hombre de la bicicleta estaba a solo seis metros de distancia. Casualmente alzó la vista en el momento en que el sacerdote vestido con sotana negra salía al sol, y desvió la cabeza a tiempo. El sacerdote le miró un momento, pero no vio nada sospechoso en el *fellagha* que estaba ajustando la cadena de su bicicleta, y se alejó rápidamente por el callejón hacia un pequeño coche sin ninguna señal distintiva.

El sudor corría por el rostro del comprador de especias, y el corazón le latía con fuerza. Qué cerca había estado... Había evitado minuciosamente acercarse al cuartel general de la Mukhabarat en Mansour para no correr el riesgo de topar con aquella cara. ¿Qué diablos estaba haciendo aquel hombre vestido de sacerdote en el barrio cristiano?

Cuántos años habían pasado desde que jugaran juntos en el jardín de la escuela preparatoria Tasisiya del señor Hartley, desde que le diera un puñetazo en el mentón por haber insultado a su hermano menor, desde que recitaran poesía en clase, siempre superados por Abdelkarim Badri... Sí, había pasado mucho tiempo desde la última vez que viera a su viejo amigo Hassan Rahmani, ahora jefe del servicio de contraespionaje de la república de Irak.

La Navidad se aproximaba y en los desiertos de Arabia Saudí trescientos mil americanos y europeos tenían la mente puesta en sus casas mientras se disponían a celebrar la festividad en un territorio musulmán. Pero a pesar de la inminente conmemoración del nacimiento de Cristo, la mayor acumulación de fuerzas desde el desembarco en Normandía proseguía sin cesar.

Las fuerzas de la Coalición todavía seguían aparcadas en el área desértica que se extiende al sur de Kuwait. Aún no había ningún indicio de que, finalmente, la mitad de aquellas tropas fuesen desplegadas mucho más al oeste.

Nuevas divisiones seguían llegando a los puestos costeros. La 4.^a Brigada Acorazada británica se había unido a las Ratas del Desierto, la 7.^a, para formar la 1.^a División Acorazada. Los franceses estaban reforzando su contribución hasta diez mil

hombres, incluida la Legión Extranjera.

Los americanos habían trasladado, o estaban a punto de hacerlo, la 1.^a División de Caballería, los regimientos segundo y tercero de Caballería Acorazada, la 1.^a División de Infantería Mecanizada y la 1.^a y 3.^a Acorazadas, dos divisiones de *marines* y las 82 y 101 Aerotransportadas.

En la misma frontera, exactamente donde deseaban estar, se hallaban las fuerzas especiales saudíes, ayudadas por las divisiones egipcias y sirias y otras unidades procedentes de una diversidad de naciones árabes más pequeñas.

Las aguas al norte del golfo Pérsico rebosaban de buques de guerra de la Coalición. Tanto en el Golfo como en el mar Rojo o al otro lado de Arabia Saudí, Estados Unidos había situado cinco grupos de transporte, encabezados por los portaaviones *Eisenhower*, *Independence*, *John F. Kennedy*, *Midway* y *Saratoga*. Otros tres, el *America*, el *Ranger* y el *Theodore Roosevelt* no tardarían en llegar.

Tan solo el poderío aéreo de los portaaviones, con sus Tomcat, Hornet, Intruder, Prowler, Avenger y Hawkeye era impresionante. En el Golfo estaba estacionado el buque de guerra americano *Wisconsin*, al que en enero se uniría el *Missouri*.

En los estados del Golfo y el territorio de Arabia Saudí, todos los aeródromos dignos de ese nombre estaban atestados de cazas, bombarderos, transportes de combustible, cargueros y aviones preparados para despegar de inmediato y abortar cualquier ataque si la red de radares detectaba misiles o aviones enemigos. Los vuelos se sucedían durante las veinticuatro horas del día, aunque aún no invadían el espacio aéreo iraquí, con la excepción de los aviones espías que volaban a gran altura sin ser vistos.

En varios casos la Fuerza Aérea de Estados Unidos compartía un aeródromo con escuadrillas de la RAF británica. Como las tripulaciones tenían un idioma común, la comunicación era fácil, informal y amistosa. Sin embargo, en ocasiones se producían malentendidos. Uno de los más notables concernió a una localización secreta británica conocida tan solo como MMFD.

Durante una de las primeras misiones de adiestramiento, el controlador del tráfico aéreo había preguntado a un Tornado británico si había llegado a cierto punto crítico. El piloto respondió que no: todavía estaba sobre MMFD.

A medida que transcurría el tiempo, muchos pilotos estadounidenses oyeron hablar de ese lugar y examinaron minuciosamente sus mapas para encontrarlo. Era un enigma por dos razones: al parecer los británicos pasaban mucho tiempo sobre MMFD, cuya ubicación no aparecía en ningún mapa aéreo americano.

Surgió la teoría de que podía tratarse de KHMC, siglas correspondientes a Ciudad Militar del Rey Khaled, que era una gran base saudí, pero esto se descartó a medida que proseguían las investigaciones. Finalmente los estadounidenses se rindieron. Dondequiera que se encontrara MMFD no era precisamente en los mapas

proporcionados a las escuadrillas de la Fuerza Aérea de Estados Unidos por sus planificadores en Riad.

Finalmente los pilotos de los Tornado explicaron el secreto de MMFD. Eran las siglas correspondientes a la expresión *miles and miles of fucking desert* [millas y millas de jodido desierto].

En tierra, los soldados vivían en el centro mismo de MMFD. Para muchos, que dormían bajo sus tanques, cañones móviles y vehículos blindados, la vida era dura y, peor todavía, aburrida.

Sin embargo tenían diversiones, y una de ellas consistía en visitar las unidades vecinas para matar el tiempo. Los americanos estaban equipados con literas de campaña especialmente buenas que despertaban la envidia de los británicos. Por el contrario, la comida precocinada que consumían era singularmente repugnante, tal vez ideada por un funcionario civil del Pentágono que habría preferido morir antes que comerla tres veces al día.

Las llamaban MRE, que significaba *meals ready to eat* [comidas listas para tomar]. Los soldados americanos les negaban esa cualidad y decían que en realidad MRE significaba *meals rejected by ethiopians* [comidas rechazadas por los etíopes]. En cambio los británicos comían mucho mejor, por lo que, de acuerdo con la ética capitalista, pronto se estableció un brioso trueque entre literas americanas y raciones alimenticias británicas.

Otra noticia procedente de las líneas británicas que pasmaba a los estadounidenses era el pedido efectuado por el Ministerio de Defensa en Londres: medio millón de condones para los soldados en el Golfo. En los desolados desiertos de Arabia se consideró que esa compra indicaba que los británicos debían de saber algo que los soldados americanos desconocían.

El misterio se desveló la víspera del comienzo de la ofensiva terrestre. Los americanos se habían pasado cien días limpiando sus fusiles una y otra vez para eliminar la arena, el polvo y la gravilla que penetraba sin cesar por las bocas de los cañones. Los británicos extrajeron sus condones para revelar unos cañones relucientes y bien engrasados.

Otro acontecimiento principal que tuvo lugar poco antes de Navidad fue la reintegración del contingente francés en la planificación aliada.

En los primeros días, Francia había tenido un desastroso ministro de Defensa llamado Jean-Pierre Chevenement, quien parecía sentir una profunda simpatía por Irak y ordenó al comandante en jefe francés que enviara a París todas las decisiones de la planificación aliada.

Cuando se lo explicaron al general Schwarzkopf, este y sir Peter de la Billière casi se desternillaron de risa. Monsieur Chevenement también era entonces presidente de la Sociedad para la Amistad entre Francia e Irak. Aunque la fuente del contingente

francés se hallaba al mando de un excelente militar, el general Michel Roquejoffre, Francia tuvo que ser excluida de todos los consejos de planificación.

A finales de año Pierre Joxe fue nombrado ministro de Defensa francés, y canceló la orden de inmediato. En lo sucesivo, el general Roquejoffre gozó de la confianza de estadounidenses y británicos.

Dos días antes de Navidad Mike Martin recibió la respuesta de Jericó a una pregunta que le había planteado una semana antes. Jericó se mantenía firme. En los últimos días se había producido una crisis ministerial que solo afectaba al núcleo más íntimo del gabinete de Saddam Hussein, el Consejo del Mando Revolucionario y los generales de más alta posición.

Durante la reunión se había planteado la cuestión del abandono voluntario de Kuwait por parte de Irak. Por supuesto, no se había hablado de eso a propuesta de alguno de los presentes en la reunión, pues nadie era tan estúpido para hacer semejante cosa. Todos recordaban muy bien la ocasión anterior, durante la guerra entre Irán e Irak, cuando se abordó la sugerencia iraní de que si Saddam Hussein renunciaba al poder habría paz. Saddam preguntó qué opinaban los presentes.

El ministro de Sanidad sugirió que semejante acción podría ser juiciosa, aunque, desde luego, solamente como una estratagema temporal. Saddam invitó al ministro a entrar con él en una habitación anexa, desenfundó su pistola, le pegó un tiro, matándole en el acto, y reanudó la reunión del gabinete.

La cuestión de Kuwait había sido abordada como si se tratara de una denuncia de las Naciones Unidas por haberse atrevido a sugerir tal idea. Todos esperaban que Saddam tomara la iniciativa. Él renunció a hacerlo, y permaneció sentado en la cabecera de la mesa, como hacía muy a menudo, mirando con ojos de cobra vigilante a todos los presentes, para ver si descubría en alguno el menor indicio de deslealtad.

A falta de una iniciativa por parte del rais, la conversación se agotó de una manera natural. Entonces Saddam empezó a hablar, muy tranquilamente, lo cual resultaba mucho más peligroso.

Dijo que quien estuviese de acuerdo en admitir una humillación tan catastrófica de Irak ante Estados Unidos, era un hombre preparado a jugar el papel de cobista de los americanos durante el resto de su vida. Para un hombre así no podía haber lugar en aquella mesa.

De ese modo, el asunto se dio por zanjado. Todos los presentes se apresuraron a explicar que semejante pensamiento jamás, bajo ninguna circunstancia, pasaría por la mente de ninguno de ellos.

Entonces el dictador iraquí añadió algo más. Solo si Irak podía ganar y su victoria era percibida como tal, sería posible retirarse de la decimonovena provincia iraquí.

Todos los reunidos alrededor de la mesa asintieron prudentemente, aunque

ninguno entendía de qué estaba hablando.

Era un largo informe, y aquella misma noche Mike Martin lo transmitió a la finca ubicada en las afueras de Riad.

Chip Barber y Simon Paxman examinaron el informe durante horas. Los dos habían decidido abandonar Arabia Saudí durante unos días y regresar a casa, dejando el control de Mike Martin y Jericó desde Riad en manos de Julian Gray, por parte de los británicos, y el jefe de estación local de la CIA, por parte de los americanos. Solo quedaban veinticuatro días hasta que expirase el plazo dado por las Naciones Unidas y se iniciara el ataque aéreo del general Chuck Horner contra Irak. Los dos hombres deseaban pasar unas cortas vacaciones en casa y el importante informe de Jericó les dio la oportunidad de hacerlo. Se lo llevarían con ellos.

—¿Qué cree que significa eso de «ganar y que la victoria sea percibida como tal»? —preguntó Barber.

—No tengo la menor idea —dijo Paxman—. Será preciso que algunos analistas mejores que nosotros se encarguen de estudiarlo.

—Nosotros también lo haremos. Supongo que no habrá nadie disponible durante los próximos días excepto los peces gordos. Se lo daré tal como está a Bill Stewart y él probablemente hará que algunos técnicos lo analicen en profundidad antes de pasarlo al director y al Departamento de Estado.

—Yo conozco a un técnico y me gustaría que le echara un vistazo —dijo Paxman, tras lo cual se dirigieron al aeropuerto para tomar sus respectivos vuelos de regreso a casa.

En Nochebuena Paxman mostró al doctor Terry Martin todo el texto del mensaje de Jericó y preguntó si intentaría averiguar qué habría querido decir Saddam Hussein con aquello de que el precio por abandonar Kuwait sería vencer a Estados Unidos.

—Por cierto —le dijo Terry—. Ya sé que va contra esa regla de no informar cuando no hay necesidad de saber, pero la verdad es que estoy preocupado. Le hago todos estos favores... Hágame usted uno a cambio. ¿Qué tal le va a mi hermano en Kuwait? ¿Sigue sano y salvo?

Paxman miró durante varios segundos al profesor de estudios árabes.

—Solo puedo decirle que ya no está en Kuwait —respondió—. Y eso es más de lo que estoy en condiciones de informarle.

Terry Martin se sintió aliviado.

—Es el mejor regalo de Navidad que podrían haberme hecho. Gracias, Simon. —Alzó la vista e hizo oscilar un dedo—. Solo una cosa más: no se le ocurra enviarle a Bagdad.

Paxman llevaba quince años en el oficio. Mantuvo el rostro impassible y el tono ligero. Era evidente que el académico solo estaba bromeando.

—¿De veras? ¿Por qué no?

Martin estaba apurando su vaso de vino y no reparó en el destello de alarma en los ojos del directivo del servicio secreto.

—Mi querido Simon, Bagdad es la única ciudad en el mundo donde no debe poner los pies. ¿Recuerda esas cintas de las interceptaciones radiofónicas que me dio Sean Plummer? Algunas de las voces han sido identificadas y he reconocido uno de los nombres. Ha sido una chiripa increíble, pero sé que estoy en lo cierto.

—No me diga —replicó Paxman con naturalidad—. Cuénteme más.

—Ha pasado mucho tiempo, naturalmente, pero sé que se trata del mismo hombre. ¿Y sabe una cosa? Ahora es el jefe del contraespionaje en Bagdad, el cazador de espías número uno de Saddam.

—Hassan Rahmani —murmuró Paxman. Pensó que Terry Martin debía prescindir de la bebida incluso antes de Navidad. No podía asimilarla, le soltaba demasiado la lengua.

—Ese mismo. Fueron juntos a la escuela, ¿sabe? Todos fuimos a la escuela preparatoria del buen señor Hartley. Mike y Hassan eran íntimos amigos. ¿Se da cuenta? Por eso no deben verle nunca en Bagdad.

Paxman salió del bar y se quedó mirando la desgarrada figura del arabista que se alejaba calle abajo.

—Maldita sea —dijo entre dientes.

Alguien acababa de estropearle las Navidades, y él estaba a punto de estropear las de Steve Laing.

Edith Hardenberg había ido a Salzburgo para pasar las fiestas con su madre, una tradición que se remontaba a muchos años atrás.

Karim, el joven estudiante jordano, pudo visitar a Gidi Barzilai en el piso franco que este ocupaba, donde el líder de la operación Josué estaba sirviendo bebidas a los miembros libres de servicio de los equipos *yarid* y *neviot* que trabajaban a sus órdenes. Solo un desdichado estaba en Salzburgo, vigilando a la señorita Hardenberg, por si esta regresaba de repente a la capital.

Karim se llamaba en realidad Avi Herzog, y era un joven de veintinueve años que había sido destinado al Mossad varios años antes, procedente de la unidad 504, una rama de la Inteligencia militar especializada en ataques sorpresivos al otro lado de la frontera, lo cual explicaba que hablara el árabe con fluidez. Gracias a su apostura y a la engañosa actitud tímida que podía adoptar cuando lo deseaba, el Mossad le había utilizado en dos ocasiones en operaciones como aquella, cuando era preciso tender una trampa sentimental.

—¿Qué tal te va, gran amante? —le preguntó Gidi mientras distribuía las bebidas.

—Con lentitud —respondió Avi.

—No tardes demasiado. Recuerda que el Viejo quiere un resultado.

—Es una dama muy rígida y solo le interesa el encuentro de las mentes... por el momento.

En su cobertura como estudiante procedente de Amman, le habían instalado en un pisito que compartía con otro estudiante árabe, quien en realidad era miembro del equipo *neviot*, un especialista en interceptaciones telefónicas que también hablaba árabe. Era una medida de protección por si a Edith Hardenberg o cualquier otra persona se le ocurría comprobar dónde, cómo y con quién vivía.

El apartamento habría pasado cualquier inspección: estaba lleno de libros de texto sobre ingeniería, así como de revistas y periódicos jordanos. Ambos jóvenes se habían matriculado realmente en la Universidad Técnica, por si realizaban allí una comprobación. Fue su compañero de piso quien habló.

—¿Un encuentro de mentes? No jodas, hombre.

—Ese es el problema —dijo Avi—. Que no hay manera de joder. —Cuando las risas remitieron, añadió—: Por cierto, voy a necesitar una prima de peligrosidad.

—¿Por qué? —preguntó Gidi—. ¿Crees que te la arrancará de un mordisco cuando te bajas los pantalones?

—No, se trata de las galerías de arte, conciertos, óperas y recitales. Podría morirme de aburrimiento antes de llegar tan lejos.

—Tú sigue portándote como sabes hacerlo, muchacho. Si estás aquí es porque la Oficina dice que tienes algo que nosotros no tenemos.

—Sí —dijo la muchacha que formaba parte del equipo de seguimiento *yarim*—, y mide más de veinte centímetros.

—Basta ya, joven Yael. Puedes volver a buscar tus clientes en la calle Hayarkon cuando lo desees.

Fluyeron la bebida, las risas y las chanzas en hebreo. Más tarde, aquella misma noche, Yael descubrió que estaba en lo cierto. Fueron unas buenas Navidades para el equipo del Mossad destinado en Viena.

—Así pues, ¿qué le parece, Terry?

Steve Laing y Simon Paxman habían invitado a Terry Martin a reunirse con ellos en uno de los pisos de la Firma en Kensington. Necesitaban más intimidad de la que podían tener en un restaurante. Faltaban dos días para el Año Nuevo.

—Fascinante —dijo el doctor Martin—. Absolutamente fascinante. ¿Es eso cierto? ¿De veras Saddam ha dicho tales cosas?

—¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, ustedes perdonen, pero es una extraña interceptación telefónica. El narrador parece informar a otra persona sobre una reunión a la que ha asistido... y el hombre que está en el otro extremo de la línea no parece decir una sola palabra.

De ninguna manera la Firma revelaría a Terry Martin cómo habían conseguido el informe.

—Las intervenciones del otro hombre eran superficiales —dijo Laing con suavidad—. Solo gruñidos y expresiones de interés. No nos pareció necesario incluirlas.

—Pero ¿es este el lenguaje utilizado por Saddam Hussein?

—Así lo entendemos, en efecto.

—Fascinante. Es la primera vez que oigo algo dicho por él no destinado a la publicación o a un público más amplio.

Martin no tenía en sus manos el informe manuscrito de Jericó, que había sido destruido por su propio hermano en Bagdad en cuanto lo hubo leído y grabado palabra por palabra, sino una transcripción mecanografiada en árabe del texto que había llegado a Riad en la transmisión «condenada» antes de Navidad. También tenía la traducción inglesa efectuada por la Firma.

—Esa última frase —dijo Paxman, que debía regresar a Riad aquella misma noche—, donde dice «ganar y que la victoria sea percibida como tal»... ¿le dice a usted algo?

—Naturalmente. Pero, miren, ustedes siguen utilizando la palabra «ganar» en su connotación europea o estadounidense. Yo hablaría más bien de «trunfo».

—De acuerdo, Terry, ¿cómo espera triunfar sobre Estados Unidos y la Coalición? —preguntó Laing.

—Mediante la humillación. Ya le he dicho antes que debe hacer que los americanos parezcan unos imbéciles.

—¿Acaso no se retirará de Kuwait en los próximos días? Eso es lo que realmente necesitamos saber, Terry.

—Miren, Saddam invadió Kuwait porque no satisfacían sus exigencias —dijo Martin—. Exigía cuatro cosas: la toma de posesión de las islas de Warba y Bubiyan para tener acceso al mar, compensación por el exceso de petróleo que, según afirma, Kuwait le robó del campo petrolífero compartido, el fin de la sobreproducción kuwaití y la cancelación de la deuda de guerra por quince mil millones de dólares. Si logra todo esto, podrá retirarse con honor, dejando a Estados Unidos con un palmo de narices. Eso es triunfar.

—¿Hay algún indicio de que crea que puede conseguir todo eso?

Martin se encogió de hombros.

—Cree que en las Naciones Unidas los conciliadores podrían mover la silla para que se caiga. Apuesta a que el tiempo está de su parte, a que si puede seguir manteniendo las cosas como hasta ahora, la resolución de las Naciones Unidas caerá en saco roto, y podría estar en lo cierto.

—Pero eso no tiene sentido —dijo bruscamente Laing—. Le han puesto una fecha límite, el 16 de enero, para la que no faltan ni veinte días. Van a aplastarle.

—A menos —sugirió Paxman— que uno de los miembros permanentes del

Consejo de Seguridad se descuelgue en el último momento con un plan de paz para postergar la fecha límite.

—París o Moscú, o ambos —predijo Laing, con expresión sombría.

—Si se llega a la guerra, ¿cree aún que podría ganar? Perdona, ¿que podría «triunfar»? —inquirió Paxman.

—Sí —respondió Terry Martin—. Pero volvemos a lo que les he dicho antes... Habrá bajas estadounidenses. No olviden que Saddam es un pistolero de baja estofa. Sus seguidores no están en los pasillos diplomáticos de El Cairo o Riad, sino en esos callejones y bazares repletos de palestinos y otros árabes resentidos contra Estados Unidos, que apoya a Israel. Todo aquel que pueda dejar a América sangrando, al margen del daño que sufra su propio país, será un vencedor para todos esos millones.

—Pero no puede hacerlo —insistió Laing.

—Él cree que sí —replicó Martin—. Miren, es lo bastante listo para haberse dado cuenta de que, desde el punto de vista norteamericano, Estados Unidos no puede ni debe perder. Eso, sencillamente, es inaceptable. Basta ver lo ocurrido en Vietnam. Los veteranos regresaron a casa y les arrojaron basura. Para Estados Unidos, un número muy elevado de bajas a manos de un enemigo despreciado es una forma de derrota absolutamente inaceptable. Saddam puede perder cincuenta mil hombres en cualquier momento y lugar. Eso le tiene sin cuidado, al contrario que al Tío Sam. Si Estados Unidos sufre esa clase de pérdida, la conmoción será tremenda. Tendrán que rodar cabezas, muchas carreras quedarán truncadas, caerán gobiernos. Las recriminaciones y las autoinculpaciones se sucederán durante una generación.

—Él no puede hacer eso —dijo Laing.

—Cree que puede —replicó Martin.

—Es por esa arma, el gas venenoso —musitó Paxman.

—Tal vez. Por cierto, ¿han averiguado qué significa esa frase de la interceptación telefónica?

Laing miró a Paxman. Otra vez Jericó. No debían mencionar a su agente.

—No. Lo hemos consultado, pero nadie ha oído hablar jamás de eso. Nadie puede imaginar de qué se trata.

—Podría ser importante, Steve. Algo más... algo que no es gas venenoso.

—Terry —le dijo Laing pacientemente—, en menos de veinte días británicos, americanos, franceses, italianos, saudíes y otros muchos vamos a lanzar contra Saddam Hussein el mayor ataque aéreo que el mundo ha presenciado jamás. Suficiente potencia de fuego para superar en otros veinte días a todo el tonelaje lanzado durante la Segunda Guerra Mundial. Los generales están muy ocupados en Riad. No podemos presentarnos allí y decirles: «Un momento, chicos, hay una frase en una interceptación telefónica cuyo significado se nos escapa». Enfrentémonos a la realidad, no era más que un hombre excitado diciendo por teléfono que Dios está de

su parte.

—Eso no tiene nada de extraño, Terry —dijo Paxman—. Desde tiempo inmemorial, quienes van a la guerra han afirmado que Dios les apoya. Supongo que ese es, simplemente, el sentido de la frase en cuestión.

—El otro hombre le dijo al hablante que callara y cortase la comunicación —les recordó Martin.

—Bueno, estaba nervioso e irritable.

—Le llamó hijo de puta.

—Será porque no le tenía mucho aprecio.

—Tal vez.

—Por favor, Terry, déjelo ya. Era solo una frase. El gas venenoso es el arma con la que cuenta Saddam. Estamos de acuerdo con todo el resto de su análisis.

Martin fue el primero en marcharse. Los dos directivos de los servicios secretos lo hicieron veinte minutos después. Enfundados en sus abrigos, con los cuellos levantados, caminaron por la acera en busca de un taxi.

—Bueno, es un mariconcete inteligente y me gusta mucho —dijo Laing—. Pero la verdad es que es terriblemente quisquilloso. ¿Tienen noticias de su vida privada?

Pasó un taxi, vacío pero con la luz apagada. Era la hora de descanso. Laing soltó un juramento.

—Sí, claro, el Apartado hizo una investigación.

En la jerga del servicio de seguridad, el Apartado, o Apartado 500, designa al MI-5. Antes, hace mucho tiempo, la dirección del MI-5 era realmente Apartado de correos n.º 500, Londres.

—Bueno, pues ahí tiene —dijo Laing.

—Mire, Steve, la verdad es que no creo que eso tenga nada que ver con nuestro asunto.

Laing se detuvo y se volvió hacia su subordinado.

—Confíe en mí, Simon. Está un poco chiflado y nos hace perder el tiempo. Hágame caso y deje de lado al profesor.

—Será el gas venenoso, señor presidente.

Tres días después de Año Nuevo, el ambiente festivo en la Casa Blanca, la mayor parte de cuyo personal no había tenido un momento de reposo, se había esfumado por completo. Toda el Ala Oeste, corazón de la administración estadounidense, vibraba de actividad.

En el silencioso despacho oval, George Bush estaba sentado ante la gran mesa, con las altas y estrechas ventanas a su espalda, los vidrios verde claro de diez centímetros de espesor, a prueba de balas, y bajo el escudo de Estados Unidos.

Ante él se encontraba el general Brent Scowcroft, consejero de seguridad nacional del presidente.

El presidente echó un vistazo al resumen de los análisis que acababan de presentarle.

—¿Todo el mundo coincide en esto? —preguntó.

—Sí, señor. El material que acaba de llegar de Londres muestra que sus técnicos están completamente de acuerdo con los nuestros. Saddam Hussein no se retirará de Kuwait a menos que se le dé una «salida», algo para salvar la cara, y nosotros nos aseguraremos de que tal cosa no ocurra. Por lo demás, confiará en ataques masivos con gas contra las fuerzas de la Coalición, ya sea antes o después de su invasión a través de la frontera.

George Bush era el primer presidente estadounidense, desde John F. Kennedy, que había participado en una guerra y había visto cadáveres de compatriotas muertos en acción. Pero había algo especialmente atroz, execrable, en la idea de unos jóvenes combatientes retorciéndose en los últimos momentos de su vida mientras el gas desgarraba los tejidos pulmonares y paralizaba el sistema nervioso central.

—¿Y cómo lanzará ese gas?

—Creemos que hay cuatro opciones, señor presidente. La más probable es mediante botes lanzados desde cazas y bombarderos. Colin Powell acaba de hablar con Chuck Horner en Riad. El general Horner dice que necesita 35 días de combate aéreo incesante. Después del vigésimo día ningún avión iraquí llegará a la frontera. Diez días después, ningún avión iraquí volará tras despegar más de un minuto. Dice que lo garantiza, señor. Lo jura por sus galones.

—¿Y el resto?

—Saddam tiene una serie de baterías MLRS. Esa parece ser la segunda posibilidad.

Los sistemas de lanzamiento múltiple de cohetes iraquíes eran de fabricación soviética y se basaban en los antiguos Katiuskas usados con efectos devastadores por el Ejército soviético en la Segunda Guerra Mundial. Esos cohetes, que no habían sido muy modernizados, se lanzaban en rápida secuencia desde un «paquete» rectangular en la caja de un camión o desde una posición fija, y ahora tenían un alcance de cien kilómetros.

—Naturalmente, señor presidente, dado su alcance tendrán que ser lanzados desde Kuwait o el desierto iraquí hacia el oeste. Creemos que los J-STARS los localizarán con sus radares y serán eliminados. Los iraquíes pueden camuflarlos cuanto quieran, pero el metal los revelará.

»Por lo demás, Irak cuenta con obuses con carga de gas que pueden ser disparados mediante tanques y artillería. Su alcance está por debajo de los 37 kilómetros. Sabemos que esos proyectiles ya están en sus lugares de almacenaje, pero ese alcance hace que se encuentren rodeados de desierto y sin ninguna cobertura. El personal aéreo confía en poder dar con ellos y destruirlos. Luego están los Scud, de

los que se están ocupando en estos mismos momentos.

—¿Y las medidas preventivas?

—Se han completado, señor presidente. Todos los hombres han sido vacunados, por si hubiera un ataque con ántrax. Los británicos también lo han hecho. A cada hora aumentamos la producción de la vacuna antiántrax. Y todos, hombres y mujeres, disponen de una máscara y un capote antigás. Si Saddam lo intenta...

El presidente se levantó y, volviéndose, contempló el escudo. El águila calva que aferraba las flechas le devolvió la mirada.

Veinte años antes había visto aquellas atroces bolsas con cremallera que contenían cadáveres procedentes de Vietnam, y sabía que ahora había muchas más almacenadas en discretos contenedores sin señales de identificación bajo el sol saudí.

Por muchas precauciones que se tomaran, siempre habría partes de piel expuesta y se darían casos de hombres que no habían podido colocarse la máscara a tiempo.

El año siguiente Bush se presentaría a la reelección, pero eso era lo de menos. Tanto si vencía como si era derrotado, no tenía intención de pasar a la historia como el presidente estadounidense que había enviado a decenas de miles de hombres a la muerte, y no en el curso de más de diez años, como en Vietnam, sino en unas pocas semanas o incluso días.

—Brent...

—Sí, señor presidente.

—James Baker se entrevistará pronto con Tariq Aziz.

—Dentro de seis días, en Ginebra.

—Pídele que venga a verme, por favor.

En los primeros días de enero, Edith Hardenberg empezó a disfrutar de veras por primera vez en muchos años. Era emocionante mostrarle y explicarle a su ilusionado y joven amigo las maravillas culturales que encerraba la ciudad.

El Winkler Bank había dado a sus empleados cuatro días de vacaciones, con motivo del Año Nuevo. Luego tendrían que limitar sus salidas culturales a las noches, cuando podrían asistir al teatro, a conciertos y recitales, o a los fines de semana, cuando museos y galerías todavía estaban abiertos.

Pasaron medio día en el Jugendstil, admirando el arte modernista, y otro medio en el Sezession, donde está la exposición permanente de obras de Klimt.

El entusiasta joven jordano no dejaba de hacer preguntas, y a Edith Hardenberg le brillaban los ojos mientras le explicaba que el fin de semana siguiente habría otra exposición extraordinaria en el Künstlerhaus y no debían perdersela de ninguna manera.

Tras ver los cuadros de Klimt, Karim la llevó a cenar a la Rotisserie Sirk. Ella protestó, porque era un lugar muy caro, pero su nuevo amigo le explicó que su padre

era un cirujano muy rico de Ammán, y que le daba asignación generosa.

Sorprendentemente, le permitió que le sirviera un vaso de vino y no se fijó en que lo llenaba hasta arriba. Su conversación se hizo más animada, en sus pálidas mejillas apareció un suave arrebol.

Mientras tomaban café, Karim se inclinó hacia delante y le tomó una mano. Ella pareció turbarse y miró rápidamente a su alrededor para comprobar si alguien les miraba, pero nadie se fijaba en ellos. Retiró la mano, pero lo hizo muy lentamente.

Aquel fin de semana visitaron cuatro de los tesoros culturales que ella consideraba indispensables, y cuando regresaron a través de la fría oscuridad hacia su coche tras la velada en el Musikverein, él le cogió la mano enguantada y la retuvo. Ella no la retiró y notó el calor que se filtraba a través del guante de algodón.

—Es usted muy amable al hacer todo esto por mí —le dijo él seriamente—. Estoy seguro de que debe de aburrirle mucho.

—Oh, no, de ninguna manera —se apresuró a decir ella—. Disfruto viendo y escuchando todas esas cosas hermosas, y me alegro de que a usted también le gusten. Muy pronto será un experto en el arte y la cultura europeos.

Cuando llegaron a su coche él le sonrió, tomó entre sus manos, sorprendentemente cálidas a pesar de que estaban descubiertas, el rostro de la mujer enfriado por el viento y la besó ligeramente en los labios.

—*Danke*, Edith —le dijo.

Entonces se alejó. Edith Hardenberg regresó a casa como de costumbre, pero las manos le temblaban tanto al volante que estuvo a punto de chocar con un tranvía.

El 9 de enero, el secretario de Estado James Baker se reunió en Ginebra con el ministro de Asuntos Exteriores iraquí, Tariq Aziz. La reunión no fue ni larga ni amistosa. Ciertamente que las partes implicadas no tenían intención de que lo fuera. Estaba presente un solo intérprete de inglés y árabe, aunque Tariq Aziz dominaba el inglés lo bastante bien para entender a la perfección al estadounidense, que hablaba lentamente y con gran claridad. Su mensaje era muy sencillo.

—Si en el curso de las hostilidades que puedan surgir entre nuestros países su gobierno decide emplear el arma del gas venenoso, prohibida internacionalmente, estoy autorizado a informarles, a usted y a su presidente, que mi país utilizará el arma nuclear. En una palabra, arrojaremos una bomba atómica sobre Bagdad.

El rechoncho iraquí de cabello gris comprendió el sentido del mensaje, pero al principio no podía creerlo. En primer lugar, ningún hombre en su sano juicio se habría atrevido a transmitir una amenaza tan desvergonzada al rais, quien, a la manera de los antiguos reyes babilonios, tenía la costumbre de hacer pagar al mensajero por el disgusto que se había llevado.

Por otro lado, en principio no tenía la seguridad de que el americano hablara en

serio, pues la lluvia radiactiva, los daños colaterales de una bomba atómica, sin duda no se remitirían exclusivamente a Bagdad. ¿No devastarían la mitad de Oriente Medio?

Durante el viaje de regreso a Irak, el turbado Tariq Aziz ignoraba tres cosas.

La primera era que el llamado «teatro» de la tecnología nuclear moderna había variado mucho desde que en 1945 cayera sobre Hiroshima la bomba atómica. Las nuevas bombas de daños limitados se llaman «limpias» porque, aunque los daños debidos al calor y la explosión son tan terribles como siempre, la radiactividad que dejan tiene una duración extremadamente breve.

Por otro lado, el buque de guerra *Wisconsin*, por entonces estacionado en el Golfo y al que se había unido el *Missouri*, transportaba tres cajas muy especiales de acero y hormigón, lo bastante resistentes, si el buque se hundía, para no degradarse durante diez mil años. Esos recipientes contenían tres misiles de crucero Tomahawk que los Estados Unidos confiaban en no tener que usar jamás.

La tercera cosa que Tariq Aziz ignoraba era que el secretario de Estado no estaba bromeando en absoluto.

El general sir Peter de la Billière paseaba a solas en la oscuridad nocturna del desierto, acompañado tan solo por sus pensamientos inquietos y el crujir de la arena bajo sus pies.

Soldado profesional durante toda su vida y veterano de guerra, sus gustos eran tan ascéticos como magro su cuerpo. Los lujos que ofrecían las ciudades le desagradaban bastante, y se sentía más a sus anchas en campamentos y vivacs en compañía de sus camaradas militares. Al igual que otros antes que él, apreciaba el desierto árabe, sus vastos horizontes, el calor ardiente y el frío que atería, y, muy a menudo, su formidable silencio.

Aquella noche, durante una visita al frente, uno de los placeres que se permitía tan a menudo como le era posible, se había alejado del campamento de St. Patrick, dejando tras él a los tanques Challenger bajo sus redes, como animales agazapados que aguardaran pacientemente su momento, y los húsares que preparaban la cena debajo de ellos.

Era ya amigo íntimo del general Schwarzkopf y estaba enterado secretamente de los consejos más confidenciales del personal de planificación, por lo que sabía que habría guerra. Menos de una semana antes de que expirase el plazo dado por las Naciones Unidas, no había el menor atisbo de que Saddam Hussein tuviera intención de retirarse de Kuwait.

Lo que le preocupaba aquella noche bajo las estrellas del desierto saudí era la imposibilidad de comprender qué se proponía el tirano de Bagdad. Como soldado, al general británico le gustaba comprender a su enemigo, sondear sus intenciones, sus

motivaciones, sus tácticas, su estrategia general.

Personalmente no sentía más que desprecio por el hombre que gobernaba Irak con mano de hierro. Los archivos ampliamente documentados que evidenciaban genocidio, tortura y asesinato le repugnaban. Saddam no era un soldado, nunca lo había sido, y si alguna vez había tenido algún talento militar, lo había desperdiciado en gran parte al desautorizar a sus generales o ejecutar a los mejores de ellos.

Pero el problema no era ése, sino el hecho de que Saddam Hussein había tomado claramente el mando en todos los aspectos, tanto políticos como militares, y nada de lo que hacía tenía el menor sentido.

Había invadido Kuwait en un momento inadecuado y por motivos erróneos. Luego había echado a perder sus posibilidades de tranquilizar a los demás estados árabes, asegurándoles que estaba dispuesto a seguir la vía diplomática, que era capaz de razonar y que el problema se resolvía dentro del ámbito de las negociaciones entre árabes. De haber seguido ese camino, muy probablemente habría podido contar con que el petróleo seguiría fluyendo y que Occidente perdería poco a poco interés por las conferencias interárabes que se alargarían durante años.

Era su propia estupidez lo que había hecho intervenir a Occidente y, para rematarlo todo, la ocupación iraquí de Kuwait, con sus múltiples violaciones y su brutalidad, su intento de utilizar a los occidentales como escudos humanos, había garantizado su aislamiento absoluto.

En los primeros días Saddam Hussein había tenido a su merced los ricos campos petrolíferos del nordeste de Arabia Saudí, pero no quiso avanzar. Con el Ejército y la Fuerza Aérea al mando de buenos generales, incluso habría podido llegar a Riad y dictar sus condiciones. No lo hizo, y entonces los occidentales establecieron el Escudo del Desierto, mientras el presidente iraquí cometía un error garrafal tras otro de relaciones públicas en Bagdad.

Puede que fuese un matón de barrio, pero en todos los demás aspectos era un bufón estratégico. Y no obstante, razonó el general británico, ¿cómo era posible que un hombre fuera tan estúpido?

Incluso ante la potencia aérea ahora alineada contra él, todos sus movimientos, tanto políticos como militares, eran erróneos. ¿No tenía idea del furor que iba a precipitarse desde los cielos sobre Irak? ¿No comprendía realmente el nivel de la potencia de fuego que estaba a punto de hacer retroceder diez años a su material blindado en unas pocas semanas?

El general se detuvo y se quedó mirando fijamente hacia el norte. Aquella noche no había luna, pero en el desierto las estrellas son tan brillantes que su luz permite ver vagamente los contornos. La tierra era llana y se extendía hacia el laberinto de muros de arena, zanjas cortafuegos, campos minados, marañas de alambre de espino y barrancos que formaban la línea defensiva iraquí a través de la cual los ingenieros

americanos del Gran Rojo Uno abrirían un camino para que los Challenger pudieran avanzar.

Y no obstante, el tirano de Bagdad tenía un solo as que el general conociera y temiese. Sencillamente, Saddam podía retirarse de Kuwait.

El tiempo no estaba a favor de los aliados, sino de Irak. El 15 de marzo comenzaría la festividad musulmana del Ramadán. Durante un mes ningún musulmán podría comer ni beber agua entre el alba y la puesta del sol. Las noches serían para comer y beber. Eso hacía que durante ese período para casi todos los ejércitos musulmanes fuese imposible ir a la guerra.

Después del 15 de abril el desierto se convertiría en un infierno, con temperaturas por encima de los 54 grados. La opinión pública de los aliados presionaría para que los soldados regresaran a casa, y en verano, la presión doméstica y la atrocidad de la vida en el desierto serían irresistibles. Los aliados tendrían que retirarse, y cuando lo hicieran ya no regresarían con semejante despliegue de hombres y material. La Coalición era un fenómeno que no se repetiría.

Así pues, el 15 de marzo era la fecha límite. La batalla terrestre podría durar hasta veinte días, por lo que, en caso de que se produjera, debería empezar el 23 de febrero. Pero Chuck Horner necesitaba sus 35 días de combate aéreo para destruir las armas, regimientos y defensas iraquíes. El 17 de enero era la fecha más tardía posible.

El general británico volvió a preguntarse qué se proponía aquel loco. ¿Acaso esperaba algo, alguna intervención divina producto de su imaginación, que aplastara a sus enemigos y le hiciera salir victorioso contra todo pronóstico?

Oyó un grito procedente del campamento de tanques, a sus espaldas. Se volvió. El comandante en jefe de los Reales Húsares Irlandeses de la Reina, Arthur Denaro, le llamaba para cenar. El robusto y jovial Arthur Denaro, quien un día iría en el primer tanque que avanzase a través de la brecha.

El general sonrió y emprendió el camino de regreso. Sería grato ponerse de cuclillas en la arena con los hombres, comer judías de lata y pan, escuchar las voces al amor de la lumbre, el monótono timbre nasal de Lancashire, la tonalidad ondulante, con las erres guturales, de Hampshire y el suave acento irlandés, reírse de las bromas y chistes, el rudo vocabulario de hombres que usaban un inglés abrupto para decir exactamente lo que querían, y con buen humor.

Que la tierra se tragase a aquel hombre en el norte. ¿Qué diablos estaba esperando?

La respuesta a la perplejidad del general británico se hallaba sobre una corredera acolchada bajo los fluorescentes de la factoría, a 25 metros de profundidad bajo la superficie del desierto, donde había sido construido.

Un ingeniero sacó brillo al artefacto y se apresuró a cuadrarse cuando se abrió la puerta de la sala. Solo entraron cinco hombres antes de que los dos guardianes armados del cuerpo de seguridad presidencial, el Amn al Khass, cerrasen la puerta.

Cuatro de los hombres se mantuvieron a cierta distancia del que iba en el centro. Vestía su habitual uniforme de combate, con relucientes botas de becerro y su arma personal al cinto. Un pañuelo de algodón verde cubría el triángulo entre la chaqueta y la garganta.

Uno de los otros cuatro era el guardaespaldas personal, quien, incluso allí, donde todo el mundo había sido registrado cinco veces por si llevaba armas ocultas, no se apartaba de su lado. Entre el rais y su guardaespaldas estaba el yerno, Hussein Kamil, al frente del Ministerio de Industria e Industrialización Militar, el MIMI. Como en tantos otros aspectos, era el MIMI el que se había hecho cargo del Ministerio de Defensa.

Al otro lado del presidente se hallaba la figura principal del programa nuclear iraquí, el doctor Jaafar al Jaafar, considerado abiertamente como el Robert Oppenheimer de Irak. Junto a él, pero un poco detrás, estaba el doctor Salah Siddiqui. Si Jaafar era el físico, Siddiqui era el ingeniero.

El acero de su invento tenía un brillo apagado bajo la luz blanca. Medía cuatro metros y medio de largo y escasamente un metro de diámetro.

En la parte trasera había un complicado dispositivo de un metro de largo destinado a absorber el impacto, el cual se desprendería en cuanto el proyectil hubiera sido lanzado. Incluso el resto de la envoltura de tres metros de largo era, de hecho, un «casquillo», una manga dividida en ocho secciones idénticas. Unos minúsculos pernos explosivos harían que la envoltura se separase cuando el proyectil partiera hacia su destino, dejando que el delgado núcleo, de sesenta centímetros de diámetro, avanzara solo.

El «casquillo» solo servía para contener el proyectil de sesenta centímetros de modo que llenara el metro necesario para ocupar el calibre del lanzador y proteger las cuatro aletas rígidas que ocultaba.

Irak no poseía la telemetría necesaria para dirigir aletas movibles mediante señales de radio desde tierra, pero las aletas rígidas servirían para estabilizar al proyectil en vuelo y evitarían que se bamboleara o cayese.

La puntiaguda cabeza separable era de una aleación especial de acero

ultrarresistente. Esta pieza también se desprendería finalmente.

Cuando un cohete que ha penetrado en el espacio interior durante su vuelo entra nuevamente en la atmósfera terrestre, esta crea un calor de fricción suficiente para fundir la cabeza separable. Por eso en su vuelo de regreso los astronautas necesitan un revestimiento antitérmico a fin de evitar que su cápsula se incinere al entrar en la atmósfera.

El artefacto que los cinco iraquíes examinaban aquella noche era similar. La cabeza separable de acero volaría sin problemas hacia arriba, pero no resistiría cuando entrase otra vez a la atmósfera. Si fuese retenido, el metal en fusión se doblaría y torcería, haciendo que el objeto que cae oscilara, se desviara bruscamente, girase de costado hacia la acometida del aire y ardiera.

La cabeza de acero estaba diseñada para que estallara en el apogeo del vuelo, revelando debajo de ella un cono de reingreso, más corto y romo, hecho de fibra de carbón.

Años atrás, el ahora difunto doctor Gerald Bull había intentado comprar para Bagdad una empresa británica en Irlanda del Norte, llamada LearFan. Era una compañía de aviación en bancarrota, que había intentado fabricar avionetas a reacción con muchos componentes de fibra de carbón. Lo que le interesaba al doctor Bull no eran las avionetas para ejecutivos, sino la maquinaria para hilar fibra de carbón que LearFan poseía.

La fibra de carbón es extremadamente resistente al calor, pero es también muy difícil de trabajar. El carbón se reduce primero a una especie de «lana» de la que se saca un hilo o filamento. El hilo se extiende y trenza muchas veces sobre un molde, y luego se fija a una armazón para darle la forma deseada.

Puesto que la fibra de carbón es esencial en la tecnología de los cohetes, y esta se clasifica como secreta, la exportación de tal maquinaria está estrictamente regulada. Cuando el servicio secreto británico se enteró del país al que iba destinado el equipo de LearFan y consultó en Washington, el trato se canceló. Se supuso que Irak no adquiriría su tecnología para fabricar filamento de carbón.

Los expertos se equivocaban. Irak probó otro sistema y esta vez tuvo éxito. Un proveedor estadounidense de productos para aire acondicionado y aislamientos fue persuadido para que vendiera a una compañía «tapadera» iraquí la maquinaria necesaria para fabricar hilo de lana de asbesto. Una vez en su destino, los ingenieros iraquíes la modificaron para obtener fibra de carbón.

La obra del doctor Siddiqui se encontraba entre el absorbedor de impactos en la parte trasera y la cabeza separable: una pequeña y ordinaria bomba atómica, aunque de perfecto funcionamiento, que sería lanzada por el principio del cañón de artillería, utilizando los catalizadores de litio y polonio para crear la tempestad de neutrones necesaria para iniciar la reacción en cadena.

Dentro del artefacto del doctor Siddiqui estaba el verdadero «triunfo», una esfera y un enchufe tubular que pesaban entre ambos 35 kilos y habían sido producidos bajo la dirección del doctor Jaafar. Eran de uranio puro 235 enriquecido.

Una lenta sonrisa de satisfacción se esbozó bajo el espeso bigote negro. El presidente avanzó y deslizó su dedo índice por el acero bruñido.

—¿Funcionará? —susurró—. ¿Funcionará de veras?

—Sí, sayidi rais —respondió el físico.

La cabeza tocada con una boina negra asintió lentamente varias veces.

—Hay que felicitaros, hermanos míos.

Debajo del proyectil, sobre un pedestal de madera, había una sencilla placa con la inscripción: *Qubth ut Allah*.

Tariq Aziz había reflexionado profundamente sobre si podría y, en caso de que lo consiguiese, de qué manera transmitir a su presidente la amenaza estadounidense que tan brutalmente le habían planteado en Ginebra.

Se conocían desde hacía veinte años, dos décadas durante las cuales el ministro de Asuntos Exteriores había servido a su señor con una entrega absoluta, poniéndose siempre de su parte durante las luchas tempranas dentro de la jerarquía del partido Baas, cuando había otros candidatos al poder. Siempre había sostenido el juicio personal de que la crueldad absoluta del hombre de Tikrit triunfaría, y siempre había acertado.

Habían trepado juntos por el resbaladizo poste del poder en una dictadura de Oriente Medio, uno siempre a la sombra del otro. Mediante una obediencia ciega, el rechoncho Aziz de cabello gris había logrado vencer la desventaja inicial que suponía haber tenido una educación superior y dominar un par de idiomas europeos.

Dejando a cargo de otros el ejercicio efectivo de la violencia, había observado y aprobado, como todos debían hacer en la corte de Saddam Hussein, mientras tenía lugar una purga tras otra y desfilaban camino del patíbulo columnas de oficiales del Ejército y miembros del partido caídos en desgracia. Estas ejecuciones, a menudo, estaban precedidas por angustiosas horas en Abu Ghraib a manos de los torturadores.

Había visto a buenos generales depuestos y fusilados por tratar de defender a los hombres a su mando, y sabía que los verdaderos conspiradores habían muerto más horriblemente de lo que él quería imaginar.

También había presenciado lo ocurrido a la tribu al-Juburi, en otro tiempo tan poderosa en el Ejército que nadie se atrevía a ofender a sus miembros, despojada y humillada, y los supervivientes obligados a arrodillarse y obedecer. Había guardado silencio cuando el medio hermano de Saddam, Ali Hassan Majid, entonces ministro del Interior, planeó el genocidio de los kurdos, no solo en Halabja, sino también en otros cincuenta pueblos y aldeas, a los que arrasó con bombas, artillería y gas.

Como todos los demás miembros del entorno del rais, sabía que no tenía ningún otro sitio adonde ir. Si algo le ocurría a su amo, también él estaría definitivamente acabado.

Al contrario que algunos alrededor del trono, Aziz era demasiado inteligente para creer que aquel era un régimen popular. Su verdadero temor no eran los extranjeros, sino la terrible venganza del pueblo de Irak si alguna vez le arrancaban el velo protector de Saddam.

Su problema aquel 11 de enero, mientras aguardaba el encuentro personal que había sido fijado tras su regreso de Europa, consistía en la manera de expresar la amenaza estadounidense sin atraer sobre él la inevitable ira del rais. Sabía que Saddam podía sospechar fácilmente que era él, el ministro de Asuntos Exteriores, quien había sugerido a los americanos que amenazasen a Irak. La paranoia carece de lógica, solo se rige por el instinto, unas veces acertado y otras erróneo. Muchos inocentes habían muerto, y sus familias con ellos, solo porque al rais se le había ocurrido sospechar de ellos.

Cuando dos horas después regresaba a su automóvil, se sentía aliviado y perplejo. Sus labios esbozaban una sonrisa.

Había visto al presidente relajado y afable, y de ahí su alivio. El rais había escuchado con expresión aprobatoria el brillante informe de Tariq Aziz sobre su misión en Ginebra. Afirmó haber observado en todas las personas con las que habló una comprensión generalizada por la posición de Irak y un sentimiento antiestadounidense que parecía ir en aumento en Occidente.

Saddam asintió con gesto de comprensión cuando Aziz echó las culpas a los comerciantes armamentísticos americanos, y cuando el ministro de Asuntos Exteriores, lleno de indignación, mencionó finalmente lo que James Baker le había dicho, la esperada explosión de ira por parte del rais no se produjo.

Mientras otros alrededor de la mesa estaban exaltados y echaban pestes contra el enemigo, Saddam Hussein siguió asintiendo, sonriente.

El ministro de Asuntos Exteriores también sonreía al abandonar la reunión, porque al final el rais le había felicitado por su misión europea. El hecho de que, según todos los criterios diplomáticos normales, esa misión hubiera sido un desastre, pues allí donde había ido le habían rechazado, sus anfitriones le habían tratado con una gélida cortesía y había sido incapaz de hacer mella en la resolución de los aliados de enfrentarse a su país, no parecía importar.

Su perplejidad procedía de algo que el rais había dicho al final de la audiencia. Había sido un aparte, una observación susurrada solamente al ministro de Asuntos Exteriores cuando le acompañó a la puerta.

—*Rafeek*, querido camarada, no te preocupes. Pronto tendré una sorpresa para los americanos. Todavía no, pero si los Beni el Kalb tratan alguna vez de cruzar la

frontera, no les responderé con gas, sino con el Puño de Dios.

Tariq Aziz hizo un gesto de asentimiento, aun cuando no sabía de qué le estaba hablando el rais. Lo supo junto con otros, solo veinticuatro horas más tarde.

En la mañana del 12 de enero tuvo lugar la última reunión del Consejo del Mando Revolucionario en pleno, celebrada en el palacio presidencial ubicado en la esquina de las calles Catorce de Julio y Kindi. Una semana después las bombas lo redujeron a escombros, pero el pájaro que estaba dentro había volado.

Como siempre, la convocatoria de la reunión llegó en el último momento. Por mucho que uno ascendiese en la jerarquía, al margen de la confianza depositada en él, solo un pequeño grupo de familiares, íntimos y guardaespaldas personales sabían dónde se encontraba exactamente el rais en una hora o un día determinados.

Si había sobrevivido a siete atentados muy bien planeados, había sido gracias a su obsesión por la seguridad personal.

Ni el servicio de contraespionaje ni la policía secreta de Omar Khatib y, desde luego, ni el Ejército ni la Guardia Republicana eran de suficiente confianza para proporcionar esa seguridad. La tarea recaía en la Amn al Khass, cuyos miembros eran jóvenes, casi adolescentes todavía, pero con una lealtad fanática y absoluta. Su jefe era el propio hijo del rais, Kusay.

Ningún conspirador podría saber jamás la carretera que recorrería el rais, cuándo o en qué vehículo. Sus visitas a las bases militares o instalaciones industriales eran siempre por sorpresa, no solo para aquellos que recibían la visita, sino también para los miembros de su entorno.

Incluso en Bagdad revoloteaba de un lugar a otro a capricho; unas veces pasaba varios días en el palacio, otras se retiraba a su búnquer detrás y debajo del hotel Rashid.

Cada plato que le servían tenía que ser probado primero, y el encargado de hacerlo era el hijo primogénito del jefe de cocina. Cada bebida venía en una botella con precinto.

Aquella mañana, cada miembro del Consejo del Mando Revolucionario había recibido la convocatoria a la reunión de manos de un mensajero especial una hora antes de su celebración. Así no había tiempo para efectuar los preparativos de un asesinato.

Las limusinas cruzaron el portal, dejaron a sus pasajeros y fueron a un aparcamiento especial. Cada miembro del Consejo pasó bajo un arco detector de metales. No se permitía llevar ningún arma personal.

Los treinta y tres asistentes se reunieron en la gran sala de conferencias, con su mesa en forma de T. Ocho se sentaron en la barra de la T, flanqueando el trono vacío, en el centro. Los demás lo hicieron unos frente a otros a lo largo del palo de la T.

Siete de los presentes eran parientes consanguíneos del rais y otros tres estaban emparentados por matrimonio. Estos y ocho más procedían de Tikrit o sus alrededores. Todos eran miembros del partido Baas desde hacía mucho tiempo.

Diez de los treinta y tres eran ministros y nueve generales del Ejército o la Fuerza Aérea. Saadi Tumah Abbas, ex comandante de la Guardia Republicana, había sido promovido a ministro de Defensa aquella misma mañana, y se sentaba, sonriente, en la cabecera de la mesa. Había sustituido a Abd al Jabber Shenshall, el renegado kurdo que mucho tiempo atrás había unido su suerte a la del verdugo de su propio pueblo.

Entre los generales del Ejército estaban presentes Musatafa Radi, de infantería; Farouk Ridha, de artillería; Ali Musuli, del Cuerpo de Ingenieros, y Abdullah Kadiri, del Cuerpo de Blindados.

En el extremo de la mesa se sentaban tres hombres que controlaban el aparato de Inteligencia: el doctor Ubaidi, de la Mukhabarat exterior; Hassan Rahmani, de contraespionaje, y Omar Khatib, de la policía secreta.

Cuando entró el rais, todos se levantaron y aplaudieron. El dirigente sonrió, tomó asiento, les indicó que hicieran lo mismo y dio comienzo a su declaración. No se habían reunido para discutir de nada, sino para escuchar lo que el presidente tenía que decirles.

Solo el yerno, Hussein Kamil, no mostró sorpresa alguna cuando el rais se embarcó en su perorata. Al cabo de cuarenta minutos dedicados a invocar la serie ininterrumpida de triunfos que habían marcado su liderazgo les dio la noticia, y la reacción fue de silencioso asombro.

Sabían que Irak lo había intentado durante años. Pero que el éxito en el único campo tecnológico que parecía capaz de asustar al mundo y ocasionar un temor reverencial incluso a los poderosos americanos se hubiera logrado ahora, en el mismo umbral de la guerra, parecía increíble. Era el resultado de la intervención divina. Pero la divinidad no estaba en los cielos, sino sentada allí mismo, delante de ellos, y sonreía apaciblemente.

Hussein Kamil, advertido de antemano, fue quien se levantó e inició la ovación. Los demás se apresuraron a imitarle, cada uno temeroso de ser el último en ponerse de pie o aplaudir con menos intensidad. Entonces ninguno estuvo dispuesto a ser el primero en detenerse.

Cuando dos horas después regresó a su despacho, Hassan Rahmani, el cortés y cosmopolita jefe del servicio de contraespionaje, despejó su mesa, ordenó que no le interrumpieran y se sentó con una taza de café fuerte entre las manos. Tenía que pensar, y hacerlo profundamente.

Como a todos los demás presentes en la sala, la noticia le había conmocionado. De repente el equilibrio de poder en Oriente Medio había cambiado, pero nadie lo sabía. Después de que el rais, con un admirable gesto de humildad, alzara las manos

pidiendo que cesara la ovación y reanudase su presidencia de la sesión, pidió a todos los presentes que juraran mantener en secreto lo que acababan de escuchar.

Rahmani comprendía esa exigencia. A pesar de la euforia desbordante que experimentaban todos al salir, y a la que él se había unido sin vacilación, preveía grandes problemas. Ningún arma de esa clase tiene ningún valor a menos que tus amigos y, lo que es más importante, tus enemigos sepan que la posees. Entonces solo los enemigos potenciales se humillarían mostrándose como amigos.

Algunas naciones que habían desarrollado el arma se habían limitado a anunciar el hecho mediante una prueba importante, dejando que el resto del mundo sacara las conclusiones. Otras, como Israel y Sudáfrica, habían dado a entender que la poseían, pero nunca lo habían confirmado, dejando que el mundo y, en especial, sus vecinos, hicieran conjeturas. A veces esa actitud surtía mejor efecto, pues la imaginación se desmandaba.

Pero Rahmani estaba convencido de que en el caso de Irak no sería así. Si lo que el rais había dicho era cierto, y él no tenía la completa seguridad de que no se trataba de otra estratagema, contando con una filtración eventual a fin de conseguir otra prórroga del ataque aliado, entonces nadie fuera de Irak lo creería.

La única manera que tenía Irak de utilizar el arma con fines disuasorios era demostrar que la poseía, algo que el rais ahora parecía negarse a hacer. Por supuesto, dicha demostración planteaba grandes dificultades.

Efectuar una prueba en el propio territorio estaba descartado, pues sería una completa locura. Enviar un barco muy al sur del océano Índico, abandonarlo y dejar que la prueba tuviera lugar allí podría haber sido posible en otro tiempo, pero no ahora. Todos los puertos estaban firmemente bloqueados. Sin embargo, podrían invitar a un equipo de la Agencia Internacional de la Energía Atómica, radicada en Viena, a fin de que examinaran el arma y se convencieran de que realmente existía. Al fin y al cabo, la AIEA les había visitado casi anualmente durante una década, y siempre habían conseguido engañarla sobre lo que allí se hacía. Si se les presentaban pruebas visuales, tendrían que dar crédito a sus ojos, aceptar humildemente lo ingenuos que habían sido en el pasado y confirmar la verdad.

No obstante, Rahmani acababa de oír que esa ruta estaba formalmente prohibida. ¿Por qué? ¿Porque todo era mentira? ¿Porque el rais tenía algún otro plan? Y lo que era más importante: ¿qué tenía que ver él, Rahmani, con el asunto?

Durante meses había contado con que Saddam Hussein cometería un error tras otro hasta embarcarse en una guerra que no podía ganar. Por fin lo había hecho. Rahmani había contado con la derrota que culminaría con la caída, ingeniada por los americanos, del rais y su consiguiente elevación en el régimen patrocinado por Estados Unidos. Ahora las cosas habían cambiado. Se dio cuenta de que necesitaba tiempo para pensar y encontrar la mejor manera de jugar aquella carta nueva y

asombrosa.

Ya había oscurecido cuando apareció una marca de tiza en un muro detrás de la iglesia caldea de San José, en la Zona de los Cristianos. Parecía un número ocho tendido de lado.

Aquella noche los ciudadanos de Bagdad temblaron. A pesar del bombardeo incesante de propaganda emitida por la radio iraquí y la fe ciega que tenían muchos en que todo era cierto, otros escuchaban discretamente el Servicio Mundial de la BBC en árabe, preparado en Londres pero radiado desde Chipre, y sabían que los Beni Naji estaban diciendo la verdad. La guerra era inminente.

En la ciudad se creía que los americanos empezarían con un bombardeo de saturación, y esa suposición llegó al mismo palacio presidencial. Habría una enorme cantidad de bajas civiles. El régimen lo asumía sin que le importara. En las altas esferas se calculaba que semejante matanza masiva de civiles en sus casas causaría una reacción mundial contra Estados Unidos, obligándole a desistir y marcharse. Por ese motivo se permitía aún, e incluso se estimulaba, la permanencia en el hotel Rashid de un notable contingente de periodistas extranjeros. Había guías preparados para acompañar rápidamente a los cámaras de las televisiones extranjeras a los escenarios del genocidio en cuanto este comenzara.

La sutileza de semejante argumento eludía de alguna manera a los habitantes de Bagdad. Muchos ya habían huido, y los que no eran iraquíes se encaminaban a la frontera jordana para engrosar la marea de refugiados procedentes de Kuwait iniciada cinco meses atrás, mientras los iraquíes buscaban refugio en el campo.

Nadie sospechaba, incluidos los millones de televidentes pegados a sus pantallas en toda América y Europa, el verdadero nivel de sofisticación tecnológica con que contaba el lúgubre Chuck Horner allá en Riad. Nadie podía imaginar que la mayor parte de los blancos serían seleccionados entre un menú preparado por las cámaras de los satélites en el espacio y demolidos mediante bombas guiadas por láser que pocas veces se desviaban de su objetivo.

Lo que sí supieron los ciudadanos de Bagdad, cuando la verdad obtenida de la BBC se filtró a través de bazares y mercados, era que cuatro días después de la medianoche del 12 de enero expiraría el plazo dado para abandonar Kuwait y llegarían los aviones americanos. Así pues, la ciudad permanecía en silenciosa expectativa.

Mike Martin avanzaba lentamente en su bicicleta. Había salido de la calle Shurja y rodeado la parte trasera de la iglesia. Vio la marca de tiza en el muro mientras pedaleaba, y siguió adelante. Al llegar al extremo del callejón se detuvo, bajó de la bicicleta y pasó algún tiempo ajustando la cadena mientras miraba hacia atrás para ver si había algún movimiento a sus espaldas.

No advirtió nada extraño; no había agentes de la policía secreta en los portales que delataran su presencia al cambiar de postura ni cabezas visibles en lo alto de los terrados. Regresó pedaleando, extendió la mano con el trapo húmedo, borró la marca de tiza y se alejó.

La figura en forma de ocho significaba que le aguardaba un mensaje detrás de un ladrillo en un viejo muro frente a la calle Abu Nawas, río abajo, a menos de un kilómetro de distancia.

De niño había jugado allí, corriendo por los muelles con Hassan Rahmani y Abdelkarim Badri, donde los vendedores cocinaban el delicioso *masgouf* sobre lechos de rescoldos de juncos olorosos y vendían las partes más tiernas de las carpas del Tigris a los transeúntes.

Las tiendas y las casas de té estaban cerradas. Pocos paseaban por los muelles como lo hacían antes. El silencio era un aliado de Martin. En lo alto de Abu Navas vio un grupo de policías de paisano de la AMAM, pero no se fijaron en el *fellagha* que pedaleaba tras hacer un recado para su amo. La presencia de aquellos agentes le reconfortó, pues la AMAM se distinguía por su torpeza. Si iban a poner bajo vigilancia un buzón muerto, no utilizarían a un grupo de hombres tan visibles en la entrada de la calle. Su vigilancia podría ser un intento de refinamiento, pero era defectuoso.

El mensaje estaba allí. El ladrillo volvió a su lugar en un instante y el papel doblado quedó oculto en la entrepierna de sus calzoncillos. Minutos después cruzaba el puente de Ahrar sobre el Tigris, pasando de Risafa a Karch, y se dirigía a la casa del diplomático de la embajada soviética en Mansour.

Llevaba nueve semanas en la finca rodeada por una valla, y ya se había aclimatado. La cocinera rusa y su marido le trataban bien, y había aprendido algunas frases de su idioma. Todos los días iba a comprar verduras frescas, lo cual le daba una buena excusa para examinar todos sus buzones muertos. Había transmitido catorce mensajes al invisible Jericó, y recibido quince de este.

En ocho ocasiones le habían detenido los hombres de la AMAM, pero en todas ellas su porte humilde, la bicicleta y la cesta con verduras, fruta, café, especias y otros víveres, más la carta del diplomático y su evidente pobreza le habían permitido salir del paso sin ningún tropiezo.

No podía saber qué planes se estaban llevando a cabo en Riad, pero tenía que redactar todas las preguntas y peticiones dirigidas a Jericó en su propia caligrafía árabe tras escucharlas en las transmisiones grabadas que le llegaban, y leer las respuestas de Jericó a fin de enviarlas a Simon Paxman en transmisiones «condensadas».

Como soldado que era, comprendía que la información política y militar de Jericó tenía que ser de valor inapreciable para un general en jefe que preparaba un ataque

contra Irak.

Ya había adquirido un calentador de petróleo y una lámpara Petromax para iluminar su chamizo. Unos sacos de arpillera traídos del mercado servían ahora como rudas cortinas para cubrir las ventanas, y si alguien se acercaba oiría el sonido de sus pasos en la grava.

Aquella noche regresó agradecido al calor de su hogar, echó el cerrojo a la puerta, se aseguró de que las cortinas cubrían las ventanas en su totalidad, encendió la lámpara y leyó el último mensaje de Jericó. Era más breve de lo acostumbrado, pero la brevedad no disminuyó su impacto. Martin lo leyó dos veces para asegurarse de que no había sufrido una pérdida repentina de sus conocimientos de árabe, musitó «Dios mío» y levantó las baldosas sueltas para sacar el magnetófono.

A fin de evitar cualquier malentendido, leyó el mensaje lenta y cuidadosamente en árabe y en inglés, antes de mover los mandos para rebobinar la cinta a gran velocidad y reducir su mensaje de cinco minutos a un segundo y medio.

Lo transmitió veinte minutos después de medianoche.

Sabedor de que aquella noche existía una ventana de transmisión entre quince y treinta minutos después de medianoche, Simon Paxman no se había acostado. Estaba jugando a cartas con uno de los técnicos de radio cuando llegó el mensaje. El segundo operador de radio trajo la noticia desde la sala de comunicaciones.

—Será mejor que venga a escuchar esto... ahora mismo, Simon.

Aunque en el puesto del SIS en Riad trabajaban muchos hombres, el control de Jericó se consideraba tan secreto que solo Paxman, el jefe de estación, Julian Gray, y dos técnicos de radio conocían aquel asunto. Sus tres habitaciones habían sido prácticamente aisladas del resto de la finca.

Simon Paxman escuchó la voz en la gran grabadora que estaba en la «choza de la radio», en realidad un dormitorio transformado. Martin hablaba primero en árabe, leyendo dos veces el mensaje manuscrito literal de Jericó, y luego daba su propia traducción, también dos veces.

Mientras escuchaba, Paxman sintió como si una mano grande y fría le revolviera las entrañas. Algo había salido mal, muy mal. Lo que estaba escuchando no podía ser cierto. Los otros dos hombres permanecían en silencio a su lado.

—¿Es él? —preguntó Paxman alarmado en cuanto finalizó el mensaje.

Lo primero que acudía a su mente era que Martin había sido capturado y la voz que acababa de oír era la de un impostor.

—Sí, es él, he hecho las comprobaciones oportunas. No hay duda alguna de que es él.

Las pautas del habla tienen tonos y ritmos variables, altos y bajos, cadencias que pueden ser registradas con un osciloscopio que las reduce a una serie de líneas sobre

una pantalla, como un monitor de latidos cardíacos.

Cada voz humana es ligeramente diferente, por muy buena que sea la imitación. Antes de su partida hacia Bagdad, la voz de Mike Martin había sido grabada en una de tales máquinas. Más tarde las transmisiones desde Bagdad habían recibido el mismo tratamiento, por si la reducción y el aumento de la velocidad, junto con cualquier distorsión producida por el magnetófono o la transmisión mediante satélite, causaban alguna variación.

La voz que llegó de Bagdad aquella noche coincidía con la voz registrada. Era Martin, y nadie más que él, quien hablaba.

Paxman temía también que Martin hubiera sido capturado, torturado y le hubieran «dado la vuelta», y que ahora emitiera bajo coacción. Rechazó esa idea como sumamente improbable.

Había palabras convenidas de antemano, una pausa, una vacilación, una tos, que habrían advertido a los escuchas de Riad en caso de que el agente no transmitiera libremente. Además, su transmisión anterior solo había tenido lugar tres días antes.

La policía iraquí podía ser brutal, pero no era rápida. Y Martin tenía una gran resistencia. Un hombre detenido y obligado a transmitir lo que sus captores quisieran estaría destrozado, la tortura le habría convertido en una piltrafa, lo cual se notaría en su manera de hablar.

Eso significaba que Martin era de fiar: el mensaje que había leído era precisamente el que Jericó le había hecho llegar aquella noche. Esto planteaba más imponderables. O Jericó estaba en lo cierto, o se equivocaba o mentía.

—Llame a Julian —dijo Paxman a uno de los técnicos de radio.

Mientras el hombre iba en busca del jefe de estación, que estaba durmiendo arriba, Paxman telefoneó por la línea privada a su colega americano, Chip Barber.

—Será mejor que venga cuanto antes, Chip —le dijo.

El hombre de la CIA se despertó enseguida. Algo en la voz del inglés le dijo que aquel no era el momento para gastar bromas.

—¿Hay problemas, amigo mío?

—Así lo parece desde aquí —admitió Paxman.

Barber cruzó la ciudad y llegó a la casa del SIS en media hora, con un suéter y los pantalones encima del pijama. Eran las dos de la madrugada. Por entonces Paxman tenía la cinta en inglés y árabe, más una transcripción en ambos idiomas. Los dos técnicos de radio, que habían trabajado durante años en Oriente Medio, hablaban el árabe con fluidez y confirmaron que la traducción de Martin era exacta.

—Debe de estar bromeando —susurró Barber cuando oyó la grabación.

Paxman examinó las comprobaciones ya efectuadas para establecer la autenticidad de la voz de Martin.

—Mire, Simon, Jericó informa de lo que él asegura haber oído a Saddam esta

mañana, perdón, ayer por la mañana. Es posible que Saddam mienta. No hay duda de que falta a la verdad con la misma facilidad con que respira.

Cierto o falso, aquel asunto no podía ser tratado en Riad. Los puestos locales del SIS y la CIA podrían proporcionar a sus generales información táctica e incluso estratégica militar procedente de Jericó, pero la política correspondía a Londres y Washington. Barber consultó su reloj. Eran las siete de la tarde en la capital de Estados Unidos.

—En estos momentos estarán mezclando sus cócteles —comentó—. Será mejor que los hagáis fuertes, muchachos. Informaré de esto a Langley de inmediato.

—Pues en Londres están tomando cacao y galletas —dijo Paxman—. Me pondré en contacto con Century, a ver qué sacan en claro.

Barber salió para enviar su copia de la transmisión codificada a Bill Stewart, con una urgencia clasificada como «cósmica», la más alta conocida. Eso significaría que, dondequiera que estuviese, los técnicos de codificación darían con él y le dirían que utilizase una línea segura.

Paxman hizo lo mismo con respecto a Steve Laing, a quien despertaron en plena noche y pidieron que abandonara su cálido lecho para salir a la noche helada y dirigirse a Londres.

Había una última cosa que Paxman podía hacer, y la hizo. A las cuatro de la madrugada Martin tenía una ventana de transmisión solo para escucha. Paxman esperó levantado y envió a su hombre en Bagdad un mensaje tan corto como explícito. Decía que Martin no debía acercarse, hasta nuevo aviso, a ninguno de sus seis buzones muertos. Por si acaso.

Karim, el estudiante jordano, efectuaba unos progresos lentos pero firmes en su cortejo de fräulein Edith Hardenberg. Esta le permitía que le cogiera la mano cuando paseaban por las calles de la vieja Viena, la escarcha de las aceras crujiendo bajo sus pies. La mujer incluso admitía en su fuero interno que era agradable caminar cogidos de la mano.

En la segunda semana de enero consiguió localidades para el Burgtheater... pagadas por Karim. Era una representación de Grillparzer, *Cygnus und sein Ring*.

Antes de ir, ella le contó excitada que se trataba de un viejo rey con varios hijos, y aquel a quien legara su anillo sería el sucesor. Karim asistió a la representación con expresión estática y pidió varias explicaciones sobre el texto, al que se refirió constantemente durante la obra.

En el entreacto, Edith respondió entusiasmada a todas sus preguntas. Más tarde Avi Herzog le diría a Barzilai que la obra había sido tan excitante como ver secarse una pared pintada.

—Eres un filisteo —le dijo el hombre del Mossad—. No tienes cultura.

—No estoy aquí por mi cultura —replicó Avi.

—Entonces sigue con ello, muchacho.

El domingo, Edith, que era devota católica, asistía a misa matinal en la Votivkirche. Karim le explicó que, como musulmán, no podía acompañarla, pero la esperaría en un café al otro lado de la plaza.

Luego, cuando tomaban café al que él añadió ex profeso un chorrito de schnapps que sonrosó las mejillas de la dama, le explicó las diferencias y similitudes entre el cristianismo y el Islam, la adoración común de un solo Dios verdadero, la sucesión de patriarcas y profetas, las enseñanzas, los libros santos y los códigos morales. Edith le escuchaba temerosa pero fascinada. Se preguntaba si escuchar todo aquello podría poner en peligro su alma inmortal, pero le asombraba enterarse de que había estado equivocada al creer que los musulmanes se inclinaban ante ídolos.

—Me gustaría que cenáramos juntos —le dijo Karim tres días después.

—Bueno, sí, pero no te gastes mucho conmigo —replicó Edith.

Ahora podía mirar su rostro juvenil y sus ojos castaños con placer, pero no dejaba de recordarse que la diferencia de edad entre ellos era de diez años, y pensar en algo más que una amistad platónica se le antojaba absolutamente ridículo.

—No quiero cenar en un restaurante.

—¿Dónde entonces?

—¿Cocinarías para mí, Edith? ¿Sabes cocinar? ¿Auténtica comida vienesa?

Ella se ruborizó ante la idea. Cada noche, a menos que fuese sola a un concierto, se preparaba un modesto tentempié en la pequeña habitación de su pisito que le servía de comedor. Pero se dijo que sí, en efecto, sabía cocinar, aunque hacía tanto tiempo que no lo hacía para nadie... Además, arguyó, él la había llevado a varios restaurantes caros... y era un joven en extremo cortés y bien educado. ¿Qué de malo podía haber en ello?

Decir que el informe de Jericó transmitido la noche del 12 al 13 de enero ocasionó consternación en ciertos círculos secretos de Londres y Washington sería una verdad a medias. Lo cierto era que ocasionó un pánico controlado.

Uno de los problemas era el reducidísimo círculo de personas que conocía la existencia del confidente, y no digamos los detalles de la operación clandestina. El principio de la «necesidad de conocer» puede parecer quisquilloso o incluso obsesivo, pero tiene un motivo.

Todos los servicios secretos se sienten obligados hacia un agente que trabaja para ellos en una situación de muy alto riesgo, por muy innoble que pueda ser el agente como persona. El hecho de que Jericó fuese claramente un mercenario y no un ideólogo de altas miras era lo de menos. El hecho de que estuviera traicionando cínicamente a su país y su gobierno era irrelevante. De todos modos el gobierno de

Irak era considerado completamente repulsivo, de manera que se trataba de un canalla traicionando a un puñado de canallas.

Lo que contaba, aparte del evidente valor de Jericó y el hecho de que su información muy bien podría salvar vidas de los aliados en el campo de batalla, era la alta posición que ostentaba y la posibilidad que tenía de acceder a informaciones de tal calibre que le convertían en un bien inapreciable. Era por ello que las dos agencias que le controlaban habían restringido el conocimiento de su existencia a un minúsculo círculo de iniciados. Ni los ministros del gobierno ni los políticos ni los funcionarios ni los militares habían sido informados oficialmente de que Jericó existía.

En consecuencia, los informes del agente habían sido disfrazados de diversas maneras. Se había ideado toda una serie de tapaderas para explicar la procedencia de aquel torrente de información.

Se suponía que los informes de carácter militar se debían a desertores iraquíes de Kuwait, entre ellos un comandante inexistente al que habían interrogado a fondo en una instalación encubierta de los servicios secretos en Oriente Medio, pero fuera de Arabia Saudí.

La información científica y técnica relativa a las armas de destrucción masiva estaba camuflada entre un licenciado en ciencias iraquí que se había pasado a los británicos tras haber estudiado en el Imperial College de Londres y haberse enamorado de una muchacha inglesa, y una serie de técnicos europeos que habían trabajado en Irak entre los años 1985 y 1990.

Los informes de naturaleza política se atribuían a una mezcla de refugiados que salían de Irak, mensajes radiofónicos encubiertos desde el Kuwait ocupado y brillantes informes de *sigint* y *elint*, inteligencia de señales y electrónica respectivamente, escuchas telefónicas y radiofónicas y vigilancia aérea.

Pero ¿cómo explicar un informe directo de lo que había dicho Saddam, por extravagante que pareciera, en una reunión a puerta cerrada en su propio palacio, sin admitir que existía un agente en los círculos más altos de Bagdad?

Los peligros de admitir semejante cosa eran tremendos. En primer lugar, había filtraciones, lo cual era algo que sucedía a menudo. Continuamente se filtran documentos gubernamentales, informes de los funcionarios y mensajes interdepartamentales. Desde el punto de vista de los servicios secretos, los políticos son los peores. Si damos crédito a las pesadillas de los maestros del espionaje, los políticos hablan por los codos con sus esposas, amigas, amigos, peluqueros, chóferes y camareros. Incluso hablan entre ellos de temas confidenciales con un camarero inclinado sobre su mesa.

Añádase a esto el hecho de que la prensa y otros medios de comunicación en Gran Bretaña y Estados Unidos tienen veteranos cuyos talentos investigadores hacen

que Scotland Yard y el FBI parezcan duros de mollera, y se comprenderá el problema que entrañaba dar una explicación satisfactoria del producto que entregaba Jericó sin admitir la existencia de este.

Finalmente, en Londres y Washington seguía habiendo centenares de estudiantes iraquíes, algunos sin duda agentes de la Mukhabarat del doctor Ismail Ubaidi, dispuestos a informar a su país de cualquier cosa que vieran u oyesen.

No se trataba tan solo de que alguien denunciara a Jericó por su nombre, cosa que sería imposible. Bastaría un atisbo de que una información que no debería haber salido de Bagdad lo había hecho para que la red de contraespionaje de Rahmani hiciera horas extras a fin de detectar y aislar la fuente. En el mejor de los casos, eso significaría el futuro silencio de Jericó a fin de protegerse, y en el peor su captura.

Mientras avanzaba la cuenta atrás para el inicio del ataque aéreo, las dos agencias volvieron a ponerse en contacto con sus anteriores expertos en el campo de la física nuclear y les pidieron una rápida reevaluación de los informes que ya habían dado. ¿Existía, después de todo, una posibilidad, por mínimamente concebible que fuese, de que Irak estuviera en condiciones de disponer de una instalación mayor y más rápida para la separación de isótopos de lo que se había creído hasta entonces?

En Gran Bretaña se consultó una vez más a los expertos de Harwell y Aldermaston; en Estados Unidos a los de Sandia, Lawrence Livermore y Los Álamos. Apremiaron especialmente al departamento Z de Livermore, donde controlaban de modo continuo la proliferación nuclear en el Tercer Mundo.

Aunque bastante enfadados, los científicos se reafirmaron en sus conjeturas. Incluso suponiendo la peor situación posible, que no una sino dos «cascadas» centrifugadoras de difusión gaseosa estuvieran trabajando desde hacía no uno sino dos años, no existía la menor posibilidad de que Irak dispusiera de más de la mitad del uranio 235 necesario para un solo artefacto de tamaño mediano.

Las agencias se encontraban, pues, ante una gama de opciones. Saddam se equivocaba porque le habían mentido. Tal conclusión era improbable. Los responsables pagarían con sus vidas por semejante ultraje al rais.

Saddam lo había dicho pero mentía. Esta conclusión era muy factible. Lo habría hecho para reforzar la moral entre sus seguidores tibios y aprensivos. Pero en ese caso ¿por qué habría limitado el conocimiento de la noticia a los fanáticos más íntimos, que no eran tibios ni aprensivos? La propaganda reforzadora de la moral es para las masas y el extranjero. El enigma seguía sin respuesta.

Saddam no lo había dicho, en cuyo caso todo el informe era un fárrago de mentiras, lo cual tenía una conclusión secundaria: Jericó había mentido porque estaba ávido de dinero y creía que, dada la inminencia de la guerra, su actuación como espía pronto habría terminado. Había pedido un millón de dólares por su información.

Jericó mentía porque había sido desenmascarado y lo había revelado todo. Esta

conclusión también era posible y planteaba un riesgo tremendo para el hombre que mantenía el contacto en Bagdad. Al llegar a ese punto, la CIA asumió con firmeza la situación. Como Langley era quien pagaba, tenía el perfecto derecho a hacerlo.

—Le diré el resultado final, Steve —dijo Bill Stewart a Steve Laing la noche del 14 de enero, a través de una línea segura desde la CIA a Century House—. Saddam se equivoca o miente, y lo mismo podemos decir de Jericó. En cualquier caso, el Tío Sam no ingresará un millón de pavos en una cuenta de Viena por esta clase de basura.

—¿No podría ser que, a la postre, la opción no considerada fuese cierta, Bill?

—¿A cuál se refiere?

—¿Que Saddam lo dijera y que fuese en serio?

—De ninguna manera. Es un burdo truco de naipes. No nos lo vamos a tragar. Mire, Jericó lo ha hecho muy bien durante nueve semanas, aunque ahora tengamos que revisar de nuevo los informes que nos ha dado. La mitad del material ya ha sido examinado y es bueno. Pero con su último informe ha metido la pata. Creemos que ese es el final de la línea. No sabemos por qué, pero así lo han decidido en las alturas.

—Eso nos crea problemas, Bill.

—Lo sé, amigo mío, y por ello le llamo nada más terminar la conferencia con el director. O Jericó ha sido capturado y se lo ha dicho todo a los matones, o está a punto de esfumarse. Pero si llega a saber que no enviaremos a su cuenta un millón de dólares, supongo que se pondrá desagradable. Sea como fuere, eso es una mala noticia para el agente que ustedes tienen allí. Es un buen elemento, ¿no?

—El mejor, con un temple excelente.

—Pues sáquele de ahí, Steve, y cuanto antes.

—Creo que eso es lo que tendremos que hacer, Bill. Gracias por el aviso. Lástima, era una buena operación.

—Ha sido la mejor mientras ha durado.

Stewart colgó. Laing subió a ver a sir Colin. La decisión se tomó en menos de una hora.

La mañana del 15 de enero, a la hora del desayuno, todos los pilotos que aguardaban en Arabia Saudí, estadounidenses, británicos, franceses, italianos, saudíes y kuwaitíes, sabían que iban a la guerra.

Creían que políticos y diplomáticos no habían logrado impedirlo. A lo largo del día todas las unidades aéreas pasaron a la fase de alerta prebélica.

Los centros nerviosos de la campaña estaban localizados en tres establecimientos de Riad.

En las afueras de la Base Aérea Militar de Riad había una agrupación de enormes tiendas de campaña provistas de aire acondicionado, a las que, por la luz verde que se filtraba en ellas a través de la lona, llamaban el Granero. Este era el primer filtro de la

marea de fotografías aportadas por los servicios secretos que habían fluido durante semanas y que se duplicarían y triplicarían en las próximas semanas.

El producto del Granero, una síntesis de la información fotográfica más importante aportada por numerosas salidas aéreas de reconocimientos, recorría más de kilómetro y medio carretera arriba hasta el cuartel general de la Fuerza Aérea saudí, gran parte de la cual había sido traspasada a la Fuerza Aérea Central, o CENTAF.

Un gigantesco edificio de vidrio y cemento, de 150 metros de longitud y sostenido sobre pilotes, albergaba el cuartel general. En el sótano, que ocupaba toda su longitud, tenía su base el CENTAF.

A pesar de la gran extensión del sótano, el espacio era insuficiente, por lo que el aparcamiento estaba repleto de una serie de tiendas de campaña verdes y casetas prefabricadas donde tenía lugar el resto de la actividad interpretativa.

En el sótano estaba el punto focal de todo ello; se trataba del Centro Conjunto de Producción de Imágenes, un laberinto de salas intercomunicadas en las que trabajaron durante la guerra 250 analistas, británicos y estadounidenses, de los tres ejércitos y de todos los grados. Aquel era el llamado Agujero Negro.

Técnicamente, el director del centro era el general en jefe de la Fuerza Aérea, Chuck Horner, pero como a menudo tenía que acudir al Ministerio de Defensa, otro kilómetro y medio carretera arriba, lo más frecuente era encontrar allí a su segundo, el general Buster Glosson.

Los planificadores del combate aéreo que estaban en el Agujero Negro consultaban diariamente, e incluso a cada hora, un documento llamado Gráfico de Objetivos Básicos, una lista y un mapa de todo cuanto había en Irak considerado como blanco de un «golpe». De ahí salía el vademécum cotidiano de todo jefe de la Fuerza Aérea, de los grupos de Inteligencia y planificación de operaciones, así como las tripulaciones aéreas en el teatro del Golfo, la Orden de Misiones Aéreas.

Este documento, conocido por las siglas ATO, era muy detallado, tanto que llenaba más de cien páginas mecanografiadas. Se tardaba tres días en prepararlo.

En primer lugar estaba la «delimitación», la decisión de los porcentajes de objetivos en Irak que podían ser alcanzados y las clases de aparatos disponibles para ese ataque.

El segundo día se determinaba la «cuota», la conversión del porcentaje de blancos iraquíes en números y emplazamientos. El tercer día se dedicaba a la «distribución», la decisión de quiénes recibían la asignación de determinados objetivos. En el proceso de distribución podía decidirse, por ejemplo, que tal objetivo era para los Tornado británicos, tal otro para los Strike Eagle americanos, este para los Tomcat de la Armada, aquel para los Phantom y tal otro para la Estratofortaleza B-52.

Solo entonces se enviaría a cada escuadrilla y ala su menú del día siguiente. A

partir de ese momento les tocaría a ellos hacerlo: encontrar el blanco, determinar la ruta, enlazar con los aviones nodriza para repostar, planear la dirección del ataque, calcular los blancos secundarios en caso de que la operación principal fuese cancelada y fijar la ruta de regreso.

El comandante de la escuadrilla elegiría sus tripulaciones, pues muchas escuadrillas tenían blancos múltiples designados en un solo día, y nombraría a sus jefes de vuelo y pilotos de flanco.

Los oficiales de armamento aéreo, entre los que se encontraba Don Walker, seleccionarían la munición, bombas de «hierro» o «tontas», que no son guiadas, bombas o cohetes guiados por láser, etcétera.

A kilómetro y medio carretera del Antiguo Aeropuerto abajo se encontraba el tercer edificio. El enorme Ministerio de Defensa saudí está formado por cinco grandes bloques unidos de reluciente cemento blanco y siete pisos de altura, con columnas estriadas hasta el cuarto.

Habían destinado al general Norman Schwarzkopf una elegante suite en el cuarto piso en la que casi nunca estaba, pues solía dormir en una litera instalada en un cuartito del subsótano, lo que le permitía estar cerca de su puesto de mando.

El ministerio mide en total cuatrocientos metros de largo y treinta de altura, una prodigalidad que rindió dividendos en la guerra del Golfo, cuando Riad tuvo que ser anfitriona de tantos extranjeros inesperados.

En el subsuelo hay otras dos plantas que ocupan toda la longitud del edificio. El mando de la Coalición ocupaba sesenta metros de los cuatrocientos.

Era allí donde los generales se reunieron en cónclave durante la guerra, contemplando un mapa gigantesco mientras los oficiales de estado mayor indicaban lo que se había hecho, los fallos habidos, lo que había aparecido, lo que se había movido, cuáles habían sido la respuesta y las disposiciones iraquíes.

Aquel día de enero, protegido del cálido sol, un jefe de escuadrilla británico permanecía ante el mapa mural que mostraba los setecientos blancos clasificados en Irak, 240 primarios y el resto secundarios, y observó:

—Bueno, eso es todo.

Por desgracia, aquello no era todo. Los planificadores no sabían, a pesar de los satélites y la tecnología, que el puro ingenio humano en forma de camuflaje y *mashirovka* les había engañado.

En centenares de emplazamientos desperdigados por todo el territorio de Irak y Kuwait los tanques permanecían silenciosos bajo sus redes, bien localizados por los aliados gracias al contenido metálico captado por los radares en vuelo. Muchos de ellos eran de tablas machihembradas, madera terciada y hojalata, y en su interior unos barriles llenos de virutas de hierro proporcionaban la apropiada respuesta metálica a los sensores.

Sobre docenas de viejos chasis de camión se montaron réplicas de lanzadores móviles de misiles Scud, que en su momento serían seriamente bombardeados.

Pero aún más grave era el hecho de que setenta blancos primarios relacionados con las armas de destrucción masiva no habían sido localizados porque estaban enterrados a gran profundidad o disfrazados astutamente.

Solo más tarde los planificadores se preguntarían asombrados cómo los iraquíes habían logrado reconstruir divisiones totalmente destruidas con una rapidez tan increíble. Solo más tarde los inspectores de las Naciones Unidas descubrirían plantas y almacenes que les habían pasado inadvertidos, y sabrían que todavía quedaban más instalaciones enterradas.

Pero en aquel cálido día de 1991 nadie sabía tales cosas. Lo que sabían los jóvenes que estaban en las líneas de vuelo desde Tabuk, en el oeste, a Bahrein, en el este, y el Khamis Mushait ultrasecreto en el sur, era que en cuarenta horas tal vez fuesen a la guerra y en ese caso algunos de ellos no regresarían.

En el último día antes de que fueran impartidas las instrucciones finales, la mayoría de ellos escribió a su casa. Algunos mordisqueaban sus lápices y se preguntaban qué dirían. Otros pensaban en sus esposas e hijos y lloraban al escribir. Las manos acostumbradas a controlar toneladas de metal mortífero trataban de expresar con unas palabras que parecían inadecuadas lo que realmente sentían. Los amantes intentaban decir lo que deberían haber susurrado antes, los padres pedían a sus hijos que cuidaran de sus madres si ocurría lo peor.

El capitán Don Walker oyó la noticia con todos los pilotos y personal aéreo de los Rocketeers del 336 TFS en un conciso anuncio del comandante del ala en Al Kharz. Eran poco más de las nueve de la mañana, y el sol golpeaba ya el desierto como el martillo sobre el yunque.

No había rastro de las chanzas habituales mientras los hombres salían de la tienda de instrucciones, cada uno sumido en sus pensamientos, que en todos los casos eran más o menos los mismos: el último intento de evitar una guerra había fracasado; políticos y diplomáticos habían celebrado una conferencia tras otra, habían asumido posturas y declamado, instado, intimidado, suplicado, amenazado y halagado para evitar un enfrentamiento armado, pero todo había sido en vano.

Por lo menos así lo creían aquellos jóvenes a los que acababan de decir que habían finalizado las conversaciones, incapaces de comprender que durante todos los meses pasados los habían estado adiestrando para cuando ese día llegase.

Walker observó al jefe de su escuadrilla, Steve Turner, que regresaba a su tienda con pasos pesados para escribir la que estaba convencido sería su última carta a Betty-Jane, allá en Goldsboro, Carolina del Norte. Randy Roberts intercambió unas breves palabras con el técnico Henry, tras lo cual se separaron y fueron en direcciones diferentes.

El joven de Oklahoma contempló la bóveda azul celeste del cielo, en la que había ansiado encontrarse desde que era un niño en Tulsa y bajo la cual pronto podría morir a los treinta años, y encaminó sus pasos hacia el perímetro. Como los demás, deseaba estar a solas.

En la base de Al Kharz no había ninguna valla, sino tan solo el ocre mar de arena, esquistos y grava que se extendía hasta el horizonte y más allá, hacia nuevos horizontes. Pasó ante los hangares en forma de concha agrupados alrededor de la faja de estacionamiento de hormigón donde los mecánicos trabajaban en los aviones y los jefes de tripulación pasaban entre los equipos, hablando y efectuando comprobaciones para asegurarse de que cuando cada uno de sus aparatos finalmente entrase en combate fuese una máquina tan perfecta como era capaz de hacerla la mano humana.

Walker localizó su aparato Eagle y, como siempre, experimentó un temor reverencial al contemplar el F-15 desde cierta distancia, por su aire serenamente amenazador. Estaba agazapado en silencio entre el enjambre de hombres y mujeres enfundados en monos que pululaban en torno a su corpulenta estructura, inmunes al amor o la lujuria, el odio o el temor, aguardando pacientemente el momento en que por fin haría aquello para lo que había sido diseñado durante tantos años en el tablero de dibujo: llevar fuego y muerte a quienes designara el presidente de Estados Unidos. Walker envidiaba a su Eagle, pues, a pesar de su enorme complejidad, nunca sentiría nada, jamás podría tener miedo.

Abandonó la ciudad de tiendas de campaña y recorrió la llanura de esquistos, los ojos protegidos por la visera de la gorra de béisbol y las gafas de aviador, sintiendo apenas el calor del sol sobre sus hombros.

Durante ocho años había pilotado un avión de su país, y lo había hecho porque lo amaba. Pero ni una sola vez hasta ese momento había considerado la posibilidad de que tal vez muriese en combate. Todo piloto de guerra piensa de vez en cuando en la posibilidad de poner a prueba su pericia, su valor y la excelencia de su aparato contra otro hombre en un combate real, no en simples maniobras de adiestramiento. Pero, por otro lado asume, invariablemente, que eso no llegará a ocurrir, que nunca tendrá ocasión de matar a otros hijos de madre, o de morir a manos de estos.

Aquella mañana se dio cuenta, como sus demás compañeros, de que esa ocasión finalmente había llegado, que tantos años de estudio y adiestramiento le habían conducido a aquel día y lugar, que dentro de cuarenta horas volvería a emprender el vuelo con su Eagle y esta vez quizá no regresaría.

Al igual que los demás, sus pensamientos se centraron en su hogar. Como era hijo único y soltero, pensó en sus padres, evocó todas las épocas y lugares de su adolescencia en Tulsa, cómo jugaban juntos en el jardín detrás de la casa, el día que le regalaron su primer guante de béisbol y su padre le obligó a lanzarle pelotas hasta

que se puso el sol.

Recordó las vacaciones que pasó con ellos antes de irse de casa para estudiar en la universidad y luego enrolarse en la Fuerza Aérea. Lo que recordaba con más nitidez era la ocasión en que, cuando tenía doce años, había ido con su padre —ellos dos solos— de pesca a Alaska durante las vacaciones de verano.

Ray Walker era entonces casi veinte años más joven, estaba más delgado y en buena forma, y aún era más fuerte que su hijo, diferencia que el tiempo se encargaría de invertir. Embarcaron en un kayak, con un guía y otros pescadores, y surcaron las gélidas aguas de Glacier Bay, observaron los osos negros que cogían bayas en las laderas de las montañas, las focas de piel moteada que tomaban el sol sobre los últimos témpanos de agosto y el astro que se elevaba por encima del glaciar Mendehall, detrás de Juneau. Juntos sacaron dos monstruos de 35 kilos de las aguas del Halibut Hole y entonces llevaron los grandes salmones fuera del canal, frente a Sitka.

Vio que estaba caminando por un mar de arena ardiente, en una tierra alejada de su casa, y advirtió que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y se secaban al sol. Si moría no se casaría, no tendría hijos. En dos ocasiones había estado a punto de proponer matrimonio, primero a una compañera de la universidad, pero entonces era demasiado joven y solo estaba encaprichado; luego a una mujer más madura a la que conoció fuera de la base, en McConnell, quien le hizo saber que nunca podría ser la esposa de un piloto militar.

Ahora deseaba más que nunca tener hijos, quería una mujer con la que reunirse al final de la jornada, una hija a la que arropar en su cama y contarle un cuento antes de que se durmiera y un hijo al que enseñarle a atrapar una pelota de rugby que baja girando por el aire, a batear y lanzar, a emprender caminatas y pescar, como su padre le había enseñado a él. Por encima de todo deseaba regresar a Tulsa y abrazar de nuevo a su madre, a la que tanto había preocupado por las cosas que hacía y que, sin embargo, se armaba de valor y fingía no sentirse preocupada...

Finalmente el joven piloto regresó a la base, se sentó ante una mesa desvencijada en la tienda que compartía con otros compañeros e intentó escribir una carta a casa. No tenía facilidad para ello, las palabras no acudían fácilmente a su mente. En general solía describir las cosas que habían sucedido recientemente en la escuadrilla, los acontecimientos de la vida social, el tiempo que hacía. Esta vez lo que tenía que decir era diferente.

Escribió dos páginas a sus padres, como lo hicieron tantos otros hijos aquel día. Trataba de explicar lo que pasaba por su cabeza, y no era nada fácil.

Les habló de la noticia que habían anunciado aquel día y lo que significaba, y les pidió que no se preocupasen por él. Había seguido el mejor adiestramiento imaginable y pilotaba el mejor caza del mundo para la mejor Fuerza Aérea que

existía.

Les dijo que lamentaba todas las veces que había sido un incordio para ellos, y les agradeció cuanto habían hecho por él en el transcurso de los años, desde el primer día que tuvieron que limpiarle el culito hasta que cruzaron Estados Unidos para presenciar el desfile de graduación, cuando el general le prendió las codiciadas alas de aviador en el pecho.

Les explicó que, dentro de cuarenta horas, despegaría de nuevo con su Eagle, pero que esta vez sería diferente. Ahora, por primera vez, intentaría matar a otros seres humanos, y ellos tratarían de abatirle a él. No vería sus rostros ni percibiría su temor, como ellos no conocerían los suyos, pues así es como se libra la guerra moderna. Pero si ellos vencían y él caía, quería que sus padres supieran cuánto les había amado, y confiaba en haber sido un buen hijo.

Cuando terminó, introdujo las hojas en el sobre y lo cerró. Muchas otras cartas fueron cerradas aquel día a lo ancho y largo de Arabia Saudí. Entonces las recogieron los servicios postales militares y fueron enviadas a Trenton, Tulsa, Londres, Ruán y Roma.

Aquella noche Mike Martin recibió una transmisión «condensada» de sus controladores en Riad. Cuando volvió a pasar la cinta, comprobó que era Simon Paxman quien hablaba. El mensaje no era largo, pero sí claro, e iba al grano.

En su mensaje anterior, Jericó estaba absolutamente equivocado. Todas las comprobaciones científicas demostraban que era imposible que estuviera en lo cierto.

Su equivocación podía ser deliberada o inadvertida. En el primer caso, significaría que la avidez de dinero le había impulsado a engañarles, o que sus captores le habían obligado a hacerlo. En el segundo caso estaría furioso, porque la CIA se negaba en redondo a pagarle un dólar más por aquella clase de producto.

Tal como estaban las cosas, no había más remedio que creer que, con la cooperación de Jericó, toda la operación era conocida por el servicio de contraespionaje iraquí, ahora en manos de «su amigo Hassan Rahmani», o que pronto lo sería si Jericó intentaba vengarse enviando a Rahmani una información anónima.

En consecuencia, los seis buzones muertos estaban comprometidos, y no debía acercarse a ellos bajo ninguna circunstancia. Martin debería efectuar sus propios preparativos para huir de Irak a la primera oportunidad que se le presentase, tal vez aprovechando el caos que se produciría dentro de veinticuatro horas. Ese era el final del mensaje.

Martin reflexionó durante el resto de la noche. No le sorprendía que Occidente no diera crédito a Jericó. Que los pagos al mercenario cesaran en aquel momento era todo un golpe. El hombre solo había comunicado el contenido de una conferencia en la que Saddam había hablado. Así pues, Saddam había mentado, pero eso no era nada

nuevo. ¿De qué otro modo podría haber actuado Jericó? ¿Haciendo caso omiso? El descaro de aquel hombre al exigir un millón de dólares era lo que había dado al traste con la operación.

Por lo demás, la lógica de Paxman era impecable. Al cabo de cuatro días, cinco a lo sumo, Jericó comprobaría que no había dinero. La cólera y el resentimiento se apoderarían de él. Si no le habían descubierto y estaba en manos de Omar Khatib *el Atormentador*, era muy probable que reaccionara dando un soplo anónimo.

Sin embargo, hacer eso sería una necesidad por su parte. Si Martin era capturado y torturado, y no estaba seguro de cuánto podría resistir a manos de Khatib y sus torturadores profesionales en el Gimnasio, su propia información podría señalar a Jericó, fuera quien fuese.

No obstante, cometer necedades es propio del ser humano. Paxman tenía razón, los escondrijos secretos podrían hallarse bajo vigilancia.

En cuanto a huir de Bagdad, era mucho más fácil decirlo que hacerlo. Gracias a los chismorreos que había oído en los mercados, Martin estaba enterado de que las carreteras de salida de la ciudad estaban llenas de patrullas de la AMAM y la policía militar, en busca de desertores y jóvenes que huían del reclutamiento. Su carta firmada por el diplomático soviético Kulikov solo le autorizaba a servir a aquel hombre como jardinero en Bagdad. Sería difícil explicar en un puesto de control policial qué hacía en dirección al oeste, hacia el desierto, donde había enterrado la motocicleta.

Tras considerar todas las opciones, decidió permanecer algún tiempo más en el recinto diplomático soviético. Probablemente era el lugar más seguro de todo Bagdad.

El plazo dado a Saddam Hussein para que se retirase de Kuwait expiró a medianoche del 16 de enero. En un millar de habitaciones, chozas, tiendas y cabinas diseminadas por toda Arabia Saudí, así como en el mar Rojo y el golfo Pérsico, los hombres consultaron sus relojes y se miraron unos a otros. Tenían muy poco que decirse.

Dos plantas por debajo del Ministerio de Defensa saudí, detrás de las puertas de acero que habrían protegido la cámara acorazada de cualquier banco del mundo, la atmósfera reinante era casi de decepción. Después de tanto trabajo, tanta planificación, no había nada más que hacer... durante un par de horas. Ahora era el turno de los hombres más jóvenes. Tenían sus tareas, las llevarían a cabo en la oscuridad absoluta, muy por encima de las cabezas de los generales.

A las dos y cuarto de la madrugada el general Schwarzkopf entró en la sala de guerra. Todos los presentes se pusieron de pie. El general leyó un mensaje a las tropas, el capellán rezó una plegaria y el comandante en jefe dijo: «Bueno, manos a la obra».

Lejos de allí, en el desierto, los hombres ya estaban trabajando. Los primeros en cruzar la frontera no fueron los aviones sino una escuadrilla de ocho helicópteros Apache pertenecientes a la 101 División Aerotransportada, cuya tarea era limitada pero esencial.

Al norte de la frontera, pero a corta distancia de Bagdad, estaban las potentes bases de radar iraquíes, cuyas antenas abarcaban el cielo en todas direcciones desde el Golfo, al este, hasta el desierto occidental.

A pesar de que comparados con los cazas supersónicos los helicópteros eran lentos, habían sido elegidos por dos razones. Al recorrer el desierto en vuelo rasante evitarían ser detectados por los radares y conseguirían acercarse a las bases sin ser vistos. Además, los comandantes deseaban una confirmación visual de que las bases habían sido realmente destruidas, y desde corta distancia, y eso solo podían permitirlo los helicópteros. Si se permitía que aquellos radares funcionasen, el coste en vidas humanas sería muy elevado.

Los Apache hicieron todo lo que se les pedía. Aún no habían sido detectados cuando abrieron fuego. Sus tripulantes disponían de cascos con visores de visión nocturna, semejantes a cortos gemelos que sobresalían de la parte frontal. Ese dispositivo proporciona al piloto una visión nocturna completa, por lo que en la oscuridad más profunda puede observarlo todo como si estuviera iluminado por una luna brillante.

Primero hicieron añicos los generadores eléctricos que proporcionaban energía a los radares, luego los centros de comunicaciones desde los cuales podía informarse de

su presencia a los emplazamientos de misiles, situados tierra adentro, y finalmente destruyeron las antenas de radar.

En menos de dos minutos habían lanzado veintisiete misiles Hellfire guiados por láser, un centenar de cohetes de 70 mm y cuatro mil proyectiles de artillería pesada. Ambos centros de radar quedaron reducidos a ruinas humeantes.

La incursión abrió una gran brecha en el sistema de defensa aérea iraquí, y por esa abertura se produjo el resto del ataque nocturno.

Quienes habían visto el plan de combate aéreo del general Chuck Horner, sugirieron que probablemente se trataba de uno de los más brillantes jamás ideados. Tenía una precisión casi quirúrgica y suficiente flexibilidad para hacer frente a cualquier contingencia que requiriese una variación.

La primera fase era muy clara en sus objetivos y conducía a otras fases. Consistía en destruir todos los sistemas de defensa aérea de Irak y convertir la superioridad aérea de los aliados, que ellos habían iniciado, en abierta supremacía. Para que las otras tres fases tuvieran éxito dentro del límite temporal de 35 días impuesto por el mando, la aviación aliada debería dominar absolutamente el espacio aéreo iraquí sin estorbo ni obstáculo.

El punto clave para la supresión de la defensa aérea iraquí era el radar. En la guerra moderna, el radar es el instrumento más importante y más usado, a pesar de todo lo brillante que pueda ser el resto del arsenal.

El radar detecta los aviones enemigos que llegan, guía a los propios cazas para interceptarlos, orienta a los misiles antiaéreos y establece la puntería de los cañones.

La destrucción del radar ciega al enemigo, que pasa a ser como un boxeador de peso pesado en el medio del cuadrilátero, pero sin ojos. Sigue conservando su potencia y su corpulencia, puede lanzar un temible gancho, pero su enemigo está en condiciones de moverse alrededor del Sansón ciego, golpeando al gigante impotente hasta llegar al final inevitable.

Una vez abierta la gran brecha en la cobertura de radar frontal del enemigo, los Tornado y Eagle, Aardvark 111 y Wild Weasel F-4G penetraron en el espacio aéreo de Irak y se dirigieron a los emplazamientos de radar situados más al interior, y luego a las bases de misiles guiados por aquellos radares, apuntando a los centros de mando donde se sentaban los generales iraquíes y destruyendo los puestos de comunicaciones desde los cuales los generales trataban de hablar con sus unidades desplegadas.

Desde los acorazados *Wisconsin* y *Missouri* y el crucero *San Jacinto*, situados en el Golfo, se lanzaron aquella noche 52 misiles Tomahawk. Guiándose mediante una combinación de banco de memoria electrónico y cámara de televisión instalada en el morro, los Tomahawk rodean los contornos del paisaje, desviándose hacia su destino según rumbos establecidos de antemano. Cuando llegan a la zona «ven» el objetivo,

lo comparan con el que figura en su memoria, identifican el edificio concreto y van directamente a él.

El Wild Weasel es una versión del Phantom, pero especializado en destrucción de radares, cargado con HARM, siglas con que se denominan los misiles antirradiación de alta velocidad. Cuando una antena de radar se enciende o «ilumina» emite ondas electromagnéticas, algo que no puede evitar. El trabajo de los HARM consiste en encontrar esas ondas con sus sensores e ir directamente al corazón del radar antes de estallar.

Tal vez el más extraño de todos los aviones de combate que se deslizaba hacia el norte aquella noche fuese el F-117A, conocido como Stealth Fighter [caza sigiloso]. Completamente negro y construido de tal manera que sus múltiples ángulos reflejen la mayor parte de las ondas de radar dirigidas a él al tiempo que su fuselaje absorbe las restantes, el Stealth Fighter se niega a enviar de rebote al receptor las ondas de radar hostiles, evitando de ese modo revelar su presencia al enemigo.

Gracias a esa invisibilidad, aquella noche los F-117 estadounidenses se deslizaron sin ser detectados a través de las pantallas de radar iraquíes para descargar sus bombas de mil kilos dirigidas por láser precisamente sobre los 34 objetivos relacionados con el sistema de defensa aérea iraquí. Trece de esos objetivos se encontraban en Bagdad y sus alrededores.

Cuando las bombas cayeron, los iraquíes que disparaban a ciegas hacia arriba no podían ver nada y fallaban. En árabe llamaron a los Stealth *shabah*, que significa «fantasma».

Procedían de la base secreta de Khamis Mushait, en el profundo sur de Arabia, donde habían sido transferidos desde su hogar no menos secreto en Tonopah, Nevada. Mientras los pilotos estadounidenses menos afortunados tenían que vivir en tiendas de campaña, Khamis Musahit había sido construida en pleno desierto pero con hangares rígidos para los aviones e instalaciones provistas de aire acondicionado, por lo que los inapreciables Stealth fueron destinados allí.

Dado su amplísimo radio de acción, sus misiones figuraban entre las más largas de la guerra, y podían durar hasta seis horas entre el despegue y el aterrizaje, y todas bajo tensión. Avanzaban sin ser detectados a través de algunos de los sistemas de defensa aérea más potentes del mundo, los de Bagdad, y ni uno solo resultó alcanzado, ni aquella ni ninguna otra noche.

Una vez cumplida su misión, regresaban sigilosamente, volando como pastinacas en un mar en calma, a su base de Khamis Mushait.

Las tareas más peligrosas de la noche recayeron en los Tornado británicos. Su cometido, entonces y durante la semana siguiente, hasta que fue cancelado, consistía en inutilizar los aeródromos, con sus grandes y pesadas bombas JP-233 que destrozaban las pistas.

Su problema era doble. Por un lado, los aeródromos militares iraquíes eran enormes. Tallil cuadruplicaba el tamaño de Heathrow, con dieciséis pistas de despegue y rodaje, y estas últimas también podían ser utilizadas para aterrizajes y despegues. Destruirlas todas resultaba sencillamente imposible.

El segundo problema residía en el peso y la velocidad. Las JP-233 tenían que ser lanzadas desde un Tornado en un vuelo recto y uniforme previamente establecido. Incluso tras el lanzamiento de cada bomba, los Tornado no tenían más alternativa que sobrevolar el blanco, pero aunque los radares hubieran sido destruidos, los artilleros seguían en activo. La artillería antiaérea, conocida como Triple A, disparaba contra ellos oleadas de proyectiles cuando se aproximaban. Uno de los pilotos describió esas misiones como «volar entre tubos de acero fundido».

Los estadounidenses habían abandonado las pruebas con la bomba JP-233 por juzgar que era una «asesina de pilotos». Estaban en lo cierto, pero la RAF insistió, perdiendo aviones y tripulaciones, hasta que suspendieron esas misiones y les asignaron otras tareas.

Los bombarderos no fueron los únicos aviones en vuelo aquella noche. Detrás y por encima de ellos volaba un impresionante surtido de aparatos de apoyo.

Los cazas de superioridad aérea volaban «a cubierto» por encima de los bombarderos. Los Raven de la Fuerza Aérea estadounidense y sus equivalentes de la Armada, los Prowler, embrollaron las instrucciones de los controladores de tierra iraquíes a aquellos pocos de sus pilotos que lograron despegar. Los pilotos iraquíes en vuelo no recibieron instrucciones verbales ni orientación por radar. En su mayoría obraron juiciosamente y regresaron a sus bases.

Sesenta aviones cisterna volaban en círculo al sur de la frontera: KC-135 y KC-10 de la fuerza Aérea, KA-6D de la Armada, los Victor británicos y los VC-10. La misión de todos ellos era recibir a los aviones de combate que venían de Arabia Saudí, repostarlos para la misión y luego reunirse con ellos en el camino de regreso y darles más combustible para volver a casa. Esto puede parecer rutinario, pero uno de los pilotos que repostó en plena oscuridad lo describió como «tratar de meter un fideo por el culo de un gato montés».

En la zona del Golfo, donde llevaban cinco meses, los E-2 Hawkeye de la Armada estadounidense y los AWACS E-3 Sentry de la Fuerza Aérea trazaban continuos círculos, y sus radares captaban a todos los aviones amigos y enemigos en el cielo: advertían, aconsejaban, orientaban y vigilaban.

Al amanecer, casi todos los radares iraquíes habían sido destruidos, las bases de misiles habían sido cegadas y los principales centros de mando estaban en ruinas. Serían necesarios cuatro días más con sus noches para completar el trabajo, pero la supremacía aérea ya estaba a la vista. Los próximos objetivos serían las plantas de energía eléctrica, torres de comunicaciones, centrales telefónicas, repetidores,

hangares de aviones, torres de control y todas las instalaciones conocidas para la producción y almacenamiento de armas de destrucción masiva.

Más adelante se procedería a la degradación «sistemática» del poder de lucha iraquí hasta reducirlo a menos del cincuenta por ciento al sur y sudoeste de la frontera kuwaití, una condición en la que el general Schwarzkopf había insistido antes de proceder al ataque terrestre.

Dos factores entonces desconocidos producirían cambios en el curso de la guerra. Uno fue la decisión iraquí de lanzar una andanada de misiles Scud sobre Israel. El otro sería desencadenado por un acto de pura frustración por parte del capitán Don Walker, del escuadrón 336.

El 17 de enero amaneció sobre una Bagdad muy castigada.

Los ciudadanos de a pie no habían pegado ojo a partir de las tres de la madrugada, y cuando se hizo de día algunos se aventuraron a examinar con curiosidad los escombros de una veintena de centros principales de su ciudad. A muchos les parecía milagroso haber sobrevivido, pues eran gentes sencillas y no se daban cuenta de que los veinte montículos de escombros humeantes habían sido cuidadosamente seleccionados y alcanzados con tal precisión que los ciudadanos no habían corrido peligro de muerte.

Los que de verdad estaban conmocionados eran los jefes. Saddam Hussein había abandonado el palacio presidencial y se alojaba en su extraordinario búnquer de múltiples pisos detrás y debajo del hotel Rashid, que aún estaba lleno de occidentales, en su mayoría profesionales de los medios de comunicación.

El búnquer había sido construido años atrás dentro de un gran cráter abierto con excavadoras, y su tecnología era principalmente sueca. Tan complejas eran sus medidas de seguridad que, de hecho, se trataba de una caja dentro de otra. Por debajo y alrededor de la caja interior había unos muelles tan fuertes que podían proteger a los inquilinos de los efectos de una bomba nuclear, reduciendo a un pequeño temblor de tierra las ondas de choque que convertirían la ciudad en una superficie llana.

Aunque se accedía al búnquer por una rampa accionada mediante un sistema hidráulico instalado en un terreno baldío detrás del hotel, la principal estructura se hallaba debajo de este, que había sido levantado ex profeso para albergar a los occidentales en Bagdad. Cualquier enemigo que quisiera bombardear el búnquer, primero tendría que destruir el hotel Rashid.

Por mucho que se esforzaran, los aduladores que rodeaban al rais tenían dificultades para quitar importancia a los desastres de aquella noche. Lentamente el nivel de la catástrofe penetraba en las mentes de todos.

Habían contado con un bombardeo general de la ciudad que arrasase los barrios residenciales, matando a millares de civiles inocentes. Si algo así hubiese ocurrido, habrían mostrado la carnicería a los medios de comunicación, los cuales lo filmarían

todo y lo mostrarían al público asqueado en sus respectivos países. Así daría comienzo la oleada general de revulsión contra el presidente Bush y Estados Unidos, que culminaría con una convocatoria del Consejo de Seguridad y el veto de China y Rusia contra nuevas matanzas.

Hacia mediodía resultaba evidente que los «hijos de los perros» procedentes del otro lado del Atlántico no iban a satisfacer esas expectativas. Por lo que sabían los generales iraquíes, las bombas habían caído aproximadamente en los blancos fijados, pero eso era todo. Las instalaciones militares importantes de Bagdad habían sido situadas a propósito en zonas densamente pobladas, por lo que debería haber sido imposible evitar un gran número de bajas civiles.

No obstante, un recorrido de la ciudad reveló veinte puestos de mando, lugares de lanzamiento de misiles, bases de radar y centros de comunicación reducidos a cascotes, mientras que las casas cercanas a los edificios tomados como objetivos habían sufrido poco más que roturas de cristales y ahora sus moradores contemplaban pasmados el estropicio.

Las autoridades tuvieron que contentarse con inventar un número de bajas civiles y afirmar que los aviones americanos habían sido derribados de los cielos como hojas en otoño. La mayoría de los iraquíes, oprimidos por años de propaganda, creyeron esos primeros informes... durante algún tiempo.

Los generales encargados de la defensa aérea estaban mejor enterados. A mediodía tenían la certeza de que habían perdido casi todas sus instalaciones de radar de advertencia, sus misiles tierra-aire (SAM) estaban ciegos y las comunicaciones con las unidades desplegadas habían quedado totalmente interrumpidas. Peor todavía, los operadores de radar que habían sobrevivido seguían insistiendo en que unos bombarderos que no aparecían en sus pantallas habían causado daños. Los embusteros fueron arrestados de inmediato.

Desde luego, se habían producido algunas bajas entre la población civil. Por lo menos dos misiles de crucero Tomahawk, con las aletas dañadas por el fuego artillero convencional Triple A más que por los cohetes SAM, se habían vuelto «estúpidos» y habían estallado fuera de sus blancos. Uno de ellos demolió dos casas y arrancó tejas de una mezquita, ultraje que fue mostrado a los corresponsales extranjeros por la tarde.

El otro misil cayó en un terreno baldío y produjo un gran cráter. Al atardecer, en el fondo de ese cráter se encontró el cuerpo de una mujer, muy maltrecho por el impacto que aparentemente la había matado.

Como los ataques aéreos prosiguieron durante toda la jornada, el equipo sanitario que acudió al lugar tuvo que limitarse a envolver apresuradamente el cadáver en una manta, meterlo en una ambulancia y llevarlo al depósito del hospital más cercano, donde lo dejaron.

El hospital estaba próximo a un centro de mando de la Fuerza Aérea que había sido demolido, y todas las camas estaban ocupadas por personal militar herido en el ataque. Varias decenas de cuerpos fueron llevados al mismo depósito de cadáveres, todos muertos a consecuencia de las explosiones. La mujer era uno de ellos.

Dado lo limitado de sus recursos, el patólogo trabajó rápida y superficialmente. La identificación del cadáver y las causas de la muerte eran sus prioridades, y carecía de tiempo para un examen detallado. De un lado a otro de la ciudad se oían las detonaciones de más bombas, el fragor del fuego defensivo era incesante, y el médico estaba seguro de que por la noche le traerían más cadáveres.

Lo que sorprendió al doctor fue que todos los cadáveres eran de militares, excepto la mujer. Esta parecía tener unos treinta años, había sido atractiva, y el polvo de hormigón mezclado con la sangre de su rostro machacado, junto con el lugar donde había sido encontrada, no permitía más explicación que la de que estaba huyendo cuando el misil alcanzó el terreno baldío y acabó con su vida. Tal era la causa de la muerte que puso en la etiqueta de identificación, tras lo cual el doctor envolvió el cadáver.

Junto al cuerpo de la mujer fue hallado un bolso; contenía una polvera, un pintalabios y sus documentos de identidad. Tras haber establecido que una tal Leila al Hilla era indudablemente la víctima civil del bombardeo, el hostigado patólogo hizo que se la llevaran para enterrarla rápidamente.

La autopsia más detenida, para la que el patólogo carecía de tiempo aquel 17 de enero, habría revelado que la mujer había sido salvaje y repetidamente violada antes de que la golpearan de un modo sistemático hasta matarla. Varias horas después arrojaron su cuerpo al cráter.

Dos días antes, el general Abdullah Kadiri se había marchado de su suntuoso despacho en el Ministerio de Defensa. No tenía sentido quedarse allí para ser convertido en cenizas por una bomba americana, y estaba seguro de que el ministerio sería alcanzado y destruido antes de que la guerra aérea estuviera muy avanzada. No se equivocaba.

Se había establecido en su finca, pues, aunque lujosa, estaba razonablemente seguro de que era lo bastante anónima para no figurar en un mapa de objetivos americanos. En eso también acertaba.

Desde hacía largo tiempo, la finca disponía de su propia sala de comunicaciones, dotada ahora con personal del ministerio. Todas sus comunicaciones con los diversos centros de mando del Cuerpo de Blindados alrededor de Bagdad se realizaban por medio de cable de fibra óptica enterrado, que también estaba fuera del alcance de los bombarderos.

Solo era necesario mantener comunicación radiofónica con las unidades más alejadas, lo cual suponía una amenaza de interceptación, además, por supuesto, de las

que estaban en Kuwait.

Su problema, cuando la oscuridad descendía sobre Bagdad aquella noche, no residía en la manera de entrar en contacto con los jefes de su brigada ni en qué órdenes debía darles. Habían recibido instrucciones de dispersar sus blindados lo más ampliamente posible entre las hileras de tanques falsos u ocultarlos en los búnqueres subterráneos y aguardar, por lo que no podían tomar parte en el combate aéreo.

Su problema no era otro que el de su seguridad personal, y no era a los americanos a quienes temía.

Dos noches antes se levantó de la cama con la vejiga a punto de reventar, abotargado por el *arak* como de ordinario, y había ido tambaleándose al baño. Creyendo que la puerta se había atascado, la empujó con todas sus fuerzas. Sus cien kilos de peso arrancaron los tornillos del cerrojo interior, abriendo la puerta bruscamente.

Podía estar abotargado, pero Abdullah Kadiri no procedía de un callejón de Tikrit para estar al mando de los carros blindados, por encima de la Guardia Republicana, no había ascendido por la resbaladiza escala de las querellas internas del partido Baas y no había conservado un lugar de confianza en el Consejo del Mando Revolucionario sin disponer de unas buenas reservas de baja astucia animal.

Contempló en silencio a su querida, enfundada en una bata y sentada en el inodoro, el papel apoyado en el dorso de una caja de Kleenex, boquiabierta, con una expresión de horror y sorpresa, el bolígrafo todavía suspendido en el aire. Entonces el general la puso en pie de un tirón y le asestó un puñetazo en la mandíbula.

Antes de que Leila despertase debido a la jarra de agua arrojada a su rostro, él había tenido tiempo de leer el informe que estaba preparando y llamar a su fiel Kemal, alojado al otro lado del patio. Era Kemal quien había bajado a la prostituta al sótano.

Kadiri leyó una y otra vez el informe que ella había estado a punto de terminar. Si hubiera concernido a sus hábitos y preferencias personales como un modo de hacerle chantaje en el futuro, no se habría preocupado demasiado y se habría limitado a ordenar que mataran a la mujer. En cualquier caso, el chantaje no habría sido efectivo, pues sabía que la bajeza de ciertos miembros del entorno del rais era superior a la suya, como también sabía que eso al rais no le importaba.

Pero aquello era peor. Al parecer, había hablado de asuntos confidenciales del gobierno y el Ejército. Era evidente que la mujer se dedicaba a espiar. Necesitaba saber durante cuánto tiempo lo había hecho, de qué había informado ya y, sobre todo, a quién.

Con el permiso de su amo, Kemal obtuvo primero los placeres que había aguardado durante largo tiempo. Ningún hombre podría haber deseado lo que quedó de Leila al Hilla cuando Kemal finalizó su interrogatorio. Había durado varias horas.

Entonces Kadiri supo que Kemal lo había obtenido todo, o, por lo menos, todo cuanto la cortesana sabía.

Luego Kemal siguió utilizándola para su diversión, hasta que la mujer murió.

Kadiri estaba convencido de que su querida no conocía la verdadera identidad del hombre que la había reclutado para que espicara, pero los datos de que disponía apuntaban forzosamente a Hassan Rahmani.

La descripción de los intercambios de informes por dinero en el confesionario de San José demostraban que el hombre era un profesional, y Rahmani ciertamente lo era.

A Kadiri no le preocupaba que le vigilaran, pues era algo que les sucedía a cuantos rodeaban al rais. En realidad, se vigilaban mutuamente.

Las reglas de Saddam eran sencillas y claras. Todo personaje de alta graduación debía ser vigilado por sus colegas, quienes informarían de lo que hacía. Una denuncia de traición, probablemente ocasionaría su ruina. Por ello pocas conspiraciones llegaban muy lejos. Uno de aquellos en los que el conspirador depositaba su confianza, informaría del asunto y este llegaría a oídos del rais.

Para complicar las cosas, cada miembro del entorno presidencial era provocado en ocasiones, a fin de ver su reacción. Un colega que había recibido instrucciones hacía un aparte con su amigo y le proponía un plan para traicionar al rais. Si el amigo accedía, estaba acabado, y si no denunciaba a quien le había hecho la proposición, también lo estaba. Así pues, cualquier acercamiento por parte de otro podría ser una provocación; era demasiado arriesgado suponer otra cosa. Por este motivo cada uno informaba sobre los demás.

Pero aquel caso era diferente. Rahmani era el jefe del contraespionaje. ¿Había tomado la iniciativa por sí solo? Y en ese caso, ¿por qué lo había hecho? ¿Se trataba de una operación con el conocimiento y la aprobación del mismo rais y, de ser cierto, por qué motivo?

Se preguntaba qué había dicho. Cosas indiscretas, sin duda, pero nada que pudiera considerarse traición.

El cadáver de la mujer había permanecido en el sótano hasta que cayeron las bombas; Kemal encontró un cráter en un terreno baldío y lo arrojó allí. El general insistió en que dejaran el bolso junto al cuerpo. Que aquel cabrón de Rahmani supiera lo que le había ocurrido a su furcia.

Pasada la medianoche, el solitario general Abdullah Kadiri sudaba mientras echaba unas gotas de agua a su décimo vaso de *arak*. Si solo se tratara de Rahmani podría acabar con aquel canalla, pero ¿cómo sabría hasta qué alturas en la escala del poder era objeto de desconfianza? En lo sucesivo tendría que ser cuidadoso, más de lo que jamás había sido hasta entonces. Aquellos viajes nocturnos a la ciudad debían terminar. En cualquier caso, ya había comenzado la contienda aérea y era hora de que

finalizaran.

Simon Paxman había volado nuevamente de regreso a Londres. No tenía sentido permanecer en Riad. La CIA había prescindido de Jericó, aunque el renegado de Bagdad aún no lo supiera, y Mike Martin debía mantenerse a cubierto hasta que pudiera escapar al desierto y encontrar el camino hacia la seguridad a través de la frontera.

Más tarde juraría con la mano en el pecho que su encuentro del día 18 con el doctor Terry Martin había sido una verdadera coincidencia. Sabía que Martin, como él mismo, vivía en Bayswater, pero este es un barrio muy grande y comercial.

Como su esposa estaba ausente, cuidando de su madre enferma, y Paxman ignoraba cuándo regresaría a casa, encontró el piso y el frigorífico vacíos, por lo que fue a comprar a un supermercado que estaba abierto hasta altas horas en Westbourne Grove.

El carrito de Terry Martin casi chocó con el suyo cuando doblaba la esquina del pasillo de pastas y alimentos para animales domésticos. Los dos hombres se sobresaltaron.

—¿Estoy autorizado a conocerle? —le preguntó Martin con una sonrisa azorada.

En aquellos momentos estaban solos en el pasillo.

—¿Por qué no? —respondió Paxman—. Solo soy un humilde funcionario que ha salido de compras para hacerse la cena.

Juntos terminaron de comprar y acordaron ir a comer a un restaurante indio en vez de cocinar en casa a solas. Al parecer, Hilary también estaba ausente.

Desde luego, Paxman no debería haberlo hecho. No debía sentirse inquieto porque el hermano mayor de Terry Martin se hallara en una situación de tremendo peligro en la que él y otros le habían puesto. No debía preocuparle que el confiado académico creyera realmente que su admirado hermano estaba sano y salvo en Arabia Saudí. Las reglas del oficio señalan que a uno no deben preocuparle esa clase de cosas. Sin embargo, él no podía evitar sentirse preocupado.

No era ese su único motivo de inquietud. Steve Laing era su superior en Century House, pero Laing nunca había estado en Irak. Su experiencia se había desarrollado por completo en Egipto y Jordania. En cambio Paxman conocía Irak, así como la lengua árabe, no al nivel de Martin, por supuesto, pero había que convenir en que este era excepcional. No obstante, sabía lo suficiente, por las diversas visitas que había efectuado antes de que le nombraran jefe de la sección de Irak, para tener un sincero respeto por la calidad de los científicos iraquíes y la pericia de sus ingenieros. No era ningún secreto que la mayor parte de las instituciones técnicas británicas consideraban a sus graduados entre los mejores del mundo árabe.

Lo que le inquietaba desde que sus superiores le habían dicho que el último

informe de Jericó tal vez no fuera otra cosa que un montón de tonterías era, sencillamente, el temor a que, contra todas las probabilidades, Irak estuviese en realidad más avanzado de lo que los científicos occidentales parecían dispuestos a admitir.

Aguardó hasta que les sirvieron la cena, rodeada de los numerosos recipientes pequeños propios de toda comida india, y entonces tomó la decisión.

—Terry, voy a hacer algo que, si alguna vez se descubre, me costará mi carrera en el servicio secreto.

Martin se sobresaltó.

—Eso parece drástico. ¿Por qué?

—Porque me han prevenido oficialmente contra usted.

El académico estaba a punto de echar un poco de chutney de mango en su plato, y se detuvo.

—¿Es que ya no soy de confianza? Fue Steve Laing quien me metió en todo esto.

—No, no se trata de eso. Consideran que... se preocupa demasiado.

Paxman no quiso repetir el adjetivo que había usado Laing, «quisquilloso».

—Es posible, pero se debe a mi información. A los académicos no nos gustan los enigmas que no podemos resolver. Tenemos que preocuparnos hasta que el confuso jeroglífico tiene sentido. ¿Se debe a esa frase del mensaje interceptado?

—Sí, eso y otras cosas.

Paxman había pedido *khorma* de pollo. A Martin le gustaban los platos más picantes y había ordenado *vindaloo*. Conocía la comida oriental y por ello la tomaba con té negro caliente, en vez de la cerveza fría que solo sirve para echar a perder el sabor de las cosas. Miró a Paxman parpadeando por encima del borde de su taza.

—Muy bien, ¿cuál es la gran confesión?

—¿Me dará su palabra de que quedará entre nosotros?

—Pues claro.

—Ha habido otra interceptación.

Paxman no tenía la menor intención de revelar la existencia de Jericó. El grupo que conocía la existencia del agente en Irak era aún reducido y seguiría siéndolo.

—¿Puedo escucharla?

—No, ha sido suprimida. No aborde a Sean Plummer, porque se vería obligado a negarlo y eso revelaría de dónde ha sacado usted la información.

Martin se sirvió más *raita* para suavizar la sensación ardiente del curry.

—¿Qué dice esa nueva interceptación?

Paxman se lo dijo. Martin dejó el tenedor y se limpió la cara intensamente sonrosada bajo la pelambrera rojiza.

—¿Puede... podría ser cierto bajo cualquier circunstancia? —preguntó Paxman.

—No lo sé, no soy físico. ¿Las autoridades militares lo han rechazado de plano?

—Totalmente. Todos los científicos nucleares coinciden en que no puede ser cierto y, en consecuencia, Saddam ha mentido.

Personalmente, Martin pensaba que se trataba de una interceptación radiofónica muy extraña. Parecía más bien una información procedente de una reunión a puerta cerrada.

—Saddam miente continuamente —dijo—, pero suele hacerlo para el consumo público.

—¿Dijo eso al reducido grupo de personas en las que confía plenamente? Me intrigan sus objetivos. ¿Lo haría para reforzar la moral ante la guerra inminente?

—Eso es lo que opinan en las altas esferas —dijo Paxman.

—¿Se lo han dicho a los generales?

—No. El razonamiento es que ahora están tremendamente ocupados y no se les debe molestar con algo que, sin duda alguna, es una pura falsedad.

—Entonces ¿qué quiere usted de mí, Simon?

—Que me diga en qué está pensando Saddam, algo que nadie puede imaginar. Nada de lo que hace tiene el menor sentido en Occidente. ¿Está loco de atar o es taimado como un zorro?

—En su mundo es lo último. En su mundo, lo que hace tiene sentido. El terror que nos repugna carece para él de lado moral, y es juicioso. Las amenazas y las bravatas tienen sentido para él.

—Solo cuando intenta entrar en nuestro mundo, con esos asquerosos ejercicios de relaciones públicas en Bagdad, revolviendo el pelo de ese chiquillo inglés, representando el papel del tío benévolo, esa clase de cosas... solo cuando intenta eso parece un necio total. Pero en su propio mundo no es un necio. Sobrevive, se mantiene en el poder, conserva la unidad de Irak, sus enemigos caen y perecen...

—Pero, Terry, mientras usted y yo estamos aquí sentados su país está siendo pulverizado.

—Pero ¿por qué habría dicho lo que se supone que ha dicho?

—¿Qué opinan las autoridades?

—Que ha mentido.

—Insisto en que solo miente para el consumo público —dijo Martin—. No tiene necesidad de hacerlo con los que componen su círculo interno. Al fin y al cabo, es el dueño de esa gente. O bien la fuente de la información ha mentido, y Saddam nunca ha dicho eso, o bien lo ha dicho porque creía que es cierto.

—Entonces ¿es posible que le hayan mentido a él?

—Tal vez, pero quien lo hiciera lo pagaría muy caro cuando el engaño se descubriese. Por otro lado, el mensaje interceptado podría ser falso, un farol aposta destinado precisamente a que lo interceptaran.

Paxman no podía decirle lo que sabía, que no se trataba de una interceptación,

que procedía de Jericó y que este, en sus dos años de servicio para los israelíes y tres meses para ingleses y estadounidenses, no se había equivocado ni una sola vez.

—Tiene usted dudas, ¿no es cierto? —preguntó Martin.

—Supongo que sí —admitió Paxman.

Martin suspiró.

—Son meros indicios, Simon. Una frase de un mensaje interceptado, un hombre a quien han ordenado callar y han llamado hijo de puta, una frase de Saddam sobre el éxito y la percepción de que ha triunfado al hacer daño a Estados Unidos... y ahora esto. No es más que paja, Simon, y necesitamos un cordel.

—¿Un cordel?

—Solo puede hacerse una bala con paja cuando se tiene un cordel para atarla. Ha de haber otra manera de saber qué piensa realmente. De lo contrario, las autoridades tienen razón y utilizará el arma del gas que ya posee.

—De acuerdo, buscaré un cordel.

—Y yo no le he visto esta noche ni hemos hablado —concluyó Martin.

—Gracias —dijo Paxman.

Hassan Rahmani se enteró de la muerte de su agente Leila dos días después de que ocurriera, el 19 de enero. No se había presentado como estaba convenido para hacer una entrega de información sonsacada al general Kadiri en la cama y, temiendo lo peor, consultó los registros del depósito de cadáveres.

El hospital de Mansour aportó la prueba, aunque el cadáver había sido enterrado, junto a otros procedentes de los edificios militares destruidos, en una fosa común.

Hassan Rahmani no creía que su agente hubiera sido alcanzada por una bomba perdida cuando cruzaba un solar vacío en plena noche más de lo que creía en los fantasmas. Los únicos fantasmas sobre los cielos de Bagdad eran los bombarderos americanos invisibles que conocía por haber leído sobre ellos en revistas de defensa occidentales, y no eran tales fantasmas sino inventos concebidos lógicamente, lo mismo que la muerte de Leila al Hilla.

Su única conclusión lógica era que Kadiri había descubierto sus actividades extramuros y les había puesto término, lo cual significaba que la mujer habría hablado antes de morir. En cuanto a él, significaba que Kadiri se había convertido en un enemigo tan poderoso como peligroso. Peor todavía, su principal conducto de acceso a los consejos internos del régimen había sido cerrado.

De haber sabido que Kadiri estaba tan preocupado como él mismo, Rahmani se habría sentido encantado, pero lo ignoraba. Solo sabía que en lo sucesivo tendría que andarse con pies de plomo.

El segundo día de la batalla aérea Irak lanzó su primera batería de misiles contra Israel. Los medios de comunicación anunciaron enseguida que se trataba de Scud-B de fabricación soviética, y ese nombre se utilizó durante toda la guerra. En realidad, no se trataba en absoluto de misiles Scud.

La estrategia del ataque no era absurda. Irak sabía perfectamente que Israel no era un país dispuesto a aceptar grandes cantidades de bajas civiles. Cuando los primeros cohetes cayeron sobre los suburbios de Tel Aviv, Israel reaccionó tomando el camino de la guerra, exactamente lo que Bagdad deseaba.

Dentro de la Coalición de cincuenta naciones alineadas contra Irak figuraban diecisiete estados árabes, y si había algo que todos compartían, aparte del credo islámico, era la hostilidad hacia Israel. Irak calculaba, probablemente con razón, que si era posible provocar al estado hebreo mediante un ataque para que interviniese en la guerra, las naciones árabes de la Coalición se retirarían. Incluso el rey Fahd, monarca de Arabia Saudí y Conservador de los dos Santos Lugares, se encontraría en una posición insostenible.

Al principio se creyó que los cohetes lanzados contra Israel estarían cargados de gas o cultivos de gérmenes. De ser esto cierto, habría sido imposible contener a Israel. Enseguida se demostró que los misiles eran de carga convencional, pero el efecto psicológico en el interior de Israel seguía siendo enorme.

El gobierno de Estados Unidos se apresuró a presionar a Jerusalén para que no respondiera con un contraataque. Se le aseguró a Itzhak Shamir que los aliados se encargarían del asunto. Israel llegó a lanzar un contraataque con una oleada de sus cazabombarderos F-15, pero ordenó que regresaran cuando todavía volaban sobre el espacio aéreo israelí.

El Scud verdadero era un misil soviético torpe y obsoleto, de los que Irak había adquirido novecientos varios años antes. Tenía un alcance inferior a los trescientos kilómetros y estaba provisto de una carga explosiva cercana a la media tonelada. No volaba guiado, y en su forma original podía impactar en cualquier parte en un radio de unos ochocientos metros de su objetivo.

Desde el punto de vista de Irak, había sido una compra prácticamente inútil. Esos misiles no pudieron llegar a Teherán durante la guerra entre Irak e Irán y, desde luego, no podían llegar a Israel ni siquiera si los lanzaban desde la frontera más occidental de Irak.

Entretanto, los iraquíes habían hecho algo en apariencia excéntrico con los misiles. Habían cortado los Scud en pedazos, con ayuda de tecnología alemana, usando tres de ellos para crear dos nuevos cohetes. Lo menos que podría decirse del nuevo cohete Al Husayn era que se trataba de una chapuza.

Mediante la adición de depósitos de combustible complementarios, los iraquíes

habían aumentado el alcance a 630 kilómetros, de manera que podía, como en efecto ocurrió, alcanzar Teherán e Israel. Pero la carga útil había quedado reducida a unos patéticos ochenta kilos. Su orientación, que siempre había sido errática, era ahora caótica. Dos de ellos, lanzados contra Israel, no solo no cayeron en Tel Aviv sino que sobrevolaron todo el territorio israelí y cayeron en Jordania.

No obstante, como arma terrorista, casi surtió efecto. Aunque el número total de cohetes Al Husayn que cayeron en Israel tenían menos carga útil que una sola bomba americana de mil kilos lanzada sobre Irak, causaron en la población israelí algo que se aproximaba al pánico.

Estados Unidos respondió de tres maneras. Hasta mil aviones aliados fueron desviados de sus tareas asignadas sobre Irak para buscar los emplazamientos fijos de cohetes y las todavía más esquivas lanzaderas móviles.

Baterías de misiles Patriot americanos fueron enviadas a Israel al cabo de unas horas, con el fin de que derribaran a los cohetes iraquíes, pero sobre todo para persuadir a Israel de que se mantuviera al margen de la guerra.

Y, por último, los SAS y, más adelante, los Boinas Verdes americanos fueron enviados al desierto occidental de Irak para que buscaran las lanzaderas de cohetes móviles y las destruyeran con sus propios misiles Milan o pidieran por radio ataques aéreos.

Aunque saludados como los salvadores de toda la creación, los Patriot tenían un éxito limitado que no era culpa suya, pues el fabricante, Raytheon, los había diseñado para que interceptaran aviones, no misiles, y fueron rápidamente adaptados a su nuevo papel. La razón de que casi nunca alcanzaran a uno de los misiles que llegaban no fue revelada.

Lo cierto era que, al ampliar el alcance del Scud convirtiéndolo en el Al Husayn, los iraquíes también habían aumentado su altitud. El nuevo cohete, que en su vuelo parabólico penetraba en el espacio interior, se ponía al rojo vivo al descender, algo para lo que el Scud no había sido diseñado. Cuando entraba de nuevo en la atmósfera terrestre se desintegraba. Lo que descendía sobre Israel no era un cohete entero, sino un cubo de basura caído del cielo.

Cuando el Patriot realizaba su cometido, ascendía para interceptar al otro misil y no se encontraba con una pieza de metal que avanzaba hacia él, sino con una docena. Así pues, su minúsculo cerebro le decía que debía hacer aquello para lo que estaba diseñado, es decir, ir en busca de la pieza más grande. Esta pieza solía ser el depósito de combustible vacío, que caía descontroladamente. La cabeza explosiva, mucho más pequeña y separada del resto del misil al producirse la fragmentación, descendía en caída libre. Muchas no llegaban a estallar, y la mayor parte de los daños sufridos por los edificios israelíes se debieron al impacto.

Si el llamado Scud era un terrorista psicológico, el Patriot era un salvador

psicológico. Pero la psicología surtía efecto siempre y cuando formara parte de la solución.

Otra parte era el pacto de tres puntos convenido secretamente entre Estados Unidos e Israel. El primer punto se refería a la entrega gratuita de los Patriot, en tanto que el segundo era la promesa del cohete Arrow, muy mejorado, en cuanto estuviera listo, alrededor de 1994. El tercer punto era el derecho de Israel a elegir hasta un centenar de blancos adicionales que las fuerzas aliadas se encargarían de destruir. Se trataba, principalmente, de objetivos en Irak occidental que afectaban a Israel. Debido a su posición geográfica, ninguno de esos blancos tenía nada que ver con la liberación de Kuwait, en el otro lado de la península Arábiga.

Los cazabombarderos de las fuerzas aéreas estadounidense y británica asignados a la caza de Scud tuvieron muchos éxitos. Sin embargo, la CIA se mostró escéptica, lo que despertó las iras de los generales Chuck Horner y Schwarzkopf.

Dos años después de la guerra Washington negó oficialmente que una sola lanzadera móvil de misiles Scud hubiera sido destruida por los bombardeos aéreos, una sugerencia que todavía hoy encoleriza a cualquiera de los pilotos que participaron. El hecho fue que la *mashirovka* volvió a engañar en gran manera a los pilotos.

Si el desierto al sur de Irak es como una mesa de billar sin ningún accidente, los desiertos al norte y el noroeste son rocosos, montuosos y recorridos por un millar de *uadis* y barrancos. Aquel era el terreno que Mike Martin tuvo que recorrer cuando se infiltró en Bagdad. Antes de lanzar sus ataques con cohetes, Bagdad había confeccionado centenares de falsas lanzaderas móviles de Scud. Estas estaban camufladas, al igual que las reales, de modo que se confundiesen con el paisaje.

Los iraquíes acostumbraban a sacar por la noche los tubos de chapa metálica montados en la caja plana de un camión, y al amanecer prendían fuego a un barril de petróleo y desechos de algodón que estaba en el interior del tubo. Muy lejos de allí, los sensores de los AWACS captaban la fuente de calor y las registraban como un lanzamiento de misil. Los cazas se dirigían al emplazamiento, hacían su trabajo y afirmaban haber acabado con una lanzadera.

A los hombres del SAS no era posible engañarles de esa manera. Aunque eran muy pocos, acudían al desierto occidental en sus Land Rover y motos, se escondían, soportando el calor ardiente del día y el frío helado de la noche, y observaban. A doscientos metros podían ver qué era una verdadera lanzadera y qué era una falsificación.

Cuando las lanzaderas de cohetes eran sacadas de sus escondites en las alcantarillas bajo las carreteras y debajo de los puentes donde permanecían ocultas para eludir la observación aérea, los silenciosos hombres camuflados en las escarpaduras del terreno las vigilaban a través de sus prismáticos. Si había

demasiados iraquíes alrededor, pedían discretamente por radio que se procediera al ataque aéreo. En caso de que fuese factible, usaban sus propios cohetes anticarro Milan, que producían un gran estruendo cuando alcanzaban el depósito de combustible de un auténtico Al Husayn.

Pronto se puso de manifiesto que existía una línea invisible que iba de norte a sur en el desierto. Al oeste de esa línea, los cohetes iraquíes podían llegar a Israel, mientras que al este su alcance era corto. El trabajo consistía en aterrorizar a las tripulaciones iraquíes para que no se atrevieran a aventurarse al oeste de esa línea, sino que disparasen al este de la misma y mintieran a sus superiores. La operación duró ocho días, al cabo de los cuales cesaron los ataques con cohetes contra Israel y no se reanudaron: Más adelante fue utilizada como línea divisoria la carretera entre Bagdad y Jordania. Al norte de ella estaba el pasadizo septentrional de los Scud, terreno de las Fuerzas Especiales estadounidenses que iban allí en helicópteros de largo alcance. Por debajo de la carretera estaba el pasadizo meridional de los Scud, competencia del Servicio Aéreo Especial. Cuatro excelentes profesionales murieron en aquel desierto, pero llevaron a cabo la tarea que les había sido encomendada, en tanto que una tecnología que costaba miles de millones de dólares había sido engañada.

El 20 de enero, cuando la batalla aérea llevaba ya cuatro días, el escuadrón 336 procedente de Al Kharz era una de las unidades que no había sido desviada al desierto occidental. Su misión aquel día consistía en un emplazamiento de grandes misiles SAM al noroeste de Bagdad. Los SAM estaban controlados por dos grandes antenas de radar.

Los ataques aéreos previstos en el plan del general Horner avanzaban ahora hacia el norte. Casi todas las bases de misiles y antenas de radar al sur de una línea horizontal a través de la zona meridional de Bagdad habían sido destruidas, y era hora de limpiar el espacio aéreo al este, oeste y norte de la capital.

El día 20 de enero los 24 Strike Eagle del escuadrón realizarían varias misiones. El jefe al mando, el teniente coronel Steve Turner, había destinado un grupo de doce aviones a la base de misiles. Un enjambre tan numeroso de Eagle era conocido en la jerga militar como un «gorila».

El «gorila» estaba encabezado por uno de los dos comandantes de vuelo. Cuatro de los doce aparatos estaban provistos de HARM, los misiles destructores de radares que se orientaban por las señales infrarrojas procedentes de una antena de radar. Los otros ocho llevaban dos largas bombas relucientes, con cubierta de acero inoxidable y guiadas por láser, conocidas como GBU-10-I. Cuando los radares fueran destruidos y los misiles quedaran ciegos, seguirían a los HARM y destruirían las baterías de cohetes.

No parecía que las cosas fuesen a salir mal. Los doce Eagle despegaron en tres

grupos de cuatro aparatos, se colocaron en formación más o menos escalonada y ascendieron a ocho mil metros. El cielo era de un azul brillante y debajo de los aviones el desierto resultaba claramente visible.

Al sur de la frontera los doce Eagle se reunieron con sus aviones nodriza, dos KC-10. Cada uno de ellos alimentaría a seis sedientos cazas, por lo que, uno tras otro, los Eagle se colocaron en posición detrás de los nodrizas y esperaron a que el operario del sistema de alimentación, que les miraba a través de su ventana de plexiglás, a pocos metros de distancia, enviara el brazo alimentador hasta quedar fijado en la entrada de combustible situada en el morro del caza.

Finalmente, los doce Eagle, tras haber repostado para su misión, giraron hacia el norte, en dirección a Irak. Un AWACS que se encontraba sobre el Golfo les comunicó que no existía ninguna actividad hostil por delante de ellos. De haber habido cazas iraquíes en el aire, los Eagle llevaban, aparte de sus bombas, dos clases de cohetes aire-aire, el misil de interceptación aérea número 7 y el AIM-9, más conocidos como Sparrow y Sidewinder respectivamente.

La base de misiles estaba allí, en efecto, pero sus radares permanecían inactivos. Si las antenas hubieran operado cuando ellos llegaron, se habrían «iluminado» de inmediato para guiar a los SAM en su búsqueda de los intrusos que se aproximaban. En cuanto los radares se activaran, los cuatro Strike Eagle que transportaban los HARM los eliminarían o, como se decía en la jerga de la Fuerza Aérea, «les arruinarían el día».

Los americanos nunca llegaron a averiguar si el jefe militar iraquí temía por su vida o solo era extremadamente listo, pero aquellos radares se negaron a funcionar. Dirigidos por el jefe de vuelo, los primeros cuatro Eagle descendieron una y otra vez para provocar el encendido de los radares, pero estos siguieron apagados.

Habría sido absurdo que los bombarderos se internaran en el espacio aéreo iraquí con los radares todavía intactos, pues de haberse «iluminado» de súbito, los misiles SAM habrían tenido a los Eagle a su merced.

Al cabo de veinte minutos sobre el blanco, el ataque fue cancelado y a los componentes del «gorila» se les asignaron sus blancos secundarios.

Don Walker intercambió rápidamente unas palabras con Tim Nathanson, su «mago» sentado detrás de él. El blanco secundario de la jornada era un emplazamiento fijo de Scud al sur de Samarra, el cual, en cualquier caso, estaba siendo visitado por otros cazabombarderos porque se trataba de una conocida instalación de gas venenoso.

Los AWACS confirmaron que no había ninguna actividad de despegue en las dos grandes bases aéreas iraquíes al este de Samarra y el sudeste de Balad. Don Walker llamó a su piloto de flanco y los dos aviones se dirigieron al emplazamiento de los Scud.

Todas las comunicaciones entre los aviones americanos estaban codificadas mediante el sistema llamado *HAVEquick*, que enmaraña las conversaciones de modo que sean ininteligibles para cualquiera que escuche pero no disponga del mismo sistema. Aunque los códigos se podían cambiar a diario, eran comunes a toda la aviación aliada.

Walker miró a su alrededor. El cielo estaba despejado y a ochocientos metros de distancia su piloto de flanco Randy R-2 Roberts volaba a popa y ligeramente por encima de él. Su «mago», sentado detrás, era Jim *Boomer* Henry.

Cuando llegó a la posición de las lanzaderas fijas de Scud, Walker descendió para identificar el blanco adecuadamente y se irritó al advertir que un *shamal*, una nube de arena que se había levantado del suelo a causa del fuerte viento, lo ocultaba.

Las bombas guiadas por láser no errarían en tanto y en cuanto el piloto pudiese seguir el rayo proyectado hacia el objetivo desde su propio avión, pero para proyectar el rayo guía, necesitaba ver el blanco.

Enfurecido y ya escaso de combustible, Walker dio la vuelta. Dos frustraciones en la misma mañana era demasiado. Detestaba aterrizar sin haber lanzado un solo proyectil, pero no podía hacer nada, el camino hacia casa estaba hacia el sur.

Al cabo de tres minutos atisbó un enorme complejo industrial.

—¿Qué es eso? —preguntó a Tim.

—Se llama Tarmiya —respondió el técnico después de examinar sus mapas.

—Es enorme, ¿eh?

—Sí.

Aunque ninguno de los dos lo sabía, el complejo industrial de Tarmiya estaba formado por 381 edificios y ocupaba un cuadrado de dieciséis kilómetros de lado.

—¿Figura en la lista?

—No.

—De todos modos voy a bajar. Cúbreme el culo, Randy.

—Ya está —le dijo su piloto de flanco a través de la radio.

Walker hizo bajar su Eagle hasta tres mil metros. El polígono industrial era inmenso. En el centro se alzaba un edificio enorme, del tamaño de un estadio deportivo cubierto.

—Allá voy.

—No es un blanco señalado, Don.

Al llegar a dos mil cuatrocientos metros, Walker activó el sistema de orientación por láser y se alineó sobre la vasta factoría que se extendía por debajo y delante de él. En el tablero de mandos, una pantalla digital le mostró la distancia a medida que se acortaba, indicándole los segundos que faltaban para disparar. Cuando esta última cifra fue cero, Walker soltó las bombas, manteniendo todavía el morro del avión sobre el blanco que se aproximaba.

El «husmeador» de láser en el morro de las dos bombas era del sistema PAVEWAY. Bajo el fuselaje del avión estaba el módulo de orientación, llamado LANTIRN. Este último lanzaba un rayo infrarrojo invisible hacia el blanco, donde el rayo rebotaba para formar un corto cesto electrónico en forma de embudo cuya punta señalaba hacia el avión.

Las cabezas separables PAVEWAY percibieron ese cesto, penetraron en él y siguieron el embudo hacia abajo y adentro hasta que se produjo el impacto precisamente en el lugar al que se había dirigido el rayo.

Ambas bombas cumplieron con su cometido, estallando bajo el borde del tejado de la construcción. Tras verlas estallar. Don Walker viró, alzó el morro del Eagle y remontó el vuelo de nuevo hasta los ocho mil metros. Al cabo de una hora, y después de repostar una vez más en vuelo, él y su piloto de flanco aterrizaron en Al Kharz.

Antes de elevar el morro de su aparato, Walker había visto el destello cegador de las dos explosiones, así como la gran columna que se había levantado, y había tenido un atisbo de la nube de polvo que siguió al bombardeo.

Lo que no vio era que aquellas dos bombas habían arrancado un extremo de la factoría, levantando una gran sección de tejado, que desde arriba parecía la vela de un barco en el mar.

Tampoco observó que el fuerte viento del desierto que soplaba aquella mañana, el mismo que había ocasionado la tormenta de polvo que ocultó el emplazamiento de los misiles Scud, hizo el resto. Arrancó el tejado del edificio, tirando de él hacia atrás como la tapa de una lata de sardinas, mientras las láminas de acero que cubrían el tejado volaban letalmente en todas direcciones.

Una vez de regreso en la base, Don Walker, como los demás pilotos, fue sometido a un intenso interrogatorio. Se trataba de un trámite agotador, pues los hombres estaban extenuados, pero debía efectuarse. El encargado de hacerlo era el oficial de Inteligencia del escuadrón, la comandante Beth Kroger.

Nadie pretendía que la operación del «gorila» hubiera sido un éxito, pero cada piloto había tomado en serio su blanco secundario, excepto uno. Su competente oficial de armamento había desestimado su objetivo secundario y elegido un terciario al azar.

—¿Para qué diablos ha hecho eso? —le preguntó Beth Kroger.

—Porque era enorme y parecía importante.

—Ni siquiera figuraba en la orden de la misión —se quejó ella.

La oficial anotó el objetivo que Walker había elegido, su localización exacta y su descripción, además del informe proporcionado por el piloto de los daños que las bombas habían causado, a fin de someterlo a la atención del Centro de Control Aéreo Táctico, conocido por sus siglas TACC, que compartía el sótano de Centaf debajo del cuartel general de la Fuerza Aérea saudí con los analistas del Agujero Negro en Riad.

—Si resulta que eso era una planta embotelladora de agua o una fábrica de alimentos infantiles, le van a empapelar —advirtió la oficial a Walker.

—¿Sabe una cosa, Beth? —replicó él—. Está usted guapa cuando se enfada.

Beth Kroger era una buena oficial de carrera. Si alguien iba a coquetear con ella, prefería que fuese de coronel para arriba. Como los tres únicos que había en la base estaban bien casados, Al Kharz empezaba a resultar un lugar aburrido.

—Se está usted pasando de la raya, capitán —le dijo ella, recalcando la última palabra, y fue a archivar el informe.

Walker suspiró y se encaminó a su litera para descansar. La mujer estaba en lo cierto. Si acababa de bombardear el mayor orfanato del mundo, el general Horner usaría personalmente sus insignias de capitán como mondadientes. Lo cierto es que nunca dijeron a Don Walker qué era el blanco que había bombardeado aquella mañana, pero no se trataba de un orfanato.

Karim acudió al piso de Edith Hardenberg en Grinzing para cenar con ella aquella misma noche. Se dirigió al barrio en autobús y llevó consigo regalos: un par de velas aromáticamente perfumadas que colocó y encendió sobre la pequeña mesa en la habitación habilitada como comedor, y dos botellas de buen vino.

Edith le franqueó la entrada, sonrojada y azorada como de costumbre, y volvió a ocuparse del *schnitzel* vienés que estaba preparando en su minúscula cocina. Hacía veinte años que no cocinaba para un hombre, y la experiencia le parecía intimidante pero también, para su sorpresa, excitante.

Al llegar, Karim la había saludado con un casto beso en la mejilla, lo cual la turbó aún más. Luego rebuscó en la discoteca, extrajo el *Nabuco* de Verdi y lo puso en el tocadiscos. Pronto un aroma de velas, almizcle y pachuli se unió a las suaves cadencias del coro de los esclavos, esparciéndose por el apartamento. Este era tal como le había dicho que sería el equipo *neviot* que lo había allanado semanas antes, muy pulcro y ordenado, limpio en extremo, como correspondía al piso de una dama exigente que vivía sola.

Cuando la comida estuvo lista, Edith la sirvió deshaciéndose en excusas. Karim se llevó un bocado de carne a la boca y dijo que era la mejor que había probado jamás. La turbación de la mujer aumentó, aunque se sentía plenamente satisfecha.

Mientras cenaban hablaron de temas culturales, de su proyectada visita al palacio de Schonbrun y a ver los extraordinarios caballos Lippizzaner en la Hofreitschule, la Escuela Española de Equitación en el Hofburg de la Josefplatz.

Edith comía con la misma precisión que hacía todo lo demás, como un pájaro que picotea un bocado. De acuerdo a su invariable costumbre llevaba el cabello peinado hacia atrás, recogido en un severo moño.

A la luz de las velas, pues Karim había apagado la lámpara demasiado brillante que pendía del techo, el joven moreno era apuesto y tan cortés como siempre. Le servía vino continuamente, por lo que ella consumió mucho más que el vasito que se permitía tomar de vez en cuando.

El efecto de la comida, el vino, las velas, la música y la compañía del joven amigo corroían lentamente las defensas de Edith Hardenberg.

Karim se inclinó hacia delante sobre los platos vacíos y la miró a los ojos.

—Edith...

—¿Qué?

—¿Puedo preguntarte algo?

—Si lo deseas.

—¿Por qué llevas el cabello recogido de esa manera?

Era una pregunta impertinente, personal. Ella se ruborizó todavía más.

—Pues... siempre lo he llevado así.

Pero eso no era cierto. Recordaba aquel verano de 1970 junto a Horst, cuando el cabello castaño le caía espeso alrededor de los hombros, la época en que el viento del lago lo hacía ondear en el Schlosspark de Laxenburg.

Karim se levantó sin decir nada y se puso detrás de ella. Edith sintió un pánico creciente. Aquello era ridículo. Los hábiles dedos del joven extrajeron la peineta de carey que sujetaba el moño. Ella se dijo que debía detenerle. Notó que él retiraba las horquillas y el cabello liberado le caía sobre la espalda. Permaneció rígidamente sentada en la silla. Los mismos dedos alzaron su cabello y lo llevaron hacia delante para que cayera a ambos lados de la cara.

Karim permaneció a su lado y ella alzó la vista. Él tendió ambas manos y sonrió.

—Así está mejor. Pareces diez años más joven y más bonita. Sentémonos en el sofá. Elige tu música favorita mientras yo preparo el café, ¿de acuerdo?

Sin esperar a que ella le diera permiso, cogió sus pequeñas manos y la obligó a ponerse de pie. Entonces le soltó una mano y la condujo fuera del minúsculo comedor, a la sala de estar. Le soltó la otra mano y se dirigió a la cocina.

Cuando liberó su mano, Edith se sintió aliviada, porque estaba temblando de la cabeza a los pies. La suya era una amistad platónica... Claro que él no la había tocado de veras. Por supuesto, ella jamás permitiría que algo así ocurriese.

Vio su imagen reflejada en un espejo que colgaba de la pared, sus mejillas ruborizadas, el cabello alrededor de los hombros, cubriéndole las orejas, enmarcando su cara, y creyó tener un atisbo de una muchacha a la que había conocido veinte años atrás.

Se sobrepuso a su nerviosismo y eligió un disco. Le encantaba Strauss, las notas de cuyos vales se conocía una por una. *Rosas del sur*, *Bosques de Viena*, *Los patinadores*, el *Danubio*... Gracias a Dios que él estaba en la cocina y no vio que el disco a punto estuvo de caérsele cuando se disponía a colocarlo en el plato giratorio. Él no parecía tener dificultad alguna para encontrar el café, el agua, los filtros, el azúcar...

Cuando Karim regresó a la sala, ella se sentó en un extremo del sofá, con las rodillas juntas y la taza de café sobre el regazo. Quería hablar del nuevo concierto programado en el Musikverein para la próxima semana, pero no le salían las palabras. Se limitó a tomar su café a pequeños sorbos.

—Edith, por favor, no tengas miedo de mí —le susurró él—. Soy tu amigo, ¿no?

—No seas tonto. Claro que no te tengo miedo.

—Me alegro, porque, ¿sabes?, jamás te haría ningún daño.

Un amigo... Sí, eran amigos, y su amistad había nacido del mutuo amor por la música, el arte, la ópera, la cultura. Nada más, sin duda. Pero la distancia entre un

amigo y un amante era muy corta. Ella sabía que las demás secretarias del banco tenían maridos y novios, las veía excitadas antes de ir a una cita, oía sus risitas en el vestíbulo a la mañana siguiente, sabía que se compadecían de ella porque estaba tan sola.

—Eso es *Rosas del sur*, ¿verdad? —preguntó él.

—Sí, claro.

—Creo que es mi vals favorito.

—El mío también. —Habían vuelto a la música, así estaba mejor.

Él le cogió la taza de café del regazo y la depositó al lado de la suya sobre la mesita. Entonces se levantó, la cogió de las manos e hizo que se pusiera de pie.

—¿Qué...?

La mano izquierda del joven había cogido su derecha, mientras un brazo fuerte y persuasivo le rodeaba la cintura, haciéndola girar suavemente sobre el parquet en el breve espacio entre los muebles, bailando un vals.

Gidi Barzilai le había conminado a que pasara a una fase más agresiva y no siguiera perdiendo el tiempo. ¿Qué sabía él? Nada. Primero la confianza, luego la caída. Karim mantenía la mano derecha en la parte superior de la espalda de Edith.

Cuando giraron, separados todavía por varios centímetros, Karim se acercó más al hombro sus manos entrelazadas, y con el brazo derecho aproximó a Edith hacia él. Fue un movimiento imperceptible.

El rostro de Edith quedó contra el pecho de Karim, y tuvo que volverlo a un lado. Sus pequeños pechos rozaban el cuerpo del joven, y percibió de nuevo aquel aroma masculino.

Ella se apartó sin que él se lo impidiera. Karim soltó la mano derecha y con la izquierda le alzó el mentón. Entonces la besó mientras bailaban.

No fue un beso lascivo. Mantuvo los labios juntos y no hizo esfuerzo alguno por separar los de ella. En la mente de la mujer se atropellaban los pensamientos y las sensaciones, era como un avión descontrolado que desciende en picado. Las protestas se alzaban en su interior pero caían antes de que pudiera expresarlas. El banco, Gemütlich, su reputación, la juventud de él, el hecho de que fuese extranjero, la diferencia de edad, el calor, el vino, el aroma, la fuerza, los labios. La música se detuvo.

Si él hubiera hecho algo más, Edith le habría echado del piso. Karim separó sus labios de los de ella y le inclinó la cabeza suavemente hasta que descansó sobre su pecho. Permanecieron así, inmóviles en el apartamento silencioso durante varios segundos.

Fue ella quien se separó. Volvió al sofá y tomó asiento, con la mirada perdida. Él se arrodilló ante ella y le cogió ambas manos.

—¿Estás enfadada conmigo, Edith?

—No deberías haber hecho eso —replicó ella.

—No tenía intención de hacerlo, te lo juro. No he podido evitarlo.

—Creo que deberías irte.

—Edith, si estás enfadada conmigo y quieres castigarme, solo puedes hacerlo de una manera: negándote a que volvamos a vernos.

—No sé, no estoy segura.

—Por favor, dime que me dejarás verte de nuevo.

—Supongo que sí.

—Si me dices que no, abandonaré el curso y regresaré a casa. Si no quieres verme, me resultará imposible vivir en Viena.

—No seas tonto, debes estudiar.

—Entonces ¿volveremos a vernos?

—De acuerdo.

Él se marchó al cabo de cinco minutos. Edith apagó las luces, se puso su recatada camisa de dormir, se lavó la cara y los dientes y se acostó.

Permaneció tendida en la oscuridad con las rodillas dobladas cerca del pecho. Al cabo de dos horas hizo algo que no había hecho durante muchos años. Sonrió en la oscuridad. Una idea loca pasaba por su mente una y otra vez, y no le importaba. «Tengo un novio. Es diez años más joven que yo, estudiante, extranjero, árabe y musulmán. Y no me importa.»

Aquella noche, el coronel Dick Beatty, de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, estaba de servicio en el sótano del edificio que se alzaba en la carretera del Antiguo Aeropuerto, en Riad.

La actividad en el Agujero Negro era incesante, y mucho más intensa desde los primeros días de la batalla aérea.

El plan maestro del general Chuck Horner estaba sufriendo los efectos del trastorno producido por la desviación de centenares de aviones de combate para atacar las lanzaderas de Scud en vez de los objetivos que se les había asignado previamente.

Cualquier general en campaña confirmará que el plan puede diseñarse hasta en sus detalles más nimios, pero cuando llega la hora de la verdad, las cosas no suceden exactamente como se habían previsto.

La crisis causada por los cohetes lanzados contra Israel se estaba revelando como un problema grave. Tel Aviv clamaba a Washington y desde allí clamaban a Riad. La diversión de todos aquellos aparatos de combate para eliminar las elusivas lanzaderas móviles era el precio que el gobierno estadounidense tenía que pagar para impedir que Israel emprendiera una acción de represalia, y las órdenes de Washington no podían ser discutidas. Todo el mundo advertía que Israel estaba perdiendo la

paciencia, y su intervención en la guerra resultaría desastrosa para la frágil Coalición ahora alineada contra Irak, pero el problema seguía siendo de envergadura.

Los objetivos inicialmente programados para el tercer día estaban siendo pospuestos por falta de aviones, lo cual tenía un efecto de dominó. Un problema adicional residía en que aún no era posible llevar a cabo una reducción de BDA, pues era esencial y tenía que hacerse en cualquier circunstancia. La alternativa podría ser espantosa.

Las siglas BDA corresponden a «evaluación de los daños causados por los bombardeos», una evaluación crucial porque los técnicos del Agujero Negro tenían que conocer el grado o la falta de éxito de la oleada de ataques aéreos efectuados cada jornada. Si en la orden de misiones aéreas figuraba un importante centro de mando iraquí, un emplazamiento de radar o una batería de misiles, sería debidamente atacado. Pero, ¿quedaba destruido? En ese caso, ¿hasta qué punto? ¿El diez por ciento, el quince por ciento o un montón de escombros humeantes?

Asumir sin más que la base aérea iraquí había sido destruida era contraproducente. Al otro día los confiados aviones aliados podían dirigirse hacia otro objetivo sobrevolando aquella zona sin lanzar sus bombas. Si la base seguía en funcionamiento, los pilotos corrían peligro de muerte.

Así pues, las misiones se realizaban a diario y cuando los fatigados pilotos regresaban a la base se les pedía que describieran exactamente lo que habían hecho y qué objetivos habían alcanzado... o creían haber alcanzado. Al día siguiente otros aviones volaban con precaución sobre los objetivos y los fotografiaban.

De esta manera, durante las tres primeras jornadas planeadas en la orden de misiones aéreas, el menú original de objetivos diarios tenía que incluir las misiones de «segunda visita» para finalizar las tareas realizadas solo parcialmente.

El 20 de enero, cuarto día de la batalla aérea, oficialmente las fuerzas aéreas aliadas no habían destruido por completo las plantas industriales señaladas como fábricas de armamento de destrucción masiva. Todavía se estaban concentrando en la llamada SEAD, esto es, supresión de las defensas aéreas del enemigo.

Aquella noche el coronel Beatty estaba preparando la lista de las misiones de reconocimiento fotográfico que tendrían lugar al día siguiente, basándose en la información obtenida en el transcurso de las sesiones informativas con los oficiales de Inteligencia del escuadrón.

A medianoche casi había terminado y las primeras órdenes ya iban camino de las diversas escuadrillas que al amanecer partirían en misiones de reconocimiento fotográfico.

—Y luego tenemos este, señor.

Quien hablaba era un suboficial de la Armada estadounidense que estaba a su lado. El coronel examinó el objetivo.

—¿A qué se refiere... a Tarmiya?

—Eso es lo que dice, señor.

—Pero ¿dónde diablos está Tarmiya?

—Aquí, señor.

El coronel miró el mapa aéreo. Aquel emplazamiento no significaba nada para él.

—¿Radar? ¿Misiles? ¿Base aérea? ¿Puesto de mando?

—No, señor, una instalación industrial.

El coronel estaba fatigado. La noche había sido larga y el trabajo continuaría hasta el alba.

—Por el amor de Dios, todavía no hemos empezado con las instalaciones industriales. En fin, deme la lista.

Deslizó su mirada por la lista: estaban incluidas todas las instalaciones industriales que, hasta donde alcanzaba el conocimiento de los aliados, se dedicaban a la producción de armamento de destrucción masiva. Había fábricas de las que se sabía que producían obuses, explosivos, vehículos, piezas de artillería y repuestos para carros de combate.

En la primera categoría figuraban Al Qaim, As Sharqat, Tuwaitha, Falujah, Hillah, Al Atheer y Al Furat. El coronel no podía saber que en esa lista faltaba Rashedia, donde los iraquíes habían instalado su segunda cascada centrifugadora para producir uranio enriquecido, el problema que eludía a los expertos del comité Medusa. Esa planta, descubierta por las Naciones Unidas mucho más tarde, no estaba enterrada sino disfrazada como una planta embotelladora de agua.

El coronel Beatty tampoco podía saber que Al Furat era el lugar donde estaba enterrada la primera cascada de uranio, la única visitada por el doctor alemán Stemmler «en algún lugar cerca de Tuwaitha» y que su posición exacta había sido revelada por Jericó.

—No veo ninguna Tarmiya —gruñó.

—No, señor, no está ahí —dijo el suboficial.

—Deme la referencia de la cuadrícula.

Nadie podía esperar que los analistas memorizaran centenares de confusos nombres árabes, tanto más cuanto que en ciertos casos un solo nombre cubría diez objetivos distintos, por lo que a todos los blancos se les daba una referencia en una cuadrícula, conocida como Sistema de Posicionamiento Global, que las concretaba en doce dígitos, un cuadrado de cincuenta metros de lado.

Al bombardear la enorme fábrica de Tarmiya, Don Walker había anotado esa referencia, que estaba adjunta al informe presentado una vez concluida la misión.

—No está aquí —protestó el coronel—. Ni siquiera es un puñetero objetivo. ¿Quién lo atacó?

—Un piloto del 336 de Al Kharz. Perdió los dos primeros blancos asignados,

aunque no por culpa suya. Supongo que no quería regresar a la base sin haber lanzado un solo proyectil.

—Gilipollas —masculló el coronel—. En fin, páselo a BDA de todos modos, pero con una prioridad baja. No gaste película en eso.

El capitán de corbeta Darren Cleary estaba sentado a los mandos de su Tomcat F-14. Se sentía profundamente frustrado.

Debajo de él, la gran mole gris del portaaviones *USS Ranger* tenía la proa contra la ligera brisa y navegaba a 27 nudos. El mar en el norte del Golfo estaba sereno en aquellos momentos previos al amanecer, y el cielo no tardaría en volverse brillante y azul. Debería haber sido un día de placer para un joven piloto de la Armada a bordo de uno de los mejores cazas del mundo.

El Tomcat, aparato de dos aletas de cola y con dos tripulantes, apodado el Defensor de la Flota, es más popular que otros aviones porque tuvo un papel estelar en la película *Top Gun*. Su carlinga ofrece probablemente el asiento más codiciado en la aviación de combate estadounidense, y ciertamente en los efectivos aéreos de la Armada, y estar ante los controles de semejante aparato en un día tan agradable, una semana después de su llegada al Golfo, debería haber hecho muy feliz a Darren Cleary. El motivo de su frustración era que no le habían asignado una misión de combate sino una BDA, consistente en tomar «alegres fotos», como dijo al quejarse la noche anterior. Había suplicado al oficial de operaciones del escuadrón que le dejara ir en busca de los Mig iraquíes, pero fue en vano.

—Alguien tiene que hacerlo —replicó el oficial. Como todos los pilotos de élite entre las fuerzas aliadas en la guerra del Golfo, temía que los reactores enemigos desaparecieran de los cielos al cabo de pocos días, poniendo fin a toda posibilidad de enfrentarse a ellos.

Así pues, se sentía mortificado porque le había «herido una bomba de fragmentación», como solían decir los pilotos cuando se les asignaba una misión de reconocimiento fotográfico.

Detrás de él y su oficial de vuelo, dos reactores General Electric retumbaban mientras la tripulación de cubierta fijaba el aparato en la catapulta a vapor, sobre la cubierta de vuelo ladeada, con el morro ligeramente desviado de la línea central del *Ranger*. Cleary aguardaba, aferrando el acelerador con la mano izquierda y la palanca de mando con la derecha, mientras se hacían los últimos preparativos. Tras la concisa pregunta, el gesto de asentimiento y la gran acometida de potencia al mover el acelerador hacia delante, accionando el quemador auxiliar, la catapulta lanzó el aparato de casi cuatro toneladas y media con sus tripulantes, alcanzando los 150 nudos en tres segundos.

El acero gris del *Ranger* se desvaneció a sus espaldas, el oscuro mar se deslizó

debajo, y el Tomcat buscó la acometida del aire a su alrededor, sintió su apoyo y ascendió suavemente hacia el firmamento cada vez más claro.

Sería una misión de cuatro horas, durante las cuales repostaría en vuelo dos veces. La tarea del piloto consistía en fotografiar doce objetivos, y no estaría solo. Delante de él volaba ya un A-6 Avenger con bombas orientadas por láser, por si se encontraba con Triple A, en cuyo caso el Avenger enseñaría a los artilleros iraquíes a estarse quietos. Un EA-6B Prowler lo acompañaba en la misma misión, armado con HARM por si topaban con un emplazamiento de misiles SAM orientados por radar. El Prowler podría usar sus HARM para destruir el radar, en tanto que el Avenger utilizaría sus LGB contra los misiles.

En caso de que se presentara la Fuerza Aérea iraquí, otros dos Tomcat patrullarían por encima y a los lados del fotógrafo, dotados de potentes radares aéreos AWG-9 capaces de percibir la entepierna del piloto iraquí bajo las sábanas antes de que saltara de la cama. Todo ese conjunto de metal y tecnología servía para proteger lo que colgaba por debajo y detrás de los pies de Darren Cleary, la «vaina» de un Sistema de Reconocimiento Táctico Aéreo, más conocido por sus siglas TARPS.

El TARPS, que pendía ligeramente a la derecha de la línea central del Tomcat, parecía un ataúd estilizado de cinco metros de largo y bastante más complicado que una Pentax de las que usan los turistas.

En el extremo tenía una potente cámara automática con dos posiciones: adelante y abajo o directamente abajo. Detrás estaba la cámara panorámica que miraba hacia fuera, a los lados y abajo. Por detrás de esa cámara se encontraba el dispositivo de reconocimiento con infrarrojos, diseñado para grabar las imágenes térmicas y su fuente. En caso necesario, el piloto podía ver en una pantalla ubicada dentro de la carlinga lo que estaba fotografiando mientras lo sobrevolaba.

Darren Cleary ascendió a 4.500 metros, se encontró con los aviones de escolta y juntos avanzaron hasta conectar con el avión nodriza KC-135 que les había sido asignado y aguardaba justo al sur de la frontera de Irak.

Sin haber sido molestado por la resistencia iraquí, el piloto fotografió los once blancos principales que le habían asignado, y entonces viró sobre Tarmiya para fotografiar el objetivo de interés secundario, el decimosegundo.

Cuando estaba sobre Tarmiya, echó un vistazo a la pantalla que le permitía ver lo que estaba fotografiando y murmuró: «¿Qué coño es eso?» En aquel preciso momento se terminó la última de las 750 exposiciones que llevaba en cada una de las dos cámaras principales.

Tras repostar por segunda vez, los aparatos de la misión aterrizaron en el *Ranger* sin incidentes. El equipo de cubierta descargó las cámaras y las llevó al laboratorio para revelarlas.

Cleary informó sobre la misión y luego fue a la mesa luminosa con el oficial de

Inteligencia. Pusieron los negativos sobre la superficie de vidrio con luz blanca debajo y Cleary fue explicando a qué correspondía cada exposición. El oficial de Inteligencia tomaba notas para su propio informe, al que añadiría el de Cleary y las fotos.

Cuando llegaron a las veinte últimas exposiciones, el oficial de Inteligencia le preguntó:

—¿Qué es esto?

—No me lo pregunte —respondió Cleary—. Son de ese objetivo de Tarmiya, ¿recuerda? El que Riad añadió en el último momento.

—Sí, claro, pero ¿qué son esas cosas dentro de la fábrica?

—Parecen discos voladores playeros para gigantes —sugirió Cleary, dubitativo.

La frase era por demás gráfica y el oficial de Inteligencia la incorporó a su informe, en el que indicó que no tenía la menor idea de qué era aquello. Una vez completado el material, un Lockheed S-3 Viking despegó de la cubierta del *Ranger* y llevó el paquete a Riad. Darren Cleary volvió a las misiones de combate aéreo; nunca se batió con los elusivos Mig y a finales de abril de 1991 abandonó el Golfo con el *USS Ranger*.

Herr Gemütlich estaba muy preocupado por el estado en que se encontraba su secretaria personal aquella mañana. La mujer se mostraba tan cortés y formal como siempre y tan eficiente como se le podía exigir que lo fuese, y herr Gemütlich exigía mucho. No era un hombre excesivamente sensible y al principio no notó nada, pero cuando su secretaria entró por tercera vez en su despacho para recoger una carta, observó en ella algo fuera de lo corriente.

No se trataba de despreocupación, desde luego, ni, por supuesto, de frivolidad, cosas que él jamás habría tolerado. Se trataba más bien de su aspecto. Cuando entró por tercera vez la observó con más atención mientras ella, con la cabeza inclinada sobre el bloc, tomaba nota de lo que le dictaba.

Vestía como siempre un traje formal y pasado de moda, con el dobladillo de la falda por debajo de las rodillas, y seguía llevando el cabello recogido en un moño detrás de la cabeza... la cuarta vez el banquero observó horrorizado que Edith Hardenberg se había maquillado, si bien con suma discreción. Se apresuró a comprobar si también se había pintado los labios y se sintió aliviado al ver que no había rastro alguno de carmín.

Razonó que quizá se engañaba a sí mismo. Corría el mes de enero y era posible que el frío le hubiera agrietado la piel. Sin duda los polvos eran para suavizar la irritación. Pero había algo más.

Los ojos de la señorita Hardenberg... Su jefe pidió al cielo que no se tratara de rímel. Volvió a mirarla y se cercioró. Estaba seguro de que se había equivocado. A la

hora del almuerzo, cuando extendió la servilleta de lino sobre la carpeta con secante para comer los bocadillos que la sumisa frau Gemütlich le preparaba cada día, se le ocurrió la solución.

Los ojos de su secretaria brillaban, y no podía deberse al tiempo invernal, pues llevaba ya cuatro horas bajo techo. El banquero dejó el bocadillo a medio comer y recordó haber visto el mismo síndrome entre algunas de las secretarias más jóvenes poco antes de la hora de irse a casa el viernes por la noche.

Era felicidad. Edith Hardenberg se sentía feliz. Ahora Gemütlich se dio cuenta de que se le notaba en la manera de andar, de hablar, de mirar. Llevaba así toda la mañana... eso y el atisbo de maquillaje. Era suficiente para turbar profundamente al banquero. Confió en que la mujer no hubiera gastado dinero.

Las «alegres fotografías» tomadas por el capitán de corbeta Darren Cleary llegaron a Riad por la tarde, formando parte del torrente de nuevas imágenes que irrumpía a diario en el cuartel general del CENTAE.

Algunas de las imágenes habían sido tomadas por los satélites KH-11 y KH-12 desde el espacio y presentaban tomas de grandes dimensiones, amplios ángulos, la totalidad de Irak. Si no mostraban variación alguna con respecto a las imágenes tomadas el día anterior, se archivaban.

Existían también otras imágenes obtenidas en las constantes misiones de reconocimiento fotográfico, efectuadas a bajo nivel por los TR-1. Algunas mostraban actividad iraquí, militar o industrial, completamente nueva: movimiento de tropas, aviones de combate que rodaban por pistas en las que antes no habían estado, lanzaderas de misiles en nuevos emplazamientos. Estas imágenes se pasaban a la sección de Análisis de Objetivos.

Las fotos tomadas desde el Tomcat del *Ranger* estaban destinadas a la sección de Evaluación de Daños por Bombardeo. Fueron filtradas a través del Granero, el grupo de tiendas verdes ubicado en el extremo de la base aérea militar, y entonces, una vez debidamente etiquetadas e identificadas, fueron enviadas carretera abajo al Agujero Negro, en cuya sección de BDA aterrizaron.

El coronel Beatty entró de servicio a las siete de aquella tarde. Trabajó durante dos horas, examinando las fotos de una instalación de misiles (parcialmente destruida, pues dos baterías habían quedado aparentemente intactas) y un centro de comunicaciones (reducido a escombros) más una serie de hangares rígidos que albergaban a los Mig, Mirage y Sukhoi iraquíes (destrozados).

Cuando examinó la docena de fotos de una fábrica de Tarmiya frunció el entrecejo, se levantó y fue a la mesa de un sargento de vuelo de la Real Fuerza Aérea británica.

—¿Qué es esto, Charlie?

—Tarmiya, señor. ¿Recuerda ese centro industrial alcanzado ayer por un Strike Eagle, el que no figuraba en la lista?

—Ah, sí, ¿la fábrica que ni siquiera era un objetivo?

—La misma. Un Tomcat del *Ranger* ha tomado estas fotos poco después de las diez de esta mañana.

El coronel Beatty dio unos golpecitos a las fotografías que sostenía en la mano.

—Bueno, ¿qué diablos están haciendo aquí?

—No lo sé, señor. Por eso las he dejado en su mesa. A nadie se le ocurre de qué puede tratarse.

—Bueno, es evidente que el piloto del Eagle ha sacudido la sesera de unos cuantos. Aquí se están volviendo locos.

El suboficial británico y el coronel americano contemplaron las fotos tomadas por el Tomcat sobre Tarmiya. Eran muy nítidas, con una definición extraordinaria. Algunas habían sido tomadas por una cámara que podía moverse hacia delante y hacia abajo instalada en el morro de la vaina TARPS, y mostraban la factoría en ruinas mientras el Tomcat se aproximaba a una altura de 4.500 metros. Otras eran de la cámara panorámica ubicada en el centro de la vaina. Los hombres del Granero habían extraído las doce que consideraron mejores y más claras.

—¿Qué tamaño tiene esta fábrica? —preguntó el coronel.

—Unos cien metros por sesenta, señor.

El gigantesco tejado había sido arrancado y solo quedaba un fragmento que cubría la cuarta parte del suelo de la planta iraquí. En las tres cuartas partes que habían quedado expuestas podía observarse, a vista de pájaro, la disposición de toda la factoría. Había sido subdividida con paredes medianeras, y en cada división un gran disco oscuro ocupaba la mayor parte del suelo.

—¿Son metálicos?

—Sí, señor, según el escáner de infrarrojos. Se trata de alguna clase de acero.

Pero lo que más intrigó a los miembros de la sección BDA fue la reacción iraquí tras el ataque de Don Walker. Alrededor de la factoría sin tejado estaban agrupadas no una sino cinco grúas enormes, sus aguilones cernidos sobre el interior como cigüeñas picoteando un bocado. En vista de los daños que se ocasionaban continuamente en todo Irak, las grúas de aquel tamaño tenían una gran demanda.

Alrededor de la fábrica y dentro de ella un enjambre de trabajadores se esforzaba por fijar los discos a los ganchos de las grúas para extraerlos.

—¿Ha contado a estos tipos, Charlie?

—Son más de cien, señor.

—Y estos discos... —El coronel Beatty consultó el informe del oficial de Inteligencia del *Ranger*—. ¿Qué serán estos discos voladores playeros para gigantes?

—No tengo la menor idea, señor. Nunca había visto nada igual.

—Pues sin duda son la mar de importantes para el señor Saddam Hussein. ¿De veras Tarmiya no es una zona señalada como objetivo?

El sargento de vuelo separó otra de las fotos que había sacado del archivo. El coronel la examinó mientras el suboficial le señalaba algo.

—Una cerca eslabonada.

—Con eslabones dobles. ¿Y esto?

El coronel empuñó la lupa y miró de nuevo.

—Una franja minada... Triple A... baterías... torres de vigilancia. ¿De dónde ha sacado todo esto, Charlie?

—Mire, eche una ojeada a la vista general.

El coronel Beatty examinó la nueva foto colocada ante él; era una imagen tomada a gran altitud de Tarmiya y la zona circundante. Entonces soltó una larga exhalación.

—Dios mío, vamos a tener que evaluar de nuevo toda Tarmiya. ¿Cómo diablos se nos pasó por alto?

Lo cierto era que todo el complejo industrial de Tarmiya, formado por 381 edificios, había sido considerado por los primeros analistas como exento de utilidad militar y, por lo tanto, al margen de los objetivos, por razones que más adelante formarían parte del folklore de los topos humanos que trabajaban y sobrevivían en el Agujero Negro.

Eran estadounidenses y británicos, todos ellos hombres de la OTAN. Se habían adiestrado en la evaluación de blancos soviéticos y buscaban la «manera soviética» de hacer las cosas. Las pistas tras las que iban eran indicadores estandarizados. Si el edificio o complejo era militar e importante, el acceso al mismo estaría prohibido, contaría con protección contra posibles ataques y tendría guardianes que mantendrían a raya a cualquier intruso.

¿Había torres de vigilancia, cercas eslabonadas, baterías de Triple A, misiles, franjas de terreno minadas y barracones? ¿Había señales de camiones pesados que entraran y salieran, grandes líneas de tendido eléctrico o una central generadora dentro del recinto? Todas esas señales significarían un objetivo. Y, al parecer, Tarmiya no presentaba ninguna de ellas.

Guiándose por una corazonada, el sargento de la RAF volvió a examinar una foto de toda la zona tomada desde un ángulo muy elevado. Y allí estaban... la valla, las baterías, los barracones, las puertas reforzadas, los misiles, las marañas de alambre con cuchillas, la franja minada. Pero la encontraban muy lejos del complejo. Sencillamente los iraquíes habían delimitado una vasta extensión de terreno, un cuadrado de cien kilómetros de lado, y lo habían vallado. Semejante delimitación de la tierra habría sido imposible en Occidente e incluso en la Europa del Este.

El complejo industrial, setenta de cuyos 381 edificios estaban dedicados a la producción de material bélico, como se comprobó más tarde, se encontraba en el

centro de ese cuadrado. Aunque las construcciones se hallaban ampliamente diseminadas para evitar los bombardeos, aun así solo ocupaba cinco mil de los diez mil kilómetros cuadrados acres de la zona protegida.

—¿Y las líneas del tendido eléctrico? Aquí no hay nada capaz de proporcionar energía a un cepillo de dientes eléctrico.

—Aquí están, señor, 45 kilómetros al oeste. Las líneas del tendido eléctrico van en la dirección contraria. Me jugaría cincuenta libras contra una pinta de cerveza tibia a que esas líneas eléctricas son falsas. El cable verdadero estará enterrado e irá desde la central eléctrica al corazón de Tarmiya. Esa es una central de ciento cincuenta megawatios, señor.

—Hijo de perra —dijo el coronel entre dientes. Entonces se enderezó y cogió el rímero de fotos.

—Buen trabajo, Charlie. Voy a llevar todo esto a Buster Glosson. Entretanto, no es necesario esperar alrededor de esa factoría sin tejado. Es importante para los iraquíes, así que la destruiremos.

—Sí, señor, la incluiré en la lista.

—Pero que no sea para dentro de tres días, sino para mañana mismo. ¿Quién está libre?

El sargento de vuelo se sentó ante una consola de ordenador y tecleó la pregunta.

—No hay nadie, señor. Todas las unidades tienen tareas asignadas.

—¿No podemos desviar una escuadrilla?

—Imposible. Debido a la persecución de los Scud llevamos retraso. Ah, un momento, está la cuatro trescientos en Diego. Ellos tienen capacidad.

—De acuerdo, encargue la misión a los *Bufs*.

—Perdone que se lo diga, señor, pero los *Bufs* no son exactamente bombarderos de precisión —observó el suboficial, con una expresión minuciosamente cortés que enmascaraba su desacuerdo.

—Mire, Charlie, antes de que transcurra un día los iraquíes habrán desmantelado esas instalaciones. No tenemos alternativa. Déselo a los *Bufs*.

—Sí, señor.

Mike Martin estaba demasiado inquieto para permanecer oculto en el recinto diplomático soviético durante más de unos pocos días. El mayordomo ruso y su esposa estaban muy turbados y sufrían los efectos del insomnio debido a la interminable cacofonía de bombas y cohetes que caían sobre Bagdad, unida al fragor de la ilimitada pero en gran medida inútil artillería antiaérea iraquí.

Desde las ventanas lanzaban imprecaciones a los aviadores americanos y británicos, pero, por otro lado, se les estaban terminando las provisiones, y el estómago ruso es un argumento apremiante. La solución fue enviar a Mahmoud, el

jardinero, a comprar algo para comer.

Martin llevaba tres días pedaleando por la ciudad cuando vio la marca de tiza. Estaba en el muro posterior de una de las antiguas casas de Khayat, en Karadit-Mariam, y significaba que Jericó había dejado una entrega en el correspondiente buzón muerto.

A pesar del bombardeo, la resistencia natural de la gente común y corriente que trataba de seguir viviendo había empezado a afirmarse. Sin decir una palabra, a menos que fuese en voz baja y dirigida a un miembro de la familia que no delataría al hablante a la AMAM, los trabajadores habían empezado a darse cuenta de que los Hijos de los Perros y los Hijos de Naji parecían capaces de alcanzar con sus bombas solo aquello que deseaban destruir, y dejar el resto en paz.

Cinco días después de que se iniciaran los ataques, el palacio —había sido alcanzado el segundo día— y el Ministerio de Defensa, la central telefónica y la central generadora principal ya no existían. Más inconveniente todavía era el hecho de que los nueve puentes de la ciudad decorasen ahora el fondo del Tigris, pero una serie de pequeños empresarios habían establecido servicios de transbordadores de una a otra orilla del río, algunos lo bastante grandes para transportar camiones y coches. Había bateas que cargaban con diez pasajeros y sus bicicletas, mientras que otros transbordadores eran simples botes de remos.

La mayor parte de los edificios principales se mantenían incólumes. El hotel Rashid de Karch seguía lleno de corresponsales extranjeros, aun cuando se sabía con seguridad que el rais estaba en el búnquer situado debajo del edificio. Todavía era más inquietante que el cuartel general de la AMAM, un conjunto de casas comunicadas entre sí, con fachadas antiguas e interiores modernizados en una calle cerrada al tránsito cerca de Qasr el Abyad, en Risafa, no había sufrido daños. Debajo de dos de aquellas casas se encontraba el Gimnasio, jamás mencionado excepto en susurros, donde Omar Khatib, el Atormentador, obtenía las confesiones de los detenidos.

Al otro lado del río, en Mansour, el único bloque de oficinas que constituía el cuartel general de la Mukhabarat, dedicada a la vigilancia de extranjeros y al contraespionaje, carecía de señal distintiva alguna.

Mientras pedaleaba de regreso a la finca del diplomático soviético, Mike Martin pensaba en el problema planteado por la marca de tiza. Sabía que sus órdenes eran formales: no debía aproximarse. De haber sido un diplomático chileno, habría obedecido la instrucción y obrado en consecuencia. Pero Martin nunca había sido adiestrado para permanecer inmóvil, durante días si fuese necesario, en un puesto de observación aislado y observar el campo circundante aunque los pájaros anidasen en su sombrero.

Aquella noche salió sin bicicleta y cruzó de nuevo el río para entrar en Risafa.

Aun cuando los ataques aéreos habían comenzado, se dirigió al mercado de verduras de Kasra. Aquí y allá había personas en las aceras, gentes que se escabullían en busca de refugio, como si sus humildes viviendas pudieran mantener a raya a un misil de crucero Tomahawk, y él era una más de aquellas personas. Más importante todavía era el hecho de que su apuesta con respecto a las patrullas de la AMAM se estaba revelando acertada: tampoco a ellos les gustaban las calles abiertas con aquellos americanos volando encima de sus cabezas.

Encontró el lugar donde se apostaría; se trataba del terrado de un almacén de frutas, y desde él podría dominar la calle, el patio y la losa que señalaba el escondrijo del mensaje secreto. Desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la madrugada permaneció tendido, observando.

Si el escondrijo estaba vigilado, la AMAM no habría usado menos de veinte hombres. Durante todo aquel tiempo se habría oído el ruido de una bota sobre la piedra, una tos, un movimiento debido a un calambre muscular, la raspadura de un fósforo, el brillo de un cigarrillo, la orden gutural para que lo apagaran. Sin duda habría habido algo. Martin no podía creer que la gente de Khatib o Rahmani fuese capaz de permanecer inmóvil y en silencio durante ocho horas.

El bombardeo cesó a las cuatro de la madrugada. Abajo, en el mercado, no había luces. Volvió a echar un vistazo en busca de una cámara montada en una ventana alta, pero en aquella zona no había ventanas altas. A las cuatro y diez bajó del tejado, cruzó el callejón, amparado por las sombras y por su túnica gris oscuro que lo hacía prácticamente invisible, localizó la losa, extrajo el mensaje y se alejó.

Llegó al muro de la finca del primer secretario Kulikov poco antes del amanecer y entró en su choza antes de que se levantara cualquiera de los habitantes de la casa.

El mensaje de Jericó era sencillo. Llevaba nueve días sin recibir noticias. No había visto ninguna marca de tiza. Desde la entrega de su último informe no se había producido ningún contacto. No había llegado dinero a su cuenta bancaria. No obstante, su mensaje había sido retirado. ¿Qué ocurría?

Martin no transmitió el mensaje a Riad. Sabía que no debería haber desobedecido las órdenes, pero creía que era él, y no Paxman, el hombre que estaba sobre el terreno, y por lo tanto tenía derecho a tomar algunas decisiones por su cuenta. Aquella noche había corrido un riesgo calculado, poniendo en juego su pericia contra hombres cuya habilidad en el juego del espionaje era sin duda inferior. Si hubiese advertido un solo indicio de que el callejón estaba vigilado, se habría ido como había venido, y nadie le habría visto.

Era posible que Paxman estuviese en lo cierto y Jericó se encontrara comprometido. También existía la posibilidad de que el confidente se hubiera limitado a transmitir lo que le había oído decir a Saddam Hussein. El punto conflictivo era el millón de dólares que la CIA se negaba a pagarle. Martin ideó la

respuesta que él mismo le daría.

Dijo que había habido problemas motivados por el inicio de la batalla aérea, pero que no ocurría nada que no pudiera arreglarse con un poco de paciencia. El último despacho había sido, en efecto, recogido y transmitido, pero Jericó, que era un hombre de mundo, debía comprender que un millón de dólares era una suma demasiado alta y que era necesario comprobar la veracidad de la información, lo cual requeriría algún tiempo adicional. Jericó debía mantenerse sereno en aquellos tiempos agitados y aguardar la próxima marca de tiza que le avisaría de que su acuerdo se había reanudado.

Durante la jornada Martin introdujo el mensaje detrás del ladrillo del muro junto al foso de agua estancada de la antigua ciudadela de Adhamiya, y cuando oscureció trazó la marca de tiza en la oxidada superficie de la puerta del garaje, en Mansour.

Veinticuatro horas después la marca de tiza había sido borrada. Cada noche Martin sintonizaba con Riad, pero no le llegaba ningún mensaje. Sabía que la orden era huir de Bagdad y que probablemente sus controladores esperaban que cruzase la frontera. Decidió esperar un poco más.

Diego García no es uno de los lugares más visitados del mundo. Se trata de una islita, poco más que un atolón de coral, en el fondo del archipiélago de Chagos, en el océano Índico meridional. En el pasado fue territorio británico, y durante años ha sido alquilado a Estados Unidos.

A pesar de su aislamiento, durante la guerra del Golfo jugó el papel de anfitrión del Ala de Bombarderos 4300 de la Fuerza Aérea estadounidense, establecida allí a toda prisa y formada por fortalezas volantes B-52.

Podía decirse del B-52 que era el más veterano de los aviones que participaban en la guerra, pues llevaba más de treinta años en servicio. Durante gran parte de ese tiempo había sido la columna vertebral del Comando Aéreo Estratégico, con base en Omaha, Nebraska. El gran mastodonte había volado en círculo por la periferia del imperio soviético día y noche, cargado con ojivas termonucleares.

Por viejo que fuese, seguía siendo un bombardero temible, y en el Golfo la versión «G», puesta al día, era utilizada con un efecto devastador contra las tropas atrincheradas de la llamada élite de la Guardia Republicana en el desierto que se extendía al sur de Kuwait. Si la flor y nata del Ejército iraquí salieron de sus búnqueres ojerosos y con los brazos en alto durante la ofensiva terrestre de la Coalición fue, en parte, porque los continuos bombardeos de los B-52 habían destrozado sus nervios y acabado con su moral.

En la guerra solo participaron ocho de esos bombarderos, pero su capacidad de transporte es tan grande y su carga de bombas tan enorme que lanzaron 26.000 toneladas de material, el cuarenta por ciento de todo el tonelaje arrojado durante el

conflicto.

Los B-52 son tan voluminosos que, estacionados en tierra, sus alas, de las que penden ocho motores Pratt & Whitney en cuatro vainas de a dos, se inclinan hacia el suelo. Al despegar, con carga total, las alas se levantan primero y parecen alzarse por encima del gran casco, como las de una gaviota. Solo en vuelo permanecen rectas a los lados.

Una de las razones de que estos aviones causaran tanto terror entre los miembros de la Guardia Republicana que se encontraban en el desierto fue el hecho de que volaran sin ser vistos ni oídos, a tanta altura que sus bombas llegaban sin advertencia, produciendo de ese modo un pánico mucho mayor. Pero si son buenos para alfombrar de bombas una zona, la precisión no es su punto fuerte, como el sargento de vuelo había intentado señalar.

Al amanecer del 22 de enero, tres *Buff*s despegaron de Diego García y pusieron rumbo a Arabia Saudí. Cada aparato transportaba su carga máxima, 51 bombas de «hierro» o «tontas» de 375 kilos, que tenderían a caer donde les diera la gana desde once mil metros de altura. De esas bombas, 27 iban dentro de la carlinga y las demás estaban alojadas debajo de cada ala.

Los tres bombarderos formaban la «célula» habitual en las operaciones de los *Buff*s, y sus tripulantes habían esperado pasar el día dedicados a la natación y la pesca submarina en los arrecifes de su escondite tropical. Resignados, establecieron el rumbo hacia un lejano complejo industrial que jamás habían visto ni verían.

Al B-52 no se le llama *Buff* [piel de ante] porque esté pintado de color canela o pardo amarronado, ni tampoco porque tenga relación alguna con el antiguo regimiento procedente del este de Kent, Inglaterra. La palabra ni siquiera es una derivación de las dos primeras sílabas del número dado al aparato (*bi-fifty two*), sino que está formada con las siglas de la expresión *Big Ugly Fat Fucker* [jodador grande, feo y gordo].

Así pues, los *Buff*s avanzaron laboriosamente hacia el norte, llegaron a Tarmiya, obtuvieron la «imagen» de la fábrica designada y arrojaron sus 153 bombas. Entonces regresaron al archipiélago de Chagos.

En la mañana del día 23, más o menos a la hora en que desde Londres y Washington pedían a gritos más fotos de aquellos misteriosos «discos voladores playeros», fue asignada otra misión a la BDA, pero esta vez el reconocimiento fotográfico fue realizado por un Phantom enviado por la Guardia Aérea Nacional de Alabama desde la base de Sheikh Isa, en Bahrein, conocida localmente como Shakey's Pizza.

Los *Buff*s habían efectuado una notable ruptura con la tradición, dando de pleno en el blanco. Donde había estado la fábrica de los discos voladores ahora solo quedaba un cráter enorme. Londres y Washington tuvieron que contentarse con la

docena de fotografías tomadas por el capitán de corbeta Darren Cleary.

Los mejores analistas del Agujero Negro habían visto las fotos, se habían encogido de hombros, pues no tenían idea de qué era aquello, y las remitieron a sus superiores en las dos capitales.

De inmediato se enviaron copias al JARIC, el centro británico de interpretación fotográfica, y al ENPIC de Washington.

Quienes pasen ante el cuadrado edificio de ladrillo que se alza en una esquina de un distrito de apariencia destartada en el centro de Washington, difícilmente imaginen lo que contiene. La única pista de que ahí está el Centro Nacional de Interpretación Fotográfica son los humeros del aire acondicionado que mantiene a temperaturas controladas una asombrosa batería de los ordenadores más potentes de Estados Unidos.

Por lo demás, las ventanas polvorientas, la sencilla puerta y la suciedad de la calle podrían sugerir un almacén no demasiado próspero. Pero es ahí donde van a parar las imágenes tomadas por los satélites, y los analistas que trabajan en ese centro son quienes dicen a los hombres del Centro Nacional de Reconocimiento y de la CIA qué es lo que han visto exactamente esos caros «pájaros». Los jóvenes, sesudos y brillantes analistas son eficientes, tienen un conocimiento exhaustivo de la más reciente tecnología y, sin embargo, jamás habían visto unos discos como los de Tarmiya. Así lo comunicaron, hecho lo cual archivaron las fotos.

Los expertos del Ministerio de Defensa en Londres y el Pentágono en Washington, que conocían todas las armas convencionales inventadas por el hombre desde la ballesta, examinaron las imágenes, sacudieron la cabeza y las devolvieron.

Por si tenían algo que ver con las armas de destrucción masivas, las mostraron a los científicos de Porton Down, Harwell y Aldermaston en Inglaterra, así como a los de Sandia, Los Álamos y Lawrence Livermore en Estados Unidos. El resultado fue el mismo.

La mejor sugerencia fue que los discos formaban parte de grandes transformadores destinados a una nueva central eléctrica. Hubo que conformarse con esa explicación cuando la solicitud de más fotografías a Riad tuvo como respuesta la noticia de que el centro industrial de Tarmiya había dejado de existir literalmente.

Era una explicación muy buena, pero no elucidaba el principal problema: ¿por qué las autoridades iraquíes se esforzaban desesperadamente, como indicaban las fotos, en cubrir o rescatar aquellos discos?

La noche del día 24 Simon Paxman llamó a casa del doctor Terry Martin desde una cabina telefónica.

—¿Le apetece otra comida india?

—Esta noche no puedo —dijo Martin—. Estoy haciendo el equipaje.

No mencionó que Hilary había vuelto y que también deseaba pasar la noche con su amigo.

—¿Adónde va? —preguntó Paxman.

—A Estados Unidos —respondió Martin—. Me han invitado a dar una conferencia sobre el califato abásida. Es una invitación bastante halagadora, ¿sabe? Al parecer les gustan mis investigaciones sobre la estructura legal del tercer califato. Siento no poder acompañarle.

—Es que hemos recibido cierta información del sur, otro rompecabezas que nadie es capaz de resolver. Pero no se trata de los matices de la lengua árabe, sino de algo técnico. Sin embargo...

—¿De qué se trata?

—De una fotografía. He sacado una copia.

Martin titubeó.

—¿Otra paja en el viento? —dijo al fin—. De acuerdo, en el mismo restaurante, a las ocho.

—Probablemente solo se trate de eso, de otra paja —dijo Paxman.

Lo que ignoraba era que la foto que sostenía en aquella gélida cabina telefónica era un cordel muy largo.

Terry Martin aterrizó en el aeropuerto internacional de San Francisco poco después de las tres de la tarde, hora local, del día siguiente. Había acudido a recibirle su anfitrión, el profesor Paul Maslowski, un hombre cordial y simpático, vestido con la inevitable chaqueta de tweed y parches de cuero en los codos que es el uniforme de los académicos del Nuevo Mundo, y Terry se sintió envuelto al instante por el cálido abrazo de la hospitalidad americana.

—Betty y yo hemos pensado que alojarse en un hotel sería un tanto impersonal —le dijo Maslowski mientras conducía su utilitario por los accesos del aeropuerto hasta salir a la autopista—. ¿No preferiría quedarse en nuestra casa?

—Gracias, me encantaría —respondió sinceramente Martin.

—Los alumnos tienen verdaderas ganas de escucharle, Terry. No somos muchos, por supuesto, pues nuestra facultad de árabe debe de ser más reducida que la de ustedes en la SOAS, pero son realmente entusiastas.

—Magnífico. Me hace mucha ilusión encontrarme con ellos.

Los dos hombres charlaron animadamente sobre la pasión que compartían, la Mesopotamia medieval, hasta que llegaron a la casa de madera del profesor Maslowski, en una urbanización de Menlo Park.

Allí le recibió Betty, la esposa de Paul, y el matrimonio le mostró la cálida y cómoda habitación de invitados. Terry consultó su reloj. Eran las cinco menos cuarto.

—¿Podría telefonar? —preguntó al bajar a la sala.

—Desde luego —dijo Maslowski—. ¿Quiere llamar a casa?

—No, es una llamada local. ¿Tiene un listín telefónico?

El profesor le dio el listín y salió. Terry encontró lo que buscaba bajo el nombre Livermore: el Laboratorio Nacional Lawrence Livermore, en el condado de Alameda. Tenía el tiempo justo para ponerse en contacto.

Cuando le respondió la recepcionista, tuvo que repetir dos veces el departamento que buscaba, pues la mujer no entendía su manera de pronunciar la Z.

—Departamento Zeta, la oficina del director.

—Un momento, por favor.

Entonces oyó otra voz femenina.

—Aquí la oficina del director. ¿Qué desea?

El acento británico fue probablemente una ayuda. Terry explicó que era el doctor Martin, profesor inglés que estaba realizando una breve visita, y le gustaría hablar con el director. Una voz masculina se puso al aparato.

—¿Doctor Martin?

—Sí.

—Soy Jim Jacobs, el subdirector. ¿En qué puedo servirle?

—Ya sé que es una solicitud muy precipitada, pero estoy de visita para dar una conferencia en la Facultad de Estudios sobre Oriente Medio en Berkeley. Enseguida regresaré a casa y... bueno, quisiera saber si podría visitarles en Livermore.

La perplejidad se evidenció en el tono de su interlocutor.

—¿Podría darme alguna indicación de los motivos, doctor Martin?

—Eso no es nada fácil. Verá, soy miembro del sector inglés del comité Medusa. ¿Le suena?

—Desde luego. Mire, ahora estamos a punto de irnos. ¿Le va bien mañana?

—Perfectamente. La conferencia es por la tarde. ¿Podría acudir por la mañana?

—¿Digamos a las diez? —preguntó el doctor Jacobs.

Convinieron la cita. Martin había tenido el buen juicio de evitar mencionar que no era en absoluto un físico nuclear, sino un arabista. No había necesidad de complicar las cosas.

Aquella noche, al otro lado del mundo, en Viena, Karim se acostó con Edith Hardenberg. Su seducción no fue ni apresurada ni torpe, sino que pareció seguir una velada de música de concierto y cena con perfecta naturalidad. Incluso mientras le conducía desde el centro de la ciudad a su apartamento en Grinzing, Edith trataba de convencerse a sí misma de que solo tomarían café y se darían un beso de despedida, aunque en lo más hondo de su ser sabía que estaba fingiendo.

Cuando él la abrazó y la besó suave pero persuasivamente, Edith no se resistió. Su anterior convicción de que protestaría pareció disiparse y no pudo impedirlo, ya que, en el fondo, no quería hacerlo.

Cuando la cogió en brazos y la llevó al minúsculo dormitorio, ella se limitó a apoyar la cabeza en su hombro y dejar que sucediera. Edith apenas notó que su recatado vestido se deslizaba al suelo. Los dedos de Karim tenían una destreza de la que habían carecido los de Horst, y la desnudaron sin tirones, sin tropezar con las dificultades de cremalleras y botones.

Edith todavía llevaba puestas las bragas cuando él se tendió a su lado bajo el *bettkissen*, el grande y blando edredón vienés, y el calor de su cuerpo joven era como el amor de la lumbre en una fría noche de invierno.

No sabía cómo actuar, por lo que cerró los ojos con fuerza y dejó que sucediera. Los labios y dedos suavemente inquisitivos del joven empezaron a despertar sus nervios adormecidos. Horst nunca había tenido semejantes atenciones. Le acometió el pánico cuando los labios masculinos se separaron de los suyos y fueron a otros lugares, a aquellas zonas prohibidas a las que su madre siempre se había referido como «ahí abajo». Intentó apartarle, protestando débilmente, consciente de que las oleadas que empezaban a recorrer la parte inferior de su cuerpo no eran correctas ni

decentes, pero él se afanaba como un perro de aguas sobre una perdiz caída.

No hacía caso de las palabras que ella le repetía («*Nein, Karim, da sollst du nicht*»), hasta que las oleadas se convirtieron en una marejada. Edith era como un bote perdido en un océano desenfrenado. Cuando la última gran ola rompió sobre ella, experimentó una sensación con la que ni una sola vez en sus treinta y nueve años había tenido que apabullar a su confesor en la *Votivkirche*.

Entonces ella tomó la cabeza de Karim entre sus manos, le apretó la cara contra sus pequeños senos y le meció en silencio.

Karim le hizo el amor dos veces durante la noche, una poco después de medianoche y la otra en la negrura que antecede al alba, y en cada ocasión se mostró tan dulce y fuerte que el amor contenido de la mujer brotó al encuentro del suyo de una manera que ella jamás habría imaginado posible. Solo después de la segunda vez se atrevió a deslizar las manos por el cuerpo masculino mientras él dormía, maravillada por el lustre de la piel y la hondura del amor que le inspiraba.

Aunque desconocía por completo que a su invitado le interesaban otras cosas aparte de los estudios árabes, aquella mañana el doctor Maslowski insistió en llevar a Terry Martin a Livermore y evitarle el gasto de un taxi.

—Supongo que tengo en mi casa un invitado más importante de lo que pensaba —comentó durante el trayecto.

Martin protestó, asegurándole que se equivocaba, pero el profesor californiano conocía lo suficiente el laboratorio Lawrence Livermore para saber que no todo el mundo podía entrar allí sin más requisito que pedirlo por teléfono. Sin embargo, el doctor Maslowski, haciendo gala de discreción, se abstuvo de hacer más preguntas.

En la entrada de seguridad unos guardias uniformados examinaron el pasaporte de Martin, hicieron una llamada telefónica y les indicaron un sitio donde podían aparcar.

—Esperaré aquí —dijo Maslowski.

El aspecto exterior del laboratorio no está en consonancia con la actividad que se desarrolla en él. Se trata de un curioso conjunto de edificios ubicado en Vasco Road; algunos son modernos, pero muchos pertenecen a la época en que era una vieja base militar. Al conglomerado de estilos se añaden unos pabellones de residencia temporales que han llegado a hacerse permanentes entre los viejos barracones. Condujeron a Martin a unas oficinas en el lado del complejo que da a la East Avenue.

Por anodino que sea el aspecto de esos edificios, desde su interior un grupo de científicos controla la proliferación de la tecnología nuclear en el Tercer Mundo.

Jim Jacobs era algo mayor que Terry Martin, rondaba los cuarenta. Era doctor en filosofía y físico nuclear. Recibió a Martin en su despacho, que estaba atestado de papeles.

—Hace frío esta mañana. Apuesto a que creía usted que en California haría calor.

Es lo que cree todo el mundo, pero en esta parte norte del estado el clima es distinto. ¿Le apetece un café?

—Sí, muchas gracias.

—¿Azúcar, leche?

—Solo, por favor.

El doctor Jacobs pulsó un botón del intercomunicador.

—¿Quieres traernos dos cafés, Sandy? El mío, como ya sabes. El otro, solo.

Sonrió a su visitante desde el otro lado de la mesa. No se molestó en mencionar que había hablado con Washington para confirmar el nombre del visitante inglés y su verdadera pertenencia a Medusa. Alguien en el sector americano del comité, a quien conocía, había examinado una lista y comprobado que Martin, efectivamente, era miembro del comité. Jacobs estaba impresionado, pues, por muy joven que pareciera el visitante, debía de tener una posición muy alta allá en Inglaterra. El americano lo sabía todo de Medusa, porque durante semanas él y sus colegas habían sido consultados acerca de Irak y habían dado toda la información que poseían, todos los detalles de una historia de estupidez y descuido por parte de Occidente que había estado a punto de permitir a Saddam Hussein la obtención de una bomba atómica.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó Jacobs.

Martin abrió su maletín.

—Sé que es una conjetura aventurada, pero supongo que ya ha visto usted esto.

Puso sobre la mesa una copia de una de las doce fotos de la fábrica de Tarmiya, la que Paxman le había dado aunque no debería haberlo hecho. Jacobs echó un vistazo a la foto y asintió.

—Sí, claro, hace tres o cuatro días nos llegó una docena de fotos como esta desde Washington. ¿Qué puedo decirle? No significan nada. No estoy en condiciones de añadir más de lo que he dicho a Washington. Jamás había visto unas instalaciones similares.

Entró Sandy, una rubia californiana rebosante de seguridad en sí misma, con la bandeja del café.

—Buenos días —le dijo a Martin.

—Ah, hola. ¿Las ha visto el director?

Jacobs frunció el entrecejo ante la suposición de que tal vez él no fuera lo bastante importante para tratar de aquel asunto.

—El director está esquiando en Colorado, pero las he sometido a algunos de los mejores cerebros con que contamos aquí y, créame, son muy buenos.

—Oh, estoy seguro de ello —dijo Martin. Había topado con otra pared. Se dijo que, al fin y al cabo, solo había sido una conjetura aventurada.

Sandy dejó las tazas de café sobre la mesa. Su mirada se posó en la foto.

—Vaya, otra vez esas fotografías —comentó.

—Sí, otra vez —dijo Jacobs, y sonrió burlescamente—. El doctor Martin cree que quizá alguien... mayor debería echarles un vistazo.

—Bueno, pues enséñaselas a Papá Lomax.

Dicho esto, la joven salió de la estancia.

—¿Quién es Papá Lomax? —preguntó Martin.

—Ah, no haga caso. Es un hombre que trabajó aquí, pero ahora está jubilado y vive solo en las montañas. Viene de vez en cuando, para recordar los viejos tiempos. Las chicas le adoran, les trae flores silvestres... Es un viejo de lo más curioso.

Tomaron el café, pero había poco más que decir y Jacobs tenía trabajo. Se disculpó una vez más por no poder serle de ayuda. Entonces acompañó al visitante hasta la puerta, se despidió de él y regresó a su despacho.

Martin aguardó unos segundos en el corredor y luego asomó la cabeza tras la puerta.

—¿Dónde podría encontrar a Papá Lomax? —preguntó a Sandy.

—No lo sé. Vive en las colinas y nunca ha ido nadie a visitarle.

—¿Tiene teléfono?

—No, las líneas telefónicas no llegan hasta allí, pero creo que tiene un teléfono portátil. La compañía de seguros insistió, porque él es muy anciano.

Su rostro denotaba la auténtica preocupación que solo los jóvenes californianos pueden mostrar por alguien de más de sesenta años. Examinó un índice y encontró un número. Martin lo anotó, le dio las gracias y se marchó.

A diez husos horarios de distancia, en Bagdad, era de noche. Mike Martin pedaleaba en su bicicleta hacia el noroeste, por la calle de Port Said. Acababa de pasar ante el viejo Club Británico, en el lugar antes llamado Southgate, y como le trajo recuerdos de adolescencia se volvió para mirarlo.

Su falta de atención estuvo a punto de ocasionar un accidente. Había llegado al borde de la plaza Nafura y siguió pedaleando sin mirar. Una gran limusina se acercaba por la izquierda y, si bien técnicamente no tenía preferencia de paso, era evidente que los dos motoristas que la acompañaban a ambos lados no iban a detenerse.

Uno de ellos viró bruscamente para evitar al torpe *fellagha* con una cesta de verduras en el asiento trasero, la rueda delantera de la moto golpeó la bicicleta y la derribó.

Martin cayó y quedó espatarrado en el suelo, rodeado por sus verduras. La limusina frenó, permaneció un instante detenida y pasó lentamente junto a él antes de acelerar.

Martin, de rodillas, alzó la vista justo en el momento en que el coche pasaba. El pasajero que iba en el asiento trasero miró por la ventanilla al patán que se había

atrevido a retrasarle unos segundos.

Era el rostro frío de un hombre vestido con uniforme de general de brigada, delgado y áspero, con unos surcos a cada lado de la nariz que enmarcaban una boca de expresión rencorosa. En aquella fracción de segundo Martin reparó en los ojos: no eran fríos o coléricos, no estaban inyectados en sangre, no eran astutos, ni siquiera crueles, sino inexpresivos, absolutamente inexpresivos, como los ojos de la muerte. Un instante después el rostro detrás de la ventanilla había pasado de largo.

Mike no necesitó los susurros de los dos obreros que le levantaron del suelo y ayudaron a recoger sus verduras. Había visto aquel rostro antes, pero vagamente, en una borrosa foto que le mostraran en Riad semanas atrás. Acababa de ver al hombre más temido de Irak después del raís, tal vez más que este. Era aquel a quien llamaban *Al Mu'azib el Atormentador*, el que obtenía confesiones, el jefe de la AMAM, Omar Khatib.

A la hora de la comida Terry Martin llamó al número que le habían dado. No obtuvo respuesta, salvo el tono melifluo de la voz grabada que decía: «La persona a quien llama no está disponible o se encuentra fuera de alcance. Por favor, vuelva a llamar más tarde.»

Paul Maslowski había llevado a Martin a almorzar con sus colegas de facultad en el campus. La conversación fue animada y versó sobre temas académicos. Después de comer, camino de Barrows Hall, adonde le llevaba Kathlene Keller, la directora de estudios sobre Oriente Medio, llamó de nuevo pero tampoco esa vez obtuvo respuesta.

La conferencia se desarrolló de una manera satisfactoria. Había veintisiete estudiantes graduados que preparaban su doctorado, y a Terry le impresionó el nivel de todos ellos y su profunda comprensión de los trabajos que él había escrito sobre el califato que gobernó la Mesopotamia central en lo que los europeos llamaban la Edad Media.

Uno de los estudiantes se levantó para agradecerle que hubiera ido hasta allí para hablarles, y los demás aplaudieron. Terry Martin, ruborizado, les dio las gracias. Al salir de la sala vio un teléfono en la pared del vestíbulo. Esta vez respondió una voz áspera.

—¿Diga?

—Perdone, ¿es usted el doctor Lomax?

—Solo existe uno, amigo mío, y ese soy yo.

—Sé que le parecerá absurdo, pero he venido desde Inglaterra y me gustaría verle. Me llamo Terry Martin.

—Inglaterra, ¿eh? Eso está muy lejos. ¿Qué quiere usted de un viejo chalado como yo, señor Martin?

—Quisiera recurrir a su larga memoria y mostrarle algo. En Livermore me han dicho que usted ha trabajado ahí más que la mayoría y que lo ha visto prácticamente todo. Tengo algo que me gustaría enseñarle, pero es difícil explicarlo por teléfono. ¿Podría ir a verle?

—¿No será para hablarme de impuestos?

—No.

—¿O de una página central del *Playboy*?

—Me temo que no.

—Me ha despertado usted la curiosidad. ¿Conoce el camino?

—No. Si es tan amable de indicármelo, lo anotaré.

Papá Lomax le explicó cómo llegar a su residencia. Eran unas instrucciones complicadas que requirieron cierto tiempo. Martin las anotó con todo detalle.

—Mañana por la mañana —le dijo el físico jubilado—. Ahora es demasiado tarde y se perdería en la oscuridad. Necesitará un vehículo todoterreno.

La mañana del 27 de enero solo uno de los dos E-8A J-STAR que intervenían en la guerra del Golfo captó la señal. Los J-STAR eran todavía aparatos experimentales y su tripulación estaba compuesta, en su mayoría, por técnicos civiles. A principios de enero fueron trasladados a toda prisa desde su base en la planta Grumman de Melbourne a Arabia, por lo que tuvieron que dar la vuelta a medio mundo.

Aquella mañana, uno de los dos que habían partido de la base aérea militar de Riad volaba muy alto sobre la frontera iraquí, todavía dentro del espacio aéreo saudí, escrutando con su radar Norder enfocado hacia abajo y en sentido lateral a fin de cubrir más de 160 kilómetros del desierto occidental de Irak.

La señal era leve, pero indicaba metal que se movía lentamente, adentrándose en Irak; debía de tratarse de un convoy de dos o tres camiones como máximo. No obstante, eso era lo que estaba buscando el J-STAR, de modo que el comandante de la misión lo comunicó a uno de los AWACS que volaban en círculo sobre el extremo norte del mar Rojo y le dio la posición exacta del pequeño convoy iraquí.

En la carlinga del AWACS, el jefe de misión anotó el lugar preciso y buscó en los alrededores un aparato disponible para hacer una visita poco amistosa al convoy. Por entonces todas las operaciones en el desierto occidental estaban concentradas en la búsqueda de Scud, aparte de la atención prestada a las dos enormes bases aéreas iraquíes llamadas H2 y H3 que estaban situadas en aquellos desiertos. El J-STAR podría haber localizado una lanzadera móvil de misiles, aun cuando eso no era habitual durante el día.

El AWACS encontró dos F-15E Strike Eagle que se dirigían al sur desde el llamado «callejón de Scud», al norte.

Don Walker volaba a cinco mil metros tras una misión en las afueras de Al Qaim,

donde él y su piloto de flanco, Randy Roberts, acababan de destruir una base fija de misiles que protegía a una de las fábricas de gas venenoso tomadas como blanco para su posterior destrucción.

Tras recibir la llamada, Walker comprobó el nivel de combustible. Era bajo. Para empeorar las cosas, después de haber lanzado las bombas guiadas por láser, los pilones bajo las alas solo contenían dos Sidewinder y dos Sparrow, que eran misiles aire-aire, por si tropezaban con cazas iraquíes.

En algún lugar al sur de la frontera esperaba pacientemente el avión nodriza que le habían asignado, y necesitaría hasta la última gota para regresar a Al Kharz. Aun así, la localización del convoy estaba solo a ochenta kilómetros y solo veinticuatro fuera de su rumbo previsto. Aun cuando no dispusiera de munición, ir a echar un vistazo no haría ningún daño.

Su piloto de flanco lo había oído todo, por lo que Walker hizo un gesto a través de la cubierta corrediza al piloto que volaba a ochocientos metros a su lado y los dos Eagle viraron hacia la derecha y descendieron en picado.

A 2.500 metros de altura pudo ver la fuente de la señal que había aparecido en la pantalla del J-STAR. No se trataba de una lanzadera de Scud, sino de dos camiones y dos BRDM-2, vehículos blindados ligeros de fabricación soviética con ruedas en vez de orugas.

Desde su altura podía ver mucho más que el J-STAR. Allá abajo, en un *uadi* profundo, había un solitario Land Rover. A 1.500 metros distinguió a los cuatro miembros del SAS británico alrededor del vehículo; parecían hormigas del mismo color pardo que el desierto. Lo que no podía ver eran los cuatro vehículos iraquíes colocados en forma de herradura a su alrededor ni los soldados que bajaban de la caja de los dos camiones para rodear el *uadi*.

Durante su estancia en Omán Don Walker había conocido a los hombres del SAS. Sabía que estaban actuando en los desiertos occidentales contra las lanzaderas de Scud, y varios miembros de su escuadrilla ya habían establecido contacto radiofónico con aquellas voces inglesas de extraño acento que estaban en tierra cuando los hombres del SAS se hallaban ante un blanco del que no podían ocuparse por sí mismos.

A novecientos metros vio a los cuatro británicos que alzaban la vista con curiosidad. Los iraquíes se encontraban a ochocientos metros de distancia. Walker apretó el botón de transmisión.

—Alineación a popa, encárgate de los camiones.

—Enseguida.

Aunque no le quedaban bombas ni cohetes, en el guante del ala derecha, al lado mismo de la toma de aire, había un cañón de 20 mm M-61-Al Vulcan, seis tubos rotatorios capaces de disparar su carga de 450 proyectiles a una velocidad

impresionante. El proyectil de cañón de 20 mm tiene el tamaño de un plátano pequeño y estalla al producirse el impacto. Puede desbaratar los planes de quienes se ven atrapados en un camión o corren a campo traviesa.

Walker movió los conmutadores de «puntería» y «arma» y el dispositivo de puntería en la parte frontal de su casco le mostró los dos vehículos blindados directamente en la pantalla, más una cruz de puntería que indicaba que las desviaciones ya habían sido corregidas automáticamente.

El primer BRDM recibió un centenar de proyectiles de cañón y estalló. Walker alzó ligeramente la nariz y centró la cruz móvil en el plexiglás del dispositivo de puntería sobre la parte trasera del segundo vehículo. Vio que el depósito de combustible se incendiaba antes de sobrevolarlo, ascender y trazar un círculo hasta que el pardo desierto estuvo por encima de su cabeza. Continuando el giro, Walker hizo que el aparato descendiera de nuevo. El horizonte azul y pardo volvió a su posición habitual, con el desierto abajo y el cielo arriba. Los dos BRDM ardían envueltos en llamas, uno de los camiones estaba volcado y el otro convertido en chatarra. Los hombres, desde aquella altura figuras minúsculas, corrían frenéticamente para ponerse a cubierto entre las rocas.

Los cuatro hombres del SAS que permanecían dentro del *uadi* habían recibido el mensaje. Estaban a bordo de sus vehículos y avanzaban por el cauce seco, alejándose de la emboscada. Nunca sabrían quién les había descubierto y dado su posición, probablemente pastores nómadas, pero sabían quiénes acababan de salvarles la vida.

Los Eagle ascendieron, movieron las alas y pusieron rumbo a la frontera y el avión nodriza que les esperaba.

El suboficial al mando de la patrulla del SAS, un sargento llamado Peter Stephenson, alzó una mano para saludar a los aviones que se alejaban y musitó:

—No sé quiénes sois, amigos, pero estoy en deuda con vosotros.

Resultó que la señora Maslowski utilizaba un pequeño jeep Suzuki como coche utilitario y, aunque nunca lo había usado para ir a las colinas, insistió en prestárselo a Terry Martin. A pesar de que el vuelo a Londres estaba previsto a las cinco de la tarde, Terry salió temprano porque no sabía cuánto tiempo le llevaría su gestión. Dijo a la mujer que, como muy tarde, regresaría a las dos.

El doctor Maslowski tenía que volver a la facultad, pero dio a Martin un mapa detallado para que no se extraviara.

La carretera que conducía al valle del río Mocho le llevó más allá de Livermore, hasta Mines Road, que partía de Tesla.

Las últimas casas residenciales de las afueras de Livermore fueron quedando atrás a medida que el terreno se elevaba. Terry había tenido suerte con el tiempo. En esos parajes californianos el invierno nunca es tan frío como puede serlo en otros lugares

de Estados Unidos, pero la proximidad del océano origina espesas nubes y súbitos bancos de niebla arremolinada. Aquel 27 de enero el cielo era azul y diáfano, el aire, sereno y frío.

A través del parabrisas veía el gélido pico de Cedar Mountain a lo lejos. Quince kilómetros después del desvío abandonó la carretera de las minas y enfiló un camino pegado a la ladera de una escarpada colina.

Abajo, en el valle, el Mocho se deslizaba entre las rocas, brillando al sol. La hierba a los lados del camino cedió el paso a una mezcla de artemisa y casuarina. En lo alto volaba un par de milanos, y el camino seguía a lo largo de las estribaciones de Cedar Mountain, adentrándose en el territorio virgen.

Walker pasó ante una granja solitaria de color verde, pero Lomax le había dicho que siguiera hasta el final del camino. Cinco kilómetros más allá encontró la cabaña, una construcción rústica con chimenea de piedra de la que salía una columna de humo azulado.

Se detuvo en el patio y bajó del vehículo. Desde un establo, una solitaria vaca de Jersey le miró con sus ojos aterciopelados. Desde el otro lado de la cabaña llegaban unos sonidos rítmicos; Martin dio la vuelta hasta la parte delantera y encontró a Papá Lomax sobre un risco desde el que se abarcaba el valle y el río, allá abajo.

Tenía setenta y cinco años y, a pesar de la preocupación de Sandy, parecía capaz de divertirse peleando con osos pardos. Medía metro ochenta y cinco y vestía unos tejanos sucios y camisa a cuadros. El viejo científico estaba partiendo troncos con tanta facilidad como si cortara pan.

El cabello blanco como la nieve le llegaba a los hombros y una barba marfileña de tres días le cubría el mentón. Del cuello abierto de su camisa brotaba más vello blanco, y no parecía sentir el frío, aunque Terry Martin agradecía el calor de su anorak acolchado.

—¿De modo que lo ha encontrado? Le he oído llegar —dijo Lomax, y partió un último tronco de un solo golpe. Entonces dejó el hacha y se acercó a su visitante. Se estrecharon la mano. Lomax señaló un tronco cercano y él se sentó en otro.

—El doctor Martin, ¿verdad?

—Pues sí.

—¿De Inglaterra?

—Sí.

Lomax se llevó la mano al bolsillo de la camisa, sacó una bolsa de tabaco y un librito de papel de fumar y empezó a liar un cigarrillo.

—No será usted políticamente correcto, ¿verdad?

—No, creo que no.

Lomax soltó un gruñido de aparente aprobación.

—Tuve un médico políticamente correcto. Siempre me pedía a gritos que dejara

de fumar.

Martin reparó en el tiempo pasado.

—¿Le dejó usted?

—No, él me dejó. Murió la semana pasada, a los cincuenta y seis. El estrés...

¿Qué le ha traído aquí?

Martin manipuló el contenido de su portafolio.

—Ante todo creo que debo pedirle disculpas, pues probablemente es una pérdida de su tiempo y del mío, pero quería que echara un vistazo a esto.

Lomax tomó la foto que le mostraba y la examinó.

—¿De veras es usted de Inglaterra?

—Sí.

—Menudo viaje para enseñarme esto.

—¿Lo reconoce?

—No faltaría más. Me pasé cinco años trabajando ahí.

Martin se quedó boquiabierto.

—¿Ha estado usted allí?

—He vivido allí durante cinco años.

—¿En Tarmiya?

—¿Dónde diablos está eso? Esto es Oak Ridge.

Martin tragó saliva varias veces.

—Escuche, doctor Lomax, esta fotografía ha sido tomada hace seis días por un caza de la Armada estadounidense que sobrevoló una fábrica bombardeada en Irak.

Lomax alzó la vista, sus ojos azules brillaron bajo las espesas cejas blancas, y miró de nuevo la foto.

—Hijo de puta —dijo finalmente—. Advertí a esos cabrones hace tres años. Escribí un informe advirtiéndoles de que esta es la clase de tecnología que le gustaría usar al Tercer Mundo.

—¿Y qué ocurrió con ese informe?

—Supongo que lo tiraron a la basura.

—¿Quiénes?

—Ya sabe, los intelectuales.

—¿Sabe usted qué son esos discos, esa especie de discos playeros que hay dentro de la fábrica?

—Claro, son calutrones. Esto es una réplica de la vieja instalación de Oak Ridge.

—¿Calu... qué?

Lomax alzó la vista de nuevo.

—¿No es usted doctor en ciencias, un físico?

—No, lo mío son los estudios árabes.

Lomax gruñó de nuevo, como si el hecho de no ser físico fuese una carga

demasiado pesada para que un hombre la acarrease durante toda su vida.

—Calutrones. Es una abreviatura de ciclotrones californianos.

—¿Y qué se hace con ellos?

—EMIS, es decir, separación electromagnética de isótopos. En su lenguaje, refinan uranio 238 crudo para obtener uranio 235 apto para la bomba. ¿Dice usted que esto se encuentra en Irak?

—Sí, fue bombardeado por accidente hace una semana y al día siguiente tomaron esta foto. Nadie parece saber qué significa.

Lomax miró al otro lado del valle, dio una calada al pitillo y dejó que se disipara el penacho de humo azul.

—Hijo de puta —repitió—. Mire, señor, yo vivo aquí porque me da la gana, lejos de toda esa niebla de contaminación y ese tráfico... Me harté de eso hace años. No tengo televisor, pero sí una radio. Esto tiene que ver con ese hombre, Saddam Hussein, ¿verdad?

—Sí, en efecto. ¿Le importaría hablarme de los calutrones?

El viejo apagó la colilla y miró fijamente, no solo al otro lado del valle, sino a través de muchos años.

—Corría el año 1943. Eso es mucho tiempo, ¿eh? Casi cincuenta años. Antes de que usted naciera, antes de que hubiera nacido la mayoría de la gente que hoy vive. En aquel entonces unos cuantos tratábamos de hacer lo imposible: Éramos jóvenes, entusiastas, ingeniosos, y no sabíamos que era imposible. Así que lo hicimos.

»Estaban Fermi y Pontecorvo, de Italia; Fuchs, de Alemania; Niels Bohr, de Dinamarca; Nunn May, de Inglaterra, y otros. Y nosotros los yanquis: Urcy, Oppie y Ernest. Yo era muy joven. Solo tenía veintisiete años.

»Nos pasábamos la mayor parte del tiempo tanteando, haciendo cosas que nunca se habían intentado, probando otras que, según decían, eran imposibles. Teníamos un presupuesto que hoy no serviría para nada, así que trabajábamos día y noche, y tomábamos atajos. Era imprescindible, pues el tiempo de que disponíamos era tan escaso como el dinero. Y de alguna manera nos las arreglamos para conseguirlo en tres años. Desciframos los códigos e hicimos la bomba, *Little Boy* y *Fat Man*. Entonces la Fuerza Aérea las arrojó sobre Hiroshima y Nagasaki, y el mundo dijo que, después de todo, no deberíamos haberlo hecho. Lo malo es que, de no haber sido nosotros, lo habrían hecho otros. La Alemania nazi, la Rusia de Stalin...

—Los calutrones... —le sugirió Martin.

—Sí. ¿Ha oído hablar del proyecto Manhattan?

—Desde luego.

—Bien, en Manhattan teníamos muchos genios, dos en particular: Robert J. Oppenheimer y Ernest O. Lawrence. ¿Ha oído hablar de ellos?

—Sí.

—Creía usted que eran colegas y socios, ¿me equivoco?

—Supongo que lo eran.

—Pues no, eran rivales. Mire, todos sabíamos que la clave estaba en el uranio, el elemento más pesado del mundo, y en 1941 sabíamos que solo el isótopo más ligero, el 235, originaría la reacción en cadena que necesitábamos. El truco consistía en separar el cero coma siete por ciento del 235 escondido en alguna parte de la masa de uranio 238.

»Cuando Estados Unidos intervino en la guerra nos metieron prisa. Después de años de abandono, los altos mandos querían resultados inmediatos. La misma vieja historia de siempre. Así pues, intentamos separar esos isótopos de todas las maneras posibles.

»Oppenheimer se decantó por la difusión gaseosa: reducir el uranio a un fluido y luego a gas, el hexafluoruro de uranio, venenoso y corrosivo, difícil de manejar. La centrifugadora llegó más tarde; la inventó un austríaco al que habían capturado los rusos, que le obligaron a trabajar en Sukhumi. Antes de la centrifugadora la difusión gaseosa era lenta y difícil. Lawrence siguió la otra ruta, la separación electromagnética mediante aceleración de partículas. ¿Sabe lo que eso significa?

—Me temo que no.

—Básicamente consiste en acelerar los átomos hasta que alcanzan una velocidad enorme, y entonces se usan unos imanes gigantescos que les hacen tomar una curva. Dos coches de carreras toman velozmente una curva, un coche pesado y otro ligero. ¿Cuál de los dos acaba fuera de la pista?

—El pesado —dijo Martin.

—Exacto. Ese es el principio. Los calutrones dependen de unos imanes gigantescos que tienen unos seis metros de diámetro. Estos... —dio unos golpecitos con un dedo a los discos de la fotografía— son los imanes. El trazado es una réplica de mi vieja instalación en Oak Ridge, Tennessee.

—¿Por qué dejaron de utilizarlos si funcionaban? —preguntó Martin.

—Por la velocidad —respondió Lomax—. Oppenheimer ganó porque su sistema era más rápido, mientras que los calutrones eran lentos en extremo, y muy caros. Después de 1945, y aún más cuando los rusos liberaron a ese austríaco y vino aquí para mostrarnos su invento de la centrifugadora, la tecnología del calutrón fue abandonada y dejó de ser materia reservada. Puede usted conseguir todos los detalles y los planos en la Biblioteca del Congreso. Probablemente es eso lo que han hecho los iraquíes.

Los dos hombres permanecieron sentados en silencio durante varios minutos.

—Lo que usted está diciendo —sugirió Martin— es que Irak decidió usar la tecnología del Ford modelo T y, como todo el mundo daba por supuesto que se decidirían por un Fórmula Uno, nadie se dio cuenta.

—Lo ha comprendido, hijo. La gente se olvida de que el Ford modelo T puede ser viejo, pero funcionaba. Te llevaba a donde querías ir, podía trasladarte de A a B, y casi nunca se averiaba.

—Los científicos a los que mi gobierno y el suyo han consultado, doctor Lomax, saben que Irak tiene una cascada de centrifugadoras de difusión gaseosa en funcionamiento, cosa que ha hecho durante el año pasado, y otra está terminada pero probablemente aún no opera. Sobre esa base, calculan que Irak no puede disponer de suficiente uranio enriquecido, digamos treinta y cinco kilos, para una bomba.

—Eso es muy cierto —convino Lomax—. Con una cascada hace falta cinco años, tal vez más. Con dos cascadas, tres años como mínimo.

—Pero supongamos que han usado calutrones en tándem. Si usted fuese el director del programa atómico iraquí, ¿cómo lo haría?

—No de esa manera —dijo el viejo físico, y empezó a liar otro cigarrillo—. ¿No le han dicho en Londres que uno empieza con pasta amarilla, cuya pureza es del cero por ciento, y tiene que refinarla hasta el noventa y tres por ciento para conseguir la calidad necesaria para la bomba?

Martin recordó al doctor Hipwell, con su apestosa pipa en una habitación subterránea de Whitehall, diciendo lo mismo.

—Sí, me informaron.

—¿Pero no se molestaron en decirle que la mayor parte de ese tiempo se emplea en purificar la sustancia de cero a veinte? ¿No le dijeron que, a medida que la sustancia se purifica, el proceso se hace más rápido?

—No.

—Pues así es. Si yo tuviera calutrones y centrifugadoras no las usaría en tándem sino en secuencia. Metería el uranio básico en los calutrones para que pasara de cero a una pureza del veinte o quizá el veinticinco por ciento, y entonces lo usaría como alimentación para las nuevas cascadas.

—¿Por qué?

—Reduciría el tiempo de refinamiento en las cascadas en una décima parte.

Martin reflexionó mientras Papá Lomax daba caladas a su pitillo.

—Entonces ¿cuándo calcula que Irak dispondría de esos treinta y cinco kilos de uranio puro?

—Depende de cuándo empezaron a usar los calutrones.

Martin permaneció pensativo unos instantes. Después de que los cazas israelíes destruyeran el reactor iraquí en Osirak, Bagdad siguió dos caminos: la dispersión y la duplicación, diseminando los laboratorios por todo el país, de manera que fuese imposible bombardearlos todos de nuevo, y usando una técnica para la compra y la experimentación que cubría todos los ángulos. El bombardeo de Osirak tuvo lugar en 1981.

—Digamos que compraron los componentes en el mercado libre en 1982 y los montaron hacia 1983.

Lomax cogió una ramita del suelo, cerca de sus pies, y empezó a garabatear en el polvo.

—¿Esa gente ha tenido algún problema con el suministro de pasta amarilla, la sustancia básica de alimentación? —preguntó.

—No, tienen de sobra —respondió Martin.

—No me extraña —gruñó Lomax—. Hoy en día la maldita sustancia puede adquirirse en cualquier parte. —Al cabo de un rato tocó la foto con la rama—. En esta foto aparecen unos veinte calutrones. ¿Eso es todo lo que tenían?

—Puede que haya más, no lo sabemos. Supongamos que eso es todo lo que tenían en funcionamiento.

—Desde 1983, ¿no?

—En la suposición básica.

Lomax siguió garabateando en el polvo.

—¿Tiene el señor Hussein escasez de energía eléctrica?

Martin pensó en la central eléctrica de 150 megawatios en la arena del desierto y la sugerencia del Agujero Negro de que el cable conectaba subterráneamente con Tarmiya.

—No, no le falta corriente.

—A nosotros nos faltaba —dijo Lomax—. Los calutrones necesitan una enorme cantidad de energía eléctrica para funcionar. En Oak Ridge construimos la mayor central termoeléctrica del mundo, y aun así tuvimos que recurrir a la red de suministro público. Cada vez que poníamos en marcha los calutrones, se producía un apagón en todo Tennessee... las patatas fritas quedaban pastosas y las bombillas se fundían. Imagine lo que consumíamos. —Siguió garabateando con la ramita. Hacía un cálculo, lo raspaba y empezaba otro en el mismo espacio de tierra polvorienta—. Vamos a ver. ¿Tiene escasez de alambre de cobre?

—No, eso también han podido comprarlo en el mercado libre.

—Esos imanes gigantescos tienen que estar envueltos en miles de kilómetros de alambre de cobre —dijo Lomax—. Durante la guerra no podíamos conseguirlo, pues era necesario hasta el último gramo para la producción de material bélico. ¿Sabe lo que hizo Lawrence?

—No tengo la menor idea.

—Pidió que le prestaran todos los lingotes de plata de Fort Knox y los fundió para fabricar alambre. Funcionó con la misma eficacia. Al final de la guerra tuvimos que devolverlo todo a Fort Knox. —Soltó una risita—. Menudo jaleo. —Por fin terminó sus cálculos y se enderezó—. Si montaron veinte calutrones en 1983 y pasaron por ellos la pasta amarilla hasta 1989, entonces cogieron el uranio con una pureza del

treinta por ciento y alimentaron con él la cascada de centrifugadoras durante un año. En ese caso dispondrían de treinta y cinco llaves de uranio con la pureza necesaria para fabricar bombas... en noviembre.

—El próximo noviembre —dijo Martin.

Lomax se levantó, cogió por los brazos a su visitante y lo puso de pie.

—No, hijo, en noviembre pasado.

Mientras emprendía el viaje de regreso, Martin consultó su reloj. Era mediodía, las ocho de la tarde en Londres. Paxman habría salido de su despacho y estaría en casa. No tenía su número de teléfono particular.

Podía esperar doce horas en San Francisco o coger un avión. Se decidió por lo último. A las once de la mañana del 28 de enero aterrizó en Heathrow, y a las doce y media estaba con Paxman. Hacia las dos de la tarde Steve Laing se entrevistaba urgentemente con Harry Sinclair en la embajada, en Grosvenor Square, y una hora después el director de la estación londinense de la CIA hablaba a través de una línea directa y de máxima seguridad con el subdirector de operaciones, Bill Stewart.

La mañana del 30 de enero Bill Stewart estuvo por fin en condiciones de presentar un informe completo al director de la Agencia Central de Inteligencia, William Webster.

—Lo hemos confirmado —dijo el ex juez de Kansas—. He enviado agentes a esa cabaña cerca de Cedar Mountain y el viejo Lomax lo corrobora todo. También hemos examinado su informe original... Estaba archivado. Los documentos de Oak Ridge confirman que esos discos son calutrones...

—¿Cómo diablos ha podido ocurrir? —preguntó el director de la CIA—. ¿Cómo es posible que nadie se diese cuenta antes?

—Bueno, probablemente ha sido una idea de Jaafar al Jaafar, el jefe del programa nuclear iraquí. Además de estudiar en Harwell, Inglaterra, también se adiestró en el CERN, en las afueras de Ginebra. En un acelerador de partículas gigantes.

—¿Y qué?

—Los calutrones son aceleradores de partículas. Sea como fuere, toda la tecnología de los calutrones dejó de ser materia reservada en 1949. Desde entonces ha estado al alcance de cualquiera que quisiese examinarla.

—Y los calutrones... ¿dónde los compraron?

—Los adquirieron por piezas, sobre todo en Austria y Francia. Las compras no despertaron sospechas debido al carácter anticuado de la tecnología. La planta fue construida por yugoslavos contratados. Estos dijeron que necesitaban planos para la construcción, así que los iraquíes se limitaron a facilitarles los planos de Oak Ridge... Por eso Tarmiya es una réplica.

—¿Cuándo ocurrió todo eso? —preguntó el director.

—En 1982.

—Así pues, ese agente, ¿cómo se llama...?

Jericó.

—¿Lo que decía no era mentira?

Jericó se limitó a informar de lo que afirmaba haber oído de boca de Saddam Hussein en una conferencia a puerta cerrada. Me temo que ya no podemos descartar la conclusión de que esta vez el hombre decía realmente la verdad.

—¿Y hemos cortado la relación con Jericó?

—Pedía un millón de dólares por esta información. Jamás hemos pagado una cifra semejante, y en aquel momento...

—Por el amor de Dios, Bill, es barato comparado con lo que está en juego.

El director de la Agencia Central de Inteligencia se levantó y fue a la ventana panorámica. Ahora los álamos estaban desnudos, al contrario que en agosto, y el Potomac recorría el valle camino del mar.

—Bill, quiero que envíe de nuevo a Chip Barber a Riad. Que vea si existe alguna manera de reanudar el contacto con ese Jericó...

—Existe un conducto, señor, un agente británico que está en Bagdad y puede pasar por árabe. Pero hemos sugerido a los de Century que lo saquen de allí.

—Recemos para que no lo hayan hecho, Bill. Necesitamos contactar de nuevo con Jericó. No importa lo que cueste, autorizaré los pagos. Dondequiera que esté escondido ese artefacto, tenemos que descubrirlo y destruirlo a bombazos antes de que sea demasiado tarde.

—Sí, señor. Otra cosa... ¿Quién se lo dirá a los generales?

El director suspiró.

—Dentro de un par de horas me reuniré con Colin Powell y Brent Scowcroft.

«Mejor tú que yo», se dijo Stewart mientras salía del despacho.

Los dos hombres de Century House llegaron a Riad antes de que lo hiciera Chip Barber desde Washington. Steve Laing y Simon Paxman volaron durante la noche desde Heathrow y aterrizaron antes del alba.

Julian Gray, el jefe de estación en Riad, fue a recibirles en su coche habitual sin señales distintivas y les condujo a la finca donde prácticamente vivía desde hacía cinco meses; durante todo ese tiempo solo había hecho algunas visitas ocasionales a su casa para ver a su esposa.

La súbita reaparición de Paxman, procedente de Londres, le dejó perplejo, y no digamos la de Steve Laing, que ostentaba un cargo más importante, para supervisar una operación que había sido definitivamente clausurada.

En la finca, y a puerta cerrada, Laing explicó a Gray por qué era preciso encontrar a Jericó y hacerle actuar sin tardanza.

—Dios mío, entonces ese cabrón estaba en lo cierto.

—Así debemos suponerlo, aunque no tengamos ninguna prueba —dijo Laing—. ¿Cuándo tiene Martin una ventana de escucha?

—Entre las once y cuarto y las doce menos cuarto de esta noche —respondió Gray—. Por motivos de seguridad no le hemos enviado nada desde hace cinco días. Hemos esperado que cruzara la frontera en cualquier momento.

—Confiemos en que siga allí. De lo contrario nos veremos en un buen aprieto. Tendremos que volver a infiltrarle, y eso podría requerir mucho tiempo. Los desiertos iraquíes están llenos de patrullas.

—¿Cuántas personas están al corriente de esto? —preguntó Gray.

—Las menos posible, y debe continuar así —replicó Laing.

Entre Londres y Washington se había establecido un grupo muy reducido de personas que debían estar al corriente, pero para los profesionales aún constituía un grupo demasiado grande. En Washington estaba el presidente y cuatro miembros de su gabinete, más el presidente del Consejo Nacional de Seguridad y el presidente de la Junta de jefes de Estado Mayor. Añádanse cuatro hombres en Langley, uno de los cuales, Chip Barber, se dirigía a Riad. El desventurado doctor Lomax tenía un huésped indeseado en su cabaña, a fin de asegurar que no hubiera contacto alguno con el mundo exterior.

En Londres habían sido puestos en antecedentes el nuevo primer ministro, John Major, el secretario del gabinete y dos miembros del gobierno. En Century House lo sabían tres hombres.

En Riad había ahora tres hombres en la finca del SIS, y Chip Barber viajaba para reunirse con ellos. Entre los militares, la información fue confiada a cuatro generales,

tres estadounidenses y uno británico.

El doctor Terry Martin había sufrido un diplomático acceso de gripe e incluso residía cómodamente en un piso franco del SIS, en el campo, cuidado por una maternal ama de llaves y tres guardaespaldas no tan maternales.

En lo sucesivo, todas las operaciones contra Irak que concernían a la búsqueda y destrucción del artefacto cuyo nombre en código, según suponían los aliados, era *Qubt ut Allah* o el Puño de Dios, serían emprendidas bajo la cobertura de medidas activas destinadas a la eliminación de Saddam Hussein, o por alguna otra razón plausible.

Dos de tales intentos ya habían tenido lugar. Habían sido identificados dos blancos en los que podría esperarse que residiera el presidente iraquí, por lo menos temporalmente. Nadie podía decir con precisión cuándo, ya que, cuando no estaba en un búnquer en Bagdad, el rais se movía como un fuego fatuo de un escondite a otro.

Ambos lugares estaban sometidos a continua vigilancia aérea. Uno era una finca en el campo, a sesenta kilómetros de la capital de Irak, y el otro una gran vivienda móvil convertida en caravana de guerra y centro de planificación.

En cierta ocasión los observadores aéreos habían visto baterías de misiles móviles y blindados ligeros que se colocaban en posición alrededor de la finca. Una escuadrilla de Strike Eagle fue allí y destrozó la finca. Había sido una falsa alarma; el pájaro no estaba en la jaula.

En la segunda ocasión, dos días antes de que finalizase enero, habían visto que la gran caravana se dirigía a otra posición. Hubo un nuevo ataque y, una vez más, Saddam no estaba allí.

En ambas ocasiones los aviadores corrieron un riesgo enorme al efectuar sus ataques, pues los artilleros iraquíes respondieron furiosamente. La imposibilidad de eliminar al dictador iraquí dejó a los aliados en un dilema. Sencillamente, desconocían los movimientos precisos de Saddam Hussein.

Lo cierto era que nadie los conocía, aparte de un pequeño grupo de guardaespaldas procedentes de la Amn al Khas que mandaba su propio hijo, Kusay.

En realidad, el presidente se encontraba casi siempre en movimiento. Pese a la suposición de que durante la batalla aérea estuvo en su profundo búnquer subterráneo, la verdad es que residió ahí menos de la mitad de ese tiempo. Pero su seguridad estaba garantizada por una serie de complicados engaños y pistas falsas. En varias ocasiones fue «visto» por sus propias tropas, que comenzaron a aclamarle; los cínicos dijeron que lo hacían porque eran los que no estaban en el frente machacados por los *Bufs*. El hombre al que las tropas iraquíes veían en esas ocasiones era uno de los dobles, que podía pasar por Saddam para todos excepto para los allegados más íntimos del presidente.

En otras ocasiones convoyes de limusinas, en número de hasta una docena y con

las ventanillas opacas, atravesaban la ciudad de Bagdad y hacían creer a la ciudadanía que el rais viajaba en uno de los vehículos. En realidad aquellas caravanas eran señuelos. Cuando el rais se movía, solía hacerlo en un coche sin señales distintivas.

También entre sus colaboradores más próximos las medidas de seguridad eran extremas. Cuando convocaba a los miembros de su gabinete, les daba solo cinco minutos para salir de sus residencias, subir a sus coches y seguir a un motorista. Incluso entonces el destino no era el lugar de reunión, sino que les llevaban a un autocar de ventanas opacas, donde se encontraban con los demás ministros que permanecían sentados en la oscuridad. Había un panel de separación entre los ministros y el conductor, y este último tenía que seguir a un motorista desde la Amn al Khas hasta el destino final.

Detrás del conductor, los ministros, generales y consejeros se sentaban en la oscuridad como escolares en una excursión misteriosa, sin saber nunca dónde habían ido o, posteriormente, dónde habían estado. En la mayor parte de los casos las reuniones tenían lugar en fincas grandes y apartadas, requisadas durante la jornada y abandonadas antes del anochecer. Cuando el rais quería celebrar una reunión, un grupo especial de la Amn al Khas se encargaba de encontrar tales fincas, mantener incomunicados a los propietarios y dejarles regresar a casa solo cuando hacía largo tiempo que Saddam se había ido.

No era de extrañar que los aliados no pudiesen dar con él. Pero lo intentaron... hasta la primera semana de febrero. Entonces se suspendieron todos los intentos de asesinato y los militares nunca comprendieron por qué.

Chip Barber llegó a la finca de los británicos en Riad poco después del mediodía del último día de enero. Tras el intercambio de saludos los cuatro hombres se sentaron dispuestos a esperar el tiempo necesario hasta que pudieran entrar en contacto con Martin, si estaba todavía allí.

—Supongo que tenemos una fecha tope, ¿no? —preguntó Laing.

—El veinte de febrero —dijo Barber—. Schwarzkopf quiere entrar con sus tropas ese día.

Paxman soltó un silbido.

—Solo veinte días... ¿Va a correr el Tío Sam con los gastos?

—Sí. El director ya ha autorizado el ingreso de un millón de dólares en la cuenta de Jericó, cosa que se hará hoy mismo. Por la localización del artefacto, suponiendo que haya uno solo de ellos, pagaremos cinco millones a ese cabrón.

—¿Cinco millones de dólares? —dijo Laing con tono de protesta—. Dios mío, nadie había pagado jamás semejante suma por una información.

Barber se encogió de hombros.

—La categoría de ese Jericó, quienquiera que sea, es la de mercenario. Quiere

dinero, nada más, así que le dejaremos ganarlo. Le pondremos una dificultad. Los árabes regatean y nosotros no. Cinco días después de que reciba el mensaje, rebajaremos la suma en medio millón al día hasta que nos facilite la localización precisa. Tiene que saber eso.

Los tres británicos reflexionaron en aquellas sumas que superaban los salarios que todos ellos ganarían durante toda una vida de trabajo.

—Bueno, eso hará que se dé prisa —observó Laing.

A última hora de la tarde y durante la noche compusieron el mensaje. En primer lugar era necesario establecer contacto con Martin, quien tendría que confirmar mediante un código preparado de antemano que seguía allí y en libertad. Entonces Riad le comunicaría con detalle la oferta a Jericó, haciendo hincapié en la extrema urgencia de la operación.

Los hombres apenas si comieron, pues la tensión que flotaba en la atmósfera era excesiva. A las diez y media Simon Paxman entró en la «choza» de la radio con los demás y grabaron el mensaje. Este fue acelerado hasta doscientas veces su duración real y emitido en poco menos de dos segundos.

Diez segundos después de las once y cuarto el técnico jefe de radio envió una breve señal, el mensaje que preguntaba si el destinatario estaba a la escucha. Al cabo de tres minutos se oyó un ligero ruido que parecía de estática. La antena de satélite lo captó, y cuando lo pasaron a velocidad normal los cinco hombres presentes oyeron la voz de Mike Martin:

—Oso Negro a Montaña Rocosa, recibo, cambio.

Hubo un suspiro de alivio en la finca de Riad: cuatro hombres maduros se palmotearon mutuamente las espaldas como escolares que han ganado la copa del campeonato interescolar de fútbol.

Quienes nunca han estado allí difícilmente puedan imaginar lo que significa saber que «uno de los nuestros» situado mucho más allá del frente se las ha ingeniado para seguir con vida y en libertad.

—Lleva ahí sentado catorce puñeteros días —comentó Barber, maravillado—. ¿Por qué diablos ese cabrón no salió cuando se lo dijeron?

—Porque es un idiota testarudo —musitó Laing—. Afortunadamente.

El técnico de radio, más desapasionado, estaba emitiendo otro breve interrogatorio. Quería cinco palabras para confirmar que aquella era la voz de Martin, aun cuando el oscilógrafo le dijera que la pauta de la voz efectivamente coincidía y que el comandante del SAS no hablaba bajo coacción. Catorce días es un tiempo más que suficiente para quebrantar la voluntad de un hombre.

El mensaje de respuesta a Bagdad fue lo más corto posible:

—De Nelson y el norte, repito, de Nelson y el norte. Cambio.

Transcurrieron otros tres minutos. En Bagdad, Martin, que permanecía agazapado

con su choza al fondo del jardín del primer secretario Kulikov, captó el breve sonido, grabó su respuesta, apretó el botón para aumentar la velocidad y transmitió el mensaje comprimido en una décima de segundo a la capital saudí.

Los oyentes le oyeron decir:

—Canta la fama del brillante día.

El técnico de radio sonrió.

—Es él, señor. Está vivo y libre.

—¿Es eso un poema? —preguntó Barber.

—El segundo verso verdadero dice: «Canta la fama del glorioso día» —dijo Laing—. Si lo hubiera dicho bien, habría hablado con una pistola apoyada en la sien, en cuyo caso... —Se encogió de hombros.

El técnico de radio envió el mensaje final, el auténtico, y cortó la comunicación. Barber abrió su maletín.

—Ya sé que quizá no esté estrictamente de acuerdo con la costumbre local, pero la vida diplomática tiene ciertos privilegios.

—Yo diría que se merece un Dom Pérignon —murmuró Gray—. ¿Cree usted que Langley puede permitírselo?

—Langley acaba de poner cinco millones de pavos sobre la mesa de póquer —dijo Barber—. Supongo que puede ofrecerles una botella de champán.

—Muy amable por su parte —dijo Paxman.

En una sola semana Edith Hardenberg había experimentado una transformación completa, gracias a los efectos del amor.

Estimulada suavemente por Karim, había ido a una peluquería de Grinzing, donde le cortaron y peinaron el cabello, de modo que ahora le llegaba a la altura del mentón por ambos lados de la cabeza, enmarcando sus estrechas facciones y dándole un atisbo de encanto maduro.

Su amante había seleccionado una gama de productos de maquillaje a los que ella había dado una tímida aprobación, nada llamativo, sino solo unos toques de lápiz de color, maquillaje de fondo, unos polvos y un suave rojo de labios.

En el banco, Wolfgang Gemütlich mantenía oculto su disgusto y la observaba con disimulo cuando ella cruzaba la estancia, ahora más alta gracias a los tacones de dos centímetros y medio. Pero no eran los tacones o el peinado o el maquillaje lo que le molestaba, aunque habría rechazado todo ello de plano si frau Gemütlich hubiera mencionado la mera idea. Lo que le perturbaba era el aire de su secretaria, la confianza en sí misma que evidenciaba cuando le presentaba las cartas a la firma o tomaba sus dictados.

Naturalmente, no se le ocultaba lo ocurrido. Una de aquellas alocadas empleadas del banco la había persuadido de que gastara dinero. Esa era la clave de todo: gastar

dinero, algo que, según su experiencia, siempre conducía a la ruina, y que le hacía temer lo peor.

Su timidez natural no había desaparecido por completo y en el banco mostraba la misma reserva de siempre, por lo menos verbal, pero en presencia de Karim, cuando estaban solos, se sorprendía constantemente de sí misma por su audacia. Durante veinte años había rechazado cualquier tipo de relación física, y ahora era como una viajera en una travesía a lo largo de la cual había lentos y deslumbrantes descubrimientos, a medias avergonzada y horrorizada, a medias curiosa y excitada. Así pues, su amor, al principio totalmente unilateral, se hizo más explorador y mutuo. La primera vez que ella le tocó «allí abajo» creyó morir del sobresalto y la humillación, pero para su sorpresa había sobrevivido.

La noche del 3 de febrero el joven llegó al pisito con una caja envuelta en papel de regalo y una cinta.

—No debes hacer esto, Karim. Estás gastando demasiado.

Él la rodeó con sus brazos y le acarició el cabello. Edith, remisa al comienzo, había llegado a obtener una intensa satisfacción de esas caricias.

—Mira, gatita, mi padre es rico y es generoso en la asignación que me pasa. ¿Preferirías que me lo gastara en clubes nocturnos?

También le gustaba que bromeara así con ella. Naturalmente, Karim jamás iría a esos lugares horribles. Así pues, aceptaba los perfumes y los artículos de tocador que solo dos semanas atrás ni siquiera habría querido tocar.

—¿Puedo abrirla? —preguntó.

—Para eso la he traído.

Al principio no comprendía qué era aquello. El contenido de la caja parecía una espuma de sedas, encajes y colores. Cuando lo comprendió, porque había visto anuncios en revistas —no de la clase que ella compraba, desde luego—, se ruborizó intensamente.

—No podría ponerme esto, Karim, de ninguna manera.

—Claro que podrías —replicó él, sonriente—. Vamos, gatita, ve al dormitorio y pruébate. Cierra la puerta, no miraré.

Depositó las prendas sobre la cama y se quedó mirándolas. ¿Ella, Edith Hardenberg? Jamás. Había medias y ceñidores, bragas y sostenes, ligeros y sucintos saltos de cama en colores negro, rosa, escarlata, crema y beige. Prendas de tenue encaje o adornadas con él, suaves y sedosas telas por las que las yemas de los dedos se deslizaban como sobre hielo.

Edith permaneció una hora a solas en el dormitorio antes de abrir la puerta, enfundada en una bata. Karim dejó la taza de café, se levantó y fue a su encuentro. La miró con una amable sonrisa y empezó a desatarle el ceñidor que mantenía la bata cerrada. Ella volvió a ruborizarse y no pudo devolverle la mirada. Desvió la vista. Él

dejó que la bata se abriera.

—Oh, gatita —susurró—. Eres sensacional.

Edith no sabía qué decirle, por lo que se limitó a rodearle el cuello con los brazos. Cuando su muslo rozó la rigidez en la bragueta de los tejanos de Karim, ya no se sintió asustada u horrorizada.

Después de hacer el amor ella se levantó y fue al baño. Al regresar se quedó de pie al lado de la cama, mirándole. No había nada en él que no le encantara. Se sentó en el borde de la cama y deslizó un dedo índice por la leve cicatriz a un lado del mentón, debida, según le había dicho él, a una caída a través del invernáculo en el huerto de su padre, en las afueras de Ammán.

Él abrió los ojos, sonrió y alzó los brazos para tocarle la cara. Edith le cogió la mano y le acarició los dedos con los labios, acariciando el sello en el meñique, el anillo con un ópalo rosa pálido que regalara a Karim su madre.

—¿Qué haremos esta noche? —preguntó ella.

—Salgamos —dijo él—. Vamos a Sirk's, en el Bristol.

—Te gustan demasiado los filetes.

Él la cogió por detrás y le apretó las pequeñas nalgas bajo la tenue gasa.

—Este es el filete que me gusta —dijo sonriente.

—Basta, Karim, eres terrible. Tengo que cambiarme.

Se apartó de él y vio su figura reflejada en el espejo. Se preguntó cómo era posible que hubiera cambiado tanto, cómo había podido convencerse a sí misma para ponerse aquella ropa interior. Entonces comprendió el motivo. Por Karim. Por su Karim, al que amaba y que la quería, haría cualquier cosa. Tal vez el amor había llegado tarde, pero había llegado con la fuerza de un torrente.

De: Grupo de Inteligencia y Análisis Político, Departamento de Estado, Washington DC

Para: James Baker, secretario de Estado

Fecha: 5 de febrero de 1991

Clasificación: Estrictamente confidencial

No se le ocultará, sin duda, que desde el comienzo de las hostilidades entre las fuerzas aéreas de la Coalición, que vuelan desde Arabia Saudí y los estados vecinos, y la República de Irak, se han llevado a cabo por lo menos dos y posiblemente más intentos de eliminar al presidente iraquí Saddam Hussein.

Tales intentos se han realizado mediante bombardeo aéreo y exclusivamente por nuestra parte. En consecuencia, este grupo considera urgente exponer los probables alcances que tendría un intento exitoso de asesinar al señor Hussein.

Desde luego, el resultado ideal sería que cualquier régimen sucesor de la actual dictadura del partido Baas, establecido bajo los auspicios de las fuerzas victoriosas de la Coalición, se concretara en un gobierno humanitario y democrático.

Por nuestra parte, creemos que semejante esperanza es ilusoria. En primer lugar, Irak no es y nunca ha sido un país unido. Hace apenas una generación era un centón de tribus rivales y a menudo enfrentadas. Sus habitantes pertenecen, en partes casi iguales, a dos sectas islámicas potencialmente hostiles, la sunnita y la chiíta, además de tres minorías cristianas. A ellas cabría añadir la nación kurda al norte, empeñada vigorosamente en el logro de su independencia.

En segundo lugar, jamás ha existido la menor experiencia democrática en Irak, que ha pasado del dominio turco al hachemita y el del partido Baas sin el beneficio de un período intermedio de democracia tal como la entendemos.

Así pues, en el caso de un súbito final de la actual dictadura por asesinato, solo aparecen dos escenarios realistas. El primero sería el intento de imponer desde el exterior un gobierno de consenso que abarcara a todas las facciones principales en una coalición de amplia base. En opinión de este grupo, semejante estructura se mantendría en el poder durante un período en extremo limitado. Las antiguas y tradicionales rivalidades necesitarían muy poco tiempo para desbaratarla.

Es evidente que los kurdos aprovecharían la oportunidad, que les ha sido negada tanto tiempo, de optar por la secesión y el establecimiento de su propia república en el norte. Un débil gobierno central en Bagdad basado en el acuerdo por consenso sería impotente para evitar ese resultado.

Predeciblemente, Turquía reaccionaría de manera airada, puesto que su propia minoría kurda a lo largo de las zonas fronterizas se apresuraría a unirse a sus hermanos kurdos al otro lado de la frontera, lo cual estimularía la resistencia al dominio turco.

Al sudeste, la mayoría chiíta alrededor de Basora y Chatt al-Arab encontraría sin duda buenas razones para sondear a Teherán. Irán se sentiría muy tentado de vengar la matanza de sus jóvenes en la reciente guerra contra Irak, aceptando esas proposiciones con la esperanza de anexionarse el sudeste de Irak ante la impotencia de Bagdad.

Arabia Saudí y los estados prooccidentales del Golfo experimentarían algo muy parecido al pánico ante la posibilidad de que Irán llegara a la frontera misma de Kuwait.

Más al norte, los árabes del Arabistán iraní hallarían una causa común con sus camaradas árabes al otro lado de la frontera con Irak, movimiento que sería vigorosamente reprimido por los ayatolas en Teherán.

Casi con toda seguridad, en el resto de Irak veríamos el estallido de luchas tribales para ajustar viejas cuentas y establecer la supremacía sobre lo que quedara.

Todos hemos observado con dolor la guerra civil desencadenada ahora entre serbios y croatas en la ex Yugoslavia. Esa lucha no se ha extendido todavía a Bosnia, donde aguarda una tercera fuerza, la de los musulmanes bosnios. Cuando la guerra

llegue a Bosnia, cosa que sucederá un día, la carnicería será aún más espantosa y el conflicto incluso más inabordable.

No obstante, este grupo cree que la aflicción de Yugoslavia sería insignificante comparada con el escenario ahora considerado de un Irak en plena desintegración. En ese caso, podemos esperar una gran guerra civil en el corazón del territorio iraquí, cuatro guerras fronterizas y la absoluta desestabilización del Golfo. Solo el problema de los refugiados afectaría a millones de personas.

El otro único escenario viable sería que Saddam Hussein fuese sustituido por otro general o alto miembro de la jerarquía baasista. Pero como todos cuantos forman parte de la actual jerarquía tienen las manos tan manchadas de sangre como su dirigente, resulta difícil ver cuáles serían los beneficios de sustituir a un monstruo por otro déspota posiblemente mucho más inteligente.

La solución ideal, aunque admitimos que no es la perfecta, sería, pues, la de conservar la actual situación de cosas en Irak, con excepción de que todas las armas de destrucción masiva tendrán que ser destruidas y la fuerza convencional degradada de manera que no presente una amenaza para cualquier Estado vecino durante una década por lo menos.

Se podría argumentar que los continuos abusos de los derechos humanos por parte del actual régimen iraquí, si se le permite sobrevivir, serán muy penosos. De ello no hay ninguna duda. No obstante, Occidente ha tenido que contemplar terribles escenas en China, Rusia, Vietnam, Tíbet, Timor Oriental, Camboya y muchos otros lugares del mundo. No es posible que Estados Unidos imponga regímenes humanitarios, a escala mundial a menos que esté preparado para intervenir en una guerra global permanente.

El resultado menos catastrófico de la guerra actual en el Golfo y la invasión eventual de Irak es, pues, la supervivencia en el poder de Saddam Hussein como dueño único de un Irak unido, aunque militarmente mutilado para impedir la agresión contra el exterior.

Por todas las razones aducidas, este grupo insta al fin de todos los esfuerzos encaminados a asesinar a Saddam Hussein o de entrar en Bagdad y ocupar Irak.

Informe respetuosamente sometido por el P.I.A.G.

Mike Martin encontró la señal de tiza el 7 de febrero y aquella misma noche retiró el delgado sobre de siltano del buzón muerto. Poco después de medianoche orientó la antena parabólica de conexión con el satélite hacia la puerta de su choza y leyó ante la grabadora el contenido del texto escrito en una única hoja de papel cebolla. Tras la lectura en árabe, añadió su traducción al inglés y envió el mensaje a las 0.16 de la madrugada, cuando había transcurrido un minuto de su ventana de transmisión.

Cuando el satélite captó la emisión «condensada» y esta llegó a Riad, el operador

de radio de turno gritó:

—Ya está aquí, Oso Negro acaba de llegar.

Los cuatro hombres que hasta ese momento habían permanecido adormilados en la habitación contigua entraron corriendo. La gran grabadora que estaba junto a la pared redujo la velocidad del mensaje y lo descifró. Cuando el técnico apretó el botón de reproducción, la voz de Martin hablando en árabe llenó la estancia. Paxman, que era quien mejor conocía el idioma, escuchó atentamente; hacia la mitad de la grabación, musitó:

—Lo ha encontrado, Jericó dice que lo ha encontrado.

—Tranquilo, Simon.

Cesaron las frases en árabe y comenzaron las pronunciadas en inglés. Cuando la voz se detuvo y acabó la grabación, Barber se golpeó con el puño cerrado la palma de la otra mano, lleno de excitación.

—Es fantástico, lo ha conseguido. Muchachos, ¿podéis darme una transcripción del texto ahora mismo?

El técnico pasó de nuevo la cinta, se puso unos auriculares y empezó a teclear en su procesador de textos.

Barber se dirigió a un teléfono de la sala de estar y llamó al cuartel general subterráneo del CENTAF. Quería hablar con una sola persona.

El general Chuck Horner era un hombre que parecía necesitar muy poco sueño. Ninguno de los presentes en las oficinas del mando de la Coalición, en los sótanos del Ministerio de Defensa saudí, o el cuartel general de la Fuerza Aérea, debajo del edificio de su homóloga saudí en la carretera del Antiguo Aeropuerto, dormía mucho durante aquellas semanas, pero el general Horner parecía hacerlo menos que la mayoría.

Tal vez se lo impedía el saber que sus queridas tripulaciones estaban en el aire adentrándose en territorio enemigo. Como los vuelos tenían lugar durante las veinticuatro horas del día, poco era el tiempo disponible para dormir.

El general Horner tenía la costumbre de merodear por las oficinas del complejo del CENTAF en plena noche, paseando despacio desde el centro de los analistas, el llamado Agujero Negro, hasta el Centro de Control Aéreo Táctico. Si sonaba el teléfono y no había nadie para atenderlo, él respondía. Varios aturdidos oficiales de la Fuerza Aérea que estaban en el desierto y llamaban para pedir una aclaración o preguntar algo, se encontraban hablando con el jefe supremo en persona cuando habían esperado que se pusiera el comandante de servicio.

Ese era un hábito democrático, pero de vez en cuando causaba sorpresas. Cierta vez un jefe de escuadrón, cuya identidad dejaremos en el anonimato, llamó para quejarse de que sus pilotos tenían que hacer frente por la noche a los peligros del fuego de cohetes Triple A cuando se dirigían hacia sus objetivos, y preguntó si sería

posible enviar a los bombarderos pesados, los *BUFFs*, para que liquidaran a los artilleros iraquíes.

El general Horner le dijo al teniente coronel que eso no era posible, puesto que todos los *BUFFs* tenían asignadas misiones de carácter indispensable. Allá en el desierto, el jefe de escuadrón protestó, pero la respuesta siguió siendo la misma. «Bueno —acabó diciendo el teniente coronel—, entonces vete a tomar por saco.»

Muy pocos oficiales pueden decirle semejante cosa a un general sin sufrir las consecuencias. El hecho de que el pendenciero jefe de escuadrón fuese ascendido a coronel al cabo de dos semanas es muy revelador del cariño que sentía Chuck Horner hacia sus tripulaciones de vuelo.

Fue allí donde Chip Barber le encontró aquella noche, poco antes de la una, y se reunieron en el despacho privado del general, en el complejo subterráneo, cuarenta minutos después.

El general leyó con expresión sombría la transcripción del texto en inglés procedente de Riad. Barber había usado el procesador de textos para anotar ciertas partes, y ya no parecía un mensaje radiofónico.

—¿Es esta otra de sus deducciones tras entrevistar a hombres de negocios en Europa? —preguntó en tono mordaz.

—Creemos que la información es exacta, general.

Horner gruñó. Al igual que ocurría con los demás militares, tenía poco tiempo para dedicarlo al mundo de los agentes secretos. Siempre ha sido así, y por una razón sencilla: la actividad de los combatientes está inspirada por el optimismo. Puede ser un optimismo cauto, pero optimismo de todos modos, pues de lo contrario nadie lucharía. El mundo del espionaje tiene por norte la presunción de pesimismo. Las dos filosofías tienen poco en común e incluso en esa etapa de la guerra en la Fuerza Aérea de Estados Unidos aumentaba la irritación por la repetida sugerencia de la CIA de que estaban destruyendo menos objetivos de los que afirmaban.

—¿Y este supuesto objetivo está asociado con lo que creo que está? —preguntó el general.

—Solo creemos que es muy importante, señor.

—Bien. Ante todo, señor Barber, vamos a echarle un buen vistazo.

Esta vez el honor le correspondió a un TR-1 que partió de Taif. El TR-1 es una versión mejorada del antiguo U-2, y se usaba para recoger información con destino a una multiplicidad de tareas. Era capaz de sobrevolar Irak sin ser visto ni oído, utilizando su tecnología para sondear profundamente las defensas con imágenes de radar y equipo de escucha radiofónica. Pero también disponía de cámaras, y en ocasiones no se empleaban para obtener el cuadro general sino para una sola misión «íntima». La tarea de fotografiar un lugar conocido como Al Qubai no podía ser más

íntima.

Había una segunda razón para usar el TR-1, y residía en su capacidad para transmitir imágenes en tiempo real. No era necesario esperar a que la misión regresara, descargar los TARPS, revelar la película y llevarla corriendo a Riad. Mientras el TR-1 recorría la extensión desértica designada al oeste de Bagdad y el sur de la base aérea de Al Muhammadi, las imágenes que veía aparecían directamente en una pantalla de televisión situada en el sótano del cuartel general de la Fuerza Aérea saudí.

Había cinco hombres en la habitación, incluido el técnico que operaba la consola, quien, a requerimiento de los otros cuatro, podía pedir al modem del ordenador que congelara la imagen e hiciera una copia fotográfica para estudiarla.

Chip Barber y Steve Laing estaban allí, tolerados con sus trajes civiles en aquella Meca de pericia militar. Los otros dos eran el coronel Beatty, de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, y el jefe de escuadrón Peck, de la RAF, ambos expertos en análisis de objetivos.

La razón de las palabras «Al Qubai» era sencilla: se trataba de la aldea más próxima al objetivo. Como era una localidad demasiado pequeña para que apareciera en sus mapas, lo que importaba a los analistas era la cuadrícula de referencia y la descripción que la acompañaba.

El TR-1 lo encontró a algunos kilómetros de la cuadrícula de referencia enviada por Jericó; sin duda, la descripción era exacta y no había ninguna otra localidad que encajara con la descripción.

Los cuatro hombres observaron la aparición del blanco en la pantalla e inmovilizaron la mejor imagen. El modem imprimió una copia para su estudio.

—¿Está debajo del suelo? —susurró Laing.

—Debe de estarlo —dijo el coronel Beatty—. No hay otra cosa parecida en muchos kilómetros a la redonda.

—Qué astutos son esos maricones —dijo Peck.

Al Qubai era, de hecho, la planta de ingeniería nuclear de todo el programa nuclear del doctor Jafaar al Jafaar. Cierta vez un ingeniero nuclear británico observó que su oficio consistía en «un diez por ciento de genio y un noventa por ciento de tuberías». En realidad hay algo más que eso.

La planta de ingeniería es donde los artífices toman el producto de los físicos, los cálculos de las matemáticas y los ordenadores y los resultados de los químicos, y ensamblan el producto final. Los ingenieros nucleares son quienes convierten el artefacto en una pieza metálica utilizable.

Los iraquíes habían enterrado completamente su planta de Al Qubai bajo el desierto, a veinticuatro metros de profundidad, y eso era solo el tejado. Debajo de este había tres pisos subterráneos de talleres. La observación del jefe de escuadrón

Peck («Qué astutos son esos maricones»), se debía a lo hábilmente que habían disimulado la planta.

Construir una fábrica subterránea no resulta nada difícil, pero disimularla presenta grandes problemas. Una vez construida en su cráter gigantesco, los bulldozers deben cubrir de nuevo con arena los muros y el tejado de cemento armado, hasta que el edificio quede oculto. Una instalación bajo el piso inferior se encarga del desagüe, pero la factoría necesitará aire acondicionado, lo cual requiere una toma de aire fresco y una salida de aire viciado, y ambas tuberías sobresaldrán del suelo desértico. También necesitará una enorme cantidad de energía eléctrica, lo cual supone un potente generador diesel. Este, a su vez, requiere una toma de aire y una salida de gases, es decir, otras dos tuberías.

Otras estructuras visibles en la superficie serán la de una rampa o ascensor y la de un montacargas para permitir la entrada y salida de personal y materiales. Los camiones no pueden rodar sobre la arena blanda y necesitan una calzada dura, un espolón de asfalto que parta de la carretera principal más próxima. Habrá también emisiones de calor, que se pueden disimular durante el día, cuando el aire exterior está caliente, pero no así durante las gélidas noches.

¿Cómo ocultar, pues, a la vigilancia aérea una extensión de desierto virgen con una carretera asfaltada que parece ir a ninguna parte, cuatro grandes tuberías, un pozo de ascensor, la constante llegada y partida de camiones y una fuente de frecuentes emisiones de calor?

Fue el coronel Osman Badri, el joven genio de la ingeniería militar iraquí, quien dio con la solución, hasta el punto de engañar a los aliados y a todos sus aviones espías.

Visto desde el aire, Al Qubai era un cementerio de coches con una extensión de diez mil kilómetros cuadrados. Aunque los observadores de Riad, incluso con sus mejores instrumentos de aumento, no podían verlo, cuatro de los montones de coches oxidados estaban soldados, formando sólidas cúpulas de metal retorcido bajo las cuales las tuberías que surgían del suelo aspiraban el aire fresco o filtraban al exterior los gases viciados a través de las carrocerías rotas de coches y camiones.

El cobertizo principal, el taller para cortar metales, con depósitos de oxígeno y acetileno colocados ostentadamente en el exterior, ocultaba la entrada a los pozos de los ascensores. Como en un lugar así sería lógico que se efectuasen soldaduras, la fuente de calor quedaría perfectamente justificada.

La presencia de una carretera alquitranada de un solo carril era evidente: los camiones tenían que llegar cargados de chatarra y marcharse con virutas de acero.

Todo el sistema ya había sido localizado tiempo atrás por los AWACS, que registraron una gran masa de metal en medio del desierto. ¿Una división de tanques? ¿Un depósito de munición? Un vuelo de reconocimiento estableció que se trataba de

un cementerio de coches, y dejó de interesar.

Lo que los cuatro hombres en Riad tampoco podían ver era que otros cuatro montículos de carrocerías oxidadas estaban también soldados y tenían en su interior forma de cúpula, con gatos hidráulicos debajo de ellos. Dos alojaban potentes baterías antiaéreas, multicañones rusos ZSU-23-4, y las otras dos ocultaban sendas lanzaderas de misiles SAM de los modelos 6, 8 y 9, que son aquellos de tipo más pequeño que no se guían por radar sino por el calor que emite el objetivo, pues una antena de radar habría sido reveladora.

—De modo que está ahí debajo —susurró Beatty.

Mientras observaban, un largo camión cargado con viejas carrocerías de coches apareció en la pantalla. Parecía moverse a pequeñas sacudidas, porque el TR-1 que volaba a 2.500 metros por encima de Al Qubai estaba tomando instantáneas a razón de varias por segundo. Fascinados, los dos oficiales de Inteligencia observaron hasta que el camión hizo marcha atrás hacia el cobertizo de soldadura.

—Apuesto a que la comida, el agua y los suministros están bajo las carrocerías —dijo Beatty, y volvió a sentarse—. Lo malo es que nunca llegaremos a la condenada fábrica. Ni siquiera las bombas de los *Bufs* pueden llegar a esa profundidad.

—Podríamos encerrarles ahí —dijo Pech—. Destrozar el pozo del ascensor y dejarles sepultados. Si intentan labores de rescate, les atacamos de nuevo.

—Parece una buena idea —convino Beatty—. ¿Cuánto falta para la invasión terrestre?

—Doce días —respondió Barber.

—Podemos hacerlo —dijo Beatty—. A gran altura, guiados por láser, una masa de aviones, un gorila.

Laing dirigió a Barber una mirada de advertencia.

—Preferiríamos algo un poco más discreto —dijo el hombre de la CIA—. Un ataque con dos aparatos a bajo nivel y confirmación visual de la destrucción.

Hubo una pausa de silencio.

—¿Intentan ustedes decirnos algo?—inquirió Beatty—. ¿Quizá que Bagdad no debe saber que estamos interesados?

—¿No podrían hacerlo de esa manera, por favor? —insistió Laing—. Parece que no hay ninguna defensa. La clave en este caso es la ocultación.

Beatty suspiró; en su opinión aquellos condenados agentes secretos trataban de proteger a alguien, y eso no era asunto suyo.

—¿Qué opina usted, Joe? —preguntó al jefe de escuadrón.

—Los Tornado podrían hacerlo —dijo Peck—. Los Buccaneer les señalarían el blanco. Seis bombas de media tonelada directamente a través de la puerta del cobertizo. Apuesto a que por dentro ese cobertizo de hojalata es de cemento armado. Contendría muy bien la explosión.

Beatty asintió.

—De acuerdo, amigos, adelante. Obtendré la autorización del general Horner. ¿A quién desea utilizar, Joe?

—Al escuadrón seis cero ocho con base en Maharraq. Conozco a su comandante, Phil Curzon. ¿Le hago venir?

El teniente coronel de aviación Philip Curzon estaba al mando de doce aviones Tornado Panavia en la Royal Air Force, el escuadrón 608 situado en la isla de Bahrein, donde estaban desde hacía dos meses procedentes de su base de Fallingbostal, en Alemania. Poco después del mediodía de aquel 8 de febrero recibió la orden de presentarse inmediatamente en el cuartel general del CENTAF en Riad. Tal era la urgencia que apenas había recibido el mensaje su oficial de día le informó de que un Hurón americano procedente de Shakey's Pizza había aterrizado y recorría la pista para recogerle. Cuando, tras haberse puesto la chaqueta del uniforme y la gorra, subió a bordo del Hurón UC-12B, descubrió que el avión monomotor de ejecutivo estaba asignado personalmente al general Horner.

El teniente coronel se preguntó, justificadamente, qué diablos estaba ocurriendo.

En la base aérea militar de Riad aguardaba un coche de estado mayor americano para llevarle a lo largo de un par de kilómetros de la carretera del Antiguo Aeropuerto hasta el Agujero Negro.

Eran las diez de la mañana y los cuatro hombres que antes habían estado reunidos observando las imágenes de la misión del TR-1 seguían allí. Solo se había ido el técnico, pues ya no necesitaban más imágenes. Las que tenían estaban extendidas sobre la mesa. El jefe de escuadrón Peck hizo las presentaciones.

Steve Laing explicó lo que necesitaban y Curzon examinó las fotos.

Philip Curzon no era tonto, pues de lo contrario no estaría al mando de un escuadrón de los carísimos «sopletes» de Su Majestad. Durante las primeras incursiones a baja altura para arrojar bombas JP-233 sobre aeródromos iraquíes había perdido dos aviones y cuatro buenos tripulantes. Sabía con certeza que dos habían muerto. A los otros los obligaron a desfilar, magullados y aturdidos, ante la televisión iraquí, otra de las obras maestras en el campo de las relaciones públicas de Saddam.

—¿Por qué no incluyen este objetivo en la orden de misiones aéreas con todos los demás? —preguntó en voz baja.

—Le seré franco —replicó Laing—. Ahora creemos que este objetivo alberga el principal y tal vez único almacén de un proyectil cargado con gas venenoso muy letal. Tenemos pruebas de que están a punto de trasladar al frente las primeras existencias, y de ahí la urgencia.

Beatty y Peck se animaron. Esa era la primera explicación que recibían sobre el interés de los agentes secretos por la fábrica oculta bajo el cementerio de coches.

—Pero ¿por qué atacar con solo dos aviones? —insistió Curzon—. Eso hace que sea una misión de muy baja prioridad. ¿Qué voy a decir a mis tripulaciones? No voy a mentirles, caballeros. Por favor, que eso quede claro.

—No hay necesidad de mentirles, y yo tampoco lo toleraría —dijo Laing—. Basta con que les diga la verdad, que la vigilancia aérea ha indicado movimiento de camiones hacia y desde ese emplazamiento. Los analistas creen que se trata de camiones militares, y han llegado a la conclusión de que ese aparente cementerio de coches oculta un depósito de municiones, sobre todo dentro del gran cobertizo central, de modo que ahí está el objetivo. En cuanto a que sea una misión de bajo nivel, como puede usted ver, no hay misiles ni baterías Triple A.

—¿Es eso cierto? —preguntó el teniente coronel.

—Se lo juro.

—Entonces ¿a qué se debe la clara intención de que, si derriban a alguno de mis pilotos y le interrogan, Bagdad no sepa de dónde ha procedido realmente la información? Ustedes se creen tanto como yo la historia de los camiones militares.

El coronel Beatty y el jefe de escuadrón Peck se arrellanaron en sus asientos. Aquel hombre realmente estaba poniendo en un brete a los agentes secretos, apretándoles donde más dolía. Era digno de elogio.

—Dígaselo, Chip —dijo Laing, resignado.

—De acuerdo, teniente coronel, le seré sincero, pero esto debe quedar entre nosotros. El resto es absolutamente cierto. Tenemos un desertor que se encuentra en Estados Unidos. Llegó antes de la guerra para ampliar estudios. Se ha enamorado de una chica americana y quiere quedarse. Durante las entrevistas con los de Inmigración afloró algo. Un entrevistador inteligente nos lo pasó.

—¿La CIA? —preguntó Curzon.

—Sí, cierto, la CIA. Hicimos un trato con el tipo. Si nos ayuda conseguirá la tarjeta verde. Cuando estaba en Irak, con los ingenieros militares, trabajó en algunos proyectos secretos. Ha empezado a revelarlo todo. Bueno, ya lo sabe, pero es alto secreto. Eso no altera la misión, y no mentirá si no se lo dice a las tripulaciones, lo cual, por cierto, no tiene por qué hacer.

—Una última pregunta —dijo Curzon—. Si ese hombre está a salvo en Estados Unidos, ¿qué necesidad hay de seguir engañando a Bagdad?

—Hay otros objetivos de los que nos está informando. Requiere tiempo, pero podemos obtener de él veinte nuevos objetivos. Si alertamos a Bagdad de que está cantando como un canario, trasladarán el material a otra parte por la noche. Saben sumar dos y dos, ¿entiende?

Philip Curzon se levantó y recogió las fotos. Cada una tenía su referencia exacta en una cuadrícula del mapa estampada a un lado.

—De acuerdo. Mañana al amanecer ese cobertizo habrá dejado de existir.

El teniente coronel se marchó. Durante el vuelo de regreso reflexionó en la misión. Algo le decía que aquello olía como un bacalao pasado, pero las explicaciones eran perfectamente factibles y él tenía sus órdenes. No mentiría, pero le habían prohibido que revelara nada. El aspecto bueno del asunto era que el blanco se basaba en el engaño y no en la protección. Sus hombres entrarían y saldrían sin sufrir daño. Ya sabía a quién encargaría la dirección del ataque.

El jefe de escuadrón Lofty Williamson se hallaba repantigado en una silla, bajo el sol de la tarde, cuando recibió la llamada. Estaba leyendo el último número de *World Air Power Journal*, la Biblia de los pilotos de combate, y le irritó que le hicieran abandonar la lectura de un excelente artículo sobre uno de los cazas iraquíes con que podría encontrarse.

El jefe de escuadrón estaba en su despacho, con las fotos extendidas sobre la mesa. Durante una hora informó a su jefe de vuelo sobre lo que se deseaba.

—Dispondrás de dos Buccaneer para que te marquen el blanco, de modo que puedas remontar el vuelo y largarte de ahí antes de que esos condenados sepan qué les ha pasado.

Williamson fue en busca de su navegante, el hombre que ocupa el asiento trasero y al que los americanos llaman el «mago». En la actualidad, este técnico se encarga de mucho más que de la navegación, pues de él dependen la electrónica aérea y los sistemas de armamento. El teniente de vuelo Sid Blair tenía fama de poder encontrar una lata en el Sahara si era necesario bombardearla.

Entre los dos, y con la ayuda del oficial de operaciones, cartografiaron la misión. Hallaron la localización exacta del cementerio de coches en los mapas aéreos, gracias a la cuadrícula de referencia. La escala era de 1/50.000, poco más de un centímetro y medio por kilómetro.

El piloto dejó claro que quería atacar desde el este en el mismo momento en que se levantara el sol, de modo que los artilleros iraquíes tuvieran la luz de frente y él, Williamson, viera el blanco con absoluta claridad.

Blair insistió en que necesitaba algún hito inequívoco a lo largo del recorrido que le sirviera para hacer pequeñas correcciones de última hora a su rumbo. Encontraron uno a diecinueve kilómetros del objetivo en dirección este; se trataba de una torre de radio que se encontraba a 1.600 metros de la trayectoria de vuelo.

Volar al amanecer les daba el imprescindible «tiempo para el objetivo», un factor conocido por sus siglas TOT. El motivo de que el TOT deba mantenerse al segundo es que la precisión significa la diferencia entre el éxito y el fracaso. Si el primer piloto se retrasa aunque solo sea un segundo, el piloto que le sigue puede encontrarse de lleno con la explosión de las bombas arrojadas por su colega. Peor todavía, el primer piloto tendrá en la cola un Tornado que avanza a casi dieciséis kilómetros por minuto, lo cual no es una visión muy agradable. Finalmente, si el primer piloto se

adelanta en exceso o el segundo se retrasa demasiado, los artilleros tendrán tiempo para despertar y afinar la puntería. Por eso los segundos aviadores entran precisamente cuando remite la metralla de las primeras explosiones.

Williamson llamó a su piloto de flanco y al segundo navegante, dos jóvenes tenientes de vuelo, Peter Johns y Nicky Tyne. Convinieron que en el preciso momento en que el sol se alzara por encima de las bajas colinas al este del blanco serían las 7.08 horas, y el ataque se dirigiría a 270 grados al oeste.

Habían sido asignados dos Buccaneer del escuadrón número 12, también con base en Maharraq. Williamson se reuniría con sus pilotos por la mañana. Los armeros habían recibido instrucciones para que en cada Tornado cargaran tres bombas de quinientos kilos equipadas con morros de orientación por láser PAVEWAY. A las ocho de la noche los cuatro tripulantes cenaron y fueron a acostarse. Les llamarían a las tres de la madrugada.

Todavía era noche cerrada cuando un suboficial de la Fuerza Aérea llegó en un camión al dormitorio del escuadrón 608 para llevar a los cuatro tripulantes al Centro de Vuelo.

Si los estadounidenses de Al Kharz vivían en condiciones precarias bajo tiendas de lona, los que permanecían en Bahrein disfrutaban de las comodidades de la vida civilizada. Algunos compartían habitaciones dobles en el hotel Sheraton. Otros se alojaban en edificios de ladrillo cerca de la base aérea. La comida era excelente, disponían de bebida y la sensación de soledad se veía mitigada por la presencia de trescientas azafatas aéreas de la cercana escuela de adiestramiento de Middle East Airways.

Solo hacía una semana que los Buccaneer habían sido llevados al Golfo, pues anteriormente no los habían necesitado. Desde entonces habían demostrado de sobras su valía. Los *Bucks*, básicamente aparatos antisubmarinos, estaban acostumbrados a rozar las aguas del mar del Norte en busca de submarinos soviéticos, pero no les importaba sustituir el agua por la arena del desierto.

Su especialidad es el vuelo a baja altura, y aunque son veteranos con treinta años de antigüedad, en competiciones realizadas con la USAF en Miramar, California, han evadido a los cazas americanos, mucho más rápidos, sencillamente «comiendo polvo», es decir, volando tan bajo que era imposible seguirles a través de los oteros y las dunas del desierto.

La rivalidad entre las fuerzas aéreas ha hecho cundir la creencia de que a los pilotos estadounidenses no les gusta el vuelo bajo y, por debajo de ciento cincuenta metros, tienden a accionar el tren de aterrizaje, mientras que a los británicos les encanta y por encima de treinta metros se quejan de mal de altura. La verdad es que tanto unos como otros pueden volar alto o bajo, pero de los *Bucks*, que no son supersónicos pero sí de una maniobrabilidad asombrosa, se asegura que pueden

descender más que cualquiera y sobrevivir.

La razón de su presencia en el Golfo fueron las pérdidas iniciales sufridas por los Tornado en sus primeras misiones a nivel ultrabajo. Los Tornado, que trabajan a solas, tenían que lanzar sus bombas y luego seguirlas hasta el objetivo, en el mismo corazón de las baterías Triple A. Pero cuando esos aparatos y los Buccaneer trabajaban juntos, las bombas de los Tornado llevaban en la parte delantera el sistema PAVEWAY de búsqueda mediante láser, mientras que el *Buck* llevaba el transmisor de láser llamado PAVESPIKE.

El Buccaneer, elevándose por encima y detrás del Tornado, podía «marcar» el objetivo, dejando que el Tornado soltara la bomba y se alejara a toda velocidad sin la menor dilación. Además, el *Buck* llevaba el sistema PAVESPIKE montado en un soporte cardánico, ubicado en la parte inferior del fuselaje, giroscópicamente estabilizado mientras mantenía el rayo láser dirigido al objetivo hasta que se producía el impacto de la bomba.

En el Centro de Vuelo, Williamson y los dos pilotos del *Buck* se pusieron de acuerdo sobre su «punto inicial», el comienzo del bombardeo, a diecinueve kilómetros al este del cobertizo que constituía el objetivo, y fueron a ponerse el equipo de vuelo. Como de costumbre, habían llegado con prendas civiles, pues en Bahrein estaba restringida la presencia militar en las calles a fin de no alarmar a la población.

Una vez se hubieron cambiado, Williamson, como jefe de la misión, completó sus instrucciones. Faltaban dos horas para el despegue. La rebatiña de medio minuto de los pilotos de la Segunda Guerra Mundial es cosa del pasado.

Tenían tiempo para tomar café y entretanto continuar con los últimos preparativos. Cada hombre cogió su pistola, una pequeña Walther PP que detestaban, ya que si eran atacados en el desierto suponían que todo lo que podrían hacer con ella sería arrojarla contra la cabeza de un iraquí y confiar en derribarle de esa manera.

También sacaron mil libras esterlinas en cinco soberanos de oro y el «vale de los cojones». Este notable documento fue introducido por los americanos en el Golfo, pero los británicos, que habían realizado misiones aéreas de combate en aquella zona desde los años veinte, les comprendían bien.

El «vale de los cojones» es una carta en árabe y seis dialectos beduinos. He aquí lo que dice: «Querido señor beduino: el portador de esta carta es un oficial británico. Si le entrega usted a la patrulla británica más próxima sin que le falten los testículos y preferiblemente donde deben estar y no en la boca, será recompensado con cinco mil libras esterlinas en oro». A veces surte efecto.

Los uniformes de vuelo tenían en los hombros unos parches reflectantes que podían ser detectados por los buscadores aliados si un piloto caía en el desierto, pero no llevaban alas sobre el bolsillo izquierdo de la chaqueta, sino únicamente una

bandera de Gran Bretaña fijada con velcro.

Después de tomar el café pasaron por la esterilización... que no es tan mala como suena. Les despojaron de anillos, cigarrillos, encendedores, cartas y fotos familiares, todo lo que pudiera dar a un interrogador un atisbo de la personalidad de su prisionero. El registro fue efectuado por una funcionaria sensacional... Las tripulaciones aéreas reconocían que esa era la mejor parte de la misión, y los pilotos más jóvenes metían sus objetos valiosos en los lugares más sorprendentes para ver si Pamela era capaz de encontrarlos. Por suerte la mujer había sido enfermera y aceptaba esa tontería con tranquilidad y buen humor.

Faltaba una hora para despegar. Algunos hombres comían, otros eran incapaces de probar bocado, varios descabezaban un sueño, algunos tomaban café y confiaban en que no tuvieran ganas de orinar en medio de la misión, alguno vomitó.

El autobús llevó a los ocho hombres a sus aviones, junto a los que se afanaban ya los montadores, ajustadores y armeros. Cada piloto rodeó su aparato, comprobando el ritual previo al despegue. Finalmente subieron a bordo.

La primera tarea era la de instalarse, perfectamente sujetos con las correas y conectados al sistema de radio *havequick* para comunicarse entre ellos. Seguidamente conectaron la APU, la unidad de potencia auxiliar, que puso todos los instrumentos en funcionamiento.

En la parte trasera se encendió la plataforma de navegación por inercia, dando a Sid Blair la oportunidad de marcar los rumbos y giros planeados. Williamson puso en marcha el motor derecho y el Rolls Royce RB-199 empezó a rugir. Le siguió el motor izquierdo.

Las órdenes se sucedieron: cerrar la cubierta corrediza, avanzar hasta la pista número uno, aguardar en el punto señalado y, una vez recibida la autorización de la torre, avanzar hasta el punto de despegue. Williamson miró a su derecha. El Tornado de Peter Johns estaba a su lado y algo rezagado, y más allá de él los dos Buccaneer. Alzó una mano enguantada y otras tres respondieron a su saludo.

Continuaron las operaciones: con el aparato frenado, aceleró hasta la máxima potencia «seca». El Tornado temblaba suavemente. Desde la válvula de estrangulación al quemador auxiliar, el estremecimiento se extendía por todo el aparato, como si quisiera librarse de los frenos. Un último gesto con el pulgar hacia arriba, al que respondieron otros tres pulgares. Soltaron los frenos, los aparatos rodaron por la pista cada vez más veloces y los cuatro se elevaron en formación, ladeándose sobre el oscuro mar. Dejaron atrás las luces de Manama y pusieron rumbo a la cita con el avión nodriza, el Victor del escuadrón 55 que les esperaba en algún lugar sobre la frontera entre Arabia Saudí e Irak.

Williamson desconectó la potencia del quemador auxiliar y ascendió a una velocidad de 600 nudos hasta seis mil metros. Los de RB-199 son bestias sedientas, y

a su máxima potencia «seca» consumirán, cada uno, 140 litros de combustible por minuto. Pero cuando funciona el quemador auxiliar el consumo asciende de un modo vertiginoso, a 600 litros por minuto, por cuyo motivo el quemador auxiliar solo se utiliza para lo más indispensable: despegue, combate y evasión.

El radar les permitió encontrar a Victor en la oscuridad, se aproximaron por detrás e insertaron las lanzas de combustible en las mangas que colgaban del avión nodriza. Ya habían utilizado la tercera parte del combustible. Una vez llenos los Tornado, se apartaron para que los *Bucks* repostaran. Entonces los cuatro viraron y descendieron hacia el desierto.

Williamson mantuvo su grupo a sesenta metros de altura, con una velocidad máxima de crucero de 480 nudos, y así penetraron en Irak. Entonces intervinieron los técnicos de navegación, estableciendo el primero de tres rumbos diferentes, con dos virajes que les llevarían al «punto inicial» desde el este. Cuando estaban en lo alto habían atisbado el sol naciente, pero en vuelo rasante sobre el desierto aún era de noche.

Williamson volaba con la ayuda del TIALD, el señalizador de imágenes termales y de láser, un instrumento que se fabrica en una fábrica de galletas transformada, en una calleja de Edimburgo. El TIALD es una combinación de una pequeña cámara de televisión de alta definición y de sensor térmico de infrarrojos. A baja altura sobre el negro desierto, los pilotos podían ver todo cuanto tenían delante —las rocas, los peñascos, los afloramientos de estratos, las colinas—, como si brillara.

Poco antes de la salida del sol viraron en el «punto inicial» para tomar la trayectoria del bombardeo. Sid Blair vio la torre de radio y dijo a su piloto que ajustara el rumbo un grado.

Williamson colocó los retenes de las bombas en el modo «esclavo» y echó un vistazo a su pantalla indicadora, donde aparecían los kilómetros y segundos que los separaban del punto de lanzamiento. Volaba a sesenta metros sobre terreno llano, y mantenía una velocidad uniforme. En algún lugar detrás de él su piloto de flanco estaba haciendo lo mismo. El tiempo hasta llegar al blanco era exacto. El piloto utilizaba a intervalos el quemador auxiliar para mantener una velocidad de ataque de 540 nudos.

El sol iluminó las colinas, sus primeros rayos recorrieron la llanura y allí estaba el objetivo, a nueve kilómetros. El piloto vio los destellos metálicos, los montículos de chatarra, el gran cobertizo gris en el centro, las dobles puertas que apuntaban hacia él.

Los *Bucks* estaban a sesenta metros sobre el suelo y a kilómetro y medio detrás de Williamson. La conversación con los tripulantes de los *Bucks*, que había comenzado en el «punto inicial», seguía sonando en sus oídos: «Nueve kilómetros y avanzando, ocho kilómetros, cierto movimiento en la zona del objetivo, siete kilómetros...»

—Estoy marcando —dijo el navegante del primer *Buck*.

El rayo láser procedente del *Buck* alcanzó la puerta del cobertizo. A cinco kilómetros Williamson inició su «angulación», alzando el morro del aparato, de modo que dejó de ver el blanco, pero no importaba, porque la tecnología haría el resto. A noventa metros la pantalla indicadora le dijo que debía soltar el armamento. Movi6 el conmutador y las tres bombas de quinientos kilos partieron del lado inferior del avi6n.

Como estaba «angulando», las bombas se alzaron ligeramente con 6l antes de que la gravedad las hiciera descender trazando una limpia parábola hacia el cobertizo.

Con el avi6n tonelada y media m6s ligero, Williamson se elev6 r6pidamente a trescientos metros, se lade6 135 grados y sigui6 tirando de la palanca de mando. El Tornado descendió en picado y vir6, de regreso a la tierra y a la direcci6n por la que había venido. El *Buck* pas6 por encima de 6l y gir6 a su vez.

Como tenía una c6mara de televisi6n en el vientre de su aparato, el navegante del *Buccaneer* pudo ver el impacto de las bombas en las puertas del cobertizo. Toda la zona que se extendía delante de 6l se disolvi6 en una l6mina de llamas y humo, mientras una columna de polvo se elevaba en el lugar donde había estado el cobertizo. Cuando el polvo empez6 a posarse, hizo su aparici6n Peter Johns en el segundo Tornado, treinta segundos despu6s de su l6der.

El navegante del *Buck* vio m6s que eso. Los movimientos que había advertido antes se codificaron en una pauta. Las armas eran visibles.

—¡Tienen Triple A! —grit6.

El segundo Tornado estaba «angulando». El segundo *Buccaneer* pudo verlo todo. El cobertizo había reventado bajo el impacto de las tres primeras bombas, revelando una estructura interna retorcida y doblada. Pero entre los mont6culos de chatarra había artillería antia6rea disparando.

—Bombas lanzadas —grit6 Johns y elev6 su Tornado para efectuar un giro m6ximo. Su propio *Buccaneer* tambi6n se alejaba del objetivo, pero el sistema PAVESPIKE en el vientre del avi6n mantenía el rayo sobre los restos del cobertizo.

—¡Impacto! —grit6 el navegante del *Buck*.

Hubo un destello entre la chatarra. Los SAM, disparados desde el hombro, volaron en pos del Tornado.

Williamson había nivelado su avi6n tras el picado giratorio y volvía a estar a sesenta metros sobre la superficie del desierto pero en la direcci6n opuesta, hacia el sol que ya había salido. Oy6 que Peter Johns gritaba:

—¡Nos han tocado!

Detr6s de 6l Sid Blair guardaba silencio. Williamson lanz6 un juramento e hizo virar de nuevo el Tornado, creyendo que de ese modo tendría una posibilidad de mantener a raya con su cañ6n a los artilleros iraquíes. Era demasiado tarde.

Oy6 que uno de los tripulantes de los *Bucks* decía: «Tienen misiles ahí abajo», y

entonces vio que el Tornado de Johns ascendía, con uno de los motores envuelto en llamas, y oyó decir claramente al joven de veinticinco años: «Bajamos... eyección».

Ninguno de ellos podía hacer nada más. En misiones anteriores los *Bucks* solían acompañar a los Tornado a casa, pero esta vez se había convenido que aquellos podían regresar solos. En silencio, los dos marcadores de blancos hicieron lo que mejor sabían hacer: mantuvieron los vientres de sus aviones sobre el desierto bajo el sol de la mañana.

Lofty Williamson estaba lleno de ira, convencido de que les habían mentido. Pero lo cierto era que nadie había tenido conocimiento de la Triple A y los misiles escondidos en Al Qubai.

A gran altura, un TR-1 envió a Riad imágenes en tiempo real de la destrucción. Un E-3 Sentry que había recogido las conversaciones en el aire comunicó a Riad que habían perdido un Tornado y sus tripulantes.

Lofty Williamson regresó a casa solo, para informar y descargar su cólera sobre los que habían seleccionado los blancos.

En el cuartel general subterráneo del CENTAF, en la carretera del Antiguo Aeropuerto, la alegría de Steve Laing y Chip Barber porque el Puño de Dios había sido enterrado en la misma matriz donde fuera creado, se vio oscurecida por la pérdida de los dos jóvenes.

Los Buccaneer, a toda velocidad sobre el llano desierto del sur de Irak, en dirección a la frontera, se encontraron con un grupo de camellos. Los pilotos se enfrentaron a una difícil elección: volar alrededor de ellos o sobrevolarlos casi peinándolos.

El general de brigada Hassan Rahmani se encontraba en su despacho particular, en el edificio de la Mukhabarat, en Mansour, y contemplaba los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas con sentimientos que rayaban en la desesperación.

Que los principales centros militares y de producción de armamento de su país fuesen sistemáticamente destruidos por bombas y cohetes no le preocupaba. Estos hechos, que él había predicho semanas antes, no hacían más que acercar la inminente invasión americana y la destitución del hombre de Tikrit.

Era algo que él había planeado, anhelado y esperado con confianza, aunque aquella mañana del 11 de febrero ignoraba que no iba a suceder. Rahmani era un hombre muy inteligente, pero no tenía una bola de cristal.

Lo que le preocupaba ahora era su propia supervivencia, las posibilidades de que siguiese con vida para ver la caída de Saddam Hussein.

El bombardeo al amanecer del día anterior de la planta de ingeniería nuclear de Al Qubai, tan astutamente disimulada que nadie había concebido jamás la posibilidad de que fuese descubierta, había conmocionado profundamente a la élite del poder en Bagdad.

Unos minutos después de que se hubieran marchado los dos bombarderos británicos, los artilleros supervivientes se habían puesto en contacto con Bagdad para informar del ataque. Al enterarse de lo ocurrido, el doctor Jafaar al Jafaar acudió de inmediato en su coche para comprobar personalmente los daños sufridos por el personal de la planta subterránea. El profesor estaba fuera de sí y a mediodía se había quejado amargamente a Hussein Kamil, de cuyo Ministerio de Industria e Industrialización Militar dependía todo el programa nuclear.

Se decía que el menudo científico había gritado al yerno de Saddam, diciéndole que aquel programa había consumido ocho mil millones de dólares de un gasto total en armamento de cincuenta mil millones en una década, y que en el mismo momento de su triunfo había sido destruido. ¿Acaso el estado no podía ofrecer protección a su gente, etcétera, etcétera?

Por muy bajo y enjuto que fuese el físico iraquí, tenía una enorme influencia, y se rumoreaba que no había dado cuartel al otro. El afligido Hussein Kamil informó a su suegro, quien también había sido presa de un violento acceso de cólera. Y cuando sucedía tal cosa, todo Bagdad temblaba temiendo por su vida.

Los científicos que trabajaban en las instalaciones subterráneas no solo habían sobrevivido sino que incluso habían podido escapar, pues la fábrica incluía un estrecho túnel que se extendía ochocientos metros por debajo del desierto y terminaba en un pozo circular con barandillas adosadas a la pared. Si bien el personal había

podido salir a través de aquel túnel, sería imposible trasladar la maquinaria pesada por él.

El ascensor y montacargas principal había quedado reducido a un amasijo de hierros retorcidos desde la superficie hasta una profundidad de seis metros, y repararlo sería una gran proeza de ingeniería que llevaría varias semanas. Hassan Rahmani sospechaba que Irak carecía de ese tiempo.

Si el asunto hubiera terminado ahí, Rahmani se habría sentido aliviado, pues había estado muy preocupado desde aquella conferencia en el palacio, antes de que comenzara la guerra aérea, cuando Saddam reveló la existencia de «su» artefacto. Pero lo que ahora preocupaba a Rahmani era la cólera demencial del rais. El vicepresidente Izat Ibrahim le había llamado poco después del mediodía del día anterior, y el jefe del contraespionaje jamás había visto al confidente más íntimo de Saddam en semejante estado.

Ibrahim le dijo que el rais estaba fuera de sí, y cuando sucedía tal cosa solía correr la sangre. Solo eso podía apaciguar la ira del hombre de Tikrit. El vicepresidente había dejado claro que se esperaba de él, Rahmani, que presentara resultados, y sin demora. Rahmani le preguntó qué clase de resultados, e Ibrahim le respondió gritando que descubriera cómo el enemigo había descubierto la planta camuflada.

Rahmani se puso en contacto con amigos militares que a su vez hablaron con sus artilleros. Todos los informes coincidían en un punto: el ataque británico había sido realizado con dos aviones. Había otros dos a mayor altura, pero suponían que se trataba de cazas que daban cobertura y, desde luego, no habían arrojado ninguna bomba.

Desde la sede del Ejército, Rahmani habló con el servicio de planificación de operaciones de la Fuerza Aérea. En opinión de aquellos profesionales, varios de cuyos oficiales habían sido adiestrados en Occidente, ningún blanco de gran importancia militar habría merecido un ataque de solo dos aviones. Estaban convencidos de ello.

Así pues, razonó Rahmani, si los británicos no creían que el cementerio de coches era un vertedero de chatarra, ¿qué creían que era? La respuesta probablemente la darían los dos aviadores británicos derribados. Personalmente, le habría encantado dirigir los interrogatorios, convencido de que con ciertas drogas alucinógenas podría sonsacarles la verdad en unas horas.

Los militares le confirmaron que habían capturado al piloto y el navegante en el desierto tres horas después del ataque. Uno de ellos cojeaba porque se había roto un tobillo. Por desgracia, un grupo de la AMAM se presentó con notable celeridad y se llevó a los aviadores. Nadie discutía con la AMAM. Así pues, ahora los dos británicos estaban en poder de Omar Khatib, y que Alá tuviera misericordia de ellos.

Perdida su posibilidad de destacar mediante la obtención de la información

proporcionada por los pilotos, Rahmani se dio cuenta de que tendría que presentar algo... ¿Pero qué?

Lo único que serviría era lo que el rais deseaba. ¿Y qué deseaba Saddam? Una conspiración, naturalmente. Así pues, tendría una conspiración. La clave estaría en el transmisor.

Cogió el teléfono y llamó al comandante Mohsin Sayeed, jefe del departamento *sigint* de su unidad, los encargados de interceptar las transmisiones por radio. Era hora de que hablaran de nuevo.

Treinta y dos kilómetros al este de Bagdad se encuentra la pequeña población de Abu Ghraib, un lugar de lo más corriente. Sin embargo, el nombre era bien conocido, aunque pocas veces mencionado, en todo Irak, pues en Ghraib se levantaba la gran prisión, dedicada casi exclusivamente a los interrogatorios y el internamiento de los detenidos políticos. Como tal, su personal y directivos no pertenecían al servicio nacional de prisiones, sino a la policía secreta, la AMAM.

En el mismo momento en que Hassan Rahmani llamaba a su experto del *sigint*, un Mercedes largo y negro se aproximaba a las puertas dobles de madera de la prisión. Cuando reconocieron al ocupante del vehículo, dos guardias corrieron a las puertas y las abrieron. Hicieron bien, pues el hombre que viajaba en el coche reaccionaba con fría brutalidad contra quienes descuidaban su cometido y le hacían perder tiempo.

El coche entró y las puertas se cerraron. El hombre que viajaba en el asiento trasero del vehículo no hizo el menor gesto para reconocer los esfuerzos de los guardias. Eran irrelevantes. El Mercedes se detuvo ante las escaleras de entrada del edificio principal, y otro guardia se apresuró a abrir la portezuela trasera.

El general de brigada Omar Khatib, elegantemente vestido con su uniforme a medida, se apeó del coche y subió con paso airado los escalones. Los subordinados abrieron apresuradamente las puertas a medida que pasaba. Un oficial subalterno, que hacía las veces de ayudante, le llevaba el maletín.

Para llegar a su despacho, Khatib tomó el ascensor hasta el quinto y último piso, y cuando estuvo a solas pidió café turco y empezó a estudiar sus documentos, los informes del día que detallaban los avances en las extracciones de información necesaria a los detenidos en el sótano.

Por detrás de su fachada, Omar Khatib estaba tan preocupado como su colega al otro lado de Bagdad, un hombre al que odiaba con todo su ser, sentimiento que era correspondido en igual medida.

Al contrario que Rahmani, quien, merced a su educación en parte inglesa, su conocimiento de idiomas y sus aires cosmopolitas estaba destinado inevitablemente a ser un sospechoso, Khatib podía contar con la ventaja fundamental de ser de Tikrit. Mientras hiciera el trabajo que el rais le había encargado, y lo hiciera bien,

manteniendo el flujo de confesiones de traición para mitigar la insaciable paranoia del tirano, estaría a salvo.

Pero las últimas veinticuatro horas habían sido turbadoras. El día anterior también él había recibido una llamada telefónica, pero del yerno, Hussein Kamil. Como Ibrahim hiciera con Rahmani, Kamil le había informado que el rais estaba furioso por el bombardeo de Al Qubai y exigía resultados.

Al contrario que Rahmani, Khatib tenía a los aviadores británicos en sus manos. Eso, por un lado, era una ventaja, pero por otro una trampa. El rais quería conocer sin demora las instrucciones que habían recibido los pilotos antes de su misión. ¿Cuánto sabían los aliados de Al Qubai y cómo se habían enterado?

A él, Khatib, correspondía obtener esa información, y sus hombres habían «trabajado» a los aviadores durante quince horas, desde las siete de la tarde anterior, cuando llegaron a Abu Ghraib. Hasta entonces los muy idiotas habían resistido.

Desde el patio que había debajo de su ventana llegaba un siseo, un ruido de golpes y tenues gemidos. Khatib frunció el entrecejo, perplejo, y entonces recordó de qué se trataba.

En el patio interior un iraquí colgaba por las muñecas de un travesaño, con los pies a solo diez centímetros del suelo polvoriento. Cerca de él había un aguamanil rebosante de salmuera, antes transparente y ahora de un rosa oscuro.

Cada guardia y soldado que pasaba por allí tenía orden de detenerse, coger una de las dos cañas de Indias sumergidas en el recipiente y administrar un solo golpe en la espalda del hombre colgado, entre el cuello y las rodillas. Un cabo que permanecía debajo de un toldo cercano llevaba la cuenta de los golpes.

El estúpido individuo era un vendedor del mercado a quien le habían oído llamar hijo de puta al presidente, y ahora, aunque algo tarde, estaba aprendiendo el verdadero respeto que todos los ciudadanos deben mostrar en todo momento hacia el rais. Lo intrigante era que siguiera allí. Su resistencia demostraba el vigor que tenían algunos miembros de la clase trabajadora. El mercader ya había soportado más de quinientos golpes, un récord impresionante. Moriría antes del millar, pues nadie había resistido jamás un millar de golpes, pero de todos modos era interesante. Otra cosa no menos interesante era que el hombre había sido denunciado por su hijo de diez años. Omar Khatib tomó un sorbo de café, desenroscó su estilográfica chapada en oro y se inclinó sobre sus papeles.

Al cabo de una hora oyó unos golpes discretos en la puerta.

—Adelante —dijo, y alzó la vista, expectante. Necesitaba buenas noticias, y solo un hombre podía llamar sin que le anunciara el oficial subalterno que estaba en la antesala.

El hombre que entró era corpulento y a su propia madre se le habría hecho muy cuesta arriba considerarlo guapo. La viruela que padeciera en su infancia le había

dejado la cara llena de marcas, y dos cicatrices circulares brillaban allí donde le habían extraído sendos quistes. Cerró la puerta y permaneció inmóvil, esperando que el jefe se dirigiera a él.

Aunque solo era sargento y su mono manchado ni siquiera lucía los galones de tal, era uno de los pocos hombres con los que el general de brigada experimentaba un sentimiento de camaradería. Solo al sargento Alí, entre el personal de la prisión, se le permitía sentarse en su presencia cuando él le invitaba.

Khatib le indicó una silla y le ofreció un cigarrillo. El sargento lo encendió y aspiró el humo con delectación. Su trabajo era pesado y fatigoso, de modo que el cigarrillo resultaba una pausa agradable. La razón por la que Khatib toleraba semejante familiaridad con un hombre de tan bajo rango era la auténtica admiración que sentía por Alí.

Khatib tenía en gran estima la eficacia, y su fiel sargento nunca le había fallado. Sereno, metódico, buen marido y padre, era un verdadero profesional.

—¿Y bien? —le preguntó.

—El navegante está cerca, señor, muy cerca. En cuanto al piloto... —Se encogió de hombros y añadió—: Una hora o más.

—Permíteme recordarte que ambos deben estar deshechos, Alí, no deben retener nada. Y lo que digan ha de coincidir. El mismo rais cuenta con nosotros.

—Quizá debería venir, señor. Creo que dentro de diez minutos podrá tener la respuesta. El primero en hablar será el navegante, y el piloto le seguirá apenas sepa que su compañero ha soltado la lengua.

—Muy bien.

Khatib se levantó y el sargento le sostuvo la puerta abierta. Juntos bajaron hasta el primer nivel del sótano, donde el ascensor se detuvo. Un pasadizo conducía a las escaleras del subsótano. A lo largo de las paredes había puertas de acero y tras ellas, agachados en medio de sus excrementos, siete aviadores estadounidenses, otros cuatro británicos, un italiano y un piloto de Skyhawk kuwaití.

En el siguiente nivel había más celdas, dos de las cuales estaban ocupadas. Khatib echó un vistazo a través de la mirilla de la primera puerta.

Una sola bombilla sin pantalla iluminaba la estancia, en cuyas paredes había excrementos incrustados y endurecidos y otras manchas marrones de sangre seca. En el centro, en una silla de oficina, de plástico, estaba sentado un hombre completamente desnudo, por cuyo pecho se deslizaban regueros de vómito, sangre y saliva. Tenía las manos esposadas a la espalda y una capucha de tela sin aberturas para los ojos le ocultaba el rostro.

Dos hombres de la AMAM vestidos con monos semejantes a los del sargento Alí flanqueaban al hombre de la silla, acariciando unos tubos de plástico de un metro de largo llenos de betún, que añade peso sin reducir flexibilidad. Se mantenían

apartados, tomándose un respiro. Al parecer, antes de que les interrumpieran se habían concentrado en las espinillas y las rótulas del prisionero, las cuales estaban despellejadas y habían adquirido una coloración entre azulada y amarillenta.

Khatib asintió y pasó a la puerta siguiente. A través de la mirilla vio que el segundo prisionero estaba con el rostro descubierto. Tenía uno de los ojos completamente cerrado, la carne de la ceja y la mejilla reducida a una pulpa y soldada por la sangre coagulada. Al abrir la boca mostró los espacios correspondientes a los dientes rotos, y una espuma sanguinolenta brotó de los labios tumefactos.

—Tyne —susurró—. Nicholas Tyne, teniente de vuelo. Cinco cero uno cero nueve seis ocho.

—El navegante —explicó el sargento en voz baja.

—¿Cuál de los nuestros habla inglés? —preguntó Khatib.

Alí señaló al de la izquierda.

—Que venga aquí.

El sargento entró en la celda donde se encontraba el navegante y salió con uno de los interrogadores. Khatib conferenció con él en árabe. El hombre asintió, entró de nuevo en la celda y enmascaró al navegante. Solo entonces Khatib permitió que abrieran las puertas de ambas celdas.

El hombre que hablaba inglés se inclinó hacia la cabeza enmascarada de Nicky Tyne y le habló. Su inglés tenía un fuerte acento pero era pasable.

—Muy bien, teniente de vuelo, eso es todo. Para usted ha terminado. No habrá más castigo.

El joven navegante oyó estas palabras y su cuerpo pareció distenderse, aliviado.

—Pero su amigo no tiene tanta suerte. Está agonizando. Así pues, podemos llevarle al hospital... sábanas limpias, médicos, todo lo que necesite, o bien podemos terminar el trabajo. Usted decide. Cuando nos lo diga, pararemos y le llevaremos al hospital.

En el pasillo Khatib hizo una seña al sargento Alí, quien entró en la otra celda. Desde la puerta abierta llegaba el sonido del látigo de plástico que azotaba un pecho desnudo. Entonces el piloto empezó a gritar.

—De acuerdo, obuses —dijo Nick Tyne bajo la capucha—. Basta, cabrones, era un depósito de municiones, para obuses con gas venenoso...

Los azotes cesaron. Alí salió de la celda del piloto con la respiración entrecortada.

—Es usted un genio, sayidi general.

Khatib se encogió de hombros con gesto de pretendida modestia.

—Nunca subestimes el sentimentalismo de británicos y americanos —dijo a su discípulo—. Que vengan los traductores y consigue todos los detalles, hasta el último. Cuando tengas las transcripciones, tráelas a mi despacho.

Una vez en su despacho, el general de brigada Khatib telefoneó personalmente a

Hussein Kamil. Al cabo de una hora este le llamó a su vez y le dijo que su suegro estaba encantado. Probablemente convocaría una reunión aquella misma noche y Omar Khatib debería estar disponible.

Aquella noche Karim bromeaba de nuevo con Edith, pausadamente y sin malevolencia, esta vez acerca de su trabajo.

—¿Nunca te aburres en el banco, cariño?

—No, es un trabajo interesante. ¿Por qué lo preguntas?

—Pues no sé... Es que no comprendo cómo puedes encontrarlo interesante. Para mí sería la tarea más aburrida del mundo.

—Estás equivocado.

—De acuerdo, ¿por qué es tan interesante?

—Se trata de manejar cuentas, colocar inversiones, esa clase de cosas. Es un trabajo importante.

—Tonterías. De lo que se trata es de decir buenos días, sí señor, no señor, naturalmente señor, a montones de personas que entran y salen para cobrar un cheque de cincuenta schillings. Es aburrido.

Estaba tendido boca arriba en la cama. Ella se acostó a su lado, y le rodeó los hombros con los brazos para mimarle. Le encantaba hacerle mimos.

—A veces estás loco, Karim, pero es así como te quiero. El Winkler no es un banco emisor, sino comercial.

—¿Cuál es la diferencia?

—No tenemos cuentas corrientes ni clientes con talonarios de cheques que hagan ingresos y reintegros. No trabajamos así.

—Pero sin clientes no tenéis dinero.

—Claro que tenemos dinero, pero en cuentas de depósito.

—Nunca he tenido una de esas —admitió Karim—. Solo una pequeña cuenta corriente. De todos modos, prefiero el metálico.

—No puedes tener metálico cuando se trata de millones. Podrían robártelos, así que los pones en un banco y los inviertes.

—¿Quieres decir que el viejo Gemütlich maneja millones de otras personas?

—Sí, muchos millones.

—¿Schillings o dólares?

—Dólares, libras, muchos millones.

—¿Ah, sí? Pues yo no le confiaría mi dinero.

Ella se irguió, sorprendida.

—Herr Gemütlich es absolutamente honesto. Nunca se le ocurriría perjudicar a un cliente.

—Tal vez no, pero podría ocurrírsele a otro. Vamos a ver... Imagina que conozco

a un hombre que tiene una cuenta en el Winkler Bank. Se llama Schmitt. Un día me presento y digo: «Buenos días, herr Gemütlich, me llamo Schmitt y tengo una cuenta aquí». Él consulta su libro y me dice: «Sí, en efecto». Entonces le explico la razón de mi visita: «Quisiera retirar todo mi dinero». Luego, cuando aparece el verdadero Schmitt, no queda nada. Por eso prefiero el metálico.

La ingenuidad del joven hizo reír a Edith. Se puso encima de él y le mordisqueó una oreja.

—No te saldrás con la tuya. Lo más probable es que herr Gemütlich conociera a tu dichoso Schmitt. En cualquier caso, tendría que identificarse.

—Los pasaportes se pueden falsificar. Esos condenados palestinos lo hacen continuamente.

—Y necesitaría una firma, de la que él tendría un ejemplar de muestra.

—Bueno, practicaría la falsificación de la firma de Schmitt.

—Creo que un día de estos puedes llegar a ser un delincuente, Karim. Eres malo. —La idea les hizo reír a ambos—. De todos modos, si fueses extranjero y vivieras en otro país, seguramente tendrías una cuenta numerada. Son inexpugnables.

—¿Qué es eso?

—¿Una cuenta numerada?

—Humm.

Edith le explicó cómo funcionaban.

—¡Eso es una locura! —exclamó Karim cuando ella hubo terminado—. Cualquiera podría presentarse y afirmar que es el titular. Si Gemütlich no le ha visto nunca...

—Hay procedimientos de identificación, idiota. Códigos muy complejos, métodos de escribir cartas, ciertas maneras de colocar las firmas... toda clase de cosas para verificar que la persona es realmente el titular de la cuenta. A menos que se haya cumplido rigurosamente con todos esos requisitos, herr Gemütlich no cooperará, de modo que es imposible hacerse pasar por otro.

—Debe de tener una memoria de elefante.

—Oh, eres estúpido hasta lo indecible. Todo está escrito. ¿Vas a llevarme a cenar a algún sitio?

—¿Te lo mereces?

—Sabes que sí.

—Está bien, de acuerdo. Pero quiero entremeses.

Ella le miró perpleja.

—Bueno, pídelos.

—Me refiero a ti.

Tendió una mano, cogió la cintura de sus braguitas y tiró de ella con un dedo hasta tumbarla de nuevo en la cama. Edith reía de placer. Karim se puso encima y

empezó a besarla. De repente se detuvo. Ella pareció alarmada.

—Ya sé qué voy a hacer —le susurró—. Contrataré a un ladrón de cajas fuertes para que abra la del viejo Gemütlich y eche un vistazo a los códigos. Así podría conseguirlo.

Ella se echó a reír, aliviada porque Karim no había cambiado de idea con respecto a hacer el amor.

—No saldría bien. Humm. Repite eso.

—Sí que saldría bien.

—Aaaaaah. Te digo que no.

—Y yo que sí. Continuamente roban cajas fuertes. Cada dos por tres sale algún caso en los periódicos.

Ella deslizó su mano exploradora por «allí abajo», con los ojos muy abiertos.

—Ooooh, ¿esto es todo para mí? Eres encantador, Karim, un hombre grande y fuerte, y te quiero. Pero el viejo Gemütlich, como le llamas, es un poco más listo que tú...

Al cabo de un momento ya no le importaba lo listo que era Gemütlich.

Mientras el agente del Mossad hacía el amor en Viena, Mike Martin colocaba en posición su antena. Se acercaba la medianoche y el día 11 del mes cedía el paso al 12.

Irak se encontraba entonces a ocho días de la invasión prevista para el 20 de febrero. Al sur de la frontera, la franja septentrional del desierto de Arabia Saudí era escenario de la mayor concentración de hombres, armas, cañones, tanques y almacenes que se viera en una extensión de tierra tan relativamente pequeña desde la Segunda Guerra Mundial.

Los bombardeos aéreos continuaban de manera implacable, aunque la mayor parte de los objetivos que figuraban en la lista original del general Horner ya habían sido visitados, algunos dos o más veces. A pesar de que la decisión de Irak de lanzar sus Scud sobre Israel había obligado a los aliados a incluir más objetivos, el plan maestro aéreo proseguía como estaba previsto. Cada centro industrial en el que se sabía que se producía armamento de destrucción masiva había sido pulverizado, incluidas doce nuevas fábricas que habían sido añadidas gracias a la información proporcionada por Jericó.

La Fuerza Aérea iraquí prácticamente había dejado de existir como arma en funcionamiento. Cuando sus cazas de interceptación trabaron combate con los Eagle, Hornet, Tomcat, Falcon, Phantom y Jaguar de los aliados pocas veces regresaron a sus bases, y hacia mediados de febrero ni siquiera se molestaban ya en intentarlo. Parte de la flor y nata de la aviación, formada por cazas y cazabombarderos, había sido enviada deliberadamente a Irán, donde los aparatos fueron confiscados de inmediato. Otros aviones habían sido destruidos dentro de sus hangares o

despanzurrados en el exterior de los mismos.

En el nivel más alto, los jefes aliados no podían entender por qué Saddam había enviado al territorio de su viejo enemigo sus mejores aviones de combate. El motivo era que, después de cierta fecha, esperaba firmemente que todas las naciones de la región no tuvieran más remedio que arrodillarse ante él, y en ese momento recuperaría su poderío aéreo.

Por entonces apenas si quedaba en el país un solo puente intacto o una central eléctrica en funcionamiento.

Hacia mediados de febrero un esfuerzo aéreo aliado cada vez más intenso atacaba al Ejército iraquí en el sur de Kuwait y dentro mismo del territorio de Irak.

Desde la frontera septentrional saudí, de este a oeste, hasta la autopista entre Bagdad y Basora, los *Buffs* bombardeaban a la artillería, los carros de combate, las baterías de cohetes y las posiciones de infantería. Los Thunderbolt A-10 estadounidenses, a los que por su elegancia en el aire se los llamaba «jabalíes verrugosos volantes», merodeaban a voluntad haciendo lo que mejor sabían hacer: destruir tanques. También los Eagle y Tornado tenían asignada la tarea de eliminar los carros de combate.

Lo que los generales aliados en Riad desconocían era que cuarenta grandes instalaciones dedicadas al armamento de destrucción masiva seguían ocultas bajo desiertos y montañas, o que las bases aéreas de Sixco estaban intactas.

Desde el bombardeo de la fábrica de Al Qubai había aumentado el optimismo tanto entre los cuatro generales concededores de lo que contenía realmente como entre los hombres de la CIA y el SIS destinados en Riad.

Ese estado de ánimo se reflejaba en el breve mensaje que Mike Martin recibió aquella noche. Sus controladores en Riad empezaron por informarle del éxito que había tenido la misión de los Tornado a pesar de la pérdida de un aparato. A continuación le felicitaron por haberse quedado en Bagdad cuando le habían autorizado a marcharse así como por el conjunto de la misión. Finalmente le dijeron que poco era lo que quedaba por hacer. Debería enviar un último mensaje a Jericó, comunicándole que los aliados le estaban agradecidos, que todo su dinero había sido pagado y que reanudarían el contacto después de la guerra. Entonces Martin realmente debería escapar a la seguridad de Arabia Saudí antes de que fuese imposible.

Martin cerró el equipo de radio, lo guardó en su escondrijo y se acostó. Permaneció un rato despierto, pensativo. Era interesante que los ejércitos no entraran en Bagdad. ¿Acaso no era Saddam el objetivo de la operación? Algo había cambiado.

De haber tenido noticia de la conversación que tenía lugar en el cuartel general de la Mukhabarat, a menos de un kilómetro de donde él estaba, el sueño de Mike Martin no

habría sido tan tranquilo.

La habilidad técnica presenta cuatro niveles: competente, muy bueno, brillante y «con dotes innatas». Esta última categoría va más allá de la mera habilidad y entra en una zona donde todos los conocimientos técnicos están apoyados por un «instinto» natural, un sexto sentido, una empatía con el tema y la maquinaria que no se encuentra en ningún libro de texto.

El comandante Mohsen Zayeed tenía unas dotes innatas para el manejo de aparatos de radio. Muy joven, con unas gafas redondas que le daban el aspecto de estudiante aplicado, Zayeed vivía y respiraba para la tecnología de la radiocomunicación. En sus habitaciones estaban esparcidas las revistas occidentales más recientes, y cuando veía un nuevo dispositivo que podría aumentar la eficacia de su departamento de interceptación radiofónica, lo pedía. Como valoraba al hombre, Hassan Rahmani procuraba conseguirlo.

Poco después de medianoche los dos hombres estaban sentados en el despacho de Rahmani.

—¿Algún avance? —preguntó Rahmani.

—Creo que sí —respondió Zayeed—. Está aquí, desde luego, de eso no hay duda alguna. El problema es que utiliza transcripciones comprimidas y es casi imposible captarlas a causa de su velocidad. Casi, pero no del todo. Con habilidad y paciencia, en ocasiones es posible encontrar una, aunque las transmisiones solo duren unos pocos segundos.

—Veamos qué has conseguido.

—Bueno, he localizado las frecuencias de transmisión en una banda de la gama de frecuencia ultraalta, lo cual facilita las cosas. Hace unos días tuve suerte. Estábamos controlando una banda estrecha, por si acaso, y apareció él. Escuche.

Zayeed sacó un magnetófono y lo puso en marcha. Una mezcla de sonidos llenó la estancia. Rahmani pareció perplejo.

—¿Es eso?

—Está en clave, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Rahmani—. ¿Puedes descifrarlo?

—Es casi seguro que no. La clave se ha introducido con un solo chip de silicio que contiene microcircuitos muy complejos.

—¿No es posible descifrarlos?

Rahmani se sentía perdido. Zayeed vivía en su mundo privado y hablaba un lenguaje particular. Incluso entonces estaba haciendo un gran esfuerzo para hablar con sencillez a su jefe.

—No se trata de un código. Para transformar esa jerga en las palabras originales haría falta un chip de silicio idéntico. Las permutaciones son del orden de centenares de millones.

—¿Qué has logrado entonces?

—Lo que he logrado, señor, es... una orientación.

Hassan Rahmani se inclinó hacia delante, excitado.

—¿Una orientación?

—La segunda. ¿Y sabe una cosa? Que ese mensaje fue enviado en plena noche, treinta horas antes del bombardeo de Al Qubai. Supongo que contiene los detalles de la planta nuclear. Y hay más.

—Sigue.

—Está aquí.

—¿Aquí, en Bagdad?

—No, señor, se encuentra en este mismo distrito de Mansour. Creo que está en un cuadrado de dos kilómetros de lado.

Rahmani pensó febrilmente. Se estaba aproximando a su hombre, era asombroso lo cerca que se encontraba. Sonó el teléfono. Escuchó durante varios segundos, colgó y se puso de pie.

—Me llaman. Una sola cosa más. ¿Cuántas interceptaciones tendrás que hacer hasta que localices exactamente el lugar, la manzana e incluso la casa?

—Con suerte, una sola. Quizá no le capte la primera vez, pero creo que puedo encontrarle con la primera interceptación. Ojalá envíe un mensaje largo y esté varios segundos en el aire. Entonces podré delimitar un cuadrado de cien metros de lado.

Rahmani estaba muy agitado cuando bajó las escaleras hacia el coche que le esperaba.

Les llevaron a la reunión con el rais en dos autobuses de ventanillas opacas. Los siete ministros viajaban en uno, los seis generales y los tres jefes de los servicios secretos en otro. Ninguno vio la dirección que tomaban y el conductor, al otro lado del panel aislante, se limitó a seguir al motorista.

Solo cuando los autobuses se detuvieron en un patio tapiado, los nueve hombres que viajaban en el segundo vehículo pudieron bajar. El sinuoso recorrido había durado cuarenta minutos. Rahmani calculó que estaban en el campo, a unos cincuenta kilómetros de Bagdad. No se oía ruido de tráfico y a la luz de las estrellas se veía el vago contorno de una gran casa con las ventanas cubiertas por cortinas negras.

Los siete ministros aguardaban en la sala principal. Los generales se sentaron en silencio en los lugares asignados. Los guardianes indicaron al doctor Ubaidi, del servicio secreto exterior; a Rahmani, del servicio de contraespionaje, y a Omar Khatib, de la policía secreta, tres asientos ante el único sillón grande y acolchado, reservado al rais.

El hombre que los había convocado entró unos minutos después. Todos se levantaron y el recién llegado les hizo un gesto para que se sentaran.

Algunos no veían al presidente desde hacía tres semanas. Parecía nervioso, las

ojeras y las bolsas bajo las mandíbulas eran más pronunciadas.

Sin preámbulo, Saddam Hussein abordó el motivo de la reunión. Había tenido lugar un bombardeo aéreo, todos ellos lo sabían, incluso quienes antes del ataque desconocían la existencia de un lugar llamado Al Qubai.

Era un sitio tan secreto que no más de una docena de hombres en Irak conocían exactamente su ubicación. Y, no obstante, había sido bombardeado. Solo las más altas jerarquías del país y unos pocos técnicos absolutamente entregados a su cometido habían visitado el lugar, y siempre con los ojos vendados o en medios de transporte que no permitían ver el exterior. Y pese a todo había sido bombardeado.

Se hizo un profundo silencio en la sala; el silencio del miedo. Los generales, Radi, de infantería, Kadiri, del Cuerpo de Blindados, Ridha, de artillería, Musuli, de ingenieros, y los otros dos, de la Guardia Republicana y el jefe de estado mayor, miraban fijamente la alfombra extendida ante ellos.

—Nuestro camarada, Omar Khatib, ha interrogado a los dos aviadores británicos —dijo el rais—. Ahora nos explicará lo que ha sucedido.

Nadie miraba al rais, pero ahora todos los ojos convergieron en la delgada figura de Omar Khatib. El Atormentador mantenía su mirada a la altura del pecho del presidente, sentado ante él al otro lado de la sala.

Khatib afirmó de manera terminante que los aviadores habían hablado sin ocultar nada. Su jefe de escuadrón les había dicho que la aviación aliada había visto camiones militares que entraban y salían de cierto cementerio de automóviles. Esto había dado a los Hijos de los Perros la impresión de que el solar lleno de chatarra ocultaba un depósito de municiones y, en concreto, de obuses con carga de gas venenoso. No lo consideraban de alta prioridad y no creían que tuviera defensas antiaéreas. Por ello solo habían destinado dos aviones a la misión, con otros dos por encima de ellos, para marcar el blanco. No asignaron aviación protectora para suprimir la artillería Triple A porque creyeron que esta no existía. Eso era todo lo que sabían el piloto y el navegante.

El rais hizo una señal con la cabeza al general Farouk Ridha.

—¿Verdadero o falso, *rafeek*?

El hombre que estaba al frente de la artillería y los emplazamientos de misiles SAM respondió:

—Es normal, sayidi rais, que envíen primero los cazas con misiles para atacar las defensas y luego los bombarderos contra el blanco. Siempre lo hacen así. Nunca han utilizado solo dos aviones sin apoyo para un objetivo de alta prioridad.

Saddam meditó en la respuesta, sin que sus ojos negros reflejaran el menor atisbo de lo que estaba pensando. Eso formaba parte del poder que ejercía sobre aquellos hombres, que nunca sabían cómo reaccionaría el presidente.

—Dime, *rafeek* Khatib, ¿existe alguna posibilidad de que esos hombres te hayan

ocultado algo, que sepan más de lo que han dicho?

—No, rais, les hemos... persuadido para que cooperen por completo.

—¿Es ese entonces el final del asunto? —preguntó el rais sosegadamente—. ¿El ataque solo ha sido una desdichada casualidad?

Todos asintieron con la cabeza. Cuando oyeron el grito se quedaron paralizados.

—¡¡Falso!! Todos estáis equivocados.

En un instante la voz volvió a ser un tranquilo susurro, pero ya les había infundido el temor. Sabían que la suavidad de la voz podía preceder a la más terrible de las revelaciones, al más salvaje de los castigos.

—No han visto ningún camión militar. Eso es una excusa, dada a los pilotos por si los capturaban. Hay algo más, ¿no es cierto?

La mayoría de los reunidos estaban sudando, a pesar del aire acondicionado. Siempre había sido así, desde los albores de la historia, cuando el tirano de la tribu llamaba al descubridor de brujas y todos los miembros de la tribu permanecían sentados y temblando, temerosos de que la vara mágica les señalara.

—Existe una conspiración —susurró el rais—. Hay un traidor. Alguien nos ha traicionado y conspira contra mí.

Guardó silencio durante varios minutos, dejando que temblaran. Cuando habló de nuevo, lo hizo dirigiéndose a los tres hombres sentados ante él al otro lado de la sala.

—Quiero que le encontréis. Encontradle y traédmelo. Debe ser castigado por semejantes crímenes. Él y toda su familia.

Dicho esto salió de la estancia seguido por sus guardaespaldas. Los dieciséis hombres que quedaron allí ni siquiera se miraron unos a otros, pues no podían sostener sus miradas. Habría un sacrificio. Nadie sabía a quién iba a tocarle. Cada uno temía por sí mismo, por alguna observación hecha al azar, tal vez ni siquiera eso.

Quince de los hombres se mantenían a distancia del último, el descubridor de brujas, aquel a quien llamaban Al Mu'azib, *el Atormentador*. Él se encargaría de consumir el sacrificio.

También Hassan Rahmani guardaba silencio. No era el momento de mencionar las interceptaciones de radio. Sus operaciones eran delicadas, sutiles, basadas en la detección y las actividades realmente secretas. Lo último que necesitaba era que las botas de la AMAM pisotearan sus investigaciones.

Con el terror metido en el cuerpo, ministros y generales salieron a la noche y regresaron a sus ocupaciones.

—No los guarda en la caja fuerte de su despacho —dijo Avi Herzog, alias Karim, a su controlador, Gidi Barzilai, a la mañana siguiente, mientras tomaban un desayuno tardío.

La reunión se celebraba en un lugar seguro, el piso de Barzilai. Cuando se aseguró de que Edith Hardenberg estaba en el banco, Herzog telefoneó desde una

cabina. Poco después llegó el equipo *yarid*, cuyos miembros «encajaron» a su colega y le escoltaron al lugar de la cita para eliminar toda posibilidad de que le siguieran. Si alguien lo hubiera hecho, se habrían percatado. Esa era la especialidad del equipo.

Gidi Barzilai, con los ojos brillantes, se inclinó sobre la mesa llena de comida.

—Bien hecho, muchacho. Ahora sé dónde no guarda sus códigos. La cuestión es saber dónde los guarda.

—En su mesa de despacho.

—¿Su mesa? Estás loco. Cualquiera puede abrir una mesa.

—¿La has visto?

—¿La mesa de Gemütlich? No.

—Parece que es muy grande y vieja, y muy ornamentada, una verdadera antigüedad. Además, tiene un compartimiento hecho por el ebanista, tan seguro y difícil de encontrar que Gemütlich lo considera más seguro que una caja fuerte. Supone que un ladrón iría a la caja y no se preocuparía de la mesa. Y aunque lo hiciera, nunca encontraría el compartimiento.

—¿Y ella no sabe dónde está?

—No, nunca lo ha visto abierto. Él siempre cierra con llave el despacho cuando tiene que consultar los códigos.

—Es un cabrón astuto. No le habría creído capaz de eso. ¿Sabes?, probablemente hace bien.

—¿Puedo romper ya la relación?

—No, Avi, todavía no. Si estás en lo cierto, has hecho un trabajo brillante. Pero no abandones, sigue actuando. Si desapareces ahora, ella recordará vuestra última conversación, sumará dos y dos y sentirá remordimiento o lo que sea. Sigue con ella y háblale, pero no vuelvas a hacerlo sobre el negocio bancario.

Barzilai reflexionó en su problema. Ningún miembro de su equipo en Viena había visto la caja fuerte, pero existía un hombre que sí la había visto.

Envió un mensaje codificado a Kobi Dror, en Tel Aviv. Poco después recibió al localizador, quien se encerró en una habitación con un dibujante.

El localizador no era hombre de talentos diversos, pero tenía una sola habilidad asombrosa: su memoria fotográfica. Durante cinco horas permaneció sentado con los ojos cerrados y se concentró en la entrevista que había sostenido con Gemütlich, haciéndose pasar por un abogado de Nueva York. Su tarea principal había consistido en buscar dispositivos de alarma en ventanas y puertas, una caja fuerte empotrada en la pared, cables indicadores de almohadillas a presión, en definitiva, todo cuanto constituyera un mecanismo de seguridad. Se había fijado en cada detalle y luego había pasado un informe minucioso. La mesa no le interesó demasiado. Pero semanas más tarde, sentado en una habitación de la avenida del Rey Saúl, era capaz de cerrar los ojos y recordarla a la perfección.

La describió línea tras otra. En ocasiones, el localizador miraba el dibujo, hacía una corrección y seguía rememorando. El artista trabajaba con tinta china y una fina pluma, y una vez completado el dibujo lo coloreó con acuarelas. Al cabo de cinco horas entregó una hoja del mejor papel de acuarela, con una reproducción exacta a color de la mesa que estaba en el despacho de herr Wolfgang Gemütlich en el Winkler Bank de la Ballgasse, en Viena.

El dibujo fue enviado a Gidi Barzilai en la valija diplomática desde Tel Aviv a la embajada israelí en Austria. El agente la recibió al cabo de dos días.

Anteriormente, una comprobación de la lista de *sayanim* en toda Europa reveló la existencia de monsieur Michel Levy, un anticuario del bulevar Raspail de París, afamado como uno de los principales expertos en muebles clásicos del continente.

La noche del 14, el mismo día en que Barzilei recibió el dibujo en Viena, Saddam Hussein volvió a convocar una reunión de ministros, generales y jefes de los servicios secretos.

Una vez más la reunión fue convocada a petición del jefe de la AMAM, Omar Khatib, quien había comunicado la noticia de su éxito por medio del yerno, Hussein Kamil, y de nuevo se celebró en una casa de campo y en plena noche.

Nada más entrar, el rais hizo una seña a Khatib para que informara de sus descubrimientos.

—¿Qué puedo decir, sayidi rais? —El jefe de la policía secreta alzó las manos y las dejó caer en un gesto de impotencia. Era una soberbia representación de humildad—. Como siempre, el rais tenía razón y todos nosotros estábamos equivocados. El bombardeo de Al Qubai no fue, en efecto, un accidente. Existía un traidor y ha sido descubierto.

Se oyeron aduladores murmullos de asombro. El hombre sentado en el sillón acolchado de respaldo recto, de espaldas a la pared sin ventanas, sonrió y alzó las manos para que cesaran los aplausos innecesarios. Y cesaron, aunque no con excesiva rapidez.

La sonrisa del rais decía: «¿Acaso no tenía razón? ¿No la tengo siempre?»

—¿Cómo lo has descubierto, *rafeek*? —le preguntó.

—Mediante una combinación de buena suerte y trabajo de detección —admitió Khatib modestamente—. En cuanto a la buena suerte, sabemos que es un don de Alá, quien siempre sonrío al rais.

Hubo un murmullo de asentimiento en la sala.

—Dos días antes de que atacaran los bombarderos de los Beni Naji —continuó Khatib—, se estableció un control de tráfico en una carretera cercana. Era un control rutinario por parte de mis hombres para pillar posibles desertores o requisar mercancías de contrabando... Se anotaron los números de matrícula. Hace un par de

días los comprobé y vi que la mayor parte de los vehículos eran locales, furgonetas y camiones. Pero había un coche lujoso, matriculado aquí, en Bagdad. Localizamos al propietario, un hombre que podría haber tenido motivos para visitar Al Qubai. Pero una llamada telefónica me cercioró de que no había visitado la instalación. Entonces me pregunté por qué razón estaría en la zona.

Hassan Rahmani asintió. De ser cierto, aquel era un buen trabajo de investigación, algo extraño en Khatib, quien solía confiar en la fuerza bruta.

—¿Y por qué estaba allí? —inquirió el rais.

Khatib hizo una pausa para que la revelación surtiera efecto.

—Para tomar nota a fin de hacer una descripción precisa de la superficie del cementerio de coches, para definir la distancia desde el hito importante más cercano y la orientación exacta con la brújula... Todo lo que una fuerza aérea necesitaría para encontrarlo.

Los reunidos suspiraron al unísono.

—Pero eso vino más tarde, sayidi rais. Primero invité al hombre a reunirse conmigo en el cuartel general de la AMAM para mantener una conversación sincera.

La mente de Khatib retrocedió a la conversación sincera en el sótano del cuartel general de la AMAM en Saadun, Bagdad, ese sótano conocido como el Gimnasio.

Normalmente Omar Khatib hacía que sus subordinados se ocuparan de los interrogatorios y él se limitaba a decretar el nivel de severidad y supervisar el resultado. Pero aquel asunto era tan delicado que él mismo se había encargado de la tarea, prohibiendo a todos los demás que cruzaran la puerta insonorizada.

Del techo de la celda sobresalían dos ganchos de acero, a un metro de distancia uno de otro, de los que pendían dos cortas cadenas fijadas a una barra de madera. Khatib había atado las muñecas del sospechoso a los extremos de la barra, de modo que el hombre colgaba con los brazos separados un metro. Como estos no estaban en posición vertical, la tensión era mucho mayor.

Los pies del hombre estaban a diez centímetros del suelo, con los tobillos atados a otro palo de un metro de largo. La configuración en forma de X del prisionero daba acceso a todas las partes de su cuerpo y, como colgaba en el centro de la habitación, era posible aproximarse a él desde todos los ángulos.

Omar Khatib dejó sobre una mesa lateral la caña de Indias y le rodeó para darle la cara. Los gritos del hombre durante los primeros cincuenta latigazos habían cesado, extinguiéndose hasta quedar reducidos a un balbuceo de súplicas. Khatib le miró a la cara.

—Eres un necio, amigo mío. No te das cuenta de la facilidad con que podrías poner fin a esto. Has traicionado al rais, pero es misericordioso. Todo lo que necesito es tu confesión.

—No, juro... *wa Allah el Adheem*... por Alá el Grande, que no he traicionado a

nadie.

El hombre lloraba como un niño; lágrimas de aflicción corrían por su rostro. Khatib observó que era blando, y se dijo que el interrogatorio no duraría mucho.

—Sí, has traicionado. *Qubth ut Allah...* ¿Sabes qué significa?

—Naturalmente —gimió el hombre.

—¿Y sabes dónde estaba almacenado para su seguridad?

—Sí.

Khatib propinó un rodillazo en los testículos del prisionero. Al hombre le habría gustado encogerse, pero no podía. Vomitó y la viscosa masa se deslizó por su cuerpo desnudo y goteó desde el extremo del pene.

—Sí... ¿qué?

—Sí, sayidi.

—Así está mejor. Y el lugar donde estaba escondido el Puño de Dios... ¿no lo sabían nuestros enemigos?

—No, sayidi, es un secreto.

Khatib alzó la mano y abofeteó al hombre colgado.

—*Manyouk*, sucio *manyouk*. ¿Cómo explicas entonces que esta misma mañana, al amanecer, los aviones enemigos bombardearan y destruyeran nuestra arma?

El prisionero abrió los ojos desmesuradamente. Su sorpresa ahogaba la vergüenza del insulto. En árabe, *manyouk* es el hombre que adopta el papel femenino en un acoplamiento homosexual.

—Pero eso no es posible. Solo unos pocos estaban enterados de la existencia de Al Qubai...

—Pues el enemigo lo sabía. Lo han destruido.

—Lo juro, sayidi, es imposible. No podrían descubrirlo jamás. El hombre que lo construyó, el coronel Badri, camufló perfectamente...

El interrogatorio continuó durante media hora más, hasta su inevitable conclusión.

El propio rais le hizo salir de su ensueño.

—¿Y quién es nuestro traidor?

—El ingeniero, el doctor Salah Siddiqi, rais.

Los reunidos sofocaron una exclamación de asombro. El presidente asintió lentamente, como si hubiera sospechado de aquel hombre desde el principio.

—¿Podría preguntar para quién trabajaba ese desgraciado? —inquirió Rahmani.

Khatib dirigió una mirada virulenta a Rahmani y se tomó su tiempo.

—Eso no lo ha dicho, sayidi rais.

—Pero lo hará, lo hará —dijo el presidente.

—Sayidi rais —murmuró Khatib—. Debo informaros de que al llegar a ese punto de su confesión el traidor falleció.

Rahmani se puso de pie, haciendo caso omiso del protocolo.

—Debo protestar, señor presidente. Esto demuestra una incompetencia asombrosa. El traidor ha de tener una línea de enlace como el enemigo, alguna manera de enviar sus mensajes. Ahora nunca lo sabremos.

Khatib le dirigió una mirada de odio tan intensa que Rahmani, que de muchacho había leído a Kipling en la escuela del señor Hartley, recordó a Krait, la serpiente del polvo que decía siseando: «Ten cuidado, pues soy la muerte».

—¿Qué tienes que decir? —le preguntó el rais.

Khatib se mostró contrito.

—¿Qué puedo decir, sayidi rais? Los hombres que me sirven te quieren como a su padre, qué digo, más todavía. Todos ellos darían la vida por ti. Cuando oyeron esa basura traidora... hubo un exceso de celo.

«Tonterías», pensó Rahmani. Pero el rais asentía lentamente; aquella era la clase de lenguaje que le gustaba escuchar.

—Es comprensible —dijo—. Esas cosas suceden. Y tú, general Rahmani, que criticas a tu colega, ¿has tenido algún éxito?

Todos notaron que el rais no se refería a Rahmani llamándole *rafeek*, camarada. Debería tener cuidado, mucho cuidado.

—En Bagdad existe un transmisor, sayidi rais.

Entonces reveló lo que le había dicho el comandante Zayeed. Pensó en añadir una última frase: «Una transmisión más, si podemos captarla, y creo que tendremos al emisor», pero decidió que eso podía esperar.

—Entonces, puesto que el traidor está muerto —dijo el rais—, estoy en condiciones de revelaros lo que no podía deciros hace dos días. El Puño de Dios no ha sido destruido, ni siquiera enterrado. Veinticuatro horas antes del bombardeo ordené que lo transportaran a un lugar más seguro.

Los aplausos que siguieron tardaron varios minutos en remitir mientras el círculo interno expresaba su admiración por el genio absoluto del líder.

Les dijo que había enviado el artefacto a la Fortaleza, cuyo emplazamiento no tenían necesidad de conocer, y desde la Qa'ala sería lanzado para cambiar el curso de la historia, el día que la primera bota de combate de un soldado americano pisara la sagrada tierra de Irak.

La noticia de que los Tornado británicos no habían alcanzado su verdadero objetivo en Al Qubai trastornó profundamente al hombre conocido tan solo como Jericó. Lo único que podía hacer era levantarse a su pesar y aplaudir al rais con el fervor de todos los demás.

Durante el regreso al centro de Bagdad, en el autobús de ventanillas opacas en que viajaba con los otros generales, permaneció silencioso en el fondo del vehículo, sumido en sus pensamientos.

El hecho de que el artefacto ahora oculto en un lugar llamado Qa'ala, la Fortaleza, del que nunca había oído hablar y cuyo emplazamiento desconocía, pudiera causar innumerables víctimas, le tenía sin cuidado.

Lo que le preocupaba era su propia posición. Durante tres años lo había arriesgado todo, se había expuesto a que le desenmascarasen, a la ruina y a una muerte terrible, por traicionar al régimen de su país. No lo había hecho solo con la intención de amasar una enorme fortuna personal en el extranjero, cosa que probablemente podría haber logrado mediante la extorsión y el robo en el mismo Irak, aun cuando eso también comportara riesgos. Su objetivo había sido el de retirarse al extranjero con una identidad y unos antecedentes nuevos, proporcionados por quienes le pagaban, seguro bajo las alas de estos, a salvo de los vengativos escuadrones asesinos. Había visto el destino de quienes se limitaban a robar y huir. Vivían en constante temor, hasta que un día los vengadores iraquíes los capturaban.

Jericó quería tanto su fortuna como su seguridad, y por eso accedió encantado a que los israelíes cedieran a los americanos su control sobre él. Ellos le cuidarían, cumplirían con el acuerdo y crearían la nueva identidad, lo cual le permitiría convertirse en otro hombre con una nacionalidad distinta, comprarse una mansión a orillas del mar en México y llevar una vida fácil y cómoda.

Ahora las cosas habían cambiado. Si guardaba silencio y el artefacto era usado, creerían que les había mentado. No era así, pero ellos, llevados por la cólera, nunca lo creerían. Contra viento y marea, los americanos bloquearían su cuenta y todo su esfuerzo habría sido en vano. De alguna manera debía advertirles de que se había producido un error. Unos pocos riesgos más y todo habría terminado, Irak habría sido derrotado, el rais depuesto y él, Jericó, estaría fuera de allí, en un país lejano.

En la intimidad de su despacho escribió el mensaje en árabe, como siempre, y en el fino papel que ocupaba tan poco espacio. Explicó lo sucedido en la conferencia de aquella tarde, asegurando que cuando había enviado el mensaje anterior el artefacto estaba, efectivamente, en Al Qubai, tal como había dicho, pero que dos días más tarde, cuando los Tornado atacaron, ya no se hallaba allí, una circunstancia de la que

él no tenía culpa alguna.

Siguió diciendo todo cuanto sabía, que existía un lugar secreto llamado la Fortaleza, que ahora el artefacto estaba allí y que desde la Qa'ala sería lanzado cuando el primer americano cruzara la frontera de Irak.

Poco después de medianoche subió a un coche sin distintivos y se internó en las callejas de la parte vieja de Bagdad. Nadie puso en tela de juicio su derecho a hacerlo, nadie se habría atrevido. Colocó el mensaje en el escondrijo cercano al mercado de frutas y verduras de Kasra, y luego hizo la marca de tiza detrás de la iglesia de San José, en la Zona de los Cristianos. Esta vez la marca era ligeramente distinta. Confiaba en que el hombre invisible que recogía sus mensajes no perdiese tiempo.

Resultó que Mike Martin había salido de la finca del diplomático soviético a primera hora de la mañana del 15 de febrero. La cocinera rusa le había dado una larga lista de verduras frescas, pero iba a serle muy difícil adquirir los productos. La escasez de alimentos no se debía a los campesinos, sino a los problemas del transporte. La mayor parte de los puentes había sido derribada, y la llanura central iraquí es una tierra de ríos que riegan los vastos campos de que se alimenta Bagdad. Como les obligaban a pagar los gastos del transbordador, los agricultores preferían quedarse en casa.

Por suerte Martin inició sus compras en el mercado de especias de la calle Shurja y luego pedaleó alrededor de la iglesia de San José hasta el callejón trasero. Al ver la marca de tiza se sobresaltó.

La marca en aquella pared determinada tenía que ser siempre un ocho de lado, con una sola raya horizontal a través de la intersección de ambos círculos, pero Martin había advertido previamente a Jericó de que, en caso de una verdadera emergencia, la raya única debía ser sustituida por dos cruces pequeñas, una en cada círculo del ocho. Aquel día las cruces estaban allí.

Martin pedaleó velozmente hacia el mercado de verduras de Kasra, esperó hasta que no hubo nadie cerca, se agachó para dar la impresión de que se ataba una sandalia, como hacía siempre, deslizó una mano en el escondrijo y encontró el delgado sobre de siltano. A mediodía estaba de regreso en la finca y explicaba a la airada cocinera que había hecho todo lo posible, pero que las verduras llegarían a la ciudad más tarde que nunca.

Cuando leyó el mensaje de Jericó, comprendió a la perfección por qué el hombre era presa del pánico. Martin redactó un mensaje propio en el que explicaba a Riad los motivos por los que ahora se veía obligado a tomar el asunto en sus manos y decidir personalmente. No quedaba tiempo para celebrar conferencias con Riad ni para un nuevo intercambio de mensajes. Lo peor para él era la revelación por parte de Jericó de que el contraespionaje iraquí conocía la existencia de un transmisor ilegal de

señales «condensadas». No tenía modo de saber cuán cerca estaban de localizarle, pero todo contacto con Riad debía cesar de inmediato. Así pues, tomaría la decisión por su cuenta.

Martin leyó ante el micrófono del magnetófono el mensaje de Jericó, primero en árabe y luego la traducción, añadió su propio mensaje y se dispuso a transmitirlo.

No tenía una «ventana» de transmisión hasta altas horas de la noche... Siempre elegía la noche, cuando los servidores de Kulikov estaban profundamente dormidos. Pero, al igual que Jericó, utilizó un procedimiento de emergencia. En su caso se trataba de un único sonido largo y agudo, en una potencia totalmente distinta, muy alejada de la banda VHF habitual.

Comprobó que el chófer iraquí se encontraba con el primer secretario Kulikov en la embajada, en el centro de la ciudad, y que el criado ruso y su esposa estaban almorzando. Entonces, pese al riesgo de que le descubrieran, colocó la antena cerca de la puerta abierta y envió el silbido.

En el departamento de radio situado en un antiguo dormitorio de la finca del SIS en Riad se encendió una luz. Era la una y media de la tarde. El operador de servicio, que se ocupaba del tráfico normal entre la finca y Century House, en Londres, dejó lo que estaba haciendo, pidió refuerzos a gritos y sintonizó para recibir en la frecuencia diurna de Martin.

El segundo operador asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Que vengan Steve y Simon. Oso Negro va a emitir y es una emergencia.

El hombre se marchó. Martin concedió a Riad quince minutos y entonces procedió a la transmisión principal.

La de Riad no fue la única torre de radio que captó la transmisión. En las afueras de Bagdad otra antena de satélite, que recogía sin cesar la banda VHF, la captó en parte. El mensaje era tan largo que, incluso acortado, duraba cuatro segundos. Los escuchas iraquíes captaron los dos últimos y determinaron la posición del emisor.

En cuanto terminó de transmitir, Martin cerró el equipo y lo escondió bajo las baldosas del suelo. Apenas lo había hecho cuando oyó ruido de pisadas en la grava. Era el criado ruso que, en un acceso de generosidad, había cruzado el jardín para ofrecerle un cigarrillo Balkan. Martin lo aceptó haciendo muchas reverencias y musitando «*Shukran*». El ruso, orgulloso de su talante compasivo, regresó a la casa. «Pobre desgraciado —se dijo—. Qué vida la suya.»

Cuando volvió a quedarse a solas, el pobre desgraciado empezó a escribir en apretada caligrafía árabe en el bloc de papel para correo aéreo que guardaba debajo de su camastro. Mientras lo hacía, un genio de la radio, el comandante Zayeed, examinaba un mapa a gran escala de la ciudad y, especialmente, el distrito de Mansour. Una vez finalizados sus cálculos, los repasó y telefoneó al general de

brigada Hassan Rahmani, que se hallaba en el cuartel general de la Mukhabarat, apenas a quinientos metros del rombo de Mansour que había sido trazado en tinta verde. La cita quedó fijada a las cuatro de la tarde.

En la finca de Riad, Chip Barber iba de un lado a otro de la sala con una hoja de ordenador recién impresa en la mano, jurando como no lo hacía desde que dejara los *marines* treinta años atrás.

—¿Qué diablos cree que está haciendo? —preguntó a los dos funcionarios del servicio secreto británico que estaban con él.

—Es sencillo, Chip —respondió Laing—. Lleva demasiado tiempo en Irak y ha estado sometido a una enorme tensión. Los malos le están cercando. Todo nos indica que debemos sacarle de ahí... ahora mismo.

—Sí, ya sé que es un gran tipo, pero no tiene derecho a hacer esto. Somos nosotros quienes pagamos, ¿recuerda?

—No lo olvidamos —dijo Paxman—, pero es nuestro hombre y está muy lejos de aquí, abandonado a su suerte. Si decide quedarse, es para terminar el trabajo, en beneficio tanto de nosotros como de ustedes.

Barber se tranquilizó.

—Tres millones de dólares... ¿Cómo diablos voy a decir a Langley que ha ofrecido a Jericó otros tres millones de pavos para que esta vez acierte? Ese gilipollas iraquí debería haber acertado la primera vez. Es posible que esté repartiendo las cartas desde el final de la baraja, solo para conseguir más dinero.

—Estamos hablando de un arma nuclear, Chip —dijo Laing.

—Tal vez —gruñó Barber—. Tal vez se trate de una bomba atómica, tal vez Saddam ha conseguido suficiente uranio enriquecido, tal vez lo ha reunido todo a tiempo. Lo único que realmente tenemos son los cálculos de unos científicos y la afirmación de Saddam, si es que ha hecho esa afirmación de veras. Maldita sea, Jericó es un mercenario y podría mentir descaradamente. Los científicos pueden equivocarse, Saddam miente con la misma facilidad con que respira. ¿Qué hemos recibido a cambio de todo ese dinero?

—¿Quiere correr el riesgo? —preguntó Laing.

Barber se dejó caer en una silla.

—No —dijo por fin—, no quiero. De acuerdo, lo arreglaré con Washington. Entonces se lo diremos a los generales, pues tienen que estar al corriente de esto, pero quiero que sepan ustedes una cosa: un día me encontraré con ese Jericó y, si nos está engañando, le arrancaré los brazos y le azotaré los muñones sanguinolentos.

A las cuatro de aquella tarde, el comandante Zayeed fue con sus mapas y cálculos al

despacho de Hassan Rahmani, a quien explicó minuciosamente que había efectuado la tercera triangulación y reducido la zona al rombo trazado en el plano de Mansour. Rahmani lo miró dubitativo.

—Son cien metros de lado —dijo—. Creía que la tecnología moderna era capaz de delimitar estas fuentes emisoras a un metro cuadrado.

—Si consigo una transmisión larga es posible —le explicó el joven comandante armándose de paciencia—. Puedo obtener un haz del receptor de interceptación de menos de un metro de ancho. Al cruzarlo con otra interceptación desde un punto diferente se llega a un metro cuadrado. Pero estas transmisiones son demasiado cortas. Están en el aire y desaparecen en solo dos segundos. Lo máximo que puedo obtener es un cono muy estrecho, con la punta sobre el receptor, que corra a campo través y se ensanche a medida que avance. Tal vez un ángulo de un segundo de grado en la brújula, pero a tres kilómetros de distancia eso se convierte en cien metros. Mire, sigue siendo una zona pequeña.

Rahmani examinó el mapa. El rombo marcado contenía cuatro edificios.

—Vayamos a echar un vistazo —sugirió.

Provistos del mapa, los dos hombres recorrieron Mansour hasta encontrar la zona acotada. Era residencial y muy próspera. Las cuatro residencias eran independientes y se alzaban en terrenos rodeados de muros. Cuando finalizaron su inspección estaba oscureciendo.

—Asáltelas por la mañana —dijo Rahmani—. Acordonaré la zona con tropas, discretamente. Ya sabe lo que está buscando. Vaya con sus especialistas y registre las cuatro casas. Encuentre al espía.

—Hay un problema —dijo el comandante—. ¿Ve esa placa metálica de ahí? Es una residencia de la embajada soviética.

Rahmani reflexionó. No le agradecerían haber originado un incidente diplomático.

—Ocúpese primero de las otras tres —le ordenó—. Si no consigue nada, hablaré con el ministro de Asuntos Exteriores para tener acceso al edificio soviético.

Mientras hablaban, uno de los miembros del personal de la finca del diplomático soviético se encontraba a cinco kilómetros de distancia. El jardinero Mahmoud al Khouri estaba en el viejo cementerio británico, colocando un delgado sobre de siltano en un recipiente de piedra al lado de una lápida descuidada desde hacía mucho tiempo. Más tarde trazó una señal de tiza sobre el muro del edificio de la Unión de Periodistas. Al recorrer por la noche el distrito, observó poco antes de medianoche que la marca de tiza había sido borrada.

Aquella noche tuvo lugar en Riad una conferencia muy privada en un despacho situado dos pisos por debajo del Ministerio de Defensa saudí. Estaban presentes

cuatro generales y dos civiles, Barber y Laing. Cuando terminaron de hablar, los cuatro militares permanecieron en sombrío silencio.

—¿Es absolutamente cierto? —preguntó uno de los americanos.

—No tenemos una prueba concluyente —dijo Barber—, pero creemos que la probabilidad de que la información sea exacta es muy alta.

—¿Por qué está tan seguro? —preguntó el general de la Fuerza Aérea estadounidense.

—Como seguramente ya han supuesto, caballeros, desde hace meses tenemos un agente trabajando para nosotros y situado en las más altas esferas del régimen iraquí.

Hubo una serie de gruñidos de asentimiento.

—No imaginaba que toda esa información sobre los objetivos procedía de las bolas de cristal de Langley —dijo el general de la Fuerza Aérea que aún estaba resentido con la CIA por haber dudado de los éxitos de sus pilotos.

—La cuestión es que hasta la fecha hemos podido comprobar que su información era absolutamente exacta. Si ahora nos miente, es un engaño descomunal. Por otro lado, ¿podemos correr ese riesgo?

Todos guardaron silencio durante varios minutos.

—Hay algo que ustedes pasan por alto —dijo el hombre de la Fuerza Aérea—, y es el lanzamiento.

—¿El lanzamiento? —repitió Barber.

—Exacto. Disponer de un arma es una cosa, y lanzarla sobre el enemigo otra muy distinta. Miren, nadie puede creer que Saddam haya llegado ya a la fase de miniaturización que requiere la tecnología más compleja. Así pues, si tiene ese artefacto no está en condiciones de lanzarlo desde el cañón de un tanque o valiéndose de una pieza de artillería, que tiene el mismo calibre; como una batería de tipo Katyushka o un cohete tampoco le servirían.

—¿Por qué no un cohete, general?

—Por la carga útil —dijo el aviador en tono sarcástico—, la condenada carga útil. Si se trata de un artefacto rudimentario, pesará una media tonelada. Ahora sabemos que los cohetes Al Abeid y Al Tammuz todavía estaban en fase de desarrollo cuando destruimos la instalación en Saad-16. Lo mismo sucedió con los Al Abba y Al Bard. No eran operativos, o bien reventaban o bien su carga útil era demasiado pequeña.

—¿Y qué me dice del Scud? —preguntó Laing.

—Estamos en el mismo caso —respondió el general—. El de largo alcance, llamado Al Hussayn, sigue desintegrándose al reingresar en la atmósfera, y tiene una carga útil de 160 kilos. Incluso el Scud básico proporcionado por los soviéticos tiene una carga máxima de seiscientos kilos. Es demasiado pequeño.

—Pero pueden lanzar la bomba desde un avión —señaló Barber.

El general de la Fuerza Aérea le miró con ceño.

—Caballeros, aquí y ahora les daré mi garantía personal de que en lo sucesivo ni un solo avión iraquí llegará a la frontera. La mayor parte ni siquiera tendrá ocasión de despegar. Los que lo hagan y se dirijan al sur, serán derribados a medio camino de la frontera. Tengo suficientes AWACS y cazas, puedo garantizarlo.

—¿Y la Fortaleza, la plataforma de lanzamiento? —preguntó Laing.

—Un hangar ultrasecreto, probablemente subterráneo, una sola pista que partirá de la entrada. Albergará un Mig, un Mirage, un Sukhoi... equipado y listo para volar. Pero lo cazaremos antes de que llegue a la frontera.

La decisión dependía del general estadounidense sentado a la cabecera de la mesa.

—¿Van a encontrar el depósito de ese artefacto, la llamada Fortaleza? —preguntó en voz baja.

—Sí, señor. En estos momentos lo estamos intentando. Es posible que necesitemos algunos días más.

—Encuéntrelo y lo destruiremos.

—¿Y la invasión dentro de cuatro días, señor?

—Se lo haré saber.

Aquella noche se anunció que la invasión terrestre de Kuwait e Irak había sido pospuesta y tendría lugar el 24 de febrero.

Más tarde los historiadores dieron dos razones alternativas de ese retraso. Una era que los *marines* americanos deseaban modificar su eje de ataque principal unos kilómetros más al oeste, lo cual requeriría movimientos de tropas, transferencia de almacenes y otros preparativos. Eso también era cierto.

Un motivo presentado más adelante por la prensa era que dos piratas informáticos británicos habían accedido al ordenador del Ministerio de Defensa y dislocado gravemente el cotejo de los informes meteorológicos sobre la zona del ataque. La confusión creada impedía elegir el mejor día para iniciar el ataque desde el punto de vista climático.

En realidad, el tiempo fue bueno y despejado entre los días 20 y 24, y desmejoró precisamente cuando comenzó el avance.

El general Norman Schwarzkopf era un hombre corpulento y muy fuerte, tanto física como mental y moralmente. Pero habría sido más, o quizá menos humano si la pura tensión de los últimos días no hubiera empezado a afectarle.

Llevaba casi seis meses trabajando sin interrupción hasta veinte horas diarias. No solo había supervisado la mayor y más rápida concentración militar de la historia — una tarea que por sí misma podría haber abrumado a un hombre menos fuerte—, sino

que se había enfrentado a las complejidades de las relaciones con la sensibilidad de la sociedad saudí, había mantenido la paz cuando una docena de veces las luchas intestinas podrían haber echado a pique la Coalición, y rechazado las interminables intervenciones del Congreso, bienintencionadas pero inútiles y fatigosas.

Y, no obstante, no era todo eso lo que le turbaba el sueño que tanto necesitaba en aquellos últimos días. El origen de sus desvelos era la responsabilidad que suponía estar al frente de tantas vidas jóvenes.

En su pesadilla aparecía el Triángulo, siempre el Triángulo. Era un triángulo rectángulo de terreno, tendido de lado. La base estaba formada por la línea costera que iba desde Khafji, pasando por Jubail, hasta las tres ciudades unidas de Dammam, Al Khoba y Dahrán.

La línea perpendicular del triángulo era la frontera que se extendía al oeste desde la costa, primero entre Arabia Saudí y Kuwait y luego en el desierto, para convertirse en la frontera iraquí.

La hipotenusa era la línea inclinada que unía el último puesto de avanzada occidental en el desierto con la costa en Dahrán.

Dentro de ese triángulo casi medio millón de jóvenes, varones en su mayoría y algunas mujeres, permanecían a la espera de su orden. En un ochenta por ciento las tropas eran estadounidenses. En el este estaban los saudíes, otros contingentes árabes y los marines. En el centro, las grandes unidades blindadas y de infantería mecanizada americanas, y entre ellas la 1.^a División Acorazada británica. En el flanco extremo se hallaban los franceses.

Tiempo atrás la pesadilla había consistido en ver a decenas de millares de jóvenes atravesando las brechas para atacar. Una lluvia de gas venenoso se abatía sobre ellos quitándoles la vida allí mismo, entre los muros de arena y el alambre de espino. Ahora la visión era peor.

Solo una semana antes, cuando contemplaba el triángulo en un mapa de batalla, un oficial de Inteligencia militar había sugerido:

—Es posible que Saddam quiera hacer estallar una bomba atómica en ese sitio.

Norman Schwarzkopf pensó que bromeaba.

Aquella noche el general en jefe trató de conciliar el sueño, pero fue en vano. Siempre el Triángulo. Eran demasiados hombres y muy poco espacio.

En la finca del SIS, Laing, Paxman y los dos técnicos de radio compartían una caja de cervezas traída clandestinamente desde la embajada británica. También ellos habían examinado el mapa y visto el Triángulo. También ellos experimentaban la tensión.

—Una sola bomba, una puñetera bomba, menor incluso que la que se lanzó sobre Hiroshima, que estalle en el aire o en tierra... —musitó Laing.

No era preciso que fuesen científicos. La primera explosión mataría a más de cien

mil jóvenes soldados. Al cabo de unas horas la nube radiactiva, que habría absorbido miles de millones de toneladas de arena del desierto, empezaría a desplazarse, extendiendo un manto de muerte a su paso.

Los barcos que estaban en el mar tendrían tiempo de atrancar las escotillas, pero las tropas terrestres, así como las poblaciones saudíes, estarían desamparadas. La nube se desplazaría hacia el este, ensanchándose al avanzar sobre Bahrein y los campos de aviación aliados, envenenando el mar hasta la costa de Irán, para exterminar a una de las tres especies que, según Saddam Hussein, eran indignas de vivir: los persas, los judíos y las moscas.

—No tiene medios para lanzarla —dijo Paxman—. No dispone de un cohete ni de un avión capaz de hacerlo.

Lejos, al norte, oculto en el Jebal al Hamreem, dentro de la recámara de un cañón que medía 185 metros de largo y con un alcance de mil kilómetros, el Puño de Dios permanecía inerte y dispuesto para cuando le hicieran entrar en acción.

Los inquilinos de la casa de Qasidiya solo estaban despiertos a medias y en absoluto preparados para recibir a los visitantes que llegaron al amanecer. Cuando muchos años antes su propietario la construyera, se alzaba en medio de huertas.

Se hallaba a cinco kilómetros de distancia de las cuatro fincas de Mansour que en aquellos momentos el comandante Zayeed, del servicio de contraespionaje, se disponía a poner bajo vigilancia.

La extensión de los barrios al sudoeste de Bagdad había absorbido la vieja casa, y la nueva autopista de Qasidiya atravesaba los terrenos que en el pasado habían sido plantaciones de melocotoneros y albaricoqueros.

No obstante, era una buena casa, propiedad de un hombre próspero retirado desde hacía largo tiempo, rodeada por un muro y todavía con algunos árboles frutales al fondo del jardín.

Había dos camiones cargados de soldados de la AMAM al mando de un comandante, y no se andaron con cumplidos. Descerrajaron a tiros la puerta del jardín, la abrieron de una patada, derribaron la puerta principal e irrumpieron en la vivienda golpeando al decrepito criado que intentaba detenerles.

Corrieron por la casa, destrozando armarios, arrancando colgaduras, mientras el aterrado anciano propietario trataba de proteger a su esposa.

Los soldados pusieron todo patas arriba y no encontraron nada. Cuando el anciano les suplicó que le dijeran qué querían o buscaban, el comandante le replicó ásperamente que lo sabía perfectamente bien, y la búsqueda continuó.

Después de registrar la casa los soldados examinaron el jardín. En el fondo, cerca

de la pared, vieron tierra removida recientemente. Dos de ellos sujetaron al viejo mientras otros cavaban. El hombre protestaba, diciendo que no sabía por qué la tierra había sido removida y que él no había enterrado nada. Pero los soldados lo encontraron de todos modos.

Era un saco de arpillera, y al vaciarlo vieron que contenía un receptor de radio.

El comandante no sabía nada de receptores de radio ni, de haberlo sabido, le habría importado en absoluto que el modelo de transmisor por el sistema Morse no tuviera nada que ver con el transmisor ultramoderno mediante satélite utilizado por Mike Martin y que seguía bajo el suelo de su choza en el jardín del secretario Kulikov. Para el comandante de la AMAM, las radios eran cosas que usaban los espías, y eso era lo único que importaba.

El anciano dijo entre gemidos que nunca había visto aquel aparato, que alguien debió de entrar en el jardín por la noche para enterrarlo allí, pero le derribaron al suelo con las culatas de sus fusiles e hicieron lo mismo a su mujer cuando gritó.

El comandante examinó el trofeo e incluso le pareció advertir que algunos de los jeroglíficos del saco podían ser caracteres hebreos.

No se llevaron al criado de la casa ni a la mujer, solo al anciano. Tenía más de setenta años, pero se lo llevaron de bruces entre cuatro soldados, cogiéndole de las muñecas y los tobillos, y lo arrojaron a la caja de uno de los camiones como si fuera un saco de higos.

El comandante estaba contento. Había actuado tras recibir una confidencia anónima y cumplido con su deber. Sus superiores estarían satisfechos. Aquel no era un caso para la prisión de Abu Ghraib. Llevó a su prisionero al cuartel general de la AMAM y al Gimnasio, razonando que ese era el único lugar para los espías al servicio de Israel.

Aquel mismo día, 16 de febrero, Gidi Barzilai se hallaba en París, mostrando el dibujo de la mesa a Michel Levy. El viejo anticuario se mostró encantado de ayudarlo. Solo en otra ocasión habían requerido sus servicios, solicitándole que prestara algunos muebles a un *katsa* que trataba de entrar en determinada casa haciéndose pasar por comerciante de antigüedades.

Para Michel Levy, que el Mossad le consultara era un placer y un motivo de excitación, algo que animaba la existencia de un anciano.

—Boulle —dijo.

—Usted perdone —se apresuró a decir Barzilai, creyendo haber sido rudo con él. Había entendido que el anciano le decía *bull*, que en jerga inglesa significa disparate.

—Boulle —repitió el anticuario—. También se escribe Buhl. El gran ebanista francés. Este es, sin la menor duda, su estilo. Claro que no se trata de una obra suya, pues el período es demasiado tardío para él.

—Entonces ¿quién lo hizo?

Monsieur Levy era un hombre de más de ochenta años, con ralos cabellos blancos aplastados sobre el cuero cabelludo arrugado, pero tenía las mejillas sonrosadas y unos ojos brillantes que centelleaban con el placer de estar vivo. Había dicho *kaddish* a muchos miembros de su generación.

—Bueno, a su muerte Boulle cedió su taller a su protegido, el alemán Oeben, quien, a su vez, cedió la tradición a otro alemán llamado Riesener. Yo diría que este mueble es del período de Riesener. Desde luego, es obra de un discípulo, quizá del mismo maestro. ¿Va usted a comprarlo?

Bromeaba, por supuesto, pues sabía que el Mossad no compraba obras de arte. El regocijo intensificaba el brillo de sus ojos.

—Digamos que estoy interesado en esta mesa —replicó Barzilai.

Levy estaba encantado. Tendría ocasión de poner nuevamente en práctica sus traviesos trucos. Nunca sabría en qué consistiría, pero era divertido de todos modos.

—Dígame, ¿estas mesas...?

—Es un *bureau* —le interrumpió Levy—, un escritorio.

—De acuerdo. ¿Tienen estos escritorios compartimientos secretos?

La cosa iba cada vez mejor, era delicioso. Ah, qué excitación.

—Se refiere usted a una *cachette*. Sí, naturalmente. Mire, joven, hace muchos años, cuando era posible desafiar a un hombre y matarle en duelo por una cuestión de honor, una dama que tenía una aventura amorosa debía ser muy, pero que muy discreta. Entonces no había teléfono ni fax ni vídeo. Su amante debía confiar al papel todos sus pensamientos traviesos. Entonces, ¿dónde los ocultaría a su marido?

»No lo haría en una caja fuerte empotrada en la pared, pues no existían, ni en una caja de hierro... su marido le exigiría la llave. Así pues, los miembros de la alta sociedad de la época encargaban muebles con una *cachette*. No lo hacían siempre, sino algunas veces. Tenían que estar muy bien trabajados, ¿sabe usted?, pues de lo contrario serían demasiado visibles.

—¿Cómo puede saber uno si un mueble que... se propone comprar tiene esa *cachette*?

La excitación del viejo anticuario iba en aumento. El agente del Mossad no compraría un escritorio de Riesener, sino que se disponía a abrir el compartimiento secreto de alguno.

—¿Le gustaría ver uno? —preguntó Levy.

Hizo varias llamadas telefónicas y luego salieron de la tienda y tomaron un taxi. Visitaron a otro comerciante. Levy habló con él en susurros y el hombre hizo un gesto de asentimiento y les dejó a solas. Levy le había dicho que si lograba una venta, no recibiría más que una pequeña comisión de intermediario. El comerciante se mostró satisfecho. Las cosas suelen ser así en el mundo de las antigüedades.

La mesa que examinaron se parecía notablemente a la de Gemütlich.

—Bien, el escondrijo no puede ser grande, pues lo detectarían fácilmente al confrontar las medidas externa e interna. Así pues, será estrecho, vertical u horizontal. Probablemente no tendrá más de dos centímetros de anchura y estará oculto en un panel que parece macizo, de tres centímetros de anchura, pero que en realidad está formado por dos finísimas láminas de madera con el escondrijo en el interior. La clave está en el botón de apertura. —Abrió uno de los cajones superiores—. Palpe ahí dentro —le dijo. Barzilai palpó hasta que las yemas de sus dedos tocaron el fondo—. Palpe alrededor.

—No hay nada —dijo el *katsa*.

—En efecto, en este cajón no hay nada —dijo Levy—, pero podría haber un pomo, un pestillo o un botón. Si es un botoncito, lo aprieta; un pomo, lo hace girar; y un pestillo, lo mueve de un lado a otro y observa qué sucede.

—¿Qué debería suceder?

—Un ruido muy tenue; luego, una pequeña pieza de marquetería se proyecta hacia afuera, accionada por unos muelles. Detrás está la *cachette*.

Incluso el ingenio de los ebanistas del siglo XVIII tenía sus límites. Antes de que transcurriera una hora, el señor Levy había enseñado al *katsa* los diez lugares básicos en los que buscar el pestillo secreto que liberaría los muelles para abrir el compartimiento.

—Nunca intente usar la fuerza para encontrarlo —insistió Levy—. De todos modos no lo conseguiría y, además, dejaría huellas en la madera tallada.

Dio un ligero codazo a Barzilai y sonrió. El agente del Mossad le invitó a una buena comida en La Coupole y luego regresó en taxi al aeropuerto para coger el avión que lo llevaría de regreso a Viena.

A primera hora de aquella mañana del 16 de febrero, el comandante Zayeed y su equipo se presentaron en la primera de las tres casas que debían registrar. Las otras dos fueron incomunicadas, se dispuso centinelas en todos los accesos y sus perplejos ocupantes se vieron obligados a permanecer en el interior.

El comandante hizo gala de una cortesía perfecta, pero su autoridad no daba lugar a la menor objeción. Al contrario del equipo de la AMAM, a kilómetro y medio de allí, en Qasidiya, los hombres de Zayeed eran expertos, causaron muy pocos daños permanentes y, por consiguiente, fueron mucho más eficaces.

Empezaron por la planta baja, en busca del acceso a un lugar oculto bajo las losas del suelo, y luego avanzaron a través de la casa, registrando todas las habitaciones, armarios y cavidades.

También registraron el jardín, pero no encontraron nada. Antes de mediodía el comandante se dio por satisfecho, pidió disculpas a los ocupantes de la casa y se

marchó. Empezó a trabajar con la misma minuciosidad en la casa siguiente.

En el sótano del cuartel general de la AMAM, en Saadun, el anciano estaba tendido boca arriba, con las muñecas y la cintura atadas a una maciza mesa de madera y rodeado por los cuatro expertos que le extraerían su confesión. Además de estos se encontraban presentes un médico y el general de brigada Omar Khatib, que en ese momento estaba en un rincón hablando con el sargento Alí.

El jefe de la AMAM era quien decidía las torturas a que debía ser sometido el prisionero. El sargento Alí enarcó una ceja, pues se daba cuenta de que en esa ocasión su mono iba a hacerle realmente falta. Omar Khatib hizo un breve gesto de asentimiento y se marchó. En su despacho le esperaban asuntos que atender.

El anciano seguía asegurando que no sabía nada de un transmisor y que no había salido al jardín desde hacía varios días debido a las inclemencias del tiempo. Sus protestas no interesaban en absoluto a los interrogadores, que le ataron los tobillos a un palo de escoba colocado transversalmente sobre los empeines. Dos de los cuatro hombres le alzaron los pies hasta la posición requerida, con las plantas de cara a la sala, mientras Alí y su otro colega cogían de las paredes los pesados látigos de cordón eléctrico.

Cuando dieron comienzo los azotes, el anciano gritó como lo hacían todos hasta que se le quebró la voz y perdió el conocimiento. Un cubo de agua helada arrojado desde el rincón donde había una hilera de ellos, le hizo volver en sí.

La tortura prosiguió a lo largo de la mañana. De vez en cuando los hombres se tomaban un respiro y se restregaban los músculos de los brazos, fatigados de tanto esfuerzo. Mientras descansaban, arrojaban tazas de salmuera sobre los pies en carne viva del anciano. Una vez superada la fatiga, reanudaban el trabajo.

Entre uno y otro desvanecimiento, el anciano seguía asegurando que ni siquiera sabía manejar un transmisor de radio y que debía de tratarse de un error.

Hacia media mañana la piel y la carne de la planta de ambos pies habían sido arrancadas a latigazos, y los blancos huesos brillaban a través de la sangre. El sargento Alí suspiró e hizo una seña con la cabeza para que cesara aquel procedimiento. Encendió un cigarrillo y saboreó el humo mientras su ayudante usaba una corta barra de hierro para romper los huesos de las piernas del anciano, desde los tobillos hasta las rodillas.

El anciano suplicó al doctor, tratando de convencerle como un médico haría con un colega, pero el médico de la AMAM miraba el techo. Tenía órdenes de mantener al prisionero vivo y consciente.

Al otro lado de la ciudad el comandante Zayeed terminó su registro de la segunda

casa a las cuatro de la tarde, precisamente cuando Gidi Barzilai y Michel Levy se levantaban de la mesa en el restaurante de París. Tampoco esta vez había descubierto nada. Pidiendo corteses disculpas a la aterrada pareja que había visto cómo revolvían sistemáticamente sus pertenencias, salió con su equipo y se dirigió a la tercera y última finca.

En Saadun, el anciano se desvanecía cada vez con mayor frecuencia, y el médico protestó, diciendo a los interrogadores que debían darle tiempo para recuperarse. Preparó una inyección y la aplicó al torrente sanguíneo del prisionero. El efecto fue casi instantáneo; el desgraciado hombre salió de un estado próximo al coma y sus nervios recuperaron toda la sensibilidad.

Cuando las agujas sobre el brasero estuvieron al rojo vivo, las introdujeron lentamente a través del encogido escroto y los testículos desecados.

Poco después de las seis el anciano entró en coma, y esta vez el médico intervino demasiado tarde. Trabajó frenéticamente, el rostro empapado por el sudor del miedo, pero ninguno de los estimulantes, inyectados directamente en el corazón, surtió efecto.

Alí salió de la estancia y regresó cinco minutos después con Omar Khatib. El general de brigada miró el cuerpo y años de experiencia le dijeron aquello para lo que no necesitaba ninguna titulación médica. Se volvió y con la palma abierta descargó una tremenda bofetada sobre el rostro del amedrentado doctor. La fuerza del golpe, tanto como la reputación del hombre que lo había administrado, derribaron al médico al suelo, entre sus jeringas y frascos.

—Cretino —dijo Khatib entre dientes—. Vete de aquí.

El médico recogió su instrumental, lo metió en el maletín y salió a gatas. El Atormentador miró la obra de Alí. Flotaba en el aire el olor dulzón que ambos hombres conocían desde hacía mucho tiempo: una mezcla de sudor, terror, orina, excremento, sangre, vómito y un leve aroma a carne quemada.

—Siguió protestando hasta el final —dijo Alí—. Juro que, si hubiera sabido algo, se lo habríamos sacado.

—Mételo en una bolsa y envíalo a su mujer para el entierro —replicó bruscamente Omar Khatib.

Era un recio saco de lona blanca, de metro ochenta de largo por metro veinte de ancho, y lo arrojaron en el umbral de la casa en Qasidiya a las diez de la noche. Lentamente y con gran dificultad, pues ambos eran mayores, la viuda y el criado alzaron la bolsa, la llevaron adentro y la depositaron sobre la mesa del comedor. La mujer se colocó en la cabecera de la mesa y empezó a exteriorizar su aflicción.

El viejo y aturdido criado, Talat, se dirigió al teléfono, pero había sido arrancado de la pared y no funcionaba. Cogió el listín telefónico de su ama y, como no sabía

leer, fue calle abajo hasta la casa del farmacéutico, a quien pidió que intentara ponerse en contacto con alguno de los jóvenes señores... daba lo mismo con cuál.

A la misma hora, mientras el farmacéutico trataba de efectuar una llamada a través del destrozado sistema telefónico interior de Irak y, en Viena, Gidi Barzilai, redactaba un nuevo telegrama para enviarlo a Kobi Dror, el comandante Zayeed informaba a Hassan Rahmani de la falta de avances en la investigación.

—No estaba allí —dijo al jefe del contraespionaje—. De lo contrario lo habría encontrado. Así pues, tiene que ser la cuarta finca, la del diplomático.

—¿Estás seguro de que no te equivocas? —inquirió Rahmani—. ¿No podría estar en otra casa?

—No, señor. La vivienda más próxima a esas cuatro queda muy alejada de la zona indicada por las franjas cruzadas. La fuente de las transmisiones comprimidas estaba dentro de ese rombo trazado en el mapa. Lo juraría.

Rahmani titubeaba. Era difícilísimo investigar a los diplomáticos, pues siempre estaban listos para correr con una queja al Ministerio de Asuntos Exteriores. Para entrar en la residencia del camarada Kulikov, tendría que recurrir a las más altas instancias.

Cuando el mayor se hubo ido, Rahmani telefoneó al Ministerio de Asuntos Exteriores, y tuvo suerte. El ministro, que desde hacía meses estaba casi siempre de viaje, se encontraba en Bagdad. Más aún, todavía podría hallarlo en su despacho. Rahmani obtuvo una entrevista para la mañana siguiente.

El farmacéutico era un hombre amable y se pasó la noche intentando establecer comunicación. No pudo localizar al hijo mayor, pero, gracias a un contacto en el Ejército, pudo llegar al hijo menor de los dos que tenía su amigo muerto. No pudo hablar personalmente con él, pero el contacto militar le pasó el mensaje.

Al amanecer el hijo menor recibió la noticia en su base, lejos de Bagdad. En cuanto lo supo, el oficial subió a su coche y se dirigió a Bagdad. Normalmente no habría tardado más de dos horas, pero aquel 17 de febrero tardó seis. Había patrullas y controles de carreteras. Su graduación militar le permitió pasar a la cabeza de la cola, mostrar su salvoconducto y seguir adelante.

Eso no le sirvió en los puentes destruidos, y en cada uno de ellos tuvo que esperar el transbordador. Era mediodía cuando llegó a la casa de sus padres en Qasidiya.

Su madre corrió a abrazarle y lloró contra su hombro. Él procuró que le contara los detalles de lo que había sucedido exactamente, pero la mujer ya no era joven y estaba histérica.

Finalmente la cogió en brazos y la llevó a su habitación. Entre el revoltijo de

medicamentos que los soldados habían dejado esparcidos por el suelo del cuarto de baño, encontró un frasco de somníferos que su padre había utilizado cuando el frío invernal despertaba su artritis. Suministró dos píldoras a su madre y esta no tardó en dormir.

En la cocina pidió al viejo Talat que preparase café, y entonces se sentaron a la mesa y el criado le contó lo ocurrido desde el amanecer del día anterior. Luego mostró al hijo de su señor muerto el agujero en el jardín donde los soldados habían encontrado la bolsa. El hijo examinó minuciosamente la pared del jardín y descubrió los rasguños en el lugar por donde el intruso había entrado de noche para enterrarla. Entonces regresó a la casa.

Hassan Rahmani tuvo que hacer antesala, cosa que le desagradaba, pero poco antes de las once consiguió reunirse con el ministro de Asuntos Exteriores, Tariq Aziz.

—Me temo que no acabo de entenderle —dijo el ministro de cabello gris, mirándole fijamente a través de sus gafas redondas—. Las embajadas están autorizadas a comunicarse con sus capitales por radio, y sus transmisiones están codificadas.

—Sí, señor ministro, y proceden del edificio de la Cancillería. Eso forma parte del tráfico diplomático normal. Pero en este caso es diferente. Estamos hablando de un transmisor oculto, como los utilizados por los espías, que envía transmisiones comprimidas a un receptor que sin duda no se encuentra en Moscú sino mucho más cerca.

—¿Transmisiones comprimidas? —preguntó Aziz.

Rahmani le explicó de qué se trataba.

—Todavía no le sigo. ¿Por qué un agente del KGB, y presumiblemente esta es una operación del KGB, enviaría mensajes desde la residencia del primer secretario cuando tienen perfecto derecho a enviarlas con transmisores mucho más potentes desde la embajada?

—Eso no lo sé.

—Entonces tendrá que ofrecerme alguna explicación mejor, general. ¿Tiene usted idea de lo que está ocurriendo fuera de su oficina? ¿Sabe que ayer por la tarde regresé de Moscú tras unas intensas discusiones con el señor Gorbachov y su representante, Yevgeny Primakov, quien estuvo aquí la semana pasada? ¿Sabe que he traído conmigo una propuesta de paz que, si el rais la acepta, y voy a presentársela dentro de dos horas, podría hacer que la Unión Soviética convoque al Consejo de Seguridad y prohíba a los americanos atacarnos?

»Y ante todo eso, en este preciso momento, ¿espera usted que humille a la Unión Soviética ordenando un registro de la casa de su primer secretario? Francamente, general, debe de estar usted loco.

El asunto terminó ahí. Hassan Rahmani salió del ministerio irritado pero impotente. Sin embargo, había una sola cosa que Tariq Aziz no le había prohibido. Dentro de los muros de su casa, Kulikov podía ser inexpugnable. Dentro de su casa podía ser intocable, pero las calles no pertenecían a Kulikov.

—Quiero que la rodeéis —dijo Rahmani a su mejor equipo de vigilancia cuando regresó a su despacho—. Mantened una presencia silenciosa, discreta, invisible, pero quiero una vigilancia total de esa finca. Cuando entren y salgan visitantes, y sin duda los hay, quiero que los sigáis.

A mediodía los equipos de vigilancia habían ocupado sus lugares. Permanecían dentro de coches aparcados bajo los árboles que crecían junto a los cuatro muros que acotaban el terreno de Kulikov, y controlaban ambos extremos de la calle que conducía hasta allí. Otros, más alejados pero comunicados por radio, informarían sobre cualquiera que se aproximara a la finca y seguirían a todo el que saliese de ella.

El hijo menor estaba sentado en el comedor y contemplaba la larga bolsa de lona que contenía el cadáver de su padre. Dejó que las lágrimas corrieran por su rostro y mancharan la chaqueta del uniforme, y pensó en los buenos días de antaño, cuando su padre era un médico próspero, con una clientela numerosa, e incluso atendía a las familias de algunos miembros de la comunidad británica con quienes se había relacionado por intermedio de su amigo Nigel Martin.

Pensó en los tiempos en que él y su hermano jugaban en el jardín de los Martin con Mike y Terry, y se preguntó qué habría sido de estos dos.

Al cabo de una hora observó que ciertas manchas en la lona que cubría a su padre parecían haberse agrandado. Se levantó y fue hasta la puerta.

—Talat.

—Sí, señor.

—Tráeme unas tijeras y un cuchillo de cocina.

A solas en la habitación, el coronel Osman Badri cortó la bolsa de lona por tres de los lados. Entonces retiró la parte superior, revelando el cuerpo completamente desnudo del anciano.

De acuerdo a la tradición, eran las mujeres quienes se ocupaban de aquel trabajo, pero su madre no estaba en condiciones de realizar semejante tarea. Pidió agua y vendas, lavó y limpió el cuerpo torturado, ató los pies rotos, enderezó y vendó las piernas destrozadas y cubrió los genitales ennegrecidos. Lloraba mientras lo hacía y al llorar sentía que algo en su interior cambiaba.

Cuando oscureció llamó al imán del cementerio de Alwazia, en Riasafa, y tomó las disposiciones necesarias para la celebración del funeral a la mañana siguiente.

Aquel domingo 17 de febrero por la mañana, Mike Martin había ido a la ciudad en su bicicleta, pero regresó después de comprar los víveres y examinar los tres muros por si había marcas de tiza. Llegó a la finca poco después del mediodía. Por la tarde estuvo ocupado cuidando del jardín. Kulikov, que no era cristiano ni musulmán y por tanto no dedicaba domingos ni viernes al descanso y al culto divino, estaba en casa, resfriado, y se quejaba del estado de sus rosas.

Mientras Martin trabajaba en los macizos de flores, los equipos de vigilancia de la Mukhabarat se colocaban discretamente en posición más allá del muro. Martin se dijo que Jericó no podría tener noticias antes de un par de días. A la noche siguiente haría un recorrido para comprobar de nuevo si había marcas de tiza.

Poco después de las nueve tuvo lugar el entierro del doctor Badri en el cementerio de Alwazia. En aquellos tiempos había gran actividad en los cementerios de Bagdad y el imán tenía mucho trabajo. Pocos días antes los estadounidenses habían bombardeado un refugio antiaéreo, causando más de trescientos muertos. Los ánimos estaban muy exaltados. Varios deudos de otro funeral cercano preguntaron al silencioso coronel si su pariente había muerto a consecuencia de las bombas americanas. Él se limitó a responder que el fallecimiento se había debido a causas naturales.

Es costumbre musulmana que las exequias se realicen con rapidez, sin un largo período de espera entre la muerte y la inhumación. El cadáver no iba en un ataúd de madera similar a los usados por los cristianos, sino que estaba sencillamente envuelto en tela. Llegó el farmacéutico que sostenía a la señora Badri, y una vez que la breve ceremonia hubo finalizado todos salieron en grupo.

Apenas el coronel Badri se hubo alejado unos metros de la entrada del cementerio, oyó que le llamaban por su nombre. A escasa distancia había una limusina con las ventanillas opacas. La de la puerta trasera estaba abierta a medias. La voz volvió a llamarle.

El coronel Badri pidió al farmacéutico que acompañara a su madre a la casa de Qasidiya. Más tarde se reuniría con ellos. Cuando se hubieron ido, se encaminó hacia el coche. La voz le dijo:

—Por favor, coronel, suba. Tenemos que hablar.

Abrió la puerta y miró el interior. El único ocupante se había retirado al extremo para hacerle sitio. Badri creyó conocer aquel rostro, pero vagamente. Lo había visto en alguna parte. Entró y cerró la puerta. El hombre vestido con un traje gris oscuro apretó un botón y el cristal de la ventanilla subió, aislándoles de los sonidos del exterior.

—Acaba de enterrar a su padre.

—Sí —respondió Badri, preguntándose quién sería aquel hombre. ¿Por qué eludía revelar su identidad?

—Lo que le han hecho ha sido una barbaridad. De haberme enterado a tiempo, podría haberlo impedido. Pero lo he sabido demasiado tarde.

Osman Badri sintió algo parecido a un puñetazo en el estómago. De pronto cayó en la cuenta de quién era su interlocutor; se lo habían señalado un par de años antes, durante una recepción militar.

—Coronel, voy a decirle algo que, si informa usted de ello, causará mi muerte de una manera más terrible que la de su padre.

Badri pensó que solo podía tratarse de una cosa: traición.

—En otro tiempo amé al rais —dijo el hombre en voz baja.

—Yo también —replicó Badri.

—Pero las cosas cambian. Se ha vuelto loco, y en su locura amontona una crueldad sobre otra. Es preciso detenerle. Está usted informado de la Qa'ala, por supuesto.

Badri volvió a sorprenderse, esta vez por el súbito cambio de tema.

—Naturalmente, la construí yo.

—Exacto. ¿Sabe usted lo que alberga ahora?

—No.

El alto funcionario se lo dijo.

—No puede estar hablando en serio —dijo Badri.

—Él habla completamente en serio. Pretende usarlo contra los americanos. Lo que les ocurra a estos puede traernos sin cuidado, pero ¿sabe lo que hará Estados Unidos a su vez? Responderá de la misma manera. En todo Bagdad no quedará piedra sobre piedra. Solo el rais sobrevivirá. ¿Quiere usted tomar parte en ello?

El coronel Badri pensó en el cuerpo que acababa de dejar en el cementerio, sobre el que los sepultureros aún estaban arrojando tierra seca.

—¿Qué quiere usted?

—Hábleme de la Qa'ala.

—¿Por qué?

—Los americanos la destruirán.

—¿Puede enviarles esa información?

—Confíe en mí, existen maneras. La Qa'ala...

Así pues, el coronel Osman Badri, el joven ingeniero que en otro tiempo había querido diseñar sólidos edificios que durasen siglos, como hicieran sus antepasados, se lo dijo al hombre llamado Jericó.

—Deme las coordenadas.

Badri le proporcionó también esos datos.

—Regrese a su puesto, coronel. Estará usted a salvo.

El coronel Badri bajó del coche y se alejó. El estómago parecía darle vueltas, sentía náuseas. Antes de recorrer cien metros empezó a preguntarse una y otra vez qué había hecho. De repente supo que debía hablar con su hermano, aquel hermano mayor que siempre había tenido la cabeza más fría, el sabio consejero.

Aquel lunes, el hombre a quien el equipo del Mossad llamaba el «localizador» regresó a Viena procedente de Tel Aviv. Volvía a ser un prestigioso abogado de Nueva York, provisto de todos los documentos que así lo demostraban.

Aun cuando el verdadero abogado ya no estuviera de vacaciones, se consideraron mínimas las probabilidades de que Gemütlich, que detestaba los teléfonos y aparatos de fax, telefonara a Nueva York para asegurarse. Era un riesgo que el Mossad estaba dispuesto a correr.

Una vez más el localizador se instaló en el Sheraton y escribió una carta personal a herr Gemütlich. Nuevamente pedía disculpas por haber llegado sin previo aviso a la capital austríaca, pero explicaba que le acompañaba el contable de su empresa, y que ambos deseaban efectuar un considerable depósito a nombre de su cliente.

La carta fue entregada en mano al caer la tarde. Al día siguiente, temprano, llegó al hotel la respuesta de Gemütlich, quien los citaba en su despacho a las diez de esa misma mañana.

El localizador, en efecto, no estaba solo. El hombre que le acompañaba era conocido sencillamente con la palabra inglesa *cracksman*, que significa «ladrón de cajas fuertes», y era un experto en apertura de cerraduras.

El Mossad posee en su cuartel general de Tel Aviv una colección prácticamente sin igual de documentos de empresas simuladas, pasaportes falsos, papel comercial con membrete y todo aquello necesario para urdir un engaño; sin embargo, el lugar de honor lo ocupan sus ladrones de cajas fuertes y expertos en cerraduras. La capacidad del Mossad para irrumpir en lugares herméticamente cerrados es proverbial, y su habilidad para el robo con allanamiento estuvo considerada, durante mucho tiempo, como la mejor de todos los servicios secretos. Si un equipo *neviot* hubiera estado detrás del caso Watergate, nadie lo habría sabido jamás.

Tan alta es la reputación de los expertos israelíes en cerraduras que cuando los fabricantes británicos enviaban un nuevo producto al SIS para que lo comentaran, Century House lo pasaba a Tel Aviv. El Mossad, taimado hasta la exageración, lo estudiaba, descubría la manera de abrirlo y lo devolvía a Londres bajo el calificativo de «inexpugnable». El SIS descubrió ese proceder.

La siguiente vez que una empresa cerrajera británica presentó una cerradura especialmente segura, Century House les pidió que se la llevaran y la mantuvieran reservada, pero que proporcionaran otra ligeramente «más fácil» para su análisis. Esta última fue la que enviaron a Tel Aviv. Allí la estudiaron y finalmente lograron abrirla,

y entonces la devolvieron a Londres diciendo que era «imposible de abrir». El SIS aconsejó al fabricante que comercializara la cerradura original.

Esto condujo a un embarazoso incidente un año después, cuando un cerrajero del Mossad se pasó tres horas sudando la gota gorda para abrir una de estas cerraduras en el corredor de una oficina de una capital europea, antes de salir lívido de ira. Desde entonces los británicos han probado sus propias cerraduras y dejado que el Mossad se las apañe como pueda.

El experto en cerraduras enviado por Tel Aviv no era el mejor de Israel sino el segundo. Existía una razón, y era que poseía algo de lo que el número uno carecía.

Gidi Barzilai pasó seis horas de aquella noche informando al joven sobre la obra de Riesener, el ebanista germanofrancés del siglo XVIII, y el localizador le dio una descripción completa de la disposición interior del edificio del Winkler Bank. El equipo de vigilancia *yarid*, por su parte, dio una información detallada de los movimientos del vigilante nocturno, obtenida a partir de las horas y los lugares en que las luces se encendían y apagaban en el banco durante la noche.

Aquel mismo lunes, Mike Martin esperó hasta las cinco de la tarde antes de cruzar con su desvencijada bicicleta el jardín de Kulikov, abrir la puerta trasera y salir a la calle.

Montó y comenzó a pedalear calle abajo en dirección al lugar de donde partía el transbordador; poco tiempo atrás allí mismo se alzaba el puente de Jumhuriya, antes de que los Tornado lo colmaran con sus atenciones.

Al doblar la esquina, y con la finca ya fuera de la vista, se encontró con el primer coche aparcado. Más adelante vio el segundo. Cuando los dos hombres bajaron de este y se colocaron en el centro de la calzada, a Martin se le empezó a tensar el estómago. Volvió la cabeza: otros dos hombres se habían apeado del primer coche y le cerraban el paso impidiéndole retroceder. Siguió pedaleando, consciente de que todo había terminado. No podía hacer otra cosa. Uno de los hombres que estaban delante le señaló el bordillo.

—¡Eh, tú! —le gritó—. Ve ahí.

Se detuvo bajo los árboles que flanqueaban la calle. Del segundo de los vehículos bajaron otros tres hombres con uniforme militar y le apuntaron con sus armas. Mike Martin alzó las manos lentamente.

Aquella tarde, en Riad, los embajadores de Gran Bretaña y Estados Unidos tuvieron una reunión aparentemente informal en el jardín de la embajada británica con la excusa de complacerse con el hábito tan inglés de tomar té con pastas.

También estaban presentes Chip Barber, supuestamente perteneciente al personal de la embajada estadounidense, y Steve Laing, quien le diría a cualquier posible curioso que colaboraba con el agregado cultural de su país. Un tercer invitado, que había hecho una pausa insólita en sus tareas bajo tierra, era el general Norman Schwarzkopf.

Al cabo de un rato los cinco hombres hicieron un aparte en un rincón del jardín, provistos de sus tazas de té. La vida era más fácil cuando todos sabían lo que cada uno hacía realmente para ganarse el pan.

La guerra era el único tema de conversación entre todos los invitados, pero aquellos cinco hombres disponían de una información a la que los demás no podían acceder. Estaban al tanto de las conversaciones mantenidas por Tariq Aziz con el presidente de la Unión Soviética y conocían con lujo de detalles el plan de paz que el ministro iraquí de Asuntos Exteriores había traído de Moscú y presentado a Saddam Hussein. Ese era un tema preocupante, pero por razones diferentes.

Aquel día el general ya había rechazado una sugerencia de Washington sobre la posibilidad de atacar antes de lo planeado. El plan de paz soviético exigía una tregua declarada y la retirada iraquí de Kuwait al día siguiente.

Las autoridades de Washington no conocían estos detalles por Bagdad sino por Moscú. La respuesta inmediata de la Casa Blanca fue que el plan, aunque digno de elogio, no abordaba los temas esenciales. No mencionaba la anulación definitiva por parte de Irak de sus pretensiones de anexionarse Kuwait, no tenía en cuenta los daños inimaginables causados a este país, los quinientos pozos petrolíferos incendiados, los millones de toneladas de crudo vertido en el Golfo para contaminar sus aguas, los doscientos kuwaitíes ejecutados, el saqueo de Kuwait City.

—Colin Powell me dice que el Departamento de Estado apremia a seguir una línea todavía más dura —dijo el general—. Su posición es que se debe exigir una rendición incondicional.

—Claro, quieren estar seguros —murmuró el enviado estadounidense.

—Así pues, les dije que sería preciso que un arabista se ocupara de este asunto.

—¿Ah, sí? —replicó el embajador británico—. ¿Y por qué?

Ambos embajadores eran diplomáticos consumados que llevaban años trabajando en Oriente Medio, y ambos eran arabistas.

—Bueno, esa clase de ultimátum no sirve de nada con los árabes —dijo el

comandante en jefe—. Antes preferirán morir.

El grupo permaneció en silencio. Los embajadores escrutaron el semblante inocente del general en busca de un indicio de ironía.

Los dos jefes de los servicios secretos se mantuvieron callados, pero ambos pensaron lo mismo: «De eso precisamente se trata, mi querido general».

—Vienes de la casa del ruso.

Era una afirmación, no una pregunta. El hombre del servicio de contraespionaje vestía de paisano, pero era sin duda un oficial.

—Sí, *bey*.

—A ver, los papeles.

Martin hurgó en los bolsillos de su túnica y sacó el carnet de identidad y la carta sucia y arrugada que le había entregado el primer secretario Kulikov. El oficial examinó el documento, alzó la vista para comparar las caras y miró la carta.

Los falsificadores israelíes habían hecho un buen trabajo. La cara de expresión ingenua y barba de tres días que miraba a través del sucio plástico era la de Mahmoud al-Khourí.

—Regístradle —ordenó el oficial.

Los otros agentes de paisano deslizaron sus manos por el cuerpo bajo la túnica y luego sacudieron la cabeza. No iba armado.

—Los bolsillos.

Le sacaron de los bolsillos varios billetes y monedas iraquíes, un cortaplumas, trozos de tiza de distintos colores y un sobre de siltano. El oficial le tendió el último objeto.

—¿Qué es esto?

—El infiel lo tiró. Lo uso para guardar el tabaco.

—Pues no contiene tabaco.

—No, *bey*, se me ha terminado. Confiaba en comprar un poco en el mercado.

—Y no me llames *bey*. Eso se terminó cuando acabó el dominio turco. A ver, ¿de dónde eres?

Martin le describió el pueblecito en el lejano norte.

—Es muy conocido por sus melones —añadió amablemente.

—Deja en paz a tus tres veces malditos melones dijo en tono áspero el oficial, quien tenía la impresión de que sus hombres se esforzaban en no sonreír.

Una gran limusina avanzó hasta el final de la calle y se detuvo, a doscientos metros. El oficial de menor graduación tocó con el codo a su superior e hizo un gesto de asentimiento. El jefe se volvió, miró a Martin y le dijo:

—Espera aquí.

Fue al coche y se agachó para dirigirse a alguien a través de la ventanilla trasera.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó Hassan Rahmani.

—Es el jardinero y factótum, señor. Trabaja ahí. Se ocupa de los rosales y hace recados para la cocinera.

—¿Es listo?

—No, señor, es un paleta. Un campesino del interior, procedente de algún melonar del norte.

Rahmani reflexionó. Si detenía a aquel necio, los rusos se preguntarían por qué su servidor no regresaba y eso les pondría sobre aviso. Confiaba en que si fallaba la iniciativa de paz rusa, obtendría permiso para asaltar la casa. Pero si se limitaba a dejar que el hombre completara sus recados y regresara, podría alertar a sus patronos. Según la experiencia de Rahmani, solo existía un idioma que todos los iraquíes comprendían. Sacó su cartera y extrajo cien dinares.

—Dale esto. Dile que termine sus compras y regrese. Que mantenga los ojos abiertos para ver a alguien con un gran paraguas plateado. Si no informa de nuestra presencia y mañana nos cuenta lo que haya visto, será recompensado. Si se lo dice a los rusos, será entregado a la AMAM.

—Sí, mi general.

El oficial cogió el dinero, regresó donde estaba el jardinero y le dio instrucciones sobre lo que debía hacer. El hombre pareció perplejo.

—¿Un paraguas, sayidi?

—Sí, un gran paraguas plateado, o quizá negro, apuntando al cielo. ¿Lo has visto alguna vez?

—No, sayidi —dijo el hombre con expresión entristecida—. Siempre que llueve todos corren adentro.

—Por Alá el Grande —murmuró el oficial—, no es para la lluvia, burro, es para enviar mensajes.

—Un paraguas que envía mensajes —repitió el jardinero lentamente—. Estaré atento por si lo veo, sayidi.

—Sigue tu camino —le dijo el oficial, desesperado—. Y no le cuentes a nadie lo que has visto aquí.

Martin pedaleó calle abajo y pasó junto a la limusina. Cuando se aproximaba, Rahmani se agachó en el asiento trasero. No había necesidad de que el campesino viera al jefe del contraespionaje de la república de Irak.

A las siete Martin descubrió la marca de tiza y a las nueve recogió el mensaje. Lo leyó a la luz de la ventana de un café, que no era eléctrica, pues no había suministro, sino proveniente de una lámpara de petróleo. Tras leer el texto soltó un leve silbido, dobló el papel varias veces y se lo escondió dentro de los calzoncillos.

No podía regresar a la finca de ninguna manera. El transmisor había sido descubierto y enviar otro mensaje equivaldría a una invitación al desastre. Pensó en la estación de autobuses, pero allí había patrullas armadas de la AMAM en busca de

desertores.

Fue al mercado de verduras y fruta de Kasra y encontró un camionero que se dirigía al oeste. El hombre solo iba unos kilómetros más allá de Habbaniyah, y veinte dinares le convencieron de que aceptase un pasajero. Muchos camioneros preferían viajar de noche, pues creían que en la oscuridad los Hijos de los Perros no podrían verlos desde allá arriba, en sus aeroplanos. Por supuesto, ignoraban que, tanto de noche como de día, los destartalados transportes de frutas no eran la máxima prioridad del general Chuck Horner.

Viajaron de noche, utilizando solo la luz corta de los faros, y al amanecer Martin se encontró en la carretera que discurría al oeste del lago Habbaniyah, donde el conductor viró para dirigirse a las ricas granjas del valle del Éufrates superior.

Las patrullas les habían detenido en dos ocasiones, pero en ambas Martin mostró sus documentos y la carta del primer secretario Kulikov, explicando que había trabajado como jardinero para el infiel, pero que este volvía a su país y le había despedido. Comenzó a quejarse de la manera en que le habían tratado los rusos, hasta que los impacientes soldados le dijeron que callara y siguiera su camino.

Aquella noche Osman Badri no estaba lejos de Mike Martin, pues viajaba en la misma dirección, aunque varios kilómetros por delante de él. Se dirigía a la base de cazas cuyo jefe de escuadrón era su hermano mayor, Abdelkarim.

En la década de 1980 el gobierno de Saddam Hussein había contratado los servicios de una empresa constructora belga llamada Sixco para que construyera ocho bases aéreas superprotegidas destinadas a albergar la flor y nata de la aviación militar iraquí.

La principal característica de aquellas bases consistía en que casi todo era subterráneo, incluidos cuarteles, hangares, depósitos de combustible, almacenes de munición, talleres, salas de instrucciones y los grandes generadores diesel que proporcionaban energía.

Las únicas construcciones visibles por encima del suelo eran las pistas, de tres mil metros de largo. Pero como no había a la vista edificios ni hangares, los aliados creyeron que se trataba de aeródromos «desnudos, como el de Al Kharz en Arabia Saudí antes de que llegaran los americanos.

Una inspección más detenida del terreno habría revelado unas puertas de hormigón de un metro de grosor, especialmente diseñadas a prueba de explosiones, colocadas en las rampas que se internaban bajo tierra en los extremos de las pistas. Cada base era un cuadrado de cinco kilómetros de lado, y el perímetro estaba rodeado de alambre de espino. Pero, al igual que Tarmiya, las bases de Sixco parecían inactivas y quedaron fuera de los planes de ataque.

Para operar desde aquellas bases, los pilotos recibían las instrucciones en el subsuelo, subían a los aviones y una vez en las carlingas ponían en marcha los

motores. Las paredes de hormigón no solo servían de protección contra los chorros de escape, sino que desviaban los gases hacia arriba para que se mezclaran con el cálido aire del desierto. Cuando los motores estaban a punto se abrían las puertas que comunicaban con el exterior.

Los cazas corrían por las rampas, salían a la superficie a plena potencia, con los quemadores auxiliares en funcionamiento, se deslizaban como una exhalación por la pista y estaban en el aire en pocos segundos. Incluso para los AWACS era como si aquellos aviones hubieran salido de la nada, y se suponía que realizaban una misión a baja altura que se había iniciado en otra parte.

El coronel Abdelkarim Badri estaba estacionado en una de aquellas bases de Sixco, conocida tan solo como KM 160 porque estaba al lado de la carretera entre Bagdad y Ar Rutbah, 160 kilómetros al oeste de la capital iraquí. Poco después de la puesta de sol, su hermano menor se presentó en el puesto de guardia.

Al ver su graduación, el centinela telefoneó enseguida desde su garita al aposento privado del jefe de escuadrón, y pronto apareció como por arte de magia un jeep que avanzaba ruidosamente por el pedregoso desierto.

Un joven teniente de la Fuerza Aérea escoltó al visitante hasta la base. El jeep descendió por una rampa pequeña, también oculta, hasta el complejo subterráneo.

El teniente dejó el vehículo en un aparcamiento y precedió al visitante a través de largos corredores de hormigón, pasando ante cavernas donde los mecánicos trabajaban en los Mig 29. La atmósfera era limpia, debido a los filtros de aire, y en todas partes se oía el zumbido de los generadores.

Finalmente entraron en la zona de los oficiales y el teniente llamó a una puerta. Tras recibir una orden desde el interior, hizo entrar a Badri en el aposento del comandante de escuadrón.

Abdelkarim se levantó y los hermanos se abrazaron. El mayor, que también ostentaba el grado de coronel, tenía treinta y siete años, era apuesto, de piel oscura y lucía un fino bigote a lo Ronald Colman. Era soltero, pero nunca le faltaban las atenciones femeninas. Su aspecto, sus modales distinguidos, su elegante uniforme y su insignia de piloto eran garantía de ello. Por otro lado, su apostura no era mera fachada. Los generales de la Fuerza Aérea admitían que era el mejor piloto de caza del país, y los rusos que le habían adiestrado en el uso de la joya de la aviación militar soviética, el caza supersónico Mig 29 Fulcro, coincidían en esa apreciación.

—Bueno, hermano, ¿qué te trae por aquí? —le preguntó.

Después de sentarse y tomar un café recién hecho, Osman tuvo tiempo de observar a su hermano mayor. Había fatiga en sus ojos, y en su boca un rictus de tensión que antes no existía.

Abdelkarim no era necio ni cobarde. Había participado en ocho misiones contra americanos y británicos y, aunque por los pelos, había regresado de todas ellas. Había

visto cómo sus mejores colegas eran derribados o sus aparatos hechos añicos por los misiles Sparrow y Sidewinder, y él mismo había esquivado cuatro.

Tras su primer intento de interceptar a los bombarderos americanos, se dio cuenta de que las probabilidades de vencer eran nulas. En su propio bando carecía de información y orientación sobre el paradero del enemigo, así como su número, tipo, altura y rumbo. Los radares iraquíes habían sido destrozados, los centros de control y mando estaban sumidos en el caos y los pilotos carecían de cualquier clase de apoyo.

Peor todavía, los americanos estaban en condiciones de localizar con sus AWACS los aviones iraquíes antes de que ascendieran a mil pies informando a sus propios pilotos de la dirección que debían tomar y lo que habían de hacer para asegurarse la mejor posición de ataque. Abdelkarim Badri sabía que para los iraquíes cada misión de combate era suicida.

No dijo nada de todo esto, y se esforzó por sonreír a su hermano al tiempo que le pedía noticias. Y las noticias borraron la sonrisa de su rostro.

Osman le relató los acontecimientos de las últimas sesenta horas, la llegada de las tropas de la AMAM al amanecer, el registro, el hallazgo de la radio en el jardín, los golpes asestados a su madre y a Talat, la detención de su padre. Le contó que el farmacéutico vecino le había llamado para darle un mensaje y que viajó a casa para encontrarse con el cadáver de su padre sobre la mesa del comedor.

Los labios de Abdelkarim se tensaron en un rictus de cólera cuando Osman le reveló lo que había descubierto al cortar la bolsa de lona que contenía el cuerpo de su anciano padre y cómo le habían enterrado aquella misma mañana.

El hermano mayor se inclinó bruscamente hacia delante cuando Osman le habló de la conversación que había mantenido al salir del cementerio.

—¿Le dijiste todo eso? —inquirió Abdelkarim cuando su hermano hubo terminado.

—Sí.

—¿Significa eso que de verdad construiste esa fortaleza, la Qa'ala?

—Sí.

—¿Y le dijiste dónde está para que pueda informar de ello a los americanos?

—Sí. ¿He obrado mal?

Abdelkarim se quedó un rato pensativo.

—¿Cuántos hombres conocen estas cosas en todo Irak, hermano?

—Seis —respondió Osman.

—Nómbralos.

—El rais, Hussein Kamil, que aportó los fondos y la mano de obra, Amer Saadi, que puso la tecnología. Luego el general Ridha, que proporcionó los artilleros, y el general Musuli, de ingenieros... me propuso para el trabajo. Y yo, el constructor.

—¿Y los pilotos de helicóptero que llevan a los visitantes?

—Tienen que conocer la dirección para poder volar, pero no saben qué hay ahí dentro. Y se les mantiene en cuarentena en una base, no sé dónde.

—¿Cuántos visitantes podrían saberlo?

—Ninguno. Les vendan los ojos antes del despegue y permanecen así durante todo el vuelo.

—Si los americanos destruyen ese *Qubth ut Allah*, ¿de quién crees que sospechará la AMAM? ¿Del rais, de los ministros, los generales... o de ti?

Osman se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué he hecho? —gimió.

—Me temo, hermanito, que nos has destruido a todos.

Ambos conocían las reglas. En casos de traición, el rais no exigía un único sacrificio sino la desaparición de tres generaciones: el padre y los tíos, para que no hubiera más semillas manchadas, los hermanos por la misma razón y los sobrinos para que ninguno, al crecer, llevara a cabo una venganza contra él. Osman Badri se echó a llorar en silencio.

Abdelkarim se puso de pie, levantó a Osman y le abrazó.

—Has hecho bien, hermano, has hecho lo correcto. Ahora debemos hallar el modo de salir de aquí. —Consultó su reloj. Eran las ocho—. Entre aquí y Bagdad —dijo entonces— las únicas líneas telefónicas que hay son las subterráneas que comunican con los mandos de Defensa en sus distintos búnqueres. Pero este mensaje no es para ellos. ¿Cuánto tiempo tardarías en ir a la casa de nuestra madre?

—Tres, quizá cuatro horas —respondió Osman.

—Dispones de ocho para ir allí y volver. Dile a nuestra madre que cargue todos sus bienes en el coche de nuestro difunto padre. Sabe conducir, no muy bien, pero será suficiente. Que se lleve consigo a Talat y vaya al pueblo de este. Buscará refugio en su tribu hasta que uno de nosotros se ponga en contacto con ella. ¿Entendido?

—Sí, puedo estar de vuelta al amanecer. ¿Por qué?

—Antes del amanecer. Mañana dirigiré una escuadrilla de Mig hasta Irán. Ha habido otras anteriormente. Es una absurda treta del rais para poner a resguardo sus mejores cazas. Una tontería, por supuesto, pero podría salvarnos la vida. Vendrás conmigo.

—Creía que el Mig 29 era un monoplaza.

—Tengo un modelo UB; es la versión de adiestramiento y dispone de dos asientos. Te vestirás de oficial de la Fuerza Aérea. Si hay suerte lo conseguiremos. Ahora vete.

Aquella noche, cuando el coche de Osman Badri pasó velozmente por su lado en dirección a Bagdad, Mike Martin caminaba hacia el oeste por la carretera de Ar Rutbah. Ninguno de los dos reparó en el otro. El destino de Martin era el siguiente

cruce fluvial, veinticinco kilómetros más adelante. Una vez allí los camiones tendrían que esperar el transbordador, pues el puente había sido destruido, de modo que ya no había posibilidades de encontrar otro conductor que aceptara llevarle más al oeste a cambio de unos dinares.

De madrugada encontró exactamente lo que buscaba, pero el camión solo pudo llevarle algo más allá de Muhammadi. Allí aguardó de nuevo. A las tres en punto el coche del coronel Badri pasó una vez más por su lado. Martin no le hizo señales y el coche no se detuvo. Era evidente que el conductor tenía prisa. Poco antes del amanecer apareció un tercer camión, el cual salió de una carretera secundaria para acceder a la principal, y se detuvo para recoger al caminante. Martin pagó al conductor con sus ya menguados dinares, agradecido a quienquiera que hubiera tenido la idea de darle el fajo allá en Mansour. Suponía que al amanecer los servidores de Kulikov se quejarían de que habían perdido a su jardinero.

El registro de su choza revelaría el bloc de papel debajo del colchón, curiosa posesión para un analfabeto, y un registro más a fondo daría con el transmisor oculto debajo de las baldosas. Hacia mediodía la caza estaría en marcha; empezaría en Bagdad pero se extendería por todo el país. Para cuando anocheciese, Martin debería hallarse lejos, en pleno desierto, camino de la frontera.

Cuando los Mig 29 despegaron, el camión en que había viajado se hallaba más allá de KM 160.

Osman Badri estaba aterrado, pues detestaba profundamente volar. Una vez en las cavernas subterráneas que componían la base, permaneció a un lado mientras su hermano daba instrucciones a los cuatro pilotos que formarían el resto de la escuadrilla. Abdelkarim les llevaba diez años, ya que la mayoría de los pilotos de su generación habían muerto y aquellos jóvenes no hacía mucho que habían salido de la escuela de adiestramiento. Escucharon con profunda atención a su jefe e hicieron gestos de asentimiento.

Una vez a bordo del Mig, Osman pensó que jamás había oído estruendo semejante, aun cuando la cabina estaba herméticamente cerrada. Los dos turboventiladores soviéticos RD 33 alcanzaron su máxima potencia «en seco». Encogido en la parte trasera de la carlinga, detrás de su hermano, Osman vio que las grandes puertas de hormigón se abrían, accionadas por pistones hidráulicos, y en el fondo de la caverna aparecía un cuadrado de cielo azul claro. El ruido aumentó cuando el piloto puso en marcha el quemador auxiliar, y el caza soviético de dos aletas se estremeció.

Cuando el piloto soltó los frenos, Osman sintió como si una mula le hubiera dado una coz en la rabadilla. El Mig saltó hacia delante, las paredes de hormigón pasaron a toda velocidad, el reactor recorrió la rampa y salió a la luz del alba.

Osman cerró los ojos y se puso a rezar. Cesó el ruido sordo de las ruedas, le

pareció que se deslizaba y abrió los ojos. Estaban en el aire, y el Mig que iba en cabeza trazó un círculo a baja altura sobre KM 160 mientras abajo los otros cuatro reactores emergían con estrépito del túnel. Entonces se cerraron las puertas y la base aérea dejó de existir.

La versión UB del Mig es de adiestramiento, y por ello Osman estaba rodeado de toda clase de relojes, botones, interruptores, palancas y monitores. Su hermano le había dicho que no tocara nada, de lo cual se alegraba.

A mil pies de altura, la escuadrilla de cinco Mig formó una línea escalonada. El comandante del escuadrón, seguido por los cuatro jóvenes pilotos, puso rumbo al sudeste; se mantenía a baja altura, pues de ese modo confiaba en evitar que les detectaran y dejar atrás los alrededores de Bagdad. Así, el rastro de sus Mig pasaría inadvertido a los observadores americanos entre el cúmulo de construcciones industriales y otras imágenes de radar.

El intento por evitar los radares de los AWACS sobre el Golfo era una apuesta de alto riesgo, pero no había otra opción. Sus órdenes eran formales, y ahora Abdelkarim Badri tenía un motivo adicional para llegar a Irán.

La suerte le acompañaba aquella mañana, gracias a una de esas chiripas de la guerra que no deberían ocurrir, pero ocurren. Al final de cada «turno» sobrevolando el Golfo, cada AWACS tenía que regresar a la base y ser sustituido por otro. A eso se le llamaba «cambiar de parada». En ocasiones, cuando esto ocurría, el radar dejaba de funcionar durante unos instantes. El vuelo bajo de los Mig a través del sur de Bagdad y Salman Pal coincidió con una de esas pausas afortunadas.

El piloto iraquí confiaba en que manteniéndose a mil pies podría deslizarse por debajo de cualquier avión americano, pues estos tendían a volar a veinte mil pies e incluso más alto. Quería rodear la población iraquí de Al Kut por el norte, y entonces dirigirse directamente a la seguridad de la frontera iraní en su punto más cercano.

Aquella mañana, a la misma hora, el capitán Don Walker, del Escuadrón Táctico de Cazas 336 con base en Al Kharz, encabezaba una escuadrilla de cuatro Strike Eagle que se dirigía hacia el norte, en dirección a Al Kut, con la misión de bombardear uno de los puentes más importantes sobre el Tigris. Un J-STAR había observado que por aquel puente pasaban tanques de la Guardia Republicana hacia el sur, rumbo a Kuwait.

La mayor parte de las misiones de guerra del 336 habían sido nocturnas, pero el puente al norte de Al Kut era un «arreglo rápido», lo cual significaba que no había tiempo que perder si los tanques iraquíes lo utilizaban para dirigirse al sur. El ataque aéreo de aquella mañana tenía el nombre en clave de «Jeremías dirige». El general Chuck Horner quería que se llevara a cabo de inmediato.

Los Eagle estaban cargados con misiles aire-aire y bombas de una tonelada guiadas por láser. Debido a la posición de los pilones de fijación de las bombas bajo

las alas del Eagle, la carga era asimétrica, pues las bombas de un lado eran más pesadas que los misiles Sparrow en el otro. Esto era coloquialmente conocido como «la carga cabrona». Un control de orientación automático compensaba el desnivel, pero aun así no era la carga que la mayoría de los pilotos preferiría tener bajo sus alas durante un combate enconado.

Mientras los Mig, ahora a quinientos pies de altura, se aproximaban por el oeste, rozando el paisaje, los Eagle venían desde el sur, a 120 kilómetros de distancia.

El primer indicio que Abdelkarim Badri tuvo de su presencia fue un leve gorjeo en los oídos. Su hermano, detrás de él, no sabía de qué se trataba, pero los pilotos sí lo sabían. El Mig de adiestramiento iba en cabeza, y los cuatro pilotos jóvenes se colocaron detrás en formación aproximada de V. También ellos habían oído aquel sonido.

El gorjeo procedía del receptor de advertencia del radar, conocido por sus siglas RAR, y significaba que había otros radares allá arriba, en alguna parte, explorando el cielo.

Los cuatro Eagle tenían sus radares en la posición de «búsqueda», y los haces se extendían por delante de ellos para ver qué había allí. Los receptores de advertencia de radar soviéticos habían captado esos haces y lo indicaban a sus pilotos.

Los Mig no podían hacer nada excepto seguir adelante. A quinientos pies estaban muy por debajo de los Eagle y su rumbo cruzaba la trayectoria proyectada de los aviones americanos.

Al cabo de 97 kilómetros el gorjeo en los oídos de los pilotos iraquíes aumentó hasta convertirse en un pitido agudo, lo cual significaba que los RAR les decían: «Alguien ahí fuera ha dejado de buscarte y ahora te persigue.»

Detrás de Don Walker, su «mago» Tim advertía que el radar dejaba de efectuar un suave barrido de un lado a otro, y pasaba al modo de persecución, estrechando sus haces y concentrándose en lo que había encontrado.

—Tenemos cinco aparatos sin identificar, altura diez —musitó el «mago», y conectó el IFF. Los otros tres «magos» de la escuadrilla le imitaron.

IFF son las siglas correspondientes a la expresión «identificación, amigo o enemigo», y se llama así a una especie de radiofaro de respuesta que tienen incorporado todos los aviones de combate. Ese aparato envía una pulsación en ciertas frecuencias que se cambian a diario. Los aviones del bando propio recibirán ese impulso y contestarán «Soy amigo», pero la aviación enemiga no puede hacerlo. Las cinco indicaciones visuales en la pantalla de radar que cruzaban la trayectoria de los Eagle a varios kilómetros por delante y cercanos al suelo podrían haber sido cinco «amigos» que regresaban de una misión. Era más que probable, pues en los cielos había mucha más aviación aliada que iraquí.

Tim interrogó a los aparatos no identificados con los modos uno, dos y cuatro. No

obtuvo respuesta.

—Son hostiles —informó.

Don Walker movió los interruptores de los misiles, estableciendo la conexión con el radar, musitó «ataque» a los otros tres pilotos, inclinó el morro de su aparato y descendió.

Abdelkarim Badri estaba en desventaja y lo sabía. Lo supo desde el mismo momento en que los americanos le detectaron con sus radares. Lo supo sin necesidad de que el IFF le informara de que aquellos otros aviones no podían ser de ninguna manera iraquíes. Sabía que habían sido descubiertos por la aviación enemiga y que sus jóvenes colegas no darían la talla.

Su propia desventaja radicaba en el Mig que pilotaba. Como era la versión de adiestramiento —el único modelo con dos asientos—, no había sido destinado al combate.

Mientras que el Mig monoplaza tenía radares de barrido circular para orientar sus misiles, la versión de adiestramiento disponía de un radar sencillo de alcance, cuyo uso no era en absoluto operativo y que apenas si proporcionaba al coronel de aviación un barrido de sesenta grados desde el morro. Sabía que alguien le perseguía, pero no podía ver al enemigo.

—¿Qué tienes? —gritó a su piloto de flanco.

—Cuatro hostiles, altura tres, bajando rápido —respondió el joven piloto con voz entrecortada, evidentemente asustada.

Así pues, la apuesta había fracasado. Los americanos se acercaban rápidamente desde el sur, decididos a destruirles.

—¡Dispersaos, bajad, usad los quemadores auxiliares, dirigíos a Irán! —les gritó Abdelkarim.

Los jóvenes pilotos no necesitaron que insistiera. Los quemadores auxiliares entraron en acción y de los reactores de cada Mig salió una llamarada; los cazas rebasaron la barrera del sonido y casi duplicaron su velocidad.

A pesar del enorme incremento en el consumo de combustible, los Mig monoplaza podían mantener sus quemadores auxiliares en funcionamiento el tiempo suficiente para huir de los americanos y llegar a Irán. Su ventaja inicial sobre los Eagle significaba que estos nunca les darían alcance aunque utilizaran los quemadores auxiliares.

Abdelkarim Badri no tenía esa opción. Al construir la versión de adiestramiento, los ingenieros soviéticos no solo la habían dotado de un radar más sencillo, sino que para compensar el peso adicional que suponía el estudiante, y su carlinga, habían reducido considerablemente la capacidad de los depósitos de combustible.

El coronel de aviación llevaba bajo las alas depósitos de combustible para largas distancias, pero aun así serían insuficientes. Tenía cuatro opciones. No tardó más de

dos segundos en examinarlas.

Podía utilizar el quemador auxiliar, huir de los americanos y regresar a la base iraquí, donde sería detenido y, más tarde o más temprano, entregado a la AMAM para que acabaran con él después de torturarlo.

Utilizando el quemador auxiliar también podría continuar hacia Irán. Eludiría a los Eagle, pero el combustible se le terminaría poco después de cruzar la frontera. Cuando él y su hermano saltaran en paracaídas, caerían entre tribus persas que durante la guerra entre Irán e Irak habían sufrido los efectos devastadores de la aviación iraquí.

El quemador auxiliar le permitiría asimismo volar hacia el sur, tras huir de los Eagle, y entrar en Arabia Saudí, donde le harían prisionero. No le pasaba por la mente que le trataran de una manera humanitaria.

Recordó unos versos de antaño, pertenecientes a un poema que había aprendido en la clase del señor Hartley, en la Bagdad de su infancia. ¿Eran de Tennyson o de Wordsworth? No, de Macaulay, y se referían a un hombre en los últimos momentos de su vida. Recordó haberlos leído en clase en voz alta.

*A todo hombre en este mundo
antes o después le llega la muerte.
¿Y cómo puede morir mejor
que enfrentado a temibles peligros,
por las cenizas de sus padres
y los templos de sus dioses?*

El coronel Abdelkarim Badri accionó el quemador auxiliar, viró al tiempo que elevaba el Mig Fulcro y se dirigió al encuentro de los americanos.

En cuanto hubo virado su radar de alcance registró la proximidad de los cuatro Eagle. Dos se habían separado de la formación y volaban al encuentro de los Mig monoplaza que huían, todos ellos con los quemadores auxiliares en funcionamiento y superando la velocidad del sonido.

Pero el líder de los americanos se dirigía en línea recta hacia él. Cuando el Fulcro adquirió velocidad supersónica, Badri advirtió que el avión se estremecía, entonces ajustó una fracción la palanca de mando y fue hacia el Eagle que bajaba en picado delante de él.

—Dios mío, viene directo hacia nosotros —dijo Tim desde el asiento trasero.

Walker no necesitaba que se lo dijera. Su propia pantalla de radar le mostraba las cuatro señales indicadoras de los aviones iraquíes que huían a Irán y el brillo del único caza enemigo que ascendía hacia él para atacarle. El telémetro corría como un despertador descontrolado. A cincuenta kilómetros se lanzaban uno contra el otro a la velocidad máxima de 3.300 kilómetros por hora. Aún no podía ver físicamente al Fulcro, pero no tardaría en localizarlo.

En el Mig, el coronel Osman Badri estaba totalmente confuso. No había entendido nada de lo ocurrido. La repentina sacudida al conectar el quemador auxiliar había vuelto a golpearle en la espalda, y el giro de siete-G le había hecho perder el conocimiento durante unos segundos.

—¿Qué ocurre? —gritó a través de su mascarilla, sin darse cuenta de que el micrófono estaba desconectado y su hermano no podía oírle.

Don Walker tenía el pulgar apoyado sobre los controles de los misiles. Dos eran sus alternativas: el Sparrow AIM-7 de alcance mayor, guiado por radar desde el mismo Eagle, o el Sidewinder AIM-9, de alcance más corto, que buscaba el calor. Pudo verlo a 25 kilómetros de distancia; era un puntito negro que avanzaba hacia él. Las aletas gemelas mostraban que se trataba de un Mig 29 Fulcro, posiblemente uno de los mejores cazas de interceptación del mundo si estaba en buenas manos. Walker desconocía que se enfrentaba a la versión UB de adiestramiento y que carecía de armas. Lo que sabía era que podía llevar el misil soviético AA-10 de alcance tan largo como su propio AIM-7. Por eso eligió los Sparrow.

A 20 kilómetros de distancia procedió al lanzamiento de dos Sparrow. Mientras volaban, los misiles recogían la energía de radar reflejada por el Mig y se dirigían obedientemente hacia ella.

Abdelkarim Badri vio que los misiles abandonaban el Eagle con un destello; le quedaban unos pocos segundos de vida a menos que consiguiese obligar al americano a suspender la acción. Tiró de una palanca en el suelo del avión, a su izquierda.

Don Walker se había preguntado a menudo cómo sería, y ahora lo sabía. Percibió un destello en la parte inferior de las alas del Mig. Fue como si una mano fría le aferrase las entrañas. Una gélida sensación de miedo se apoderó de él: otro hombre le había lanzado un par de misiles y ahora se enfrentaba a una muerte segura.

Dos segundos después de haber lanzado los Sparrow, Walker deseó haber elegido los Sidewinder. El motivo era simple: estos últimos eran misiles de los que uno disparaba y podía olvidarse de ellos, pues eran capaces de encontrar el blanco dondequiera que el Eagle se encontrase. En cambio, los Sparrow necesitaban que el Eagle los guiara. Si ahora abandonaba los misiles sin orientarlos, se volverían «estúpidos», desplazándose erráticamente por el cielo hasta caer inocuos a tierra.

Estaba a punto de suspender la acción cuando vio que los «misiles» lanzados por el Mig caían hacia el suelo. Observó con incredulidad que no eran cohetes en absoluto, sino que el piloto iraquí le había engañado soltando los depósitos de combustible que transportaba bajo las alas. Al caer, los recipientes de aluminio habían brillado por efecto del sol matinal y Walker había tomado ese resplandor por un par de misiles. De modo que él, Don Walker, de Tulsa, Oklahoma, a punto había estado de morder el anzuelo.

En el Mig, Abdelkarim comprendió que el americano no iba a suspender la

acción. Había puesto a prueba el valor de aquel hombre, y había perdido. En el asiento trasero, Osman Badri había encontrado el botón de transmisión. Miró por encima del hombro y vio que estaban subiendo, ya a miles de pies por encima del suelo.

—¿Adónde vamos? —gritó. Lo último que oyó fue la voz de Abdelkarim, totalmente sosegada.

—Ala paz, hermano mío. A saludar a nuestro padre. *Allah o Akbar*.

En aquel momento Walker observó la explosión de los dos Sparrow, como grandes peonías de llamas rojas, a cinco kilómetros de distancia, y luego vio los fragmentos del caza soviético que caían a tierra. Notó los regueros de sudor que le corrían por el pecho.

Su piloto de flanco, Randy Roberts, que se había mantenido por encima y detrás de él, apareció junto a la punta de su ala derecha, la mano enguantada de blanco alzada y con el pulgar hacia arriba. Él respondió de la misma manera, y los otros dos Eagle, tras abandonar su infructuosa persecución de los Mig restantes, ascendieron raudamente para colocarse de nuevo en formación y proseguir su avance hacia el puente sobre Al Kut.

En el combate entre cazas la velocidad de los acontecimientos es tal, que toda la acción, desde la primera señal de seguimiento del radar hasta la destrucción del Fulcro, solo había durado 38 segundos.

A las diez en punto de la mañana, el localizador estaba en el Winkler Bank, acompañado por su «contable». El hombre más joven iba provisto de un maletín que contenía cien mil dólares en metálico.

El dinero era, en realidad, un préstamo temporal conseguido por el *sayan* dedicado a la banca, quien se sintió muy aliviado cuando le dijeron que simplemente sería depositado en el Winkler Bank durante algún tiempo, y luego lo retirarían y se lo devolverían.

Al ver el dinero, herr Gemütlich se mostró encantado. No habría estado tan entusiasmado de haber observado que los dólares ocupaban solo la mitad de la anchura del maletín, y le habría horrorizado ver lo que había debajo del fondo falso.

Nada más discreto que relegar al contable a la antesala de *fräulein* Hardenberg mientras el abogado y el banquero se ocupaban de los códigos operativos confidenciales de la nueva cuenta. El joven entró luego para hacerse cargo del recibo, y a las once la operación había finalizado. Herr Gemütlich pidió al conserje que acompañara a los visitantes hasta la salida.

Mientras bajaban la escalera, el contable susurró algo al oído del abogado americano, y este lo tradujo al conserje. El hombre hizo una breve inclinación de cabeza, detuvo el viejo ascensor con puerta de reja en el entresuelo y los tres salieron.

El abogado señaló a su colega la puerta del servicio de caballeros y el contable entró. El abogado y el conserje permanecieron en el rellano.

En aquel momento llegó a sus oídos el sonido de un alboroto en el vestíbulo, claramente audible debido a que este estaba muy cerca, a seis metros de pasillo y quince escalones de mármol de distancia.

Musitando una excusa, el conserje avanzó a grandes zancadas por el corredor hasta que pudo ver el vestíbulo desde lo alto de la escalera. Lo que vio le hizo bajar a toda prisa los escalones de mármol para solventar el asunto.

La escena era escandalosa. De alguna manera tres camorristas borrachos habían entrado en el vestíbulo y hostigaban a la recepcionista, pidiéndole dinero para más bebida. La mujer diría más tarde que con el argumento de que era el cartero, la habían engañado para que abriera la puerta.

Lleno de indignación, el conserje trató de echar a los gamberros. Nadie reparó en que uno de ellos, al entrar, había dejado caer un paquete de tabaco junto a la jamba de la puerta y en que esta, que normalmente se cerraba de manera automática, ahora permanecía entreabierta.

Tampoco observó nadie, en medio del alboroto, que un cuarto hombre entraba en el vestíbulo a gatas. Cuando se puso de pie, el abogado de Nueva York, que había seguido al conserje hasta el vestíbulo, se acercó a él.

Permanecieron de pie a un lado mientras el conserje empujaba a los tres alborotadores a la calle, que era donde les correspondía estar. Cuando se volvió, el empleado del banco vio que el abogado y el contable habían bajado del piso principal. Deshaciéndose en disculpas por el desagradable incidente, les acompañó hasta la puerta.

Una vez en la calle, el contable exhaló un profundo suspiro de alivio.

—Espero no tener que repetir una cosa así —comentó.

—No te preocupes —le dijo el abogado—. Lo has hecho muy bien.

Hablaron en hebreo, pues el supuesto contable no conocía otro idioma. En realidad era un cajero de banco de Beershe'eva, y la única razón por la que se encontraba en Viena, en su primera y última misión secreta, era que se trataba del hermano gemelo del experto en cerraduras, quien en aquellos momentos estaba escondido en el armario de limpieza, en el entresuelo. Allí permanecería durante doce horas.

Mike Martin llegó a Ar Rutbah por la tarde. Había tardado veinte horas en cubrir una distancia que normalmente no habría requerido más de seis en coche.

En las afueras de la población encontró un pastor con un rebaño de cabras. Para desconcierto y alegría del hombre, Mike le compró cuatro de ellas con los dinares que le quedaban, pagándole al doble del precio que el pastor habría obtenido en el

mercado.

Las cabras parecían contentas de adentrarse en el desierto, aun cuando ahora llevaban roncales. Difícilmente podría haberse esperado de ellas que entendieran que su única finalidad era explicar por qué Mike Martin erraba por el desierto al sur de la carretera bajo el sol de la tarde.

Su problema era que no tenía brújula, pues esta se había quedado con el resto de su equipo bajo las baldosas de una choza en Mansour. Guiándose por el sol y su reloj barato, determinó lo mejor que pudo el rumbo desde la torre de radio en el pueblo hasta el *uadi* donde estaba enterrada su motocicleta.

Era una caminata de ocho kilómetros, y a causa de las cabras la realizó más lentamente de lo que habría deseado, pero valía la pena tenerlas porque en un par de ocasiones vio soldados que le miraban desde la carretera hasta que se perdió de vista. No obstante, los soldados le dejaron en paz.

Poco antes de que anocheciera encontró el *uadi*, al que identificó por las incisiones en las rocas cercanas. Antes de ponerse a cavar esperó a que oscureciese por completo, y entretanto descansó. Las felices cabras se diseminaron.

Seguía allí, envuelta en su bolsa de plástico. Era una alta y delgada motocicleta de motocross Yamaha de 125 cc, totalmente negra y con cestos para los depósitos de combustible adicionales. La brújula enterrada también estaba allí, junto con el revólver y la munición.

Durante muchos años el SAS prefirió la Browning de trece disparos, pero luego cambió al Sig Sauer suizo de 9 mm. Metió el pesado revólver en la pistolera que llevaba colgada a la cintura. En lo sucesivo ya no podría fingir, pues ningún campesino iraquí montaría semejante máquina en aquellos parajes. Si le interceptaban, tendría que disparar y huir.

Viajó durante la noche, y efectuó el recorrido en mucho menos tiempo del que habían empleado los Land Rover. Con la motocicleta de motocross podía acelerar a través de las zonas llanas y cruzar los rebordes rocosos de los *uadis*.

A medianoche repostó, bebió agua y tomó unas raciones K de los paquetes que aún conservaba. Luego siguió avanzando hacia el sur en dirección a la frontera saudí.

Nunca supo cuándo cruzó la frontera. Todo era un desierto amorfo de rocas y arena, grava y guijarros, y dado el rumbo zigzagueante que había tenido que seguir, era imposible calcular cuántos kilómetros había recorrido.

Esperaba darse cuenta de que ya se encontraba en Arabia Saudí cuando llegase a la carretera del Oleoducto, la única que hay en aquellos parajes. El terreno se hizo más transitable y Mike conducía a treinta kilómetros por hora cuando vio el vehículo. De no haber estado tan fatigado, habría reaccionado más rápidamente, pero el cansancio le mantenía en una especie de semisopor y sus reflejos eran lentos.

La rueda delantera de la moto chocó contra el alambre extendido y Mike salió

despedido y dio varias vueltas hasta quedar tendido boca arriba. Cuando abrió los ojos vio la figura de un hombre de pie a su lado y un brillo metálico a la luz de las estrellas.

—*Bouge pas, mec.*

Aquello no era árabe. Estaba exhausto, pero trató de hacer un esfuerzo. Recordaba algo, mucho tiempo atrás... Sí, en Haileybury, algún desdichado profesor que intentaba enseñar las complejidades de la lengua de Corneille, Racine y Molière.

—*Ne tirez pas* —dijo lentamente—. *Je suis anglais.*

Solo hay tres sargentos británicos en la Legión Extranjera francesa, y uno de ellos se llama McCullin.

—¿De veras? —replicó este en inglés—. Muy bien, será mejor que muevas el culo hasta el camión. Y, si no te importa, me quedaré con ese revólver.

La patrulla de la Legión estaba muy al oeste de la posición que le había sido asignada en la línea aliada, y se dedicaba a vigilar la carretera del Oleoducto por si entraban posibles desertores iraquíes. Con el sargento McCullin como intérprete, Martin explicó al teniente francés que había realizado una misión en el interior de Irak.

Eso era muy aceptable para la Legión, pues trabajar detrás de las líneas era una de sus especialidades. La buena noticia fue que disponían de un transmisor de radio.

Durante el martes el experto en cerraduras aguardó pacientemente en la oscuridad del armario de las escobas hasta bien entrada la noche. Oyó entrar en el lavabo, hacer sus necesidades y salir a varios miembros masculinos del personal. A través de la pared oía en ocasiones el chirrido del ascensor que subía al último piso y luego bajaba. Se sentó en su maletín, con la espalda contra la pared, y la esfera fosforescente de su reloj le fue indicando el paso de las horas.

Entre las cinco y media y las seis de la tarde oyó pasar al personal hacia el vestíbulo y la salida. Sabía que a las seis llegaría el vigilante nocturno y el conserje, que por entonces habría comprobado la salida de todo el personal de acuerdo con su lista diaria, le abriría la puerta.

Cuando poco después de las seis el conserje se marchara, el vigilante nocturno cerraría la puerta principal y conectaría las alarmas. Entonces se instalaría ante el televisor portátil que traía consigo todas las noches y vería los concursos hasta que fuese la hora de su primera ronda.

Según el equipo *yarid*, la supervisión se extendía incluso al personal de limpieza. Las noches de los lunes, miércoles y viernes se encargaban de las escaleras, lavabos y vestíbulos comunes, pero la noche del martes el *cracksman* no tendría ese impedimento. El sábado acudían a limpiar los despachos particulares, vigilados por el conserje, que permanecía con ellos en todo momento.

La rutina del vigilante nocturno era, aparentemente, siempre la misma. Efectuaba tres rondas por el edificio —a las diez de la noche, las dos y las cinco de la madrugada—, y en cada una de ellas comprobaba todas las puertas.

Entre el inicio de su turno y la primera ronda, miraba la televisión y se comía la cena que había llevado preparada. En la pausa más larga, entre las diez y las dos, descabezaba un sueño, no sin antes poner en hora un despertador que le avisaría cuando fuesen las dos de la madrugada. El experto en cerraduras se proponía llevar a cabo su misión durante esa pausa.

Ya había visto el despacho de Gemütlich y su importante puerta. Esta era de madera maciza y, al contrario de la ventana, no tenía ninguna alarma conectada, lo cual era una suerte. También había observado el leve contorno de dos alarmas de presión entre el parquet y la alfombra.

A las diez en punto oyó el ruido sordo del ascensor que subía; era el vigilante nocturno que se disponía a iniciar su ronda desde el piso superior y bajando a pie piso tras piso.

Media hora después el viejo guardián había terminado. Asomó la cabeza al lavabo de caballeros, encendió la luz para examinar la ventana con alarma conectada, cerró la puerta y regresó a su mesa en el vestíbulo. Allí se puso a ver uno de los últimos concursos televisivos.

A las once menos cuarto el *cracksman*, al amparo de la oscuridad absoluta, salió del lavabo de caballeros y subió sigilosamente las escaleras hasta el cuarto piso.

Tardó quince minutos en abrir la puerta del despacho de herr Gemütlich. El último pestillo de la cerradura de cuatro palancas cedió, y el intruso entró en la estancia.

Aunque en la cabeza llevaba una cinta que sostenía una pequeña linterna, utilizó una linterna más grande para examinar la habitación. Gracias a su luz pudo evitar las dos alarmas de presión y aproximarse a la mesa. Entonces apagó la linterna grande y reanudó su trabajo a la luz de la pequeña.

Los cerrojos de los tres cajones superiores no presentaron ningún problema, pues eran pequeños artilugios de latón con más de un siglo de antigüedad. Tras extraer los tres cajones, metió la mano y empezó a palpar en busca de un pomo, botón o palanca, pero no encontró nada. Por fin, al cabo de un rato, dio con él en el fondo del tercer cajón, abajo a la derecha. Era una palanquita de latón que no tenía más de dos centímetros de longitud. Al empujarla, oyó un leve chasquido y una franja de taracea en la base de la columna se abrió un centímetro.

La bandeja que había en el interior era muy somera, medía unos dos centímetros, pero bastaba para contener veintidós hojas de papel fino, cada una de las cuales era una réplica de la carta de autorización imprescindible para operar las cuentas confiadas a Gemütlich.

El intruso sacó su cámara y un afianzador, un dispositivo formado por cuatro patas de aluminio plegables que mantiene la cámara, previamente enfocada, exactamente a la distancia precisa del papel situado debajo de ella, a fin de obtener una exposición altamente definida.

La primera hoja del rimero describía el método operativo de la cuenta abierta la mañana anterior por el localizador a nombre del ficticio cliente estadounidense. La que a él le interesaba era la séptima. Conocía el número porque el Mossad había transferido dinero a la cuenta de Jericó durante dos años antes de que les sustituyeran los americanos.

Como medida de precaución, las fotografió todas. Tras volver la *cachette* a su estado original, volvió a colocar y cerrar todos los cajones que había abierto, salió del despacho y cerró la puerta. A la una y diez minutos estaba de regreso en el armario de las escobas.

A la mañana siguiente, cuando el banco abrió, el experto en cerraduras dejó que el ascensor subiera y bajara durante media hora, pues sabía que el conserje nunca escoltaba al personal a su oficina. El primer visitante se presentó a las diez menos diez. Cuando el ascensor pasó por el entresuelo, el *cracksman* salió del lavabo, caminó de puntillas hasta el extremo del pasillo y miró el vestíbulo. La mesa del conserje estaba vacía. El hombre se encontraba arriba, acompañando a un cliente.

El intruso sacó un emisor de señales electrónicas y pulsó el botón dos veces. Al cabo de tres segundos sonó el timbre de la puerta. La recepcionista activó el sistema de intercomunicación y preguntó:

—*Ja?*

—*Lieferung* —dijo una vocecilla.

La mujer abrió la puerta y un repartidor corpulento y vivaracho entró en el vestíbulo. Llevaba una gran pintura al óleo envuelta con papel marrón y cordel.

—Aquí la tiene, señora, bien limpia y lista para colgarla de nuevo.

La puerta se deslizó detrás de él para cerrarse, pero antes de que lo hiciera una mano la sujetó a nivel del suelo e insertó un taco de papel. La puerta aparentó cerrarse, pero el pestillo no encajó.

El recadero apoyó la pintura verticalmente en la mesa de la recepcionista. Era grande, de un metro de alto por metro y medio de ancho. Ocultaba por completo la visión del vestíbulo.

—Pero yo no sé nada de... —protestó ella.

El recadero asomó la cara por el borde de la pintura.

—Solo tiene que firmar este recibo conforme ha llegado intacta —le dijo, y puso ante ella una tablilla con sujetapapeles que contenía un recibo. Mientras la mujer lo examinaba, el experto en cerraduras bajó los escalones de mármol y cruzó la puerta.

—Pero aquí dice Galería Harzman —señaló la recepcionista.

—Exactamente. Ballagase catorce.

—Pero este es el ocho, el Winkler Bank. La galería está más arriba.

El perplejo recadero pidió excusas y se marchó. El conserje bajó por los escalones de mármol. La recepcionista le explicó lo ocurrido. El hombre soltó un bufido, volvió a su puesto al otro lado del vestíbulo, detrás de la mesa de recepción, y siguió hojeando el periódico matutino.

A mediodía, cuando Mike Martin llegó al aeropuerto militar de Riad en un helicóptero Blackhawk, le esperaba un pequeño y expectante comité de recepción. Allí estaban Steve Laing y Chip Barber, y también un hombre a quien no había esperado ver: el coronel Bruce Craig, su jefe. Durante el tiempo que Mike había pasado en Bagdad, el despliegue del SAS en el desierto occidental de Irak había aumentado hasta englobar dos escuadrones completos de los cuatro de Hereford. Uno de ellos se había quedado en Hereford, como escuadrón de reserva, mientras que el otro, en unidades más pequeñas, se dedicaba a misiones de adiestramiento alrededor del mundo.

—¿Lo ha conseguido, Mike? —le preguntó Laing.

—Sí. Jericó no pudo enviar el último mensaje por radio.

Explicó brevemente los motivos y entregó la única hoja de papel mugriento con el informe del confidente.

—Imagine lo preocupados que estábamos al no poder entrar en contacto con usted en las últimas cuarenta y ocho horas —dijo Barber—. Ha hecho un gran trabajo, comandante.

—Una sola cosa, caballeros —dijo el coronel Craig—. Si han terminado con él, ¿puedo quedarme con mi oficial?

Laing trataba de descifrar el documento escrito en árabe lo mejor que podía. Alzó la vista.

—Ah, sí, supongo que sí, con nuestro más sincero agradecimiento.

—Esperen un momento —dijo Barber—. ¿Qué piensa hacer ahora con él, coronel?

—Pues... un catre en nuestra base al otro lado del aeródromo, comida...

—Tengo una idea mejor —le interrumpió Barber—. Dígame, comandante, ¿qué le parece un jugoso filete de ternera de Kansas con patatas fritas, una hora en una bañera de mármol y una cama grande y mullida?

—Cojonudo —dijo riendo Martin.

—Muy bien. Coronel, su hombre dispone de una suite en el Hyatt, carretera abajo, durante veinticuatro horas, por cortesía de mi gente, ¿de acuerdo?

—Hecho. Bien, Mike, mañana nos veremos a esta misma hora —dijo Craig.

Mientras cubrían el breve trecho que los separaba del hotel, frente al cuartel

general del CENTAF, Martin tradujo a Laing y Barber el mensaje de Jericó. Laing tomó nota detalladamente.

—Eso es —dijo Chip Barber—, los pilotos irán allí mañana y lo volarán.

Para que el sucio campesino iraquí pudiese registrarse en el hotel Hyatt y conseguir la mejor suite, fue necesaria la presencia de Chip Barber. Cuando Mike Martin estuvo aposentado, el hombre de la CIA salió, cruzó la carretera y se dirigió al Agujero Negro.

Martin pasó una hora en el humeante cuarto de baño, afeitándose y lavándose la cabeza con los productos que le proporcionó el hotel. Cuando salió, el filete y las patatas fritas le esperaban en una bandeja, en la sala de estar.

A mitad de la cena el sueño se apoderó de él. Apenas tuvo tiempo de ir a la ancha y blanda cama de la habitación contigua antes de quedarse profundamente dormido.

Mientras descansaba, sucedieron varias cosas. Alguien dejó en la sala de estar ropa interior, pantalones y camisa recién planchados, calcetines y zapatos.

En Viena, Gidi Barzilai envió a Tel Aviv los detalles operativos de la cuenta numerada de Jericó, y allí prepararon una réplica idéntica con las palabras adecuadas.

Karim se reunió con Edith Hardenberg cuando esta salió del banco al final de su jornada, la llevó a un café y le explicó que tenía que regresar a Jordania para visitar a su madre, que se encontraba enferma. Estaría ausente una semana. Ella aceptó sus motivos, le cogió la mano y le pidió que regresara a su lado lo antes posible.

Desde el Agujero Negro se enviaron órdenes a la base aérea de Taif, donde un avión espía TR-1A estaba a punto de despegar para llevar a cabo una misión en el extremo norte de Irak, con el objetivo de tomar más fotos de un gran complejo armamentístico en As Sharqat.

La misión recibió una nueva tarea, con otras coordenadas geográficas. Concretamente, tenía que visitar y fotografiar una serranía al norte del Jebal al Hamreen. Cuando el comandante de escuadrón protestó por el cambio repentino, le dijeron que las órdenes estaban clasificadas como «Jeremías dirige», lo cual puso fin a las protestas.

El TR-1 despegó poco después de las dos y a las cuatro sus imágenes ya aparecían en los monitores instalados en la sala de conferencias del Agujero Negro.

Aquel día el Jebal estaba cubierto de nubes y lluvia, pero de todos modos el avión espía tomó sus fotos, gracias al radar de imágenes térmicas e infrarrojos, el ASARS-2, un instrumento que desafía a las nubes, la lluvia, el granizo, la cellisca, la nieve y la oscuridad.

En cuanto las fotos llegaron al Agujero Negro, fueron examinadas por el coronel Beatty, de la Fuerza Aérea americana, y el jefe de escuadrón Peck, de la Royal Air Force, que eran los dos principales analistas de imágenes.

La conferencia de planificación dio comienzo a las seis. Solo estaban presentes

ocho hombres, presididos por el segundo del general Horner, el igualmente decisivo pero más jovial general Buster Glosson. Los dos altos cargos de los servicios secretos, Steve Laing y Chip Barber, estaban allí porque eran ellos quienes habían aportado el objetivo y conocían las circunstancias de su revelación. A los dos analistas, Beatty y Peck, se les había pedido que explicaran su interpretación de las imágenes de la zona. Asistían también tres oficiales de estado mayor, dos estadounidenses y uno británico, quienes anotarían lo que había de hacerse y se asegurarían de que se hiciera.

El coronel Beatty inició la sesión con el que llegaría a ser el leitmotiv de la conferencia.

—Nos encontramos ante un problema —dijo.

—Entonces explíquelo —le pidió el general.

—Señor, la información facilitada nos da una referencia cuadrículada. Doce cifras, seis de longitud y seis de latitud. Pero no es una referencia SATNAV, que delimitaría la zona a unos pocos metros cuadrados, sino que hablamos de un kilómetro cuadrado. Para estar más seguros, hemos ampliado la zona a tres kilómetros cuadrados.

—¿Y bien?

—Ahí está.

El coronel Beatty señaló la pared. Casi todo su espacio estaba cubierto por una fotografía ampliada, de alta definición, retocada por medio de ordenador. Su superficie era un cuadrado de dos metros de lado. Todos la miraron.

—No veo nada —dijo el general—. Solo montañas.

—Ese es el problema, señor. No está ahí.

La atención de los reunidos pasó a los funcionarios de Inteligencia. Al fin y al cabo, aquello era el producto de sus actividades secretas.

—¿Qué debemos suponer que hay ahí? —preguntó el general lentamente.

—Un cañón —dijo Laing.

—¿Un cañón?

—El llamado Cañón de Babilonia.

—Creía que ustedes los habían interceptado todos en la etapa de fabricación.

—Y así lo hicimos, pero parece ser que se nos escapó uno de ellos.

—Ya nos hemos ocupado de este asunto. Se supone que es un cohete, o una base secreta de cazabombarderos. Ningún cañón puede disparar una carga explosiva tan grande.

—Este sí puede, señor. He consultado con Londres. Se trata de un cañón de más de 185 metros de largo, con el ánima de un metro. La carga explosiva pesa más de media tonelada, y tiene un alcance de hasta mil kilómetros, según el propulsor que utilicen.

—¿Y la distancia desde aquí al Triángulo?

—Unos 750 kilómetros. General, ¿pueden sus cazas interceptar un obús?

—No.

—¿Los misiles Patriot?

—Tal vez, si están en el lugar apropiado en el momento apropiado y pueden localizarlo a tiempo. Probablemente no.

—La cuestión es que, tanto si es un cañón como un misil, no está a la vista —comentó el coronel Beatty.

—¿Estará enterrado en el subsuelo, como el centro industrial de Al Qubai? —sugirió Barber.

—Esa estaba camuflada con un cementerio de coches encima —dijo el analista Peck—. Pero ahí no hay nada, ni carretera ni pistas ni línea de alta tensión ni defensas ni helipuerto ni alambradas ni puestos de guardia, sino una yerma extensión de colinas y montañas bajas con valles intermedios.

Laing se puso a la defensiva.

—Supongamos que hayan usado el mismo truco que en Tarmiya, colocando el perímetro de defensa tan lejos que fuese imposible distinguirlo.

—Ya lo hemos tenido en cuenta —dijo Beatty—. Hemos examinado ochenta kilómetros en todas las direcciones, sin encontrar nada. No hay defensas.

—¿Significa eso que es una pura operación de engaño? —preguntó Barber.

—De ninguna manera. Los iraquíes siempre defienden sus instalaciones importantes, incluso de su propia gente. Miren esto.

El coronel Beatty se acercó a la enorme foto y señaló un grupo de chozas.

—Hay una aldea al lado. Humo de leña, corrales de cabras, animales pastando en el valle. Hay otras dos aldeas que no aparecen aquí.

—Tal vez han ahuecado toda la montaña —dijo Laing—. Ustedes lo hicieron en la montaña Cheyenne.

—Eso es una serie de cavernas, túneles, una madriguera de habitaciones detrás de puertas blindadas —replicó Beatty—. Pero estamos hablando de un cañón de casi doscientos metros de largo. Intenten meter eso dentro de una montaña... se les caería encima. Miren, caballeros, la recámara, el depósito de municiones, las dependencias del personal pueden estar bajo tierra, pero una parte de ese cañón tiene que sobresalir del subsuelo. ¿No es así?

Todos miraron de nuevo la foto. En el cuadrado se veían tres colinas y parte de una cuarta. En la mayor de ellas no se percibía ninguna puerta a prueba de explosiones ni carretera de acceso.

—Si está ahí, en alguna parte, ¿por qué no saturamos de bombas esos tres kilómetros cuadrados? —propuso Peck—. Así la montaña se derrumbaría encima del cañón.

—Buena idea —dijo Beatty—. Podríamos usar los *Buff*s, general, y machacar toda la zona.

—¿Me permiten una sugerencia? —preguntó Barber.

—Sí, por favor.

—Si yo fuese un hombre tan paranoico como Saddam Hussein y tuviera un único cañón tan valioso, lo confiaría a un hombre de mi entera confianza, a quien daría órdenes de que si alguna vez la fortaleza es bombardeada, debe dispararlo. En una palabra, si el primer par de bombas cayera lejos del blanco, y tres kilómetros cuadrados constituyen una zona muy grande, las restantes caerían una fracción de segundo demasiado tarde.

El general Glosson se inclinó hacia delante.

—¿Adónde quiere ir a parar, señor Barber?

—General, si el Puño de Dios está oculto dentro de esas colinas, significa que los iraquíes han llevado a cabo una operación de engaño extraordinariamente hábil. La única manera de estar totalmente seguros de que ha sido destruido es mediante una operación similar. Un único avión, como surgido de la nada, que ataque y alcance el centro de la diana la primera y única vez.

—No sé cuántas veces tendré que repetirlo —dijo exasperado el coronel Beatty—: no sabemos exactamente dónde está el centro de la diana.

—Creo que mi colega se refiere a marcar el objetivo —dijo Laing.

—Pero eso significa otro avión —objetó Peck—. Como los *Buccaneer* que marcan los blancos a los *Tornado*. Pero el marcador de blancos primero ha de ver el objetivo.

—Salió bien con los *Scud* —dijo Laing.

—Cierto, los hombres del SAS marcaron las lanzaderas de misiles y las bombardearon, pero estaban allí mismo, a mil metros de los misiles, y eran visibles con prismáticos —replicó Peck.

—Exactamente.

Se hizo el silencio durante varios segundos.

—Está usted hablando de enviar hombres a las montañas para que nos proporcionen un blanco de diez metros cuadrados —dijo el general Glosson.

El debate prosiguió durante dos horas más. Pero por mucho que discutieran siempre volvían al argumento de Laing.

Se trataba de encontrarlo primero, luego marcarlo y finalmente destruirlo... y todo ello sin que los iraquíes se dieran cuenta hasta que fuese demasiado tarde.

A medianoche un cabo de la Royal Air Force fue al hotel Hyatt. No recibió respuesta desde la sala de estar, por lo que el encargado nocturno le permitió entrar en la suite. Fue al dormitorio y sacudió el hombro de la persona que dormía envuelta en un albornoz sobre la cama sin deshacer.

—Despierte, señor. Reclaman su presencia al otro lado de la carretera, comandante.

—Está ahí —dijo Mike Martin dos horas después.

—¿Dónde? —preguntó el coronel Beatty con verdadera curiosidad.

—Ahí, en alguna parte.

Martin estaba en la sala de conferencias del Agujero Negro, inclinado sobre la mesa, estudiando una fotografía de una sección mayor de la cadena montañosa Jebel al Hamreen. Correspondía a una extensión cuadrada de ocho kilómetros de lado. Señaló un punto con el dedo índice.

—Las aldeas, las tres aldeas, aquí, aquí y aquí.

—¿Qué ocurre con ellas?

—Son falsas. Están muy bien hechas, son réplicas perfectas de las aldeas campesinas de montaña, pero están llenas de guardias.

El coronel Beatty se quedó mirando fijamente las tres aldeas. Una de ellas estaba en un valle a solo ochocientos metros del medio de las tres montañas, en el centro de la fotografía. Las otras dos ocupaban terrazas en las vertientes montañosas, más alejadas del centro.

Ninguna de las aldeas era lo bastante grande para tener mezquita, y en realidad eran poco más que villorrios. Cada una tenía su granero principal para almacenar el heno y el forraje para el invierno, y establos para cabras y ovejas. Una docena de humildes chozas componían el resto del caserío; se trataba de construcciones de ladrillos de barro con tejado de paja u hojalata como los que uno puede encontrar por doquier en las montañas de Oriente Medio. En verano podían verse pequeñas extensiones de terreno arado, pero no en invierno.

La vida en las montañas de Irak es muy dura en invierno, pues las lluvias son intensas y el cielo siempre está cubierto de nubes que amenazan tormenta. La idea de que todo Oriente Medio es una zona cálida no corresponde a la realidad.

—Muy bien, comandante, usted conoce Irak y yo no. ¿Por qué esas aldeas son falsas?

—Por el sistema de mantenimiento vital —respondió Martin—. Son demasiadas aldeas, demasiados campesinos, demasiadas cabras y ovejas, pero poco forraje. Se morirían de hambre.

—Mierda —dijo Beatty sin poder disimular su contrariedad—. Era tan puñeteramente sencillo. Puede que sea así, pero eso demuestra que Jericó no mentía ni estaba equivocado. Si han hecho eso es que ocultan algo.

El coronel Craig, comandante en jefe del SAS, se había reunido con ellos en el sótano. Había estado conversando en voz baja con Steve Laing. Entonces se aproximó a los demás.

—¿Qué le parece, Mike?

—Está ahí, Bruce. Probablemente podría verse a un kilómetro de distancia con unos buenos prismáticos.

—Los de arriba quieren enviar ahí un equipo para que marque el blanco. Usted está descartado.

—Eso es una tontería, señor. Lo más probable es que esas colinas estén llenas de patrullas a pie. Como puede ver, no hay carreteras.

—¿Y qué? Las patrullas pueden evitarse.

—¿Y si tropiezan con una? Nadie conoce el árabe como yo, y usted lo sabe. Además, será un lanzamiento HALO, desde gran altura y con apertura retardada del paracaídas. Los helicópteros tampoco servirán para eso.

—Tengo entendido que ya ha vivido usted toda la acción que podría necesitar.

—Eso también es una tontería. La verdad es que no he visto la menor acción. Estoy harto del espionaje. Déjeme participar en esta misión. Los demás han estado en el desierto durante semanas, mientras yo cuidaba de un jardín.

El coronel Craig enarcó una ceja. No le había preguntado a Laing qué era exactamente lo que Martin había hecho, y en cualquier caso el funcionario del servicio secreto no se lo habría dicho, pero le sorprendía que uno de sus mejores oficiales se hubiera hecho pasar por jardinero.

—Volvamos a la base. Allí podremos planificar mejor. Si me gusta su idea, tal vez consiga salirse con la suya.

Antes del amanecer el general Schwarzkopf dio su consentimiento después de admitir que no existía ninguna alternativa. En aquel lugar aislado de la base aérea militar de Riad, que era territorio particular del SAS, Martin había explicado sus ideas al coronel Craig, quien le dio el visto bueno.

La coordinación de la planificación dependería del coronel Craig, para los hombres en tierra, y del general Glosson para el eventual ataque con cazas.

Por la mañana Buster Glosson tomó café con su amigo y superior, Chuck Horner.

—¿Alguna idea sobre la unidad que te gustaría usar en esta misión? —le preguntó.

El general Horner recordó a cierto oficial que dos semanas antes le había aconsejado que hiciera algo grosero en extremo.

—Sí, la asignaremos al 336.

Mike Martin había convencido al coronel Craig al señalar, lógicamente, que la mayoría de los soldados del SAS en el teatro de operaciones del Golfo ya habían sido desplegados en el interior de Irak, que él era el oficial veterano disponible, que era comandante del escuadrón B, el cual operaba por entonces en el desierto al mando de su número dos, y que solo él hablaba el árabe con fluidez.

Pero el argumento decisivo fue su experiencia en caída libre con paracaídas.

Cuando servía en el tercer batallón del Regimiento de Paracaidistas había asistido a la Escuela N.º 1 de Adiestramiento de Paracaidistas de la RAF, en Brize Norton, y efectuado saltos con el equipo de pruebas. Más adelante realizó un curso de caída libre en Netheravon y saltó con el equipo de exhibición de los Paras, los Diablos Rojos.

La única manera de llegar a las montañas iraquíes sin causar alarma era una caída HALO, siglas de «altitud elevada, apertura baja», lo cual significaba saltar del avión a 7.500 metros y caer libremente para abrir el paracaídas poco antes de llegar a los mil metros. No era un trabajo para recién llegados.

La planificación de toda la misión debería haber exigido una semana, pero no disponían de tanto tiempo. La única solución era planear simultáneamente los diversos aspectos de la caída, la marcha a campo través y la selección del lugar donde permanecer a la espera. Para ello necesitaba hombres en los que pudiera confiar por completo, que era precisamente lo que iba a hacer de todos modos.

Lo primero que hizo cuando regresó al sector del SAS en la base aérea militar de Riad, fue preguntarle al coronel Craig:

—¿De quién puedo disponer?

La lista era breve, pues eran muchos los oficiales que estaban realizando operaciones en el desierto.

Cuando el ayudante le mostró la lista, reparó en un nombre.

—Peter Stephenson, sin duda.

—Está de suerte —dijo Craig—. Cruzó la frontera hace una semana y ha estado descansando desde entonces. Está en buena forma.

Martin conocía al sargento Stephenson desde que este era cabo y él capitán en su primera visita al regimiento como jefe de escuadrón. Stephenson era también experto en caída libre y miembro del Cuerpo Aéreo de su propio escuadrón.

—Es bueno —dijo Craig, señalando otro nombre—. Un montañero. Le sugiero que se quede con los dos.

El nombre señalado era el del cabo Ben Eastman.

—Le conozco, y tiene usted razón. Le llevaré conmigo. ¿Quién más?

El siguiente seleccionado fue el cabo Kevin North, perteneciente a otro escuadrón. Martin nunca había trabajado con él, pero North era un especialista en montañismo, altamente recomendado por su jefe de escuadrón.

Había cinco áreas de planificación que debían ser cubiertas simultáneamente. Dividieron las tareas entre todos bajo la supervisión de Mike Martin.

Lo primero que debía decidirse era desde qué avión se arrojarían. Sin vacilar, Martin eligió el Hércules C-130, habitual plataforma de lanzamiento del SAS. Nueve de esos aviones estaban de servicio en el Golfo. Todos ellos tenían su base en el cercano aeropuerto internacional Rey Khaled. Durante el desayuno recibió noticias

incluso mejores. Tres de los aviones pertenecían al escuadrón 47, con base en Lyneham, Wiltshire, el mismo escuadrón que tiene años de experiencia enlazando con los paracaidistas en caída libre del SAS.

Uno de los tres miembros de la tripulación era cierto teniente de vuelo llamado Glyn Morris.

Durante la guerra del Golfo, los aviones de transporte Hércules habían formado parte de la operación Centro y Radio, transportando las cargas que llegaban a Riad hasta las bases distantes de la Royal Air Force en Tabuk, Muharraq, Dahran e incluso Seeb, en Omán. Morris había servido como supervisor de carga, pero su verdadero cometido en este mundo era el de instructor de saltos en paracaídas, actividad conocida por las siglas JPI, y Martin había saltado antes bajo su supervisión.

Contrariamente a la idea de que los Paras y el SAS cuidan, cada uno por su lado, de sus misiones en paracaídas, lo cierto es que todos los saltos de combate en las fuerzas armadas británicas dependen de la RAF, y la relación se basa en la confianza mutua y en la certeza de que cada uno sabe exactamente qué está haciendo.

El general de brigada aérea Ian Macfayden, que estaba al mando de la RAF en el Golfo, destinó el deseado Hércules a la misión del SAS en cuanto el aparato llegó a Tabuk tras efectuar un lanzamiento de suministros, y los mecánicos empezaron a adecuarlo para la misión HALO que tendría lugar aquella misma noche.

Una de las principales tareas de conversión era la de construir una consola de oxígeno en el suelo de la bodega de carga. Como los Hércules volaban generalmente a bajo nivel, hasta entonces nunca habían necesitado oxígeno en la parte trasera para que las tropas pudieran resistir a gran altura. El teniente de vuelo Morris no necesitaba adiestrarse en lo que estaba haciendo, y solicitó los servicios de un segundo PJI, el sargento de vuelo Sammy Dawlish, procedente de la tripulación de otro Hércules. Ambos trabajaron durante toda la jornada en el Hércules, el cual estuvo listo a la puesta del sol.

La segunda prioridad era la de los paracaídas. Hasta entonces el SAS no había lanzado tropas sobre Irak, sino que había avanzado por los desiertos iraquíes con vehículos terrestres; aun así, durante la preparación de la guerra las misiones de adiestramiento habían sido constantes.

En la base aérea militar había una sección de equipamiento de seguridad, herméticamente cerrada y a temperatura controlada, donde el SAS almacenaba sus paracaídas. Martin solicitó que le reservaran ocho paracaídas principales y ocho de reserva, aunque él y sus hombres solo necesitarían cuatro de cada clase. Encomendó al sargento Stephenson la tarea de revisar y empaquetar los ocho paracaídas.

Estos ya no eran del tipo aerocónico circular asociado al Regimiento de Paracaidistas, sino del diseño más reciente llamado «cuadrado». En realidad, no son cuadrados sino oblongos, y tienen dos capas de tela. En vuelo, el aire pasa entre las

dos capas, formando un «ala» semirrígida con una sección transversal que forma un plano aerodinámico, lo cual permite al paracaidista dirigir el artefacto durante la caída debido a su maniobrabilidad y a su movilidad de giro. Esos son los paracaídas que se ven normalmente en las exhibiciones de caída libre.

Los dos cabos recibieron el encargo de obtener y revisar los demás suministros que serían necesarios: cuatro mudas de ropa, cuatro mochilas Bergen, cantimploras, cascos, cinturones, armas, HVC —siglas de los concentrados de alto valor energético que sería todo lo que comerían—, municiones, botiquines... la lista era muy larga. Cada hombre transportaría cuarenta kilos en su mochila, y necesitaría hasta el último gramo de su contenido.

Los ajustadores y mecánicos trabajaban en el hangar asignado al Hércules, examinando detenidamente los motores y lubricando cada pieza movable.

El jefe de escuadrón nombró a su mejor tripulación, cuyo navegante acompañó al coronel Craig hasta el Agujero Negro para seleccionar una zona de lanzamiento apropiada, la importantísima zona DZ.

Martin se reunió con seis técnicos —cuatro estadounidenses y dos británicos—, quienes le presentaron los «juguetes» que debería utilizar para buscar el objetivo, delimitarlo en unos pocos metros cuadrados y transmitir la información a Riad.

Cuando hubo terminado, sus diversos instrumentos fueron empaquetados de una manera especialmente segura a fin de evitar roturas accidentales, y luego llevados al hangar donde la montaña de equipo de los cuatro hombres no dejaba de crecer. Para mayor seguridad llevaban un par de cada instrumento científico, lo cual añadía más peso a transportar.

Martin se reunió entonces con los planificadores en el Agujero Negro. Todos se inclinaban sobre una gran mesa en la que estaban extendidas las fotos recién tomadas por otro TR-1 aquella misma mañana, poco después de que amaneciera. El tiempo había sido claro y las fotos mostraban todos los recovecos del Jebal al Hamreen.

—Suponemos que ese maldito cañón debe de apuntar al sur-sudeste —dijo el coronel Craig—. En consecuencia, el mejor punto de observación parece estar aquí.

Señaló una serie de grietas en la vertiente de una montaña al sur de la supuesta Fortaleza. La colina en el centro del grupo estaba dentro del kilómetro cuadrado que había sido designado por el difunto coronel Osman Badri.

—En cuanto al DZ, aquí hay un pequeño valle, a unos cuarenta kilómetros al sur... Vean el destello del agua de un arroyuelo que baja por el valle.

Martin miró el lugar que le indicaban. Se trataba de una pequeña depresión en las colinas, de quinientos metros de largo por cien de ancho, cuyas herbosas riberas estaban llenas de rocas; por el fondo de la depresión se deslizaba la delgada corriente de agua invernal.

—¿Es el mejor? —preguntó Martin.

El coronel Craig se encogió de hombros.

—Francamente, es todo lo que hay. El siguiente punto está demasiado alejado del blanco. Si se acerca más, podrían verles aterrizar.

Si se observaba el mapa parecía cosa segura, siempre y cuando el lanzamiento se efectuase durante el día, pero en plena oscuridad, lanzándose a través del gélido aire a doscientos kilómetros por hora, sería fácil errar. No habría luces para guiarse ni señales luminosas en tierra. Significaría saltar de una negrura a otra.

—Lo acepto —dijo por fin. El navegante de la RAF se enderezó.

—Muy bien, me pondré manos a la obra.

Por la tarde iba a estar muy atareado. Tendría que encontrar el camino sin luces y a través de un cielo sin luna, y no hasta la zona de lanzamiento, sino hasta un punto en el espacio desde el cual, teniendo en cuenta el desvío ocasionado por el viento, cuatro cuerpos se dejarían caer desde el avión para buscar aquel minúsculo valle. Incluso los cuerpos en caída son desplazados por el viento, y su tarea consistiría en calcular el desvío.

Después de que hubiera oscurecido todos los hombres volvieron a encontrarse en el hangar, cuyo acceso estaba prohibido a cualquier otro miembro de la base. El avión Hércules estaba preparado, con los depósitos llenos de combustible. Bajo una de las alas se amontonaba el equipo que los cuatro hombres necesitarían. Dawlish, el instructor de saltos de la RAF, había vuelto a empaquetar cada uno de los paracaídas de 24 kilos como si fuese a usarlos él mismo. Stephenson estaba satisfecho.

En un extremo había una gran mesa de información. Martin, que se había traído del Agujero Negro fotografías ampliadas, acompañó a Stephenson, Eastman y North a la mesa a fin de trazar la ruta desde la zona del salto hasta las grietas en que se proponían permanecer ocultos y estudiar la Fortaleza durante todo el tiempo que fuera necesario. Todo indicaba que serían dos noches en que tendrían que avanzar a marchas forzadas, ya que durante el día deberían permanecer ocultos. De ninguna manera podrían avanzar a la luz del sol, y la ruta debería ser indirecta.

Finalmente cada hombre se dedicó a llenar su mochila Bergen, colocando encima de todo el «cinturón sistemático», un pesado cinturón de tela gruesa con numerosos bolsillos que sacarían después de aterrizar y se pondrían alrededor de la cintura.

Cuando se puso el sol les trajeron hamburguesas y refrescos del economato, y los cuatro hombres descansaron hasta el momento del despegue, previsto para las diez menos cuarto. Se proponían efectuar el salto a las once y media.

Martin reconocía que la espera siempre era lo peor. Tras la frenética actividad de la jornada, aquellas horas eran como un largo anticlímax. No tenían nada en lo que concentrarse, excepto la tensión, el sentimiento constante y fastidioso de que, a pesar de todas las comprobaciones, habían olvidado algo vital. Durante ese período algunos comían, leían o escribían a casa, otros dormitaban o simplemente iban al lavabo y se

vaciaban.

A las nueve un tractor remolcó el Hércules hasta la pista, y la tripulación formada por el piloto, el copiloto, el navegante y el ingeniero de vuelo comenzaron a verificar el correcto funcionamiento de los motores. Veinte minutos después un autobús de ventanas opacas entró en el hangar para llevar a los hombres y su equipo al avión desde el que saltarían, el cual les aguardaba con las puertas traseras abiertas y la rampa bajada.

Tanto los dos instructores de salto como el supervisor de carga y el montador de paracaídas estaban preparados. Solo siete hombres subieron por la rampa a pie y entraron en la vasta caverna del Hércules. La rampa se alzó y las puertas se cerraron. El montador había regresado al autobús, pues no volaría con ellos.

Con los instructores de vuelo y el supervisor de carga, los cuatro soldados se colocaron los cinturones fijados a los asientos a lo largo de la pared, y esperaron. A las 9.44 el Hércules despegó de Riad y dirigió su morro como rumbo al norte.

El 21 de febrero, mientras el avión de la RAF se alzaba en el cielo nocturno, un helicóptero estadounidense recibía la orden de permanecer a un lado antes de ir a posarse cerca del sector americano de la base.

El helicóptero había sido enviado a Al Kharz para recoger a dos hombres. El comandante del Escuadrón de Cazas Tácticos 336 había sido convocado a Riad por orden del general Buster Glosson. Tal como le habían pedido, le acompañaba el hombre al que consideraba su mejor piloto de vuelos a baja altura para atacar objetivos terrestres.

Ni el comandante de escuadrón de los Rocketeers ni el capitán Don Walker tenían la menor idea del motivo de su presencia allí. Una hora después, en una pequeña sala de información bajo el cuartel general del CENTAF les dijeron qué querían de ellos y lo que se necesitaba. También les dijeron que nadie más, con la única excepción del oficial de sistemas de armamento, el hombre que volaba en el asiento detrás del de Walker, estaba autorizado a conocer todos los detalles.

Entonces los transportaron en helicóptero de regreso a su base.

Después del despegue, los cuatro soldados pudieron desabrocharse los cinturones y moverse por la carlinga del avión, tenuemente iluminada por unas luces rojas en el techo. Martin subió la escala de la cubierta de vuelo y pasó un rato sentado con la tripulación.

Volaron a diez mil pies de altura hacia la frontera iraquí, y entonces empezaron a ascender. A 25.000 pies —7.500 metros—, el Hércules se estabilizó y penetró en el espacio aéreo iraquí, al parecer totalmente solitario.

Lo cierto era que no estaban solos. Sobre el Golfo un AWACS tenía órdenes de vigilar constantemente el cielo alrededor y por debajo de ellos. Si, por alguna razón

desconocida, una pantalla de radar iraquí no había sido ya «apagada» por las fuerzas aéreas aliadas y decidía «iluminarse», sería atacada de inmediato. A tal fin, dos escuadrillas de Wild Weasel con misiles Harm antirradar volaban por debajo de ellos.

En previsión de que algún piloto de caza iraquí decidiera volar aquella noche, una escuadrilla de jaguar de la RAF estaba por encima y a la izquierda de ellos, y una escuadrilla de Eagle F-15C a la derecha. El Hércules volaba protegido por una cubierta de tecnología letal, y todos los demás pilotos en vuelo aquella noche desconocían el motivo. Ellos solo obedecían órdenes.

De hecho, si alguien en Irak vio alguna señal en el radar aquella noche, supuso que el avión de transporte se dirigía hacia el norte, en dirección a Turquía.

El supervisor de carga hizo cuanto pudo para que sus invitados tuvieran un vuelo cómodo, ofreciéndoles té, café, refrescos y galletas.

Cuarenta minutos antes de llegar al punto de lanzamiento, el navegante encendió una luz de advertencia que indicaba «P-menos-40» y dieron comienzo los últimos preparativos.

Los cuatro soldados se colocaron los paracaídas principales y de reserva, el primero sobre los hombros y el segundo más abajo, en la espalda. Luego se pusieron las mochilas, que colgaban al revés en la espalda, por debajo de los paracaídas, con la punta entre las piernas. Las armas, la Heckler con silenciador y la metralleta Koch MP5 SD, fueron fijadas con pasadores en el costado izquierdo, y el depósito personal de oxígeno enganchado sobre el pecho.

Finalmente se pusieron los cascos y las máscaras de oxígeno antes de conectar estas a la consola central, un bastidor del tamaño de una gran mesa de comedor, lleno de botellas de oxígeno. Cuando todos respiraban y estaban cómodos, se informó al piloto y dio comienzo la operación de modificar los niveles de aire y presión dentro del casco hasta que igualaron a los del exterior.

Esa operación requirió casi veinte minutos. Entonces se sentaron de nuevo y aguardaron. Quince minutos antes de que arribaran al punto de lanzamiento, llegó un nuevo mensaje de la cubierta de vuelo, recogido por el supervisor de carga, quien dijo a los instructores de vuelo que indicaran con gestos a los soldados el cambio de la toma de oxígeno desde la consola principal a sus pequeñas botellas personales. Estas tenían un suministro de media hora, y los hombres necesitarían la cantidad correspondiente a tres o cuatro minutos para el salto.

En aquel momento solo el navegante en la cubierta de vuelo sabía exactamente dónde se encontraban. El equipo del SAS confiaba plenamente en que les harían saltar en el lugar preciso.

Entretanto, el supervisor de carga se mantenía en contacto con los soldados mediante un constante flujo de señales, que finalizó cuando les indicó con ambas manos las luces encima de la consola. El supervisor de carga recibió una serie de

instrucciones facilitadas por el navegante.

Los hombres se pusieron de pie y se encaminaron lentamente, como astronautas sobrecargados de equipo, hacia la rampa. Los instructores de vuelo, también provistos de botellas de oxígeno portátiles, fueron con ellos. Los hombres del SAS se alinearon ante la compuerta de cola todavía cerrada, cada uno comprobando el equipo que tenía delante.

A P-menos-4 la compuerta de cola bajó y todos pudieron contemplar la negrura del espacio a 7.500 metros de altura. El instructor de vuelo alzó dos dedos, con lo cual les indicaba que estaban a P-menos-2. Entonces los hombres avanzaron hasta el mismo borde de la rampa y miraron las luces, todavía apagadas, a cada lado de la abertura. Las luces se pusieron en rojo, los hombres se colocaron las gafas protectoras. Las luces pasaron al verde...

Los cuatro soldados giraron sobre un talón, de cara al vientre del Hércules, y saltaron hacia atrás, con los brazos abiertos y la barbilla pegada al pecho. El borde de la rampa destelló por debajo de sus máscaras y el Hércules desapareció.

El sargento Stephenson fue el primero en descender.

Los cuatro hombres estabilizaron su posición de caída y bajaron por el cielo nocturno miles de metros sin producir el menor sonido. A poco más de mil metros los liberadores automáticos accionados por la presión abrieron las bolsas de los paracaídas y la tela salió velozmente expandiéndose. Mike Martin, que iba en segunda posición, vio que la sombra a quince metros por debajo de él parecía dejar de moverse. En el mismo instante notó la vibración producida por la apertura de su propio paracaídas principal, y entonces el «cuadrado» encajó la tensión, haciéndole pasar de doscientos kilómetros por hora a veinte, gracias a que los suspensores absorbieron parte de la sacudida.

Cada hombre abrió el cierre de resorte que le sujetaba la mochila Bergen a la espalda y dejó que la carga se deslizara por sus piernas hasta que quedó colgando de los pies. Las Bergen seguirían allí hasta el final, y solo serían soltadas a treinta metros del suelo para que colgaran del cable de retención de nailon, que medía cuatro metros y medio.

Martin siguió al paracaídas del sargento, que se movía a su derecha. El cielo estaba claro, las estrellas eran visibles, las formas negras de las montañas se alzaban por todos lados. Entonces vio lo mismo que el sargento había visto: el brillo de la corriente de agua que recorría el valle.

Peter Stephenson cayó exactamente en el centro de la zona, a pocos metros de la orilla del arroyo, sobre un terreno cubierto de musgo y hierba. Martin dejó caer la Bergen sujeta a la cuerda, giró, se detuvo en el aire, notó que la mochila chocaba contra el suelo y tomó tierra suavemente con ambos pies.

El cabo Eastman pasó por encima de él, giró, volvió a deslizarse hacia dentro y

cayó a cincuenta metros de distancia. Martin estaba desabrochando el arnés de su paracaídas y no vio aterrizar a Kevin North.

En realidad, el montañero era el cuarto y último de la hilera, y descendía a cien metros de distancia pero no sobre el llano herboso sino sobre la ladera de la colina. Estaba intentando aproximarse a sus colegas, tirando de los cables de orientación, cuando la mochila Bergen chocó contra la ladera. Después de que tocara el suelo, el paracaidista, a cuya cintura estaba atada, la arrastró de costado en su desplazamiento. La mochila recorrió cinco metros de pendiente y quedó atascada entre dos rocas.

El súbito tirón de la cuerda hizo descender a North bruscamente y de costado, de modo que no aterrizó de pie sino de lado. No había muchas rocas en aquella ladera, pero una de ellas le fracturó el fémur en ocho lugares distintos.

El cabo advirtió claramente que el hueso se quebraba, pero la sacudida fue tan violenta que entumeció el dolor durante unos segundos. Entonces llegó en oleadas. El joven giró sobre sí mismo y se aferró el muslo con ambas manos, susurrando una y otra vez: «No, por favor, Dios mío, no».

Aunque no se daba cuenta, ya que la fractura no era expuesta, sufría una hemorragia. Una de las astillas de hueso le había cortado limpiamente la arteria femoral, que empezó a verter sangre en el destrozado interior del muslo.

Los otros tres le encontraron al cabo de un minuto. Todos habían desenganchado sus ondulantes paracaídas y las Bergen, convencidos de que él estaría haciendo lo mismo. Cuando advirtieron que no era así, fueron en su busca para ver qué le había pasado. Stephenson sacó su pequeña linterna de bolsillo e iluminó la pierna.

—Maldita sea —susurró. Disponían de botiquines, incluso de vendajes contra heridas de metralla, pero nada para hacer frente a una lesión como aquella.

El cabo necesitaba terapia traumática, plasma y una intervención quirúrgica importante, y todo ello con rapidez. Stephenson corrió al lugar donde estaba la mochila de North, sacó el botiquín y empezó a preparar una inyección de morfina, pero no era necesario, pues a medida que perdía sangre disminuía el sufrimiento.

North abrió los ojos, centró la mirada en el rostro de Mike Martin, susurró «Lo siento, jefe» y cerró los ojos de nuevo. Dos minutos después había fallecido.

En otro tiempo y otro lugar, Martin habría exteriorizado de alguna manera el dolor que sentía ante la pérdida de un hombre que, como North, estaba bajo su mando, pero ahora no había tiempo. Aquel no era el lugar oportuno. Los compañeros del difunto lo comprendieron así y se dispusieron a realizar su tarea en sombrío silencio. El dolor vendría más tarde.

Martin había confiado en recoger los paracaídas esparcidos y marcharse rápidamente del valle antes de buscar una grieta rocosa donde enterrar el equipo innecesario. Ahora eso era del todo imposible, pues tenían que encargarse del cuerpo de North.

—Pete, empieza a recoger todo lo que hemos de enterrar. Busca una hondonada poco profunda en alguna parte, o haz tú mismo un hoyo. Tú, Ben, empieza a recoger piedras.

Martin se inclinó sobre el cadáver, le quitó la placa de identificación y la pistola ametralladora, y entonces fue a ayudar a Eastman. Juntos, valiéndose de los cuchillos y las manos, los tres hombres abrieron un hoyo en la tierra herbosa y tendieron allí al muerto. Tenían que poner más cosas encima de él: cuatro paracaídas principales abiertos, cuatro de reserva sin abrir, cuatro botellas de oxígeno, cabos y cinchas.

Luego empezaron a amontonar piedras, no de una manera ordenada, pues si tenía forma de túmulo podría ser avistado, sino al azar, como si las piedras hubieran caído desde la ladera de la montaña. Recogieron agua del arroyo para limpiar las manchas de sangre de la roca y la hierba. Removieron con los pies la tierra en los lugares donde habían estado las piedras utilizadas, y luego los cubrieron con trozos de musgo arrancado de la orilla. En la medida de lo posible era preciso devolver al valle el aspecto que había tenido una hora antes de medianoche.

Habían confiado en caminar durante cinco horas antes del alba, pero la tarea les llevó más de tres. Parte del contenido de la mochila de North se quedó dentro, y con el infortunado soldado enterraron su ropa, los alimentos y el agua. Los demás objetos tuvieron que repartirlos entre ellos, sobrecargando así sus propias mochilas.

Una hora antes de que amaneciera abandonaron el valle y pasaron a la fase de SOP, siglas que corresponden a la expresión «procedimiento de operación permanente». El sargento Stephenson adoptó el papel de explorador guía, avanzando delante de los otros dos. Antes de llegar a una cima se dejaba caer al suelo para mirar al otro lado, a fin de cerciorarse de que allí no les esperaba una sorpresa desagradable.

La ruta era ascendente, y el guía estableció un ritmo agotador. Aunque era una persona menuda y delgada, cinco años mayor que Martin, podía llevar una carga de cuarenta kilos a la espalda y aun así dejar atrás a la mayoría de los hombres.

Las nubes cubrieron las montañas precisamente cuando Martin lo necesitaba, pues retrasaban la salida del sol y le proporcionaban una hora adicional. Al cabo de hora y media de dura marcha habían recorrido doce kilómetros, dejando varias elevaciones y dos colinas entre ellos y el valle. Finalmente el avance de la luz grisácea les obligó a buscar una posición para ocultarse.

Martin eligió una grieta horizontal en las rocas, bajo una saliente, disimulada por hierba marchita y justo por encima de un *uadi* seco. Mientras aún estaba oscuro comieron un poco, bebieron agua, se cubrieron con una red de camuflaje y se tendieron a dormir. Martin se encargó del primero de los tres turnos de guardia.

A las once de la mañana Martin despertó a Stephenson con unas ligeras sacudidas y se echó a dormir mientras el sargento montaba guardia. A las cuatro de la tarde Ben

Eastman dio unos golpecitos a Martin en la rodilla con un dedo rígido. Al abrir los ojos, el comandante vio que Eastman se llevaba el índice a los labios. Martin aguzó el oído. Desde el *uadi*, a tres metros por debajo de la saliente, les llegaban los sonidos guturales de alguien que hablaba en árabe.

El sargento Stephenson se despertó y enarcó una ceja, como preguntando qué iban a hacer ahora. Martin escuchó durante un rato. Eran cuatro hombres, de patrulla, fatigados y aburridos de una tarea que consistía en recorrer incesantemente las montañas. Al cabo de diez minutos supo que se proponían acampar allí para pasar la noche.

Ya habían perdido demasiado tiempo. Tenían que ponerse en marcha a las seis, cuando la oscuridad envolviera las colinas, y necesitaban todas las horas para recorrer los kilómetros a través del valle hasta aquellas grietas en la colina, frente a la Fortaleza... Tal vez necesitarían más tiempo para buscar y encontrar las grietas.

La conversación que tenía lugar en el *uadi* le hizo saber que los iraquíes buscarían leña para encender una fogata, y era evidente que echarían un vistazo a los arbustos detrás de los que estaban tendidos los hombres del SAS. Aun cuando no lo hicieran, podrían transcurrir horas antes de que estuvieran lo bastante dormidos para que la patrulla de Martin pasara por su lado y se alejara. No había manera de evitar lo que se veían obligados a hacer.

A una señal de Martin, los otros dos sacaron sus cuchillos de doble filo, y los tres hombres se deslizaron por la pedregosa ladera hasta el *uadi* que se extendía al pie.

Una vez terminado el trabajo, Martin examinó los documentos de los iraquíes muertos y reparó en que todos tenían el patronímico Al Ubaidi. Perteneían a la tribu de los Ubaidi, hombres de montaña naturales de aquellas regiones. Todos llevaban la insignia de guardias republicanos, y era evidente que la Guardia Republicana había seleccionado a aquellos guerreros montañeses para formar las patrullas cuya tarea consistía en mantener la Fortaleza a salvo de intrusos. Observó que eran hombres delgados, sin un gramo de grasa en el cuerpo, y probablemente infatigables en un terreno escarpado como aquel.

Tardaron todavía una hora en arrastrar los cuatro cuerpos a la hendidura, cortar su tienda camuflada para formar una cubierta y disimularla con arbustos, matas y hierba, pero cuando terminaron habría sido necesaria una vista extremadamente aguda para descubrir el escondrijo bajo la saliente rocosa. Por suerte la patrulla iraquí no tenía radio, por lo que probablemente no se habrían puesto en contacto con su base hasta que regresaran, cuando quiera que fuese. Ahora jamás regresarían, pero tal vez pasarían un par de días antes de que los echaran en falta.

Los hombres del SAS emprendieron la marcha en la oscuridad, tratando de recordar, a la luz de las estrellas, las formas de las montañas que habían visto en las fotografías, y orientándose mediante la brújula hacia la montaña que buscaban.

Martin disponía de un mapa excelente, trazado por ordenador a partir de las fotos aéreas tomadas por el TR-1, que mostraba la ruta entre el punto de lanzamiento en paracaídas y la posición donde habían decidido ocultarse. Deteniéndose a intervalos para consultar su indicador manual de posición y examinar el mapa a la luz de la linterna de bolsillo, Martin podía verificar su avance y el lugar en que se encontraban. Así comprobó que ambos eran correctos a medianoche, y calculó que les quedaban otros quince kilómetros de marcha.

En los abruptos Brecons de Gales, Martin y sus hombres podían avanzar a seis kilómetros por hora, lo cual equivale a un paseo brioso sobre terreno llano para quienes sacan a pasear sus perros de noche sin llevar una mochila de cuarenta kilos a la espalda. Caminar con semejante carga a esa velocidad era perfectamente normal.

Pero en aquellas colinas hostiles, con la posibilidad de que hubiera patrullas a su alrededor, el avance debía ser más lento. Ya habían tenido un encuentro con los iraquíes; uno más sería excesivo.

Una ventaja que poseían sobre sus enemigos eran sus NVG, las gafas de visión nocturna que llevaban, semejantes a máscaras de submarinistas. Con la nueva versión gran angular podían ver el campo que se extendía delante de ellos con un pálido brillo verdoso, pues la tarea de los intensificadores de imágenes consistía en recoger hasta la última pizca de luz natural del entorno y concentrarla en la retina del espectador.

Dos horas antes del alba vieron la mole de la Fortaleza ante ellos y empezaron a subir por la cuesta a su izquierda. La montaña que habían elegido estaba en el borde meridional del kilómetro cuadrado indicado por Jericó, y desde las grietas cercanas a la cima podrían ver la cara sur de la Fortaleza —siempre y cuando se tratase de esta—, desde una altura casi igual a la de su cima.

Treparon fatigosamente durante una hora, con la respiración entrecortada. El sargento Stephenson, que iba delante, siguió un senderillo de cabras que ascendía y rodeaba la montaña. Poco antes de llegar a la cima encontraron la grieta que el TR-1 había detectado con su cámara dirigida hacia abajo y lateralmente. Era mejor de lo que Martin había esperado, pues se trataba de una grieta natural en la roca de dos metros y medio de longitud, metro veinte de profundidad y sesenta centímetros de altura. Fuera de la grieta había una saliente de sesenta centímetros de anchura, sobre la que Martin podría tender su torso manteniendo la parte inferior del cuerpo entre las rocas.

Los hombres sacaron la red de camuflaje y empezaron a disimular su nicho para que pasara completamente inadvertido.

Metieron la comida y el agua en los bolsillos de los «cinturones sistemáticos», pusieron a mano las piezas del equipo técnico de Martin, revisaron las armas y las dejaron listas para usarlas de inmediato si fuera preciso. Poco antes de que saliera el sol, Martin utilizó uno de sus artefactos.

Se trataba de un transmisor mucho más pequeño que el que tenía en Bagdad, puesto que su tamaño apenas superaba las medidas de un par de cajetillas de tabaco. Estaba conectado a una batería de cadmio y níquel con suficiente energía para proporcionarle más tiempo de comunicación del que podría necesitar.

La frecuencia estaba fijada, y en el otro extremo había un turno de escucha durante las veinticuatro horas del día. Para llamar la atención solo tenía que apretar el botón de transmisión en una secuencia de señales electrónicas y pausas previamente acordada, y entonces esperar a que desde el otro extremo contestaran con la secuencia de respuesta.

El tercer componente del aparato era una antena parabólica plegable, como la que tenía en Bagdad pero más pequeña. Aunque ahora se encontraba más al norte que la capital de Irak, también estaba a mucha más altura.

Martin instaló la antena orientándola hacia el sur, conectó el aparato a la batería y esta a la antena, y entonces presionó el botón de transmisión. Uno-dos-tres-cuatro-cinco, pausa; uno-dos-tres, pausa; uno, pausa, uno.

Al cabo de cinco minutos la radio que tenía en la mano chirrió tenuemente. Cuatro pitidos, otros cuatro, dos.

Presionó el botón de transmisión, lo mantuvo apretado y dijo al micrófono:

—Ven Nínive, ven Tiro. Repito, ven Nínive, ven Tiro.

Soltó el botón de transmisión y esperó. Oyó las excitadas señales del transmisor: uno-dos-tres, pausa; uno, pausa, cuatro. Recibido y reconocido.

Martin guardó el receptor en su funda impermeable, cogió sus potentes gemelos de campaña y tendió el torso sobre la saliente rocosa. A sus espaldas el sargento Stephenson y el cabo Eastman estaban metidos como embriones en la grieta bajo la roca, pero al parecer muy cómodos. Dos ramitas mantenían la red alzada ante él, presentando una abertura a través de la cual deslizó los prismáticos por los que un ornitólogo habría dado su brazo derecho.

La mañana del 23 de febrero, cuando el sol asomaba tras las montañas de Hamreen, el comandante Martin empezó a estudiar la obra maestra de su antiguo compañero de escuela Osman Badri, la Qa'ala que ningún aparato podía ver.

En Riad, Steve Laing y Simon Paxman examinaban la hoja que les había dado el ingeniero que acababa de llegar corriendo de la sala de radio.

—Por todos los diablos —dijo Laing entusiasmado—. Está ahí, está en la puñetera montaña.

Veinte minutos después en Al Kharz recibían la noticia enviada por la oficina del general Glosson.

El capitán Don Walker, que había regresado a su base en la madrugada del día 22, aprovechó lo poco que quedaba de la noche para dar una cabezada y se puso a trabajar poco después de que amaneciera, cuando los pilotos que habían realizado misiones nocturnas se dirigían a la cama con paso cansino después de haber informado sobre las mismas.

A mediodía disponía de un plan para presentarlo a sus superiores. Fue enviado de inmediato a Riad y aprobado. Por la tarde le asignaron el avión apropiado, junto con la tripulación y los servicios de apoyo.

El plan consistía en un ataque con cuatro aparatos contra una base aérea iraquí bastante al norte de Bagdad, llamada Tikrit Este, no lejos del pueblo natal de Saddam Hussein. Sería un ataque aéreo con bombas de una tonelada guiadas por láser. Don Walker estaría al frente, con su piloto de flanco habitual y otros dos Eagle.

Milagrosamente la misión apareció en la orden de actividades aéreas de Riad, aunque había sido ideada doce horas antes y no con tres días de antelación.

Las otras, tres tripulaciones necesarias fueron separadas de otras tareas y asignadas a la misión de Tikrit Este, programada para la noche del 22 si no había contraorden, y en caso contrario para cualquier otra noche que se les ordenara. Hasta entonces debían estar en disposición permanente para despegar una hora después de que se les avisara.

Los cuatro Strike Eagle estuvieron preparados al atardecer del día 22. A las diez de la noche la misión fue cancelada, sin que la sustituyera ninguna otra. A los ocho tripulantes se les dijo que descansaran, mientras el resto del escuadrón iba a bombardear tanques entre las unidades de la Guardia Republicana apostadas al norte de Kuwait.

Cuando al amanecer del día 23 los aviones que participaron en esta misión estuvieron de vuelta, a los ocho tripulantes ociosos les tocó su turno de diversión.

Junto con el personal de planificación de misiones, establecieron una ruta hacia Tikrit Este que llevaría a los cuatro Eagle al corredor entre Bagdad y la frontera iraní, al este, con un cambio de rumbo de 45 grados sobre el lago As Sa'diyah, y luego se enderezaría al nordeste, rumbo a Tikrit.

Don Walker estaba desayunando en el comedor cuando le llamó el comandante de su escuadrón.

—Su marcador de objetivos está en el lugar —le informó—. Descanse un poco. Puede que la noche sea dura.

Cuando amaneció, Mike Martin empezó a examinar la montaña que se elevaba al otro lado del valle. Al máximo aumento, sus prismáticos le permitían detectar incluso

pequeños arbustos. Haciendo retroceder el foco, podía ver una zona de cualquier tamaño que deseara.

Durante la primera hora no pareció más que una montaña. La hierba crecía en ella como en todas las demás, había matorrales como en las otras, aquí y allá un trecho de roca desnuda, de vez en cuando un pequeño canto rodado aferrado a la ladera. Como todas las demás colinas que alcanzaba a ver, aquella era de forma irregular. Nada en ella parecía fuera de lugar.

De tanto en tanto Martin cerraba fuertemente los ojos para descansar la vista, y apoyaba la cabeza en los antebrazos. Luego reanudaba la inspección.

Hacia media mañana empezó a aparecer una estructura. En ciertas zonas de la montaña la hierba parecía crecer de una manera diferente a la de otras partes. En algunas áreas la vegetación crecía de manera demasiado regular, como si formara hileras. Pero no había ninguna puerta, a menos que estuviera en el otro lado, ni carretera ni camino con marcas de neumáticos ni un tubo de extracción del aire viciado ni señales de excavación reciente o anterior. El movimiento de la luz solar fue lo que le dio la primera pista.

Poco después de las once creyó ver un destello en la hierba. Centró los prismáticos en aquel lugar y observó con el máximo aumento. El sol quedó oculto por una nube. Cuando apareció de nuevo, volvió a verse el destello. Entonces Martin localizó su origen. Era un fragmento de alambre en la hierba.

Parpadeó y probó de nuevo. Se trataba de un trozo de alambre colocado al sesgo, de unos treinta centímetros de longitud, pero formaba parte de un alambre más largo, cubierto de plástico verde, una pequeña porción del cual se había erosionado, revelando el metal debajo.

Había otros alambres similares, todos escondidos entre la hierba y solo visibles cuando en ocasiones el viento agitaba las briznas a uno y otro lado. Con otros alambres ubicados en diagonal formaban una superficie eslabonada.

Hacia mediodía pudo ver mejor. Una parte de la ladera estaba cubierta por una red de alambre que sujetaba el suelo a una superficie debajo de la tierra; la hierba y los arbustos plantados en cada brecha de forma romboidal servían para cubrir el alambre.

Entonces vio el escalonamiento. Una parte de la ladera estaba hecha, al parecer, de bloques de hormigón, cada uno colocado a unos diez centímetros detrás del que estaba debajo. A lo largo de estas terrazas había surcos de tierra en los que crecían los arbustos. Estos formaban líneas horizontales. Al principio no lo parecía, debido a que estaban situados a diferentes alturas, pero cuando Martin examinó detenidamente los troncos, le resultó evidente que estaban alineados, y no de manera natural.

Examinó otras partes de la montaña, pero la pauta terminaba y volvía a empezar un poco más a su izquierda. A primera hora de la tarde encontró la solución.

Los analistas de Riad habían tenido razón... hasta cierto punto. Si alguien hubiera

intentado excavar todo el centro de la colina, esta se habría venido abajo. El autor de aquel trabajo debía de haber aprovechado tres colinas existentes, cercenar las superficies interiores y rellenar las brechas entre las cimas para crear un cráter gigantesco.

Al llenar las brechas, el constructor había seguido los contornos de las colinas reales, escalonando las hileras de bloques de hormigón atrás y arriba, y creando así las pequeñas terrazas, para lo que se debió de verter miles de toneladas de hormigón.

El revestimiento sin duda fue posterior: láminas de alambre de verja revestidas de vinilo verde, probablemente grapadas al hormigón de debajo a fin de retener la tierra en las vertientes. Luego esparcieron las semillas de hierba para que arraigara y se extendiera, y plantaron arbustos en hoyos más profundos dejados en las terrazas de hormigón.

La hierba crecida durante el verano anterior se había enmarañado, creando su propia red de raíces entrelazadas, y los arbustos habían brotado a través del alambre y la hierba para armonizar con la maleza de las colinas originales.

Por encima del cráter, el tejado de la fortaleza era seguramente una cúpula geodésica construida de tal modo que tuviera millares de bolsas en las que podía crecer la hierba. Incluso había rocas artificiales, con franjas por las que había corrido el agua de lluvia.

Martin empezó a concentrarse en la zona cercana al punto donde el borde del cráter habría estado antes de la construcción de la rotonda. A unos quince metros de la parte superior de la cúpula encontró lo que buscaba. Ya había examinado la zona cincuenta veces con los prismáticos sin ver nada.

Se trataba de un afloramiento rocoso de un gris desvaído pero con dos líneas negras que lo cruzaban de un lado a otro. Cuanto más estudiaba Martin las líneas, más le intrigaba el motivo por el que alguien habría trepado tan alto para dibujar dos líneas en una roca.

Una ráfaga de viento proveniente del nordeste agitó la red de camuflaje alrededor de su rostro. El mismo viento hizo que una de las líneas se moviera. Cuando el viento cesó, las líneas dejaron de moverse. Entonces Martin se dio cuenta de que no eran líneas dibujadas, sino cables de acero que se deslizaban sobre la roca y se perdían en la hierba.

Alrededor del perímetro de la roca más grande había otras de menor tamaño, como centinelas en círculo. ¿Por qué era tan circular y para qué servían los cables de acero? Suponiendo que alguien, desde el interior de la montaña, tirase de aquellos cables, ¿se movería la roca?

A las tres y media se dio cuenta de que no se trataba de una roca, sino de un toldo gris, sujeto por los cables que desaparecían en la caverna situada debajo.

Gradualmente distinguió una forma circular de metro y medio de diámetro debajo

del toldo. Lo que veía era una lona circular que ocultaba el último metro del cañón Babilonia que se proyectaba, desde su recámara a doscientos metros bajo el cráter, hacia el cielo. Apuntaba hacia el sur-sudeste, en dirección a Dahran, que se encontraba a 750 kilómetros de distancia.

—El telémetro —musitó a los hombres que estaban detrás de él. Pasó los prismáticos y cogió el instrumento que le tendían, semejante a un telescopio.

Cuando miró a través del telémetro tal como le habían enseñado en Riad, vio la montaña y el toldo camuflado que cubría el cañón, pero sin ningún aumento.

En el prisma había cuatro cabrios en forma de V, con las puntas dirigidas hacia dentro. Hizo girar lentamente el mando estriado que había junto a la mira hasta que las cuatro puntas se tocaron para formar una cruz que quedó fijada sobre el toldo.

Se apartó de la mira y consultó las cifras de la banda rotatoria. Indicaba mil cien metros.

—La brújula —dijo.

Dejó el telémetro a sus espaldas y cogió la brújula electrónica. No era un instrumento formado por un disco flotando en un cuenco de alcohol, ni siquiera una aguja equilibrada sobre un cardán. Aplicó el ojo a la mira, avistó el toldo al otro lado del valle y apretó el botón. La brújula hizo el resto, indicándole 348 grados, diez minutos y dieciocho segundos desde donde se encontraba hasta el toldo.

El SATNAV hizo lo último que necesitaba: indicarle su posición exacta sobre la superficie del planeta, con una precisión de quince metros cuadrados.

Resultó muy engorroso montar la antena parabólica de satélite en un espacio tan reducido, y la operación requirió diez minutos. Cuando llamó a Riad la respuesta fue inmediata. Lentamente Martin transmitió a los oyentes en la capital saudí tres series de cifras: su posición exacta, la dirección que le señalaba la brújula entre él y el objetivo y la distancia. En Riad calcularían el resto y darían las coordenadas al piloto.

Martin retrocedió arrastrándose, se metió debajo de la grieta e intentó dormir. Fue sustituido por Stephenson, quien vigilaría por si se presentaban patrullas iraquíes.

A las ocho y media, cuando la oscuridad era total, puso a prueba el marcador infrarrojo de objetivos. Tenía la forma de una linterna grande, con una culata de pistola, pero en la parte trasera presentaba una mira.

Martin conectó el instrumento a su batería, apuntó a la Fortaleza y miró. Toda la montaña estaba iluminada con tanta claridad como si la bañase la luz de una gran luna verde. Dirigió el cañón del intensificador de imagen al toldo que ocultaba la boca del cañón Babilonia y apretó el gatillo.

Un solo rayo invisible de luz infrarroja recorrió el valle, y Martin vio aparecer un pequeño punto rojo en la ladera de la montaña. Movié el instrumento de visión nocturna, aplicó el punto rojo al toldo y lo mantuvo allí durante treinta segundos. Una vez satisfecho, lo apagó y retrocedió bajo la red.

Los cuatro aviones Strike Eagle despegaron de Al Kharz a las once menos cuarto de la noche y ascendieron a veinte mil pies. Para tres de las tripulaciones se trataba de una misión de rutina destinada a atacar una base aérea iraquí. Cada Eagle transportaba bombas de una tonelada guiadas por láser, aparte de sus misiles aire-aire.

La operación de repostar con el avión nodriza KC-10 que les habían asignado se llevó a cabo con normalidad. Una vez llenos los depósitos, se alejaron en amplia formación y la escuadrilla, cuyo nombre en clave era Grajo, puso rumbo casi directamente al norte, sobrevolando la población iraquí de As Samawah a las 11.14.

Volaron, como de costumbre, en silencio radiofónico y sin luces, pues cada «mago» podía ver perfectamente a los otros tres aviones en la pantalla de su radar. La noche estaba despejada y los AWACS en misión sobre el Golfo les indicaron una «imagen clara», lo cual significaba que no había cazas iraquíes en el aire.

A las 11.39 el «mago» de Don Walker musitó:

—Giro dentro de cinco.

Todos le oyeron y entendieron que girarían sobre el lago As Sa'diyah al cabo de cinco minutos.

En el preciso momento en que efectuaban el giro de 45 grados a babor para emprender el nuevo rumbo a Tikrit Este, las otras tres tripulaciones oyeron decir muy claramente a Don Walker:

—Escuadrilla Grajo... El líder tiene problemas en el motor. Regreso a la base. Grajo Tres, sustitúyeme.

Aquella noche Grajo Tres era Bull Baker, jefe del grupo formado por los otros dos aviones. A partir de entonces las cosas empezaron a ir mal, y de una manera muy preocupante.

El piloto de flanco de Walker, Randy R-2 Roberts, se aproximó a su líder, pero no pudo ver ningún problema aparente en los motores de Walker. Sin embargo, Grajo Líder estaba perdiendo potencia y altura. Si iba a regresar a la base, lo normal sería que su piloto de flanco permaneciera con él, a menos que el problema fuese mínimo. Y un fallo del motor sobre territorio enemigo no es un problema mínimo.

—Roger, entendido —dijo Baker. Entonces oyeron de nuevo la voz de Walker.

—Grajo Dos, reúname con Grajo Tres, repito, reúname con él. Es una orden. Sigana Tikrit Este.

El piloto de flanco, ahora perplejo, hizo lo que le ordenaba su jefe y ascendió para reunirse con los Grajos restantes. El comandante seguía perdiendo altura sobre el lago. Podían verle en sus pantallas de radar.

En el mismo momento se dieron cuenta de que había hecho lo impensable. Por algún motivo, tal vez debido a la confusión causada por el problema del motor, no había hablado a través del sistema de radio codificado *have-quick*, sino «en claro».

Más sorprendente todavía era que había mencionado su destino.

Por encima del Golfo, un joven sargento de la Fuerza Aérea estadounidense que manejaba parte de la batería de consolas en la carlinga del AWACS se sintió perplejo y avisó a su controlador de misiones.

—Tenemos un problema, señor. Grajo Líder tiene un fallo de motor y quiere regresar a la base.

—De acuerdo, anotado —dijo el comandante de la misión. En la mayor parte de los aviones el piloto es el capitán y es la máxima autoridad, pero en el AWACS, si bien el piloto está al frente de la seguridad del aparato, el comandante de la misión es quien tiene la palabra cuando se trata de dar órdenes a través del aire.

—Pero, señor —protestó el sargento—. Grajo Líder ha hablado «en claro, ha revelado el objetivo de la misión. ¿Digo que regresen todos a la base?

—Negativo, la misión continúa —dijo el controlador—. Que sigan adelante.

El sargento, estupefacto, regresó a su consola. Aquello era una locura. Si los iraquíes habían oído la transmisión, sus defensas aéreas en Tikrit Este estarían en alerta máxima. Entonces oyó de nuevo a Walker.

—Grajo Líder. SOS SOS. Los dos motores averiados. Eyección.

Todavía hablaba «en claro». Los iraquíes, si estaban escuchando, podrían oírlo todo.

De hecho, el sargento tenía razón. Los mensajes habían sido captados. En Tikrit Este los artilleros quitaban los toldos que cubrían sus cañones antiaéreos y los misiles buscadores de calor esperaban el sonido de los motores cuando se aproximaran los aviones. Otras unidades recibían la alerta para acudir a la zona del lago en busca de dos aviadores abatidos.

—Señor, Grajo Líder ha caído. Tenemos que enviar a la base a los restantes.

—Anotado. Negativo —dijo el comandante de la misión. Consultó su reloj. Tenía sus órdenes. No sabía por qué, pero las obedecería.

La escuadrilla Grajo se encontraba entonces a nueve minutos del objetivo, donde la esperaba un comité de recepción. Los tres pilotos de los Eagle volaban en absoluto silencio.

El sargento del AWACS pudo ver todavía la señal electrónica de Grajo Líder, a muy baja altura sobre la superficie del lago. Era evidente que el Eagle había sido abandonado y se estrellaría de un momento a otro.

Cuatro minutos después el comandante de la misión pareció cambiar la idea.

—AWACS a escuadrilla Grajo, regreso a la base, repito, regreso a la base.

Los tres pilotos de los Strike Eagle, deprimidos y desalentados por los acontecimientos, se desviaron de su rumbo y emprendieron el regreso a la base. En Tikrit Este los artilleros iraquíes, que carecían de radar, aguardaron en vano durante otra hora.

En el extremo meridional del Jebal al Hamreen otro puesto de escucha iraquí había oído el mensaje del piloto estadounidense. El coronel de transmisiones que estaba al frente no tenía el cometido de alertar a Tikrit Este o cualquier otra base aérea ante la proximidad de aviación enemiga. Su única tarea consistía en asegurarse de que nadie penetrara en el Jebal.

Cuando la escuadrilla Grajo viró por encima del lago, el coronel iraquí ordenó la alerta ámbar, pues la trayectoria desde el lago hasta la base aérea habría llevado a los Eagle al borde meridional de la cadena montañosa. Cuando uno de ellos se estrelló, estuvo encantado, y cuando los otros tres cambiaron de rumbo y se dirigieron al sur, se sintió aliviado y canceló la alerta.

Don Walker había bajado en espiral hacia la superficie del lago hasta que niveló el aparato a treinta metros sobre la superficie y efectuó la llamada de socorro. Mientras sobrevolaba las aguas del As Sa'diyah, tecleó sus nuevas coordenadas y viró al norte, penetrando en el Jebal. En el mismo momento puso en marcha el sistema LANTIRN.

El LANTIRN es un sistema de navegación y establecimiento de objetivos a baja altura mediante rayos infrarrojos que permiten efectuar esas maniobras de noche; es el equivalente estadounidense del sistema TIALD británico. Al conectar el LANTIRN, Walker podía ver a través de la cubierta de la carlinga el paisaje que tenía delante, iluminado claramente por los rayos infrarrojos emitidos desde la parte inferior de las alas.

Las columnas de información en la pantalla indicadora le proporcionaban ahora el rumbo, la velocidad, la altura y el tiempo que faltaba para llegar al punto de lanzamiento.

Podría haber conectado el piloto automático de modo que el ordenador se encargara de pilotar el Eagle, haciéndole avanzar por las gargantas y los valles, pasando ante los riscos y las laderas montañosas, mientras el tripulante permanece con las manos sobre los muslos. Pero prefirió mantener el control manual y pilotar él mismo su aparato.

Con la ayuda de las fotos de reconocimiento proporcionadas por el Agujero Negro, había trazado un rumbo a través de la cadena montañosa que nunca le haría salir del horizonte de los picos. Se mantuvo a baja altura, cruzando los valles en vuelo rasante, virando repentinamente desde una brecha a otra, siguiendo un rumbo zigzagueante, como si de una montaña rusa se tratara, que le adentraba en la cadena montañosa, acercándole a la Fortaleza.

Cuando Walker efectuó su llamada de socorro, la radio de Mike Martin emitió una serie de señales convenidas de antemano. Entonces Martin volvió a ocupar su lugar en la saliente, apuntó el marcador infrarrojo de objetivos hacia el toldo que estaba a mil metros de distancia, estableció el punto rojo en el centro exacto del

blanco y lo mantuvo allí.

Las señales electrónicas emitidas por la radio significaban «siete minutos para lanzar la bomba», y a partir de entonces Martin no movería un solo centímetro el punto rojo.

—Ya va siendo hora —musitó Eastman—. Me estoy congelando aquí dentro.

—No falta mucho —dijo Stephenson mientras metía los últimos objetos en la mochila—. Luego podrás correr tanto como quieras, Benny.

Solo dejaron sin guardar la radio, preparada para la siguiente transmisión.

En el asiento trasero del Eagle, el «mago» Tim veía la misma información que el piloto. Cuatro minutos para lanzar, tres y medio, tres... Las cifras de la pantalla indicadora iban retrocediendo mientras el Eagle volaba entre las montañas hacia su objetivo. Pasó como una exhalación sobre la pequeña hondonada donde habían aterrizado Martin y sus hombres, y tardó unos segundos en recorrer el terreno por el que habían avanzado penosamente con sus pesadas mochilas a cuestas.

—Noventa segundos para el lanzamiento...

Los hombres del SAS oyeron el sonido de los motores procedente del sur mientras el Eagle iniciaba su ascenso.

El cazabombardero sobrevoló la última elevación cinco kilómetros al sur del objetivo, en el mismo momento en que la cuenta atrás llegaba a cero. En la oscuridad, las dos bombas en forma de torpedo abandonaron sus pilones bajo las alas y ascendieron durante unos segundos, impulsadas por su misma inercia.

En las tres falsas aldeas, los guardias republicanos, sorprendidos por el estruendo de los motores a reacción que parecía salido de la nada, saltaron de sus catres y corrieron en busca de sus armas. Al cabo de unos segundos los tejados de los graneros se elevaron sobre sus gatos hidráulicos, revelando los misiles que ocultaban.

Las dos bombas empezaron a caer. En sus morros los dispositivos buscadores de rayos infrarrojos husmearon en busca del haz orientador, el cubo invertido de rayos invisibles que rebotaban desde el punto rojo que señalaba su blanco, el cubo en el que, una vez que habían entrado, ya no podían salir.

Mike Martin estaba tendido de bruces, esperando, abofeteado por el estrépito de los motores mientras las montañas temblaban, y mantenía fijo el punto rojo sobre el cañón Babilonia.

No vio las bombas. En un momento determinado estaba mirando la montaña verde pálido a la luz del intensificador de imágenes, y un instante después tuvo que desviar la vista y protegerse los ojos con la mano, al tiempo que la noche se convertía en un día rojo como la sangre.

El impacto de las dos bombas fue simultáneo, y se produjo tres segundos antes de que el coronel de la Guardia en las profundidades de la montaña ahuecada intentara bajar la palanca de lanzamiento. No lo consiguió.

Martin miró al otro lado del valle sin el dispositivo de visión nocturna y vio que toda la parte superior de la Fortaleza estaba envuelta en llamas. El resplandor le permitió distinguir la imagen huidiza de un enorme cañón que retrocedía como una bestia herida, retorciéndose y girando en la conflagración, rompiéndose y derrumbándose junto con los fragmentos de la cúpula, hundiéndose en las profundidades del cráter que había debajo.

—Condenado fuego del infierno —susurró el sargento Stephenson, a su lado.

No era una mala analogía. El fuego anaranjado empezó a brillar en el cráter mientras los primeros destellos de la explosión se extinguían y las montañas volvían a estar sumidas en una luz mortecina. Martin tecleó sus claves de «alerta» para los oyentes de Riad.

Tras lanzar las bombas, Don Walker había proseguido su vuelo, dando el Eagle una inclinación de 135 grados y descendiendo en busca de un rumbo recíproco para regresar al sur. Pero como no estaba sobre terreno llano y las montañas le rodeaban por todos los lados, tenía que ganar más altura de la normal o se arriesgaría a chocar contra una de las cumbres.

La aldea más alejada de la Fortaleza fue la que efectuó el mejor disparo. Por una fracción de segundo estuvo encima de ellos, sobre la punta de un ala, girando al sur, cuando fueron lanzados los dos misiles. No eran Sam rusos sino los mejores de que disponía Irak: Roland francoalemanes.

El primero fue lento y corrió en pos del Eagle cuando este se perdía de vista al otro lado de las montañas. El Roland no logró elevarse por encima de la montaña. El segundo rozó las rocas de la cima y alcanzó al caza en el valle contiguo. Walker notó el choque tremendo del misil contra el fuselaje de su avión, que destrozó y casi arrancó de cuajo el motor de estribor.

El Eagle salió despedido a través del cielo, sus delicados sistemas en desorden, el combustible llameante formando una cola de cometa detrás de él. Walker comprobó los controles, un amasijo informe donde antes había habido una respuesta segura. Todo había terminado, el avión moría, con todas las luces de alarma de incendio encendidas, treinta toneladas de metal ardiente a punto de precipitarse desde el cielo.

—Eyección, eyección...

La cubierta de la cabina se hizo añicos automáticamente un microsegundo antes de que salieran despedidos los dos asientos. Volaron en la noche, giraron y se estabilizaron. Sus sensores notaron enseguida que estaban demasiado bajos y rompieron las correas que retenían al piloto en el asiento, liberándole del metal de modo que pudiera abrirse su paracaídas.

Era la primera vez que Walker salía despedido de un avión. La tremenda sacudida le dejó semiinconsciente durante unos segundos, privándole de la capacidad de decisión. Afortunadamente los fabricantes habían pensado en ello, y al mismo tiempo

que el pesado asiento metálico caía, el paracaídas se abrió y desplegó. Walker, aturdido, se encontró rodeado por una oscuridad absoluta, balanceándose en el arnés sobre un valle que no podía ver.

No fue un descenso largo, pues había saltado a muy baja altura. Al cabo de unos segundos chocó contra el suelo, cayó y dio varias vueltas mientras buscaba frenéticamente el pasador para librarse del arnés. Entonces el paracaídas desapareció, impulsado por el viento valle abajo, y Walker quedó tendido boca arriba sobre la áspera hierba.

—Tim —llamó—. ¿Estás bien, Tim?

Subió corriendo por el valle, en busca de otro paracaídas, seguro de que su compañero había aterrizado en la misma zona.

En eso no se equivocaba. Ambos aviadores habían caído dos valles al sur de su objetivo. En el cielo, al norte, distinguió un tenue resplandor rojizo.

Al cabo de tres minutos tropezó con algo y se golpeó una rodilla. Creía que era una roca, pero a la tenue luz vio que se trataba de uno de los asientos del avión. ¿Era el suyo o el de Tim? Siguió buscando.

Por fin encontró a su «mago». La eyección del joven había sido perfecta, pero un fragmento del misil había destrozado el dispositivo de separación del asiento en su aparato eyector. Había aterrizado en la ladera de la montaña, trabado en su asiento y con el paracaídas sin abrir debajo de él. El impacto del choque había liberado finalmente el cuerpo de su prisión de metal, pero ningún hombre podía sobrevivir a semejante impacto.

Tim Nathanson yacía boca arriba en el valle; aún llevaba puestos el casco y el visor, pero su cuerpo era un amasijo de miembros destrozados. Walker le arrancó la mascarilla y la placa de identificación, se volvió, dando la espalda al resplandor en las montañas, y echó a correr. Las lágrimas bañaban su rostro.

Corrió hasta que no pudo más, y entonces encontró una grieta en la montaña y se introdujo en ella para descansar.

Dos minutos después de que la Fortaleza volara en pedazos, Martin había establecido contacto con Riad. Envío una serie de señales electrónicas y luego su mensaje:

—Ahora Barrabás. Repito, ahora Barrabás.

Los tres hombres del SAS apagaron la radio, la guardaron, se echaron las mochilas a la espalda y empezaron a alejarse rápidamente de la montaña. Ahora las patrullas serían más numerosas que nunca, aunque no les buscarían a ellos, pues era improbable que los iraquíes averiguaran enseguida cómo era posible que el ataque aéreo hubiese sido tan certero, sino a los aviadores americanos derribados.

El sargento Stephenson había tomado el rumbo del reactor en llamas cuando pasó por encima de sus cabezas, y la dirección en la que había caído. Suponiendo que

hubiera volado alocadamente durante un rato después de las eyecciones, la tripulación, de haber sobrevivido, tenía que estar en alguna parte a lo largo de ese rumbo. Se movieron con rapidez, para eludir a los hombres de la tribu Ubaidi pertenecientes a la Guardia Republicana que ahora salían de sus aldeas y se encaminaban hacia aquella montaña.

Veinte minutos después, Mike Martin y los dos hombres del SAS encontraron el cadáver del oficial de sistemas de armamento. No podían hacer nada por él, así que reanudaron su camino.

Al cabo de diez minutos oyeron a sus espaldas un tiroteo de armas ligeras que continuó durante algún tiempo. Los hombres de Al Ubaidi también habían encontrado el cuerpo, e impulsados por la cólera habían vaciado sobre él sus cargadores. Ese gesto reveló su posición. Los hombres del SAS siguieron avanzando.

Don Walker apenas notó la hoja del cuchillo del sargento Stephenson, liviana como un hilo de seda en su garganta. Pero alzó la vista y vio a un hombre de pie ante él. Era moreno y enjuto. Un arma en su mano derecha le apuntaba al pecho, y llevaba el uniforme de capitán de la Guardia Republicana iraquí, división de montaña. Entonces el hombre le habló.

—No podía haber elegido un momento más inoportuno para dejarse caer a tomar el té. ¿No sería mejor que saliésemos de aquí pitando?

Aquella noche el general Norman Schwarzkopf estaba a solas en su suite del cuarto piso del Ministerio de Defensa saudí.

No era allí donde había pasado la mayor parte de los últimos siete meses, un período que había dedicado principalmente a visitar todas las unidades de combate que le fue posible, o a reunirse en el subsótano con su personal y los planificadores. Pero el amplio y cómodo despacho era el lugar al que se retiraba cuando quería estar solo.

Estaba sentado ante su mesa, sobre la que descansaba el teléfono rojo que le ponía en comunicación con Washington a través de una red de alta seguridad, y esperaba.

Diez minutos antes de la una de la madrugada del 24 de febrero, sonó el otro teléfono.

—¿General Schwarzkopf? —le preguntaron con acento británico.

—Sí, al habla.

—Tengo un mensaje para usted, señor.

—Dispare.

—Dice así, señor: «Ahora Barrabás. Ahora Barrabás.»

—Gracias —dijo el comandante en jefe, y colgó el auricular. A las cuatro de la madrugada de aquel día dio comienzo la invasión terrestre.

Los tres hombres del SAS avanzaron a marchas forzadas durante el resto de la noche. Don Walker jadeaba y, a pesar de que no llevaba mochila y creía estar en buena forma física, se sentía exhausto.

A veces caía de rodillas, seguro de que no podría dar un paso más, de que incluso la muerte sería preferible al dolor que atenazaba cada uno de sus músculos.

Cuando eso sucedía, notaba dos manos de acero, una bajo cada axila, y oía el acento *cockney* del sargento Stephenson en su oído.

—Vamos, compañero, solo un poco más. Mira esa colina. Probablemente descansaremos al otro lado.

Pero nunca descansaban. En vez de dirigirse al sur, hacia las estribaciones del Jebal al Hamreen, donde se suponía que tropezarían con una muralla de guardias republicanos motorizados, Mike Martin se encaminó hacia el este, a las altas colinas que se extendían hasta la frontera iraní. Era un rumbo que obligaba a las patrullas de montañeros Al Ubaidi a ir tras ellos.

Poco después del alba, Martin se volvió, miró hacia abajo y localizó un grupo de seis iraquíes, en mejor forma física que los restantes, que seguían trepando y aproximándose. Cuando los guardias republicanos llegaron a la cresta siguiente encontraron a uno de los enemigos sentado en el suelo, de espaldas a ellos.

Los montañeros se apostaron detrás de las rocas y abrieron fuego, acribillando al extranjero por la espalda. El hombre cayó. Los seis guardias de la patrulla abandonaron su cobertura y avanzaron corriendo.

Demasiado tarde vieron que el cuerpo era en realidad una mochila Bergen cubierta con una chaqueta de camuflaje y, encima, el casco de vuelo de Walker. Los tres Heckler y Koch MP5 con silenciador acabaron con ellos cuando estaban alrededor del supuesto cuerpo.

Martin hizo finalmente un alto cerca del pueblo de Khanaqin, y efectuó una transmisión a Riad. Stephenson y Eastman vigilaban, mirando hacia el oeste, desde donde habría de llegar cualquier patrulla que les persiguiera.

Martin comunicó a Riad que quedaban tres hombres del SAS y tenían con ellos a un piloto americano. Por si el mensaje era interceptado, no indicó la posición en que se encontraban. Entonces reanudaron la marcha.

En lo alto de las montañas, cerca de la frontera, encontraron refugio en una casucha de piedra usada por los pastores en verano, cuando conducían los rebaños a los pastos superiores. Una vez allí organizaron un turno de guardias y esperaron durante los cuatro días que duró la guerra terrestre, mientras muy al sur los tanques y la aviación aliados aplastaban a las fuerzas iraquíes en una guerra relámpago de

noventa horas y penetraban en Kuwait.

Aquel mismo día, el primero de la guerra terrestre, un soldado solitario penetró en Irak por el oeste. Era un israelí de los comandos Sayeret Matkal, elegido por su excelente dominio del árabe.

Un helicóptero israelí, provisto de depósitos de combustible para largo recorrido y disfrazado con los emblemas del Ejército jordano, salió del Neguev y sobrevoló a baja altura el desierto jordano para depositar al hombre tras la frontera de Irak, al sur del cruce de Ruweishid.

Una vez realizada la operación, el aparato regresó a través de Jordania hasta Israel sin ser descubierto.

Al igual que Martin, el soldado disponía de una motocicleta ligera y resistente con neumáticos especiales para correr por el desierto. Aunque estaba amañada para que pareciese vieja, sucia, oxidada y abollada, su motor se hallaba en perfectas condiciones y llevaba combustible adicional en dos bidones a ambos lados de la rueda trasera.

El soldado siguió la carretera principal hacia el este y entró en Bagdad cuando se ponía el sol.

La preocupación de sus superiores por su seguridad había sido excesiva. Gracias a esos asombrosos medios de comunicación clandestina que parecen superar incluso a los artefactos electrónicos, los habitantes de la ciudad ya sabían que sus soldados estaban siendo derrotados en Kuwait y en los desiertos que se extienden al sur de Irak. Al anochecer del primer día, la AMAM se había retirado a sus cuarteles y no salía de ellos.

Ahora que el bombardeo había cesado, pues todos los aviones aliados eran necesarios para el combate, la gente de Bagdad circulaba libremente y hablaban sin tapujos de la llegada inminente de americanos y británicos para derrocar a Saddam Hussein.

Era una euforia que duraría una semana, hasta que resultó evidente que los aliados no vendrían y la AMAM volvió a imponer su autoridad despiadada.

La estación central de autobuses era una masa hirviente de soldados, en su mayoría apenas vestidos con camiseta y calzoncillos después de haberse despojado de sus uniformes en el desierto. Eran los desertores que habían esquivado a los pelotones de ejecución que aguardaban detrás de la línea del frente. Vendían sus Kalashnikov por el precio de un pasaje para regresar a sus pueblos. Al comienzo de la semana, aquellos fusiles se cotizaban a treinta y cinco dinares cada uno, y cuatro días después el precio había bajado a diecisiete.

El infiltrado israelí tenía una sola tarea, que llevó a cabo durante la noche. El Mossad solo conocía los tres buzones muertos utilizados para enviar mensajes a

Jericó que Alfonso Ben Moncada dejara tras de sí en agosto. Martin había cancelado dos de ellos por razones de seguridad, pero el tercero seguía en funcionamiento.

El israelí depositó mensajes idénticos en los tres escondrijos, hizo las marcas de tiza apropiadas, subió a su motocicleta y se dirigió de nuevo al oeste, uniéndose a la multitud de refugiados que iban en aquella dirección.

Tardó otro día en llegar a la frontera. Allí se desvió al sur de la carretera principal, entró en el desierto, cruzó a Jordania, recuperó su radiofaro direccional oculto y lo utilizó. El haz de señales electrónicas fue recogido de inmediato por un avión israelí que volaba trazando círculos sobre el Neguev, y el helicóptero regresó al lugar de la cita para recoger al infiltrado. Este no había dormido y apenas si se había alimentado durante aquellas cincuenta horas, pero cumplió con su misión y regresó a casa sano y salvo.

El tercer día de la guerra terrestre, Edith Hardenberg volvió a su mesa de trabajo en el Winkler Bank, perpleja y airada al mismo tiempo. La mañana anterior, precisamente cuando se disponía a ir al trabajo, recibió una llamada telefónica.

El comunicante, que hablaba un alemán impecable con acento de Salzburgo, se presentó como el vecino de su madre, y le dijo que frau Hardenberg había caído por las escaleras tras resbalar en una placa de hielo, y se encontraba en estado crítico.

La señorita Hardenberg intentó una y otra vez hablar con su madre, pero el teléfono comunicaba continuamente. Por fin, en un estado de gran nerviosismo, llamó a la compañía telefónica de Salzburgo, donde le informaron que el teléfono debía de estar averiado.

Entonces llamó al banco para excusar su inasistencia y condujo bajo la nieve hasta Salzburgo, adonde llegó cerca del mediodía. Su madre, que estaba perfectamente bien, se sorprendió al verla. No había sufrido ninguna caída, no estaba lesionada. Lo peor que le ocurría era que algún vándalo había cortado la línea telefónica.

Cuando Edith regresó a Viena era demasiado tarde para ir al trabajo.

Al día siguiente encontró a Wolfgang Gemütlich en un estado de ánimo incluso peor que el suyo. Le reprochó ásperamente que el día anterior se hubiese ausentado, y escuchó con gesto de impaciencia su explicación.

La secretaria no tardó en conocer el motivo del malhumor de Gemütlich. El día anterior, a media mañana, se había presentado un joven en el banco y había insistido en verle.

El visitante dijo llamarse Aziz y ser hijo del titular de una importante cuenta numerada. El árabe explicó que su padre estaba indispuesto pero deseaba que su hijo actuara en su lugar.

Entonces el joven Aziz hijo mostró una documentación que le identificaba a la

perfección como enviado de su padre, quien le autorizaba a manejar la cuenta en cuestión. Herr Gemütlich examinó los documentos en busca de cualquier defecto, por insignificante que fuese, pero no encontró ninguno. No tuvo otra alternativa que acceder a lo que el joven le pedía.

Aquel canalla insistió en que su padre deseaba cerrar la cuenta y transferir el dinero a otra parte. Y esto, recalcó a su secretaria el atribulado banquero, solo dos días después de que ingresaran en la cuenta otros tres millones de dólares, con lo cual el total ascendía a más de diez millones.

Edith Hardenberg escuchó el angustiado relato de Gemütlich muy serenamente, y entonces le preguntó por el visitante. Sí, en efecto, se llamaba Karim, y, ahora que ella lo mencionaba, en el meñique de una mano llevaba un anillo de sello con un ópalo rosa. También era cierto que tenía una cicatriz a lo largo del mentón.

De no haber estado tan absorto en su propia aflicción, el banquero podría haberse preguntado por qué su secretaria le hacía unas preguntas tan concretas acerca de un hombre al que no podía haber visto.

Gemütlich admitió que, naturalmente, había sabido que el titular de la cuenta era de algún país árabe, pero no tenía idea de que fuese iraquí ni tuviese un hijo.

Después del trabajo, Edith Hardenberg regresó a su pequeño apartamento y empezó a limpiarlo. Se pasó horas fregándolo a conciencia. Luego llevó dos cajas de cartón al gran contenedor de basura situado a doscientos metros. Una de las cajas contenía artículos de maquillaje, perfumes, lociones y sales de baño; la otra, un surtido de prendas interiores femeninas. Luego reanudó la limpieza.

Más tarde los vecinos dijeron que había estado hasta altas horas de la noche escuchando música, no Mozart y Strauss como solía, sino Verdi. Un vecino que tenía muy buen oído identificó la pieza como el *Nabucco*, que Edith escuchó una y otra vez.

La música cesó de madrugada, y la mujer salió de su casa con dos objetos que había recogido de la cocina y se marchó en su coche.

Un contable jubilado, que paseaba a su perro por el Prater a las siete de la mañana siguiente, la encontró. Se había desviado de la Hauptallee para que su perro hiciera sus necesidades en el bosque, apartado de la calle.

Edith vestía su pulcra chaqueta de tweed gris, llevaba el cabello recogido en un moño detrás de la cabeza, gruesas medias de hilo de Escocia y zapatos de tacón plano. La cuerda de tender asegurada a una rama de roble no le había fallado, y la pequeña escalera estaba a un metro de distancia.

Permaneció completamente inmóvil y rígida, las manos a los costados y la punta de los pies señalando con elegancia hacia abajo. Siempre había sido una persona muy pulcra, la señorita Edith Hardenberg.

El 28 de febrero fue el último día de la guerra terrestre. En los desiertos iraquíes al oeste de Kuwait el Ejército de Saddam Hussein había sido rebasado y aniquilado. Al sur de la capital, las divisiones de guardias republicanos que invadieron Kuwait el 2 de agosto habían dejado de existir. Aquel día, las fuerzas ocupantes, tras haber prendido fuego a todo lo susceptible de arder e intentado destruir todo lo demás, se pusieron en marcha hacia el norte en una serpenteante columna de camiones, semiorugas, furgones, coches y carros.

La columna fue sorprendida en el lugar donde la autopista del norte atraviesa la sierra de Matla. Aviones Eagle, Jaguar, Tomcat, Hornet, Tornado, Thunderbolt y Phantom convirtieron los vehículos en chatarra carbonizada. Con la cabeza de la columna destruida y bloqueando la ruta, los restantes vehículos no podían avanzar ni retroceder, y debido al entorno montañoso les resultaba imposible abandonar la autopista. Muchos murieron en aquella columna y los demás se rindieron. Cuando se puso el sol las primeras fuerzas árabes entraban en Kuwait para liberarlo.

Aquella noche Mike Martin estableció de nuevo contacto con Riad y escuchó la noticia. Comunicó su posición y la de un prado razonablemente llano en las proximidades.

Los hombres del SAS y Walker se habían quedado sin alimentos, bebían nieve fundida y tenían mucho frío, pues no se atrevían a encender fuego por temor a revelar su posición. La guerra había terminado, pero era muy posible que las patrullas de guardias montañeses no lo supieran, o que no les importara.

Poco después de que amaneciera dos helicópteros Blackhawk de larga autonomía de vuelo, tomados en préstamo a la 101 División Aerotransportada, fueron por ellos. Tan grande era la distancia desde la frontera saudí que habían llegado desde la base artillera establecida por la 101 ochenta kilómetros en el interior de Irak, tras el mayor ataque con helicópteros de la historia. Incluso desde la base artillera junto al río Éufrates había un largo recorrido hasta las montañas de la frontera, cerca de Khanaqin.

Por ese motivo los helicópteros eran dos: el segundo llevaba incluso más combustible para el viaje de regreso.

Para mayor seguridad, ocho Eagle trazaban círculos en el cielo, ofreciendo cobertura protectora mientras el helicóptero repostaba en el prado. Don Walter alzó la vista.

—¡Eh, son los míos! —gritó.

Cuando los dos Blackhawk emprendieron el regreso, los Strike Eagle volaron juntos hasta que estuvieron al sur de la frontera.

Se despidieron en una extensión de arena azotada por el viento, rodeados por los restos de un ejército derrotado cerca de la frontera entre Arabia Saudí e Irak. Los

motores de un Blackhawk arremolinaron el polvo y la grava antes de transportar a Don Walker a Dahran, desde donde volaría a Al Kharz. Un Puma británico permanecía un poco más lejos, para llevar a los hombres del SAS a su base secreta.

Aquella noche, en una cómoda casa de campo en los ondulantes montes de Sussex, el doctor Terry Martin fue informado de dónde había estado su hermano desde el mes de octubre y de que ahora estaba fuera de Irak, a salvo en Arabia Saudí.

El profesor casi enfermó de alivio, y el SIS le trasladó a Londres, donde reanudó su vida docente en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos.

Dos días después, el 3 de marzo, los comandantes en jefe de las fuerzas aliadas se reunieron con dos generales de Bagdad en una tienda de campaña levantada en una pista de aterrizaje iraquí llamada Safwan, para negociar la rendición.

Los únicos portavoces de los aliados eran los generales Norman Schwarzkopf y el príncipe Khalid bin Sultan. Al lado del general estadounidense se sentaba el comandante en jefe de las fuerzas británicas, el general sir Peter de la Billière.

Los militares occidentales creen todavía que solo dos generales iraquíes acudieron a Safwan. En realidad fueron tres.

La red de seguridad americana era muy rígida, para excluir toda posibilidad de que un asesino llegara a la tienda donde estaban los generales de ambos bandos. Toda una división rodeaba el aeródromo, de cara al exterior.

Al contrario de los comandantes aliados que habían llegado del sur en una serie de helicópteros, el grupo iraquí había recibido la orden de dirigirse a un cruce de carreteras al norte de la pista. Allí dejaron sus coches y subieron a varios vehículos blindados, llamados *humvees*. Los conductores estadounidenses les transportaron a lo largo de los últimos tres kilómetros hasta el aeródromo y el grupo de tiendas donde les esperaban.

Diez minutos después de que el grupo de generales y sus intérpretes hubieran entrado en la tienda donde tendrían lugar las negociaciones, una limusina Mercedes negra llegó desde Basora, en dirección al cruce. El control de carretera estaba al mando de un capitán de la 7.^a Brigada Acorazada de Estados Unidos, pues todos los oficiales de mayor graduación habían ido al aeródromo. La inesperada limusina fue detenida.

En la parte trasera del vehículo viajaba un tercer general, aunque solo de brigada, que llevaba un maletín negro. Ni él ni su conductor hablaban inglés, y el capitán no sabía árabe. Estaba a punto de ponerse en contacto por radio con el aeródromo para solicitar órdenes, cuando se acercó un jeep conducido por un coronel americano acompañado de otro pasajero. El conductor vestía el uniforme de las Fuerzas

Especiales Boinas Verdes, y el pasajero llevaba la insignia del G2, la Inteligencia militar.

Ambos hombres mostraron sus documentos de identidad al capitán, quien los examinó minuciosamente, comprobó que eran idénticos y les saludó con marcialidad.

—Está bien, capitán, estábamos esperando a ese cabrón —dijo el coronel de los Boinas Verdes—. Parece que se ha retrasado a causa de un neumático pinchado.

—Ese maletín contiene los nombres de todos nuestros prisioneros de guerra —dijo el oficial del G2, señalando el portafolio del general de brigada iraquí, que permanecía sin comprender nada al lado de su coche—. Incluye la tripulación aérea desaparecida. El general Schwarzkopf lo quiere, y ahora mismo.

No quedaba ningún *humvee*. El coronel de los Boinas Verdes empujó bruscamente al iraquí hacia el jeep. El capitán estaba perplejo. No sabía nada de un tercer general iraquí, pero no desconocía que recientemente su unidad había pasado a la lista negra del Oso por haber afirmado la ocupación de Safwan cuando ese objetivo no se había logrado. Lo último que necesitaba era provocar aún más la ira del general Schwarzkopf contra la 7a Acorazada al retener la lista de tripulaciones estadounidenses desaparecidas. El jeep reanudó su trayecto hacia Safwan. El capitán se encogió de hombros e hizo un gesto al conductor iraquí de que aparcara con todos los demás.

Por la carretera del aeródromo, el jeep avanzó casi dos kilómetros entre hileras de vehículos blindados americanos. Entonces llegó a una sección de carretera vacía antes del cordón de helicópteros Apache que rodeaba la zona de las negociaciones.

Una vez dejados atrás los carros blindados, el coronel del G2 se dirigió al iraquí y le habló en perfecto árabe.

—Debajo de su asiento —le dijo—. No baje del jeep, pero póngaselo, rápido.

El iraquí llevaba el uniforme verde oscuro de su país. Las prendas enrolladas debajo de su asiento eran del color canela claro de un coronel de las Fuerzas Especiales saudíes. Rápidamente se cambió los pantalones, la chaqueta y la boina.

Poco antes de llegar al círculo de helicópteros Apache pesados, en la pista de aterrizaje, el jeep se desvió hacia el desierto, evitó la pista y avanzó hacia el sur. En el extremo de Safwan, el vehículo entró de nuevo en la carretera principal que conducía a Kuwait, a treinta kilómetros de distancia.

Los tanques americanos se alineaban a los lados, mirando hacia fuera. Su tarea consistía en evitar la penetración de cualquier infiltrado. Sus comandantes, en lo alto de las torretas, vieron que uno de sus jeeps, en el que viajaban dos coroneles propios y un oficial saudí, salía del perímetro y se alejaba de la zona protegida, lo cual no era de su incumbencia.

El jeep tardó casi una hora en llegar al aeropuerto de Kuwait, o a lo que de él quedaba, ya que había sido destrozado por los iraquíes y estaba cubierto por un negro

manto de hollín procedente del humo de los incendios de todos los pozos petrolíferos del emirato. Tardaron tanto tiempo porque, a fin de evitar la carnicería que había tenido lugar en la carretera de la sierra de Malta, habían dado un gran rodeo por el desierto al oeste de la ciudad.

A ocho kilómetros del aeropuerto el coronel del G2 cogió un comunicador manual de la guantera y marcó una serie de señales. Un solitario avión inició su aproximación al aeropuerto.

Un remolque con una dotación americana hacía las veces de improvisada torre de control. El avión que llegaba era un Aerospace HS 125 británico, y no solo eso, sino que se trataba del avión personal del comandante en jefe británico, el general De la Billière. Debía de serlo, pues presentaba todas las marcas correctas y la apropiada señal de llamada. El controlador de tráfico aéreo le dio autorización para aterrizar.

Después de tocar tierra el HS 125 no avanzó hacia el edificio en ruinas del aeropuerto, sino a un distante punto de dispersión donde fue a su encuentro el jeep americano. Se abrió la puerta, bajó la escala y los tres hombres subieron a bordo del birreactor.

—Granby Uno, autorización para despegar —oyó decir el controlador de tráfico, que se estaba ocupando de un Hércules canadiense que llegaba cargado de medicamentos para el hospital.

—Un momento, Granby Uno... ¿Cuál es su plan de vuelo?

En realidad, estas palabras significaban: «¿Adónde demonios crees que vas a dirigirte?»

—Lo siento, torre de Kuwait. —La voz era seca y precisa, con el estilo inconfundible de la RAF. El controlador había oído en otras ocasiones a los pilotos británicos, y todos hablaban así, con afectación—. Acaba de subir a bordo un coronel de las Fuerzas Especiales saudíes. Se siente muy enfermo. Pertenece al personal del príncipe Khalid. El general Schwarzkopf ha solicitado su evacuación inmediata, por lo que sir Peter ha ofrecido su propio avión. Por favor, muchacho, danos autorización para despegar.

En un instante el piloto británico había mencionado a un general, un príncipe y un noble inglés. El controlador era un sargento mayor que hacía bien su trabajo. Su carrera en la Fuerza Aérea de Estados Unidos había sido excelente. Negarse a evacuar a un coronel saudí enfermo perteneciente al personal de un príncipe a petición de un general y en el avión del jefe británico, no podría ser en absoluto beneficioso para su carrera.

—Granby Uno, puede despegar —dijo.

El HS 125 se elevó en el cielo de Kuwait, pero en vez de dirigirse a Riad, donde hay uno de los mejores hospitales de Oriente Medio, puso rumbo al oeste, a lo largo de la frontera septentrional del reino.

El AWACS siempre alerta lo vio y se puso en contacto con él para preguntarle por su destino. Esta vez la auténtica voz británica respondió que se dirigían a la base británica de Akrotiri, en Chipre, para evacuar a un amigo íntimo y compañero de armas del general De la Billière, gravemente herido por una mina terrestre. El comandante de misión del AWACS no sabía nada de aquello, pero se preguntó qué debía hacer exactamente. ¿Tendría que derribarlo?

Quince minutos después el HS 125 abandonó el espacio aéreo saudí y cruzó la frontera de Jordania.

El iraquí sentado en la parte trasera del birreactor no sabía nada de lo que ocurría, pero estaba impresionado por la eficacia de británicos y americanos. Había dudado al recibir el último mensaje de quienes le pagaban en Occidente, pero tras reflexionar convino en que sería más juicioso marcharse ahora que esperar para tener que hacerlo por sus propios medios y sin ayuda. El plan que le habían bosquejado en aquel mensaje se había desarrollado como en un sueño.

Uno de los dos pilotos con uniforme tropical de la RAF salió de la cubierta de vuelo y musitó algo en inglés al coronel americano del G2, quien sonrió.

—Bienvenido a la libertad, general —dijo en árabe a su huésped—. Estamos fuera del espacio aéreo iraquí. Pronto se hallará a bordo de un avión de línea con destino a Estados Unidos. Por cierto, tengo algo para usted.

Del bolsillo superior de la chaqueta sacó una hoja de papel y se la mostró al iraquí, quien la leyó con gran placer. Era el extracto de cuenta del capital ingresado en su banco de Viena, que ahora ascendía a más de diez millones de dólares.

El Boina Verde abrió un pequeño armario y sacó varios vasos y una colección de botellines de whisky escocés. Vertió un botellín en cada vaso y los repartió.

—Bien, amigo mío, brindemos por el retiro y la prosperidad.

Apuró su vaso, al igual que el otro americano. El iraquí sonrió y bebió también.

—Ahora descanse —le dijo en árabe el coronel del G2—. Llegaremos allí antes de una hora.

Entonces le dejaron a solas. El iraquí apoyó la cabeza en el cojín de su asiento y rememoró los últimos cinco meses, en los que había amasado su fortuna.

Había corrido grandes riesgos, pero lo conseguido a cambio era formidable. Recordó el día en que estuvo sentado en aquella sala de conferencias del palacio presidencial y oyó anunciar al rais que por fin Irak poseía, en el último momento, su propia bomba atómica. Eso fue una verdadera conmoción, como lo fue el súbito corte de todas las comunicaciones después de que informara a los americanos.

Entonces volvieron a ponerse en contacto con él, más insistentes que nunca, exigiendo saber dónde estaba guardado el artefacto. Él no tenía la menor idea, pero la oferta de cinco millones de dólares hablaba bien a las claras de que había llegado el momento de ponerlo todo en juego. La verdad era que resultó más fácil de lo que

podría haber imaginado.

El desdichado ingeniero nuclear, el doctor Salah Siddiqi, había sido detenido en las calles de Bagdad y acusado, mientras estaba sumido en su propio dolor, de haber revelado la situación del artefacto. Al tratar de defenderse, el hombre había revelado el emplazamiento de Al Qubai y el camuflaje del cementerio de coches. ¿Cómo podía saber el científico que le estaban interrogando tres días antes del bombardeo, no dos días después?

La segunda conmoción de Jericó se produjo al enterarse de que habían sido abatidos dos aviones británicos, algo que no había previsto. Necesitaba imperiosamente saber si, durante el interrogatorio, habían dado alguna indicación de cómo había llegado la información a manos de los aliados.

El alivio fue enorme cuando resultó evidente que no sabían nada aparte de las instrucciones concretas de su misión, según las cuales el lugar podría ser un depósito de munición de artillería. Sin embargo, la tranquilidad duró poco, pues el rais insistió entonces en que debía de haber más de un traidor. Por ese motivo fue necesario despachar al doctor Siddiqi, que estaba encadenado en una celda debajo del Gimnasio. La inyección de una gran cantidad de aire en el corazón produjo una embolia coronaria que causó su muerte.

Las actas de su interrogatorio, desde tres días antes del bombardeo hasta dos días después, fueron debidamente cambiadas.

Pero la mayor de todas las conmociones tuvo lugar cuando supo que los aliados habían fallado, que la bomba había sido transportada a un lugar oculto llamado Qa'ala, la Fortaleza. ¿Qué fortaleza? ¿Dónde estaba?

Una observación casual del ingeniero nuclear antes de morir había revelado que el as del camuflaje era cierto coronel ingeniero llamado Osman Badri, pero un examen de su expediente reveló que el joven oficial era un apasionado seguidor del presidente. ¿Cómo pudo haber cambiado de opinión?

La respuesta estaba en la detención, mediante acusaciones amañadas, y el posterior asesinato de su amado padre. Entonces Jericó tuvo una entrevista con el desilusionado Badri después del funeral, y consiguió convencerle.

El hombre llamado Jericó, conocido también por el apodo *Mu'azib el Atormentador*, se sentía en paz con el mundo. Una somnolencia paralizante se iba apoderando de él, tal vez como efecto de la tensión a que se había visto sometido en los últimos días. Intentó moverse, pero los miembros no le respondían. Los dos coroneles americanos le miraban y hablaban entre ellos en un idioma que, aunque le resultaba incomprensible, sabía que no era inglés. Intentó hablar, pero no logró articular una sola palabra.

El HS 125 había virado al sudoeste, cruzado la costa jordana y descendido a diez mil pies. Cuando sobrevolaban el golfo de Aqaba, el Boina Verde abrió la puerta del

pasajero y un tremendo torrente de aire penetró en la carlinga, a pesar de que el birreactor había reducido la velocidad casi hasta el punto de parar los motores.

Los dos coroneles le incorporaron sin que él ofreciera la menor resistencia, lánguido y desvalido, todavía deseoso de decir algo pero incapaz de hacerlo. Sobre las azules aguas al sur de Aqaba el general de brigada Omar Khatib abandonó el avión y se precipitó al mar, donde el impacto desmembró su cuerpo. Los tiburones se encargaron del resto.

El HS 125 giró al norte, sobrevoló Eilat tras entrar de nuevo en el espacio aéreo israelí y finalmente aterrizó en Sde Dov, el aeródromo militar al norte de Tel Aviv. Allí los dos pilotos se quitaron sus uniformes británicos y los coroneles su indumentaria americana. Los cuatro recuperaron entonces sus graduaciones israelíes habituales. El birreactor fue despejado de sus marcas de la RAF, lo volvieron a pintar tal como era antes y lo entregaron a su verdadero dueño, un *sayan* especializado en vuelos chárter que vivía en Chipre.

El dinero de Viena fue transferido primero al banco Kanoo de Bahrein, y desde allí a otro banco estadounidense. Una parte fue transferida de nuevo al banco Hapoalim de Tel Aviv y devuelto al gobierno israelí. Era la suma que Israel había pagado a Jericó hasta que la CIA se había hecho cargo de él. El saldo, más de ocho millones de dólares, fue ingresado en lo que el Mossad llama «fondo para diversiones».

Cinco días después de que la guerra finalizase, otros dos helicópteros americanos de largo alcance regresaron a los valles del Hamreen. No pidieron permiso ni buscaron aprobación.

El cuerpo del oficial de sistemas de armamento del Strike Eagle, el teniente Tim Nathanson, nunca fue hallado. Los guardias republicanos lo habían acribillado a balazos y los chacales, cuervos y milanos habían hecho el resto.

Sus huesos deben de estar todavía en alguna parte de aquellos fríos valles, a menos de doscientos kilómetros de donde sus remotos antepasados trabajaron como esclavos y lloraron junto a las aguas de Babilonia.

Su padre recibió la noticia en Washington, observó la *shiva* por él, dijo el *kaddish* y lloró a solas en la mansión de Georgetown.

El cuerpo del cabo Kevin fue recuperado. Mientras los Blackhawk esperaban, los soldados británicos derribaron el túmulo y recuperaron el cadáver, lo metieron en una bolsa de plástico hermética y lo llevaron a Riad, desde donde fue enviado a Inglaterra en un transporte Hércules.

A mediados de abril tuvo lugar una breve ceremonia en el cuartel general del SAS, un conjunto de edificios de ladrillo bajos en las afueras de Hereford.

No existe un cementerio para los hombres del SAS, ningún camposanto contiene

a sus muertos. Muchos de ellos yacen en cincuenta campos de batalla extranjeros cuyos nombres son desconocidos para la mayoría.

Algunos están bajo las arenas del desierto libio, donde cayeron luchando contra Rommel en 1941 y 1942. Otros en las islas griegas, los montes Abruzzos, el Jura y los Vosgos. Yacen diseminados en Malaysia y Borneo, Yemen, Muscat y Omán, en junglas y en desiertos helados, y bajo las frías aguas del Atlántico frente a las islas Malvinas.

Cuando se consigue recuperar sus cuerpos, son enviados a Gran Bretaña, pero siempre para que sus familiares se encarguen del funeral y el entierro. Incluso entonces ninguna lápida menciona al SAS, pues el regimiento acreditado es aquel al que el soldado pertenecía originalmente: fusileros, paracaidistas, guardias, lo que sea.

Existe un solo monumento. En el corazón de los Lines, en Hereford, se alza una torre baja y maciza, revestida de madera y pintada de marrón achocolatado. En la parte superior un reloj da las horas, por lo que la construcción se conoce como la Torre del Reloj.

Unas láminas de bronce mate, alrededor de la base redonda, contienen grabados todos los nombres y los lugares donde murieron.

Aquel mes de abril se inscribieron cinco nuevos nombres. Uno de ellos fue abatido en cautividad por los iraquíes, dos murieron en un tiroteo cuando trataban de cruzar la frontera saudí, un cuarto falleció de hipotermia tras varios días con las ropas empapadas y un tiempo helado. El quinto era el cabo North.

Aquel día lluvioso estuvieron presentes varios ex jefes del regimiento. Acudió John Simpson, el conde Johnny Slim y sir Peter, así como el director de Fuerzas Especiales, J. P. Lovat, y el coronel Bruce Craig, por entonces comandante en jefe. Entre los demás asistentes figuraba el comandante Mike Martin.

Como estaban en casa, los que seguían de servicio tenían una ocasión excepcional de ponerse la boina color arena que tan pocas veces se veía, como su emblema de la daga alada y el lema «Quien se atreve, vence».

La ceremonia no fue larga. Se recorrió la tela que cubría la placa y los nombres recién grabados resaltaron nítidos y blancos contra el bronce. Los asistentes saludaron marcialmente y regresaron a los diversos edificios del cuartel general.

Poco después, Mike Martin fue en busca de su pequeño vehículo al aparcamiento del centro militar, cruzó las puertas flanqueadas por guardias y se dirigió a la casa de campo que aún poseía en una aldea de las colinas de Herefordshire.

Mientras conducía pensó en todas las cosas que habían sucedido en las calles y las arenas de Kuwait, en los cielos, en los callejones y bazares de Bagdad y en las colinas del Hamreen. Como era un hombre muy reservado, se alegraba por lo menos de una cosa: nadie lo sabría jamás.

NOTA FINAL

Todas las guerras deben darnos una lección. En caso contrario, han sido libradas en vano y quienes murieron en ellas lo hicieron por nada.

La guerra del Golfo ha enseñado dos lecciones evidentes, si las potencias son lo bastante perspicaces para aprenderlas.

La primera lección determina que es una locura que las treinta naciones industrialmente más desarrolladas del mundo, que disponen entre ellas de prácticamente el ciento por ciento de las armas de alta tecnología y los medios para su producción, vendan esos artefactos a líderes desequilibrados, agresivos y peligrosos a cambio de unos beneficios económicos a corto plazo.

Durante una década se permitió que el régimen de la república de Irak se armara hasta un nivel aterrador mediante una combinación de estupidez política, ceguera burocrática y codicia comercial. La destrucción final de parte de esa maquinaria bélica costó mucho más de lo que se había ganado proporcionándola.

Evitar que vuelva a ocurrir tal cosa no sería difícil. Bastaría con establecer un registro central de todas las exportaciones a determinados regímenes, imponiendo castigos rigurosos en caso de ocultaciones. Unos analistas capacitados para examinar la situación general sabrían rápidamente, por el tipo y la cantidad de los materiales encargados o entregados, si estos pueden utilizarse para la fabricación de armas de destrucción masiva.

La alternativa sería la proliferación de armamento de alta tecnología capaz de hacer que los años de la guerra fría parecieran una época de paz y tranquilidad.

Durante las décadas de 1970 y 1980 los adelantos técnicos en la recogida de datos secretos por medios electrónicos fueron tan impresionantes que los gobiernos del mundo libre llegaron a creer, a medida que los científicos producían sus costosos milagros, que las máquinas podrían hacer el trabajo por sí solas. El *humint*, la recogida de información por medio de agentes, pasó a desempeñar un papel secundario.

En la guerra del Golfo se utilizó toda la panoplia de la magia técnica occidental y, debido en parte a su impresionante coste, se creyó que era prácticamente infalible.

No lo era. Gracias a una combinación de habilidad, ingenio, astucia y trabajo duro, una gran porción del arsenal iraquí y sus medios de producción ya habían sido ocultados o disimulados de tal manera que las máquinas no podían detectarlos.

Por hábiles y valientes que fuesen los pilotos, a menudo eran engañados por la astucia de quienes ideaban las réplicas y el camuflaje.

El hecho de que la guerra bacteriológica, el gas venenoso o el arma nuclear nunca llegaran a emplearse fue, como el resultado de la batalla de Waterloo, algo que estuvo

en un tris de ser de otra manera.

Al final resultó evidente que para ciertas tareas en determinados lugares todavía no existe rival del instrumento de recogida de información más antiguo que se conoce: el ojo humano, elemento estratégico de primera categoría.



FREDERICK FORSYTH. Piloto, periodista y escritor británico nacido en Ashford, Inglaterra, el 25 de agosto de 1938. Caballero del Imperio Británico. Estudió en Tonbridge School y asistió a la universidad en Granada, (España). Con tan sólo 19 años se alistó en la RAF, convirtiéndose en su piloto más joven. Fue corresponsal para el *Eastern Daily Press* y para la agencia Reuters. Mientras trabajaba en París fue testigo del atentado contra la vida del general Charles De Gaulle en 1962, hecho que le inspiró para escribir su novela más conocida, *Chacal* (1971), que posteriormente fue adaptada al cine. En 1965 empezó a trabajar para la BBC, pero debido a lo que la cadena consideraba una postura partidista en Biafra (Forsyth parecía favorecer a los rebeldes), fue destituido, si bien siguió trabajando como *freelance*, colaborando con otros medios como *The Daily Express* y *The Times*. Escribió un ensayo sobre este tema: *The Biafra Story*, analizando el conflicto. Siguió escribiendo en la misma línea, desarrollando temas de intriga y creando novelas que bebían de su experiencia y estilo periodístico: *Odessa*, *Los perros de la guerra*, *La alternativa del diablo*, *El cuarto protocolo*, *El negociador*, *El Manipulador*, *El puño de Dios*, *El manifiesto negro*, *El fantasma de Manhattan*, *El veterano* y *Vengador*. También ha escrito colecciones de relatos.

Forsyth es el gran maestro del *thriller* de acción y sus secretos son la exhaustiva documentación de sus obras, la sutileza de sus tramas y el ritmo trepidante que imprime a la narración. Actualmente vive en una granja de Hertfordshire, Inglaterra, y dedica su tiempo a la escritura, a la familia y a las ovejas.